CÓMETE A UN IRLANDÉS

EVA BALTASAR

CÓMETE A UN IRLANDÉS

Eva Baltasar

Índice de contenido

CÓMETE A UN IRLANDÉS
Agradecimiento
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Agradecimientos

Título: *Cómete a un irlandés*
© Eva Baltasar, 2015
Depósito legal: GI-0069-2015
© Diseño de cubierta:
Jordi Urgell i Montané
www.urgellcomunicacio.cat

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A Laia, Gera y Teia.
Os debo un viajecito por Irlanda

"Es difícil para una chica estar segura
de que quiere ser rescatada. Vamos,
que le tomé afecto al dragón. Es agradable
que una guste, ya saben a qué me refiero. Tenía
tan buena presencia, con sus garras,
su deliciosa piel verde, y esa cola tan sexy…"
U. A. Fanthorpe

1

El día que murió mamá atropellé a un gato, creo que sin querer.

No recuerdo exactamente el orden con que se sucedieron los hechos ese día. Sólo conservo la impresión de que cada uno de mis actos se precipitaba encima del siguiente de una forma casi líquida, como si el conjunto de ellos apenas tuviera consistencia.

Ese día se pareció muchísimo a la segunda parte de un suspiro. Tras un suspiro siempre queda flotando aquella sensación de abismo, de vacío. Pero se trata de un vacío anticipatorio, porque luego hay que volver a coger aire y con ello los actos vuelven a abalanzarse unos sobre otros, como si hubieran estado conteniéndose en algún lugar, junto al aliento.

Mamá murió el mismo día que murió el dentista. O más bien la misma noche, porque ambos murieron por la noche. Ella falleció mientras yo estaba durmiendo, o puede que incluso muriera un poco antes, mientras todavía me encontraba cepillándome los dientes u ordenando la ropa que debía ponerme al día siguiente.

Siempre fue la primera en acostarse por la noche y en levantarse al día siguiente, además de haber sido la primera en muchas otras cosas, como por ejemplo en llegar puntualmente a la panadería del pueblo cada madrugada. Llegaba incluso antes que el propio panadero, lo cual tenía cierto mérito, ya que nuestra casa está situada a tres quilómetros del pueblo, distancia que ella cubría andando a buen paso incluso las mañanas más frías de invierno.

El panadero, en cambio, vive en el piso que hay justo encima de la panadería. Además, se levanta cada día dos horas antes de abrir para hornear las hogazas. Pero incluso teniendo en cuenta estos detalles mi madre llegaba primero.

También había sido la primera en recibir una ayuda municipal para mandar a su hija a clases de refuerzo escolar, pero eso ya no tenía tanto mérito, ya que también había sido la única en recibir tal ayuda. Claro que más adelante, cuando se descubrió que yo no es que fuera lenta en aprender, sino que en realidad era bastante corta de vista, le retiraron la ayuda y tuvo que echar mano del fondo económico de reserva que tenía depositado y herméticamente sellado con cinta aislante en una lata de sardinas para comprarme las gafas más grandes y económicas que pudo encontrar en la óptica.

Estos antecedentes son los que me llevan a pensar que seguramente mamá murió antes que el dentista. Según parece, el dentista llevaba entre siete y nueve horas muerto cuando lo hallaron. A la auxiliar de la clínica dental le pareció extraño que su jefe no apareciera por la consulta a las nueve de la mañana, para la primera cita del día, así que le llamó primero al móvil y, al no obtener resultado, lo intentó al fijo. El hombre vivía solo, así que nadie contestó.

Como la paciente, a la que se debía practicar una extracción, llegaba con retraso, la auxiliar cerró la consulta, pegó en el cristal de la puerta un papelito usado de "vuelvo en cinco minutos" y cruzó la calle. Llamó al timbre de la casa de enfrente. Nada. Golpeó la puerta en vano. Luego levantó la vista hacia las persianas de las ventanas del primer piso. Estaban echadas. En ese momento, según sus palabras, intuyó que "algo iba mal".

Cuando el grupito formado por el cerrajero, el policía local, el médico y la auxiliar descubrieron el cadáver, en pijama abotonado, bien arropado en su cama, eran las nueve y media de la mañana. El médico no había podido ajustar mucho el margen horario de la muerte debido a un grueso edredón de plumón, que ayudó a mantener el cuerpo del dentista calentito. Lo único que podía asegurar era que la hora del fallecimiento podía situarse entre las doce y media de la noche y las dos y media de la madrugada. Por todo esto deduzco que mamá fallecería poco antes o poco después de la medianoche.

Acostumbro a acostarme a las doce en punto. Me gusta enfundarme en la cama mientras van dando las campanadas en el pesado reloj de nogal que hay abajo, en el salón, e intento organizar mis pequeños rituales vespertinos de manera que un par de minutos antes de medianoche ya haya terminado y pueda dirigirme con toda solemnidad hacia la cama para hacer una buena entrada. Una buena entrada siempre es el preludio de un buen descanso.

Recuerdo que aquella noche me despedí de mamá con el beso acostumbrado y subí a mi habitación hacia las diez. Habíamos cenado coliflor hervida con patatas y un par de huevos pasados por agua que mamá solía echar a la cocción de la verdura durante los últimos minutos.

Tengo treinta y cuatro años, mido metro sesenta y cinco centímetros y la última vez que me pesé en la enorme báscula mecánica del cobertizo, donde también acostumbramos a pesar los sacos de pienso y de patatas y los animales que mandamos al matadero, marcaba sesenta y ocho quilos y seiscientos gramos aproximadamente. Bastante, comparado con los sacos de pienso. Aunque también es verdad que resulto mucho más ligera que un

ternero de tan sólo seis meses. Mi madre siempre decía que yo era una robusta chica de campo y así me había sentido toda la vida, desde que tenía uso de razón. O al menos así me sentía siempre y cuando no hubiera coliflor para cenar.

Odio la coliflor. La odio por su capacidad de transformarme en un tonel relleno de gases. Siempre he sido mujer de pocas curvas. La verdad es que la ubicación de mi cintura debería encontrarse dentro de un margen prudencial de quince centímetros, entre la parte superior del hueso ilion y la última costilla, pero no siempre resulta fácil reconocerla. En algunas ocasiones, que suelen coincidir con la temporada de cosecha de las patatas o bien tras un largo y agotador parto vacuno, creo que he llegado a atisbarla. Se trata de dos incisiones en el lateral de mi silueta, una a cada lado, algo por encima del nivel del ombligo, como si alguien me hubiera recogido la carne en la espalda con un par de pinzas. La primera vez que me vi en el espejo con esa apariencia me emocioné, pero ambas cosas, aspecto y emoción, me duraron un día. Tras la siguiente comida volví a recuperar mi figura habitual.

No es que esté descontenta con mi aspecto. Creo que tengo un cuerpo muy cómodo. Es fuerte y me siento a gusto en él, resulta ideal para mi trabajo en la granja. A veces echo de menos una cintura, aunque sea para tener una referencia al atarme el delantal. Pero lo que resulta sumamente molesto son los efectos secundarios de la coliflor. Mamá la deja hervir un buen rato, pero aun así parce que quede algo de vitalidad en ella para echar raíces en mi estómago y seguir creciendo desde allí. Me la imagino sacando sus racimos de flores, como grumos de arena blanquecina, expandiéndose a través de los intestinos, tomando nuevos territorios en mi interior. Su táctica consiste en desplazar en primer lugar las vísceras más pequeñas e indefensas: el bazo, el páncreas, un ovario o un riñón. Esta primera conquista le da el aliento necesario para proseguir con su tarea de colonización. Entonces ataca directamente a los órganos mayores: hígado y pulmones para, finalmente, llegar al corazón. Es un proceso increíblemente rápido, tanto que al cabo de media hora de haber cenado puedo notar la coliflor en el corazón.

Hay ocasiones en las que puedes comer hasta hartarte pero al menos, al terminar, la sensación de seguir llenándote cesa de inmediato. No ocurre lo mismo con la coliflor. Mamá me servía un plato mediano pero el proceso de su digestión transformaba todo mi cuerpo en un enorme estómago repleto de blando y maloliente contenido.

Y éste es el segundo motivo por el cual aborrezco semejante verdura, por la apestosa atmósfera que es capaz de instaurar por

toda la casa durante el proceso de su ebullición. Esa clase de hedor parece más bien propia de un animal que haya sido echado todavía vivo al agua hirviendo y que, en un último ataque de pánico, haya soltado de repente el contenido íntegro de una glándula parecida a la que tienen las mofetas para mantener alejada cualquier amenaza de peligro. Sería totalmente incapaz de comer coliflor si no fuera porque soy capaz de comerme cualquier cosa que me echen en el plato.

En este sentido, me parezco bastante a Troy, mi perro. No fui yo quien le bautizó así. Mamá solía llamar a nuestros animales por alguna cualidad física. Hasta donde alcanza mi memoria hemos tenido en casa, por ejemplo, seis gatos: Marrón, Manchas, Dimi (diminutivo de Diminuto), Tuerto, Maja y Panties (era blanco de la cabeza hasta la cola, pero tenía las patas grises. Realmente parecía que llevara medias). También han pasado por aquí cuatro perros, sin contar a Troy: Tigre y Rayas (hermanos de la misma camada y listados los dos), Loca (sufría unos aparatosos ataques cada vez que escuchaba un estornudo) y Desnudo (por algún mecanismo biológico desconocido, apenas tenía pelo, pero sobrevivió a los crudos inviernos pirenaicos gracias a los gruesos jerséis de lana que le tejía mamá).

A propósito, yo me llamo Carmín.

Un día mamá me contó que estuvo a punto de llamarme Blanca porque al nacer, tras el primer baño, quedé totalmente descolorida. Fue la primera visión que tuvo de mí. Mi cuerpo rechoncho y extrañamente fofo y pálido en comparación con las manos curtidas de la enfermera que acababa de sacarme del agua templada de una palangana. Luego, otra enfermera me secó y me embaló como un paquete antes de depositarme en los brazos de mamá.

—Pero entonces te miré a la cara y vi que estabas completamente sonrosada –me contó—. Parecías una Caperucita Roja, pero al revés: tu rostro era casi rubí y la mantita que te envolvía brillaba de tan blanca. Te hubiera llamado Rubí si no fuera porque en aquel momento abriste la boca como para decirme algo. Entonces me fijé en tus labios. ¡Parecía que te habían echado carmín!

Pensé que lo que seguramente iba a decirle en aquel primer encuentro era que ni se le ocurriera ponerme el nombre de un color. Pero a la vista está que no me entendió. Además, ella se llamaba Rosa, así que aquella lucha habría estado perdida ya desde un buen principio.

Troy era el perro pastor de Fran, nuestro vecino. Era muy bueno en su trabajo. Sabía cómo mantener un rebaño de ovejas unido, aunque hubiera cabras. Fran podría haberse quedado perfectamente

en su casa o tumbado al sol, entre las coles de su bien surtido huerto, y mandar a Troy con su rebaño de quinientas cabezas a pastar. El perro habría estado a la altura. Estoy segura de que habría vuelto al anochecer con las reses gordas e intactas. Sólo le habría faltado apoyar una de sus patas delanteras en la puerta del cercado e ir contándolas a medida que entraban.

Pero Fran es un buen pastor y un buen pastor nunca se queda en casa. Ni aunque llueva. Ni con gripe. Como mucho, si pillara una pulmonía algún vecino se ofrecería a sacarle el rebaño. Por supuesto, él jamás lo pediría, pero por aquí todos sabemos cuándo hay que echar una mano. Y cuando esto ocurre la ayuda se acepta, sin más, sin necesidad de dar las gracias. No se trata de un intercambio de favores ni de una de esas enigmáticas leyes no escritas basada en aquello de que "hoy por ti y mañana por mí". No. En esta parte de los Pirineos las cosas suceden así, porque sí. Esta forma de ser es tan endémica de aquí como podrían serlo las marmotas. Y hay muchas. Montones de ellas.

Desde la ventana de mi cocina hay una buena panorámica de la finca del pastor. Mi casa queda un poco más elevada, encima de un montículo pelado, expuesta a los cuatro vientos, y desde casi cualquier ventana puede apreciarse una vista interesante.

Fran saca su rebaño hacia las cuatro de la tarde. La hora de mi té con mamá, que tras su muerte pasó a ser mi hora del té a solas. La cocina tiene dos ventanales estrechos que dan a un balcón, tan pequeño que carece de utilidad. Mamá tenía allí un par de macetas con geranios. Los regaba una o dos veces por semana y éstas eran las únicas ocasiones en que se abrían las ventanas.

Tras su muerte me olvidé por completo de los geranios hasta que un día, subiendo la cuesta hacia la granja con el coche, percibí que algo había cambiado en la fachada. Recorrí cada ventana con la mirada. Me detuve en los postigos, en la cenefa que dibujan las últimas tejas de la cubierta, pero nada. Todo parecía estar en orden. Hasta que caí en la cuenta de que faltaba algo de color. Claro, eran los geranios, que se habían secado. A la altura del balcón de la cocina, donde siempre había habido dos manchas rojizas, ahora solamente había un par de tiestos de arcilla de los que sobresalían unos pocos tallos marrones, como pelos asustados. De hecho, no sólo los geranios sino también los tiestos parecían estar muertos.

Es curioso cómo algo tan insignificante como dos simples motas de color puede cambiar de tal modo el aspecto de toda una casa. Pensé que mamá estaba muriendo por segunda vez en todas las cosas que ella se encargaba de mantener con vida mientras la tuvo. Aquellos geranios la sobrevivieron todavía algún tiempo, de forma que podría decirse que algo de ella se mantuvo vivo en ellos. Pero

en ausencia de sus cuidados también ellos habían empezado a languidecer. Tal vez hasta habían agonizado. Yo había cocinado y me había sentado a comer en la mesa de la cocina, a escasos metros de ellos. Me habría servido por lo menos medio centenar de vasos de agua mientras ellos se habían ido secando lentamente.

Este pensamiento me dolió. Soy consciente de la ridiculez de los pensamientos que siguieron a este primero, pero no pude evitar pensar que, al menos, mamá había muerto de sopetón. Murió ella solita, por sus propios medios. El médico dijo que de un ataque al corazón. Pero a los geranios los había matado. Y los había matado dejándolos morir. ¡Me los había cargado por olvido! ¡Dios! ¡Qué mal me sentí!

Lo primero que hice al llegar a casa fue vaciar los tiestos en el estercolero y encerrar las macetas en el cuarto de la caldera. Al menos así no tendría que volver a verlas hasta bien entrado el otoño, cuando pusiera en funcionamiento la calefacción. Con un poco de suerte, tal vez antes se me ocurriera qué hacer con ellas. Si un día aparecía el chatarrero, que venía de vez en cuando con la excusa de comprar unos cuantos litros de leche fresca para hacer quesos, podría dárselos en adopción. Él se quedaba con todo. Ese hombre era una bendición para todos los lugareños. No hay nada peor que una casa grande y antigua, con almacenes y establos, buhardillas y sótanos, para acabar coleccionando todo tipo de trastos y herramientas que ya no tienen utilidad.

Lo siguiente que hice aquella tarde fue barrer el balcón, limpiar bien las puertas y los cristales con agua jabonosa y vinagre, asegurar las contraventanas y sellar las juntas de los ventanales con cinta adhesiva de espuma.

Luego quité el mantel de plástico que cubría la mesa. Era más viejo que yo y tenía un dibujo extraño. Siempre supuse que debían haber sido pequeños manojos de flores, tal vez rosas. Algo así como ramilletes de novia. Pero el uso continuado y una concienzuda limpieza diaria tras cada comida lo habían ido desgastando de tal forma que los motivos florales se habían ido deformado con el tiempo.

Cuando era niña veía en ellos caras de seres monstruosos o de Jesucristos agonizantes que me distraían durante la cena y hacían que mamá me apresurara desde el fregadero con un grito o unas palmas. Pero últimamente el grado de distorsión del estampado había alcanzado cotas tan altas que a veces, mientras alargaba un poco la velada recogiendo las últimas migajas de pan con la punta húmeda de un dedo, ¡había llegado a leer hasta mensajes!

Así que me lo quité de encima. El plástico se desenganchó de la madera de la mesa con alguna que otra dificultad, cosa que me hizo

pensar que con tanta limpieza superficial tal vez habíamos descuidado un poco los bajos fondos del asunto. A lo mejor aquella era la primera vez que se sacaba literalmente el mantel de la mesa. Al menos yo no recordaba que semejante suceso hubiera tenido lugar con anterioridad.

Tiré con cuidado del mantel y me sentí un poco como Howard Carter al abrir la tumba de Tutankamón. Sin embargo debajo no había nada espectacular. Manchas antiquísimas y suciedad arenosa sin identificar. Ni moho ni gusanos, que era algo con lo que no me hubiera gustado tener que lidiar. Bien. Hice una bola con el mantel, intentando mantener la cara sucia para adentro, y lo metí en una bolsa de basura que até de inmediato. Luego humedecí la superficie de la mesa con agua caliente y lejía y dediqué más de una hora a decapar la fina costra de desechos de la mesa con un estropajo gastado, para no echar a perder la madera maciza.

Cambié el agua del balde diez veces, hasta que salió limpia. Luego sequé la mesa con un paño de algodón y la froté con aceite de almendras para darle brillo. Fregué el suelo de la cocina a fondo y me di una ducha. Ya en pijama, arrastré la mesa desde el fondo de la cocina hasta arrimarla al ventanal.

Quedó perfecta. Una luz anaranjada se colaba desde el exterior y esparcía su canto vespertino sobre la madera. Daban ganas de tomarse algo en ella, así que también desplacé las sillas y situé dos a cada lado, frente a frente. Saqué pan de centeno, mantequilla y mermelada de arándanos de la nevera y puse a calentar agua para una infusión. Me preparé un desayuno-cena, mi comida favorita, y me senté a disfrutar de una nueva perspectiva.

Los cristales estaban tan limpios que tuve la impresión de que a través de ellos me llegaba el aroma caliente de los campos más próximos, recién arados. Me enorgullecía, mi finca. A cincuenta pasos de la casa había dos grandes cobertizos de madera pintados de azul. Uno para las vacas. Otro para los terneros. Casi al lado, el almacén, de dimensiones más reducidas, tenía abiertas sus dos puertas de par en par. Parecía la boca inmensa de una boa que acabara de apresar al tractor, cuyo morro todavía sobresalía dos palmos hacia afuera. Conforme la luz solar iba menguando, aquella presa metálica iba desapareciendo en su interior silenciosamente. La iba engullendo. A su alrededor, los campos asistían pasmados a aquella función diaria.

De repente, algo me llamó la atención. A lo lejos, un animal fabuloso se acercaba lentamente. Su cuerpo oscilaba como el de una comadreja pero era mayor, muchísimo mayor. Atravesó un prado y luego otro, arrasando a su paso con buena parte de los brotes de alfalfa que Fran había plantado hacía tan sólo un par de meses.

Miré cómo se desplazaba, con qué precisión evitaba los márgenes pedregosos y elevados de los bancales, cómo se desparramaba al acceder a zonas más abiertas, perfectamente adaptado al entorno. A su alrededor zumbaba un bicho oscuro e inquieto. Solía mantenerse equidistante sin dejar de moverse hacia uno y otro lado, como si estuviera estudiándolo, hasta que de repente se le acercaba a toda prisa y parecía atacarlo de improviso. El animal se encogía como cuando pinchas a un caracol. Luego volvía a expandirse. Era un espectáculo magnífico.

Me arrepentí de no haber cambiado la mesa de lugar mucho antes. Tal vez incluso hubiera podido convencer a mamá de trasladar los geranios a otro lugar y así habríamos podido disfrutar de esa escena más a menudo.

Al cabo de unos minutos el rebaño había llegado a su destino. Fran levantó una mano en señal de saludo. Tiene la prodigiosa visión de un pastor y supongo que vería mi cara en la ventana, a unos escasos trescientos metros cuesta arriba. Le devolví el saludo alzando mi taza de té. Pensé que tal vez lo tomara como una invitación, ya que al ser vecinos de toda la vida y vivir aislados, a menudo nos visitábamos, tomábamos algo y charlábamos o discutíamos un buen rato. Generalmente sobre las reses y sobre los otros vecinos. Pero todavía le quedaba mucho trabajo por hacer antes de dejar a las ovejas listas para el día siguiente.

Jerusalén, el perro pastor, hizo entrar al rebaño en el redil con apenas dos carreras cortas. Luego se sentó sobre las patas traseras y apuntó con el hocico hacia el cielo a la vez que abría y cerraba la boca rápidamente. Al cabo de unos segundos repitió el mismo gesto. Me hizo gracia. Aunque su voz no llegaba hasta mí, supuse que había ladrado. Nunca había oído hablar de un perro mudo, pero de darse el caso me pregunté si intentaría ladrar. Y si su infructuoso intento llevaría el aura de frustración que sin duda Jerusalén no mostraba.

En una ocasión me había ocurrido algo parecido. Cuando tenía quince años todavía no me habían crecido los pechos. Mis compañeras de colegio hacía ya uno o dos años que usaban sujetador y, tras unos primeros meses de pánico, rechazo y negación absoluta, de repente empezaron a andar más erguidas, mostrando con orgullo el relieve redondeado de sus delanteras. La verdad es que nadie se metió nunca conmigo por mi retraso, pero empecé a envidiarlas en secreto. Comencé a beber litro y medio de leche al día. Tenía la infundada certeza de que si la ordeñaba yo misma de las ubres de las vacas más gordas de la granja pronto me saldrían los tan anhelados pechos. Pero no funcionó.

Un día, harta de esperar en vano, decidí resolver el problema de

una vez por todas y me hice yo misma unas prótesis fantásticas. Abrí cuidadosamente la costura de la funda de mi almohada con las afiladas tijeritas de cortar las uñas y fui sacando lana del relleno y depositándola en la cazuelita de mi mano hasta que tuvo un volumen aceptable. Luego saqué otra cantidad similar, amasé bien la almohada para que no se notara el pequeño hurto y rehíce la costura con toda meticulosidad.

Como todavía no tenía sujetadores, a la mañana siguiente coloqué lo mejor que pude aquellas dos pelotitas de lana debajo de la ajustada camiseta interior, en el lugar exacto donde mis dos pezones, planos y rosados como cicatrices, recordaban que tal vez algún día allí habría algo más que una simple llanura.

Antes de salir de casa me miré al espejo del recibidor y el resultado era bastante realista. No pude evitar esbozar una sonrisa complacida. Me veía muy cambiada, como si aquél fuera el empujoncito que necesitaba para dejar de sentirme como una niña. Para verme mayor.

Me abroché la chaqueta hasta el cuello antes de despedirme de mamá, no fuera a ser que lo notara y me obligara a vaciarme de lana e ilusiones.

Con el tiempo he llegado a la conclusión de que hay cosas para las que una madre nunca está preparada. Supongo que esto es debido a que no pueden evitar creer en la perfección de sus obras como madres, en la pureza de cada rasgo de sus retoños. Y también supongo que hay algo peor que el hecho de que alguien ponga en entredicho tal perfección. Es que lo haga el fruto mismo de su vientre.

Para una madre, que su propio hijo no se guste o se avergüence de algún aspecto de sí mismo es como si le acabaran de arrancar su acreditación como artista. Como si "El pensador" le dijera a Rodin:

—Oye, me veo demasiado desnudo y, además, esta postura es de lo más incómoda para pensar.

Susto y decepción.

Mamá estaba entrando leña y apenas si se fijó en mí. Aceptó mi beso y a cambio me entregó el suyo. El cesto de leña que cargaba abultaba tanto que no consiguió llegar hasta mí y dejó al beso flotando a un palmo de mi mejilla, lo suficientemente cerca como para considerar que lo había dejado dentro de mi propiedad.

Al llegar al colegio y colgar los abrigos, mi amiga Laura fue la primera en darse cuenta del repentino cambio sufrido.

—¡Te han crecido de la noche a la mañana!

—Pues sí.

—¡Menuda suerte! Ahora ya eres como nosotras.

Como nosotras.

Lo que estaba claro es que ni me había dado cuenta de que el mundo de las relaciones humanas funcionaba igual que la teoría de conjuntos. O estabas dentro o no estabas. Lo ideal era estar en cuantos más conjuntos mejor. Aunque también parecía haber distintas categorías de conjuntos y más valía estar en uno importante que en dos periféricos.

Lo que sentí al escuchar aquel "como nosotras" era que me acababan de aceptar en un conjunto de los grandes. El de las chicas. El de las futuras mujeres. Todo gracias a dos bultos de lana, no por derecho propio. Y lo peor de todo era que eso sólo lo sabía yo. Si al menos me hubieran descubierto se habrían reído de mí y yo hubiera acabado riéndome con ellas. Siempre he gozado de una faceta payasa perfecta para salvarme de los efectos demoledores de la crítica ajena. Nunca he sido diana de burlas ni creo que tuviera lo que llaman un perfil de niña víctima.

Pero no sucedió así. Me creyeron. Creyeron mi farsa.

Sentí una presión interior, como si mis órganos internos estuvieran anudándose los unos con los otros sin atender a ningún criterio racional. Quise arrebatarme los pechos falsos y echar a volar la lana sobre sus cabezas con un grito, pero algo me mantuvo quieta y muda. Ese gran nudo interno. La frustración.

Entonces sólo quise desaparecer. No fundirme ni que se me tragara la tierra, sino simplemente desaparecer. Como cuando estás vigilando que un ternero entre en su corral y de repente ya no está. Ni dentro ni fuera del corral. No hacía ni dos segundos que estaba allí y es imposible que haya salido del cobertizo sin pasar literalmente por encima de tus narices. Pero lo ha logrado. Lo ha vuelto a hacer y tú ya sabes exactamente dónde encontrarlo. Te encaminas hacia el otro cobertizo y allí está, debajo de su mamá.

Así quería desaparecer yo. Y quedarme justo debajo de mi mamá.

Supongo que un perro mudo debía sentirse un poco así. Al menos al principio de descubrir su mudez. Al percatarse de que el resto de perros disfrutaban proyectando aquellos extraños gestos con la boca abierta que apuntaban hacia el cielo, hacia las ovejas o hacia los demás, ya fueran perros más curiosos de la cuenta, hombres amenazadores o las impertinentes moscas de finales de verano.

Me dejé entretener por la coreografía rápida y precisa de Jerusalén desde mi ventana. Parecía estar siempre atento a las ovejas, pero había en él una fijación de fondo, algo sólo perceptible para quien haya estado en contacto con animales largo tiempo, y era que no le quitaba el ojo de encima a Fran. Seguía sus movimientos constantemente, sus imperceptibles insinuaciones, sus

órdenes casi encubiertas —un gesto con el dedo índice, un entrecerrar los ojos—. Era como la prolongación del espíritu del pastor.

Desde luego, Fran sabía elegir al perro adecuado. Pero lo que era más importante: sabía cómo adiestrarle para que fuera un excelente pastor, para que hiciera de su vida con las ovejas una vocación.

No hacía ni un año que lo tenía con él y, ya en ocasiones, Jerusalén parecía querer incluso anticiparse a sus órdenes. Ésa era una buena señal, porque indicaba que la simbiosis estaba alcanzando el grado máximo de perfección. Se veía a la legua que ya formaban un gran equipo.

El antecesor de Jerusalén fue Troy, el que ahora es mi perro. Aunque no se parezcan entre sí, la verdad es que tienen mucho en común. Jerusalén hace relativamente poco que dejó de ser un cachorro. Es ágil y esbelto, con el hocico alargado y un pelaje claro tan corto y reluciente que parece que se lo acaben de pegar.

Troy, en cambio, es tan lanudo y sucio como un carnero merino. Un flequillo rebelde le cae tupidamente por encima de los ojos, de manera que da la impresión de que en su rostro perruno falte algo. Pero lo compensa con un hocico ancho y fuertes mandíbulas de las que no es raro que cuelguen hilos de babas. Tiene gruesas patas y se mueve con bastante indolencia, pero curiosamente es muy rápido y silencioso en sus desplazamientos.

Le gusta estar en casa. Si pudiera, creo que a veces incluso se me subiría al regazo. En algunos momentos me parece que en lugar de un perro tengo un gato.

Troy vino a parar a casa a raíz de un atropello. Hacía más de seis años que pastoreaba con Fran cuando un anochecer, al regresar a su finca con el rebaño, una oveja primeriza quedó atascada en una zanja, al lado de la carretera por donde habían cruzado. El ruidoso apremio con que los animales volvían al hogar después de una larga jornada al aire libre hizo que ni Fran ni Troy se dieran cuenta de la ausencia del ejemplar hasta que ya habían llegado.

Por lo general, la rutina diaria consistía en abrir primero el corral de los carneros de menos de un mes, que no salían al campo. Estos emitían sin tregua sus balidos lastimeros hasta que reconocían el balido de sus propias madres, que habiéndose hartado de comer toda la tarde necesitaban urgentemente que les vaciaran las ubres de su pesada carga de leche tibia. A medida que madres e hijos iban encontrándose, un silencio alimenticio iba cayendo encima del rebaño como una pesada manta.

Pero aquella noche hubo una cría que no dejó de balar. Una rápida ojeada al rebaño bastó al pastor para darse cuenta, no sólo de que faltaba un animal, sino de qué oveja se trataba exactamente.

A su señal, Troy partió corriendo al rescate de la res extraviada.

Lo que ocurrió a continuación es la verosímil suposición de Fran. El perro se acercó a la linde de la finca y aguzó el oído. En aquellos momentos la oveja embarrada debía ser presa de la histeria, balando como una loca, lo cual supuso una gran ayuda para Troy, que emprendió su carrera salvadora hacia la víctima sin saber que al cabo de unos segundos la víctima acabaría siendo él.

Cruzó la carretera sin mirar. Para qué, si por aquel vecindario apenas circulaban vehículos y, los pocos que lo hacían, eran tractores o viejos Land Rovers artríticos que arrastraban remolques llenos hasta los topes de leña o adobo. Apenas si podían con su alma.

Sin embargo, el azar quiso que tres horas antes una vecina de una pequeña villa cercana se pusiera de parto. El marido esperó impacientemente a una señal de la mujer, que había estado metida en el agua caliente de la bañera, dilatando, para salir pitando hacia el hospital que hay a setenta quilómetros al sur de aquí.

Su furgoneta pilló a Troy por los cuartos traseros y, como era de esperar, ni siquiera se paró.

Cuando Fran nos lo trajo, el perro parecía un ovillo que hubiera caído en las garras de un gatito juguetón. La mitad de su cuerpo, intacto y tierno, respiraba con dificultad. La otra mitad, ardiente y pegajosa, parecía querer desparramarse por la mesa. Me acordé de los relojes blandos de Dalí. Troy colgaba de una manera semejante, aunque había en él algo más de latido y, paradójicamente, algo menos de vida. Le aparté el denso flequillo para mirarle los ojos. Los tenía velados, parecían estar recubiertos por una fina capa de grasa de cerdo o que se les hubiera helado escarcha encima.

—Iba a sacrificarlo, pero entonces me acordé del cariño que le tenías y pensé que, si lograba sobrevivir, tal vez podríais quedaros con él.

Mamá me miró como si acabara de descubrir que mi corazón servía para algo más que para bombear sangre o procesar coliflor.

—Se le ha acabado el pastoreo – añadió Fran con tanta introspección que parecía estar hablando de sí mismo.

—No tiene muy buena pinta – dije.

No tengo muchos conocimientos de veterinaria, pero sí una larga experiencia tratando con cuadrúpedos de granja y bastante sentido común. Por lo que podía ver, el animal tenía, al menos, una pata fracturada. No sobresalía ningún hueso, pero había una torsión extraña donde debería haber habido el equivalente a su tibia y su peroné. Eso sin contar una herida abierta a la altura de la cadera que no dejaba de sangrar.

Tras limpiar con agua la maraña de pelos ensangrentados que la

cubría, pude ver que tenía una brecha en forma de media luna. Había mucha hinchazón y se le veía un hueso. Lo toqué para asegurarme. Pasé mi dedo gordo con suavidad por encima de su superficie. Algo de sangre quedó adherida a mi piel y el hueso mostró parte de su blancura porosa. No parecía astillado. Menos mal.

Troy ni siquiera se lamentaba. Respiraba con levedad, como un bebé recién dormido. De vez en cuando lo atravesaba un espasmo que lo hacía gemir un segundo. Luego volvía a su respiración superficial.

Se trataba de un perro fuerte y era cierto que le tenía cariño. A menudo aparecía por casa, temprano por la mañana, cuando él todavía no se había incorporado a su jornada laboral y yo me apresuraba a cargar la basura en la parte trasera de mi ranchera antes de bajar al pueblo. Husmeaba a mi alrededor, trazaba tres o cuatro círculos sobre sí mismo antes de sentarse justo enfrente de mí y barría el suelo con la cola. Creo que era su manera de darme los buenos días. A continuación levantaba y agitaba la cabeza a un lado y a otro alternativamente, como para apartarse el flequillo de los ojos. Tal vez quería verme mejor.

Yo lo ignoraba durante todas mis maniobras de carga. En ocasiones, casi pasaba por encima de él. Pero en cuanto terminaba siempre dedicaba unos minutos a achucharlo. Solía cogerle el pellejo del cuello y se lo agitaba vigorosamente, como si fuera a sacárselo por la cabeza como una camiseta. Luego lo tiraba al suelo y le masajeaba la barriga. Era algo difícil, porque los dedos se me enredaban continuamente en los incontables nudos de pelo que tenía.

—¡Pareces una escoba! –le decía— ¡Pareces una escoba vieja!

Él se partía de risa como suelen hacer los perros, gruñendo y agitándose como una lagartija que se ha quedado del revés y no consigue darse la vuelta.

—Sangra demasiado –dijo mamá haciendo gala de su optimismo habitual.

En ese momento me decidí. —Me lo quedo. Fran, puedes largarte a recoger a tu oveja. Mamá, tú te quedas aquí. Yo me llevo a este lanudo al veterinario.

Le junté la piel lo mejor que pude y taponé la herida con un montón de gasas. Luego las aseguré con una venda gruesa.

La manta de arpillera con la que Fran lo había envuelto al traerlo estaba empapada de sangre, así que mandé a mamá a buscar una toalla limpia y Fran me ayudó a cargarlo en el asiento del copiloto del coche.

Conduje con toda la dulzura de que fui capaz. Diez quilómetros

en los que estuve a punto de estrellarme en dos curvas porque intenté hacerlas más abiertas de lo que eran en realidad. Troy yacía medio enroscado, con la cabeza algo echada para atrás, los ojos vacíos permanentemente abiertos y las lesiones cubiertas con la toalla. Apenas lo escuchaba respirar. Podría haber llevado en su lugar las bolsas de la compra y habrían hecho el mismo ruido, un crujido suave al desplazarse algunos milímetros en los tramos más cerrados de carretera.

Al llegar, Nicolás nos esperaba en su casa con la puerta abierta. Era el único veterinario que había en treinta quilómetros a la redonda. Tenía la consulta en su propia casa y estaba permanentemente de servicio. Esto significaba que atendía urgencias a cualquier hora y que, además, lo hacía sin cargar ningún coste adicional en la factura. Al igual que el chatarrero, ese hombre era una bendición para todo el territorio.

Me ayudó a sacar a Troy del coche. Al cogerlo noté que la toalla, en contacto con la palma de mis manos, estaba húmeda. "Que no sea sangre, que se haya meado", recé.

Cuando lo dejamos encima de la mesa de acero del consultorio el perro cerró los ojos detrás de su sucio flequillo. Algo en él se apagó, como cuando se extingue una vela tras haber estado ardiendo un rato apenas sin intensidad.

Lo tomé como una señal ambigua. Tal vez se hubiera dado cuenta de que ahora ya estaba en buenas manos, o al menos en manos lo suficientemente expertas como para aliviarle el dolor y reconstruirle medio cuerpo. La intuición de tal certeza habría bastado para relajarlo lo suficiente como para que dejara caer los párpados. O tal vez lo que había ocurrido era simplemente que había llegado al límite de sus fuerzas perrunas. Sea como fuere, parecía haberse abandonado a algo que había muy dentro de él. Tuve la impresión de que nos estaba dejando hundiéndose hacia el interior, replegándose en un núcleo compacto de su propio ser.

Nicolás descubrió las heridas y arrugó la nariz con un gesto típicamente canino. Luego me miró tan fijamente que no pude evitar pensar en una pedida de matrimonio.

—¿El animal vale la pena? Por alguna razón desconocida, estaba completamente decidida a salvarle la vida a Troy, así que asentí lo más gravemente que pude. Nada que ver con la euforia de un "sí quiero" nupcial. —Suponiendo que viva, éste no va a servir para mucho más que para perro de compañía.

Lo sabía. Y también sabía que en un entorno rural mantener un perro de compañía resultaba algo casi antinatural. A nadie se le ocurriría tratar de arreglar el motor de un tractor al que le falten los dientes para labrar. Solamente a un loco o a un sentimental, que en

este vecindario vendría a ser lo mismo, podría pasársele por la cabeza semejante tontería.

En casa siempre habíamos tenido perro, pero más por casualidad que por necesidad. Tigre y Rayas habían sido los miembros menos espabilados de una camada de seis cachorros y mamá se los quedó en un arrebato de ternura, cuando ya casi los iban a sacrificar.

Loca apareció misteriosamente una mañana de marzo dentro del cobertizo de las vacas. Nunca supimos si alguien la había abandonado allí a propósito o si llegó ella solita por sus propios medios, buscando refugiarse del frío entre los gruesos cuerpos de nuestras nobles inquilinas. Dado que era una pointer de pura raza, aunque algo vaga y extravagante, pensamos que tal vez la habían expulsado de un núcleo familiar urbano demasiado estructurado y poco predispuesto a aguantar sus ataques, ya que era una perra que podía estarse días sin mover ni una pestaña, pero que al escuchar un estornudo despertaba de su hechizo de repente y empezaba a correr desesperadamente, como si solamente dispusiera de un rato para gastar una carga de energía largamente acumulada.

Es raro encontrar perros de raza por aquí. Es cierto que hay pointers, pero se utilizan mayoritariamente como perros de caza. Esto significa que son un muestrario viviente de toda clase de cicatrices de mordeduras, arañazos y una larga colección de remiendos del veterinario. Loca, en cambio, tenía una piel tan perfecta que, quitando los pelos, habría podido protagonizar un anuncio de crema exfoliante.

Como debemos ser gente de buen corazón, nos la quedamos. Y lo mismo hicimos con su sucesor, Desnudo, un perro feo y algo tonto que alguien dejó en el veterinario para tratarle de un raro ataque de dermatitis y que luego se olvidaron de ir a recoger. No se pudo volver a contactar con el propietario y, como hacía poco que nos habíamos quedado sin Loca, Nicolás pensó que podríamos hacernos cargo de él. Por supuesto, lo hicimos. Además, era un perro que tenía dos grandes cualidades: siempre estaba de buen humor y nunca se meaba en las ruedas del coche. Su única función era la de avisar cuando alguien traspasaba el límite de nuestra finca, pero Dios sabe que ni él, por tonto, ni Loca, por perezosa, habían sido capaces de llevar a cabo algo tan simple ni siquiera la mitad de las veces. Desnudo hacía más de un año que había muerto, de pura vejez, y la verdad es que ni mamá ni yo nos preocupamos de conseguir otro perro. Nuestras rutinas diarias no se habían visto afectadas por su ausencia y pronto nos acostumbramos a dejar de comprar los sacos de treinta quilos de pienso enriquecido con calcio y de rellenar la bebedora que había en la cocina. Porque también es cierto que, a pesar de ser mujeres de campo, por la noche siempre

encerrábamos al perro en casa con nosotras. Supongo que el perro pensaría que estaba más seguro dentro que fuera y nosotras sentíamos que estábamos más seguras con él.

La seguridad es un sentimiento al que, al igual que un ternero, es posible darle de comer y verlo crecer. Se alimenta con la compañía. Y cuanta más confianza tengas depositada en el ser que te acompaña, más fácilmente crecerá ese estado de seguridad, más profundas serán sus raíces y, por consiguiente, mayor será la copa que te proteja.

No es que vivamos con el corazón en alerta. Las zonas montañosas suelen ser territorios tranquilos. Hay vecinos que ni siquiera cierran la puerta con llave al irse a dormir, pero mamá no solamente daba tres vueltas a la llave, sino que acostumbraba a atrancar la puerta con un grueso madero gastado. La razón de tanta precaución se remontaba a unos meses antes de mi nacimiento. Papá murió repentinamente cuando mamá estaba embarazada de seis meses. Regresaba a casa con el tractor cuando éste volcó y lo aplastó. Aquí, ésta es una muerte común. También se muere de viejo. De viejo con neumonía o de viejo al que una noche se le detiene el corazón. Es curioso, pero no conozco a nadie a quien el corazón se la haya parado de día. Es como si, por más agotado que estuviera, pudiera esperar a que su amo dejara los animales estabulados, la casa recogida y un buen par de leños gruesos consumiéndose lentamente en el hogar. Como si para apagarse a gusto necesitara un abrigo de silencio a su alrededor.

A papá, en cambio, el corazón se lo pararon sin avisar. El de mamá se rompió. Pasó llorando lo que le quedaba de embarazo y, cuando al fin nací, con un mes de retraso, hubo dos vecinas que se turnaron para quedarse en casa porque mamá no podía dejar de llorar. Solamente paraba para darme el pecho y escrutar mi rostro en busca del rostro de papá. En cuanto me quedaba dormida, volvía a llorar.

Creo que nací con retraso porque de alguna manera percibía el gran barrizal de tristeza que había en el exterior. Como mínimo, en mi agujero líquido no era posible llorar, así que seguramente ése fuera el motivo por el que alargué al máximo mi estancia dentro de mamá.

Después, al salir, las cosas no debieron ser tan calamitosas, al menos para mí. Mamá me contó que Tere y Luisa, la abuela y la madre de Fran, el pastor, se ocupaban de mí casi todo el día. Fran es cinco años mayor que yo y a menudo, cuando no tenían dónde dejarlo, lo traían a casa y pasaba el día o la noche aquí.

Todavía hoy, cuando discutimos por alguna tontería, me recuerda que él me había cambiado el pañal en más de una ocasión.

Apostaría a que es una afirmación totalmente carente de veracidad, pero no sé por qué motivo se empeña en esgrimirla cada vez que necesita añadir algo de peso a alguno de sus inconsistentes argumentos. Será porque, desde nuestra más temprana edad, nos han enseñado a no poner en tela de juicio las opiniones de los adultos bajo el cuidado de los cuales hemos crecido. Pero, de ser así, no creo que se pudiera considerar a un zagal mocoso de cinco años como alguien lo suficientemente responsable como para recibir ahora semejante trato deferente. El caso es que, para variar, Fran y yo no pensamos igual.

El hecho es que Troy sobrevivió. Tardó unos meses en recuperarse y quedó algo tullido. Renqueaba un poco de una pata trasera, no sólo porque se le habían roto los huesos —que Nicolás confirmó que se llamaban como los huesos del esqueleto humano: tibia y peroné— por dos sitios distintos, sino porque la herida de la cadera le había afectado a la articulación femoral y no consiguió recuperar una movilidad plena.

Sin embargo, parecía que el perro era plenamente consciente de lo que le había ocurrido y de las implicaciones del accidente en relación con su vida.

Mamá y yo tuvimos cuidado de él en casa. Dentro de casa. Temíamos que si le dejábamos salir afuera, ni que fuera para tomar el aire, husmear los alrededores y hacer sus necesidades con toda la comodidad que ofrece un suelo fértil, colmado de aromas y sabores, tal vez echaría a correr cuesta abajo, hacia el que siempre había sido su hogar, malogrando así todos los esfuerzos que hacíamos para que tuviera una buena recuperación.

No solamente le dábamos con puntualidad germana el cargamento de medicación que nos mandó Nicolás: pastillas antibióticas, pomadas antiinflamatorias, cremas cicatrizantes, píldoras antipiréticas y analgésicas y otros potingues que ya no logro recordar, sino que lo masajeábamos constantemente. Cada noche, antes de acostarnos, le frotábamos el lomo hasta casi sacarle brillo y, en cuanto se pudo, también le administramos vigorosas friegas en la pata lesionada para asegurarle una buena irrigación sanguínea. Incluso pasamos una tarde entera desparasitándolo y peinándole la enorme maraña gris que lucía a modo de pelo.

Cuando se puede decir que le dieron el alta definitiva, habría podido inscribirse perfectamente en un concurso de belleza de perros pastores retirados. Mamá y yo volvimos a acostumbrarnos a convivir con un sujeto cuadrúpedo rondando por casa. La verdad es que Troy marcó una gran diferencia respecto a nuestras anteriores mascotas. Por decirlo de algún modo, éste parecía ser el primer perro que teníamos que había sido dotado con una carga

medianamente decente de inteligencia.

A pesar de su cojera, se las apañaba para estar en todas partes. Y lo más curioso es que siempre parecía estar haciendo algo de utilidad. Creo que fue educado en el sistema según el cual la ración diaria de pienso hay que ganársela, así que supongo que estaba acostumbrado a un ritmo de trabajo exigente con el que, además, sin duda acabó disfrutando.

Tan pronto salía de casa por la mañana, se me pegaba a los talones y buscaba maneras de facilitarme las tareas. Llevaba un estricto control del rebaño de los terneros. Los acompañaba a reunirse con sus mamás a primera hora del día sin dejar que alborotaran por el camino. ¡Diría que hasta los enseñó a avanzar en doble fila india!

Luego me era de gran ayuda a la hora de devolverlos a sus puestos. Azuzaba a los más remolones mordisqueándoles las patas traseras con sus dientes desmochados, tal y como Fran le había enseñado, aplicando la fuerza justa para espolear al animal sin infligirle ningún daño.

También cumplía a la perfección con las tareas de perro guardián. No solamente avisaba con antelación suficiente y con ladridos insistentes de la aproximación de cualquier conocido o desconocido a la casa, sino que también nos ofertaba un servicio de escolta personalizada mientras la persona recién llegada permanecía en la finca. Ya podía tratarse del cartero como del transportista que venía a recoger a los terneros una vez al mes o hasta de su mismísimo dueño anterior, Fran, que por algún motivo oculto empezó a frecuentar mucho más a menudo nuestra granja, que Troy salía a su encuentro vociferando cuando todavía no habían traspasado el límite de la finca. Se mantenía plantado dentro de nuestro territorio, la cola tensa, en alto, agitando la melena con cada uno de sus ladridos.

Tenía una voz grave y consistente como un expreso, pero que a su vez se elevaba rápidamente y adquiría un eco ligero y diáfano a medida que se extinguía. Al cabo de un rato de haberse callado todavía podía seguir escuchándola, como si fuera una pelotita de goma rebotando tontamente dentro de mi cabeza.

Al principio, Fran se extrañaba de semejante bienvenida.

—Pero ¿qué te pasa? ¿No te alegras de verme? ¿Acaso ya no te acuerdas de mí? –le murmuraba al levantar por el manguito el alambre electrificado que teníamos a modo de verja.

—Te guarda rencor. Si no llega a ser por mí, ahora mismo estaría muerto

–le recordaba yo sólo para fastidiar. La verdad era que quien le guardaba rencor era yo.

Troy siempre había sido un perro de mi agrado. Le cogí un gran cariño durante su período convaleciente. Había sido un enfermo callado y paciente. Tragaba su medicación sin rechistar, ni siquiera tuvimos que disfrazarla entre pelotillas de queso. De vez en cuando se levantaba penosamente para ir a hacer sus necesidades en el patio cerrado donde solemos tender la ropa y luego regresaba a su colchón arrastrando la pata y con la cabeza tan gacha que daba la sensación de que también la usaba como punto de apoyo. Pero con lo que me ganó el corazón fue con su dedicación en los quehaceres diarios. Lo tenía siempre entre las piernas sin que nunca llegara a estorbarme. Me seguía a la cocina cuando iba a por un tentempié y se quedaba esperando en el umbral. Mirándome fijamente a través del flequillo, pero con una mirada carente de súplica. Sin gemir, sin implorar su parte de ración. A veces le cortaba un poco de longaniza y se la tiraba. La cazaba al vuelo y la devoraba en un santiamén. A continuación se tumbaba en el suelo con expresión de aburrimiento, la cabeza reposando sobre las patas delanteras, y esperaba pacientemente a que yo terminara con mi bocadillo de media mañana.

El resto del día transcurría en su compañía. Sacábamos adelante el trabajo mano a mano y pronto me acostumbré a su presencia y empecé a hablarle como si de una persona se tratara, algo que no había hecho antes con ningún otro perro.

Sin embargo, Fran a veces lograba sacarme de mis casillas. Creo que subía a visitarnos más de la cuenta porque echaba de menos a su compañero. Y tal vez también porque se sentía algo culpable.

Cuando nos lo trajo, tras el atropello, nosotras constituíamos su última oportunidad, la última antes del sacrificio de un animal que ya no iba a servirle para lo que necesitaba. Si nos hubiéramos negado a acogerle seguramente se lo habría cargado. Soy consciente de que eso habría sido lo normal. Por aquí nadie ha mantenido nunca a perros jubilados, como no fuéramos mamá y yo. Quizás Fran lo sabía y nos lo trajo como único modo de salvarle la vida. Debería haber pensado esto cada vez que venía y se regodeaba acariciándole el lomo y obsequiándole palmadas en los costados, en lugar de rabiar por dentro pensando que, si de él dependiera, ese perro magnífico, avispado y laborioso habría acabado en el contenedor verde claro que hay en cada granja, destinado a los animales muertos.

Aun así, no creo que Troy se lo tuviera en cuenta. Es cierto que no le prestaba demasiada atención a su anterior dueño. Meneaba un poco la cola, se dejaba acariciar con gusto y le reía las gracias con algún gruñido ahogado, pero nada más. Cuando invitaba a Fran a tomar un trago dentro de casa el perro me seguía a mí, no a él.

Caminaba a mi lado y luego se sentaba a mis pies. Fran bebía su cerveza despacio, no como yo, que me la zampo en tres tragos, y detrás de su barrera de espuma le vi mirarnos. Había en sus ojos algo de envidia.

Tal vez por eso me sentí tan mal, el día que murió mamá y yo atropellé a un gato, creo que sin querer.

2

Me levanto cada día a las seis. Temprano, teniendo en cuenta que me acuesto a medianoche, pero si me levantara más tarde me quitaría media hora de tranquilidad. Treinta minutos que me pertenecen sólo a mí. Es el tiempo que necesito para vestirme en un santiamén y dedicar las sobras al peliagudo asunto llamado "peinado".

Creo que es la única actividad algo hedonista que practico. No me lancé a ella por gusto, sino por pura necesidad. Llegó un momento en que era o eso o raparme al cero, ya que la madre naturaleza, que debía estar leyéndose a Aristófanes cuando me tocó nacer, tuvo el antojo de dotarme de una esplendorosa melena del tipo "indomable total". Precisamente a mí, que nunca he dispuesto de demasiado tiempo ni de suficiente interés para las tareas del acicalamiento.

Por decirlo de algún modo, a lo que más se parece mi mata de pelo es a un erizo de peluche con el que unos ex marines hayan estado jugando a un torneo de voley playa. Creo que como imagen es bastante aproximada. Una peluquera me dijo un día que no podía hacerse gran cosa con mi pelo, ya que si lo llevaba corto parecería un cepillo usado y si me lo dejaba largo más bien se asemejaría a algo así como una escoba, evidentemente también usada. El caso es que no salíamos del campo semántico de los utensilios de limpieza de segunda mano.

Como punto a favor diría que tengo un color parecido al del pelaje de la vaca bruna pirenaica, un castaño claro ligeramente tostado muy favorecedor. Al menos, ésa es la opinión general en el caso de las vacas. Además de por el tono capilar, también me identifico con esta raza vacuna autóctona por algún que otro rasgo positivo. Comparto con ellas cierta tranquilidad de carácter y muy buenas aptitudes para la producción cárnica, aunque dado mi nivel diario de actividad, que supera con creces el de cualquier clase de ganado, logro mantener a raya los quilos extras que mi buen saque conseguiría reunir a lo ancho de mi perímetro abdominal.

Tras años de experimentos y múltiples fracasos, la única fórmula que he logrado para controlar la crespa exuberancia de mi cono superior es desenredar el pelo cada mañana con un peine de metal y recogerlo en un roscón arriba del todo, un poco a lo Audrey Hepburn en "Desayuno con diamantes", o al menos eso es lo que dijo Fran al ver la película en Paramount Channel, una tarde de domingo.

Me llamó especialmente por teléfono para que sintonizara el canal y pudiera ver lo glamurosa que podría llegar a ser si decidía cambiar mi hombruna ropa de trabajo por ajustados modelitos de ciudad. No hace falta aclarar que lo mandé a pasear las quinientas ovejas de su rebaño. De una en una, claro está.

Aunque lo haga por necesidad, con el tiempo me he dado cuenta de que el hecho de levantarme a las seis me ha servido para aprender a disfrutar de un momento de la granja realmente maravilloso.

A esa hora la vida recién está despertándose en el exterior. Los gallos todavía están haciendo gárgaras. Las vacas, mudas, desentumecen sus piernas, se frotan entre sí y ensayan su repertorio de rotaciones de cuello. Torcer el cuello, agitar la cola y caminar son sus movimientos básicos. Da igual que estén estabuladas o que las mandes de vacaciones a la intemperie de los prados. Siempre se mueven igual.

Los terneros, sin embargo, ofrecen un abanico algo más amplio de actividades. Por poco espacio de que dispongan, no dejan pasar la ocasión de ensayar piruetas, echarse unas carreras al trote y jugar a darse cabezazos al estilo cabra montesa.

Pero los animales, al igual que las personas, también se toman su tiempo de reacción, un intervalo de puesta a punto mental que se sucede entre el momento en que abandonan el sueño y el que empiezan a tomarse el día en serio. Mis bichos ya se han adaptado a mis necesidades y sus minutos perezosos son treinta, ni más ni menos que los que van de seis a seis y media de la mañana.

De este modo, cuando el despertador trunca mi sueño a su hora habitual todavía me encuentro arropada por un denso silencio nocturno. Si tuviera que definir de algún modo ese silencio diría que es como un gran saco de carbón. Oscuro y pesado. A veces, algo cruje en su interior. Tanto puede ser la casa, que parece llevar siglos asentándose sobre sí misma, como un mugido apagado o una coz lanzada pesadamente contra las paredes del cobertizo de las vacas. Esos son los únicos ecos que retumban en la noche y en las primeras luces del amanecer. A mamá ni se la oía. Creo que acostumbraba a levantarse una o dos horas antes que yo. Era una de aquellas mujeres menudas, delgada y seca como el hatillo de ramas con que habitualmente se inicia un fuego. En realidad, cuando se ponía en movimiento los huesos acostumbraban a crepitarle igual.

Tenía el pelo fino, largo y amarillo. Nada que ver con el mío, aunque también se lo peinaba enroscándolo. Sin embargo, ella prefería fijar el recogido con horquillas algo por encima de la nuca, de modo que parecía que llevara permanentemente una ensaimada en el cogote.

Usábamos las mismas facciones: ojos pequeños y oscuros, cejas finas y largas, nariz afilada, algo aguileña en mi caso, y labios estrechos, nada carnosos pero intensamente coloreados y de risa fácil. La diferencia residía en que el conjunto de estos rasgos se encontraba depositado en rostros de tamaños muy distintos entre sí. La cara de mamá recordaba a la de un ratón, pero no a la de un ratón convencional, sino o más bien a la de un musgaño. Su nariz puntiaguda se precipitaba encima de su boca de botón como un halcón sobre su aperitivo. Pero al menos poseía la buena visión de la rapaz.

En mi caso sucede todo lo contrario. Mis rasgos se pierden en una cara ancha, de grandes pómulos y frente elevada. Siempre he pensado que mi cuerpo, en general, guarda ciertas similitudes con un país del altiplano asiático. Con grandes llanuras y poca población. Aquí y allí aparecen un par de ojos, coronados, eso sí, por unas bonitas gafas Carolina Herrera –ya pasó la dura época escolar de las descomunales gafas de concha transparente. Tengo unos labios pequeños pero llamativos. Todavía conservan el rojo natural del primer día, o sea que al menos mi nombre sigue haciéndoles honor. Gracias a Dios nadie parece darse cuenta de semejante asociación.

Un día Fran me miró como si llevara tiempo intentando descubrir cómo demonios se dividía el átomo y me soltó:

—Oye, Carmín ¿y tú por qué narices te pintas los labios si apenas sales de casa y aquí no sube ni Dios?

Como es algo inocente y me gusta jugar a desmontarlo le respondí:

—Bueno, lo que es subir, últimamente subes tú casi cada día. Además, hoy viene el chico del matadero y no quiero parecer la típica campesina descuidada.

Enrojeció automáticamente debajo de su permanente barba de una semana. Diría que hasta alcanzó uno o dos tonos más que yo. Y luego estuvo mareando la perdiz un buen rato, sobando a Troy como nunca, preguntándome acerca de los fertilizantes que usaríamos la próxima vez y si teníamos pensado llamar a la granja de cerdos para que subieran una cuba de purines y así dejar los campos listos para la siembra.

El caso es que mamá y yo, incluso siendo tan parecidas en algunas cosas, distábamos mucho de semejar familia en otras. Mamá empezó a luchar con la vida a poco de nacer yo. Antes había sido una buena chica de campo, la menor de tres hermanos varones, a la que sus padres habían querido y cuidado con esmero. Había crecido como una lechuga de invernadero: tierna, blanca y algo más sosa que sus compañeras del exterior.

Sin embargo, había aprendido a cocinar y a elaborar queso, encurtidos y pan. Nada más. Contra todo pronóstico, se casó con papá a los treinta y seis años, cuando ya casi todo el mundo daba por hecho que su futuro era un contrato vitalicio para hacer de enfermera de sus padres a la vez que de niñera de sus sobrinos. Papá fue quien le enseñó a llevar un negocio de vacas lecheras. Cuando enviudó, siete años más tarde, se hizo cargo de la granja, siempre con la ayuda de la familia de Fran o de otros vecinos que veían en nosotras la oportunidad de ganarse su parcela de paraíso en el más allá.

Dado su carácter, creo que ésta fue una tarea agotadora para ella. Pero aguantó como un puntal hasta que cumplí los dieciocho años. Ella tenía entonces sesenta y uno. A partir de ese momento fue desinflándose lentamente, como un globo que no ha sabido estallar al clavarle un alfiler.

No es que dejara de trabajar. Seguía levantándose inquieta como una lagartija cada día para llegar la primera a comprar el pan. Cuando me levantaba por la mañana, a las seis, mamá ya había ovillado su lacia melena en su lugar habitual y había cubierto su cuerpo delicado con toscas ropas negras. Es lo que vino haciendo desde que murió papá. A quien la hubiera visto por primera vez le hubiera recordado un arbolito quemado con un nido de pájaros en la parte superior, recién acabado de instalar.

Pero a pesar de esa imagen algo lánguida, la verdad es que no se estaba quieta ni un minuto. Se movía en silencio. Por supuesto, ayudaba a ello el hecho de que siempre andaba con unas gruesas zapatillas de fieltro. Si a esto le sumabas que apenas pesaba cuarenta quilos es fácil creer que hubiera podido pillar desprevenido hasta a un gato.

Sin embargo, coincidiendo con mi mayoría de edad, fue dejando de lado todas las responsabilidades mercantiles que conllevaba la granja y empezó a concentrar todos sus esfuerzos en tareas secundarias, como preparar guisos laboriosos que luego servía a las gallinas en rústicas cacerolas de barro o tener al día un inventario minucioso de todos los productos que entraban o salían de la nevera o del congelador.

También se aficionó al ganchillo, de modo que pronto hubo tapetes ovalados repartidos por toda la casa. Una vez eliminé uno que había diseñado para tapar la placa de cerámica que cubre el depósito del váter. Tenía un agujero en medio, como un ojo, que coincidía con el botón cromado que apretábamos para vaciar el tanque. ¡Me pareció horroroso!

Aunque hubo otro que me resultó divertido. Se trataba de uno muy grande que había depositado en el aparador del salón. Cubría

toda la superficie del mueble con unos motivos curvilíneos muy curiosos. A mí me parecían lenguas lamiéndose entre sí. Un día lo levanté para meterlo en la lavadora. En una de sus múltiples visitas Fran había apoyado una lata de CocaCola encima que dejó marcada toda la roncha de la base, y al dejar la madera al descubierto vi que el polvo que se había ido depositando a través de los orificios del tapete, durante el transcurso de los dos meses que debería hacer que no limpiaba a fondo el salón, perfilaba una creación distinta y a la vez contrapuesta a la del dibujo del mantel. Ya no era una reunión de lenguas en acción, sino un collar larguísimo y enredado de dientes de tiburón. Me gustó tanto que lo dejé allí, hasta que al cabo de otro par de meses la capa de polvo era ya tan espesa que apenas se distinguía el original.

Por aquel entonces yo ya había terminado mis estudios de bachillerato y me hubiera gustado poder acceder a la universidad y estudiar algo que a todos los de por aquí les habría parecido de lo más inútil. Me refiero a historia del arte.

No es que tenga muchas nociones sobre la materia. Me gustaría poder decir que un atardecer lluvioso, cuando contaba con diez o doce años, encontré en la buhardilla de casa un manual gastado y polvoriento de historia del arte y que pasé mi adolescencia fascinada en secreto por sus láminas y fotografías en blanco y negro. Podría haberme aprendido cada párrafo de memoria. Habría viajado a través del tiempo hasta las civilizaciones más antiguas, con el corazón completamente exaltado y mis sueños como chiquillos lanzándose al recreo, proyectándose alborotadamente hacia un futuro dorado.

Frente a mí, a unos escasos diez años de distancia, me esperaban museos tan repletos de obras que seguramente algunos rebosaban por las ventanas. Sin duda, me atrevería también con las rutas arquitectónicas, excursiones en las que podría hallar algo más que un goce puramente estético.

Sólo había que haber visto unas cuantas películas francesas para saber que en los cascos antiguos de las ciudades europeas sobrevivía una clase de hombres delgados como mujeres y sensibles como termómetros. Bohemios que, con sus largos pinceles y afilados bigotes, iban muy necesitados de musas y cuidados. Hubiera podido imaginarme a mí misma posando desnuda en un diván, encima de una sábana de satén, chapurreando francés con un cigarrillo con boquilla entre los dedos. Una ventana abierta habría dejado entrar las notas arrastradas de un acordeón y el aroma sugerente de café recién molido. A mi lado, en el suelo, un cenicero lleno de colillas y una copa de vino vacía yacerían como seres derrotados. El artista se fijaría en mí antes de distribuir sus apósitos de óleo en una tela de

grandes proporciones. Y no habría más allá. Solamente la estampa de aquel momento feliz.

Pero la verdad es que siempre había tanto trabajo que hacer en casa que la única vez que subí a la buhardilla fue un atardecer particularmente lluvioso –hasta aquí íbamos bien–, pero con la única intención de recolocar unas tejas por donde se colaba el agua, provocando una gotera tremenda en el techo de mi habitación, justo encima de mi cama.

Mi único contacto con la historia del arte fue en una asignatura del instituto: "Introducción a la historia del arte". Podíamos escoger entre ésta, "Introducción a la informática" o "Introducción a la puericultura". Como no me interesaban especialmente ni los ordenadores ni los niños, elegí historia del arte.

Acerté, porque disfruté con cada una de las clases. Nuestro profesor hizo un "recorrido muy superficial por las principales épocas, artistas y tendencias", en palabras de la guía del curso. Pero fue una superficialidad lo suficientemente intensa como para cautivarme.

Nos pasábamos las horas de clase a oscuras. Él se limitaba a ir proyectando diapositivas, directamente en la pared, y a ir comentando cada una de ellas. Nos llevó de viaje al Egipto de los faraones y a la Grecia del Partenón, visitamos iglesias y catedrales, recorrimos Italia de la mano de Bernini y Michelángelo, conocimos las vanguardias pictóricas del siglo XX. Me rendí a Matisse. De septiembre a junio, fueron los diez meses de mi vida en que más acontecimientos interesantes se sucedieron. Sin contar, claro, los diez meses en que estuve gestándome dentro de mamá. Esos debieron ser de lo más curioso y constructivo, pero ni falta hace decir que no me acuerdo de ellos.

Así que me vi obligada a dejar la universidad para más adelante, tal vez sólo una o dos vidas más adelante. Como no podía ser de otro modo, dada la actitud de mamá, me centré en nuestras vacas. Con dieciocho años sabía perfectamente cómo llevar el negocio. Era fácil, pues iba casi solo. Teníamos una vacada de una veintena de cabezas y resultaban bastante productivas. Las ordeñábamos mecánicamente un par de veces al día y, de media, cada una daba de quince a veinte litros de leche fresca al día. Es mucho menos de lo que acostumbran a producir las vacas que están permanentemente estabuladas en fincas de explotación intensiva, pero nunca nos interesó que llevaran una vida tan al límite de la desgracia. Ya papá intentaba que pasaran el máximo tiempo posible al aire libre, así que, a fuerza de aclimatarlas, al final podían llegar a estarse en los pastos al menos seis meses al año.

Combinábamos el negocio de la leche con el de la cría de

terneros. Nunca teníamos más de tres o cuatro, pero salían bastante a cuenta. Jamás dejaba de fascinarme asistir al ciclo entero de su corta vida, desde la inseminación, que intentábamos que fuera por medios naturales, hasta la gestación, el parto, la lactancia y el engorde, que también hacíamos de la forma más natural posible, dejándoles pastar libremente por los campos electrificados y llevándoles heno fresco cuando la climatología no permitía las salidas al exterior. Así conseguíamos una carne magra y tierna, de primera calidad, que a menudo ya estaba reservada en vida por un restaurante cercano con estrella Michelin.

Lo único que había que intentar, por todos los medios, era una sola cosa: no encapricharse con alguno de ellos. A Dios gracias que llevar toda una vida en el campo representa una buena vacuna contra este tipo de cariño. Admito haber comido carne procedente de mis propios terneros y, además de haberla disfrutado sin remordimientos. El recuerdo del animal nunca ha hecho que un plato me sentara mal.

En resumen, el nuestro no era un negocio para forrarse, pero nos iba bien. Un camión refrigerado pasaba a diario a recoger la mayor parte de la leche y con el resto elaborábamos quesos que luego distribuíamos en algunos establecimientos de las poblaciones más cercanas. La verdad es que salía más a cuenta la venta del queso que la de la leche, pero al ser sólo dos personas en casa, no podíamos asumir la tarea de elaborar queso con la totalidad de la producción lechera.

Me mantuve al mando del negocio durante cerca de diez años, pero llegó un momento en que me aburrí. Por aquel entonces mamá empezó a recluirse cada vez más en sí misma. Hubo una temporada en la que le dio por fabricar flores artificiales con los cartones de las hueveras. Los recortaba no quiero saber cómo, los coloreaba con la pintura azul que sobró la última vez que repasamos las puertas de los cobertizos y luego les pegaba una ramita de mimbre a modo de tallo. ¡Llegó a desmontar tres cestos medianos para disponer del mimbre necesario con que satisfacer las necesidades de su enorme industria floral!

De la noche a la mañana nuestra casa se vio invadida por esos sucedáneos de papel. Como cuando se había aficionado a los tapetes, empezaron a aparecer flores por todas partes. Era como una invasión de marcianos azules. Podían aparecer en ramilletes o en solitario, colgando de las lámparas, enganchadas en las contraventanas, metidas en los agujeros de la madera. Un día me dejó algunas dentro del cajón donde guardo las bragas. No sé si lo que pretendía con ello era darme un susto de muerte o es que realmente creía que esparcirían su intenso aroma a disolvente entre

mi ropa más íntima. Sea como fuere, tuve que volver a lavarla toda.

El día que cumplió setenta años dimos una pequeña fiesta. Invité a Fran y a Luisa, su madre, algo más joven que la mía y con la cabeza mucho más clara.

La gente de campo solemos festejar nuestras celebraciones por la noche o bien las aplazamos hasta el domingo al mediodía. Durante el día hay demasiado trabajo y la hora de la comida no es más que una pausa entre tareas. No es raro sentarse a la mesa con la ropa de trabajo puesta y briznas de heno a modo de tocado en la cabeza. Lo que sí que es sagrado es dejar las botas de goma, por lo general embarradas y con restos evidentes de estiércol en las suelas, al lado de la puerta de entrada.

El cumpleaños de mamá caía en miércoles. Como siempre me ha gustado celebrar los aniversarios el día que les corresponde, planeé preparar una cena y avisé con una semana de antelación a nuestros vecinos. Llegaron a las nueve de la noche, con toda puntualidad. Luisa había encontrado tiempo para hacer una visita a la peluquera, ya que llevaba su corta melenita teñida de rubio oscuro y muy ahuecada. Su cara pizpireta y arrugada se perdía en el cuenco del peinado como el rostro de una ardilla en su madriguera. Trajeron pastel de manzana y una terrina de paté, además de un bonito paquete para mamá, con un llamativo papel a rayas y un lazo dorado muy complejo en una esquina.

Mamá lo desembaló con sumo cuidado. Dentro había una cajita marrón. La abrió como si estuviera desmoldando un queso tierno. En el interior había un broche de plata con una forma algo abstracta que a mí me pareció un pulmón. En el centro le habían incrustado una amatista violeta de gran tamaño. Le encantó. Se puso a dar palmas como una jovencita a la que acaban de anunciar que podrá salir hasta pasadas las diez de la noche.

La ayudé a prendérselo en el jersey y le entregué mi obsequio. Un frasco de *Eau de Rochas*, su fragancia favorita desde tiempos inmemoriales. De hecho, aquella era la fragancia favorita de todas las abuelitas de la zona. Sólo había que preguntárselo a la dependienta de la mercería. Tenían allí una estantería llena de frascos que únicamente se vaciaba del todo el primer domingo de mayo, coincidiendo con el día de la madre, y el veinticuatro de diciembre, víspera de Navidad.

Tras rociarse de arriba abajo como si de una loción anti-mosquitos se tratara, nos dispusimos a cenar de muy buen humor. Fran descorchó una botella de champán que yo había estado reservando para la ocasión y dimos buena cuenta de la ensalada de higadillos y del pollo relleno que cociné.

Troy, que en un principio no había dado muestras de una gran

alegría por ver a su antiguo pastor, acabó finalmente por yacer a sus pies. "Serás traidor", pensé con la mosca detrás de la oreja. Sin embargo, al cabo de unos minutos de atenta observación me percaté de que Fran le iba alargando disimuladamente migas de carne. Se las ponía en el cuenco de la mano y la deslizaba por debajo del mantel. Entonces se podían escuchar los quedos lametones de Troy. "¡Serás vendido!", tuve que reconocer.

—¿Necesitas otra servilleta? – ofrecí a mi vecino con irónica amabilidad.

—¿Para qué? –me retó, limpiándose la mano con el lateral del pantalón.

Fue una velada memorable en la que mamá no dejó de contar anécdotas de su infancia, primero, y de mi propia niñez, después.

Al terminar, pasamos al salón. Dejé a mamá acomodando a los invitados entre los tapetes del tresillo y me fui a la cocina a preparar café y a poner un par de velas al pastel. Cuando volví a reunirme con ellos con todo el cargamento en una bandeja enseguida supe que algo iba mal.

Mamá estaba sentada en una de las butacas, dándome la espalda. Hablaba por los codos, gesticulando sobremanera. Enfrente de ella, de cara a mí, Luisa y Fran ocupaban las dos plazas del sofá. Pero no había en ellos ni rastro de la distensión que había reinado en la mesa durante la cena.

Luisa estaba sentada muy derecha, diría que hasta algo rígida. Me recordó un espantapájaros recién plantado en un trigal. Parecía que le habían pegado en la cara una sonrisa de papel o una de aquella golosinas con la forma simpática de unos labios, sólo que, dada su edad, los suyos no ofrecían la tersa plenitud de una sonrisa de azúcar invertido y jarabe de maíz.

Escuchaba atentamente a mamá, asintiendo mecánicamente mientras mantenía elevadas sus cejas casi inexistentes en un gesto entre escéptico y perplejo. Me fijé que tenía las manos, un tanto crispadas, descansando encima de los muslos, sobre los cuadros de sus pantalones de lana. Sólo que había en ellas tanta tensión que más bien parecía que las hubiera dejado sobre el colchón de un faquir.

Todo esto lo capté en apenas un segundo. Luego miré a Fran y me encontré con sus oscuros ojos pardos clavados en mí. Su mirada, habitualmente diáfana y amistosa, me interrogaba como si hubiera allí dentro un fiscal.

Levanté mis hombros cuidando de no derramar el café y abrí mis ojos más de la cuenta, devolviéndole la interrogación. En aquel momento era la única forma que tenía de preguntarle qué caray estaba ocurriendo. Se limitó a lanzar su mirada hasta mamá, como

si ella fuera la explicación.

Para entonces yo ya había llegado a la mesita. Dejé la bandeja a un lado y puse el pastel, con las dos velitas rojas encendidas, delante de mamá. Un siete y un cero. El siete lo teníamos desde al año anterior, en que yo había cumplido veintisiete. El cero tuve que volverlo a comprar, ya que el que guardábamos en la cajita de las velas estaba tan gastado que más bien parecía una U.

Mamá volvió a aplaudir, como cuando había abierto los regalos. El resto coreamos un cumpleaños feliz más bien austero y luego ella sopló. El siete, que tenía buena mecha y algo de experiencia, se le resistió un poco, pero finalmente cedió y se apagó.

Hubo nuevos aplausos y Luisa se ofreció a partir la tarta. Yo agarré la cafetera y me dispuse a servir el café. Fue entonces cuando mamá me cogió con fuerza del brazo, deteniendo el chorro de café que ya había empezado a caer y, mirándome fijamente, me soltó:

—Lástima que no haya podido venir papá, ¿no crees?

Evidentemente, entonces sí que derramé el café. Fran me socorrió enseguida con un montón de servilletas de papel que pronto quedaron empapadas.

—¿Pero qué dices, mamá?

Notaba mi corazón latiendo con fuerza en la garganta. Luisa apartó los platos y se levantó para ir a la cocina a por una bayeta.

—Creo que no llega hasta la semana que viene, ¿verdad? –insistió mamá sin soltarme.

Intuí que Fran me buscaba con la mirada para comunicarme que la pobre mujer llevaba ya un rato entreteniéndoles con sus divagaciones. No se me ocurrió otra cosa que sacar hierro al asunto y proseguir con la velada como si nada. Creo que fue la única fórmula que pude encontrar para ganar algo de tiempo e intentar asimilar semejante locura.

—¿Qué te parece si tomamos un poco de café y nos comemos la tarta? Tiene una pinta deliciosa.

En aquel momento llegó Luisa, que dejó la mesa limpia con sólo dos pasadas. Me aferré a ella como a un bote salvavidas.

—Tienes que darme la receta, Luisa. ¿Has usado manzanas reinetas?

—Pues no estoy segura de qué tipo de manzana se trata. La ha preparado Fran.

Me sorprendí de tal forma que por un momento casi me olvido de mamá.

—¿Desde cuándo cocina usted, señor pastor? –pregunté con algo de sorna—. Lo único que te he visto hacer yo es sacarle el papel de plata al bocadillo del almuerzo.

Fran me miró entre ofendido y divertido.

—Esto es porque su señoría nunca se ha dignado a bajar a comer a casa.

—Mientes, estuve en tu treinta cumpleaños, hará ya algo así como cien años.

—Baja cualquier otro día a la hora de la cena y verás.

Como toda buena madre, Luisa intervino en defensa de su retoño.

—De la cena siempre se ha ocupado él. Tiene muy buena mano para la cocina, de verdad.

Ya sólo faltaba que sacaran una Biblia y me lo juraran con una mano en la tapa y la otra en el corazón.

Claudiqué.

—Me lo creo. Aunque te tomo la palabra y tal vez me pase de improviso cualquier día de estos, para la cena. —Cuando quieras –añadió donsiempre-tiene-que-decir-la-últimapalabra. Seguramente la conversación distrajo un tanto a mamá, que no volvió a decir nada demasiado fuera de lugar.

A las once levantamos la sesión y acompañamos a nuestros invitados hasta el recibidor. Luisa me llevó aparte unos segundos y me pidió que estuviera al tanto y que no dejara demasiado tiempo sola a mamá. La tranquilicé, ya que aunque a ratos me hubiera venido muy bien descansar un poco de mamá, eso era algo casi imposible. Las dos pasábamos la mayor parte del tiempo juntas, en casa o en los cobertizos de las vacas. Yo me encargaba del trabajo de la granja y ella se dedicaba a perfeccionar sus habilidades manuales. Únicamente se ausentaba por la mañana, para ir a comprar el pan, pero para cuando yo ya había cumplido con las primeras tareas del día y subía a la cocina a por el desayuno ella ya estaba allí, cortando rebanadas con precisión suiza y poniéndolas a tostar.

Tras el susto inicial, en apenas media hora había tenido tiempo suficiente para asumir que lo que le fallaría a mamá, a medida que se hiciera mayor, no serían los huesos, las articulaciones, el aparato circulatorio o hasta incluso la visión, que siempre tuvo en mucha mejor forma que yo. Lo que la edad tenía reservado para ella parecía que iba a ser una merma de sus capacidades intelectuales.

En fin, al menos había aguantado enterita hasta los setenta. Llamaría a Laura, mi amiga de la infancia –la que se había dado cuenta de que de la noche a la mañana me habían crecido los pechos—. Trabajaba media jornada como enfermera en la consulta del médico y dedicaba el resto de su tiempo a la atención domiciliaria. Me constaba que ya había cuidado de alguna abuela a la que se le iba la cabeza. Le explicaría un poco la situación y pediría hora para ver qué se podía hacer para controlar esos ataques

de cháchara sin sentido, ya que aunque no tenía ningún inconveniente en sobrellevar los pródigos efectos de la afición de mamá por los tapetes y las flores de cartón, me veía bastante incapacitada para hacer frente a conversaciones completamente al margen de la realidad.

Tras despedirnos de nuestros invitados, mamá se retiró enseguida a la cocina a lavar los cuatro cacharros de la sobremesa y yo me quedé un rato apoyada en el marco de piedra del portal.

Luisa y Fran se alejaban rítmicamente por el camino. La luna creciente colgaba como una barriga de embarazada del techo nocturno e iluminaba sus siluetas negras, que destacaban, bamboleantes y finas, en la neblina ligera de la noche. Había un silencio húmedo. Podría haberme asomado dentro de él como en un pozo. De vez en cuando me llegaba el eco de alguna palabra. Hasta que de repente Fran me sobresaltó con un grito que casi rompió la noche.

—¡Fuji! –exclamó.

—¿Qué?

—¡Fuji! ¡La tarta era de manzanas fuji! ¡Son más ácidas y le van mejor!

Reí en voz alta para que me escucharan. Luego me reí sólo para mí. Vaya, vaya, con el pastor.

Aunque me había asustado un poco con la demencia de mamá, la verdad era que esos incidentes se daban muy de vez en cuando y pronto acabé acostumbrándome a ellos. Nuestro médico de toda la vida la visitó a fondo y dijo que podría mandarla a hacerse algunas pruebas al hospital, pero que si la cosa no pasaba de algunos comentarios esporádicos era mejor no marearla con más visitas. Me aconsejó no dar demasiada importancia a esos episodios, no seguirle la corriente pero tampoco luchar contra ella para intentar hacerle entrar en razón. Opté por cambiar de tema cada vez que me salía con alguna de sus imaginaciones.

Papá era una de las personas sobre las que solía hablar, como si todavía estuviera vivo y dispuesto a hacernos una visita en breve. Yo no había llegado a conocerle y no guardaba ningún recuerdo acerca de él, como no fuera la foto en blanco y negro del día de su boda, así que sus palabras me dejaban más bien vacía. Era como si estuviera hablando de un ser imaginario, aunque supongo que había sido alguien transcendental en su vida. El hombre del que se había enamorado y que la había salvado literalmente de las garras de una soltería nada prometedora.

Creo que lo que intentaba mamá, en su vejez, era recuperar la presencia benefactora de papá. Se había ido alejando de la granja, se había encerrado en su mundo de manualidades, cocina y salidas

a buscar el pan. Se había creado una rutina a su medida que actuaba a modo de muralla. Y ella se encontraba a gusto allí dentro, sola. Tal vez por eso sus recuerdos empezaron a tomar cuerpo y a transformar su realidad en algo ideal.

A pesar de esos pocos momentos en que mamá me obligaba a conectar con su mundo de fantasmas a través de sus originales comentarios, el caso es que el resto siguió casi igual durante cinco años más. Nuestra vida no corría, sino que se deslizaba como las primeras lluvias de otoño, arrastrando con ellas el polvo del verano.

Era lógico que mamá se sintiera así, pero lo malo es que pronto yo también empecé a sentirme así. Todavía no había cumplido los treinta y dos y ya me parecía que llevaba toda una vida haciendo lo mismo. Me sentía mayor, diría que con un futuro cerrado. Tenía la impresión de estar adentrándome en un túnel. Ese agujero por donde transitaba era mi vida y, aunque todavía no veía la luz al otro extremo, eso tampoco hubiera sido una buena señal. Estaba casi segura que, de haberla visto, esa luz era el final.

Empecé a sobrellevar cada vez con más dificultad mi trabajo como granjera. No es que me resultara cansado o difícil. Soy una mujer fuerte y he crecido curtiéndome y adaptándome a las duras tareas que requiere un negocio como éste. Me gusta el campo. Me gustan las vacas y sus terneros, me gusta el ruido que hacen cuando comen y verlas llegar bien gordas por el sendero cada noche. Me gustan las manchas negras que la leña deja en mi chaqueta cada vez que entro un cubo lleno en casa. Es más, el olor a estiércol me abre el apetito.

Lo que pasaba era que los días empezaron a repetirse como torres eléctricas. Había llegado a un punto en que sabía exactamente qué era lo que pasaría a lo largo de la jornada. Por supuesto que cada estación del año requería unas tareas específicas, sobre todo las relacionadas con los ciclos agrícolas, pero las había llevado a cabo ya tantas veces que habían perdido por completo su capacidad para sorprenderme. Y de sorpresa también vive el corazón. Si no que me lo preguntaran cuando estudiaba a Matisse.

Nunca me había sentido tan viva como cuando nuestro profesor de historia del arte nos proyectó "La danza" en la desconchada pared de la clase. Nunca me había abierto de tal forma al color. A pesar de ser una chica de campo, a pesar de haber crecido sentada en medio de la infinita paleta de óleos de la madre naturaleza, en ningún otro sitio había visto un contraste tan vivo, unos límites tan claros. Era posible que cada color definiera una sola cosa, y a la vez era posible que el movimiento de algo no afectara para nada a su color.

"La danza" de Matisse me pareció más pura que una emigración

de patos silvestres. Los patos están tan integrados con su entorno que a menudo se funden con el paisaje. Sus gritos complementan cada movimiento, los unen a los árboles cuya savia ha empezado a bajar hacia la tierra. En cambio, los bailarines de Matisse se sobreponen al paisaje. Poseen una existencia independiente. ¿Sería posible una forma de vida igual? Ser únicamente una cosa. Tener un solo color. Y saber que tanto el cielo como la tierra se corresponden con tu misma imagen. Lo que daba sentido a la vida en el campo, la indispensable interdependencia de cada uno de sus elementos, entre los cuales también me contaba yo, resultaba ser también aquello que le quitaba el núcleo de su belleza.

No tuve la idea de concebir cada ser como algo único, susceptible de ser amado, defendido, aborrecido o hasta incluso despreciado hasta que conocí a Matisse. De repente me levanté una mañana y entendí que todo lo que formaba parte de mi vida podía ser visto bajo el prisma de un solo color. Y que en cuanto fijaba mi vista sobre un color, tanto éste como el objeto que lo soportaba pasaban automáticamente a predominar sobre todo lo demás. La caja amarilla de la mantequilla se veía solapada por el bote melocotón de la mermelada, hasta que de pronto aparecía la negra mamá, que era reemplazada sin contemplaciones por una gota marrón oscuro de café.

Hubiera dado cualquier cosa para creer realmente que había un mundo en el cual aquella gota de café podía ser más importante que mamá. ¡Lo que fuera por sentir un mundo parecido habitando en mi interior! Así es como yo suponía que debía sentirse permanentemente un artista. Sin embargo, a pesar de que lo intenté seriamente durante varias semanas, me resultó totalmente imposible pasarme un día entero así. "¡A ver si espabilamos!", me gritaba todo el santo día mamá. Visto con perspectiva, supongo que llevaba razón, ya que podía quedarme embobada media hora intentando dilucidar cuál era el color predominante en las manchas blancas y negras de una vaca especialmente equilibrada a nivel cromático.

Cuando cumplí los treinta y dos, cansada con tanta monotonía, tomé una decisión y vendí las vacas. Todas. No dejé ni una.

Me las pagaron muy bien porque era una vacada cuidada hasta el extremo. Cada una de ellas había sido seleccionada tras meses de tanteos, pesquisas y observaciones. Tenía una docena de ejemplares de origen francés. Eran unas frisonas un tanto engreídas, pero si las tratabas bien acababan trabajando igual o más que las demás.

Otro par de ellas había ido a buscarlos a una ganadería asturiana. Eran unos magníficos ejemplares de montaña, catalogadas como especie en vías de extinción. Destacaban por su

robustez y una expresión algo huraña tratándose de dos vacas. Su relación siempre me había recordado a la de Anthony Quinn y Gregory Peck en "Los cañones de Navarone". Tenían un precioso pelaje rojizo, una más oscuro que la otra, y unos peligrosos cuernos bien afilados. Si no fuera porque resultaba físicamente imposible, diría que se los limaban mutuamente cada anochecer.

Su leche no la juntábamos con la de las otras, sino que la reservábamos como oro para elaborar un queso parecido al de Los Beyos, ahumado y cremoso. Una delicia muy apreciada entre la gente de ciudad que subía hasta las poblaciones vecinas a pasar las vacaciones y fines de semana. Resultaba de una gran ayuda a la hora de hacer frente a las astronómicas facturas del repartidor de los piensos compuestos y los sacos de grano que las reses tomaban como complemento a su dieta en los crudos meses invernales.

El resto de la vacada lo formaban seis cabezas Jersey menudas, rubias y dóciles como meninas. Daban una leche con un gran porcentaje de grasa, que también destinábamos a la quesería que mamá había habilitado hacía ya más de diez años en una de las antiguas cortes de la planta baja, al lado del garaje. Solía llamar a esas vacas "mis chicas buenas" y, gracias a su ejemplo, las frisonas acababan entrando en razón cuando se les cruzaba un cable por cualquier nimiedad.

Lo más fácil fue tomar la decisión de desprenderme de ellas y encontrarles un nuevo hogar. Quería dejarlas en buenas manos y que se mantuvieran juntas, como si se hubiera tratado de veinte hermanas.

No lo conseguí por los pelos. Al final, una cooperativa recién creada por jóvenes emprendedoras, se quedaron con las Jersey y el par de asturianas. Se trataba de un grupo de cinco mujeres que acababan de abrir una quesería al otro lado de los Pirineos y mis animales les vinieron como anillo al dedo. Las frisonas se las vendí a un vecino que ya poseía una buena vacada destinada a la producción lechera. Tal vez no iban a estarse medio año en los prados, pero cuatro o cinco meses los tenían asegurados. En ambos casos, sabía que las tratarían bien.

Lo difícil fue enfrentarme a los días que siguieron a los de su partida. La primera noche dormí fatal. Creo que echaba de menos mi nana de coces y mugidos apagados. Las voces que arrullaban el silencio.

Por la mañana me levanté de un humor extraño. Estaba claro que tenía un montón de trabajo por hacer. Debía planificar la nueva gestión de la granja, reorientar el negocio. ¡Hacer algo! Pero la fuerza de la costumbre me empujaba hacia los cobertizos para realizar el primer ordeño del día. A continuación habría soltado las

vacas y habría barrido un poco los establos. Lo normal habría sido sacar algunas carretillas de estiércol y juntarlas en el estercolero antes de volver a casa a por el desayuno.

Pero nada de todo eso iba a ocurrir. Había pasado el día anterior limpiando a fondo los establos. Habían quedado tan relucientes que aquella noche podrían haber dormido en ellos un montón de colegiales de acampada, con sus sacos térmicos y sus pijamas de Walt Disney. Creo que hasta los monitores se hubieran atrevido a tumbarse encima de las balas de heno limpias que habían quedado amontonadas en un rincón.

Me obligué a salir de la cama. Puse los pies desnudos en el suelo y se me cortó la respiración. ¡Qué raro! Las baldosas estaban heladas. Nunca antes me había percatado de ello. Igual era que, como solía levantarme con prisas, ni me daba tiempo de pisar el suelo. Nunca había caído en ese detalle.

Podía escuchar a mamá tarareando la melodía de un anuncio de mata-cucarachas en la cocina. Siempre había tenido una buena voz y todavía la conservaba, lástima que la empleara en reproducir cantilenas tan insulsas. Me vestí con mi ropa de trabajo, camiseta oscura de algodón, peto azul con quinientos bolsillos y un jersey tan gastado que bien podría haber sido una reliquia familiar. Estaba claro que nada de todo aquello era necesario, pero tampoco era que mi armario gozara de un gran fondo.

Mamá estaba igual que siempre, atareada y sonriente. Se sorprendió al verme bajar la escalera. Lo normal habría sido verme llegar por la misma escalera pero subiéndola desde el piso de abajo.

—¿No vas hoy un poco retrasada?

Estaba claro que aquel iba a ser un día duro.

—Mamá, vendí las vacas, ¿acaso no te acuerdas? No hay nada que hacer, hoy, allí afuera.

Ella reaccionó como si le hubiera contado que me había quedado dormida.

—No te preocupes, Carmín, luego bajo yo contigo y te ayudo con el ordeño. Deben estar ansiosas, las pobres.

—Sí, mamá.

Total, tras el desayuno ya se le habría olvidado.

Me presentó un plato de huevos fritos con sus buenas rebanadas de pan de centeno al lado. Lo miré como si no fuera mi tipo. La verdad es que no tenía nada de hambre. Cómo iba a tenerla, si no había hecho casi nada en la hora que hacía que estaba levantada. ¡Y pensar que había llegado a desear tener un día entero para mí sola! Sin responsabilidades, sin obligaciones. Un día para imaginar una nueva vida posible. De momento, ese día no estaba yendo nada bien. Comer sin hambre siempre me ha parecido una actividad de lo

más molesta. Prefiero mil veces zamparme algo desagradable con hambre que degustar una delicia de receta sin tenerla.

Me tomé un tazón de café, eché los huevos a la basura, puse la vajilla en remojo en el fregadero y salí a tomar el aire.

Estábamos en noviembre. Una neblina espesa todavía mantenía acostado al paisaje. Seguramente hacia las diez ya se habría disipado, dejando al descubierto el día que nos esperaba. Deseé que fuera soleado, no tenía ningunas ganas de que la lluvia acabara encerrándome bajo techo.

Decidí dar un paseo alrededor de la casa. No recordaba la última vez que lo había hecho. Tal vez había sido tras un fuerte temporal que hubo el año anterior, para comprobar que no había dejado desperfectos en el tejado o en alguna de las fachadas.

La edificación era sólida como un castillo y estaba en buen estado. No hacía ni tres años que habíamos cambiado el tejado y fue como hacerle un lifting, se había quitado por lo menos cien años de encima. Era mi hogar, la casa cuadrada que cualquier niño dibujaría en un papel. Con sus tres pisos llenos de pequeñas ventanas barnizadas y una chimenea en lo alto coronada por un sombrero de metal. No se me ocurría un lugar mejor para vivir pero, aun así, no acababa de sentirme a gusto allí.

Bueno, los pájaros también construyen nidos muy confortables, pero al menos se pueden permitir emigrar de vez en cuando para luego volver y seguir gozando de sus hogares. Tal vez me hubiera ido bien viajar un poco y seguir con mi trabajo de siempre al regresar. Tenía dinero para ello, pero no podía dejar sola a mamá. Y ni hablar de llevarla conmigo.

Aunque la niebla persistía, cogí el chubasquero y me dispuse a hacer una visita a Fran. Charlar con él siempre me ayudaba a aclarar las ideas. No porque tuviera una gran sensibilidad para empatizar conmigo ni grandes dotes como psicólogo, sino todo lo contrario. Era un tipo avaro con las palabras. Seguro que tenía a montones, pero debía reservarlas para su uso personal. Aun así, nuestras conversaciones eran tan ligeras, claras y nutritivas como una tortilla a la francesa.

Acostumbrábamos a empezar hablando del tiempo, luego pasábamos al tema de los animales, por lo general vacuno y ovino. Si había algo que añadir sobre alguno de nuestros vecinos, lo añadíamos. Y el epílogo podía ser o bien un resumen de todo lo anterior o bien un vaticinio meteorológico. Hasta aquí. Cualquier cosa que no fuera hablar sobre nosotros mismos. Además, éramos capaces de mantener esta actividad durante más de una hora y de hacerlo con frases breves, aseveraciones evidentes y pronósticos fundados sin caer en una zanja de simplicidad.

Ya podía tener un mal día, que si conseguía toparme con mi vecino era como si hubieran llevado a un submarinista accidentado a la cámara de descompresión. Todo recuperaba la apariencia despreocupada que mejor caracteriza a la normalidad. El día se volvía tan fresco y liviano como una sábana recién tendida. Creo que, de haberme encontrado con mamá, me habría doblado por la mitad y me habría metido en el armario, entre saquitos de lavanda y bolas de madera bañadas en olor.

Metí la cabeza en casa y practiqué uno de mis deportes favoritos: gritar a pleno pulmón.

—¡Mamá, bajo a ver al pastor!

Diez segundos de silencio en los que supuse que mamá estaba intentando que no se le escapara un punto de ganchillo. Cuando lo hubo conseguido preguntó:

—¿Y las vacas?

Era extraordinario comprobar cómo la costumbre conseguía fijar a fuego ciertos estados mentales. Era evidente que las vacas ya nunca dejarían de formar parte de su vida.

—¡Ya están ordeñadas!

No mentía. Estaba completamente segura de que, allá en sus nuevos hogares, a las ocho y cuarto de la mañana mis buenas amigas ya habían sido liberadas de su pesada carga inferior.

Seguí el camino principal y crucé la valla saltándola por encima. Había cortado la corriente que alimentaba el cercado electrificado el mismo día que se llevaron las vacas, así que no me preocupó rozar el alambre con la entrepierna. Troy trotaba a su manera a mi lado. Ya casi no cojeaba, pero tampoco tenía un paso limpio. Era como si hubiera un engranaje, dentro de su cuerpo lanudo, pidiendo a gritos volverlo a engrasar.

"Tendrás que apañártelas como puedas, amigo, no puedo echarte aceite ahí dentro", pensaba cada vez que lo veía sentarse y lamerse la cicatriz.

Ignoraba si le dolía la vieja herida, pero no aguantaba carreras muy largas, así que cuando salía a comprobar la alambrada que cubría todo el perímetro de la finca, cosa que me llevaba de dos o tres horas caminando por las lindes pedregosas de los campos, me obligaba a mí misma a detenerme un rato cada treinta minutos para dejarle descansar.

Pero aquella mañana el paseo al fresco parecía sentarle muy bien. No dio muestras de extrañarse por la ausencia repentina de las vacas. Realmente, era un animal más adaptable que un mueble a módulos. De vez en cuando le distraía un rastro y se alejaba de mí con la nariz pegada al suelo. Regresaba al cabo de unos segundos con una expresión en la cara parecida a la sonrisa y seguía trotando

cerca de mí, agitando la cola alegremente y husmeando ahora el cielo, ahora el camino, ahora mi pantalón.

Observándole, caí en la cuenta de que a mí también me hubiera gustado tener un acceso tan privilegiado al mundo. Debería haber una suerte de justicia que hiciera que la gente miope y astigmática como yo pudiéramos compensar nuestro déficit visual con un sentido del olfato más agudo. Había oído decir que los ciegos a veces desarrollaban el resto de sentidos hasta límites insospechados, pero en mi caso habría bastado con algo más de olfato.

Sin mis gafas estaba completamente perdida. A veces pensaba que si accidentalmente me quedara aislada y sin gafas en plena montaña, aunque fuera en verano, con toda seguridad moriría en apenas unas horas. Sería incapaz de orientarme, podía meter el pie en cualquier agujero de dos metros de diámetro señalizado con banderolas y precintado con cinta fluorescente y romperme las piernas. O moriría de hambre por no atreverme a comer unas setas con las que me había tropezado. Podían ser unos níscalos del tamaño de un plato y yo no osaría metérmelos en la boca porque nunca estaría lo suficientemente segura. Aunque podría ser peor. Podría tratar de huir de un comando de rescate, dando bandazos como una loca por el bosque y chocando hasta con los troncos de los abetos centenarios, creyendo en mi histerismo que aquellos seres altos y oscuros que se me acercaban eran una manada de osos. Qué vergüenza. En fin, daba gracias de no haber nacido un siglo antes, no tenía ni idea de cómo me las habría podido apañar sin unas buenas gafas.

Me planté en la granja de Fran en menos de quince minutos. Un perro salió velozmente de la nada y ladró un par de veces como un timbre. Era Jerusalén, que en cuanto hubo cumplido con su deber se limitó a merodear entre Troy y yo, mirando de separarnos como haría un cazador.

Siempre me había gustado, aquella finca. No era tan soleada como la nuestra, pero a cambio quedaba más guarecida de los fríos vientos del norte. La casa era ancha y chata. Un granero alargado sobresalía de un lateral como una cola y al otro lado había un hermoso huerto que hacía las veces de jardín. Luisa cultivaba en él verduras resistentes a las bajas temperaturas y cuidaba con verdadero amor unos frondosos macizos de flores. Se había encargado de blindar el acceso al recinto con una valla con cimientos a prueba de bulldozers. El motivo no era otro que el apetito irrefrenable que despertaba en las ovejas cualquier tipo de hierbajo en floración. En una ocasión ya las habían pillado cavando un túnel al más puro estilo de "La gran evasión" para poder acceder directamente al huerto desde un falso suelo de su corral.

—¿Qué tal la vida de jubilada?

Di un respingo y giré en redondo. Fran estaba acodado en una pala del tamaño de un farol. Ahuecaba una mano como cuando estuvo dando de comer a escondidas a Troy en la cena de cumpleaños de mamá, sólo que esta vez estaba intentando prender un cigarrillo sin que el aire le apagara la llama de la cerilla. Llevaba un uniforme parecido al mío, con unas botas de goma que le llegaban hasta la rodilla. Debía haber estado limpiando la mierda acumulada en la corte durante toda la semana. La tarea habitual en día viernes.

—Al menos yo he llegado a la jubilación —respondí—. A ti el tabaco te va matar antes de que te salgan canas.

—¿Nunca has oído hablar del ahumado como método de conservación?

—En ese caso, como momia vas a causar sensación.

Nos reímos.

Entonces dejó caer la pala al suelo. Se me acercó con el cigarrillo colgando entre los labios resecos y los ojos entrecerrados a causa del humo. Me alargó el paquete. De una esquina sobresalía el filtro de uno de aquellos canutillos blancos.

—No te va a morder –dijo mientras me amenazaba con él como si estuviera sujetando un perro rabioso—. ¿Sabías que por el solo hecho de vivir en una ciudad es como si te fumaras un paquete al día? Y eso sin ser fumador, solamente inhalando el humo de los tubos de escape de los coches.

—Déjate ya de monsergas –dije cogiendo mi ración individual de tubo de escape— ¿Me das fuego?

Logré encenderlo al segundo intento.

Si en una encuesta a pie de calle me hubieran preguntado si era fumadora habría respondido con toda seguridad que no. Pero a la vista estaba que fumaba. Sólo que limitaba mi vicio a un cartón al año y a las invitaciones de Fran.

Por increíble que pueda parecer, el cartón, junto con una botella de cointreau o de buen whisky escocés, acostumbraba a ser el regalo de Navidad de mamá. Una antigua costumbre de familia a la que me incorporé al cumplir la mayoría de edad. Y eso que, desde tiempos inmemoriales, ese derecho estaba solamente reservado a los hijos varones. Pero mamá resultó ser una mujer bastante avanzada a su tiempo. Y, sobre todo, a su lugar.

Siempre supuse que en el origen de este arrebato por renovar la tradición estaba el hecho de que ella había sufrido en sus propias carnes el estigma de ser la menor de cuatro hermanos y haber salido mujer. Daba por descontado que habría estado esperando cumplir los veintiuno para ver cómo su padre la agasajaba, al igual

que a sus hermanos mayores, con el primer cigarrillo y la primera copa de coñac. Y que ese día se había esfumado de su vida dejando únicamente por regusto el pesado dulzor de una tarta de nata y mantequilla o, como mucho, el relleno empalagoso de un bombón.

Me la imagino aquella misma noche, su sombra recortada contra el ocaso, poniendo a Dios por testigo que nunca jamás permitiría que una hija suya pasara hambre de cigarrillos ni sed de alcohol. Y por sus cuarenta hectáreas de terreno que lo cumplió como era debido. De modo que yo, que no había sido una chica especialmente dada a ese tipo de pasatiempos y que de ninguna forma los hubiera echado de menos de haberme faltado, me vi empujada a su disfrute desde mi más tierna juventud.

Pero tal vez por el hecho de no haberme acercado a ellos por propia iniciativa seguía teniendo la impresión de que su consumo era algo que no iba conmigo. De haber habido por aquí algún pie de calle por el que salir a pasear, le habría asegurado al de las encuestas que no podía haber dado con algo más puro, entre estas montañas, que mis pulmones de campesina o el agua fresca que mis venas solían transportar.

—Parece que por fin se levanta la bruma –apuntó Fran oteando ligeramente el aire como haría un perro.

Como toda respuesta, emití un ruido parecido a un mugido con el que pretendía dar a entender mi conformidad.

Efectivamente, la niebla estaba empezando a deshilacharse y parecía que daría a luz un día claro, pero corría un airecillo helado que se te pegaba a la piel como un pedazo de celo usado. Nada podía anunciar mejor la llegada del invierno.

Me fijé en él. Fumaba despacio a mi lado. Había cumplido ya los treinta y seis, aunque a unos metros de distancia parecía más joven. Era alto y delgado, pero el trabajo continuado en la granja había revestido sus músculos de una elegante corpulencia. Llevaba el pelo, crespo y oscuro, bastante revuelto, corto en verano y algo más largo en invierno. Supongo que se lo recortaría él mismo, tal vez coincidiendo con la época de esquila de las ovejas. En aquel momento había empezado a ensortijársele a la altura de las orejas, bastante grandes pero bien pegadas a su cabeza, como si bastara una indicación suya para desplegarlas y batirlas hasta levantar el vuelo.

Desprendía la calma típica de los lugareños fuera lo que fuera que hiciese, desde andar o conducir a conversar. A diferencia de su cuerpo, su rostro aparentaba más edad de la que realmente tenía. La piel, curtida por largas horas de pastoreo a la intemperie, parecía un retal de cuero con el que podrían haberle apedazado el zurrón. Nadie habría notado la diferencia, ni de textura ni de color.

—¿Qué tal tu primer día sin vacas?

¡Qué raro! Me había planteado, seriamente, una pregunta personal. Eso era algo inusual entre nosotros o sea que pensé que debía haberme visto bastante mal.

Además, ¿acaso eran imaginaciones mías o me pareció que había algo de reproche en su voz?

Abrí las manos como para evidenciar el gran vacío que las llenaba. —Aquí estoy.

—No me digas que ya te arrepientes de haberlas vendido. —No. Ya sé que no lo entiendes. Me miró de reojo, como si le hubiera insultado.

—No tiene por qué importarte lo que yo piense. Lo que importa es que estés segura del paso que has dado. Aunque no lo parezca, la mayoría de ovejas hacen lo mismo. Se aseguran a cada paso de dónde van a meter la pata.

Su broma me sentó tan bien como un masaje tailandés. Eso era lo que más me gustaba de Fran. La increíble facilidad con que lograba sacarme una sonrisa.

—¡Venga ya! Estoy plenamente convencida de que he hecho lo que tenía que hacer. Lo que pasa es que ahora no sé por dónde tirar.

—Dale tiempo al tiempo. —Sí, eso está muy bien de boquilla, pero el tiempo es un lobo que se va a comer mis ahorros si no vigilo.

Y los necesito para invertirlos en algo. —Bonita comparación, teniendo en cuenta que soy pastor. ¿Te ha salido sola o viene con dedicatoria?

—No lo sé. Creo que mi subconsciente se ha dejado seducir por el coro de ovejas que oigo de fondo. Calificar de coro a la insistente llamada de los corderos era un eufemismo del tamaño de una recolectora. La verdad era que se me estaban empezando a inflamar los tímpanos. Unos minutos más y estaba segura de que me subía la leche a los pechos.

—Son los chiquitines —explicó—.

Los acabo de separar de sus madres.

Siempre están hambrientos. A éstos sí que no podrías dejarlos solos con tu dinero.

—Menudo jaleo. Al menos los terneros no tienen ese pito en la voz. —Ya, pronto callarán. Se estarán muy quietos y van a ser muy buenos el resto del día. Luego, cuando regrese con el rebaño volverán a la carga, cada cual llamando a su madre. Debía ser la trigésimo quinta vez que me contaba lo mismo, pero siempre lo hacía con la misma sonrisa cariñosa en los labios, con la misma dulzura en la mirada. A veces pensaba que, si un día se echaba novia y la trataba solamente con una cuarta parte del amor que

profesaba a sus ovejas, esa chica podría considerarse la mujer más afortunada del mundo.

—¿Está tu madre? –pregunté para ir terminando con la charla. —Sí, supongo que en el huerto, quitándoles al abrigo a los gladiolos. No sé cómo lo hace pero todavía los tiene en flor.

—Pues lo mismo que tú con las ovejas, apuesto a que todavía esperas algún parto para este mes.

Me mostró su hilera ligeramente torcida de dientes. Era su forma de admitir hasta qué punto había sabido llevar su antiguo y humilde oficio al grado más alto de perfección.

Tan sólo un par de años antes, este gesto y todas sus implicaciones no habrían hecho más que confirmar que yo me encontraba en la misma privilegiada posición. También yo me había entregado por completo a mi trabajo en la granja, amaba a mis animales y sabía cómo sacarles el máximo provecho respetando sus ciclos y necesidades. Y, sin embargo, había ido gestando un desasosiego interior que me llevó a renunciar a todo aquello por lo que había luchado duramente toda mi vida. Todo aquello que ahora Fran reflejaba con su sonrisa.

Me lo quedé mirando fijamente. Desprendía el aroma reconfortante e inconfundible de la auténtica felicidad. Y yo había renunciado a ello sin saber exactamente por qué, cuál era el propósito que había detrás de semejante locura. ¡Qué incomodidad!

De repente sentí rabia hacia él.

Era consciente de que eso era una soberana tontería, pero de alguna forma envidiaba la manera en que todos los elementos de su vida parecían encajar.

Sus gustos y sus aspiraciones. Sus creencias y su corazón.

Cada una de sus arrugas se inscribía en su rostro como una grieta largamente labrada en una roca. Cada uno de sus días acababa recogiéndose en un remanso de aguas tranquilas. Ninguna sombra de inquietud oscurecía su espíritu.

¿Por qué narices yo no podía ser igual? Me hubiera encantado que todas las piezas de mi vida encajaran como las suyas. No como en un puzle. Al fin y al cabo, los puzles no dejan de ser retazos unidos de un fragmento de realidad. Sino como en un queso. Para obtener un buen queso no hacen falta muchos elementos y todos ellos son muy distintos entre sí. La leche, el cuajo, la sal. Son ingredientes independientes que, al unirlos y manipularlos, se fusionan para obtener algo superior. ¡Qué felicidad! Sentir que la propia vida tenía esa unidad. Dejarla envejecer. Dejarla curar. Cuidándola y puliéndola hasta obtener un maravilloso resultado final.

Sin embargo, ahí estaba mi vocecita interior echando al traste la

receta. Así que vendí todo y salté al vacío. Había que ser tonta para no ver que ése era un mal lugar para saltar. Pero ya estaba hecho y, aunque la incertidumbre y las dudas se me abalanzaban con sus fauces abiertas de par en par, podía percibir cómo en algún lugar recóndito de mi ser habían caído cuatro gotas, dejando a su paso un minúsculo charco de paz. A él me aferraba como la loca que me creía para evitar enloquecer.

—Me largo –dije tirando la colilla al suelo y pisoteándola como si quisiera romperle la columna vertebral—. Saluda a tu madre de mi parte.

—Adiós –se despidió Fran sin añadir nada más.

Dicho eso recogió su pala y volvió a meterse en el corral. Todavía debía faltarle algo de mierda por sacar.

La primera semana fue como haberme metido en una centrifugadora llena de sentimientos encontrados. Salí de allí completamente mareada y con la sensación de que alguien me había exprimido la energía hasta de la médula. Lo malo es que tenía la mala conciencia de que ése alguien era yo.

Durante la segunda semana logré toparme con Fran casi a diario, aparentemente sin querer. Más que nada lo hacía para lograr mantener los pies en el suelo. Con mamá eso era algo casi imposible. Todavía me seguía preguntando cada día cómo iba todo con las vacas, extrañada de que hubiera decidido prescindir de su valiosa ayuda en la quesería.

En diciembre convine con Luisa que me darían el sobrante de leche de su media docena de cabras para llevárselo a mamá y que se quedara tranquila de una vez.

Es bueno que haya unas cuantas cabras en un rebaño de ovejas, ya que son unas lecheras estupendas y a menudo se prestan a adoptar temporalmente algún cordero recién nacido cuya madre se niega a alimentar. No es que eso sea algo habitual, pero puede ocurrir en uno de cada treinta o cuarenta partos, sobre todo en invierno. Así que, para conseguir que las cabras mantengan una buena producción para esos casos especiales de necesidad, hay que ordeñarlas a diario, al menos un par de veces.

En el caso del rebaño de nuestros vecinos, de eso se encargaba la madre de Fran. Si no había ningún cordero al que alimentar, ordeñaba manualmente cada una de sus seis cabras y, según el tiempo de que dispusiera, o bien elaboraba un delicioso requesón con ella o bien la vertía directamente en el desagüe.

No puso ningún inconveniente en dármela sin cobrarme nada por ella.

—Es más, me alegro –me dijo cuando acordamos el arreglo—. En las épocas que estamos más atareados me sabe muy mal tener

que tirarla.

De esta forma, recuperé la rutina de elaborar unos cuantos quesos semanales. Mamá se mostró encantada de que volviera a pedir prestados sus servicios como segunda al mando en la quesería. Paradójicamente, yo me sentí peor. Era como haber dado un paso atrás en mi camino hacia lo desconocido. Ya sólo me faltaba bajar un sábado a la feria y volver con un par de vacas con coletas cogidas de la mano.

La única parte positiva que pude encontrarle era que, al menos, ahora tenía algo productivo que hacer. Ya no me pasaba el santo día dejando vagar el alma por los campos arados cubiertos de escarcha.

En eso estábamos cuando un día, de repente, murió mamá.

3

Supe que había muerto al salir de mi habitación.

No la delató el silencio, pues mamá era muy silenciosa y, además, a las seis y media ya debería haberse encontrado defendiendo estoicamente su habitual cola del pan. Fue la oscuridad. No hay oscuridad más patente que la que reina dentro de casa cuando el alba empuja las contraventanas desde el exterior. Toda esa cantidad de luz a la que negamos el acceso me recuerda el agua de una presa a punto de reventar. Puedo olerla, se encuentra al otro lado, ansiosa por entrar. Ella es la que pone de manifiesto el último y más brioso coletazo de oscuridad.

Aquella mañana salí al rellano y me pareció haber entrado en un armario. Bastó una ojeada a los postigos de la ventana del fondo para verificar que estaban cerrados. Abrirlos cada madrugada solía ser la primera de las tareas que realizaba mamá.

En aquel momento parecían pizarras negras. Debajo de ellos, la mesa con la máquina de coser, que habitualmente era el primer objeto de casa en el que se posaba como un pájaro la claridad, yacía como la silueta oscura de un sombrero enorme. Podría haber salido de las primeras páginas de "El principito" y haber escondido en realidad a un elefante digiriéndose dentro de una boa constrictora.

Me asusté. Pero fue un susto interno, un agrandarse el corazón. Noté la lengua en el fondo de mi garganta, hinchada como la de un ahogado pero viva y áspera como un pez. Me daba náuseas y me dificultaba la respiración aunque, paradójicamente, no podía dejar de respirar aceleradamente, en ciclos tan cortos que pronto todo empezó a girar a mi alrededor como si lo estuviera levantando un vendaval. Las sillas, los cuadros de la pared, el buró con sus tapetes y sus jarrones repletos de flores azules de cartón. Todo giraba en remolino tan rápidamente en torno a mí que tuve la sensación de que quería arrebatarme de casa y proyectarme a través del techo hasta otro lugar.

Me costaba pensar algo, solamente veía tres palabras. Estaban escritas con mayúsculas en la superficie oscura y limpia de los postigos. "Mamá ha muerto".

Parecían haberme hipnotizado hasta que, en un momento dado, conseguí vencer la pesadez de mi lengua y las pronuncié. "Mamá ha muerto", dije. Y el torbellino cesó.

Era como si hubiera dado con la clave necesaria para desactivarlo. Los muebles volvieron precipitadamente a su sitio, aterrizando con suavidad sobre el piso helado. Seguían pareciéndome ligeros, pero algo muy denso los mantenía unidos entre sí. Me apoyé en aquella consistencia para lograr mantenerme en pie. Luego, lentamente, mi corazón se desinfló. Podía notarlo dentro de mi pecho, como un animal recuperando su tamaño tras un combate con otra fiera superior. La lengua se me secó al igual que un campo al que le hubiera caído encima una canícula. Esto me produjo unas náuseas distintas, ya no eran las propias del ahogo, sino las de notar un objeto duro y árido moviéndose dentro de la cavidad bucal. Tras una arcada vacía mis pulmones reiniciaron las maniobras habituales de ventilación. Respiré y respiré. Hondamente.

Solamente entonces pude dirigirme a abrir los postigos. Quería que al menos la claridad, a quien mamá había dado paso puntualmente cada madrugada durante más de setenta años, estuviera también presente en su última mañana.

Realicé dos llamadas telefónicas. La primera a Luisa. Luego al médico.

Luisa subió enseguida, acompañada por Fran. Me hubiera gustado poder decir que nos fundimos en un abrazo, pero la verdad es que aquí las cosas no funcionan así. Luisa me cogió por los brazos como si quisiera levantarme y cambiarme de lugar y me dio dos besos, uno en cada mejilla. Olía a oveja, no sé si por la bufanda que había tejido ella misma con lana de sus propias reses y que llevaba enroscada alrededor del cuello como si fuera el collar de una mujer jirafa o porque aquella mañana ya había bajado a ordeñar las cabras. Basta un ligero roce con el pelaje de uno de estos bichos de granja para que se te pegue su loción durante el resto del día.

Fran me puso una mano en el hombro y sólo tuvo que inclinar un poco la cabeza para dejarme un beso en la frente. Aspiré hondamente su aliento a tabaco y me sentó como si me hubiera fumado un cigarrillo, relajándome y, a la vez, predisponiéndome a hacer algo. Le agradecí el gesto de haber venido pero le aseguré que podía volverse con su rebaño. Era consciente de la cantidad de trabajo que tenía a aquella hora y la ayuda de Luisa era más que suficiente. Conseguí que mi argumento sonara convincente y se largó, no sin antes avisar que se mantendría atento al teléfono, por si necesitábamos algo.

Conduje a Luisa al cuarto de mamá. Se paró justo en el umbral y se santiguó antes de entrar.

Esto me dejó algo confusa. Aquella mañana había entrado y

salido de aquella habitación por lo menos en cuatro o cinco ocasiones y en ningún momento se me ocurrió hacer algo parecido. O hacérselo a mamá. Nunca había dado demasiada importancia a esta clase de gestos, pero tuve la sensación de que en aquella ocasión había obrado mal. Como si mi omisión hubiera perjudicado de alguna forma la dignidad que debía haber acompañado a la muerte de mamá.

Instintivamente, imité a Luisa y me santigüé. Tres veces seguidas. Menuda tontería, pensé. Pero eso me dejó algo más tranquila.

Mamá estaba en la cama. Tapada con las mantas hasta la barbilla. La piel de su rostro parecía una máscara finísima de látex que se le hubiera empezado a despegar por los bordes. Daba la impresión de que si se la levantabas aparecería un rostro más joven debajo.

Desconocía la causa, pero aquella mañana no dejaba de imaginar cosas raras.

—Parece que tuvo una muerte tranquila –dijo Luisa.

—Sí —admití—. La encontré tal cual. Tenía los ojos cerrados y esta misma sonrisa. Como si hubiera estado soñando con algo agradable.

—Bien.

Luisa es de aquella clase de personas que saben cómo dar peso a las palabras. Cuando dijo "bien" tuve la impresión de que la muerte de mamá acababa de enrollarse sobre sí misma y de meterse en una bobina cinematográfica con esa palabra inscrita en el exterior. Era como si ése fuera el título que resumía las últimas horas de su vida. O quizás su vida entera.

—¿No deberíamos esperar al médico? –pregunté al ver que Luisa procedía a destapar a mamá.

—No nos va a costar nada dejarla presentable. ¿Tú crees que a ella le hubiera gustado que la vieran así?

La verdad es que no recordaba cuándo había visto a mamá en pijama por última vez. Haría un montón de años. Sabía de sus camisones porque acostumbrábamos a tender juntas la ropa. Una iba sacando las prendas del barreño y las colgaba de los hilos que cruzaban el patio trasero y la otra le pasaba las pinzas para asegurarlas. Cuatro o cinco pinzas para cada prenda, ya que por las tardes solía levantarse un viento tan fuerte que podría haberse llevado con facilidad un abrigo de pieles chorreando, recién salido de un programa de lavado sin centrifugar.

Luisa tenía razón. A mamá no le hubiera gustado que el médico la visitara estando en camisón. Y menos con el que llevaba aquel día, el de las florecillas amarillas, el más raído de los dos que tenía.

Ni muerta lo hubiera permitido.

Abrí el armario y escogí un sobrio conjunto de domingo. Falda y chaqueta negras y una discreta blusa con lunares diminutos. También rebusqué entre los cajones de su cómoda y saqué ropa interior y unas medias gruesas.

Era raro, hurgar entre las cosas de mamá. Me sentía como si estuviera haciendo algo malo a sus espaldas. En un momento dado tuve la impresión de que me estaba observando, como cuando era una niña y me exprimía un chorro de leche tibia en la boca, directamente de la ubre grandiosa de una vaca. Eso era algo que sólo había hecho en raras ocasiones, cuando mamá bajaba urgentemente a casa de nuestros vecinos a por cuajo o sal. En esos casos tenía la certeza absoluta de que mamá tardaría, por lo menos, media hora en regresar. Sin embargo, el corazón se me salía del pecho a cada trago de leche y cualquier crujido insignificante parecía sugerirme la presencia observadora y crítica de mamá.

Revolviendo su ropa reviví los mismos sentimientos de inquietud e inseguridad. Me giré involuntariamente para observarla, para asegurarme de que no me tenía un ojo encima. Seguían cerrados. La piel de los párpados se veía ligeramente morada, como si acabara de aplicarse una sombra de maquillaje, cosa que no hizo en su vida, o como si estuviera dejando transparentar las increíbles pupilas violetas de Liz Taylor. Nada más lejos de la realidad, pues mamá tenía los ojos de un color parecido al de la miel de castaño, oscuro pero luminoso, tan nutritivo que parecía que con sólo mirarte podía hacerte engordar.

Nos costó trabajo quitarle el camisón y ponerle la ropa de día. Tuvimos que lidiar con el rigor mortis y a mí se me hizo penoso tener que levantarla y agarrarla con fuerza. Parecía querer resistirse a la operación y hubo un momento en que noté que las primeras lágrimas pujaban para salir de mí.

Me extrañó porque, a pesar del incidente que tuve con los muebles voladores a primera hora de la mañana, a pesar de las náuseas y la taquicardia que experimenté al sobrevenirme la certeza de su muerte, la verdad era que había conseguido mantener la calma el resto del tiempo. No lloré ni cuando descorrí las cortinas de su habitación y vi su cuerpo vacío abandonado en la cama. En ese instante me sorprendió esa ausencia de dolor, la tranquilidad con que parecía asumir su marcha. Pero supuse que esto no era más que un efecto pasajero y que pronto llegaría la auténtica tristeza y, de su mano, torrentes de lágrimas con las que dejarla correr.

"Ahora no es un buen momento", me dije mientras tragaba saliva, como si con ese gesto también pudiera tragarme el llanto.

Lo conseguí a medias. Sequé mis mejillas con el reverso de una

manga y ayudé a Luisa a cortar el camisón con las tijeras de coser y a subir las medias a mamá. Se las dejamos bien puestas, sin ningún pliegue ni arruga en la entrepierna. No le hubiera molestado en absoluto, pero nos resultaba inconcebible dejárselas torcidas o disparejas.

A continuación le colocamos los pechos, que colgaban a su lado vacíos como estómagos, uno dentro de cada copa del sujetador. Se lo abrochamos y la cubrimos con la blusa. Era su blusa preferida. Negra con pequeños lunares blancos. Un campo llenos de luciérnagas o bien un cielo ordenadamente estrellado. Los botones brillaban como ojos achinados. Tras ponerle la chaqueta, la blusa quedó casi completamente tapada. Pero a mí me daba igual, sabía que mamá se habría encontrado a gusto con ella puesta.

Continuamos con la falda. Se la enfundamos y conseguimos subirle la cremallera y cerrar el corchete. Fue como echar el pestillo a una puerta, algo así como haber terminado con la parte pesada del trabajo.

—¿Le ponemos los zapatos? – pregunté.

Se me hacía raro verla tan bien arreglada y sin zapatos. Se le marcaban los juanetes y la costura de las medias le reseguía las uñas de los dedos como un gusano. Pero tampoco me parecía apropiado que estuviera tumbada en la cama con calzado. Mamá siempre me había advertido seriamente de la prohibición de subirse a la cama o a los sofás con los zapatos puestos.

Luisa se alejó un par de pasos de la cama y se quedó mirando a mamá. Parecía que necesitara perspectiva, valorar a la muerta en su conjunto.

—¿Qué te parece si se los dejamos al lado, en el suelo, y luego ya vemos?

Quedó perfecto. Habíamos logrado recolocar las mantas y como mamá no había tenido una noche muy movida, que digamos, la cama daba el aspecto de estar bien hecha. Mamá ya no reposaba la cabeza en la almohada, sino en un bonito cojín cuya funda de ganchillo había confeccionado ella misma. Ofrecía un aspecto muy natural. Era como si se hubiera echado a descansar las piernas un rato un domingo cualquiera, tras venir de una misa

—Ahora sólo nos falta peinarla y maquillarla un poco –dijo Luisa.

Me pareció notar un deje de satisfacción en su voz. Debería haberme molestado, pero lo cierto era que yo también estaba satisfecha del resultado. Habíamos trabajado muy bien juntas, hablando lo justo y cuidando de respetar a mamá en todo momento.

Luisa le prendió de la solapa de la chaqueta el broche de amatista que ella y Fran le habían regalado en su setenta

cumpleaños y luego puso la palma de su mano en la mejilla de mamá. Mamá solía hacer el mismo gesto conmigo cuando yo estaba enferma. Se trataba de una caricia larga y quieta que a mí me reconfortaba.

"Ojalá mamá la haya notado, esté donde esté", deseé.

—Son más de las once –anuncié tras mirar el reloj y sorprenderme de lo rápido que habían transcurrido las horas— ¿Te apetece descansar un rato y tomar un café? –propuse.

Luisa accedió y salimos de la habitación en silencio, dejando la puerta entornada como cuando se acaba de dormir un bebé.

Estábamos calentando el agua cuando oímos ladrar a Troy. Anunciaba al médico, que llegaba en su Renault 4L, más antiguo que Matusalén pero tan sólido como el esqueleto de un toro. Como todo buen médico rural, el hombre estaba más colorado que un campesino.

Restregó bien sus botas en la estera antes de entrar en casa y me tendió una de sus manos anchas y gruesas para darme el pésame. Pensé que si hubiera habido en ellas algún resto de grasa hubieran parecido las manos de un mecánico. Sin embargo eran suaves al tacto y mostraban una perfecta hilera de uñas limpias y romas. Me recordaron la consistencia pesada de un pollo muerto recién desplumado.

Tras agradecerle sus palabras lo invité a tomar un café con nosotras antes de subir a ver a mamá.

Nos sentamos los tres en la mesa de la cocina, algo que nunca se había hecho en casa con las visitas. "No hace ni un día que está muerta y ya estás empezando a cambiar las normas", me recriminé a mí misma. Pero es que me veía totalmente incapaz de meterme en el rol de mamá e invitarlos a pasar al salón. No me salía de dentro. Eso era algo tan propio de mamá y me parecía tan antinatural en mí que tenía miedo de que me diera un ataque de risa o que empezara a decir cosas sin sentido como "¿usted cree que lo de mamá tiene solución?". Tenía tan poca confianza en mis emociones que me creía capaz de cualquier cosa. Debía intentar controlar la situación y lo más razonable que se me ocurrió fue hacerlos tomar asiento en la cocina, que era el lugar donde me encontraba más cómoda.

Sorbimos el contenido de nuestras tazas en silencio. Luisa estaba más replegada en sí misma de lo habitual. Supongo que, a su manera, también estaba asimilando la muerte de mamá. Habían sido buenas vecinas, lo más parecido que aquí podía darse a la amistad. Luisa era unos diez años más joven, pero la muerte de alguien cercano siempre da que pensar en la propia vida. Y de aquí a pensar en la propia muerte no va más que un paso.

Yo tampoco estaba muy habladora. No dejaba de darle vueltas a

cómo debía comportarme para parecer una hija que acababa de perder a su madre. Se me ocurrían frases absurdas que me prohibía reproducir y tenía la sensación de que todo lo que hacía parecía sobreactuado, como si en lugar de fluir mis actos avanzaran a trompicones.

Todo lo que me rodeaba me parecía de una solidez extrema. La taza, la mesa, el cráneo calvo del doctor, incluso cada sorbo de café, todo parecía estar tremendamente rígido. Algo así como los brazos y las piernas de mamá. Hubo un momento en que me quedé absorta en la visión de mis propias manos clavando la cucharilla en el montón de azúcar que sobresalía de la azucarera. No pude dejar de pensar que era como si hubiera empezado a cavar una tumba allí dentro. Una primera palada. Una tumba diminuta para un ataúd diminuto. ¡En el azúcar! Estaba claro que era totalmente incapaz de iniciar una charla con sentido.

Fue el médico quién salvó la situación sin ninguna dificultad. Supongo que estaba acostumbrado a vivir situaciones semejantes. La muerte es como cualquier otra cosa, únicamente impone cuando supone una novedad o cuando se lleva por delante a un pedacito de ti.

—Ahora mismo vengo del dentista –dijo para dar tema, repantigándose en la silla.

Me acordé de repente. Fue como si una alarma bancaria hubiera saltado ruidosamente en mi cerebro.

—¡Ahí va! ¡No había caído en que esta mañana mamá tenía cita en el dentista para una extracción! —exclamé—. Tendré que anularla. Aunque era a las nueve, o sea que la habrán estado esperando en vano…

Una vez que empezaba a pensar en voz alta ya no podía parar.

—¿Y no te han llamado? – intervino Luisa— Si ven que no llegas acostumbran a llamar. A mucha gente se le olvidan las citas. Y más si son con el dentista.

—Ya veo que las noticias no corren tan rápido como dicen – repuso el médico—. Vengo del dentista, así es. Pero no he ido allí como paciente, sino como doctor.

—¿Se ha puesto malo? – preguntó Luisa sin mucho interés.

En unas décimas de segundo tuve tiempo de pensar que, al menos, si el dentista se encontraba enfermo no habría recibido visitas. Eso significaba que la reputación de mamá no habría sufrido mucho daño. Era consciente de que el hecho de haber estado muerta a la hora citada era excusa suficiente, pero de todos modos estaba segura de que a mamá no le hubiera gustado faltar al dentista sin avisar.

—Seguramente se puso malo y luego se puso mucho peor,

porque la verdad es que para cuando me llamaron llevaba ya unas cuantas horas muerto.

Luisa y yo nos llevamos las manos a distintos sitios. Al pelo, a la boca, al corazón.

— ¡Válgame Dios! –exclamó Luisa

— Menudo día –se me escapó con un medio suspiro de sorna.

Siguiendo mi tónica de sinsentidos, había empatizado con el médico, así que eso fue todo lo que se me ocurrió decir.

Aunque yo fuera la hija del segundo muerto que atendía aquel día, no sólo era incapaz de exprimirme unas cuantas lágrimas y formar con ellas un cucurucho húmedo y arrugado de papel, no sólo había conseguido preparar un café en perfectas condiciones, sin olvidar el azúcar, las galletas y hasta un cenicero, sino que era capaz de pensar que el aroma delicioso que escapaba del caño de la cafetera habría podido resucitar a un muerto, y encima me permitía comentarios graciosos totalmente impropios.

A Dios gracias, ninguno de mis dos contertulios pareció darse cuenta de lo absurdo de mi observación. El médico se limitó a levantar una de sus tupidas cejas y a presionar la colilla de su caliqueño contra la base de grueso cristal del cenicero. Parecía estar aplastando una cucaracha.

En cuanto hubimos terminado con la última de las galletas subimos al cuarto de mamá. Siempre había pensado que la muerte de un ser querido le quitaba a uno el hambre, pero con la muerte de mamá pude comprobar que ocurría todo lo contrario. Era como si mi cuerpo buscara aferrarse desesperadamente a la vida para alejarse lo más posible de la nada en la que yacía mamá. Como si llenándome de alimento pudiera aumentar la distancia que me separaba de la muerte. Añadir minutos de vida a cada una de las células de mi cuerpo.

Este pensamiento me hizo sentir habitada, pero no de la forma en que lo haría una mujer normal en mi situación. Cualquier otra mujer sentiría latir en su interior los mejores recuerdos de su madre, escucharía el eco de su presencia corriendo alborotadamente por sus venas, se consolaría dejando que su propia alma hiciera un pequeño hueco para albergar el último resto de alma de la persona que le había obsequiado la vida. Eso habría sido lo normal. Lo esperable.

Sentada en la mesa de la cocina, intenté sentir algo parecido por lo menos cada cinco o diez minutos. Fue una experiencia infructuosa y frustrante. Lo único que me apetecía era darme de comer como haría con un animal cualquiera y pensar que algo estrictamente biológico no dejaba de multiplicarse en mi interior. La vida llamando a más vida.

Una sola idea me ayudaba. Creer que igual todo había sido demasiado precipitado. El día anterior nada indicaba que a mamá no le quedaban más que unas cuantas horas de existencia. No había en ella ningún indicio de agotamiento o enfermedad. Sólo se le iba un poco la cabeza, pero eso había llegado a formar parte de la normalidad.

También busqué consuelo en el hecho de que sólo habían pasado unas horas desde que había encontrado su cuerpo. Su cuerpo. La funda abandonada de mamá. Su piel de serpiente. ¡Qué horror! Los pensamientos se enlazaban con sus brazos envenenados dentro de mi cabeza para converger en imágenes grotescas que me partían por la mitad.

Respiré hondamente y traté de centrar mis neuronas. Tenía que conseguir mandar sobre ellas, indicarles la forma exacta de conectarse para hacerme sentir mejor. Debía convencerlas de que la muerte de mamá todavía era muy reciente. Exacto. Lo que me ocurría era que me encontraba en una fase de choque. Me hubiera gustado saber algo de psicología para poder inscribirme en una bonita y reconfortante fase previa al auténtico dolor. Allí era donde me encontraba. Escalando aquella escalera de tobogán. Tan pronto como llegara a la cima me sentaría a llorar y tendría un bajón descomunal. Destejería con auténtico deleite la apretujada madeja de dolor que debía tener escondida en algún lugar de mi interior.

El médico redactó el acta de defunción, en la que dejaba constancia que mamá murió de lo mismo que su dentista, de un ataque al corazón. Traspasaron aproximadamente a la misma hora, aunque yo estoy segura de que mamá consiguió quedar en primer lugar. De todas formas, tenía tan buen corazón que, aunque ya se le hubiera parado, creo que se esperó un ratito a que también muriera el dentista. Así podrían haber emprendido el viajecito juntos. Podía imaginármelos, dos paisanos en el más allá, como si se tratara del título de un espagueti western o de una película mala de alienígenas. Y el dentista, contento de haber muerto como más le había gustado vivir, haciéndose esperar.

Aquella misma tarde se llevaron a mamá. El sol se había puesto a brillar de forma tan espléndida que, a pesar del frío de diciembre, daban ganas de salir de casa y hacer algo por los alrededores. Arreglar una verja, cavar dos palmos más de huerto o apartar las piedras de más de cinco centímetros de diámetro de las roderas del camino con la punta de la bota.

Estuve merodeando mi propia casa como un ladrón indeciso. Aunque no había hecho gran cosa en todo el día, aparte de vestir y despedirme de mamá, el grueso tabardo de piel girada me pesaba como si estuviera cargando con un muerto.

No pude evitar pensar cómo sería llevar a cuestas el cadáver de mamá. Su peso rondaría los cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco quilos, pero tendría que esperar a que le pasaran los efectos del rigor mortis para cargármela en la espalda y poder llevarla adonde fuera. Adonde fuera no. Al cementerio. Podía verme traspasando la verja del cementerio como un Obélix con su menhir. ¡Dios! ¿Cuándo iba a dejar de imaginar sandeces? ¡Esa última imagen había sido hasta macabra!

Respiré profundamente por quincuagésima vez en ese día. Tenía el convencimiento de que mis pensamientos estarían torturándome lo que quedaba de tarde si no hacía algo para distraerlos. Así que entré en casa a por el bolso y las llaves de la ranchera y me dispuse a ir a comprar al hipermercado.

Por lo general no necesitábamos hacer muchas compras. Teníamos media hectárea de patatal que nos ofrecía más de diez mil quilos de suculentos tubérculos una vez al año. La mayor parte los vendíamos, pero reservábamos unos cuantos sacos para nuestro consumo. Entre esto, lo que cosechábamos del huerto, los huevos de la media docena de gallinas que deambulaban libremente por los cobertizos y que había que ir descubriendo dónde diablos los escondían, los derivados de la leche y algún que otro cordero que comprábamos a Fran, nuestra dieta resultaba, si no muy variada, al menos sí bastante completa.

Una vez cada dos meses conducíamos los setenta quilómetros que nos separaban de una población lo suficientemente grande como para tener un único hipermercado, que crecía como una seta despistada en las afueras. No es que fuera gran cosa, pero podíamos encontrar a mejor precio y en más cantidad productos que también había en el diminuto súper del pueblo.

Teníamos una hoja de papel colgada de un gancho en el marco de la puerta de la cocina y allí solíamos ir apuntando todo lo que nos hacía falta, a medida que surgía la necesidad. A parte, también disponíamos de una lista amarillenta que guardaba en la guantera del coche, con productos fijos que iban desde el papel de váter o el desinfectante para piscinas —que usábamos como desinfectante en general porque era más potente y salía más barato que los desinfectantes domésticos convencionales— hasta detergente para la lavadora o azufre. Al vivir en libertad, nuestras gallinas eran más pulgosas que un perro, así que espolvoreábamos azufre en las zonas de terreno donde ellas acostumbraban a realizar su ritual diario de echarse arena por encima y así conseguíamos que el azufre que había en ella las librara de los parásitos.

No hacía ni dos semanas que habíamos ido a hacer nuestra gran compra, así que no había ninguna necesidad de repetirla. "Y menos

todavía ahora que mamá ha muerto", pensé. Estaba convencida de que, estando sola, podría permitirme alargar el período de abstinencia comercial y bajar a hacer la compra únicamente una vez por trimestre. Si me organizaba bien, tal vez incluso sólo tres veces al año. Sería un sueño. No había nada que me matara más de aburrimiento que meterme a recorrer pasillos agarrada a un ridículo carrito de hojalata, como un bebé que recién estaba aprendiendo a caminar.

Además, aunque siempre íbamos al mismo establecimiento, cada vez habían cambiado la mayor parte de productos de lugar. O sea que no importaba que hubiéramos intentado familiarizarnos un poco con la distribución de las estanterías, porque para cuando volvíamos ya estaba todo del revés.

Por lo que había podido comprobar, eso era algo muy propio de las zonas donde la población alcanzaba cierto grado de densidad. Ese cambio constante, esa alteración casi enfermiza de las condiciones de vida. Ignoraba cómo se las apañaban los habitantes de poblaciones incluso más grandes. No era capaz de imaginarme cómo debía ser intentar llevar una vida tranquila en una gran ciudad, pero estaba segura de que debía haber locos que realizaban su compra en más de un hipermercado y que salían airosos de tal proeza.

En fin. El caso es que aquella tarde se me ocurrió que meterme en el hiper en busca de novedades bastaría para colapsar por un rato mi mente. Tal vez así conseguiría evacuar a la fuerza el chorro de pensamientos extravagantes sobre la muerte de mamá que no dejaban de problematizar mi cargada conciencia de buena hija.

De pie al lado del coche, me estiré a través de la ventanilla para coger medio lápiz que hacía tiempo que rodaba de un lado al otro del tablero. Luego arranqué un pedazo de papel marrón de la esquina de un saco de pienso vacío que había en la parte trasera. Me apoyé en el parachoques y me dispuse a escribir la lista de la compra más absurda que pude idear.

Lo primero que me vino a la cabeza fue helado. Una vez había visto una película en la que la protagonista se plantaba delante del congelador de un súper para comprar su helado favorito y resultaba que no quedaba ni un bote. Entonces no se le ocurría nada más que ponerse a llorar como una histérica. En aquel momento traté de comprender qué había pasado en su interior. Supuse que lo del helado había sido la gota que colmaba un vaso larguísimo de calamidades y frustraciones. El suyo no debía ser un vaso normal, como los que se ponen diariamente en la mesa para el agua, sino que, en vista de los centímetros cúbicos de llanto que la pobre chica iba soltando, sin duda debía tratarse de un vaso más grande, de los

que se usan para servir granizados o cubatas. O tal vez incluso de un vaso mayor, como los que se ven en los reportajes de los telediarios cuando se celebra la feria anual de la cerveza en Múnich.

Sea como fuere, pensé que si elegía un sabor rarísimo de helado, me deleitaba en su evocación durante el largo trayecto en coche y luego no lo encontraba, tal vez eso me serviría para realizar una maniobra catártica semejante.

Hubiera dado lo que fuera con tal de ponerme a llorar. Estaba convencida de que solamente así podría soltar mis sentimientos enjaulados, seguir la pauta de un duelo como era debido. No solamente por mí, sino también por mamá. Quería que hubiera alguien llorándola de corazón. Se lo merecía por lo mucho que me había querido y cuidado, también por lo que yo la había querido a ella, por lo mucho que la quería todavía, por todo lo que había hecho por mí, por su rebelde valentía, por sus ideas alocadas, por la forma tranquila y despreocupada con que sobrellevó sus últimos años como granjera. Por su bonita aportación al mundo. Por todo eso y porque, en el fondo de mi ser, creía que ésa era la única forma de poder recuperar el equilibrio de mis pensamientos, el práctico funcionamiento de mi cerebro, previsible y seguro como un arado.

Helado de dulce de leche con pedacitos de cookies, corazón de nueces pecanas y reducción de vinagre balsámico. Ajá. Me parecía una combinación tan rara que estaba segura de que aunque lo encontrara podría seguir con mi plan y ponerme a llorar. Únicamente tendría que abrirlo y probarlo.

Consumí buena parte del papel con la redacción de este primer producto. El reverso estaba forrado con un film satinado que imposibilitaba cualquier tipo de escritura, pero aun así me quedaba espacio para cinco o seis retos más. Así que anoté, por este orden: yogures de grosella desnatados sin aspartamo, bebida deshidratada de cacao en polvo envasada en monodosis, un paquete de papel de váter que llevara instrucciones con dibujos, caramelos de carne, fideos chinos "made in Sweden" y, para finalizar, algo realmente imposible de encontrar, el auténtico desafío de la lista: manzanas sin encerar.

Menuda tarde me esperaba. Me prometí a mí misma que buscaría cada uno de aquellos productos y que, si no los encontraba, iba a comprar los que se les parecieran más.

Satisfecha con la idea, subí a la ranchera y puse la marcha atrás para maniobrar, centrando todos mis pensamientos en una deliciosa doble ración de helado de dulce de leche con pedacitos de cookies, corazón de nueces pecanas y reducción de vinagre balsámico.

Ya en la carretera, conduje despacio para que la espera se me hiciera más larga y la ansiedad creciera de forma

proporcionalmente inversa a la de los quilómetros que faltaban por llegar.

El paisaje que se iba abriendo frente a mí como una cremallera me hacía compañía. Era mi paisaje. Yo había nacido y me había criado allí, rodeada de aquella vegetación húmeda y carnosa. Mis pies estaban hundidos en aquellos suelos negros y fértiles. Tenía raíces con las que chupaba sus nutrientes. Si hubiera tenido que etiquetar mi territorio como si de una camiseta se tratara hubiera dicho que la composición era una mezcla al 50% de: bosque caducifolio y perenne. Color predominante: verde oscuro. Densidad: muy tupido. Sugerencias de lavado: lluvias semanales. Lo llevaba puesto a diario y no lo habría cambiado por nada del mundo.

Resultaba extraño, pero ahora que mamá ya no estaba, sentía que había ganado algo más de identidad con ese entorno. Como si con la muerte de mamá hubieran quedado sueltos algunos de mis anclajes como hija y de repente me hubiera descubierto echándolos contra el paisaje. Tal vez estaba buscando un nuevo amarre o necesitaba asegurarme de algún modo. Era una bonita idea, una bella imagen. Yo dentro de mi ranchera lanzando mis pequeñas anclas hacia los árboles.

Definitivamente, la idea de salir de casa había sido acertada, ya que por lo menos estos últimos pensamientos eran distintos a los que había estado produciendo durante toda la mañana. Traían consigo un poco de tranquilidad. Con ellos, la evocación de mamá tenía el peso, el tamaño y la forma que debía tener. Era una mamá muerta, estaba tumbada sobre una superficie blanda y descansaba en paz. No importaba el hecho de que a ella le hubiera dado igual el grado de dureza de su colchón. Podrían haberla expuesto en el velatorio encima de una losa de piedra y eso no la habría afectado para nada. Algo así solamente hubiera traspuesto a todas y cada una de las personas que la hubieran ido a despedir.

Una de las características de los que todavía estamos vivos es que tenemos la manía incurable de ponernos en la piel de los otros. Nos importa un pimiento que los otros estén muertos. Cuando vemos a alguien tirado en el suelo, a nuestro bendito cerebro no se le ocurre nada mejor que convencer a nuestros huesos para que nos empiecen a doler. Y como a nosotros nos parece inconcebible estar echados cómodamente encima de una piedra, depositamos a nuestros muertos en un mullido cojín. Et voilà.

Con eso me entretenía cuando llegué a mi destino. El aparcamiento del hipermercado parecía estar lleno hasta los topes y no me apetecía nada meterme a circular allí dentro, pendiente de seguir el sentido indicado por las flechas pintadas en el suelo. Eso me hacía sentir como si fuera una ficha en un tablero gigante de la

oca, sólo que no era yo la responsable de tirar el dado, sino que mi suerte dependía de la habilidad de los demás conductores para maniobrar y de una serie de señales mímicas (¿entras? ¿sales? ¿esperas? ¿qué coño haces?) que no estaba dispuesta a interpretar. Ni hablar de meterme en semejante atolladero.

Me limité a deslizar el coche hasta un lateral, donde empezaba una zona de descampado, y con una carrera corta cubrí los cincuenta metros que me separaban de las enormes puertas corredizas automáticas, que se abrieron cuando ya casi las iba a atravesar. Entré.

Nunca había llegado a aclarar si lo peor de esta clase de establecimientos era a) la gran cantidad de gente que lograban congregar, b) el estribillo del hilo musical, c) los incesantes pitidos de fondo de las cajas registradoras o d) la regulación térmica (en una ocasión estuve comentando con mamá que allí dentro parecían estar representados todos los climas mundiales, desde el polar en la zona de refrigerados hasta el ecuatorial en el patético cuartito donde horneaban las masas prefabricadas de baguette, sin olvidar el continental en la sección de la pescadería, ya que de vez en cuando se activaban unos micro-aspersores que colgaban del techo y que podían dejarte empapada en apenas tres segundos). Para mí que la respuesta correcta era e) todas las anteriores. Ojalá pudiera llevar a cabo en el futuro mi plan de no bajar a hacer la compra más que un par de veces al año. Pero aquella tarde estaba allí por propia voluntad y con una clara intención.

Releí la lista. Lo primero era el helado. Me dirigí hasta el territorio norte, donde no hacía ni quince días que habíamos pescado un par de bolsas de gambas congeladas. Mamá las había guardado en un cajón del congelador y todavía seguían allí, esperando para salir en las cenas de Navidad y Nochevieja. No quise ni plantearme qué haría para esas fechas.

Helado, busca helado, repetí mentalmente, azuzándome como haría un cazador con su jauría. Me dejé llevar por una corriente atlántica de aire frío y aterré donde las gambas. Afortunadamente, nada parecía haber cambiado de lugar. Diez quilómetros de frigoríficos más a la derecha encontré lo que buscaba. Tres armarios de cristal con dos puertas herméticas cada uno tras las cuales se extendía un muestrario inacabable de botes y cajas rellenas de cremoso helado. Como en la escena de la película.

Devolví mi lista de la compra al bolsillo trasero del pantalón y me dispuse a gozar de mi minuto de gloria. "Helado de dulce de leche con pedacitos de cookies, corazón de nueces pecanas y reducción de vinagre balsámico". Me centré primero en los dibujos, ya que las cookies y las nueces pecanas son fácilmente reconocibles.

Nada. Había un helado muy soso de vainilla con cookies, pero ni rastro de nueces pecanas. Los de dulce de leche solamente estaban como único sabor o bien combinados con extracto de mate, lo cual me pareció extraordinario. Casi me llevo uno de estos últimos sólo para probarlo. Pero resistí la tentación y perseveré en mi intento. Ni falta hace decir que en aquella sección no había ningún ingrediente ni remotamente parecido a la reducción de vinagre balsámico. Recorrí los tres congeladores con el hocico pegado a los cristales y el resultado dio negativo en los tres casos.

Había llegado el momento. Revolví mi interior en búsqueda de un indicio de frustración. Estaba segura de que se estaba formando en algún lugar, cogiendo fuerzas rápidamente como una tormenta de verano, arremolinándose y arrastrando con movimientos espirales pedazos de sentimientos que debían estar desperdigados sin ton ni son dentro de mí. Me escuché. A pesar de los desesperantes ruiditos de fondo del local, me escuché. Pero allí no había nada. Ninguna voz, ninguna especie de cuerda o de hilo de nylon anudada alrededor de un órgano cualquiera. Nada que pudiera concentrar mis emociones y hacerlas explotar en lágrimas lo suficientemente densas como para cargar con algo. No había nada.

Supuse que en el fondo estaba tan segura de que iba a sucederme algo así, que ni tan siquiera podía estar enfadada conmigo misma por no haberme avisado con anticipación. Dejé caer los brazos como si fueran de goma y pesaran más que yo. Tendría que contentarme con alguno de aquellos botes, el que tuviera más parecido con mi idea original. Al menos sería entretenido. Desde que había entrado en el hipermercado solamente me había acordado en una ocasión de mamá. Y fue un recuerdo totalmente normal. Trataba de nuestra compra anterior y en él paseábamos las dos juntas con nuestro carrito por los pasillos, como una madre y una hija bien avenidas que tienen un objetivo común. Era un recuerdo apacible, lleno de sana cordura. Además, todavía tenía seis productos más en la lista. Tal vez para cuando hubiera dado con todos ya me habría curado de mi extraña afección y podría regresar a casa en mi ranchera, mirando el cielo de vez en cuando para desearle un buen viaje a mamá.

Esta idea me recargó de energía. Escaneé rápidamente el contenido de las estanterías y me decidí por una ración individual de un helado que realmente tenía un parecido asombroso con el que había ideado. La etiqueta daba la vuelta a la diminuta ración: helado de praliné con pedacitos de nueces de macadamia, corazón de crème brûlée y reducción del precio a la mitad en la segunda unidad. Cogí un par sólo para beneficiarme del cuarto ingrediente.

Eso me hizo sentir todavía mucho mejor, así que el resto fue como coser y cantar.

Tras veinte minutos de intensa cacería me planté en una de las cajas con mi cesta particular. Fui sacando los productos uno a uno y los deposité en la cinta transportadora con cierta satisfacción. Un cartón de cuatro yogures de fresa sin aspartamo. Evidentemente no eran desnatados, pero en la parte superior había la foto de una viejecita de origen griego, a juzgar por la bandera que llevaba a modo de pañuelo en la cabeza, que parecía estar muy sana. Luego saqué un tarro de cacao en polvo. Si hacía falta podía mezclarlo en casa con un vaso de leche de cabra y ya tenía mi monodosis lista para tomar. Tengo que reconocer que ahí fui poco creativa.

Lo del papel de váter resultó algo más divertido, ya que nunca me había dedicado a leer atentamente los envoltorios de plástico que contienen las docenas de rollos y encontré frases bastante originales, como por ejemplo "no usar como sustituto del papel de cocina", "se aconseja doblar la dosis en casos de necesidad" o un revelador "evitar el contacto con los ojos" seguido de "en ese caso, lávelos abundantemente con agua fría y póngase en contacto con el servicio nacional de toxicología". Lástima que ningún paquete llevara ilustraciones.

Con los caramelos de carne tuve un dilema gordo. Estuve dudando si coger caramelos de menta o un enigmático tarrito de concentrado de carne. Tenía el tamaño de un dedal y parecía venenoso, pero digo yo que en dosis homeopáticas sería seguro. Al final me quedé con las dos opciones. Si las juntaba con cinta de embalar resultaría un combo con cierto aire al producto original.

El siguiente paquete que saqué de la cesta me llenó de orgullo. Era una crujiente y colorida demostración de que no hacía falta ir a Ikea para encontrar fideos chinos "made in Sweden". Existen, están a la venta y son baratos. Ignoro a qué saben, pues no fui capaz de entender las instrucciones de uso. Estuve tentada de enterrarlos como si de un hueso viejo se tratara, a la espera de tiempos de hambruna. Pero finalmente me convencí de que sería más sensato catapultarlos hasta el último estante de la alacena y esperar a que caducaran para tirarlos a la basura. Faltaban doce años.

La última adquisición de la tarde fue una malla de avellanas. Redondeadas y ricas como manzanas. Y ahí terminaba todo el parecido. Minutos antes estuve analizando detenidamente todas las clases de fruta que había ordenadamente amontonada en un gran chiringuito, justo en la zona donde te daba la bienvenida un soleado clima mediterráneo. Sólo me había faltado una lupa. Y no había sido capaz de encontrar ni una sola pieza de fruta sin brillo artificial. Todas y cada una de ellas habían recibido un baño de esa

pátina insalubre de cera. ¡Incluso las piñas y los plátanos!

Froté la piel de algunas manzanas con un dedo para descartar que aquello no fuera el reflejo de los potentes rayos de sol que se proyectaban desde el techo. Estaba tan entregada en mi tarea que alguien me preguntó si era inspectora de sanidad. Repasé a mi interlocutora de arriba abajo: mujer de mediana edad con un par de sueldos encima sólo en ropa y complementos. El peinado me hizo pensar que tal vez aún quedaban ejemplares vivos del águila coronada de Madagascar. O quizás sólo era que trabajaba en una planta de procesamiento de frutas y se le había vertido en la cabeza un bote de la famosa cera embellecedora. Sea como fuere le contesté que sí. Y añadí que recordara pelar bien la fruta antes de metérsela en la boca. La mujer fijó por un momento sus ojos en mi peto y en mis botas, que había olvidado cambiar por un calzado más apropiado, y acto seguido emprendió el vuelo, seguramente en busca de un clima mejor.

Por mi parte, me limité a constatar la escasa potabilidad de la mercancía fresca allí expuesta y acabé por refugiarme en el rincón de los frutos secos. Se trataba de una casita de cartón piedra del tamaño de una caseta para herramientas de jardín. Estaba forrada con un papel adhesivo que imitaba el dibujo de la madera cortada. Tuve dudas acerca de cuál era el tipo de madera que pretendían emular, ya que había tal batiburrillo de vetas y nudos que más bien parecían haberse inspirado en un cuadro de Pollock. Distribuidos en distintos niveles de la fachada había unos cuantos agujeros a modo de ventanas, con anchos alféizares sobre los que descansaban cestas de mimbre de plástico repletas de bolsas de frutos secos. Las ventanas inferiores ofrecían frutos de mayor tamaño, como nueces y castañas, y a medida que iban subiendo de nivel, los frutos se volvían más pequeños hasta llegar a los piñones, que estaban en el altillo. Me decanté por las avellanas, que quedaban a la altura de mi mano, y así di por terminada mi excursión.

Lo último que saqué de la cesta fue el helado, que previamente había metido en una bolsa térmica que siempre llevo en el coche. Originariamente servía para transportar las cajetillas de vacunas para el ganado, pero mamá y yo habíamos llegado a llevar ahí hasta un pastel de riñones congelado.

Cuando la cajera me informó de la suma que tenía que pagar por mi puñado de chorradas fue cuando estuve más cerca de alcanzar mi propósito inicial. Pero en lugar de llorar me entraron ganas de reír.

—¿Está segura? –pregunté. No daba crédito a sus palabras. —Igual ha contado algo por duplicado.

"Vamos a ver", me dije, "¡los fideos eran baratísimos!".

La chica incrementó un poco la dosis de paciencia y resignación que le llegaba por perfusión, directamente desde un gotero, y a continuación me mostró amablemente el tique.

Todo estaba en orden y sí, los fideos eran baratísimos. El papel de váter estaba al precio de siempre y por el cacao y los caramelos pedían una cantidad razonable. Ahora bien, teniendo en cuenta lo fácil y barato que resultaba elaborar yogur en casa, me resultaba imposible creer que, viniendo de una fábrica donde cada día saldrían millones de unidades, el coste final fuera el de su peso en oro. ¡Ni que los hubieran tenido que importar directamente desde Grecia! Imposible. Y lo mismo ocurría con el helado, la cápsula de concentrado de carne y las avellanas.

Era la primera vez en mi vida que compraba un fruto seco. Lo normal era esperar a que los árboles los tuvieran en su punto e irlos a recoger. A cinco quilómetros de casa había una zona de bosque con castaños. Daban frutos pequeños pero de sabor intenso y, lo que era mejor, eran gratuitos. En nuestra finca teníamos un nogal que cada octubre nos ofrecía entre treinta y cuarenta quilos de nueces. Fran y Luisa tenían avellanos y cada año intercambiábamos un saco de nueces por uno de avellanas. Y las suyas eran grandes como coles de Bruselas, no como las que acababa de comprar, que más bien parecían canicas.

No podía comprender el porqué de semejante timo, pero decidí pagar sin rechistar para no dar más que hablar a la gente que me seguía en la cola.

Salí del hipermercado prometiéndome no volver nunca más. Ya encontraría el modo de apañármelas sin él. Aunque tuviera que imitar a mis abuelos y recortar cuadraditos de periódico para emplearlos como papel higiénico. Me daba igual, con tal de no volver a poner mis pies en semejante antro de cuatreros.

Llegué al coche y tiré las bolsas al maletero. La verdad es que me importaba más bien poco que se pasaran el viaje rodando por ahí. Con un poco de suerte hasta salían disparadas en un bache y así las perdía de vista de una vez por todas.

Arranqué, me tomé tres segundos para poner primera, segunda y tercera y abandoné aquel lugar sin tan sólo mirar por el retrovisor.

Me sentía desbalijada, pero había algo bueno allí afuera que me fue tranquilizando. Era la noche, que se estaba abalanzado sobre las montañas como un murciélago. La sorbí poco a poco, como si estuviera bebiéndome una tisana hirviendo. Había algo reconfortante en el hecho de dejar atrás las luces de la población e ir adentrándome en la oscuridad de los bosques. Conocía bien la carretera, pero de noche había que ir persuadiéndola con la corta iluminación de los faros para que se mostrara. Los árboles parecían

haberse acostado unos sobre otros, de forma que me daba la impresión de estar avanzando dentro de un túnel.

Se me estaba empañando el cristal del parabrisas, así que bajé un par de dedos la ventanilla. El aire helado penetró como un cuchillo en el pequeño cubículo y, de repente, empezaron a picarme los ojos. Era como si una bandada de pájaros minúsculos hubiera chocado contra ellos con los picos abiertos. Lo que en un principio comenzó como una molestia irritativa pronto se convirtió en un dolor casi insoportable.

Me puse a parpadear insistentemente, tratando de mantener el coche firme en su carril a la vez que intentaba buscar una explicación plausible para lo que me estaba pasando. Centenares de tesis y razonamientos salieron al ruedo dentro de mi cabeza. Era como una maratón de un concurso de preguntas y respuestas. ¿Había dormido poco? Pues no, lo normal. ¿Había mucha diferencia térmica entre el interior del hipermercado y la calle? Pues qué sé yo, en la calle hacía frío y en el hiper era una locura, pero no creía yo que hubiera para tanto. ¿Había comido algo fuera de lo normal? Había comprado cosas raras, pero todavía no había comido nada de eso y, por si acaso, no pensaba hacerlo. ¿Acaso me había metido un par de dedos en los ojos por error? Rotundamente, no. ¿Estaba atravesando una zona especialmente poblada de agentes urticantes? No. Además, yo no era alérgica a ninguna planta y daba la casualidad de que estábamos en pleno diciembre, que era como decir que el reino vegetal estaba dormido, lo más parecido a estar muerto. Muerto.

Muerto. La palabra se quedó resonando dentro de mí. La pronuncié varias veces, como si así pudiera sacármela de encima.

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Muerto! De hecho, la grité. Era como una droga, no podía parar.

—¡Muerto! ¡Todo está muerto! ¡Los árboles están muertos! ¡El coche está muerto! ¡Yo estoy muerta! ¡Estoy muerta!

Bajé la voz y me sobrevino el primer sollozo.

—Mamá está muerta, por Dios. Mamá está muerta. Muerta, muerta. Está muerta.

Por fin. Las lágrimas se empujaban entre ellas para salir. Notaba cómo me corrían apresuradamente por las mejillas. Hervían como si hubiera estado esperando para soltarlas hasta el momento previo a su evaporación. Pronto noté el cuello de la camiseta empapado, pero no podía parar. Era como si hubiera estado reservando un diezmo de todo lo que me había bebido a lo largo de mis treinta y dos años de vida para soltarlo de golpe justo en ese momento. A Dios gracias que Troy no me acompañaba. Odiaba el agua y, viendo cómo estaba subiendo el nivel de líquido, que ya casi me llegaba a

las rodillas, hubiera sido capaz de abrir él solito la ventanilla para saltar del coche en marcha.

¡Qué alivio, llorar al fin! Pensé que si esa mañana me hubiera tragado un paquete de garbanzos crudos, ahora podría sacarlos cocidos. Tanta era la presión que se había formado dentro de mí. Aunque todavía estaba sentada, con las manos al volante y mirando de no saltarme ninguna línea blanca, podía notarme mucho más ligera. Ni siquiera el moño me apretaba. Pensé en mamá y tuve una punzada de dolor en el esófago. Me daba igual no sentirme el corazón. Lo que importaba era que había ése dolor y que yo era capaz de desarrollarlo. De desarrollarme en él. Me sentía como una ecuación, como un embrión, como la semilla que crece a cámara rápida hasta convertirse en algo que se parece a una flor.

Echaba de menos a mamá. Estaba muerta y la echaba de menos. – ¡Te echo de menos! –grité y lloré a la vez.

Quién sabe si me escuchó.

De repente me sentía agotada. Pero no podía parar de llorar. Lloraba sin tener que esforzarme por hacerlo. Era como si me estuviera llorando encima.

"Llega a casa y ponte a dormir", me ordené. Luego, por un segundo, reposé mi frente en el volante. La levanté enseguida. Aunque no dejaba de llorar, ya no me dolían los ojos. Veía mal a causa de las numerosas salpicaduras que la primera explosión de llanto había dejado en la cara interna de los cristales de las gafas, así que esperé a llegar a un tramo de carretera donde sabía que había unos trescientos metros de línea recta para quitármelas un momento y tratar de secarlas frotándolas con el pantalón. Justo cuando me las estaba volviendo a colocar vi algo. Algo que no era la carretera negra con sus dos líneas blancas desdibujadas. Algo que cruzó una de las líneas, la de mi izquierda, y que creí alcanzar con alguna parte del morro de la ranchera.

"¡Dios mío! ¡Dios mío!", pensé. Me acordé de Troy, que casi muere en la misma carretera atropellado por una furgoneta.

Frené en seco mientras desviaba el coche hasta el estrecho arcén. No entendía cómo no había podido verlo venir. Mi cerebro analizaba la situación confusamente. Llevaba las luces largas, ya casi tenía las gafas en su sitio cuando aquella sombra surgió de la nada y se precipitó sobre mí. ¿O sí la había visto? ¿Y si mi subconsciente, confundido por la mala visión, reaccionó de la forma más primaria que tenemos y lo que hizo fue ir en busca de la presa? ¿Y si había atropellado a alguien a propósito? ¿Y si no era un animal? ¿Y si era un niño? No, eso era algo impensable. Era de noche, a esas horas no había niños sueltos por ahí. Además, aunque soliera haberlos, ésa era una zona deshabitada. Apenas había cuatro

casas, en ninguna tenían niños y la más cercana era la mía. Y todavía me quedaban cinco o seis quilómetros para llegar. Igual sólo era una bolsa vacía de basura atraída por el remolino de la velocidad. Ojalá.

Activé el doble intermitente y saqué una linterna de debajo del asiento, era tan potente que podría haber salido perfectamente a pescar con ella. Me apeé del vehículo. El frío me sentó como una bofetada bien dada. Me llevé la mano a la mejilla y deshice el camino, barriendo con la luz el margen de la carretera y la zona de bosque que bajaba a comerse el arcén. No había nada, excepto algunos caracoles que intenté esquivar por todos los medios y babosas que habían salido a comerse las hojas de los dientes de león que crecían justo donde el asfalto se encontraba con la tierra.

Cuando ya debía haber cubierto unos cien metros algo crujió. No debajo de mí. No había podido evitar aplastar algunos caracoles, pero sus conchas no crujían así. Había escuchado un crujido seco, en cambio los crujidos de los caracoles eran ahogados. Se notaba que había algo blando debajo que amortiguaba el pisotón.

—¿Hay alguien ahí?

Sometí la linterna a más trabajo que un foco de discoteca, pero era incapaz de iluminar algo que no fuera el asfalto y la primera línea de bosque.

—Hoooola.

La palabra salió de mí titubeando, casi más insegura que yo. Me detuve un momento y agucé el oído. Nada alteraba la frecuencia sonora de la noche. "Pues mucho mejor", pensé. Debían haber sido imaginaciones mías, fruto de mi perturbado estado de desolación.

Justo cuando me daba la vuelta para volver al coche lo escuché. Fuera de la especie que fuera, estaba segura de que se trataba de un bebé. Era como un grito sin fuerza, como una flecha fallida, caída a escasos metros del arquero. —Mierda, mierda, mierda – susurré.

No quería haber atropellado a un bicho. Era lo último que necesitaba aquel día. No quería responsabilizarme de otra muerte. Este pensamiento me detuvo en seco y, por unos segundos, prevaleció sobre mi presunta y aún desconocida víctima. ¿Cómo? ¿O sea que eso había sido lo que había estado gestando en mi interior durante todo el día? Pues claro. No entendía cómo había podido ser tan tonta y no haberme dado cuenta antes. Me sentía tan culpable y aliviada a la vez que tuve la impresión de que debía compartimentarme urgentemente por dentro para que cada sentimiento tuviera las mismas posibilidades de desarrollarse como merecía. Era como si acabaran de anunciarme que estaba embarazada de gemelos. Por un lado me asusté, pero por el otro era como si se me hubiera levantado un luminoso día interior. Si en

aquel momento se me hubiera fundido la linterna, estoy segura de que no me habría sorprendido constatar que mi rostro proyectaba un larguísimo chorro de luz a su alrededor.

"Basta", me ordené. Me dispuse a encontrar el origen del gemido no sin cierta precaución, pues si lo que había atropellado era un zorro podría resultar peligroso ponerle una mano encima, incluso si sólo era un cachorro. Aparté algunas matas con la bota. Nada.

Así que me sentía responsable de la muerte de mamá. Era evidente. Estaba casi segura de que la venta de las vacas la había perjudicado. Aunque pareciera no haberse dado cuenta, tenía el convencimiento de que en el fondo lo había notado.

Eché una ojeada hacia el coche. Me había alejado bastante, unos ciento cincuenta metros. Si no fuera porque perseveraba en su empeño de guiñarme los ojos con los intermitentes ni tan siquiera podría verlo.

— ¿Hay alguien por aquí? – insistí, esperando obtener algún tipo de respuesta delatora.

No entendía cómo había podido ser tan egoísta y haber mandado al traste el negocio familiar sin haberlo consultado antes con mamá. Que se hubiera recluido en un mundo de fantasía donde todas las flores eran azules y nunca se marchitaban no significaba que hubiera perdido el derecho a decidir sobre su patrimonio, sobre el fruto del trabajo de toda su vida.

Tropecé con una raíz que parecía haber sido puesta allí con ese propósito y caí de bruces sobre el asfalto. La linterna salió volando y aterrizó algo más lejos de mí. Afortunadamente no se apagó. Sólo quedó tendida, como yo, aunque a ella no empezó a sangrarle la nariz. El haz de luz rompía la oscuridad como un muro donde multitud de insectos intentaban estrellarse en vano.

Mareada por el súbito ataque de dolor, me pincé la nariz con un par de dedos y me levanté como pude. Lo primero fue comprobar que mis gafas no hubieran sufrido daños. Eran una parte imprescindible de la nave. Afortunadamente, seguían en perfectas condiciones. Un milagro.

Lo que más me dolía era la conciencia. Pensar que tal vez si no me hubiera librado de las vacas, si no hubiera alterado de tal forma el apacible transcurrir de nuestras vidas, el corazón de mamá hubiera seguido latiendo, ni que fuera por inercia. ¡Qué locura! Pero se trataba de una locura con tanto sentido…

Fue cuando me agaché para recoger la linterna que los vi. Dos ojos me acechaban desde la espesura. Pequeños e intensos como rubíes. De haber tenido mayor tamaño tal vez habría salido corriendo, pero estaba claro que su propietario podría haber cabido en la palma de cualquier mano. Eché la cabeza hacia atrás para

tragar lo que quedara de sangre dentro de mis fosas nasales y me solté la nariz. El dolor me subía intensamente hasta las cejas y ella goteaba como un grifo estropeado, pero eso era todo.

Me acerqué al animal, mirando de asegurar bien cada paso y evitando deslumbrarle. Siguiendo un impulso, me enfoqué un segundo para que pudiera ver quién se le estaba acercando. "Qué inteligente eres", me susurró mi ego, aunque luego tuve que reconocer que había sido una idea más bien estúpida. Mi figura debía parecerse a la de un astronauta zombie. Llevaba el grueso abrigo abrochado hasta la barbilla. Seguro que semejaba un ser sin cuello. Calzaba unas tremendas botas de trabajo, ni más ni menos que una talla cuarenta. Me sentía como una equilibrista con un mono antiexplosivos. Avanzaba con los brazos en cruz, despacio, como si estuviera atravesando un campo repleto de minas. Y encima seguro que tenía la cara manchada de sangre. Aunque no creía que a un animal eso le importara lo más mínimo, la verdad es que me sentía terrorífica. Pedí a Dios que no parara ningún coche a ayudarme.

El bicho olía a miedo, así que le hablé bajito para tranquilizarle. —¿Se puede saber quién eres tú? –le pregunté agachándome a su lado. Muy educado, me respondió que "miau".

¡Vaya! Era un gato. Y, visto de cerca, abultaba bastante. No se trataba de ningún cachorro.

Estuve iluminándolo y palpándolo un rato. No parecía tener ninguna herida, al menos a nivel externo, pero estaba muy asustado. Tenía que llevármelo de allí y que el veterinario le echara un vistazo para descartar otros daños. De paso, le pediría que me mirara la nariz.

—Vas a tener que venirte conmigo, grandullón.

El gato se dejó coger en brazos. Parecía un ovillo tremendo. Tenía el pelo largo y sedoso y lo aproveché para calentarme un poco las manos. Lo pegué a mi pecho y me dispuse a regresar al coche. A pesar de lo hinchada que tenía la nariz descubrí que, por debajo de la capa de miedo, a aquel felpudo se le escapaba un segundo aroma. Agaché un poco la cabeza y aspiré. Tuve que retirarla enseguida. Era tan fuerte y penetrante que aquello no podía tener un origen natural. Parecía ambientador de rosas.

Llegamos a la ranchera en un santiamén, para alivio de caracoles y babosas. Instalé al gato en el asiento del copiloto, igual que había hecho con Troy hacía años, y pusimos rumbo al veterinario. Daba la impresión de que aquel día se resistía por todos los medios a terminar.

4

Me despertó el olor a café. Tuve que frotarme los ojos varias veces para poder desengancharlos y, tras asegurarme de que estaba en mi cama y que aquello no era un sueño, me quedé muy quieta, tratando de poner algo de orden en mi cabeza. Tenía todos los pensamientos tirados por ahí. Los recuerdos más recientes yacían amontonados como ropa sucia y maloliente. Me echaban para atrás. Pero había que hacer frente a aquella especie de resaca, así que me puse a escarbarlos, a ver qué sacaba en claro.

Lo primero con que tropecé fue con la muerte de mamá. Los ojos se me pusieron enseguida como dos piscinas. Volví a cerrarlos. Unas cuantas lágrimas iniciaron su descenso por las caras este y oeste de mi rostro. Me deleité un poco en la carga de dolor que trasportaban, pero tuve que parar cuando se me metieron en las orejas. Hay qué ver lo rápidamente que pierden temperatura las lágrimas. Y lo molesto que es notar todo ese líquido allí estancado.

Me incorporé para meterme un pedacito de sábana dentro de los pabellones auditivos y entonces me pareció verlo. Estaba sobre la colcha, entre mis piernas. Arrebaté las gafas a la mesilla de noche y me las puse torpemente. No se me ajustaron bien porque todavía tenía la nariz algo inflamada, pero al menos aportaron un poco de nitidez a la mañana. Enfoqué. Pues sí. Era la segunda vez que me lo encontraba así, agazapado y mirándome.

—Hola, gato –articulé.

Me asusté de mi propia voz. Sonaba a verdadera resaca e insistió en esa impresión quedándose un rato a retumbar dentro de mi cerebro. "Hola, gato", "hola, gato", "hola, gato". Lentamente, se fue alejando como un eco.

Mi compañero de cama ladeó un poco la cabeza como si me hubiera comprendido y me contestó lo que la primera vez: "miau". Ese gato tenía la particularidad de responder siempre que le dirigías la palabra. Ahora que lo tenía delante empezaron a aclararse algunas cosas. Tiré de él como si se tratara de una ubre y poquito a poco fui llenando el cubo de recuerdos.

Había llevado el gato a casa de Nicolás, el veterinario, quien tras examinar al paciente me recordó que su horario habitual, por si no me había dado cuenta, era de ocho de la mañana a siete de la tarde.

—Fuera de ese horario sólo atiendo ur-gen-cias –recalcó sílaba por sílaba.

Le acababa de contar lo del atropello. ¡Aquello era una urgencia

en toda regla!

—Este animal está en perfectas condiciones. Un pelín gordo, tal vez, pero a lo mejor con el susto se le quita el hambre durante unos días y adelgaza. ¿Te lo vas a quedar?

A ese paso me iba a convertir en la hermanita del santo socorro de cualquier cuadrúpedo necesitado.

—Pues no era mi intención. ¿No hay ningún teléfono grabado en la placa?

Nicolás había podido encontrar un collar rosado con incrustaciones de pedrería debajo de toda aquella mata de pelo. En medio colgaba una plaquita dorada con una palabra escrita: Rapunzel. Me negaba a creer que aquello fuera el nombre del gato. Era un macho. Me parecía del todo inconcebible que a alguien se le hubiera ocurrido bautizarlo así.

—Igual es el apellido de su propietario —aventuré—. A lo mejor es alguien extranjero. Rapunzel suena a alemán ¿no? O a austríaco. Podríamos echar un vistazo al listín telefónico. Nicolás se me quedó mirando como si hubiera acabado de contarle un chiste malo.

—Es el nombre del gato. Créeme. He visto cosas más raras. El gato seguía nuestra conversación como si de un partido de tenis se tratara. Hundí la cabeza entre los hombros. Al menos no lo había atropellado, aunque habría jurado que le había dado con el parachoques.

Entonces Nicolás tuvo una idea. Bueno, más bien tuvo varias, una sucesión de buenas ideas que desembocaron en otra realmente muy afortunada. Las fue exponiendo en voz alta a medida que se le ocurrían.

—Este gato no es de por aquí. Es de raza persa, está castrado y bien cuidado. Eso significa que proviene de algún núcleo urbano. Solamente a un urbanita se le ocurriría comprar un gato al precio de un ternero y luego, encima, colgarle semejante horterada del cuello. Entonces es muy posible…

Ahí Nicolás dudó un poco y empezó a masajear el cuello del gato.

El animal, que no había dejado de asentir con la cabeza todo el rato, corroborando cada una de las secuencias de pensamiento del veterinario, puso en marcha automáticamente su motorcito de ronroneo.

—¿Qué? –pregunté yo, impaciente por saber cómo terminaría aquello.

—Pues es muy posible que… ¡Ajá! –me miró como si hubiera acertado en el bingo— … que le hayan implantado un microchip.

¡Acabáramos! O sea que no era una leyenda urbana. Había gente que mandaba insertarles chips a los gatos. Debía suponer que ésa

era otra de las muchas particularidades de los habitantes de pueblos grandes y ciudades. Algo que en el campo resultaba completamente incomprensible. Para nosotros tener animales significaba poseer un buen rebaño de ovino, caprino, porcino o vacuno. Por supuesto, caballos y asnos también contaban. Pero todo lo que fuesen perros, gatos, gallinas, patos, conejos y el cerdo familiar, el que se criaba para la matanza de San Martín, eso entraba dentro del pack de "utensilios para la vida en el campo", al igual que el caserío, el huerto, el tractor o las pulgas.

Ahora que había vendido las vacas, si alguien me preguntaba por los animales, le respondía que no me quedaba ni uno. El argumento era simple al estilo cartesiano: vendí las vacas, *ergo* ya no tengo animales.

Por supuesto, estaba Troy. También había una cuadrilla de gatos salvajes. Aparecían de vez en cuando levantando una gran polvareda e, igual que haría un ejército enemigo, se instalaban impunemente en alguna corte durante unas semanas, se entretenían dando caza a unos cuantos ratones, se comían el pienso de Troy, asaltaban a las pobres gallinas y luego se daban a la fuga. Podría haber puesto precio a sus cabezas, pero la vida en la granja era así. Mi deber era aceptarla.

Luego estaba Susi, la cerda que, a medias con Luisa y Fran, cebábamos cada año. Los años impares la cuidaban ellos, los pares lo hacíamos mamá y yo. La sacrificábamos en noviembre, procurando no coincidir con su período de celo, y pasábamos un día entero encerrados en una habitación elaborando embutidos. Al finalizar nos los repartíamos. Teníamos suficientes para ayudarnos a pasar las semanas más frías de invierno y los que sobraban los vendíamos en alguna tienda del pueblo.

Evidentemente, la cerda no era la misma cada vez, pero siempre la llamábamos igual. Comenzaba siendo Susi, una lechoncita juguetona de unos seis quilos de peso. A medida que crecía pasábamos a llamarla Susan y hacia el final de su vida, con más de setenta quilos de carne y grasa suculentas, la apodábamos Susana. Creo que el hecho de usar un mismo nombre para cada cerda nos facilitaba bastante la doble tarea de encariñarnos con ella, primero, cosa que resultaba inevitable y que además era necesaria para conseguir que el animal creciera sano y feliz, pudiéndonos librar luego con agilidad de ese cariño, coincidiendo con el día de su muerte.

Así pues, esos cuatro bichos, junto con algún gallo con su harén de gallinas y pollitos, constituían el pelotón animal que teníamos siempre de guardia. Y su presencia estaba tan integrada en la casa que podrían haber formado parte de un inventario para la

aseguradora, junto con el mobiliario y los electrodomésticos. ¿A quién se le habría ocurrido ponerle un microchip al colchón o a la lavadora, recosido en el forro o pegado en el cajetín para suavizante? Pues exactamente eso es lo que parecía que se venía haciendo en algunos sitios con los así llamados "animales de compañía".

Tal vez la explicación a tan extraño comportamiento pasaba por comprender que la gente de campo no gozaba de la compañía de sus animales. O que, en caso de hacerlo, eso no era nada más que un efecto secundario de una función primaria. Era evidente que Fran disfrutaba con la compañía de sus perros, pero aquella no era la finalidad para la que los mantenía junto a él. Tenía perros para que le guardaran el rebaño. Igual que yo tenía gallinas porque me gustaban los huevos fritos, toleraba a los gatos porque encontraba interesante que su presencia rebajara la esperanza de vida de los roedores y habíamos cuidado de Tigre, Rayas, Loca, Desnudo y Troy porque… ¡vaya! no sabría dar una explicación. Los acogimos por compasión pero la verdad es que, en algunos momentos, tanto mamá como yo acabamos por buscar su compañía. Igual estábamos afectadas de una rara "urbanitis" sin diagnosticar. En cualquier caso, no sería un caso muy grave. Estoy segura de que si Nicolás le llega a proponer a mamá lo de implantarle un microchip al perro, ella le habría contestado que, ya que era tan buena idea, podía insertarse él mismo uno. En el culo.

Casi se me escapó la risa. ¡Qué sensación tan rara! Aquella mañana me había levantado presuponiendo que mamá todavía vivía. Luego supe que había muerto. Entonces transcurrieron las horas más extrañas de mi vida. Había sido como estar parada durante todo el día delante de una vía, viendo pasar el tren de mercancías más largo del mundo. A Dios gracias, había un último vagón, pero a su paso levantó un torbellino tan potente que me dejó rodando como una peonza. Ahí sí que lloré. Algo más tarde, ya de noche, me acordé de mamá, en el veterinario, y poco me faltó para soltar una carcajada. Nicolás se dedicó a pasar una especie de lupa por la zona del cuello donde había notado la presencia del microchip y, al cabo de un minuto, dio con él. Introdujo en su ordenador el número que le salió reflejado en una pantallita de la lupa y, entonces sí, lo exclamó:

—¡Bingo! Hemos dado con la propietaria.

Me alargó un taco de post-its y un bolígrafo sobre el que me gustaría poder decir que presentaba profundas muescas en la parte inferior, aunque para ser exacta debería decir que estaba triturado de cintura para abajo. Dudaba que se prestara amablemente a escribir. —Anota. Elena Martín. Calle Limoges, sin número. Sartú.

Supongo que arqueé las cejas. —¿Sartú? Eso está a más de treinta quilómetros de aquí.

Puso una cara mezcla de obviedad y de "mi-ordenador-nunca-seequivoca".

Tras apuntar el número de teléfono de contacto arranqué mi post-it y le devolví el boli.

—¿Esto es lo que das a tus pacientes para que muerdan antes de ponerles la anestesia?

—No, las marcas son mías. Por si no te habías dado cuenta, tengo una magnífica dentadura canina. Roer objetos me ayuda a calmar los nervios mientras espero a que lleguen con una urgencia nocturna.

—Intentaré acordarme la próxima vez que tenga que molestarte fuera de tu horario de atención al público.

— Sabes de sobra que puedes molestarme las veces que quieras, pero la próxima vez tráete un queso o una longaniza y no habrá bromas al respecto. Mostré mi escepticismo con una media sonrisa antes de dar la visita por acabada. Nos quedamos mirando al gato.

—Si quieres, contacto yo con su ama –se ofreció Nicolás—. Puedo quedarme a Rapunzel en la clínica hasta que vengan a recogerlo. Apuesto a que ya han empapelado medio Pirineo con su foto. A lo mejor hasta ofrecen una recompensa.

—Por Dios, no lo llames así. Es un nombre horroroso. Pero no hace falta. Casi lo mato y me siento responsable de él. Me lo llevaré a casa. Mañana llamaré a esa tal Elena y me acercaré a Sartú para devolvérselo.

—Cuanta amabilidad –dijo Nicolás.

Cuanto egoísmo, pensé yo. Al menos así tenía algo que hacer. Alguna forma de llenar el vacío que había entre el día de la muerte de mamá y el día de su entierro.

Unos golpes en la puerta de la habitación me sacaron de sopetón de mis pensamientos. Me estrellé contra la mañana como lo hubiera hecho un avión al que no se le había activado el tren de aterrizaje. ¡Qué dolor de cabeza! El gato saltó de la cama y fue directamente a frotarse contra el marco de la puerta.

—Carmín, ¿estás ahí?

Era la voz de Fran. Se había colado en mi casa, estaba detrás de mi puerta. ¿Fran? ¡Fran!

Me levanté de un salto mucho menos ágil que el del gato. Puse los pies en el suelo. No sentí nada. O mis pies o el suelo se habían quedado sin temperatura. Daba igual. Me tiré una manta por encima para cubrirme el pijama y me desplacé a trompicones hasta la puerta. Podría haber protagonizado un anuncio de aspirinas. Puse la mano en el pomo y lo hice girar. Algo chirrió, así que anoté

mentalmente que tenía que engrasarme con urgencia algunas articulaciones, empezando por las muñecas.

Fran estaba de pie, en el descansillo, enfrente de mí. Sostenía una especie de tabla de madera con las manos. Encima había una cafetera, la azucarera, una cucharilla y la taza más grande que debió encontrar en la cocina. Tuve que mirarla dos veces para darme cuenta de que era uno de los cuencos de comida de Troy.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí? –pregunté con mi voz pastosa.

—Buenos días. Te veo bien, campesina.

Me apartó de lo que me pareció un codazo y entró en la habitación. Se dirigió a la cómoda y dejó la bandeja encima. ¡Ostras! No era una bandeja, era un bodegón que habitualmente colgaba en una de las paredes de la cocina. —Te traigo un poco de café.

—Todavía no me has contestado.

Vertió un chorro de café en el cuenco de Troy, le añadió un par de cucharadas de azúcar y me lo alcanzó. —¿De veras no recuerdas nada de lo que pasó aquí anoche?

Cogí el cuenco sin poder disimular una mueca de asco y lo dejé encima de la mesilla de noche. Pensé que si quería sacar algo en claro lo antes posible debía descargarme un programa acelerado de paciencia.

—Gracias –intenté sonreír—. Está hirviendo. Luego me lo tomo. Quiero decir luego que me hayas aclarado "todo lo que pasó aquí anoche", claro.

¿Era Comte quien dijo aquello de que el saber es poder? ¿O fue Bacon? No me acordaba. Uno utilizó la palabra "conocimiento" y el otro su sinónimo: "saber". Y los dos pasaron a la historia. Estaba escrito en algún sitio, en mis apuntes de filosofía de bachillerato. Lo había memorizado en su momento sin intentar siquiera comprenderlo. Pero en aquel instante tuve una iluminación. Podía ver mis apuntes desenrollándose dentro de los ojos de Fran, como si los hubiera tomado en un rollo de papel de váter en lugar de en la hoja de un cuaderno. "Saber es poder", "Conocimiento es poder", decían. Las palabras brillaban como si estuvieran iluminadas por los neones de una máquina tragaperras.

Ignoraba si era debido a mi estado pero me pareció que Fran se movía a cámara lenta. ¿Y por qué tardaba tanto en contestar? Aquella espera hizo que me entraran ganas de fumarme un cigarrillo. Rebusqué entre las cosas que tenía esparcidas por mi escritorio. Había un paquete, pero estaba más arrugado y vacío que yo. Claro. Estábamos en diciembre. Mi cartón anual se había terminado a finales de verano.

—¿Tienes un cigarrillo? –le pregunté con más ansiedad de la que habría deseado.

Fran sacó un paquete del bolsillo de su camisa y me lo puso en la mano. Luego me cerró los dedos sobre él para asegurarse de que no lo iba a soltar.

—Quédatelo. —Gracias. Abrí el paquete para sacar un cigarrillo. Dentro también había un mechero. ¡Qué hombre tan previsor!

—Gracias –repetí levantando el mechero en señal de reconocimiento. La primera bocanada de humo me sentó fatal. La segunda, en cambio, fue muy reconfortante.

—Creía que, dentro de casa, sólo fumabas en la cocina.

Me lo quedé mirando, desafiándolo con mi horrible pinta. —Así es. ¿Algún problema? Justo en aquel momento, sin saber el motivo, me vino a la mente la palabra "panadería". No era una imagen, como por ejemplo la fachada de la panadería del pueblo que solía frecuentar mamá. Era más bien como si aquel concepto hubiera llenado mi mente por completo, solapándose sobre el resto de pensamientos de forma impermeable, como la telilla de nata que surge al hervir la leche. Gracias a la tercera calada caí en la cuenta de que realmente olía a pan. A pan recién hecho.

—Aquí huele a pan.

Mi vocabulario era de lo más básico, pero por lo visto hacía efecto. Fran se golpeó la frente con una mano y salió de la habitación brincando como un saltamontes.

Aproveché su oportuna huida para encerrarme a cal y canto en el baño. Vertí el café por el desagüe, me asusté de mi misma ante el espejo y luego me libré de la manta. Hasta ahí había sido fácil. Ahora venía lo más difícil. Mi pelo parecía el gorro de un vagabundo. Tenía legañas, ojeras, un moniato por nariz y ¡horror! restos de algo reseco en la comisura de la boca. No es que pensara en Fran como en el futuro hombre de mi vida, para mí era más como un pariente, algo así como un primo segundo o un hermanastro cotilla, pero incluso en ese caso me avergonzaba de que me hubiera visto en semejante estado. Enrojecí hasta en las espinillas.

Como no sabía el tiempo de que disponía antes de que regresara el saltamontes con la segunda entrega de su buena obra del día, puse manos a la obra enseguida. Llené la pila de agua fría y hundí la cabeza dentro. Debía parecer un flamenco buscando alimento, buceando de aquella forma con mi pijama rosa. Aguanté hasta el ahogo.

A continuación estuve frotándome la piel con una esponja hasta que intuí que faltaba una pasada para levantármela. Y luego ataqué el pelo. No sabía por dónde empezar. La noche anterior no me lo

había peinado, así que ya tenía un principio de rastas. La primera púa de metal que saltó del peine casi me saca un ojo. A la segunda lo dejé por imposible. Apretujé la madeja en su lugar y me la até con una goma con la que habría podido sujetar a un toro. Volví a mirarme al espejo. De haber tenido maquillaje y un librito de instrucciones me lo habría aplicado. Pero al menos ya no daba tanto miedo. El agua helada había actuado sobre la nariz, reduciendo su tamaño y neutralizando su color. Pegué la oreja a la puerta. No se escuchaba nada, así que salí, cogí ropa limpia del armario y me cambié por partes, sin dejar nunca más que una extremidad al desnudo. Cuando paró el cronómetro sentí que mi cuerpo tomaba asiento en la cama para esperarme.

Nuevamente repiqueteo en la puerta. ¿Me había quedado dormida? Busqué el reloj. Las nueve y diez. Sólo habían pasado cinco minutos, pero me habían sentado como un par de horas más de sueño.

—¡Adelante!

Qué remedio.

La puerta se abrió lo justo para dejar pasar la cabeza de Fran.

—El desayuno está servido. —Voy.

Tanta familiaridad me estaba empezando a mosquear. Tuve que seguirlo por las escaleras hasta la cocina. Me di cuenta de que no me gustaba seguir a nadie por casa.

La mesa parecía el bufé de un hotel. Había más café, unos vasos llenos de un líquido naranja que supuse que sería zumo, una pirámide de magdalenas, otra de pan tostado y una fuente llena de embutido. Al menos las tazas eran aptas para seres humanos.

Fran esperó a que eligiera silla y luego se sentó enfrente de mí.

—¿Dónde están la mantequilla y la mermelada? –pregunté enfurruñada. Me daba cuenta de que estaba siendo muy desagradable, pero no podía evitarlo. Estaba en mi derecho. Mi madre había muerto, casi había atropellado a un gato… Por cierto, ¿dónde diablos se había metido el gato? Barrí la cocina con la mirada. ¡Ah! Compartía desayuno en un rincón con el buenazo de Troy. Bien. Todo controlado.

—Las magdalenas acaban de salir del horno.

La voz de Fran sonaba bastante conciliadora, pero era consciente de que si mantenía mi actitud hostil aquello no iba a durar mucho más. Y tenía que enterarme como fuera de lo de la noche anterior.

Llevé a cabo el viejo truco de contar interiormente hasta diez. Nunca funcionaba, pero al menos daba la impresión de que estabas intentando hacer algo para mejorar las cosas. Era todo lo que necesitaba mi interlocutor. —Vale –convine.

Me serví una taza de café y me la tomé de un trago. Luego me

serví otra y hundí una magdalena dentro. Se deshizo enseguida y pequeños lagos de aceite emergieron de las profundidades y se quedaron flotando en la superficie. Ataqué mi obra con una cucharilla. Pesqué un buen pedazo de magdalena y me lo metí en la boca. Lo aplasté contra el paladar para sacarle todo el azúcar. —¡Está de vicio! –exclamé sin querer.

A Fran se le escapó una sonrisa de satisfacción.

Terminé con aquella magdalena y puse otra en remojo. Cada bocado me sentaba como una dosis instantánea de buen humor. Cuanto más comía mejor me iba encontrando.

—Deberías comercializarlas –le aconsejé sin dejar de masticar.

—No tengo tiempo para eso. Pero cuando te apetezcan me lo dices y te subo una hornada.

—Puedes dejar una bolsa en la entrada cada mañana, como si fueras el lechero.

Sonreí antes de volver a la carga.

—Bueno, ¿me cuentas ahora lo de anoche? Prometo no interrumpir. Fran arrastró el cenicero que había en el extremo de la mesa hasta situarlo a medio camino entre los dos. Encendió un cigarrillo y puso otro entre mis labios. Me dio fuego. Millones de hormigas salieron a patrullarme los muslos mientras lo hacía.

Me quedé petrificada. ¿Qué me estaba pasando? ¡No podía creerlo! Las hormigas patrulladoras sólo salían en circunstancias muy especiales y aquélla no era una de ellas. No podía creerme a mi propio cuerpo. Ni en sueños me había sentido atraída ni una sola vez por el pastor, o sea que lo que me estaba ocurriendo sólo podía ser fruto de la fragilidad del momento que me estaba viendo obligada a vivir.

Lo miré. Se le veía tranquilo, como siempre, aunque desprendía cierto aire de autosatisfacción. Parecía como si estuviera intentando controlar una media sonrisa para que no se convirtiera en una sonrisa entera. ¿Habría pasado algo que yo no recordaba?

Únicamente podía pensar en una cosa: "Dios mío bendito de mi vida y de mi corazón. Que no me haya acostado con el vecino la noche siguiente a la muerte de mamá. Por favor, por favor, te lo pido de corazón".

Afortunadamente para mí, Fran podía llegar a tener una capacidad de síntesis abrumadora. Supuse que había cogido práctica adiestrando a los perros. Así que me limité a reposar la cabeza entre las patas e ir asintiendo en silencio, prometiéndome muy solemnemente mantener la calma y la inexpresividad fuera lo que fuera lo que me contara.

—Llegaste a casa hacia las once y media de la noche. Por poco no aparcas dentro. Saliste del coche con el gato en brazos,

empuñando una botella con una mano.

Imposible.

—¿Una botella de qué?

Fran alzó su mano reclamando el cumplimiento de mi promesa. Nuevo hormigueo. Esta vez en el pecho, aunque ascendió rápidamente por el cuello, hasta llegar a encenderme la cara. Di una larga calada para poder esconderme entre el humo.

—Era una botella de Chartreuse. Sólo quedaban dos dedos y, a juzgar por tu forma de andar y los gritos que pegabas, el resto te lo habías bebido tu solita.

Increíble. Éste era el legado que me había dejado mamá. Me había bebido su botella de Chartreuse. La llevaba en el coche desde tiempos inmemoriales. Una de sus inestimables recomendaciones. Cuando me la regaló me dijo que estaría mucho más tranquila si la guardaba en el coche. "Es mucho mejor que una navaja suiza", dijo. "Si te quedas atrapada en medio de una nevada, el alcohol te mantendrá caliente; es un estupendo desinfectante y, además, es muy útil para fundir el hielo".

Pensé que si un día me pegaba un castañazo con el coche y se ponía a nevar, siempre podía solucionarlo bebiéndome media botella, echándome otro buen chorro justo donde mis piernas habían decidido emprender una nueva vida en solitario y luego desintegrar el hielo del parabrisas con lo que quedara de alcohol antes de reanudar la marcha. Estupendo. Se lo agradecí y puse la botella debajo del asiento de la ranchera, junto con una manta térmica que también me había regalado, comida liofilizada que databa de cuando el descubrimiento de América y la linterna de la que ya hablé. Luego me olvidé del asunto por completo.

O no. Parecía ser que la víspera anterior, por algún oculto motivo, me había acordado de ella. Tal vez sólo había estado pensando en mamá y de repente me vinieron a la memoria sus útiles recomendaciones. Quizás en un bache la botella había salido disparada, rodando hasta mis pies. De ser así, podía dar gracias de que no se hubiera atascado debajo del pedal del freno, de lo contrario hubiera tenido la oportunidad de comprobar personalmente cada una de sus utilidades.

También había podido darse el caso de que, al sondear las pupilas verde-amarillas del gato que llevaba sentado al lado me viniera a la mente aquella botella. Tenían el mismo color. Por más que me esforzaba, no lograba conseguir recordar qué me había llevado a beberme aquel licor. ¡Joder! ¡Pero si debía tener una graduación de por lo menos cuarenta o cincuenta grados! Con razón me había levantado como si por la noche me hubieran descargado un piano dentro de la cabeza.

Mientras mi mente se desafiaba a sí misma tratando de rescatar algún que otro fragmento útil de recuerdo, Fran proseguía tranquilamente con su relato.

—Cuando vi como ibas mandé a mi madre de vuelta a la cama e intenté averiguar para qué habías ido hasta allí. ¡Qué ridículo tan espantoso! Tiré de mi moño hacia todas partes a la vez que hundía la cara en un nuevo tanque de café.

—Os debo una disculpa – murmuré, mirando fijamente el contenido oscuro de la taza.

Podría haber dicho "veo el futuro" y habría sonado igual de lúgubre. Fran quitó importancia al asunto con un nuevo gesto de la mano. Su cigarrillo dejó un rastro de humo en el aire con la forma de una espiral que fue alargándose por los extremos hasta desaparecer del todo. Esta vez no había habido cosquilleo, lo cual agradecí interiormente a todas mis hormigas. —Decías algo sobre que a tu amigo y a ti os habían robado las llaves de casa. Comprendí que tu amigo era el gato y que seguramente lo que te pasaba era que te resultaba imposible dar con las llaves, dado tu estado.

—Gracias por ser tan comprensivo –conseguí colar.

—Registré un poco tu coche en busca de las llaves…

—¿También me metiste las manos en los bolsillos?

—En los del abrigo, sí. Me invitaste amablemente a que siguiera con el cacheo desabrochándote un par de botones, pero supuse que no iba a encontrar lo que buscaba allí debajo, así que…

—¡Menudo caballero! –le interrumpí.

¡No tenía ningún derecho a resquebrajar mi amor propio de esa manera!

—Así que os cargué en la ranchera…

—¿En el maletero?

Los sarcasmos me salían solos, no podía evitarlo.

—Estuve tentado de hacerlo, pero el gato me dio lástima y no había forma humana de que lo soltaras, así que os puse en el asiento.

—Gracias, gato –dije mirándolo cariñosamente—, si no llega a ser por ti me hubieran transportado con las bolsas de la compra.

Fran mostraba una asombrosa facilidad para ignorar mis comentarios. —Subí a por la copia de las llaves. Tardé un poco en encontrarlas. Creo que desde que nos las dejasteis, hará algo así como cincuenta años, nunca antes las habíais necesitado.

—¡Vaya suerte! Es un récord no haber cambiado las cerraduras en todo este tiempo.

—Cuando volví al coche… —Espera, espera, no me lo digas: me había quedado dormida – sonreí, satisfecha—. Es un tópico.

—Bueno, la verdad es que estabas vomitando con la cabeza fuera de la ventanilla. Y como no soltabas al gato, pues él también estaba allí asomado contigo, sin decir ni pío –le lanzó una mirada que puso de manifiesto su creencia de que el bicho en cuestión estaba un poco atontado.

Imposible caer más bajo. —No te sientas mal –añadió Fran—, también es un tópico. Además, dice mucho de ti, debió costarte lo tuyo encontrar el manubrio de la ventanilla y darle hasta bajar el cristal.

—Gracias –susurré— ¿Podrías volver a hacer eso de meterme otro cigarrillo en la boca?

—Tu nunca fumas tanto – contestó con una sonrisa mientras obedecía.

—Bueno, pues hoy sí.

Era una sensación casi mejor que la de comerse las magdalenas. Hubiera podido pasarme la mañana dejando que me pusiera sus cigarrillos entre los labios. Reviví el hormigueo, esta vez en la cara interna los muslos. Era como si mis músculos y la carne que los recubría se hubieran despertado de repente y hubieran descubierto que los habían mandado de vacaciones. Podía sentirlos exclamar: "¡Hurra! ¡Hurra! ¡Nos vamos de excursión!" Ojalá algún día encontrara a un hombre que me hiciera sentir algo igual.

Mis únicas experiencias en esa materia databan de bastantes años atrás. A los dieciocho empecé a salir con Jose, un chico con el que había coincidido en algunas clases del instituto, aunque él era uno o dos años mayor que yo. Trabajaba de desbrozador forestal. Una empresa familiar. No era muy guapo. Tenía los ojos pequeños y juntos de un cerdo adulto y la boca estrecha como el morro de una comadreja. Parecía que le hubieran aplastado la cara entre las páginas de una enciclopedia nada más nacer. Pero tenía un cuerpo de escándalo. Jugaba en un equipo de rugby y, en recompensa por las duras horas de trabajo en los bosques, algún gnomo le había regalado unas espaldas que hubieran hecho las delicias de cualquier grafitero. Vestía camisa de cuadros todo el año y, aunque le quedaba estupenda, yo me moría por quitársela cada vez que nos veíamos, que solía ser los fines de semana.

No me apetecía llevarlo mucho por casa. No quería que mamá se entusiasmara más de la cuenta y empezara a ensanchar un par de metros la cintura de su vestido de novia para que pudiera meterme en él. Así que era yo quien, los sábados y los domingos por la tarde, tras dejar arregladas las vacas, me llegaba al pueblo y me encerraba con Jose en su habitación. Permanecíamos allí hasta que sus padres regresaban con unos cartones aceitosos rebosantes de comida china y desvelando el final de la película de turno que habían ido a ver al

cine de la capital.

Las primeras semanas pasábamos el rato metiéndonos mano de forma casi enfermiza. La verdad es que yo trataba de no mirarle mucho a la cara, pero me ponía las botas sobándole los músculos a la luz de la lamparilla, oportunamente atenuada por mi gorro de punto.

No tardamos en acostarnos. Lo pasé bastante mal hasta que tuve la idea de aplicarme un poco del gel lubricante que guardábamos en el cobertizo. Iba en una botella de seis litros y generalmente lo usábamos en los partos de las vacas. Pero había visto cómo el veterinario acostumbraba a servirse de él en cualquier exploración o examen vaginal rudimentario. "Para minimizar las molestias", decía. Pues me apliqué al cuento y desde aquel día el sexo mejoró de golpe. Sólo tenía que intentar evitar los besos, porque la verdad es que mi lengua estaba acostumbrada a ocupar una habitación de buen tamaño y me echaba para atrás tener que meterla en un espacio más reducido. No hace falta decir que todas mis posturas favoritas acabaron por tener algo en común: mi chico se situaba detrás.

Las cosas fueron bien durante un año y medio. Yo ya tenía suficiente con aquellas pocas horas de noviazgo a la semana. Me había encariñado con Jose, aunque suponía que no estaba enamorada de él porque no lo echaba de menos durante el resto de la semana. Disfrutaba bastante con el sexo y me hacía sentir bien que alguien que no fuera una vaca o un perro estuviera tan interesado en hurgar bajo mi ropa. Además, en las zonas rurales tanto la oferta masculina como la femenina acostumbra a ser muy limitada. Había dos o tres chicos realmente atractivos, pero no hacía falta ser un Arquímedes para darse cuenta de que era más difícil que se fijaran en mí que resolver la cuadratura del círculo. Al menos, daba gracias de ser consciente de la liga en la que estaba jugando, y no precisamente en primera división.

Poco antes de cumplir los veinte, Jose me dejó. Si como mínimo me hubiera cambiado por alguien hubiera podido digerirlo mejor, pero la verdad es que me dejó porque estaba "cansado de ser un pasatiempo". Ésas fueron sus palabras. Que el fin de semana anterior las hubiera citado su madre al reproducirnos la última escena de una comedia norteamericana no pudo evitar que me sentaran fatal. Y creo que fue porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Tras la ruptura, tuve dolor de estómago cada fin de semana durante varios meses. Hasta que un par de años más tarde conocí a un joven veterinario, recién acabado de licenciar en Toulouse. Era un gran aficionado al alpinismo. Subió a las montañas a pasar un

par de semanas de vacaciones, le gustó el ambiente que se respiraba y decidió instalar un pequeño consultorio en un pueblecito de apenas mil habitantes. Se llamaba Nicolás.

Bueno, qué voy a contar de él. Aparte de que tenía unos buenos caninos y una gran disponibilidad puedo añadir que estaba dotado de un carácter anormalmente apacible, teniendo en cuenta su procedencia urbana. Su llegada revolucionó un tanto el mercado local. Era francés, y lo peor era que lo parecía. Era alto y enjuto. Sin bigote. Su rostro parecía esculpido en algo frío y duro, pero no como el mármol o el acero, sino como algo apetecible. Comestible como un helado bajo en grasa o una manzana ácida recién sacada de la nevera. Su máximo atractivo residía en el latido que sabía dar a sus mandíbulas. Conozco mujeres que adoptaron un perro sólo para tener una excusa para visitarle. En fin.

Por lo que respecta a mí, debo decir que me cambié de veterinario porque éste me quedaba mucho más cerca. Exactamente cuarenta quilómetros más cerca. Y eso representaba un gran ahorro. No solamente cuando era yo quien tenía que acudir a la consulta, sino cuando él debía desplazarse hasta la granja, cosa que ocurría como mínimo una o dos veces al mes. El kilometraje siempre ha constituido una bonita partida en las facturas de toda clase de médicos rurales.

La verdad es que no sé qué narices vio en mí. Supongo que estaba acostumbrado a que las dueñas de sus pacientes babearan mucho más que sus propias mascotas, así que podría ser que mi absoluta indiferencia hacia él acabara por despertar su interés hacia mi persona. Fue toda una sorpresa el día que me invitó a tomar una copa de vino en un "local nuevo que han abierto al otro lado de la frontera". De hecho, fueron tres sorpresas. La primera se debía a que aquí, cuando se invitaba a una chica a tomar algo, era a una cerveza. Un vaso o, como mucho, una jarra de cerveza.

La segunda sorpresa pasaba por aquello de cruzar la frontera. Aunque nos encontráramos a poca distancia del país vecino, a nadie se le ocurría ir allí para algo que no fuera aprovechar un desliz momentáneo en los precios del gasóleo. Era como si el mundo finalizara en la línea ficticia que nos aislaba de los franceses y más allá sólo existiera la vaga amenaza de seres monstruosos, hambrientos y descomunales como los que debían poblar los confines del océano Atlántico en época de Cristóbal Colón.

Por último, el tercer motivo de desconcierto vino dado por aquello que llevaba implícita la invitación de Nicolás. Su interés por mí infringía una ley no escrita muy básica: los chicos guapos no salen con chicas del montón. No hacía falta subvencionar a un equipo de arqueólogos de una universidad extranjera para que

hallaran indicios de que la ley en cuestión se remontaba a tiempos anteriores a las tablas de Maimónides. Esto podía saberlo cualquiera con más de quince años de vida. Es de aquella clase de conocimientos que se adquieren por experiencia. Sólo hacía falta tener un par de ojos en la cara, unas buenas gafas en caso de ser necesario, o un amigo que te lo explicara si tu entendimiento no daba para tanto. Pero yo sí lo sabía. ¿Acaso los franceses se regían por un código moral distinto? ¿O qué?

Ni idea. Acepté la invitación tras inspeccionar la recepción del consultorio de una ojeada y descartar la posibilidad de que hubiera alguna cámara oculta grabándonos. No quería aparecer en el "Just for Laughs" de turno y acabar convirtiéndome en la comidilla de la región.

Aunque me considerara una chica del montón, tenía en gran estima mis altas capacidades mentales, así que cacé el pájaro al vuelo y me dije: "Carmín, si resulta que a este galo le chiflan las líneas rectas ¿para qué vas a negarle la posibilidad de recorrer la mejor autopista que se puede encontrar al sur de Toulouse?" No tenía nada que perder y un buen revolcón que ganar. Cualquier vecina habría hecho lo mismo.

Quedamos en que me recogería a las ocho de la tarde del sábado siguiente en el quilómetro sesenta y cinco de la carretera que subía de mi casa para la frontera. Había allí una amplia zona desbrozada –acaso tal vez por el mismísimo Jose— con unos contenedores y yo podía dejar mi coche bien aparcado. El lugar era la antítesis del romanticismo, pero fue una decisión basada en motivos prácticos. Quedaba a medio camino entre nuestros hogares. Llegué al lugar de la cita vestida y peinada para la ocasión. Tejanos poco gastados y limpios, bragas con faja reductora y una camiseta negra ceñida con un bonito drapeado a la altura del escote, para añadir algo de volumen. Me sentía como si hubiera hecho un corta y pega con la cintura y el pecho, pero dio buen resultado. La melena se veía deslumbrante después de haber sufrido los efectos de una hora de planchado y media docena de potes de fijador. Hacía tiempo que no me arreglaba tanto y al mirarme al espejo, antes de salir, me vi estupenda. Tuve que reconocer que, de ser un tío, me habría pedido fuego.

Me crucé con Fran al salir de mi finca y detuvo el rebaño para dejarme pasar. "Y eso que no me ha visto de cuerpo entero", pensé para mis adentros. Bajé la ventanilla y se acercó a husmear. "¿Vas al festival de Venecia, campesina?", dijo metiendo la cabeza dentro del coche. Como no estaba acostumbrada a recibir halagos, y menos aún de Fran, entendí que me preguntaba si iba el carnaval y presupuse que su comentario era una crítica abierta a mi nuevo

look. "Al menos voy dando la cara, no cómo tú. ¿Cuánto tiempo hace que no te afeitas? Se te hunden los rasgos en una máscara de pelo". Cuando me pongo a la defensiva me sale la vena poética.

Fran fue capaz de replegar aún más sus rasgos dentro de sí mismo, se encogió de hombros y obligó a sus ovejas a rodear mi ranchera para cruzar el asfalto. Tardó como un siglo en hacerlas pasar a todas. Creo que lo hizo a propósito. Cuando ya sólo faltaban para cruzar las diez o doce más remolonas, me puse a tocar el claxon. Troy, que por aquel entonces todavía ejercía de perro pastor, empezó a ladrarme como si quisiera hacerme callar. Cuando al fin pude volver a arrancar me alejé a toda pastilla. No fue hasta que ya había recorrido unos quilómetros cuando, mientras me regodeaba reproduciendo la conversación con Fran y felicitándome de lo rápida e ingeniosa que había sido en replicarle, caí en la cuenta de que había malinterpretado sus halagüeñas palabras. Se me retorcieron las tripas de puro bochorno. ¡Debía pensar que era una engreída maleducada! A punto estuve de girar y volver a pedirle disculpas. De forma encubierta, claro está. Pero iba con el tiempo justo para llegar a los contenedores a la hora acordada. No me quedaba otra que dejar pasar los días y esperar a que Fran se olvidara del asunto. A lo mejor hasta se lo había tomado a broma. Claro que, por su forma de largarse sin decir ni pío, me parecía todo lo contrario.

¡Qué le iba a hacer! Fran siempre había sido un poco raro. No tenía ni idea de cómo tratar a una mujer. A mí acostumbraba a hablarme con condescendencia, como si fuera su hermana pequeña y quisiera hacer cosas de mayores para las que todavía no estaba preparada. ¡Al cuerno con él y sus comentarios! Aunque por una vez no hubiera ido con mala intención, así compensaba todas las ocasiones en que sí lo había hecho.

La cita con Nicolás fue asombrosa. No tuvo nada que ver con lo que yo había imaginado. Si alguna vez había soñado con materializar mi fantasía adolescente en la que un bohemio francés se prendaba de mí y me tenía posando desnuda para él mientras una corte de botellas de vino tinto y varias porciones de Camembert entonaban para nosotros "La vie en rose" de Édith Piaf, llegó el momento de su cumplimiento, al menos en una décima parte.

Me subí en su todoterreno metalizado y, tras echarme una buena ojeada, puso rumbo al norte. Estaba acostumbrada a las carreteras serpenteantes, pero el desvío que cogimos nos condujo a una especie de pista forestal que parecía haber sido trazada por alguien montado en una taladradora. Como única iluminación teníamos las luces de los faros, que parecían alumbrar sin mucho criterio ahora los árboles, ahora el suelo. Aquello estaba más desolado que un

gallinero tras el paso de un zorro y, para colmo, mi galán no decía nada.

Me permití una única pregunta antes de poner en marcha la química del miedo.

—¿A qué parte de Francia se supone que nos va a conducir este simulacro de sendero?

—A una que ni tan siquiera te imaginas.

Menos mal. No hace falta decir que eso me dejó muchísimo más tranquila. Como no era el momento más indicado para gritar "Detén el coche. Yo me bajo", traté de mantener la calma y el equilibrio lo mejor que pude agarrándome al asiento con una mano y apoyando firmemente la otra en la guantera. Si tenía que defenderme de algo, sería preferible esperar a que llegáramos a algún sitio, así que debía tratar de llegar intacta.

Tardamos más de una hora, pero llegamos. Había un local. Y también era cierto que parecía haber una inauguración. Un montón de gente se había juntado en la terraza de la entrada. Charlaban relajadamente a la luz de unos deliciosos farolillos de colores. La primera impresión fue que me había colado en una fiesta de zombies, ya que al hablar todos escupían una especie de vaho azulado por la boca. No tuve que fijarme demasiado para darme cuenta de una cosa: aparte del truco de la condensación, todos tenían algo en común. Todos calzaban chirucas y vestían pantalones de pana y forros polares.

En la fachada, algo por encima de sus cabezas, colgaba un rústico letrero de madera en que había escrita la palabra: "Refuge".

Touché. Se trataba de un refugio. Tuve que reconocer que la sorpresa habría sido de mi agrado de haber sabido lo del uniforme. No le iba a perdonar tan fácilmente al veterinario no haberme puesto en aviso sobre la indumentaria.

—Ponte esto –me dijo pasándome un grueso jersey de lana que había en el asiento trasero.

De acuerdo, ya le había perdonado.

Salimos del coche y entonces tuvo lugar la mejor cita de mi vida. No era algo muy difícil de conseguir, ya que cada una de mis anteriores citas con Jose había sido como sacar un cromo repetido. Pero ésta superaba, con creces, cualquier otra cita imaginable, exceptuando tal vez la que mantenía con el pintor parisién del bigotito.

Desconocía por completo que hubiera fiestas tan animadas y concurridas en medio de aquella montañosa nada. Llevaba más de veinte años viviendo allí y nunca hubiera imaginado tal cosa.

La música salía de unos bafles gigantescos con la impunidad de saber que no había vecinos a menos de cien quilómetros a la

redonda. Había tal cantidad de botellas de vino esparcidas por encima de la barra y por las mesas improvisadas en el exterior que estuve buscando el acceso secreto a la bodega un buen rato. Pero fue en vano. Debían haberlas traído en helicóptero.

Nicolás saludó en francés a un tipo que no paraba de liar cigarrillos en una esquina y luego me puso una copa en la mano y me la llenó tres veces antes de sacarme a bailar. Mis prácticas de baile se limitaban a unas cuantas lecciones para principiantes que había tomado en las fiestas mayores del pueblo, así que me aseguré de vaciar y volver a llenar la copa un par de veces más antes de soltarme por completo y dejarme llevar por la música.

Puedo suponer que lo pasé genial, aunque la verdad es que el alcohol actúa en mí como un implacable disolvente de recuerdos. Sólo tengo la vaga impresión de que todo me sonaba a chino —o mejor dicho a francés—, que no dejé de bailar en toda la noche, que el amigo de Nicolás me enchufó un cigarrillo que sabía a pasto en la boca, que me abalancé sobre mi acompañante para besarle —aunque no tengo ningún recuerdo del beso en cuestión— y que acabé acurrucándome en sus brazos para dormir la mona.

Cuando desperté seguía allí. Entre sus brazos, dentro del refugio. Estábamos sobre unas mantas. De hecho, había un montón de gente como nosotros tirados sobre mantas. Más que un refugio, aquello parecía un almacén de maniquíes gastados del Decathlon. ¡Vaya pintas! Lo malo fue que, a medida que se iban levantando y estirando, se les iban desprendiendo de encima los efectos secundarios de la noche anterior para ir cayendo al suelo como pedazos de piel muerta.

Alguien sacó bocadillos y termos de café de alguna chistera y, en menos de quince minutos, todo el mundo estaba desayunando o poniéndose literalmente las botas. Yo recién acababa de llegar a la conclusión de que había sido la primera y la última vez que me emborrachaba tomando vino. Me dolía el cuerpo entero. Mi cerebro parecía estar decidido a mudarse a otro lugar pero era como si no encontrara la salida. No dejaba de chocarse contra el cráneo. Si alguien me hubiera prestado una barrena creo que me lo habría perforado.

—¿Te apuntas a la excursión? – fueron las primeras palabras de mi compañero.

Intenté enfocar su rostro a través de la neblina que me cubría los ojos. El más mínimo movimiento suponía una auténtica tortura. No me podía creer que estuviera hablando en serio.

Debió entrever alguna duda en mí.

—Se trata de un pico muy asequible. No va a ser necesario escalarlo. Además –dijo plantándome un par botas bajo las narices

—, he traído esto. Son de tu talla.

Sólo pude articular una palabra.

—Huelen.

Las aparté de un manotazo y me puse muy seria. Aquel hombre me gustaba, pero no estaba en condiciones de aceptar ningún reto. Y no me daba la gana superar ninguna prueba. Si quería algo de mí tenía que aceptarme tal y como yo era.

—Quiero irme a casa, dormir diez días seguidos, levantarme como nueva y acostarme contigo. Si te viene bien, estupendo. Y si no, que te den junto con toda esta panda de galos pirados.

Le dio por desternillarse de risa. No se cayó de la silla porque estábamos sentados en el suelo. Yo no sabía qué pensar, tan pronto podía sacarme de allí a caballo para subirme al Everest como me ataba a la puerta con una correa y me dejaba guardando el refugio hasta su vuelta.

No hizo ni una cosa ni otra. Ni tan siquiera Anthony Giddens habría sabido dar una interpretación más abierta a la expresión "tercera vía". Nicolás me cogió en volandas y nos teletransportamos hasta el coche. Me sentó en el asiento, me abrochó el cinturón de seguridad, me apartó el pelo de la cara y se fue hasta la parte trasera. Podía escuchar cómo hurgaba entre sus cosas. Identifiqué el ruidito de pequeños recipientes de cristal entrechocando. Luego cerró el maletero de un portazo que casi me descuartiza por dentro y regresó junto a mí.

—Abre la boca y trágate esto. Había elegido para ello su registro de voz más profesional. Me hablaba el veterinario. ¿Cómo no obedecerle?

A pesar de hacerme sentir como un novillo, hice lo que me pedía. Engullí un par de píldoras blancas y ásperas, me bebí una botella entera de agua sin respirar siquiera y luego entré en una especie de coma.

Supuse que debía haberme atado la cabeza en el reposacabezas del asiento con algún trapo ya que al llegar a su casa mi frente no había sufrido ningún daño. Todo un milagro, teniendo en cuenta los baches de más de dos metros a través de los cuales discurría la pista forestal.

Traspasé el umbral de la consulta veterinaria en sus brazos. En mi estado de semiinconsciencia no logré esclarecer si aquello me asemejaba a una novia o a uno cualquiera de sus muchos pacientes. Pero la verdad es que me daba absolutamente igual.

Atravesamos las dependencias de la consulta propiamente dicha y llegamos a una escalera. Me subió al primer piso sin ninguna dificultad, haciendo gala de sus buenos cuádriceps de alpinista. Discurrimos por un pasillo estrecho y aterrizamos en lo que me

pareció una cama enorme. O tal vez era que las dimensiones de la habitación eran muy reducidas.

—¿Vas a abusar de mí? – pregunté con más ganas que una perra en celo.

—Primero voy a dejarte dormir diez días.

No fueron más que un par de horas, durante las cuales las píldoras que me había hecho tragar lograron obrar un milagro. Me desperté como nueva.

—Oye ¿esto que me has dado es legal?

—En el Serengueti sí lo es. Se lo dan a los rinocerontes para sacarlos de la anestesia general tras un examen médico.

Me lo quedé mirando, pasmada, mientras recordaba una foto que había colgada en la sala de espera de la planta baja. Nicolás posaba sonriente, abrazando amistosamente a dos chicos negros debajo de una acacia, el símbolo paisajístico más emblemático de Kenia.

—Pues espero que hayas afinado bien la dosis, porque si no salgo indemne de ésta sé de uno que va a venir a matarte –le amenacé sin querer dar crédito a lo que insinuaba.

—¿Te refieres al bueno de tu vecino, el pastor?

—El mismo –contesté confiada. —Suficiente trabajo le dan sus quinientas ovejas para que ande perdiendo el tiempo por ahí desagraviando doncellas.

No sabía si era el acento francés o el contenido de sus palabras, pero había algo en ese hombre que me atraía a la vez que me desquiciaba. —Me quiere como a una hermana, para que lo sepas –me defendí de una forma un tanto infantil.

—Ya. Qué más quisiera él que tenerte todo el santo día corriendo por su casa, y no precisamente como hermana.

Le embestí como —¿sería posible?— haría un rinoceronte y, tras una lucha bastante igualada en la que aproveché una momentánea distracción de mi oponente con el corchete de mi sujetador para librarme discretamente de las bragas reductoras y tirarlas bajo la cama, pude deleitarme por primera vez en atraer a un hombre hacia mí, y hacerlo de cara.

Duramos lo que una expedición de Verne en globo, aproximadamente cinco semanas. Lo dejamos de mutuo acuerdo, pues ni él lograba convencerme para salir a pasar los fines de semana brincando como una cabra por el monte ni yo conseguía retenerle más de media hora en casa. Suficiente tenía ya con mi ración diaria de naturaleza en la granja para encontrar idílica la idea de acampar en una cima, a tiro de piedra de la luna, mientras el dulce arrullo de los búhos me impedía conciliar el sueño y un somier de pedruscos me molía la espalda. Tendría que haber pasado

una lúgubre infancia sepultada dentro de los muros de cemento de una ciudad de más de cien mil habitantes para encontrar atractiva semejante perspectiva.

Podía suponer que eso era exactamente lo que le había sucedido a Nicolás. Necesitaba estar en contacto permanente con plantas o animales, así que cuando no trataba a sus pacientes se largaba al monte. Además, debía haber estado rodeado de mujeres durante toda su niñez, porque también en ese aspecto parecía tener el cupo cubierto, lo mismo que con el asfalto. Y, como pude comprobar personalmente, de las mujeres aprovechaba básicamente todo aquello que no le dieron las que lo atendieron en las primeras etapas de la vida: el sexo.

En poco más de un mes ya nos habíamos saciado. Fue como repostar gasolina pero a un nivel algo más físico. A él le vino de perlas que yo no anduviera todo el santo día persiguiéndole por las carreteras con pancartas de "Je t"aime. Épouse-moi", que es lo que indudablemente le habría pasado de haberse enrollado con alguna de sus vecinas, menos atareadas y más predispuestas que yo a embarcarse en ferris familiares.

Por lo que respecta a mí, perdí definitivamente la fe en encontrar a un hombre lo suficientemente independiente como para no invadir mi vida, lo suficientemente tranquilo como para poder pasarse el fin de semana tumbado en la cama conmigo, lo suficientemente fogoso como para dedicar la mitad de este tiempo a hacerme el amor y lo suficientemente especial como para hacer que me enamorara tan locamente de él que me importaran un pimiento los tres primeros "suficientemente" y deseara perdidamente y de cualquier manera pasar el resto de mi vida con él.

Con Nicolás no se daban todas las condiciones necesarias, así que no representó ningún drama dejar correr lo poco que teníamos. Pero pasadas otras cinco semanas me entró algo de desasosiego. Creo que no era nada más que mono de sexo. Nada que no pudiera aplacar distrayéndome de algún modo. Cuando tenía uno de esos días en los que la necesidad apremiaba, solía bajar a charlar un poco con mi vecino y aprovechaba para arrebatarle uno o dos pitillos. Era lo único que conseguía calmarme, eso hay que reconocerlo.

Por raro que parezca, dado el estado ralentizado de mis condiciones mentales, fui capaz de rememorar todo esto en apenas unos segundos. El tiempo que tardó Fran en soltar el cigarrillo que me había dejado entre los labios. Era como si hubiera visto un par de instantáneas de mi vida pasada. Con un vistazo bastaba para llevar al presente todo un cúmulo de sucesos caducados.

—Siempre me ha fascinado eso que te pasa en los labios –dijo

Fran como si estuviera refiriéndose a una enfermedad.

—¿El qué? –apunté con desgana— ¿Quieres decir este defecto?

Dicho eso, dirigí una larga bocanada de humo directamente hacia sus ojos. La esquivó sin problemas, ladeando rápidamente la cabeza, como habría hecho el gato. Claro, como no sufría resaca podía permitirse ese lujo de movimientos. Estaba segura de que, de haberme pasado a mí, me hubiera tragado la ducha de humo entera.

—Me refiero a ese tono tan subido que tienen. Pareces una chiquilla que haya estado hartándose de moras sin ningún cuidado.

Nunca sabría si aquel hombre era realmente así o es que se divertía vacilándome.

—Ya —zanjé—. Al grano. Estábamos en que al final diste con las llaves. ¿Qué pasó a continuación?

—Resumiendo: conduje hasta tu casa. Te bajé del coche. Te recosté en la pared. No dejabas de insistir en que sacara la compra del coche porque había que meter los helados en el congelador sin falta.

¡Las bolsas de la compra! Me había olvidado de ellas por completo. Deseaba que Fran hubiera ignorado mi sugerencia y las hubiera dejado allí donde estaban. Con un poco de suerte alguna alimaña, atraída por el olor del praliné, los pedacitos de nueces de macadamia, el corazón de crème brûlée o, en su defecto, las carísimas avellanas, se las habría llevado prestadas durante la noche. Así no tendría que volver a preocuparme por ellas nunca más. ¡Adiós a aquellos ridículos fideos, a los yogures de pacotilla, al dado de carne concentrada y a no recordaba qué más! Lo único que no me habría importado que dejaran era el papel de váter. Habría sido un detalle.

—Ignoré tu cháchara y, ya iba a meter la llave en la cerradura cuando, ¡oh, sorpresa!, vi que ya había unas llaves colgando de ella. Eran las tuyas. Seguramente llegaste conduciendo hasta tu casa poco antes, cosa que me lleva a la conclusión de que Dios existe, metiste la llave del revés, no tuviste narices de hacerla girar ni de volver a sacarla y bajaste en mi auxilio, otra vez con la ayuda inestimable de Dios.

—Para el carro, pastor. Me he perdido en un océano de suposiciones baratas.

—Pues aprende a bucear, guapa, y deja de interrumpir de una puñetera vez.

Hice como que me cosía la boca para no cabrearlo justo cuando llegaba la parte que más me interesaba conocer.

—Intenté sacar tus llaves sin romperlas. Parecía que las habías metido allí dentro a martillazos. Lo conseguí gracias a otro milagro,

y ya llevamos tres.

Pensé que a ese paso le iba a salir una nueva Biblia, pero tuve buen cuidado de guardarme el comentario para mí.

—Cuando me giré hacia ti para hacerte pasar vi que estabas sentada en el suelo, contándole a Troy algo sobre que a partir de ahora tendría un hermanito.

—Mientes.

—Como quieras. Tuve que entrarte a rastras porque te negabas a hacerlo por tu propio pie…

—Ya me acuerdo. Tiraste de mi pelo a lo bruto, como un neandertal, por eso me duele tanto la cabeza.

—Exactamente. Luego te subí a la habitación y te arranqué la ropa. Por eso está tan bien doblada en una silla. Aunque debo aconsejarte que la metas en la lavadora. Apesta a alcohol.

Se instauró un silencio tan hondo que podría haberse echado a dormir en él una familia entera de zorros. Nos habíamos quedado en que me tenía bebida y en pelotas. ¿Es que no pensaba añadir nada más?

—¿Y?

—Y nada más. ¡Ah! Bueno, te puse el gracioso pijama que tenías sobre la almohada, este que te hace parecer la hermana mayor de la pantera rosa.

—Recibido. ¿Y?

—Te quedaste dormida en mis brazos mientras te lo abrochaba hasta el último botón.

—¿Y ya está? ¿No pasó nada más?

—¿Qué más querías que pasara? ¿Me lo estaba pareciendo o el maldito pastor se lo estaba pasando en grande?

—Nada. Podría haberte revelado el número secreto de mi cámara blindada, por ejemplo. En este caso me gustaría saberlo, más que nada para cambiarlo –lo miré fijamente— ¿Sabes?

—Pues creo que, a pesar de la borrachera, supiste guardar el secreto. —Gracias.

—A disponer.

Resultaba horroroso, bochornoso, terrible, abominable, aborrecible. Era como haber llegado hasta el umbral del mismísimo infierno. Me había tenido en sus brazos, borracha, desnuda ¡y yo sin apretar la barriga para adentro! No podía imaginarme algo más vergonzoso.

Pero al menos había una parte positiva: no me había acostado con él. Podría seguir mirándole a la cara cuando le hablara y pensar que podíamos seguir siendo amables vecinos. Era todo cuanto necesitaba. Podía llegar a olvidar todo lo demás, no me llevaría demasiado trabajo. Bastaba con encerrarme sola un par de días más

en casa y beberme una caja entera de botellas de Chartreuse. Así podría borrar aquella conversación de mi memoria para siempre.

—¿Puedes prometerme algo? –le pregunté en un arrebato.

—Lo que quieras.

¡Mierda! ¡Otra vez con las hormigas! Tendría que fumigarme los bajos.

—Prométeme que olvidarás todo lo que has vivido en esta casa durante las últimas doce horas.

—Puedo intentarlo, Carmín, pero…

—De acuerdo. Te lo voy a poner más fácil. Prométeme que no volverás a hablarme de ello nunca más.

No lo dudó ni un instante.

—Te lo prometo.

Sus palabras hicieron que me lo quedara mirando fijamente unos segundos. La luz de la mañana rompía contra sus pupilas como una gota de lejía, diluyendo la concentración de su tono parduzco por momentos. Me asombró no haberme percatado antes de cuánta claridad había en sus ojos. —Ni tan siquiera vas a hacer una broma al respecto –añadí.

—Prometido.

¡Cómo me gustaba la facilidad con que conseguía sonsacarle promesas!

—Júramelo –le espeté.

—Yo cumplo con mis promesas. Con eso debería bastarte.

Sus palabras hicieron que me sintiera un tanto ridícula. Me estaba pasando de la raya.

—Está bien. Te tomo la palabra. Permanecimos un rato mirándonos, mientras terminábamos de fumar. Acto seguido se levantó de la silla.

—Tengo mucho trabajo que hacer. Si no necesitas nada más, me largo.

No, no necesitaba nada más. Pero tampoco quería que se fuera. Imaginé un cable pelado, a ver si así metía un poco de presión a mis neuronas, pero no fueron capaces de encontrar ninguna excusa plausible para que se quedara. Además, tampoco entendía muy bien de dónde demonios salía aquella especie de deseo.

—Como quieras.

Le acompañé a la puerta. —Muchas gracias –me detuve—. De verdad.

—Para eso estamos los vecinos

–dijo mientras se encaminaba andando hacia su casa— ¿No es así, campesina?

5

—¡Miau!

El gato me sacó de mis disquisiciones con su vocabulario único. Jugaba a trazar el símbolo del infinito pasando una y otra vez entre mis piernas.

—Lo sé, madeja de pelo. ¿Quieres que te devuelva a tu casa, verdad?

Lo cogí en brazos antes de que consiguiera dejar una cuarta parte de su larga cabellera pegada de por vida a las perneras de mi pantalón.

Me metí en casa, di instrucciones a Troy sobre cómo tender la ropa cuando acabara el programa de la lavadora y guardé las sobras del desayuno en la nevera. El paquete de tabaco de Fran se había quedado encima de la mesa. ¿Me lo habría dejado a propósito? Apostaba a que sí. Aun así, lo cogí como si estuviera cometiendo un robo y me lo guardé rápidamente en un bolsillo. Acababa de convertirme en una adicta al tabaco, lo cual me sonaba fatal.

Pero bueno, tampoco era tan grave. Sólo tenía que imaginar que me había trasladado unos meses a vivir a una gran ciudad. Cuando me cansara de los tubos de escape dejaría de fumar y santas pascuas. Había nacido y vivido toda la vida en plena montaña, eso significaba que, al menos por lo que hacía referencia a su limpieza, mis pulmones llevaban muchísima ventaja respecto a los de cualquier urbanita en edad escolar.

Tras revisar los pantalones del día anterior encontré el papelito con el nombre y las señas de la propietaria. ¡Menos mal que a Fran no se le había ocurrido poner la ropa en remojo! Marqué el número de teléfono que Nicolás me había dictado y esperé a que descolgaran. Tuvo lugar una larga espera en vano. Colgué. Volví a marcar. Otra desquiciante espera. Volví a colgar.

No pensaba quedarme encerrada en casa a ver si me sonreía la suerte la próxima vez que lo intentara. ¡A saber de cuándo databa aquel número de teléfono! Tal vez se habían cambiado de compañía telefónica. Podían haber dado la línea de baja hacía tiempo y nunca me enteraría, aunque me pasara cuarenta años llamando cuarenta veces al día. Ya me veía, envejeciendo con aquella bola peluda en el regazo. Con sólo diez años de servicio de peluquería diario habría podido sacarle pelo suficiente para rellenar todos los cojines del tresillo.

No quería eso para mí. Bastante tenía ya con cuidar de Troy,

pobre, que sólo me pedía comida y estaba dispuesto a dar lo mejor de sí mismo en todo lo que le pedía.

Resolví llegarme a Sartú sin avisar. Eran unos cuarenta quilómetros, pero la carretera estaba en buen estado porque también conducía a unas pistas de esquí que había al lado. Eso era un seguro de buen acceso.

Aunque no había tenido mucho tiempo para encariñarme con el gato –el noventa por ciento de ese tiempo me lo había pasado o bien borracha o bien durmiendo la borrachera– sentía cierto remordimiento por haber estado a punto de cargármelo y la única forma que supe encontrar para apaciguar esa inquietud fue intentar que el animal tuviera el mejor aspecto posible cuando se lo entregara a su dueña.

Me puse manos a la obra enseguida. No era cuestión de pasarme la mañana haciéndole la manicura, pero sí que lo peiné un poco con mi propio peine, le apliqué unos toques de la *Eau de Rochas* de mamá en el cuello y le limpié las almohadillas de las patas con unos bastoncillos de algodón. ¡Había que ver cómo le habían quedado tras huir despavorido de una concha de caracol, huerto a través! Definitivamente, era un aburrido gato acomodado.

Como no sabía qué hacer con mi pelo, como no fuera taparlo con un pañuelo del tamaño de una sábana, lo dejé tal cual estaba y me encaminé hacia la ranchera. Llevaba el gato en el hombro, agitando una de sus patitas delanteras para despedirse de Troy, que se había quedado ocupando su posición de guardia en la entrada.

Enseguida me di cuenta de que el perro había sabido mantener las fieras nocturnas a raya. Las bolsas del hipermercado seguían allí. Mandé el gato adentro a través de la ventanilla e investigué la bolsa térmica. La abrí a distancia con los dedos en pinza, como haría un agente del CSI o un ama de casa puntillosa. Los botes de helado estaban blandos como gusanos pero no se habían reventado. Los metí en un saco, junto con el concentrado de carne y los yogures tibios, anotando mentalmente que tenía que acordarme de parar en los contenedores. Puse el papel de váter, los fideos suecos, el cacao y los caramelos en otro saco, lo até con un cordel y lo dejé sobre el alféizar de una ventana de la planta baja, pensando en ocuparme de ello a la vuelta.

Llevé conmigo la malla de avellanas a la parte delantera. Si el día anterior me habían parecido pequeñas, ahora las veía minúsculas. No valían para nada. Arranqué, salí a la carretera y fui lanzándolas a puñados en dirección al bosque, a lo largo de todo el camino. Por la noche bajarían las ardillas y los jabalíes y darían buena cuenta de ellas.

Llegué a Sartú a media mañana. No se veía ni un alma. Me dejé

guiar por la torre de la iglesia y aparqué un poco antes de llegar, en una plazoleta tan escrupulosamente cuidada que parecía postular para que le dieran la nacionalidad suiza. Era evidente que el gato hacía juego con el pueblo. Y también era evidente que yo no pegaba allí ni con cola.

Volví a cargar a cuestas con el gato y salí caminando en busca de alguien a quien pedir indicaciones. Buscaba la calle Limoges, sin número.

Estuve dando tumbos unos minutos sin conseguir cruzarme con nadie hasta que de repente alguien pegó un grito que casi me para el corazón.

—¡Rapunzel!, ¡Rapunzel! Me giré, buscando el origen del susto.

Una mujer de unos cuarenta y pico años estaba precipitándose en línea recta hacia mí. Tenía una gran cabeza, acentuada por un casco de melena rubia muy ahuecado. Avanzaba peligrosamente. A una velocidad alarmante. Sus grandes pechos bamboleaban a izquierda y derecha. Parecía que iban a salir despedidos. Noté las garras del gato clavándose en la piel de mi hombro a través del grueso chaquetón de cuero y tres capas de jerséis de pura lana.

—¡Rapunzel!

La mujer pasó por encima de una fuente y, en su avance implacable, pisoteó un parterre de pensamientos en flor tan artísticamente distribuidos que estaba segura de que lo que acababa de hacer sería considerado un delito y penalizado por la ley. Para rematar el espectáculo, atravesó una camioneta llena hasta los topes de bombonas de butano antes de alcanzarme y, literalmente, arrebatarme el gato de los brazos. Una buena porción de carne de mi espalda se fue con él, atrapada entre sus garras.

—¡Rapunzel! ¡Hijo mío!

¡Vaya! O sea que la mujer en cuestión no sólo actuaba como una completa chalada, sino que también hablaba como tal. Debía empezar a cuestionarme seriamente la facilidad que parecía tener para toparme tan a menudo con gente desequilibrada.

—¡Gracias a Dios que has aparecido!

Esta exclamación se repitió varias veces en el siguiente medio minuto, combinada con un varios reconocimientos médicos, húmedos besuqueos y achuchones tan intensos que consiguieron ruborizarme.

En un momento dado, un cortocircuito en su cerebro de lunática hizo que detuviera en seco aquellas muestras de afecto y que se me quedara mirando con sus temibles ojos perturbados.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Dónde lo has encontrado?

Necesitaba urgentemente un guardia municipal que pronunciara "Tranquilícese, señora" de forma convincente. Pero allí no había ni

Dios. Estábamos solas. La loca y yo. Y el gato, claro. Aunque aquella mujer había conseguido neutralizarlo con un abrazo digno de un Kama Sutra sadomasoquista. Recé a Dios por el futuro inmediato de los dos. El mío y el del gato.

—Lo encontré en el arcén de una carretera, a cuarenta quilómetros de aquí –dije tratando de mantener la calma. Había decidido omitir la parte en que casi lo atropello con la ranchera. No quería que la furia de la diabla cayera sobre mí de ningún modo. No estaba preparada para ello.

Mis palabras transformaron su expresión de agresiva desconfianza en algo parecido a una iluminación. Era como si se le acabara de aparecer la virgen.

Se me echó encima para abrazarme. Traté de deshacerme de ella sin que se sintiera rechazada. El gato había quedado aplastado entre sus dos tetas y mi cuerpo. Podía notar perfectamente los tres bultos pegados mí. Fue una sensación desagradable que de pronto se vio suplantada por una sensación todavía más intensa.

Arrugué la nariz y aspiré. Estaba segura de que no era la primera vez que olía ese aroma. Volví a arrugar la nariz y llené otra vez mis pulmones con aquella fragancia. A su paso por mis fosas nasales, millones de partículas perfumadas quedaron adheridas a mis receptores olfativos. Mi cerebro, todavía en estado de recuperación tras la juerga de la noche anterior, tuvo que trabajar duramente para descodificar el mensaje y entregarme un resultado fiable: ambientador de rosas.

Evidente. Lo mismo a lo que olía el gato. Había una coincidencia del cien por cien. No hacía falta verificar nada más. Estaba claro que el animal era de su propiedad.

—¿Es usted Elena Martín? –me atreví a preguntar.

La mujer me miró con sus ojos grandes como peceras. Cualquier sombra de suspicacia o de duda había desaparecido de ellos. Era como si dentro de su gran cabeza acabara de salir el sol.

—Así es. ¿Y usted?

—Me llamo Carmín. Vivo en una granja, a una hora en coche al este de aquí.

Miré al gato, que ronroneaba suavemente en los brazos de su ama ahora que ya había pasado la violenta efusividad de los primeros minutos de reencuentro. Sus vibraciones sonaban como el ruido de fondo de un generador. —Lo recogí anoche —añadí—. Parecía completamente perdido.

La mujer adoptó una expresión de sufrimiento.

—Sí, sí. Lo perdimos anteayer. Fuimos a pasar un par de días a Andorra y, al regresar, paramos un minuto a estirar las piernas en una bifurcación y allí debió escaparse –cogió al gato y se lo encaró

—. No debiste abrir la puerta de la jaula y salir del coche, goloso, eso no se hace.

Lo reprendía como habría podido hacer con un niño consentido. No tenía ningún tipo de credibilidad. —No nos dimos cuenta hasta que ya habíamos llegado —prosiguió—. Al coger la jaula vi que no pesaba casi nada.

Vaya. Y yo que la creía capaz de conducir con el gato en el regazo. —Dimos la vuelta y estuvimos buscándolo como locas hasta que se nos tiró la noche encima.

Los ojos se le inundaron con sólo recordar el mal rato pasado. Era como si la pecera hubiera llegado al límite de su capacidad. Algunos lagrimones rodaron por sus carnosas mejillas, arrastrando algo de maquillaje también rosado a su paso.

Todo en aquella mujer parecía ser a lo grande, aunque en realidad era un palmo más baja que yo. Pero cuando la veías por primera vez no podías evitar pensar que seguramente tenía carne y pelo suficiente como para dos personas. Hasta conseguía expresar sus emociones de forma más intensa que el resto de la humanidad.

Me sentí reducida a la mitad y no pude evitar pensar qué narices estaba haciendo yo allí, si lo que en realidad haría esa mujer o cualquier otra persona en mi lugar sería llorar a moco tendido postrada encima del ataúd de mamá. Pero habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo y la muerte de mamá parecía quedar tan lejos, que me resultaba imposible cumplir con mi deber de buena hija. Tenía que llenar las horas de alguna manera. Y llorando no sólo no lo conseguía, sino que encima me quedaba con una profunda sensación de vacío interior.

—Ven, ven a casa conmigo. Nos tomaremos una taza de té y así podrás contarme lo ocurrido con todo lujo de detalles.

Me cogió de la mano y me arrastró con ella. Como no podía hacer otra cosa, me dejé.

Cruzamos la calle y atravesamos la plazoleta por la zona habilitada para peatones. Una ambulancia se estaba llevando en ese momento a los pensamientos heridos. Los que habían conseguido salvar la vida respiraron hondo con cada milímetro de sus hojas al ver que nos alejábamos de allí civilizadamente. En menos de un minuto habíamos llegado a un callejón estrecho, lleno de casas de piedra inclinadas. Una placa anunciaba que aquella era la calle que había estado buscando. Me fijé en las fachadas. Todas tenían número. Cuando Nicolás consultó la base de datos del ordenador constaba que la dirección de Elena Martín carecía de número. ¡Qué cosa tan rara!

Elena me condujo hasta una hermosa casa de dos plantas, pegada a sus vecinas como si hubiera estado intentado ensancharse

y eso hubiera repercutido en la correcta posición de las demás. El resultado hacía parecerlas una hilera de dientes demasiado juntos en la que algunos habían tenido que torcerse para seguir ocupando su lugar. Daba la impresión de que sobraba una casa.

Un número de forja adornaba una dovela del arco que rodeaba la puerta de entrada. Elena metió la llave en la cerradura sin soltar ni por un segundo al gato. Una rápida ojeada a la fachada me reveló que justo al lado había un portalón de madera con un picaporte en forma de puño y la abreviatura "s/n" bellamente grabada en el marco. Habría podido ser la puerta del garaje, pero había un par de macetas alargadas delante que se oponían con peso a tal posibilidad.

Estaba tratando de no darle más importancia al tema cuando recibí un empujón que me propulsó directamente hasta el comedor de la casa. Se trataba de una habitación rústica y austera que únicamente se parecía a su propietaria por lo que se refería a las dimensiones. Había pocos muebles, aunque eran de madera maciza y con unos acabados excelentes. Un amplio sofá de piel se extendía en forma de ele frente a una chimenea, prometiendo las mejores siestas de los Pirineos. Los cojines estaban tan bien colocados que hasta daba miedo sentarse.

—¡Toma asiento! –me ordenó Elena desde alguna otra habitación. Obedecí. Con miedo, pero obedecí.

No podía verla, pero escuché correr un chorro de agua y me llegó el ruido inconfundible de un saco de pienso agitándose. El gato maulló, apremiado. "¡Serás bellaco!", pensé. "Como si no te hubieras llenado la barriga a costa de Troy esta mañana!". Era un tipo insaciable. ¡A ver si aquella mujer iba a pensar que no lo había alimentado! No quería ni imaginar lo que podía llegar a hacerme es ese caso. Respiré hondo para tranquilizarme. Estaba volviendo a producir pensamientos idiotas y eso no podía permitírmelo de ningún modo.

Como no podía dejar de pensar, decidí que al menos pensaría cosas inofensivas.

Comencé. Algo no me había cuadrado cuando había procedido a respirar hondamente. Ahora me daba cuenta. Tuve la sensación de que faltaba algún elemento. Levanté la cara hacia el techo y husmeé el aire, esta vez con la clara intención de detectar el fallo. Pude percibir un tenue aroma floral, pero quedaba totalmente eclipsado por el olor inconfundible de un pollo que debía estar asándose lentamente en el horno. Sí, era eso. Mi inconsciente había esperado un puñetazo de rosas en las narices nada más entrar y la verdad era que, tomando en cuenta lo intensamente perfumados que se paseaban Elena y su gato, la casa apenas olía.

—No tiene ni un rasguño, gracias –me comunicó Elena mientras dejaba enfrente de mí una bandejita con dos tazas y una tetera con sombrero—. Aunque huele raro…

"A *Eau de Rochas"*, pensé para mí. Nada que ver con un ambientador barato. Supuse que había estado llevando a cabo un segundo y profundo reconocimiento médico al animal, allá en la camilla de la cocina. Tenía pendiente agradecer a algún santo haberme ayudado a que la batería de pruebas diera negativo en cada una de las casillas y que todo acabara saliendo bien.

—¿Cómo diste con la dirección? –preguntó Elena mientras me llenaba la taza con un té tan oscuro que podría haber pasado por café.

Le conté casi todo lo que había sucedido. Solamente omití los pocos e insignificantes acontecimientos que habían puesto en peligro la integridad física o moral del gato: que estuve a punto de embestirlo con la ranchera, que conduje unos veinte quilómetros borracha con el bicho al lado, que lo había sujetado para que me ayudara cuando, en un imprevisto ataque de náuseas, tuve que devolver parte del contenido de mi estómago… Casi nada. Elena seguía mi relato encantada. Creo que me dio las gracias por lo menos quinientas veces.

—¡Ya decía yo que lo del microchip era una buena idea! –exclamó cuando llegué al capítulo del veterinario— Dije: "Chicas, si vamos a tener un gato como mascota, lo primero que debemos hacer es ponerle un microchip". Lo sometimos a votación y ganó el sí por unanimidad, claro. No tenía ni idea de lo que me estaba hablando, pero yo me limitaba a asentir entre sorbo y sorbo de té. Estaba fortísimo pero resultaba reconfortante. Ojalá me hubiera tomado unos cuantos de esos el día anterior, en lugar de optar por abrir la famosa botellita de Chartreuse. Ahora no tendría la cabeza como un bombo por dentro ni como un cubo de compostaje por fuera.

—El veterinario intentó sacárnoslo de la cabeza. "Si el gato está castrado no hay peligro de que se marche". ¿No? Pues mira, si no llega a ser por el chip lo habríamos perdido definitivamente. ¡Hay qué ver! Mañana mismo voy a ir a la consulta y se lo hecho en cara. Y de paso que le dé un vistazo a Rapunzel, creo que ha adelgazado.

Imposible. Pero bueno, no iba a ser yo quien intentara hacerle ver lo contrario.

—¿Cómo podemos agradecértelo?

La pregunta me cayó encima totalmente de improviso. Había sonado como cuando el cura del pueblo te paraba de repente por la calle para preguntarte cuándo te habías confesado por última vez. Pero podía aprovecharla para largarme de allí de una vez por todas.

—No tiene que agradecerme nada –dije levantando mi culo del asiento.

Elena volvió a sentarme con un tirón de manga perfectamente ejecutado. —No, no. No puedes irte todavía. Nos has devuelto a Rapunzel. Tienes que dejarnos que hagamos algo por ti.

—Pues a mí no se me ocurre nada, así que… –dije intentando dar a la frase la entonación propia de las despedidas a la vez que apoyaba las palmas de mis manos en las rodillas, mostrando mi renovada intención de levantarme.

—Quieta ahí. Deja que te mire bien –insistió Elena sin soltarme.

Sus ojos me atravesaron de arriba abajo. Me sentí como si hubiera entrado en un aparato de resonancia magnética. Era totalmente consciente de la pinta que llevaba, pero tampoco era cuestión de dejar que metieran el dedo en la llaga y que luego se entretuvieran hurgándola.

Como presentía que no lograría salir de allí a no ser que aceptara algo a cambio, me saqué una idea del buche. —¿Sabe cómo puede recompensarme? –le propuse.

Elena se transformó en toda predisposición y oídos. Le habría podido pedir matrimonio y me habría contestado que sí antes de caer en la cuenta de que yo no era exactamente su tipo.

—Póngame una ración de lo que tenga haciéndose en el horno en una fiambrera, que hoy no he tenido tiempo de hacerme la comida.

Estaba orgullosísima de mí misma, tenía que reconocerlo.

La mujer saltó como movida por un resorte.

—¡Tienes razón! —exclamó—. Ya casi es la hora de comer. ¿Sabes que es lo que haremos?

Ni idea, pero aquello no pintaba nada bien. Al menos para mí. Elena, por el contrario, se mostraba encantada. Esa mujer era pura energía en expansión. Un astrofísico hubiera disfrutado con ella.

La interrogué con la mirada. Mi cuerpo ya había adoptado la postura del que sabe que no va a poder moverse de su asiento en un buen rato.

—Primero vamos a comer como Dios manda.

Lo sabía. Y también sabía que no había escapatoria. Y que aquello no había hecho nada más que empezar. No tendría la suerte de librarme de ella tan fácilmente.

—Luego, esta tarde hay reunión en el club. Serás nuestra invitada. La cosa se iba poniendo fea por momentos. No me iba a poder fugar hasta la tarde. Lo de la reunión me sonaba a testigos de Jehová y lo de ser una invitada no me apetecía en absoluto. Intenté luchar. Era plenamente consciente de que no iba a servir para nada, pero al menos así luego no tendría nada que reprocharme.

—No es necesario –mi voz suplicaba—. No quisiera causarle más molestias.

Era como emprenderla a cabezazos contra una multinacional. —No va a ser ninguna molestia

–replicó con una cantinela despreocupada.

La madre de cualquier novia insegura no lo habría sabido expresar mejor. Pero me lo merecía, por habérselo servido en bandeja.

Se levantó e inclinó la cabeza sobre mí. Alargó una mano, como si quisiera inspeccionarme el horrible nido de garzas que llevaba a modo de peinado en la cabeza, pero la retiró antes de llegar a tocarlo. A esas alturas me extrañaba que no se hubiera mudado a vivir allí una familia de pajarracos. Tal vez a Elena le dio miedo que saliera uno y le pillara un dedo.

—Creo que Gladys va a poder hacer algo con… —era evidente que no encontraba la palabra adecuada—. Con esto.

Cómo no, se refería a mi pelo. Me sentía demasiado cansada para seguir oponiéndome a ella, así que opté por entregarme. Sería su esclava lo que quedaba del día. No había otra. Luego regresaría a casa y me escondería bajo la cama. Sólo saldría al día siguiente para asistir al funeral de mamá. Esperaba acordarme de ello. Después podría cavar un agujero en el sótano y ponerme a hibernar unos cuantos años. Me parecía un plan perfecto. Sólo tenía que aguantar unas cuantas horas más.

Comimos en la mesa de la cocina. Los tres. Elena, el gato y yo. Cada cual en una silla. El gato usaba una especie de trona infantil que le permitía llegar fácilmente al plato. Aunque acababa de zamparse un cuenco entero de pienso, su amorosa ama le sirvió un muslito de pollo en un plato. No era un plato especial para gatos, sino que pertenecía a la misma vajilla que los nuestros. A esas alturas, si de repente ella le hubiera alcanzado un tenedor y un cuchillo para que él mismo le sacara la piel al pollo, yo ya ni tan siquiera me habría asombrado.

A pesar de lo kafkiano de la situación, el asado estaba buenísimo y Elena no dejó de llenarme la copa de un vino estupendo. Me avisó que no podía dejar ni una gota en el fondo, ya que era un vino carísimo y no le habría gustado tener que tirarlo. Para no contrariarla, vacié las primeras dos copas de un trago. Pero cuando vi que volvía a escanciarme de inmediato, me lo tomé con algo más de calma. Al final conseguí beberme solamente cuatro. Me llené el estómago hasta arriba con una ración doble de carne y luego apretujé su contenido con un montón de diminutas patatas cocidas. Para cuando llegaron los postres no me quedaba ni un hueco. Elena levantó su pesado cuerpo de la silla con una facilidad agobiante y

sacó del frigorífico una tarta aparentemente ligera e inofensiva. "Menos mal", pensé. Tal vez me ayudaría a hacer bajar la enorme pelota gástrica que, al menos a mí, me impedía mover el culo del asiento.

Logré reprimir a mi anfitriona lo suficiente como para que sólo me pusiera una cuarta parte del pastel en el plato.

—¿Quieres nata? –preguntó agitando un bote enorme—. Es de Andorra, aquí no se encuentran botellas tan grandes.

—No, gracias –mis manos se cerraron encima de mi porción de tarta, protegiéndola—. Soy alérgica, muy alérgica a la nata.

Me había salvado por los pelos. Cogí una cucharilla y la hundí en el bizcocho helado. Era incluso más ligero de lo que me había parecido al verlo. Bien. Me lo llevé a la boca y entonces fui yo quien se quedó helada. Era tarta al whisky y estaba muy, pero que muy cargada.

Vacié el plato en un santiamén, pensando que, con todo lo que tenía en la barriga, el alcohol se diluiría enseguida. Tal vez incluso me pasaría inadvertido.

Nada más lejos de la realidad. Tenía el estómago tan lleno que ya no quedaba sitio para medio litro de destilado de malta, así que mis células digestivas decidieron transportar la carga alcohólica hasta otro lugar de inmediato. La vertieron directamente en el torrente sanguíneo, sin filtros de ninguna clase. Allí se juntó con la remesa anterior, el litro de tinto que Elena me había enchufado junto con el pollo, y juntos comenzaron a preparar su propia juerga.

Lo vi venir. Tuve unos instantes de lucidez antes de caer en un estado que solamente podría definir como de completo y absoluto delirio. Elena no dejaba de hablar y todo lo que decía me parecía gracioso. Creo recordar que se alarmó al caer en la cuenta de que la tarta llevaba una gran proporción de nata. ¿Y si me daba un ataque? La tranquilicé asegurándole que, en realidad, no es que fuera alérgica a la nata, sino que lo era a los aerosoles. Y luego me tronché de risa. Me había parecido una gran ocurrencia por mi parte. Parecía ser que el alcohol despertaba mi ingenio.

Cuando, a una indicación de Elena, me levanté de la mesa para ir a tomar el café en el magnífico sofá del salón, casi no podía moverme. El pasillo me parecía un laberinto gaudiniano y, sin comprender muy bien el motivo, de repente había aparecido otro gato. Se asemejaba mucho al primero. Entre los dos me mostraron el camino. Parecían muy unidos. No dejaban de cruzarse. Pensé que serían hermanos.

Caí en el sofá como si alguien me hubiera tirado. El sol que entraba por el ventanal me acariciaba la cara. Me acordé de mamá. Cuando yo era niña solía dejar la palma caliente de su mano sobre

mi mejilla hasta que me quedaba dormida.

Olía a rosas. Olía a rosas de una manera terrible. Era como si alguien me hubiera metido un ambientador en la boca y, acto seguido, hubiera apretado el botón dispensador. Me incorporé en el sofá haciendo ascos con la lengua. Abrí los ojos.

Primera noticia: no estaba en el sofá.

Vale. Elena y sus secuaces me habían secuestrado por unanimidad y me habían encerrado en un sótano. Me darían de comer y de beber hasta que explotara y luego congelarían mis restos en tuperwares que irían sacando como aperitivos en sus reuniones secretas. Misterio resuelto. Aunque hubiera tenido suficiente con que me mantuvieran en un sótano sólo para hibernar.

—¿Te encuentras bien?

La voz había sonado aguda pero amable.

Traté de enfocar pero fue en vano. No tenía mis gafas. Todo lo que podía ver era el contorno impreciso de varios rostros pálidos que se movían a mi alrededor como una manada de coyotes. Sin embargo, sabía que los coyotes no destacaban precisamente por su amabilidad.

—Pero ¿no veis que no ve tres en un burro? –dijo un ser inteligente—. Dejadme pasar, chicas. Toma, ponte las gafas.

No sólo había dado con un ser inteligente. También parecía estar dotado de sensibilidad y, lo que era más importante, cordura.

Alargué la mano hacia el lugar de donde creía que procedía aquella voz amiga y alguien me entregó los anteojos.

—¿Quién quiere un té?

¡Elena! Pegué un brinco que casi me precipita al suelo. ¡Era la voz de Elena! Noté como mi cuerpo se convertía en una factoría de adrenalina. Me puse las gafas como si me fuera la vida en ello y casi tuve que volvérmelas a quitar al instante.

No era posible. Aquello era peor que una pesadilla. Me encontraba en una habitación que habría sido acogedora si no fuera porque estaba atiborrada de muebles. Había estanterías repletas de libros, un par de sofás frente a un televisor con pantalla plana y una mesa rodeada de sillas. Habría sido un estudio fabuloso de haber habido más espacio.

Yo estaba sentada en una especie de silloncito de plástico que podría haber salido de un catálogo de Ikea. Había más silloncitos enfrente de mí. De hecho, formábamos un círculo. "Como en una reunión de alcohólicos anónimos", pensé. Al ritmo de borracheras que llevaba, no debía faltar mucho para que me mandaran a una.

Puse a prueba la forma física de mis neuronas y, tras un breve recuento, obtuve como resultado el número cuatro. Había cuatro mujeres. Cada una de ellas ocupaba un silloncito. Menos Elena, que

estaba llevando a cabo una de sus actividades favoritas: depositar comida y bebida en una mesa. Para ser exacta, lo que había en el centro del círculo era una mesita, redonda y chata como una moneda. La superficie estaba cubierta por un mantel blanco en el que Elena había dejado una tetera humeante, dos jarritas con leche, tazas, platillos y una caja de galletas danesas. La parte de debajo de la mesita actuaba como revistero y parecía tener mucho trabajo.

Las mujeres me miraban entusiasmadas. Elena me puso una nueva taza de té en la mano.

—¿Qué tal has dormido? Te trajimos aquí para ver si te despertabas. Nos tenías preocupadas. ¡¿Sabes que te has echado una siesta de cuatro horas?! Tendrás un poco de hambre ¿no?

Siguiendo en su línea, conforme iba hablando Elena se iba comiendo las pausas en las que yo podría haber contestado algo.

Una de aquellas mujeres me alargó la caja abierta de galletas.

Un gesto negativo de mi parte fue suficiente para que volviera a retirarla. Aquello sí que fue una sorpresa. ¡No había insistido! Al menos no todos los miembros de aquella extraña agrupación estaban majaretas. Me sentí tan aliviada como si finalmente hubiera podido ir al baño después de un viaje de trece horas.

—Te presento –dijo Elena.

Acto seguido fue apuntando a cada una de sus compañeras con el pitorro de la tetera.

—Lena.

Era la propietaria de la voz sensata. Alta, dura y delgada como una farola. Vestía unos elegantes pantalones de tweed y un jersey marrón de cuello alto. Una bonita boina ladeada le cubría buena parte de su melena canosa y lacia. La piel de su cara era casi transparente. Sobre ella resaltaban unas pequeñas facciones muy agradables que me evocaron un puñado de caramelos olvidados en un cuenco de cristal.

—Gladys.

Esa me sonaba, era la que se suponía que tenía que hacer algo con mi pelo. Debía ser peluquera, esquiladora, o algo por el estilo. Se parecía un poco a Elena, aunque había en ella algo más de redondez y algo menos de dinamita. Era como una manzana vestida para una boda. Una Pink Lady con rizos dorados y talones de quince centímetros. Me saludó con un par de besos que quedaron tatuados en mis mejillas.

—Y Mary.

Los nombres no tenían desperdicio. Parecía que me hubiera dormido mirando un capítulo de "Se ha escrito un crimen en Sartú" y me hubiera despertado dentro de él. Sólo esperaba que mi personaje no fuera el del futuro fiambre.

Mary era la de la voz aguda pero amable. Tal vez era la mayor del grupo. Debía rondar los cincuenta. Tenía un cuerpo bien proporcionado, vestía con ropa ajustada pero elástica y calzaba unos skechers de última generación. La típica asidua a las clases de yoga y pilates del centro cívico del pueblo, a la que le gustaba lucir palmito sin renunciar por ello a la comodidad. Cuando te la quedabas mirando un rato era como si estuvieras delante de una cascada. Te invadía una gran sensación de goce estético y de tranquilidad. Lástima que su voz aguda tenía la capacidad de romper el hechizo.

—A mí puedes llamarme Helen –añadió Elena.

—¿Perdón?

Era evidente que me había perdido algo.

—Verás, estos no son nuestros nombre reales.

Ya decía yo.

—Sólo son una versión de nuestros nombres de verdad –explicó.

—La versión anglosajona – añadió Gladys guiñándome uno de sus bonitos ojos maquillados en violeta

Aquello era una auténtica locura, pero a ellas les parecía tan normal.

—Claudia es Gladys, Magdalena, o Magda, como la conocen en el pueblo, es Lena. Y María, evidentemente, es Mary.

—Ya. Y Elena es Helen –añadí tratando de comprender algo—, y esto es una academia de inglés y la profe está al caer, ¿no?

Estallaron en risas.

—No exactamente –siguió Elena-Helen, que disfrutaba llevando la voz cantante—. Esto es la sede de nuestro club.

¿Cómo?

—Antes era el garaje de Helen – susurró Mary pegándose a mi oreja, como si aquello fuera información confidencial.

Ya, la puerta de madera con el picaporte y sin número. Inaudito.

—Y ¿de qué, de qué clase de club se trata? –casi tartamudeaba.

—¡*Cómete a un irlandés*! Lo corearon las cuatro. Al unísono. Prometido.

Creí que me estaban ordenando que me metiera alguna clase de bollo entre pecho y espalda. Miré a mi alrededor.

—¿Qué?

Estaba desorientada, me encontraba sufriendo las consecuencias solapadas de dos resacas consecutivas, el intenso olor a rosas ejercía sobre mí unos efectos peores que los de un paseo en chalupa y, encima, aquel puñado de locas parecía estar empeñado en comunicarse conmigo a base de sinsentidos.

Me sentía completamente aturdida. Aquella situación era demasiado estresante. Casi rompo en lágrimas.

Afortunadamente, alguien con un resto de humanidad dentro de sí se percató de ello.

—Vamos, vamos, chicas. La estamos agobiando.

La buena de Lena consiguió poner un poco de orden con su paciente voz de maestra. Sólo le había faltado dar unas palmas.

—Gracias, Lena –dije.

Inmediatamente caí en la cuenta de que ya les estaba siguiendo el juego. Había empezado a llamarlas por sus falsos nombres.

—¿Te apetece salir a dar una vuelta?

La voz de aquella mujer me provocaba síndrome de Estocolmo. Lena me condujo hasta una puerta de hojalata que había al fondo, dejando a las otras tres dando buena cuenta de la merienda.

Salimos a un patio trasero, con la particularidad que ni estaba vallado ni tenía fin. No pude detectar la presencia de gnomos de yeso por ninguna parte. Eso era una buena señal. Significaba que ninguna de ellas se encontraba en un estadio demasiado avanzado de su locura. Tal vez me había precipitado al emitir algún juicio. Ya vería. De momento me limité a ajustarme la mascarilla que me brindaba el paisaje y a llenarme los pulmones con el fresco de la tarde.

—¡Menuda parcela! –exclamé para mí.

—El prado desciende hasta el río. Antes lo tenían vallado y había un par de caballos preciosos.

Me quedé asombrada.

—¿Elena monta a caballo? En cualquier caso, era Elena quien parecía tener el brío y la fuerza suficiente para llevar de paseo a un caballo, y no al revés. Me costaba imaginar qué clase de animal reunía todas las cualidades necesarias para satisfacer a semejante jinete.

—No, ella no. El aficionado era su exmarido. La dejó hará cosa de tres o cuatro años –bajó la voz, como si fuera a revelarme un secreto—. Se largó con su secretaria, quince años más joven.

Abrí los ojos de par en par.

—¡Creía que eso sólo pasaba en las telenovelas! Pero esto es un pueblo de lo más rural. ¿Quién necesita secretarias aquí?

—Pues el alcalde.

—¡Ay, Dios!

De repente sentí una terrible ternura por aquel torbellino de mujer que me había recibido en su propia casa con tanto entusiasmo. No me extrañaba ni que se hubiera cambiado el nombre por Helen. Con razón estaba tan apegada a su gato, posiblemente era la única criatura que corría a saludarla cada vez que traspasaba la puerta de entrada. Seguro que hasta compartían la cama. Me alegré de haber dado con él en la carretera y habérselo

podido devolver. Por lo menos, la absurda salida al hipermercado había servido para algo positivo, no únicamente para precipitarme en una espiral de abuso de cuanta sustancia nociva entraba dentro mi absorbente órbita.

—De todas formas, la veo bastante bien ¿no? –comenté iniciando un paseo por el prado—. Parece una mujer con mucho carácter y energía. El tipo de persona que sabe cómo sobreponerse a un revés.

Conseguí ser políticamente correctísima en mis adjetivos.

—Sí, Helen es como un toro. Un toro. A la vista estaba que no hacía falta andarse con tiento al hablar con Lena. Eso me resultaba de lo más placentero, al igual que el lento descender hacia la frescura del valle. —Y además tiene un gran corazón –puntualizó—. Fue ella quien tuvo la idea de fundar el club y la verdad es que a mí me devolvió a la vida.

Ahí va. Con cada frase aumentaba mi curiosidad por aquel grupo de mujeres. Pero debía ir por partes.

—¿De qué tipo de club se trata? Por mi mente discurrían varias posibilidades: cocina asiática, ganchillo con hilo de seda, cine mudo… No descartaba del todo la idea de las clases de inglés, ya que el asunto de los nombres mutantes pedía a gritos una explicación.

A Lena se le iluminó la cara. —Lo bautizamos con la expresión *Cómete a un irlandés*. —Ya. Ya me ha parecido escuchar eso antes. Pero ¿qué carajo es un irlandés? ¿Un bollo?, ¿un pastel?, ¿un guiso de tréboles?, ¿una oveja asada? Mi acompañante no se hartaba de negar con la cabeza. Mis fallidos intentos por dar con el quid de la cuestión parecían divertirle. Tenía la típica sonrisa de la que está convencida de que posee una solución inalcanzable. De repente tuve una especie de revelación.

—¡Ya sé!¿Acaso se refiere al famoso café irlandés? ¿El de la nata y el whisky?

Teniendo en cuenta la demostrada afición de Helen por las bebidas con graduación, salvando el té, me parecía una opción de lo más coherente y acertada. Pero Lena negó nuevamente. Era más terca que Pedro Apóstol.

—En ese caso, habríamos llamado al club "Bébete un irlandés" o "Tómate un Irish coffee", ¿no crees?

No creía, no.

—Me rindo. Tienes permiso para dejarme patitiesa –dije agachando un tanto la cabeza para no darme con una rama tierna.

Habíamos llegado a una zona boscosa y nos metimos por un sendero bastante limpio que discurría bajo las copas de los árboles. Cada una de las moléculas de oxígeno que nos rodeaban cargaba

con una buena dosis de humedad. De haberlas podido ver a simple vista hubieran parecido un enjambre de abejas colmadas de néctar. Noté como la piel del rostro se me volvía pegajosa a su contacto, pero eso no me molestó en absoluto. Más bien me reconfortaba. Traté de absorber el líquido por todos mis poros. Tanto alcohol debía tenerme deshidratada. —Si te dijera "Cásate con un francés" –me instruyó Lena— ¿Sabrías a lo que me estoy refiriendo o pensarías que estoy hablándote de un nuevo tipo de queso o de una crep?

¿Qué me estaba contando?

— *Cómete a un irlandés* significa exactamente eso. Que vayas y te comas a un irlandés. ¡Que te lo tires! –me hablaba como si fuera tonta del bote—. ¡A un tío nacido en Irlanda! Un Irish man, no un Irish coffee. Un macho con la nacionalidad del país que lleva un arpa en el escudo…

Tuve que emplear mis dos manos para frenarla porque me había quedado sin palabras. Trataba de pensar con coherencia, pero mi cerebro se negaba a dar crédito a lo que había entrado por mis orejas y mantenía paralizada a mi lengua.

¿De veras? ¿Ésas cuatro mujeres habían ideado eso? ¿En un ridículo pueblo en medio de las montañas? Esas tipas eran muy, pero que muy peligrosas. Mi instinto de conservación me pasó una nota en la que pude leer: ¡Huye de aquí cuanto antes!

Pero mi instinto de cotilla despertó de pronto de un largo sueño y encontró muy de su agrado lo que estaba sucediendo.

—¿Y qué? –no pude evitar interesarme— ¿Alquiláis películas románticas y escribís una novela de amor ambientada en Irlanda entre las cuatro? ¿Un capítulo por semana cada una?

Eso era todo lo que mi limitada capacidad de imaginación se veía con posibilidades de concebir. Ignoro por qué Lena frustró la idea de obsequiarme con un "¡idiota!" completamente merecido. Esa mujer era incluso más elegante por dentro que por fuera.

Sólo puedo argumentar, en mi defensa, que todas las referencias a Irlanda que habían llegado a mi conocimiento a lo largo de treinta y dos años se encontraban terriblemente distorsionadas por los efectos perniciosos de la televisión.

Me explico. Cada domingo por la tarde mamá y yo solíamos tragarnos un par de películas, las que echaban por la tele en cualquier cadena. Luego, por la noche, yo solita me enchufaba una tercera mientras devoraba mi bolsa semanal de patatas fritas.

Una cuarta parte de aquellas producciones las protagonizaban tiburones, cocodrilos, anacondas o marcianos que compartían la peculiaridad de basar su alimentación en productos cárnicos de origen humano. Las tramas eran calcadas, sólo cambiaba el color de

los personajes, pero a mamá le resultaban de lo más entretenido. Nunca pude hacerle entender que aquellos depredadores no eran seres de carne y hueso.

Otra cuarta parte de las películas que veíamos era cine comercial bastante aceptable, pero con unas tramas tan complicadas que no había forma de seguirlas sin perderse. Daba igual que fueran de acción, de intriga, de robos o de asesinatos. Siempre había dos personajes con tanto parecido físico que fácilmente hubieran pasado por gemelos. Lo malo es que no nos dábamos cuenta de ello hasta que habíamos llegado al minuto noventa. Para cuando creíamos estar enterándonos de algo empezaban a salir los créditos finales. Daba la impresión de que en el mundillo cinematográfico se había impuesto la moda de saltarse las últimas secuencias de los filmes. Estaba segura de que, en alguna parte de Siberia o del Cañón del Colorado, debía haber un depósito tremendo lleno de todos los finales que directores o productores nos habían estafado.

El resto de los telefilmes, un nada desdeñable cincuenta por ciento, eran comedias románticas que empezaban o en Estados Unidos o en Francia, y que se desarrollaban y terminaban o en la Toscana o en un país que yo, como granjera, hubiera deseado poder explotar junto con mis vacas: Irlanda.

Las actrices principales solían ser atractivas mujeres de treinta a cuarenta y cinco años. La mayoría tenía absurdos complejos físicos, a algunas se les acababa de morir el marido, otras trabajaban para grandes empresas que continuamente las mandaban de viaje. Éstas últimas se lo pasaban fatal, incluso peor que las viudas, ya que su puesto de empleo requería una total falta de ética y ellas, en el fondo, tenían bien arraigados unos bonitos y tradicionales valores familiares.

¡Cómo disfrutábamos con sus previsibles vidas! Cómo nos deleitábamos viendo venir el "imprevisto" viaje a Irlanda. Parecía ser un país excepcional en el que, si tenías que guiarte por una media estadística extraída de una muestra de quinientas películas, no podía haber más que dos o tres mil habitantes en total.

Todo lo que sabía de Irlanda lo había aprendido durante aquellas sesiones de domingo: la gente era amable y encantadora, vivían todos dentro de las instalaciones de unos interminables campos de golf, en pueblecitos del tamaño de un hoyo. Desayunaban cualquier cosa que oliera a colesterol pasada con mantequilla por la sartén. Bebían Guinness desde su más tierna infancia. De hecho, había una marca de leche en polvo que había incorporado extracto de cerveza negra en sus preparados para biberones. Tal vez ése era el secreto de su eterna salud y su sana apariencia.

Lo más interesante del caso es que en ese país los matrimonios duraban para siempre, los hijos nunca crecían, los abuelos estaban especializados en formular sabios consejos con frases de menos de tres palabras y –y eso era lo más interesante– en cada pueblo había un tipo especial. Un hombre –¡vaya casualidad!– de treinta a cuarenta y cinco años. Era un estupendo ejemplar masculino. Alto y con anchas espaldas. A pesar de ser irlandés, nunca se arriesgaba a salir rubio o pelirrojo. Menos aún calvo. Lucía un pelaje algo descuidado, pero de un castaño oscuro impecable. Barba permanentemente de una semana, ojos tristes y apariencia algo huraña. Solía vivir en una cabaña junto a una playa o un acantilado, algo alejada del pueblo pero lo suficientemente cerca como para poder cubrir, a diario y sin problemas, la distancia que había hasta al pub de turno.

Ése hombre apenas hablaba, pero podías ver en la cara de sus vecinos el cariño que le tenían. Claro, lo habían visto crecer y conocían el secreto que lo había llevado a convertirse en ermitaño. Solía trabajar en algo artístico relacionado de forma indirecta con la naturaleza. ¿Cuántos oficios había que cumplieran con estas características? La verdad es que parecía haber montones. A cada nueva película me sorprendía descubriendo uno nuevo. El tal Aidan, Liam, Declan, Brian o Seán –porque era una condición *sine qua non* que respondiera a un nombre cien por cien irlandés– podía ser fotógrafo de grandes espacios abiertos o escultor de maderas arrastradas por las olas hasta su playa desierta. Podía ser vigilante de un parque natural o estar a cargo de un faro. En ese último caso se había pasado media vida coleccionando restos de navíos naufragados para elaborar complicadas obras de arte con ellos.

Algunos de esos lobos esteparios se dedicaban a las labores agrícolas, pero no como herencia directa de unos padres campesinos, sino como consecuencia de una decisión largamente meditada tras haberse licenciado en ciencias agrónomas en el Trinity College de Dublín o, en su defecto, de Londres.

A todos ellos les caracterizaba un tremendo respeto por la tierra que los había visto nacer, proporcionalmente inverso al respeto que sentían por su propia persona. Aunque parecían ejemplares recién salidos de la Milan Fashion Week, la verdad es que tanto su cuerpazo de escándalo como su estilo natural para combinar vaqueros deshilachados con gruesos jerséis de pura lana eran algo que no les suponía ningún esfuerzo. De eso ya se encargaba su generosa dotación genética, que además se había especializado en anular completamente las secuelas del abuso del tabaco, la mala alimentación, la falta de sueño y los litros de cerveza que se metían en el cuerpo a diario. Nada de eso les pasaba factura. Siempre

lucían espléndidos.

Cuando la neoyorquina o parisina de turno que protagonizaba la película aterrizaba en Irlanda, daba comienzo la parte que mamá y yo, en un ataque de absoluta falta de originalidad, habíamos bautizado como "la montaña rusa de los sentimientos". El primer encontronazo con el guapo irlandés despertaba en ambos personajes una profunda antipatía mutua. Si la chica había ido allí para llevar a cabo unas cuantas prospecciones petrolíferas sin importancia, resultaba que para ello tenía que expropiar terrenos de una reserva natural o directamente violar el cementerio familiar del irlandés macizo.

Si, por el contrario, se había enterrado en vida en una de aquellas mini-poblaciones para poder saborear a gusto el amargo dolor de la viudedad, resultaba que su vecino irlandés —más guapo si cabe que el difunto marido— se lo impedía constantemente con el ruido insoportable de sus clases de flauta para niños discapacitados o con el motorcito desquiciante de su torno de alfarero.

El resultado era siempre el mismo. Un breve enfrentamiento verbal en el que el hombre demostraba haber sido educado en una academia para mosqueteros y ella quedaba como una histérica redomada.

Días más tarde, a la mujer le daba por jugarse la vida de la forma más idiota. Salía a pasear con un enorme paraguas bajo una tormenta eléctrica, corría desesperadamente hasta la playa para darse un chapuzón con olas de siete metros o se empapaba de Guinness hasta la médula y luego pretendía llegar conduciendo hasta su cabaña sin salirse de los dos metros de ancho que allí suelen tener las carreteras.

La cuestión era que el irlandés solitario, que siempre estaba al acecho, se veía en la obligación moral de salvarle la vida en el último minuto. Con ella inconsciente o semiinconsciente en brazos, solía dirigirse andando hasta su casa. Allí procedía a cambiarle la ropa, meterla dentro de una camiseta de rugby con la que se habría podido coser un globo aerostático, vaciarle un tazón humeante de leche con whisky en el estómago y acostarla en su propia cama deshecha.

Mientras ella dormía el intento de suicidio o la mona a pata suelta, él permanecía velando su sueño sentado en una especie de butaca, al lado de la cama, fumando cigarrillo tras cigarrillo o bebiendo cerveza tras cerveza sin acusar ningún efecto secundario. Era fácil, para el espectador, darse cuenta de que ése era el momento en que él comenzaba a enamorarse de ella. La máscara de dureza desaparecía de su rostro como por arte de magia y daba paso a una expresión de alivio enternecedora, como la que ponen

los peregrinos cuando atisban en el horizonte la cúpula del monumento en el que finalizan las penurias de su viaje.

Cuando la mujer despertaba, a la mañana siguiente, o bien su caballero se encontraba ausente o se había quedado frito en la silla. Sea como fuere, fiel a su estilo, ella empezaba a recoger sus cosas en absoluto silencio para largarse de allí sin dar ni las gracias. Aun así, casi en el último instante el irlandés despertaba súbitamente de su sueño o regresaba con un par de leños bajo el brazo. Entonces tenía lugar una charla breve pero intensa en la que salían a relucir sus respectivas y deprimentes historias. Ahí era cuando ella se enteraba de que ése hombre padecía de una grave afección cardíaca. Le había roto el corazón una mujer que tenía la manía de aparecer siempre, en formato de foto, en una de las primeras escenas de ese tipo de comedias. Y la muy cabrona era guapa. Guapísima. Incluso más que la propia protagonista. Ella era la responsable de que el macizo irlandés hubiera dado su impresionante espalda al amor. Pero encerrada dentro de su marco para fotos no podía evitar que la protagonista se viniera arriba con la confesión, dándose cuenta de que ni le asustaban los fantasmas ni perder la chaveta por el tío que tenía enfrente, perdiendo de paso su empleo.

Como en la especie humana los impulsos sexuales tienen la particularidad de actuar al modo de borradores de cualquier tipo de sentimientos de culpa o de miedo, como por ejemplo los producidos por el recuerdo de difuntos maridos o los deberes asumidos mediante contrato laboral con una compañía petrolera, aquella mujer erigida en heroína conseguía hacer tres cosas importantísimas a la vez: saltarle al cuello al irlandés, mandar el marco con la foto de la ex a la basura de un codazo y dar tijeretazo a la que hubiera podido ser la escena más picante de la película.

La historia propiamente dicha terminaba ahí. Adornaban el final unos cuantos diálogos cargados de psicología barata en los que los personajes no dejaban de autojustificarse de forma enfermiza mientras decidían cómo sentar las bases de su vida en común. En Irlanda, por supuesto.

El espectador podía suponer que, gracias a la magia de aquel país, donde la vida todavía conservaba intacto su núcleo de autenticidad, había sido posible el milagro de la sanación mental de una pobre víctima del estilo de vida superficial e individualista propio de las comunidades no irlandesas más desarrolladas. Que su chico tuviera también un embrollo del quince dentro de su cerebro atormentado ni siquiera se contemplaba.

Se lo comenté a Lena. Le pedí que me instruyera. ¿Qué es lo que tenían de especial los irlandeses que valiera la pena recrearse en

hablar de ellos en un club sólo para mujeres?

—Veo que no has pillado la idea –me contestó—. Te voy a confesar algo.

Mis orejas rotaron hacia ella como dos parabólicas ajustándose a la señal de un satélite.

—Lo que buscamos es justamente eso que dices que reflejan esas películas románticas. No casarnos con un irlandés e irnos a vivir allí para luego suicidarnos de aburrimiento contemplando pacer a las ovejas el resto de nuestra vida. De eso nada. Todas hemos pasado por el matrimonio y te aseguro que a ninguna de nosotras le han quedado ganas de repetir la experiencia.

Menos mal. Arranqué una ramita de tomillo algo seca que crecía por allí y me la llevé a la nariz, tratando de dar una apariencia un tanto despreocupada. ¡No quería perderme aquello por nada del mundo!

Me acordé de mamá. Lástima que ya no estuviera en casa para poder contárselo a la vuelta.

—Entonces, ¿qué es lo que hacéis? –no podía ni imaginármelo— ¿Habéis creado un grupo de teatro y adaptáis esas tramas para representarlas en la intimidad de vuestro círculo? En ese caso, me encantaría conocer al tipo que habéis elegido para el papel del irlandés cañón. Los de la tele están para chuparse los dedos.

Lena retomó su antiguo hábito de negar tozudamente con la cabeza.

—¿Acaso hay algún parque temático en la costa que ofrece packs de fines de semana románticos con auténticos irlandeses?

No quería ni pensar en lo estropeados que podían llegar a estar los pobres figurantes que una se encontrara en semejante lugar.

—¡Ni hablar! –zanjó Lena sin poder dar crédito a mi idea— ¡Tú estás peor que nosotras cuatro juntas!

Saqué mi mejor sonrisa de disculpa de un bolsillo y me la pegué en la boca.

—No es eso, es que tengo una imaginación desbordante. Si tú supieras la de problemas que me trae eso…

—Ya lo creo –dijo plenamente convencida de ello—. Lo que hacemos es algo mucho más sencillo. Y mucho más auténtico, también. Cada año organizamos un par de viajes a un pueblecito de Irlanda. Por supuesto, nunca vamos al mismo.

¿Por qué "por supuesto"? Empezaba a intuir por dónde iban los tiros, pero había una parte de mí que todavía no podía acabárselo de creer.

—¿Y?

—Alquilamos un cottage entre las cuatro. Quince días solamente…

¡Solamente! Quince días de verano y quince de invierno, por decir algo, ¡sumaban ni más ni menos que un mes entero! Por lo menos acababa de descartar que aquellas mujeres tuvieran una granja de la que ocuparse, no como yo. Aunque ése era un ejercicio que podía haber hecho perfectamente sólo con verlas. La única que, por su aspecto, podría haberse dedicado a algo relacionado remotamente con la ganadería o la agricultura era Helen – desde que sabía lo de su exmarido había resuelto llamarla así—. Era la única que se movía con naturalidad, como si fuera ella quien mandara sobre la ropa que llevaba puesta. Las otras tres, Gladys, Mary y Lena, tenían un punto muy sutil de afectación que hacía que pareciera que era su propia vestimenta quien las transportaba.

—Y nos dedicamos a dar caza a un irlandés –terminó.

—Para comer, claro.

—Sí, claro. Como ya te he dicho, no buscamos nada serio. Únicamente viajar, conocer sitios nuevos y tener una aventura con uno de esos personajes de las películas. Sin complicaciones, sin consecuencias.

—¿De veras? –me parecía inconcebible.

—Existen —aseguró—. Aunque no te lo creas, esos hombres existen.

—¿De veras? –la pregunta se me había atascado en la garganta.

Lena llevó a cabo una rotunda demostración de que también sabía asentir movilizando vigorosamente su músculo trapecio.

—¡Pues claro! Las poblaciones de la costa oeste de Irlanda están llenas de tipos duros que viven solos. Son guapos, están cachas y tienen algo en la mirada que…

¡Por Dios! Lo último que quería es que aquella mujer se pusiera cachonda mientras hablaba conmigo. —¡Lo entiendo! Lo entiendo. Estoy segura de que estás en lo cierto. La afirmación debió salirme un poco más irónica de lo que hubiera deseado, porque Lena se me quedó mirando como si ella fuera una santa y yo una atea y me espetó:

—¿Necesitas que te lo demuestre?

¿Ver para creer? Pues sí. —¿Puedes hacerlo? –aquello se estaba poniendo de lo más emocionante. —Volvamos al club, voy a enseñarte nuestros álbumes de fotos. ¡Caramba! Aquello mejoraba por momentos. La curiosidad me comía por dentro mientras su compañero, el escepticismo, no dejaba de advertirme que ya podía ir bajando el listón de lo que aquellas mujeres entendían por "atractivo masculino".

Dimos la vuelta e iniciamos el camino de regreso. Hacía un buen rato que el sol se había echado a descansar al otro lado de las montañas. Había empezado a oscurecer, como si una mano invisible

hubiera estado bajando la intensidad de la luz de forma constante pero veloz. A cada paso que dábamos salían bocanadas de condensación de nuestro interior. De haber habido alguien observándonos a distancia le habríamos parecido pequeñas locomotoras a vapor, ascendiendo la ladera por raíles vacilantes.

—¿A qué os dedicáis? Quiero decir, cuando no estáis persiguiendo irlandeses.

Me apetecía saberlo antes de llegar al garaje, saludar a la concurrencia y mirar las fotos. Así tendría más información para hacer algo que no era del todo correcto: juzgar a la gente.

—¿Quieres decir que de qué vivimos?

Asentí como disculpándome. No debía infravalorar a aquella mujer. Era de lo más perspicaz. Pero también parecía importarle bien poco lo que pudiera pensar de ella.

—Helen tiene una casa de turismo rural. La herencia del divorcio. No quiere ni pisarla, le trae a la memoria demasiados recuerdos de su ex. Ella sólo la gestiona. Se encarga de mantener la página web y de tramitar las reservas y los cobros. Tiene una pareja de masoveros viviendo allí que se ocupan de la cocina, la limpieza y de atender al público todo el año. Lo tiene muy bien organizado.

¡Vaya con Helen! Para sacarse el sombrero.

—Gladys es la propietaria de la única peluquería del pueblo.

—No es un pueblo muy grande —reflexioné—. Qué tendrá ¿mil o mil quinientos habitantes, como mucho? —Casi dos mil. No hay que olvidar las casas diseminadas. Hay mucha granja por aquí.

Me constaba. Yo misma tenía una. Aunque su rendimiento en ese momento era cero. No hacía ni dos meses que le había arrebatado el alma vendiéndome impunemente todo el ganado. Y lo peor es que tomé la decisión sin apenas pensarlo. Debería haber consultado con un gestor, haberme estudiado los libros de cuentas, haberme entrevistado con el director de la sucursal bancaria donde tenía depositado todo mi dinero. ¡Eran los ahorros de dos generaciones! Tendría que haberme encerrado trece días en un monasterio para meditarlo. Con voto de silencio incluido. Realizando ayuno absoluto y azotándome la espalda como una flagelante. Luego habría dejado reposar la masa pastosa de mis pensamientos. Todavía podía notarla dentro de mí. Con la muerte de mamá había triplicado su tamaño y ahora parecía querer echarme de mi propio cuerpo.

Pero me había limitado a seguir un impulso. Había creído que lo más honesto era seguir la intuición de mi corazón. O de mis propios sentimientos insatisfechos. En mi fuero interno deseaba hacer otras muchas cosas, aparte de mantener la granja en pleno funcionamiento. Quería salir de aquellas montañas, había soñado

con matricularme en un curso de historia del arte, con darme un garbeo por Europa, con pegarme de bruces con gente nueva y no saber cómo pedirles perdón en su idioma.

Había dado el primer paso hacia esa auténtica locura de deseos vendiendo una vacada estupenda, pensando que tal vez lo mejor sería tomármelo con calma y empezar otro tipo de negocio en la granja, a ver qué tal me sentaba la novedad de hacer algo distinto. ¿Pero un negocio de qué? ¿De juguetes de madera? ¿De urnas funerarias?

En una ocasión había visto un documental sobre una mujer que vivía en una isla. Trabajaba con arena, que suele ser el material más abundante en semejante lugar. Se había especializado en fabricar urnas funerarias. Tenía un catálogo lleno de creativos diseños. Para hacerlo mezclaba la arena con una especie de pegamento muy consistente y así conseguía un producto sólido y duradero. "Duradero", dijo el locutor. Algo fundamental tratándose de cajas donde debían reposar las cenizas de los muertos.

Estuvimos valorando con mamá los modelos que iban saliendo por pantalla. El que más me gustó fue uno que tenía las huellas de dos pies desnudos alejándose hacia lo que podía interpretarse como el más allá o el infinito. A mamá, en cambio, ese le resultaba impreciso, "vago", dijo, "está inacabado, una urna tiene que dar la impresión de ser algo definitivo". Tal vez tuviera razón, pero a pesar de su "vaguedad" lo habría preferido mil veces a la urna que había elegido para ella en su compra imaginaria. Se trataba de un bote con un gran parecido con los antiguos recipientes de porcelana en que los farmacéuticos guardaban sus fórmulas, hace más de un siglo. Lo único que tenía de original era que estaba hecho de arena.

De repente caí en la cuenta de que, de haberlo querido, habría podido encargar esa urna por internet y me la habrían mandado por correo. Aunque, teniendo en cuenta que a mamá le producía un auténtico terror que la incineraran y que más de una vez me había hecho prometerle que la haría enterrar enterita en el mismo nicho donde reposaba papá, de bien poco hubiera servido una urna, aunque estuviera hecha de arena del Atlántico y resultara de lo más sólida y duradera.

El caso es que estuve barajando la posibilidad de aprender un nuevo oficio, algo artesanal que pudiera hacer en un taller desde mi casa. Tenía espacio de sobras y me consideraba habilidosa, pero no pude encontrar nada que conectara mínimamente con mis intereses a la vez que ofreciera garantías de rentabilidad sin tener que realizar una gran inversión.

¿Qué quería? ¿La luna? Pues parecía ser que sí. Pedía demasiado. Lo único que sabía hacer era cuidar animales y sacar

partido a unas cuantas hectáreas de terreno. No era poco, pero no bastaba para satisfacerme.

Aunque no se lo hubiera comentado a nadie, también había estado dando vueltas a la idea de buscar un empleo fuera de casa, en algún pueblo cercano. ¡Trabajar a las órdenes de alguien! No había precedentes de semejante locura en la historia más reciente de mi familia. Siempre nos las habíamos arreglado solos, tratando de extraer el máximo provecho a nuestra finca. Y la verdad es que habíamos sabido hacerlo bien. Dejándonos la piel en ello, pero bien. Las facturas se pagaban mucho antes de que vencieran los términos, las alacenas estaban siempre llenas, los animales bien cebados. Y no teníamos que rendir cuentas a nada ni a nadie, como no fuera al estado con los impuestos.

—O sea que Gladys se gana bien la vida tomándole el pelo a los vecinos –intervine con un chiste de lo más trillado.

—Lo suficiente como para ir tirando cómodamente. Tiene la casa pagada y el negocio en la planta baja, lo cual resulta de lo más práctico y rentable —explicó—. Además, no sabes tú la de virguerías que se hacen en el pelo las mujeres de estos pueblos. Como a una se le meta en la cabeza hacerse unas mechas de color lila, ya puede Gladys comprar un tanque de tinte en ese tono. Se le llena la agenda para lo que queda de mes. Y luego hay que tener en cuenta a toda la gente de ciudad que sube a pasar los fines de semana y las vacaciones. Como aquí los precios para cualquier servicio son bastante más asequibles que en poblaciones mayores, son muchos los que se aprovechan de ello para ahorrarse un buen dinero. Ten en cuenta que, entre los clientes habituales de Gladys, hay gente que vive a más de cien quilómetros de aquí.

Me quedé asombrada, pero tuve que reconocer que llevaba razón. Sabía bien, por Nicolás, que había gente de ciudad que solía traerle a sus mascotas para tratamientos que iban, desde una simple revisión o una esterilización, a operaciones de más importancia, como extirpar un tumor o tratar una dilatación gástrica. En ocasiones hasta subían entre semana para emergencias, tal era la abismal diferencia de precio para un mismo servicio entre los veterinarios de uno u otro lugar de residencia.

En ese aspecto, Nicolás era bastante resolutivo. Evitaba quedarse animales hospitalizados. Se limitaba a hacer lo que debía por ellos y luego los mandaba enseguida de vuelta para su casa, con una buena lista de instrucciones a seguir para los dueños, desde cómo y cuándo administrarles la medicación hasta otros cuidados. Con sólo ese pequeño detalle conseguía reducir el importe de las facturas a menos de la mitad, quitarse un montón de duras horas de trabajo de encima y asegurarse una buena cartera de fieles clientes. Entre eso y

el montón de faena que le daban los ganaderos de la zona, aquel francés estaba consiguiendo forrarse.

—¿Y Mary? –pregunté.

Ya casi estábamos llegando. Podía ver las lucecitas del garaje, donde —¡ahora me daba cuenta!— un diligente albañil había abierto dos ventanitas con la forma de un trébol. Aquellas mujeres ponían el alma en cada detalle.

—Mary es monitora de fitness.

¡Casi había acertado!

—Trabaja de forma itinerante en varios gimnasios, centros cívicos y geriátricos de los alrededores. En verano también ejerce como entrenadora personal para alguno de nuestros veraneantes.

Podía imaginármela, tratando de no perder la paciencia mientras un directivo barrigón o su esposa de culo gordo se empeñaban en oponer resistencia a la ley de la gravedad tratando de hacer abdominales dentro de una piscina.

—¿Y qué hay de ti?

—Soy maestra. Trabajaba en una guardería pero hace ya cinco años que tuve que dejarlo. ¿Ves?

Alargó las manos frente a sí, como si acabara de hacerse la manicura y quisiera comprobar el efecto de una nueva laca sobre sus uñas.

Caí en la cuenta que tenía los dedos algo deformados.

—Artritis reumatoide –constató. Lo pronunció como si fuera algo tan normal. Podría haber nombrado dos tonos distintos de esmalte Lancôme y habría sonado igual.

No sabía qué decir. Lo primero que me vino a la cabeza fue que aquello debía doler, pero no me pareció un comentario nada apropiado. La artritis me sonaba a una de las típicas enfermedades que padecían los ancianos, junto con la hipertensión o los juanetes. Algunos de mis vecinos tenían las articulaciones de las manos bastante más deformadas que las de Lena. A unos pocos de ellos se les habían inflamado y doblado los nudillos de tal forma que más bien parecían tener ramas en lugar de dedos. Pero en ningún caso recordaba yo que hubieran enfermado tan jóvenes.

Si no hubiera sido por la forma tan despreocupada y serena que tuvo Lena de informarme acerca de su afección, la verdad es que me hubiera dado lástima. Pero no había nada en ella que invitara a desarrollar semejante sentimiento. A lo largo del paseo había podido darme cuenta de que lo suyo era una especie de avispada inteligencia acompañada de un elegante distanciamiento. Tenía una personalidad atrayente que permitía un fácil acceso hasta ella pero que, a la vez, te paraba en seco antes de que hubieras podido llegar a rozarla. Y lo mejor del caso es que conseguía hacerlo sin

ofenderte, con una suavidad y una dulzura nada artificiales.

Si hubiera tenido que comparar aquella mujer con un postre, me hubiera inclinado por una refinada tarta Sacher, con sus perfectas capas superpuestas de chocolate negro y mermelada, pero elaborada sin gluten y endulzada con edulcorantes naturales. De un modo parecido, Helen me recordaba a una consistente porción de bizcocho de pueblo, con su buen baño de ron y azúcar, por supuesto. Gladys, en cambio, era como un cupcake recubierto de una cremosa capa de glaseado y adornado con pedacitos de nueces y virutas de chocolate. Un dulce de lo más vistoso, repleto de calorías y con un montón de colorante comestible. Nada que ver con Mary, quien más bien evocaba la sana vitalidad de una barrita de cereales integrales con miel y frutos secos. Seca pero de lo más salutífera. Con un seductor envoltorio lleno de referencias a la procedencia orgánica de su contenido y a los beneficios de una vida activa.

Menos mal que no dio tiempo para añadir ni una palabra.

Habíamos llegado al club. Era la primera vez que entraba allí plenamente consciente de dónde me metía.

—¡Ya estamos de vuelta! – anunció Lena abriendo la puerta con una sonrisa.

¡Qué calentito se estaba allí dentro! El aroma a rosas se me tiró encima como habría hecho un perro. Tuve la impresión de que hasta me había manchado con sus patas delanteras. Sin embargo, debía tener ya las narices tan llenas que ni me molestó. Miré a mi alrededor y me sentí abrazada por aquellas paredes de madera. Una lámpara de cristal biselado esparcía su cálida luz sobre los muebles, haciéndolos parecer incluso más confortables.

Las tres mujeres se hallaban sentadas alrededor de la mesa. Parecía que jugaban al Scrabble.

—¡Habéis tardado un siglo! – soltó Helen.

Mary acercó dos sillas más y nos estrujamos un poco para caber todas.

—¿Queda algo de té en la tetera? –preguntó Lena antes de sentarse.

—Acabo de hacer otra –contestó Helen—. Está reposando.

Extrañamente, la perspectiva de tomarme la decimoquinta o decimosexta taza de té del día me pareció de lo más atrayente. No deseaba otra cosa. La calefacción había empezado a atravesar las primeras capas de mi dermis y ya podía notar cómo el frío del anochecer que se me había instalado dentro durante la caminata hacía sus maletas y se fugaba a otra parte.

¡Qué gozo! Sólo con pensar en la casa oscura, fría y vacía que me esperaba a la vuelta se me entelaban los ojos. ¿Podría ser de

condensación? El contraste de temperatura entre mis pensamientos era tan grande que creo que habría bastado para provocar semejante cambio. Pero tampoco podía descartar que fueran lágrimas. Hacía tiempo que no me sentía tan arropada. Y, encima, por cuatro desconocidas sobre las que todavía no tenía establecido un diagnóstico demasiado claro.

Opté por dejarme llevar. Si tenía que llorar, lloraría.

Aun así, aquello no parecía querer ir a más. Me mantuve con aquel exceso de humedad en las retinas, esperando que en algún momento se reabsorbiera o bien que aprovechara un pestañeo fugaz para rodar hasta el pañuelo que ya tenía preparado en un puño.

No tuve necesidad de usarlo. Sea lo que fuere lo que me enturbiaba la vista desapareció al cabo de unos segundos como por arte de magia. Alguien me colocó una taza hirviendo enfrente. Aproveché para calentarme las dos manos con ella. Luego me la fui bebiendo despacio, dosificándola, para alargar un poco mi permanencia en aquel remanso.

—¿Juegas? –preguntó Gladys, que ya estaba repartiéndome letras. —Le dije a Carmín que le enseñaría los álbumes de fotos de los viajes –intervino Lena.

Fue como si alguien hubiera anunciado la hora del recreo. Helen y Mary se levantaron al unísono e iniciaron una carrera nada limpia hasta la estantería. Regresaron con una montaña de libros cada una.

—¿Sentémonos en el sofá, no? – propuso Gladys.

Nuevas carreras hasta el sofá. Nos distribuimos como pudimos. A mí me dejaron el sitio de honor, el centro. Estaba flanqueada por Helen y Gladys, que se mostraban entusiasmadas por mostrarme sus logros. Lena y Mary se apoyaron en el respaldo, dejando caer su cabeza sobre mí. Ninguna estaba dispuesta a perderse ni un detalle. Empezamos por el álbum del último viaje, el del verano anterior. El pistoletazo de salida venía dado por un montón increíble de fotos tomadas en el aeropuerto. Me entraron ganas de viajar nada más verlas. Entre las cuatro sumaban más de diez maletas y algunos neceseres de tal tamaño que yo hubiera podido guardar allí los productos higiénicos y cosméticos que había usado a lo largo de toda mi vida.

La verdad es que se las veía estupendas. No sólo no dejaban de mostrar las encías en cada foto, sino que desprendían tanta energía y entusiasmo que hasta lograba traspasar el papel y llegarme a alguna víscera interna. Se me puso la piel de gallina al ver cómo facturaban su descomunal equipaje, ataviadas como turistas y sin dejar de bromear entre ellas y con la cámara. Me di cuenta de que allí detrás había la mano de un par de fotógrafas. Lena enfocaba bien y se esmeraba en centrar las imágenes. Helen, en cambio,

tomaba las instantáneas sin ningún cuidado. La mayoría salían torcidas, pero incluso eso parecía dotar cada una de sus fotos de cierta alegría despreocupada muy contagiosa.

Mary y Gladys, por su parte, salían en casi todas las imágenes, lo cual me hizo pensar que no eran grandes aficionadas a la cámara.

Llegamos al aeropuerto de Shannon pasando por un par de páginas de momentos tomado dentro de la cabina del avión. ¡A ése paso no íbamos a acabar nunca! Pero no me importaba en absoluto. Estaba disfrutando de lo lindo, incluso más que ellas, que no dejaban de reírse a carcajadas cada vez que recordaban las anécdotas que acompañaban a cada imagen.

Seguía una retahíla de fotos del interior de una casa. La decoración acogedora, llena de alfombras y cálidas mantas a cuadros situadas oportunamente en los brazos de los sofás y de las butacas, recordaba muchísimo a la recreación a la que Helen y sus amigas habían sometido el garaje donde nos encontrábamos.

—¿Os acordáis del cottage, chicas?

Había hablado Mary, que en una foto salía tumbada en el suelo, sobre una mullida estera, con los pies en alto reposando sobre la pared.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunté— ¿Acaso te habías mareado? Al menos eso es lo que había que hacer cuando una persona se desmayaba. Acostarla en algún sitio, incluso en el suelo si hacía falta, y levantarle los pies por encima del nivel de la cabeza. Salía en cualquier guía de primeros auxilios. Mamá me había hecho estudiar más de una aduciendo que, al vivir aisladas, teníamos que saber cómo actuar rápidamente en caso de emergencia. No podíamos depender de la supuesta ayuda inmediata de un vecino, un médico o, en casos más graves, de una ambulancia.

Las cuatro prorrumpieron en nuevas risas y Mary quitó importancia al comentario con un gesto de la mano. —La señora estaba cumpliendo con su programa diario de estiramientos –explicó Helen con retintín.

—Eso no es del todo correcto, sabihonda –repuso la aludida—. Eso que ves no es un estiramiento. Sólo levantaba las piernas un rato para mejorar la circulación. Piensa que habíamos pasado buena parte del día sentadas, primero en el aeropuerto, luego en el asiento del avión y para terminar en el coche de alquiler.

—¿No hay transporte público en Irlanda? –pregunté.

—Sí, pero siempre vamos a pueblecitos muy pequeños y los horarios de autobuses son bastante limitados – explicó Lena—. Con un coche podemos organizarnos como más nos convenga y planear excursiones, por ejemplo. Nos da más independencia y, al ser

cuatro, no sale especialmente caro.

Estaba claro que lo tenían todo medido al milímetro.

—Además –añadió Gladys—, resulta de lo más emocionante conducir por la izquierda. Mary siempre se equivoca en las rotondas y las coge por la derecha.

—Ahora ya no me dejan conducir –dijo Mary con algo de tristeza fingida.

—¡Es que en el penúltimo viaje casi nos matas! –exclamó Helen. Aproveché que las tenía entretenidas rememorando una historia en la que casi se empotran con un camión que transportaba —¡cómo no!— ovejas, para pasar unas cuantas páginas del álbum. Quería llegar al meollo del asunto que las había llevado a volar cerca de dos mil quilómetros de distancia. ¿Dónde estaban aquellos irlandeses de ensueño?

No dejaba de volver páginas. Cottage, prados, playas, más prados, otra vez el dichoso cottage…

—Sí, pero luego bien que te ligaste al camionero –acusó Mary a Gladys.

—¡Cómo para no hacerlo! –se defendió la otra— ¿Dónde habías visto tú antes unos bíceps como aquellos? En los gimnasios que frecuentas seguro que no. No hay batido de proteínas que te ponga tan cachas. ¡Por lo menos tenían el diámetro de una bombona de butano! —¡Qué bruta eres! –dijo Helen. —¡Mira quién fue a hablar! La que casca las nueces con los dientes. No eres precisamente la más indicada para dar lecciones de finura.

—Chicas, chicas –trató Lena de calmarlas—. Tenemos una invitada, ¿qué va a pensar de nosotras?

Que resultaban de lo más divertido, por supuesto. Me sentía como si hubiera vuelto atrás en el tiempo y me hallara en medio de una pelea de niñas, en la escuela. Lena no sabía sacarse los hábitos de maestra de encima, pero las regañaba con un tono de condescendencia tan entrañable que por un momento envidié el enorme cariño que les profesaba.

Inesperadamente, Gladys me arrancó el álbum de las manos y estuvo rebuscando entre las páginas como una loca hasta que dio con algo que la hizo parar en seco y levantarse. Se plantó frente a mí y me mostró una fotografía que ocupaba casi una página entera. —Ésta me la pedí ampliada. ¿Qué te parece?

Su voz era triunfal.

¡Pero vaya! Aquel tío quitaba el hipo. Cogía a Gladys, que estaba sentada a su lado, por el hombro, atrayéndola hacia sí con un brazo que me hubiera ido de perlas para partir en sólo quince minutos la leña que iba a necesitar para pasar el resto del invierno. Por los muebles que veía al fondo, supuse que estaban en el cottage. El

rostro de Gladys era el de un ratón justo antes de que un gato se lo coma, pero a besos. Había algo de incrédulo en su mirada, pero era una incredulidad tremendamente regocijada y voluptuosa.

—Se llamaba Liam –me informó Gladys con su voz más aterciopelada—. Era el camionero que casi nos come en la rotonda.

—Salvamos la vida de puro milagro –añadió Helen—. Pero tú sí que lograste que te acabara comiendo, ¿eh? Dicho esto estalló en una carcajada.

—¿Qué te parece?

Gladys estaba ansiosa por escuchar lo que era evidente.

—Me parece que me apunto al próximo viaje.

—Vamos dentro de un mes, en enero, pasadas las fiestas navideñas – anunció Lena—. Si quieres también te reservo un pasaje.

Me la quedé mirando con una expresión socarrona.

—Era una broma. Pero el tío está cañón, de verdad. Bonitos ojos, buena mata de pelo, mandíbula de oso… Y parece más duro que una piedra. —Eso puedo asegurártelo – intervino Gladys—. No fui capaz de detectar ni una blandura en las diez horas que pasamos en la cama.

—¡Gladys! –gritaron Lena y Mary al unísono.

Supuse que, aunque vivieran dos vidas, nunca se acostumbrarían a las bromas de su amiga.

—¿Hay algún que otro Adonis por ahí? –dije robándole el álbum y hojeando algunas páginas más.

—No hay mucho más, no te creas –explicó Helen—. Mary estuvo tonteando con el dueño del pub, pero la cosa no acabó de cuajar.

—Estaba bien, pero era imposible sacarle de detrás de la barra. Creo que en realidad era un robot fijado a una guía de acero que se pasaba las veinticuatro horas del día sirviendo cervezas sin parar.

—¿Y ninguna más estaba interesada en el camionero?

—Cuando Gladys le echa el ojo a un hombre, tienes la batalla perdida – sentenció Lena—.Ya te puedes retirar. Ella no falla nunca.

Pude ver cómo el espíritu de Gladys saltaba sobre la maestra como una fiera.

—¡No me seas mosquita muerta! ¡Que tú comes poco, pero cuando lo haces te pones las botas!

Helen y Mary hacían esfuerzos por aguantarse la risa.

—Eso lo dice porque, el segundo año que viajamos, Lena se pasó una semana entera encerrada a cal y canto en casa de nuestro casero –me susurró Helen al oído—. Créeme, que para cuando salió tuvo que reconocer que no se había tomado ni un analgésico porque ni se había acordado del dolor. —¡Caramba! ¿Y por qué no te quedaste?

—Quitando el sexo, no tenía mucho en común con él. No habríamos durado ni dos días –argumentó Lena. —Sí, pero a la vuelta cogiste una depresión de caballo –dijo Mary—. Se pasó un mes llorando acurrucada en el sofá.

—¡Porque me dolían las articulaciones!

—Ya. Y los calmantes habían dejado de hacerte efecto –sugirió Mary con algo de sorna.

—La regla número uno para que el viaje merezca la pena es asegurarse de traer siempre el corazón de vuelta – me instruyó Helen—. Al igual que, antes de cerrar la maleta, una revisa cada cajón para comprobar que no se deja nada, tampoco hay que olvidar el corazón. Te lo metes bien enterito en el pecho y para casa. Así te ahorras problemas y depresiones postvacacionales.

—No es tan fácil cuando llevas más de cinco años sin comerte un rosco –arguyó Lena.

—Claro –reconoció la peluquera—. Eso es como cuando sigues una de esas estúpidas dietas que te prohíben comer chocolate y de repente, un día, vas y te das un atracón. A la mañana siguiente te levantas con síndrome de abstinencia. ¡Depresión asegurada!

—¡Qué gráfica! –se admiró Mary, que debía haber pasado por la experiencia.

—Pues he estado trabajando duramente conmigo misma y os puedo asegurar que enero va a ser mi mes de la suerte –avanzó Lena—. Llevo dos años haciendo régimen y ya va siendo hora de darme un buen homenaje.

—¡Lena! ¡Quién te ha visto y quién te ve! –exclamó Mary.

—¡Así se habla, guapa! –ésa fue Helen.

—¡Di que sí! –Gladys.

Acto seguido las miradas de las cuatro confluyeron en mí. Me sentí obligada a añadir mi cuota de ánimos a la lista.

—Estoy totalmente de acuerdo – aseguré a Lena sin dejar de asentir con la cabeza—. Llevan toda la razón. Seguro que te mereces esto más que nadie. —Estoy harta de tomar analgésicos –la maestra se había lanzado—. Quiero una semana de vacaciones y olvidarme de todo. ¿Sabéis qué?

Éramos todo oídos.

—Llevo un mes comprándome ropa nueva. La estoy guardando para enero. Pienso estrenarla toda allí. ¡Chicas! –se hizo un silencio expectante—. Esta vez no va a quedar títere con cabeza. Y… ¡Mary!

—¿Qué? –saltó la susodicha. —Si el barman no quiere salir de la barra, nos lo llevamos a casa con la barra a cuestas. ¿Entendido?

—¡A sus órdenes! –logró soltar Helen, que se mecía la barriga de tanto reírse.

Me pregunté a qué clase de hierba llamaban té aquellas mujeres.

Porque aquello no me parecía normal. Nada normal. Aunque resultara lo más tremendamente raro y divertido que me había ocurrido en la vida. ¿Acaso ése era el motivo de que los clubs y otro tipo de sociedades secretas llevaran sus actuaciones con tanto hermetismo? En mi pueblo había varios clubs. Uno de petanca, otro de ajedrez, dos de baile, uno de horticultura y macramé, y a saber cuántos más. Pero no creía yo que las cuatro señoras de turno que se reunían para elaborar cortinas de macramé, terminaran su sesión semanal en tal estado de delirio. ¿O sí? A lo mejor, habiéndome encontrado siempre encerrada trabajando en la granja, había perdido cierta perspectiva. Igual pasaban cosas en el mundo de las que yo no me había enterado. ¿Y si me había convertido en un bicho raro? Al menos, cuando tenía las vacas sólo era un bicho raro que pasaba inadvertido. Pero ahora que había pensado dedicarme a otra cosa, tal vez buscar un empleo en el pueblo o hasta hacer una pequeña escapada a Francia, mi rareza sería de lo más patente. ¡Podía meter la pata en cualquier lugar o situación y con cualquier persona! ¡Hasta podía ser que acabara en la cárcel!

—¡Pero si son más de las diez! – me asustó Helen— ¡Y Gladys todavía no te ha arreglado el pelo!

Me acordé del lamentable monumento que llevaba en el techo y me invadió una especie de intensa vergüenza.

—No es necesario –dije arreglándome un poco el flequillo con la mano.

Notaba el rubor ardiendo en mis mejillas, pero pensé que estábamos todas tan encendidas con el exceso de calefacción y la tertulia que, con un poco de suerte, pasaría desapercibido. —No, necesario no es –expuso Gladys—. ¡Es apremiante, imperioso, impostergable! Eso que llevas en la cabeza no es un peinado ¡Es un crimen! Y mañana por la mañana, cuando venga, me voy a encargar de repararlo.

Miré a mi alrededor, tratando de dar con alguien que pudiera entenderme.

—Mañana por la mañana no voy a estar aquí, Gladys. Me marcho ahora. Es tardísimo y tengo un perro hambriento esperándome en casa. Además…

No pude terminar la frase porque, sin saber cómo, me habían vuelto a brotar esas dichosas lágrimas. Menudo día me estaban dando.

—Carmín, ¿qué te pasa? –era Helen—. Te hemos estado agobiando demasiado ¿No es eso? Somos una pandilla de alborotadas, no tenemos remedio. Lo siento.

Volvía a estar bien apretujada contra las pechugas de mi anfitriona. Por lo menos, aparte de privarme la respiración, también

había conseguido intimidar a mi llanto.

—Gracias, gracias –dije tratando de escapar del abrazo y logrando estabilizar mis funciones vitales—. Es que mañana tengo un funeral.

Lamenté haber pronunciado aquella frase décimas de segundo después de haberlo hecho. Con lo cotillas que eran, ahora querrían saber quién era el muerto. No me equivoqué. —¡Vaya! ¿Quién se te ha muerto?

No recuerdo quien lo preguntó. Podrían haber sido todas a la vez. Les costaba menos que a una jauría ponerse de acuerdo.

Pensé en mentir, pero temía que se me notara demasiado. Además, no se me ocurría ninguna respuesta imaginaria, como que el fallecido era un primo segundo o un tío abuelo tercero. Temía que mi cerebro me traicionara en el último momento y acabara diciendo que el muerto era mi nieto o mi bisnieto. Desde que había vendido las vacas no confiaba demasiado en mi capacidad de autocontrol. Y lo cierto es que hacía bien en hacerlo.

Podría haberme curado en salud y declarar que el difunto era mi buen vecino pastor, o mejor aún su anciana madre. Pero eso me parecía incluso más incorrecto. No quería colgarle el muerto a alguien que todavía estaba vivo. Hubiera pasado los siguientes diez o veinte años en vilo, esperando a que se cumpliera el pronóstico para sentirme culpable con motivo.

Igualmente, había una segunda razón que hacía que me costara dar una respuesta. Era la forma en que habían formulado la pregunta: "¿Quién se te ha muerto?" ¿Cómo? ¿"Se te"? Que yo supiera, la única cosa que "se le" moría a alguien eran las plantas. Las plantas "se le" mueren a una cuando no las ha sabido cuidar lo suficientemente bien. O cuando son tan horrorosas que "se le" olvida a una regarlas. A mí nunca "se me" ha muerto nada más. Las reses mueren por un sinfín de causas, que van desde una enfermedad a complicaciones durante un parto. A las gallinas acostumbro a matarlas retorciéndoles el pescuezo horas antes de meterlas en una olla exprés. Los perros que hemos tenido en casa han muerto por causas naturales. Nunca he pensado que "se me" hayan muerto. Ni tan siquiera Nicolás, el gran amante y defensor de los animales, osaría afirmar algo parecido.

Así que responder aquella pregunta con honradez era como asumir que mamá "se me" había muerto. A mí. Porque no había podido evitarlo. Porque no había sabido cuidarla como debía. ¡Vaya mierda! ¿Hasta cuándo me perseguiría aquella sensación de que yo había acelerado la muerte de mamá cambiando de forma tan radical su granja, su casa, su vida? ¿Cómo había podido deshacerme tan fácilmente de su negocio, de su modo de ganarse el pan de cada

día?

Empezaba a estar harta de aquellos pensamientos. Me sentaban fatal. Pero me negaba a aceptar que siempre anduvieran precediendo al recuerdo de mamá. ¿Podría seguir adelante sorteando esa clase de escollos mentales?

Resolví ser sincera con aquellas mujeres que acababa de conocer y que me habían tratado con tanta cordialidad como un tónico casero. Entonces dije algo de lo que, sin duda, mamá habría estado orgullosa.

—Ayer murió mi madre.

Y respiré. ¡Menudo alivio! De haberlo sabido, lo suelto mucho antes. Tuvo lugar una pequeña laguna de silencio en la que, poco a poco, se echaron a nadar como patos algunas exclamaciones de consuelo.

Las fui recogiendo lo mejor que pude. A continuación me dejé abrazar por cada una de las cuatro. Me sentía como una muñeca de trapo a la que un puñado de amigas se iba pasando. Pero puedo asegurar que supieron respetar sus turnos sin armar un nuevo escándalo. Resultó de lo más curioso notar como, paralelamente a la tristeza que reavivaron en mí sus palabras de aliento, no dejaba de hacerme gracia la forma que tenían de tratarse.

—Pues si mañana entierras a tu madre –empezó Helen—, no voy a permitir que pases esta noche sola. —¡Por nada del mundo! – reafirmó Gladys.

Mary y Lena cerraron filas con las otras dos.

—Tú te quedas aquí con nosotras para que nosotras podamos quedarnos contigo.

¡Vaya lío de palabras estaba armando Helen!

—Mañana a primera hora te dejo el pelo que ni Julia Roberts en "Pretty Woman". Como haya un solo Richard Gere en el funeral, lo dejas sin aliento. ¡Palabra de peluquera! – prometió Gladys besando dos dedos en cruz.

—Por el amor de Dios, Gladys – dijo Lena—. ¿Nadie te ha enseñado a pensar sin meter siempre a un tío bueno en medio?

Gladys quedó algo desconcertada y yo, sin saber muy bien por qué, prorrumpí en un ataque de risa incontrolable. ¡No podía parar! Supongo que fue o aquello o ponerme a llorar sin consuelo. Pero lo extravagante de la situación favoreció la hilaridad, que fue contagiándose como las pulgas de una mujer a otra.

En menos de tres minutos estábamos las cinco masajeándonos las mejillas, que nos dolían horrores de tanto reír. No acabamos tiradas por el suelo porque el sofá se prestó amablemente a acogernos a todas, unas encima de otras.

Cuando ya estábamos recuperándonos, Mary, que llevaba muy

mal lo de parar, no pudo evitar opinar al respecto.

—Pero ¿qué Richard Gere ni qué pollas en vinagre? ¡Si está ya hecho un abuelo!

Fue lo de las pollas en vinagre, más que lo del abuelo, lo que instigó en mí un nuevo ataque de carcajadas. Volvimos a formar una montaña de risotadas sobre los bonitos cojines con los colores de la bandera irlandesa.

Cuando finalmente conseguimos parar, tuve claro que nada de lo que me propusieran admitiría discusión. Era como si, de alguna forma, con aquella catarsis compartida hubiera entrado a formar parte del club. Me sentía próxima a ellas y me sorprendí deseando dejarme llevar por sus alocados planes.

—Vamos a dormir todas aquí – decidió Helen—. No será la primera vez. Estaba en su salsa. Empezó a dar órdenes a diestro y siniestro. Creo que hasta a Rapunzel le tocó ayudar a traer un colchón.

En menos de cinco minutos el club pasó de parecer un salón importado directamente de un cottage irlandés a lucir la lujosa apariencia de la tienda de un jeque árabe. Con sólo un toque de su varita mágica, Helen consiguió convertir el sofá en una mullida cama doble. Lena arrastró con el culo la mesa del Scrabble hasta un rincón, junto a la pared, mientras Mary trataba de construir una pirámide de sillas que acabó desafiando las leyes de gravedad.

A continuación llegaron Gladys y Helen cargadas como dos camellos con unos bultos enormes que desenrollaron en el espacio que había quedado libre. Se trataba de un par de futones tan bien envueltos en sábanas de algodón que parecían recién sacados de un almacén ecológico. Supuse que era uno de aquellos artículos para invitados que debe haber en toda buena casa. Seguramente Helen había estado reservándolos en un cuarto para trastos, a la espera de una ocasión oportuna. Me dediqué a cubrirlos lo mejor que pude con un montón de edredones estampados con motivos hindúes y su docena de blandos cojines a juego. Sólo nos faltaba cambiar nuestras ropas por unos cuantos velos con lentejuelas y aquello habría parecido un harén en toda regla.

—¿Y el perro? –me espetó Lena de repente—. Dijiste que estaba solo en casa.

—¡Venga ya! No seas tan sensiblera –cortó Helen de raíz—. El perro puede esperar hasta mañana, ¿o no?

Se me quedó mirando como una granjera miraría a otra después de escuchar el comentario idiota de un extraterrestre.

Me supo mal por Lena, pero Helen llevaba razón. Un perro puede pasarse un día sin comer y no quedar traumatizado por ello. Además, Troy sí tenía comida. Sólo tenía que derribar el saco de

pienso que había en el fregadero y llenarse la barriga sin contemplaciones. De hecho, estaba segura de que ya lo había hecho.

—¿Tiene agua, al menos? – insistió la maestra.

—Por supuesto, su bebedero tiene capacidad para seis litros –la tranquilicé—. No va a ocurrirle nada malo.

—La parte negativa es que mañana, cuando llegues, tendrás que limpiar todo lo que haya ensuciado – apuntó Mary.

—No hay problema. Siempre hace sus necesidades en el cuarto de la caldera, que tiene un antiguo suelo de arena.

A veces me asombraba de lo bien organizada que tenía mi casa. En una ocasión, leí en una revista que nuestra casa es un reflejo de nuestra vida. Una casa desordenada podía poner de manifiesto que su propietario tenía algunas cosas por arreglar en su biografía. De la misma forma, un hogar cuidado, donde todo fuera como una seda, no hacía más que proclamar la perfección vital de sus moradores. Por lo que a mí respectaba, había conseguido gobernar no únicamente una casa, sino una granja entera. Con su ganado, sus sembrados, sus más de doce habitaciones, su calefacción de leña, su pozo y las múltiples sorpresas que una construcción de más de doscientos años iba deparando con el tiempo. Eso solamente podía significar una cosa: que, junto con la casa, tenía a mi propia vida bajo control. ¿Por qué narices no había podido dejarlo todo tal cual estaba? Ahora que ya no tenía vacas, no había necesidad de cultivar los campos para obtener forraje. Eso significaba que pronto se irían llenando de malas hierbas, algunos animales cavarían allí sus agujeros y la falta de abono dejaría la tierra completamente improductiva en menos de un par de años. ¿Era eso lo que acabaría ocurriendo con mi propia vida? ¿Se llenaría de pequeños roedores? ¡Abrirían tantos agujeros en ella que pronto parecería un colador! ¡Aquello era el principio del fin! Gladys me extirpó de aquellos pensamientos con una buena idea.

—¿Preparamos la cena?

Nos metimos en la cocina y Helen vació la nevera sobre el mármol. —Que cada una invente algo – decretó.

Pusimos manos a la obra enseguida. Lena había ido a su casa a por la medicación que debía tomar antes de acostarse y a coger algo de ropa para prestarme, pues aunque ella estaba delgada como la pata de una cigüeña me aseguró que me sentaría mejor uno de sus amplios pijamas que cualquiera de los que Helen pudiera prestarme. —Confía en ella –dijo Helen—. Con uno de los míos parecerías Oliver Twist metido dentro de un saco.

Estuve un rato observando los productos que había en la encimera y elegí los restos del pollo asado que comimos al mediodía, pan de molde, lechuga, tomate y salsas de mostaza y

mahonesa. Con todo ello improvisé unos sándwiches fríos bastante aceptables. Los puse en una bandeja y los llevé al club, donde Mary estaba ubicando la mesita baja entre los futones y la tremenda pantalla del televisor.

—¿Te apetece cenar mientras miramos una peli?

—¡Cómo no! –exclamé.

Comer mirando una película había acabado por convertirse en una de mis actividades nocturnas favoritas. Era una de aquellas costumbres que arraigaban rápidamente en una al poco de perder un novio.

—Pues vete escogiendo una, que yo tengo que ir a darle la vuelta a mi tortilla –dijo acercándome una columna con ruedas llena hasta arriba de DVD. Estuve repasando los títulos y no podía creerlo. ¡Allí había, por lo menos, todas las historias de amor con felices finales irlandeses que había visto en la tele! Y muchas más que no me sonaban de nada. Estaba segura de que no faltaba ni una. Aquello parecía ser el fondo museístico de *Cómete a un irlandés*.

Descarté las que ya había visto, generalmente en más de dos ocasiones, y me centré en las dudosas y en las que estaba segura de que me faltaban por ver. Me puse a leer los argumentos pero eso no me sirvió de mucha ayuda, ya que eran todos calcados. Sólo cambiaba el nombre de las protagonistas y su país de origen. El resto debía haber salido de una plantilla para argumentos de "películas románticas con destino final en Irlanda".

Opté por dejar la decisión en manos del azar. Dejé caer el dedo a lo largo de aquella colección y conté hasta diez. Detuve el recorrido de mi dedo al acabar de contar y saqué el DVD. Leí: "Un invierno para dos". ¡Vaya! No hacía ni tres semanas que la habían pasado en días consecutivos por dos cadenas distintas. Y me había tragado ni más ni menos que las dos sesiones.

Volví la funda a su lugar y cogí la que había debajo: "Francine se va de viaje". ¡Maldición! ¿Acaso iban a salir todas las que ya me sabía de memoria? Las dos siguientes, "La gente normal come soufflé" y "En manos del destino", hacía años que se arrastraban cada domingo por la tarde por las pantallas del mundo entero.

Saqué la quinta con más resignación que ilusión y, al menos, el título no me sonó de nada. "El año que nevó en verano". Era un título lo suficientemente raro como para esconder detrás suyo una película o buenísima o calamitosa.

La imagen de la carátula sugería más bien poco. Había una mujer, de espaldas, en mitad de un campo de amapolas. Tenía las manos en cruz. Parecía un espantapájaros o que estuviera recibiendo el fresco abrazo de una brisa irlandesa. Su vestido rojo sobresalía de entre los tallos de las flores. Seguramente habían

querido sugerir la semejanza de la mujer con una flor o el hecho de que su vida estaba floreciendo al lado de otras mujeres-flor como ella. ¡A saber! A dos centímetros de su cabeza se había instalado un nubarrón oscuro del que empezaban a caer copos de nieve. Nieve de verano. Bueno, podíamos probar a ver qué tal. Di la vuelta al DVD y releí el argumento. Periodista norteamericana, de Boston –¡oh! Eso suponía toda una novedad, generalmente eran neoyorquinas— se ve obligada a viajar a Irlanda –nunca se especifica la población— para entrevistar a un pintor en alza que se niega a exponer fuera de su país de origen. ¡Ajá! No hacía falta seguir. En menos de tres rayas habían salido todos los ingredientes necesarios para elaborar el delicioso dulce que íbamos a tomarnos en los postres: "periodista norteamericana", "obligada a viajar" y "huraño-artista-nacionalistaredomado-que-está-de-toma-pan-ymoja". Mejor, imposible.

Posiblemente mis compañeras ya la habían visto montones de veces, pero pensé que lo mismo ocurriría con el resto. Además, el hecho de que yo la viera por primera vez seguro que constituía un gran aliciente para ellas. Le comuniqué mi decisión a Gladys, que llegaba cargada con un bol lleno de macedonia en conserva y otro repleto de palomitas. A la vista estaba que lo suyo no era la cocina.

—¡Estupendo! Es una gran elección. Ya verás qué bien lo pasamos. —¿Qué vamos a ver? –preguntó Helen mientras aterrizaba al lado de la mesita con una fuente tapada con papel de aluminio.

Le canté el título de la película mientras ayudaba a hacer un poco de sitio para lo que resultó ser una humeante y consistente quiche lorraine. Un plato muy de su estilo. En aquel momento llegué a pensar que en los estatutos de la vida de Helen había uno que prohibía preparar recetas que tuvieran menos de ochocientas calorías por ración.

Mary apareció con una tortilla de patatas cortada en cuadraditos y banderilleada por incontables palillos justo cuando Lena llamó a la puerta del garaje con la aldaba.

—¡Qué susto! –grité pegando un brinco que casi me manda a casa. —¿Y tú querías irte a dormir sola a tu granja? –preguntó Helen— Con lo sensible que estás, por Dios. Menos mal que se te ha ocurrido quedarte con nosotras.

¿Cómo?

O sea que Helen era de aquellas que se arreglaban la realidad según sus intereses. Ya podía tomar nota. Tenía la sensación de que si me distraía, ni que fuera un minuto, en cualquier momento podía meterme un billete de avión en el bolso junto con un comentario del tipo: "Mira que nos ha costado conseguirlo, hemos tenido que remover cielo y tierra para que coincidieran las fechas, pero ya que

habías insistido tanto en acompañarnos…". Y con la confusión mental a la que me estaba viendo sometida hasta me lo habría creído. Puse una sonrisa de lo más cortés y Lena acudió en mi ayuda cambiando sabiamente de tema.

—¡Pero bueno! ¡Con todo lo que hay en la mesa podríamos dar de comer a media docena de milicianos hambrientos! Pero falta algo –añadió dudosa.

A continuación sacó un par botellas de vino rosado de una bolsa. Las agitó en alto, como si acabara de ganarlas en un sorteo.

—¡Mirad que he traído! ¿Quién va a por copas?

Mary se levantó y cruzó descalza por encima de los futones, como habría hecho un niño. Regresó con cinco copas de un cristal tan fino que pensé que había sido una mala idea disponerse a comer a ras de suelo. Pero ellas no parecían nada asustadas. Debían tener años de práctica. Yo, en cambio, la última vez que recordaba haber comido sentada en el suelo databa de cuando tenía seis o siete años. Fran solía venir a casa, por la tarde, cuando había acabado con sus tareas de zagal, y mamá nos cortaba una rebanada de pan y la doblaba sobre sí, metiendo dentro de ella un pedazo de chorizo o un trocito minúsculo de chocolate. Nos la comíamos sentados en el frío piso del zaguán. Allí no importaba que cayeran migas al suelo porque solía haber bastante tránsito de gallinas frente a la casa y, a la mínima oportunidad, entraban a curiosear un par de ellas y lo dejaban todo bien limpio otra vez.

Me encantaban esas meriendas con mi vecinito de once años. Se pasaba el rato hablándome de las ovejas y contándome todo lo que había hecho a lo largo del día, sin mencionar, por supuesto, las eternas horas que tenía que permanecer encerrado entre las cuatro paredes de la escuela. Lo explicaba todo con sumo detalle y, como siempre salían los mismos personajes, sus charlas acababan por convertirse en estupendos relatos de una misma serie.

Pero un día dejó de venir. Mamá dijo que él era ya un chico mayor y que seguramente había empezado a aburrirle la compañía de una mocosa como yo, mucho más pequeña y con una lengua de trapo que no había forma humana de controlar. ¡Cómo quería que subiera a verme, insistía mamá, si no dejaba de interrumpirle todo el rato con mis dichosas preguntas! ¡Menuda entrometida estaba hecha!

Esa era la opinión de mamá. Pero yo sabía que había otro motivo. Aunque no lograba comprenderlo. Fran se fue el día que le expresé la gran admiración que le tenía. No es que me hubiera enamorado de él, ni mucho menos. Es que creía que su vida era de lo más interesante. Cuando salía por la finca cercada a apacentar a los corderos jóvenes le sucedían todo tipo de aventuras. Se había

encontrado cara a cara con un zorro y, en una ocasión, tuvo que matar a una serpiente para que no mordiera la pata de una de sus pupilas. Lo hizo con la punta de su propio bastón y luego enroscó el cadáver del áspid y se lo metió en el zurrón. Lo primero que hizo al llegar a su casa fue encerrar al rebaño y subir a contarme su hazaña. Cuando sacó la serpiente y la desenrolló en el suelo ¡casi se me sale el corazón! Mamá me había prohibido en incontables ocasiones que me acercara a semejante bicho. Y en ese momento tenía uno allí mismo. Y no sólo eso, sino que Fran hizo que me estirara a su lado para comprobar que la serpiente era realmente más larga que yo. ¡Fue emocionante!

Aquel día había sobrepasado, con creces, cualquiera de las fabulosas expectativas que tenía depositadas en él. Así que cogí prestada una expresión que mamá solía usar cuando yo hacía algo que era muy de su agrado y la adapté a mi peculiar concepción del mundo. Mamá me decía que yo valía mi peso en oro ¿no era así? Por aquel entonces no estaba muy segura de lo que era el oro ni para qué servía. Sabía que mamá tenía una medallita y una alianza de oro. Se ponía la medallita los domingos, para ir a misa, y el anillo lo tenía incrustado en el dedo anular de una forma que a mí siempre me había parecido espeluznante. Aunque hubiera querido, no habría podido sacárselo. Todo esto me llevaba a pensar que el oro era algo meramente decorativo, como los cuadros o los jarrones que había en casa. Y lo que yo quería transmitirle a Fran era que él era realmente un campeón, que había hecho algo digno de un héroe.

Me incorporé y me quedé mirando a la serpiente muerta, tratando de pensar qué era lo más valioso que había en casa. Más que el oro. No tuve que pensar mucho, porque sí había algo que recogíamos con esmero cada día para almacenarlo concienzudamente sobre una gruesa cama de lona. Algo sin lo cual no hubiéramos podido alimentar los campos ni el huerto del que cosechábamos casi la mitad de todo lo que comíamos. Algo realmente imprescindible y valioso. Una palabra con la que, sin lugar a dudas, estaba convencida que lograría superar a mamá.

—¡Vales tu peso en estiércol! – grité aquel día a Fran, de todo corazón. ¿Y qué fue lo que hizo el desagradecido? Recogió la serpiente de un manotazo y se largó de inmediato murmurando entre dientes algo de lo que solamente logré cazar al vuelo las palabras "cría", "tonta" y "estúpida". Cuando llegó mamá con los bocadillos me encontró agazapada en un rincón, abrazada a mis rodillas, con la cabeza hundida en el pecho y llorando a moco tendido.

Fue cuando me notificó que Fran ya estaba muy mayor para

jugar con niñas pero que, incluso así, las cosas me irían mucho mejor si aprendía a sujetar mi lengua de una vez por todas.

Lena me alargó una copa llena de vino hasta la mitad y alzó su brazo para hacer un brindis. Las otras la imitamos. Parecíamos los caballeros de la tabla redonda prestándose a hacer un juramento.

—¡Por la mamá de Carmín! ¡Ay! Otra vez la emoción buscando salida por la escalera de incendios de mis pestañas.

—¡Por su mamá! –juraron todas. —¡Por mamá! –añadí con la voz rota.

Bebimos en silencio. A pesar de la decoración y de encontrarnos repartidas en los futones, hubo un momento muy intenso de solemnidad en el que me dio la impresión de que bebía de un cáliz. Pensé que mamá se habría sentido homenajeada con aquel gesto y eso ayudó a que me recobrara de la turbación.

—Gracias –logré decir apurando la copa de un trago.

—Y ahora ¡al ataque! –ordenó Helen en nombre de su estómago vacío. Por su parte, Mary le dio al play y empezó la sesión.

La siguiente hora y media pasó volando. Nos lo tragamos todo, la película y la comida. Helen, Gladys, Rapunzel y yo nos partimos las ocho porciones de quiche entre los cuatro. Estaba realmente suculenta y se alojó en nuestra barriga como un calefactor. Mary y Lena, de gustos mucho más ligeros, se dedicaron a los sándwiches y me felicitaron por mi buena mano en la cocina. La tortilla y las palomitas fueron desapareciendo lentamente hacia el final, junto con la última botella de vino. Únicamente la macedonia volvió tal cual a la cocina, como era previsible.

Para rematar la cena, Gladys sacó una botella de oporto y una caja de polvorones de un mueble bar que se había pasado la velada disfrazado de puf bajo un pañuelo. Seguimos comiendo y bebiendo, casi sin darnos cuenta de ello.

La película no había sido nada del otro mundo, pero a su manera había sabido llevarnos a un lugar de ensueño donde todo era verde, pausado, perenne y atractivo. Había conseguido identificarme con la protagonista, una periodista con menos quilos incluso que escrúpulos, y eso era una especie de milagro que no ocurría a menudo. Y menos tomando en consideración la cantidad de quilos y escrúpulos de los que yo sí era propietaria.

Al terminar, teníamos aquella sensación tan agradable de flotabilidad que proporciona el alcohol, aunque el atracón contribuía como un lastre a mantenernos tumbadas sobre los edredones.

Si alguien hubiera llegado en ese momento habría pensado que se había metido por error en un fumadero de opio. Tal era nuestro aspecto. Teníamos las mejillas coloradas, los ojos enrojecidos y la

sonrisa tonta de los que dan positivo en un test de alcoholemia. Parecíamos un hatajo desmañado de vampiras tras una despedida de soltera en fin de año.

Helen se había sacado picadura de tabaco de la manga y Lena y yo nos apuntamos a liarnos unos cigarrillos. Por lo visto, las otras dos no pertenecían a ninguna liga antitabaco, porque la verdad es que no tardamos nada en cargar el ambiente y no dijeron ni pío, y eso que hubo un momento en que hasta a mí me costaba respirar.

Rapunzel yacía espachurrado entre dos cojines, completamente fuera de combate tras haberse zampado dos porciones de quiche de más de diez centímetros de grosor. Trataba de recibir algo de afecto por parte de nuestros pies sin tener que mover ni uno solo de sus larguísimos pelos.

De repente, tuve una revelación.

—¡Ya sé por qué le habéis puesto ese nombre al gato!

Sólo me habían hecho falta tres copas de vino, dos de oporto, una tonelada de comida y ocho o diez cigarrillos. Pero lo había logrado.

De una en una, trataron de enfocarme con la poca precisión que les proporcionaban sus lentos reflejos, cosa que lograron al cabo de un rato.

—Por los pelos –dije estirándome una rasta del moño—. Son largos, como los de la chica esa, Rapunzel… La que estuvo encerrada en una torre.

Les hablaba como si tuvieran dificultades para seguirme.

—¡Qué lista! –dijo Helen con ironía.

—Pero eso no está nada bien, es un macho ¿Quién tuvo la idea de ponerle un nombre de chica a un gato macho?

Me daba cuenta de que una parte de mí estaba empezando a enfadarse. Era consciente de que irritarme por algo semejante era una soberana tontería, pero incluso así no podía evitarlo. Algo de lo que había ingerido durante la cena estaba afectando la parte de mi cerebro relacionada con la ira. Lo más sensato habría sido pensar que el responsable era el alcohol, pero en mi testarudez me inclinaba por culpar a las palomitas. ¡Seguro que eran transgénicas!

—Lo decidimos por votación – intervino Lena—. Es una de las normas del club.

—Y no sabíamos que era un macho –se disculpó Gladys—. Era tan solo un gatito de seis semanas. Le miramos el sexo y, como no vimos pelotitas, pensamos que era una hembra.

¡Dios!

—Tuvimos que darle biberón – comunicó Mary, a quien parecían encantarle las informaciones complementarias

—Mira, chica –concluyó Helen—. Hay un tío, en el pueblo, que

cría gatitos persas para ganarse un sobresueldo. Rapunzel salió defectuoso, así que no podía venderlo. De no habérnoslo quedado lo hubiera liquidado. Así que éste puede dar gracias de estar vivo, aunque sea con nombre de mujer.

Como si hubiera comprendido cada una de sus palabras, Rapunzel se arrastró sobre su gorda barriga hasta su dueña. Cayó sobre ella como un león marino y dejó que le masajeara las orejas.

—Mira.

Helen me mostraba una clapa sin pelo en el nacimiento de la cola del gato. Tendría unos cinco centímetros de diámetro, pero no me había apercibido antes de ella. Ni siquiera Nicolás, en su exploración, se había dado cuenta.

—¡Mi pichoncito está tarado! –le canturreó Helen colgándoselo del hombro como un bolso.

Entonces me acordé de que al mediodía me había parecido ver otro gato circulando por la casa.

—¿No hay otro gato?

—¿Otro gato? –preguntaron las cuatro con ironía, incredulidad, halo de misterio y sordera respectivamente.

—Sí, hay otro –me confirmó Helen—. Es su hermano gemelo

¡Ya decía yo! Estaba orgullosísima de haber sabido mantener mis cinco sentidos intactos a pesar de todo lo que me había sucedido en las últimas horas.

Helen me miraba con regocijo. —Pero no está mucho por aquí —añadió—. Sólo se deja ver cuando me he bebido una botella y media de vino.

Estallaron en carcajadas. Me sentí como si alguien me hubiera volcado una carretilla de cubitos de hielo por encima y acabé por unirme a ellas en sus risas.

Supongo que pararíamos en algún momento, al menos para poder quedamos dormidas.

6

Era el funeral de mamá. Me hallaba en el cementerio, al lado de un féretro de madera de roble recién barnizada. Algunas gotas de lluvia se habían posado sobre él. Parecían diminutas lupas atrapapolvo. Con lo nuevo que estaba, recién estrenado, pensé que aquello era una lata, como cuando sacas el coche del túnel de lavado, limpio y reluciente, y de camino a casa se pone a llover inesperadamente. Menudo fastidio.

Me había ocurrido una vez, hacía quince años. Acababa de sacarme el carné de conducir y mamá me regaló la ranchera, que había comprado de segunda mano a mis espaldas, con la ayuda y asesoramiento técnico de Fran, que había estudiado un par de cursos de mecánica. Me enamoré de ella en cuanto la vi, recién salida del taller de chapa y pintura, donde le habían dado un baño de color blanco con una pistola. Le habían hecho instalar ruedas nuevas de todoterreno y tenía la solidez de un tanque. Era el automóvil perfecto para mí.

Lo primero que hice fue salir a dar un paseo con ella. Llegué hasta el pueblo y regresé. Pero necesitaba más. Así que me metí por una pista forestal y conduje por lo menos durante dos horas a través del bosque. Regresé a casa agotada y hambrienta. Cuando aparqué eran más de las nueve de la noche. Besé la carrocería, que ardía como un pura sangre tras una carrera, y subí a dar buena cuenta de la cena.

A la mañana siguiente me despertó uno de los horripilantes gritos de mamá. Como tenían la particularidad de romper la barrera del sonido, no abusaba de ellos. Tenía un juego de un par de docenas, a gastar durante lo que le durara la vida, así que los guardaba celosamente bajo llave. Sólo salían en las ocasiones especiales, como por ejemplo sorprender a un ladrón dentro de casa, ser embestida por el cuerno de una vaca en celo o prenderse fuego en el moño al meter un par de leños dentro del hornillo de la caldera.

—¡Qué le ha pasado al coche! – sus palabras traspasaron las paredes de mi sueño como teledirigidas y me atornillaron la cabeza — ¡Carmín! ¡Ven a ver esto! ¡Algún animal le ha estado arrancando la pintura a tu coche durante la noche!

Hay que aclarar que cuando mamá se refería a "algún animal" era en su sentido literal. En las zonas rurales, los principales sospechosos de cualquier fechoría son siempre los animales. En

primer lugar, los animales salvajes, y una vez descartada su culpabilidad, las miradas detectivescas se centran en los bichos domésticos.

Salté de la cama más rápido que si me hubiera comunicado que se había abierto una grieta en el suelo y que habían empezado a salir aborígenes australianos de ella, soplando didgeridoos y comiendo canguro. Abrí la ventana y me asomé. Daba igual que el frío de la mañana me recibiera con una amenaza de pulmonía.

Miré hacia abajo y los vi. Mamá no dejaba de dar vueltas alrededor del coche. Parecía no atreverse a acercarse a él, como si con el sólo hecho de tocarlo se le fueran a desintegrar las huellas dactilares. Sin embargo, se restregaba las manos con el delantal. Debía habérselas mojado con una especie de líquido resistente al secado porque no podía parar de hacerlo.

El coche daba miedo. Ya no era blanco. Era como si hubiera recibido un ataque alienígena durante la noche, sólo que, en lugar de moco verde, la sustancia que lo cubría parecía más bien pasta de dientes reseca. Reseca y marrón.

Lo comprendí de inmediato. —¡Tranquila, mamá! ¡Es fango! ¡Sólo es fango!

Mamá levantó la cabeza y me miró sin comprender.

—¡¿Y quién puede odiarte tanto como para hacerle esto a tu coche nuevo?!

Qué forma de gritar. Parecía una escena sacada de una película italiana. Tentada estuve de contestarle que la responsable era la mafia napolitana, pero me abstuve. Le pedí que me esperara con un gesto de la mano y bajé bien enrollada en mi bata.

Hice caer un pegote de fango del parachoques con la zapatilla.

—¡Válgame Dios! –mamá no podía dejar de exclamar— ¿Todo esto es fango? ¿Y de dónde ha salido? No veo por aquí ningún agujero y no imagino a nadie trayendo todo este material aquí en un saco. Harían falta por lo menos diez, y más de una persona para cargarlo, claro…

Cuando la mente de mamá arrancaba, ya podías empezar a construir tu propia barricada. Traté de contraatacar.

—¡Pisa el freno, mamá! Lo hice yo ayer por la tarde. Fui a dar un paseo por el bosque y debí meterme por terreno embarrado.

—¡Pero hija! ¿No tenías suficiente con el coche que has tenido que traerte todo este barro? ¿Qué querías? ¿Hacer ladrillos con él y conseguir así también tu propia casa?

Me agazapé en la barricada y opté por dejar pasar el carro de combate por encima.

Cuando todo quedó en silencio me disculpé por mi alocada cabeza y prometí a mamá que limpiaría el coche. Lo dejaría como

nuevo.

Fue entonces cuando me confesó que se había pasado más de tres horas echando su propio vaho en el parabrisas y frotando con una gamuza para que luciera impecable.

—Bueno, ya sabes que yo tengo otros métodos, mamá.

—¿El cepillo del cobertizo y la manguera?

Pues sí. Pero su tono indicaba claramente que aquella no era la respuesta más indicada.

Resolví bajar al pueblo y pasar la ranchera por el túnel de lavado para dejarla tan resplandeciente como cuando me la había regalado. No quería que pensara que el coche me importaba un pepino. Hacía meses que soñaba en voz alta con tener uno. Uno solo para mí. El de mamá estaba tan hecho polvo que ya casi ni lo usaba. La mayoría de veces iba andando al pueblo. Y si tenía previsto cargar con algún paquete, solía aprovechar los viajes de Fran o Luisa para ir con ellos.

Lo que ocurría era que la limpieza del coche sí que me importaba un pepino, un rábano, un bledo o cualquier otro humilde vegetal comestible. Pero tal vez era demasiado pronto para hacérselo saber a mamá. La había dejado en estado de choque. Lo que debía hacer era someter a la ranchera a una buena ablución, restaurar su virginidad y dejar que el paso del tiempo —y no los pasos embarrados— fuera dejando sus imperceptibles capas de sedimentos sobre ella. Mamá se acostumbraba fácilmente a los cambios paulatinos. Eran las grandes alteraciones lo que la sumían en una especie de catalepsia. Supongo que los orígenes de tal reacción psicosomática debían buscarse en la muerte súbita de papá. Para que viera que mis intenciones eran serias, entré en casa inmediatamente, me puse un chubasquero lo suficientemente grande como para tapar pijama y bata y cambié mis zapatillas por las botas. Salí, le planté un beso en la frente, le recomendé que desayunara algo y le prometí que para cuando hubiera acabado ya estaría de vuelta con el coche.

—Cuando veas lo reluciente que voy a dejar el capó, vas a lamentar haber desayunado en la mesa de la cocina –le aseguré.

A mamá se le destensó la frente y se le iluminaron los ojos. Me di cuenta de que finalmente también había conseguido parar de estrujar el delantal que llevaba puesto.

Cogí con pinzas mi nuevo juguete y me lo bajé al pueblo. Al lado del taller mecánico había un terreno donde habían instalado una especie de túnel de lavado casero. Estaba hecho aprovechando la estructura de un invernadero. Lo habían acondicionado con mangueras de agua a presión, un juego de buenos cepillos con mango largo, varios esprays de limpieza y un montón de paños y

gamuzas para el secado. Por cuatro duros podías disponer del kit entero por un tiempo ilimitado. Y por cuatro duros más salía un chico del taller y te ayudaba.

A nadie se le habría ocurrido dejar el coche y largarse mientras se lo lavaban. En realidad, ya resultaba raro que alguien hubiera tenido la idea de montar semejante chiringuito. En el pueblo cada cual acostumbraba a lavarse el coche en su propia parcela, pero el túnel de lavado —o "el vivero", como solíamos llamarlo— era un servicio que resultaba útil en casos de necesidad, como por ejemplo ser el padrino de una boda y haber salido de caza el día anterior. En esos casos, el agua a presión y un par de manos más en el secado resultaban de mucha ayuda y permitían ahorrar un montón de tiempo. Pasé media mañana desincrustando capas y más capas de barro de mi coche nuevo. A los diez minutos estaba sudando a mares. Me metí dentro y me quité la bata como pude, sentada en el asiento delantero. Reanudé la tarea, pero al cabo de un rato volvía a transpirar por cada uno de mis poros. Aunque estábamos a finales de otoño, el efecto invernadero del túnel lograba mantener allí dentro un permanente clima tropical. El calor y la humedad eran asfixiantes.

Tenía que librarme de una segunda envoltura de ropa. Subí al coche otra vez y estuve pensando si sería preferible quedarme en chubasquero o en pijama. Opté por quitarme el pijama, ya que su forro afelpado estaba empezando a picarme y eso me resultaba insoportable. A Dios gracias, tanto las botas como el impermeable me llegaban hasta las rodillas, así que casi no quedaba nada de mi cuerpo al descubierto. Hice una pelota con mi ropa y la dejé en el asiento del copiloto. Luego me subí la cremallera hasta la barbilla y, sin nada más debajo, salí a terminar mi tarea. Como no necesitaba la ayuda de nadie, no tuve que estar pendiente de recogerme los bajos del chubasquero cada vez que tenía que agacharme o arrodillarme, así que pude trabajar con comodidad y me cundieron las horas. Además, la idea del chubasquero, aunque fuera involuntaria, dio muy buen resultado. Me salvó de llegar a casa chorreando. Me apunté mentalmente la idea para la próxima ocasión, aunque tenía bastante claro que no habría muchas más.

Al abandonar el pueblo, el coche parecía un espejo con ruedas. Estaba contenta, ya que con eso alegraría el día a mamá, que no podía creer que hubiera estropeado su regalo de tal forma en tan pocas horas.

Conduje despacio. Quería dar tiempo a los pájaros que había posados en los árboles a atezarse las plumas o retocarse el rímel a mi paso. Apenas había recorrido un quilómetro cuando se puso a llover. Lo hizo de la forma típica. Primero cayeron unas gotas

insignificantes, como las que salen despedidas con un estornudo. Luego se transformaron en goterones enormes que se precipitaban desde las nubes como flanes y quedaban aplastados contra el cristal, lanzando miles de salpicaduras más pequeñas en un perímetro de diez o doce centímetros a la redonda.

Pronto estaba diluviando. Oí como mis muñecas maldecían la última larga hora de secado, pero no tuve tiempo de distraerlas con una promesa de reposo o un vale para un breve masaje con aceite de romero antes de acostarme. Había alguien parado en el minúsculo arcén. Hacía señas con los brazos en alto para que detuviera el automóvil, así que lo avancé lentamente, puse el intermitente y me paré a un lado de la carretera. Miré por el retrovisor. ¿Quién coño era? Se acercaba con trote ligero, como un potro empapado. Al llegar a mi altura hizo ademán de abrir la portezuela del copiloto, pero estaba cerrada. Pues claro. Sólo tenía dieciocho años, pero no tenía ni un pelo de tonta. Acababa de sacarme el carné y mamá me había sometido a varias sesiones de hipnosis para meterme en el cerebro la prohibición de coger autoestopistas, a no ser que fueran vecinos.

El desconocido aporreaba el cristal. Tuve que gritar que parara para bajar la ventanilla y tratar de descubrir su identidad. Una cabeza enorme se metió resoplando dentro del coche. El pelo mojado se le pegaba a la cara como un montón de heno fresco. Cuando lo adelanté me había recordado un potro, pero ahora que lo tenía a dos palmos de mí más bien me parecía un caballo. Pegué un brinco, desembragué y puse primera para salir pitando de allí. —¡Ni se te ocurra! –amenazó aquel extraño.

¡Acabáramos! Pero si era la voz de Fran, mi vecino.

Le abrí la portezuela y lo apremié a subir, disculpándome de paso por no haberle reconocido.

Entrar, sentarse y echarme la bronca fueron todo lo mismo.

—¿Se puede saber qué te pasa, campesina? –preguntó tirándose el pelo hacia atrás para despejarse la cara– ¡Si llegas a arrancar me habrías cortado la cabeza!

Tuve que disculparme nuevamente, pero no hizo falta que le contara el cuento chino de la hipnosis porque de repente se removió en el asiento y sacó algo sobre lo que se había sentado.

—¿Qué es este montón de ropa? ¡Mierda! La bata y el pijama. ¡Dios! De repente me sentí completamente desnuda. ¡No llevaba nada debajo del chubasquero! Ni una horrible camiseta interior, ni sujetador, ¡ni bragas! ¿Cómo demonios lo hacía para terminar siempre metida en semejantes aprietos?

—¡Deja eso! –le grité tratando de arrebatárselo de las manos.

El coche se desplazó peligrosamente hacia el carril contrario. Lo

reconduje sin perder un segundo, pero fue tiempo suficiente para que Fran se diera cuenta de que aquella bola de colorines recordaba vagamente a un pijama.

—¿Tanto te gusta tu coche nuevo que has pasado la noche con él?

Lo maté con la mirada.

—¿Quieres mandar eso al asiento trasero, por favor?

Obedeció enseguida. Aunque nos tuviéramos confianza, era sólo hasta cierto punto y Fran nunca intentaba llevar sus bromas más allá, adentrándose en un espacio donde la confianza podría haberse expandido.

—Nada hacía creer que fuera a llover de este modo –comentó cambiando de tema.

Atisbamos el horizonte. El nubarrón que se nos había echado encima parecía haber salido de la nada. A pesar de la cortina de agua que estaba cayendo, pudimos ver cómo a tan sólo dos o tres quilómetros el cielo lucía un tono mucho más luminoso.

—¿Ibas para casa? –pregunté a mi pasajero.

—Sí.

—¿De dónde venías?

—Mira que eres cotilla.

Me tragué la lengua durante un rato.

—Bueno, es que es raro verte solo por ahí. Quiero decir que generalmente siempre sales con el rebaño. Y cuando bajas al pueblo sueles coger el coche.

Me estaba embrollando, pero hablar me distraía de pensar que iba desnuda. Era como si por el hecho de estar en silencio no pudiera evitar comunicarle mentalmente a Fran que en realidad no llevaba nada puesto bajo aquella fina capa de plástico.

—Así que ahora la vecinita anda jugando a los detectives –dijo con sorna. —¡Serás tonto!

—Tampoco hay que insultar. Por cierto ¡qué calor hace aquí dentro! –dijo desabrochándose la chaqueta— No sé cómo no te estás asando dentro del impermeable.

Me tensé al momento. Era lo último que hubiera querido escuchar. —¡Estoy bien! –mi voz indicaba justo lo contrario—. Además, ya casi estamos llegando.

—¿Quieres que te baje la cremallera? Así no tendrás que soltar las manos del volante.

Mi pensamiento tuvo que rectificar. Era eso, y no lo que había dicho antes, lo que justamente no quería haber oído.

—¡Que me dejes en paz! Hay qué ver cómo te pones de pesadito con la lluvia, te afecta más a ti que al ganado.

Era plenamente consciente de que estaba siendo más

desagradable que una cucharada de potaje rancio. Pero tenía que detenerle como fuera. No quería ni pensar qué pasaría si intentaba bajarme la cremallera. Lo más probable es que acabara mordiéndole la mano en un último intento por evitar morir de vergüenza.

—Lo que hay que ver es cómo estás tú desde que tienes novio.

Me lo quedé mirando con cara de asombrada injusticia.

—¿Cómo? ¿Se puede saber qué pinta Jose aquí?

Permanecía inmóvil, mirando al frente.

—Nada. No pinta nada.

¡Cuánta seriedad en aquella voz de veinteañero! Ese chico era más raro que un perro verde.

—Perdona —añadió—. Has sido muy amable deteniéndote y ofreciéndote a llevarme. No quería ofenderte.

Nos sumimos en un silencio lleno de alambradas que duró el resto del viaje.

Al llegar a la granja de Fran la lluvia nos ofreció una tregua.

—Gracias. Toma esto –dijo entregándome un paquete que sacó de un bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué es?

—No lo sé exactamente. Creo que algún medicamento. Tu madre llamó esta mañana, cuando ya te habías ido. Se ve que el veterinario acababa de avisarle de que le había llegado esto. Nos pidió que si teníamos que bajar al pueblo lo recogiésemos en nombre tuyo.

–Ahí dudó un poco—. Me pareció que era urgente.

—¡La inyecciones de glucantime! –dije palmeándome la frente.

Las teníamos encargadas hacía semanas y debíamos iniciar el tratamiento cuanto antes. Era la única forma de tratar la leishmaniosis que había contraído Loca, la perra que teníamos por aquel entonces. El veterinario nos aseguró que con aquel fármaco lograríamos controlar la infección de protozoos que, en su caso, le producía cojera y un exagerado crecimiento de las uñas. Era la única forma de que Loca pudiera seguir unos años más con su especial estilo de vida, caracterizado por una gran pereza y unos vistosos ataques de energía.

—Gracias —añadí—. ¿Has bajado andando al pueblo sólo por eso?

—¡Claro que no! –saltó a la defensiva— Tenía que ir igualmente a buscar el correo.

—¿Andando? –insistí.

—Pues sí, mi madre se llevó el coche esta mañana.

—Ah. Pues gracias otra vez. Nos despedimos y lo dejé saludando a su rebaño, que siempre salía a recibirle cariñosamente.

Era un chico increíble, pensé mientras ascendía ruidosamente la

cuesta, apretando a fondo el acelerador para evitar que se me calara el motor. Increíblemente amable e increíblemente modesto. Imaginaba que podría llegar a disfrutar de su compañía si no fuera porque me resultaba altamente irritante la forma que tenía de tratarme. Fran era como una ortiga, poseía un montón de valiosas propiedades, pero bastaba un pequeño roce con él para que te saliera urticaria.

Pensar que había recorrido andando los tres quilómetros de distancia hasta el pueblo sólo para recogernos el paquete decía mucho de él. Porque, por supuesto, no estaba dispuesta a creerme la excusa de ir a buscar el correo. ¡Menuda tontería! Si eso lo hacía su madre cada sábado por la mañana, igual que la mía y que todo el mundo. Cualquiera que tuviera alquilado un apartado de correos en la estafeta sabía que el mejor día para vaciar el buzón era el sábado, ya que era precisamente el viernes cuando llegaba la mayor parte del correo ordinario. Al menos, me alegraba de haberle podido llevar en coche a la vuelta. Le había ahorrado el chubasco. No podía decir lo mismo de la ranchera. ¡Con lo bien que había quedado tras el lavado! Antes de pillar el temporal lucía tan limpia y reluciente como una niña vestida de primera comunión. En cambio, al llegar a casa tenía marcas de goterones por todas partes. Y eso no era lo peor. Al secarse el agua, veinte mil rastros quedarían marcados en la carrocería, como caminos polvorientos en un mapa. Lo único que podía hacer para evitarlo era volver a secar el coche y rezar para que mis muñecas no se pusieran en huelga y no lloviera hasta que mamá hubiera dado su visto bueno.

Por aquel entonces debía tener en óptimas condiciones mi dosis de fe, porque la verdad es que todo acabó bien. Lo único que me quedó flotando en el interior fue un residuo de la desagradable sensación de ver cómo algo tan querido para mí como la lluvia se convertía en indeseado al entrar en contacto con una cosa tan superflua como un simple capó de coche.

O como un ataúd, pensé durante el funeral. Debería estar contenta de que lloviera en el entierro de mamá. A ella le encantaba la lluvia, como a mí. Seguramente fue ella quien me transmitió ese amor por el agua que empapaba regularmente nuestros campos, regaba el huerto e inundaba el pozo. Teníamos suerte de vivir en un lugar agasajado semanalmente por litros y litros de vida.

Sin embargo, aquellas gotas encima del ataúd tenían algo de sucio. Me entraron ganas de sacar un pañuelo y restregarlo por la pulida superficie de madera hasta no dejar ni una. Pero, claro, no podía hacer eso delante de todo el mundo. Habrían pensado que me había vuelto loca. Así que aguanté estoicamente la especie de ofensa que cada nueva gota de lluvia parecía dirigirme.

Un angelito se había sentado encima de mi hombro como haría un loro. No dejaba de repetirme que podía tratar de considerar aquella lluvia como un homenaje a mamá. La verdad era que la idea, aparte de sonar muy bien, era de lo más sensata. Cuando en una película llovía durante un funeral todo el mundo interpretaba eso. Solamente llovía cuando el muerto era un personaje honorable, merecedor de esa consideración que hacía que todos los que habían asistido a despedirle desplegaran las alas de cuervo de sus paraguas. El resultado aéreo era una bella imagen en la que un féretro situado en posición central se veía rodeado por una paulatina eclosión de enormes flores negras. Precioso. ¿Acaso no me gustaría eso mismo para mamá? Sin tener en cuenta que ella hubiera preferido paraguas azules sobre tapetes de ganchillo, creo que el resto habría sido de su agrado. El agua de lluvia tenía algo refrescante. Incluso para un muerto.

Pero tenía una cucaracha roja y cornuda metida dentro de la oreja que no dejaba de roérmela. ¿Iba a permitir que metieran en el nicho el féretro manchado de mamá? Me lo preguntaba cada vez que el angelito se tomaba una pausa para respirar. La obligación de una buena hija en el funeral de su madre era la de ocuparse exclusivamente de los detalles más pequeños. Para resolver los problemas gordos ya estaban los amigos de la familia. En todos los funerales solía haber una mujer, oronda y capaz como una bota de vino, que se multiplicaba por diez para montar guardia en el velatorio, retocar el maquillaje del muerto, guiar la marcha fúnebre a través del cementerio y sacarse de debajo de la falda, en el momento oportuno, un carrito con emparedados y un termo de café.

Mis deberes eran pocos y fáciles de cumplir. Sólo debía tener permanentemente controladas las coronas de flores para ir sacando los pétalos que se iban poniendo pachuchos, asegurarme de que el cura que iba a oficiar la breve ceremonia se supiera el nombre completo de mamá y aspirar del modo que fuera cualquier mota de polvo o gota de lluvia que osara manchar la superficie bruñida del ataúd. Me podía olvidar del resto. Lo tenía todo controlado la señora oronda y capaz.

Alguien me puso la mano en el hombro justo en el momento en que yo metía la mía en el bolso para buscar a ciegas un paquete de pañuelos. No podía más. Mi angelito no tenía ningún poder de convicción.

Me giré para ver quien me había tocado con tanta propiedad. —¡Papá! Creía que no vendrías.

—No me lo habría perdido por nada del mundo.

—¿No te parece un comentario algo inapropiado?

—¿Te crees que disfruto con ello?

Lo fulminé con la mirada. Pero luego me di cuenta de que no tenía muy buena cara.

—Estás bastante pálido ¿Te encuentras bien?

—Tomando en cuenta que llevo más de treinta años muerto creo que podría estar bastante más hecho polvo.

Recordé que mamá solía decir que papá tenía bastante sentido del humor.

—Tenía ganas de conocerte –le dije.

Posé mi mano sobre la suya. Era huesuda y estaba helada pero su apretón tenía la cálida firmeza de los apretones de la gente del campo. —He estado todo este tiempo en una salita de espera, disfrazado de perchero. La gente abriga tanto a sus muertos que he tenido bastante trabajo y el tiempo me ha pasado volando. —Gracias por venir a saludarme, papá.

—Me moría de ganas, hija. Como no había dejado de sonreír durante todo el rato con su boca sin labios, no sabía si se había reído de su propio chiste. Yo sí lo hice y entonces él se apartó de mí.

—Me voy con ella.

—Sí, no la hagas esperar, que es capaz de liarse a tejer fundas de ganchillo para los asientos y luego no querrá salir de allí hasta que haya terminado con la última.

Se desvaneció sobre un fondo de cipreses y alguien puso una mano sobre mi hombro, justo donde la había tenido él.

Me agitó sin miramientos. —¡Carmín! ¡Carmín! ¡Levanta, mujer! ¡Tenemos mucho trabajo por hacer y a ese paso no vas a llegar nunca!

Lo primero fue darme un vuelco el corazón. Se me ensanchó de tal forma que pude notar como me obturaba la tráquea. Tuve que aprovechar sus rítmicas contracciones para aspirar algo de aire y lograr mantener en marcha la respiración. ¿Acaso era ése el trabajo del que me estaban hablando? Porque resultaba agotador. No creía yo que fuera lo más indicado para empezar bien el día.

Abrí los párpados para quitarme de encima aquella sensación. Me oprimía como una pesada manta de lana. Cuando tenía seis años una noche creí que moriría ahogada de forma parecida. Hacía tanto frío que mamá añadió dos mantas extras a mi cama. Fue como si me hubiera tapado con losas de piedra. Pesaban tanto que tenía que hacer esfuerzos para respirar.

—¿Se puede saber qué pasa? – pregunté a nadie en particular con la que estaba empezando a ser mi habitual voz de resaca matutina.

Alguien me acercó las gafas. Le di las gracias con un mugido y

me las puse. Seguía doliéndome la nariz, aunque un breve reconocimiento digital dio como resultado que había bajado la inflamación. Al menos no todo iba tan mal.

—Toma, bébete el café, coge unas galletas y ve tirando para el baño, que Gladys te está esperando.

Ay.

Ay, ay, ay.

No sabía si reír o llorar. La verdad era que me entraron unas ganas tremendas de hacer las dos cosas simultáneamente. Por un lado, me reconfortó el hecho de haberme despertado en aquel acogedor garaje. El recuerdo de la velada pasada cayó sobre mí como un rayo, llenándome de electricidad. Sin embargo, aquellas mujeres no dejaban de darme grima. Eran encantadoras, sí, pero estaban un poco majaras. Ideaban alocados planes en un santiamén y luego los llevaban a término con todos los cabos sueltos. Estar con ellas era como hacerse a la mar en un barquito de papel.

Sea como fuere, tuve que olvidar mi dilema. El apremio de Helen dejaba muy claro que no había un minuto que perder.

—¿Qué hora es? –pregunté poniéndome el chaleco salvavidas mentalmente.

—Las nueve y cuarto –contestó Lena, que estaba arrodillada frente a mí, empezando a enrollar el futón donde había dormido.

—¡Dios mío! ¡El funeral es a las once! –grité mientras me incorporaba de un salto y vaciaba la taza de café de un solo trago.

—Pues entonces vas bien, creíamos que era a las diez –admitió la irreflexiva Helen.

—¿Y siendo así me habéis dejado dormir hasta las nueve y cuarto? ¡No me lo puedo creer!

Me comía la indignación. Iba a enterrar a mi madre y a aquel atajo de liantas eso parecía darles igual.

—Quince minutos para arreglarte y media hora para llegar. Tienes tiempo de sobra.

El tono de Helen me sacaba de quicio, pero tal vez ése era el estado mental que me hacía falta para llegar a tiempo a la iglesia. Ya le cantaría las cuarenta a la cabecilla de Cómete a un ciempiés otro día.

Salí disparada. Tuve que sobrevolar a Mary, que todavía dormitaba acurrucada en el sofá cama, y llegué al baño dispuesta a lavarme el pelo en menos de un minuto. Pero Gladys ya estaba apostada allí para prohibírmelo.

—Esto tengo que desenredarlo en seco. Si lo mojas, estás perdida.

Acaté de inmediato para no enzarzarme en una discusión inútil que lo único que haría sería robarle más minutos al reloj. Me senté

en un taburete amarillo y dejé que la peluquera sacara su arsenal de peines y cepillos. Estaba preparada para la sangría.

Pero la verdad es que Gladys apenas si me tiró del pelo. Notaba cómo iba sacando un mechón de aquí y otro de allí. Insistió en pasar varios peines en algún lugar especialmente peliagudo, como si estuviera buscando el arma indicada con la que acabar con un enemigo particularmente difícil de abatir.

Tenía el espejo a mis espaldas, así que no podía ver nada de lo que me estaba haciendo. Como aquello no se parecía en absoluto a la tremenda crisis de sacudidas por su parte y de llanto inconsolable por la mía que había estado esperando, empecé a pensar que en realidad todo iba tan bien porque se estaba dedicando a pasar los enredos por la cuchilla.

—No me lo estarás cortando ¿verdad? El pelo corto me queda fatal.

—¿Quién te ha dicho semejante tontería? –preguntó con incredulidad— ¿Nunca has escuchado aquello de que menos es más? Venga ya, come y calla.

Me acercó la caja de galletas y me tiré encima de ella como habría hecho Troy. ¡Acababa de descubrir que estaba hambrienta!

—No me has contestado – recordé en cuanto hube terminado con la primera bandeja del surtido.

—No, no te lo estoy cortando —aseguró—. Además, ya casi estoy.

Sometió mi cabellera a un vigoroso cepillado con un instrumento de púas que me recordó al que teníamos en casa para cepillar al perro y con eso dio la primera parte de la sesión por terminada.

Al pasar mis dedos por la melena casi no pude creerlo. ¡No había ni un nudo! ¡Ni rastro de las rastas con las que horas antes habría podido inmovilizar a un potro!

—Ahora te metes en la ducha, te lo lavas bien, te pones este acondicionador y luego te voy a dejar como una reina.

¡Cómo disfrutaban mandando! Creo que nunca había recibido tantas órdenes seguidas como las que me habían llovido en aquella casa en lo que llevaba de día.

Gladys desapareció no sin avisar que volvería con refuerzos al cabo de diez minutos. Me metí bajo el chorro de la ducha y dejé que el agua caliente me masajeara el cráneo durante cinco minutos. Había gastado la mitad del tiempo, pero ya nadie podría quitarme aquella sensación de relajación total. Gocé otro precioso minuto enjabonando mi desenredada cabellera. Luego me apliqué la mascarilla acondicionadora y dejé que actuara otro minuto. Nuevo enjuague con agua hirviendo. Salí, me sequé y me abrigué con un

albornoz. El pijama había desaparecido de la percha donde lo había colgado al sacármelo y, en su lugar, una mano amiga había dejado aquella otra prenda. Diez minutos justos.

Gladys entró con brío y volvió a sentarme en el taburete. Me levantó la barbilla con una mano, me miró con ojo clínico y estuvo revolviendo un buen rato entre las raíces de mi pelo, como si se le hubiera caído una lentilla al peinarme y esperara encontrarla precisamente ahí.

—Bien, ahora vas a tener que estarte muy quieta y muy, pero que muy, callada. ¿Entendido?

—Pues no sé yo –dije muy seria—. La última vez que me dijeron eso fue antes de meterme una cámara de vídeo y unas pinzas por la boca para sacarme un lápiz que me había tragado.

Con eso la hubiera podido dejar fuera de combate por un tiempo indefinido.

—Tenía once años y fue un accidente –dije pinchándole la tripa con el dedo índice y soltando una risita.

Ser capaz de hacer una broma el mismo día en que van a enterrar a tu madre no es algo tan raro ni tan abominable como parece. Me di cuenta en ese momento. Sentía la presencia de la tristeza dentro de mí como un telón de fondo. Inmóvil y discreto pero cubriendo cada centímetro cuadrado de mi ser con su rostro perenne. Delante suyo se desplegaba la vida. Mi vida. Y mi vida parecía haberse abierto de repente a lo asombroso. Me había despertado en un extraño club, al lado de cuatro extrañas mujeres que parecían estar empeñadas en trastocarlo todo, empezando por mis rutinas y terminando por mi peinado o a saber qué más. Ése era el contexto donde, a pesar de la tristeza, las bromas me salían por la boca con la misma facilidad con la que al fumar echaba de ella densas bocanadas de humo.

—Voy a cortar –el tono de Gladys parecía amenazante—. Te lo digo para que lo sepas. Pero te va a encantar el resultado.

Me encogí de hombros. Ya casi me daba igual lo que hiciera conmigo.

Cerré los ojos y me estuve muy quieta. Gladys no dejaba de revolotear a mi alrededor. Su perfume dulzón me inundaba los pulmones cada vez que cogía aire. Era un aroma tan intenso que me sentó como si hubiera desayunado por segunda vez. Yo permanecía muda, pero ella no dejaba de canturrear la banda sonora de la película que habíamos visto la víspera y de hablar consigo misma acerca de lo que me estaba haciendo en la cabeza.

—Vamos a ver… cortamos estas puntas… otro par de dedos por allá… ahora te vacío la parte de atrás… y luego por aquí arriba… el flequillo…

¡El flequillo!

—¡Mucho cuidado con lo que haces con mi flequillo! Si me lo dejas demasiado corto se me levanta y parece que lleve visera.

—¡Quieres cerrar los ojos, que te voy a sacar uno con las tijeras! Obedecí al instante. Yo ya había dicho lo que tenía que decir. Cinco minutos más tarde ya me lo estaba secando con la asombrosa habilidad que proporcionan más de veinte años de prácticas.

—¡Espero que tenga un fácil mantenimiento! –grité para superar el ruido del motor del secador— Yo no me puedo permitir perder media hora cada día sólo en el peinado.

—¡Ya está! –exclamó Gladys—. Cortar y peinar en menos de quince minutos. ¡Soy estupenda!

Su tono era triunfal. De repente aparecieron las cabezas de las otras tres mujeres entre el marco y la puerta. Estaban ansiosas por comprobar el resultado.

—Pero Carmín ¡Estás preciosa! –exclamó Lena.

—¡Pareces una mujer! –se admiró Helen.

—¿Quieres decir que ya no parezco un rudo campesino de la edad de piedra? –pregunté.

—No le hagas caso –dijo Mary con voz todavía algo soñolienta—. Pareces una muñeca. Estás ideal, de verdad.

—¿Sería posible verme en el espejo, por favor?

—¡Claro! Disculpa –se excusó Gladys haciendo girar el taburete hacia el enorme espejo que cubría buena parte de la pared donde había el lavamanos. Podía sentir las miradas de todas ellas clavadas en mi cogote, esperando a ver cómo reaccionaba ante mi revolucionario cambio de imagen. Sin embargo, mi absoluta falta de reacción pareció dejarlas algo decepcionadas.

—¿Acaso no te gusta? –la peluquera no podía creerlo—. Es el corte perfecto para tu rostro. Te acentúa los pómulos y los labios y, aunque lo dejes secar al aire, te va a quedar bien. Prometido. He aprovechado cada uno de tus remolinos para que jugaran a tu favor en eso. Ya sabes, menos es más.

Las otras tres estaban mudas. Volví a fijar mis ojos en el espejo, pero no podía decir gran cosa sobre lo que estaba viendo.

—¿Alguien puede acercarme mis gafas, por favor? ¡No veo nada!

Casi se me tiran encima para descuartizarme, pero tuve que admitir que me sentó muy bien haberme quedado con ellas. Hasta aquel momento la única que había ido cayendo de sorpresa en sorpresa había sido yo.

Volví a situar mis bonitas gafas en su sitio otra vez y levanté la mirada. ¡Faltó poco para caerme del taburete!

—Pero, pero… —balbuceaba.

—Estás divina, ¿a que sí?

El tono esperanzador de Gladys dejaba bien claro que no estaba en condiciones de aceptar una negativa.

—¡Parezco la hermana menor de Hillary Clinton!

Mi comentario instauró una ciénaga de silencio que cada una aprovechó para hornear sus propias conclusiones.

Lena fue la primera en sacar algo digerible.

—Hillary Clinton es una mujer de lo más elegante.

—Y guapísima –se sumó la peluquera.

No dije que no.

—¿Pero te gusta o no te gusta? – explotó Helen, a quien no le sentaba muy bien que la gente se anduviera con rodeos.

—Me encanta –aseguré llevando mi humedecida mirada hasta Gladys—. Nunca hubiera creído que podía estar tan guapa con el pelo corto.

—¡Niña! –se enterneció Gladys.

Acto seguido me arropó con un intenso abrazo de pachulí con el que habría podido descongestionar a un asmático.

Me puse a llorar como una tonta, deseando en mi interior que lo achacaran a la muerte de mamá, aunque la verdad era que casi no había reconocido mi imagen en el espejo. Parecía otra mujer. Y lo más raro fue que aquel peinado me hizo sentir incluso menos granjera que la propia venta de las vacas. ¿No era sorprendente? —Pero no te engañes –añadió Gladys—. No es un corto, es un bob.

—¿Cómo?

—Una media melena. Además, te la he cortado en capas para quitarle volumen y darle movimiento. Me hubiera gustado hacerte unos cuantos reflejos, pero no había tiempo para eso. —Pues búscame un hueco en tu agenda –le pedí secándome los ojos—. Porque creo que también los quiero. No hace falta añadir que ahí se derritieron todas de placer. Gracias a Dios que el tiempo apremiaba, así que pude escapar fácilmente de aquella escena, cuyo nivel de azúcar aumentaba peligrosamente por momentos.

Lena me pasó una percha con un entallado traje chaqueta gris, una blusa, unas medias y un par de zapatos con algo de tacón.

—Creo que te va a venir bastante bien –dijo valorando mi silueta—. Antes de enfermar usaba un par de tallas más. Los zapatos son de Helen porque los míos ni te entrarían.

Les di las gracias, desalojé el baño, cerré la puerta y pasé el pestillo. A continuación hice algo que no podía reprimir. Me quedé como hipnotizada mirándome al espejo. Aquel peinado era sencillamente genial. Pensé que tenía que sacarme una foto cuanto antes para guardarla y enseñársela a todas mis futuras peluqueras cuando fuera a cortarme el pelo. Lo quería siempre igual.

Me miré de perfil. Gladys había situado la raya a un lado y había

un grueso mechón de pelo que me caía sobre un ojo, ocultándomelo coquetamente como un abanico del revés. Me lo aparté con una mano y lo eché para atrás. ¡Qué gesto tan delicioso! El mechón volvió a caer al instante haciéndome sentir tan femenina como unas piernas recién depiladas o un sujetador balconette. En mi vida me había sentido tan sexy. Puse caras, me tiré besos, me seduje a mí misma, me despeiné con las manos, hice la leona y volví a peinarme usando solamente los dedos. Me sentía fenomenal.

Cuando hube saciado un poco mis primeros impulsos fui a por la ropa, pero al soltar la blusa de la percha me sentí tremendamente culpable. ¿Cómo podía haber llevado a cabo aquella escenificación hora y media antes del entierro de mamá? Era difícil admitir que me sentía atractiva y triste a la vez. Parecían ser dos sentimientos excluyentes entre sí. Algo así como aburrirse de interés o deprimirse de felicidad. Pero el caso es que no podía luchar contra aquel batido de sensaciones. Ambas eran muy intensas, ninguna lograba ahogar a la otra. Creo que tampoco era algo que hubiera deseado. Ojalá pudiera ser capaz de entender aquella locura de la misma forma que todo el mundo parecía entender el significado de "soñar despierta". Ojalá.

Como estaba segura de que a mamá le hubiera encantado que siguiera al pie de la letra su refrán preferido en ese día memorable, me vestí despacio porque tenía prisa. Al terminar me pegué a la pared y volví a observar atentamente la imagen que me ofrecía el espejo. No parecía yo, pero la mujer que había allí enfrente me gustaba mucho. El traje le quedaba bastante bien. La blusa tenía una especie de chorrera en el escote que prometía concentrar en ella cualquier mirada que pudiera arrebatar al nuevo peinado. Aquello me gustaba tanto que se me escapaba la risa de vez en cuando.

No había podido acabar de abrocharme la falda. Para ello tendría que haber corrido el botón un par de centímetros, pero de cualquier modo no pensaba quitarme la chaqueta, así que lo dejé como estaba. La cremallera subía hasta arriba y parecía poder aguantar un bombardeo. De todas formas, para más seguridad, la tela me quedaba tan ceñida a las caderas que, aunque hubiera explotado la cremallera, la falda no se hubiera movido ni un milímetro de su lugar.

Me calcé los zapatos de Helen y salí. Me apretaban un poco en el dedo gordo, pero podía dar gracias de que Helen no fuera mujer de grandes talones, ya que en ese caso me hubiera tocado hacer prácticas de pasarela en el pasillo.

Cuando hice mi aparición en el club me sentí como si acabara de pisar la alfombra roja por primera vez. Gladys aplaudió con tanto

orgullo y fervor como si en realidad yo fuera su hija el día de su puesta de largo. Helen y Mary no escatimaron en cumplidos. Y Lena, desde un discreto rincón, sacaba fotos del conjunto. Eso último me hubiera molestado de no ser que necesitaba como fuera una foto de mi peinado.

Tras besarme las dos mejillas, vaciarme una muestra de Chanel por encima, hacer que me despidiera de Rapunzel, abrazarme, desearme suerte, darme condolencias, darme las gracias, retocarme el pelo, pasarme una barra de labios por los labios, ponerme algo de rímel en las pestañas y prometer que volvería pronto para hacerme unas mechas, jugar al Scrabble y ver media docena más de películas, logré salir de allí.

Faltaba una hora para el entierro y gasté casi la mitad de ese tiempo dando tumbos por el pueblo, buscando mi coche. Cuando por fin di con él, tuve una decepción. Era la primera vez que no reconocía la ranchera como algo mío. ¡Me sentía tan cambiada y ella seguía tan… tan igual! Era como si durante mi estancia en el club alguien hubiera cortado el cordón umbilical que nos unía.

Estaba segura de que se me engancharían las medias con el asiento y de que llegaría a la iglesia con una carrera de dos dedos de ancho bajándome por la pantorrilla. Para evitar tal desastre decidí viajar sobre alguna prenda de ropa con las que había llegado a Sartú el día anterior. Me sentí algo estúpida extendiendo el grueso jersey de lana sobre el asiento y luego sentándome encima a cámara lenta para evitar rozar las finas medias con algo gastado, áspero o puntiagudo. Si lograba hacerlo sería casi un milagro, porque mi automóvil se caracterizaba precisamente por tenerlo todo gastado, áspero y puntiagudo.

Pero si de algo me había llenado la mente en Cómete a un irlandés era de pensamiento positivo, así que me tragué el sentimiento de idiotez y me situé con la espalda bien erguida tras el volante. Saqué las gafas de sol graduadas de la guantera, hice petar los labios mirándome en el espejito de la visera y arranqué. Estaba tan eufórica que no pude evitar imaginar que estaba arrancando el motor de un Mercedes.

Entonces tuve que decidir la dirección a tomar y me acordé de repente de que iba al entierro de mamá. Eso me desinfló como un globo. ¿Cómo podía permitirme esos ataques de contento, esa ilusión por tanta banalidad, cuando la persona que más quería en ese mundo acababa de fallecer? De haber tenido una tercera mano me hubiera dado un cachete. Era como si mis sentimientos estuvieran empeñados en traicionarme. Y lo peor era que estaba segura de que, en cuanto bajara del coche, no podría evitar comprobar que las medias no hubieran sufrido ningún daño y que

todo estuviera en su sitio.

7

Era el funeral de mamá. Aparqué la ranchera en un lateral de la iglesia, bajé del asiento con tantas precauciones como si hubiera estado sentada sobre un montón de explosivos y me cacheé para comprobar que todo había llegado bien. El resultado fue satisfactorio, así que cogí mi bolso y me encaminé hasta el portalón.

Si aquella mañana, en el club, me había sentido como una actriz en la gala de entrega de los Oscar, al avistar el pequeño grupo de vecinos que se había reunido enfrente de la iglesia me sentí como una chica Martini que se hubiera colado en una procesión de Semana Santa siciliana. Aunque el traje que llevaba puesto era de lo más sobrio, la falda hasta la rodilla no dejaba de ser una falda y a mí nunca, nunca se me había visto con semejante prenda anteriormente.

Y lo mismo pasaba con el peinado. No fue hasta que entré dentro del límite territorial de mi municipio que caí en la cuenta de que aquel bob a lo secretaria de estado de los Estados Unidos de América estaba totalmente fuera de lugar. La culpa la tenía el mechón que bajaba dibujando una elegante onda hasta mis gafas. Esa clase de peinados poco prácticos no eran propios de las zonas rurales, por más favorecedores que resultaran. Si todavía tuviera que bajar a ordeñar las vacas un par de veces al día acabaría por atarme un pañuelo a la cabeza o por cogerme el pelo con horquillas, con lo cual, queriendo o sin querer, le habría arrancado el alma al maravilloso peinado. A Gladys se le hubiera parado el corazón del susto.

Pero no estaba dispuesta a que ocurriera nada de eso. Las vacas habían volado y podía permitirme lucir mi bonita onda. Traté de convencerme interiormente de que si a alguien no le gustaba mi nuevo corte bastaba con que no me mirara. Pero eso que parecía tan fácil de hacer fue volviéndose imposible a medida que me acercaba al grupito vestido de negro.

Una docena de ojos se posaron sobre mí como institutrices vocacionales. Me puse tan nerviosa que sólo podía pensar en cajetillas de cigarrillos.

—¿Quién es esa? –preguntó una abuela.

—No sé, tal vez sea de la funeraria –contestó un abuelo.

Íbamos mal. Traté de encontrar a Luisa para saludarla y que parara un poco el golpe. Era una mujer de lo más amable y comprensivo y poseía la maravillosa cualidad de no juzgar a la

gente. O al menos así me lo había parecido siempre.

Como no pude hallarla pensé que ya habría entrado en la iglesia. El coche fúnebre todavía no había llegado, pero las puertas del edificio estaban abiertas y salía algo de luz del interior.

Justo cuando iba a entrar alguien me agarró de un brazo y me llevó a un lado.

—¿Tienes un cigarrillo? –le pregunté antes de poder asegurarme de quién se trataba.

Pero es que ya lo sabía. Sabía que era Fran y que no estaba precisamente encantado de verme.

—¿Se puede saber dónde carajo te habías metido?

Sus ojos eran pura furia. Mirarlos fijamente era como quedarse encerrada en un observatorio astronómico. Me sentí propulsada a toda velocidad dentro de ellos, en un espacio infinito lleno de estrellas fulgurantes que iba dejando atrás a medida que me adentraba más en él.

—Toma –me dijo pasándome un paquete de cigarrillos y un mechero—. Casi me vuelvo loco buscándote. Estuve esperándote en tu casa hasta pasada medianoche.

Aquello me sacó de mis casillas.

—¿Y tú quién te crees que eres para meterte en mi casa sin permiso?

—¿Y a ti quién te ha dicho que me metí en tu casa? Estuve esperándote dentro del coche. ¿Por quién me has tomado?

—Por alguien a quien no tengo que dar explicaciones de lo que hago o dejo de hacer en mi vida. ¿Entendido? Apuró su cigarrillo y lo pisoteó con tantas ganas como si, en lugar de la colilla, me hubiera pillado el dedo de un pie.

—Mira, Carmín, por mí como si te has ido a pasar la noche al Ritz –su tono se me clavó como una puñalada—. Pero te recuerdo que aquí hay gente que te quiere y que se preocupa por ti cuando, en vísperas del funeral de tu madre, desapareces de casa. Y más teniendo en cuenta que no tienes familiares y que justo ayer llegaste a mi casa pidiendo auxilio completamente borracha. ¡Podría haberte pasado cualquier cosa!

Sus palabras rozaron mi pericardio, pero no llegaron a perforarme el corazón. Para evitarlo estaba montando guardia mi amor propio, que no iba a permitir que nadie me dijera lo que podía o no hacer. Y menos en el día del funeral de mi propia madre.

—La próxima vez que me emborrache tendré buen cuidado de no volver a molestarte, vecino.

Logré que mi voz saliera suave y rencorosa. Posiblemente el mérito era de la resaca, pero de todas formas quedé muy contenta con el resultado.

—Y ahora, si no te importa, voy a despedirme de mi madre –añadí. Y me fui de su lado, dejándolo solo y sin tabaco.

Caminé hasta la puerta de la iglesia. ¡Qué batiburrillo de sentimientos se lio a codazos en mi interior! Hervía como un cocido de Navidad. Por una parte me encantó que Fran se preocupara tanto por mí. Que me hubiera estado buscando durante horas y que luego se hubiera quedado esperándome dentro de su todoterreno destartalado, congelándose de frío, era algo que me complacía. Estaba segura de que, de estar yo en su piel, hubiera echado mano de la copia de la llave y hubiera entrado en casa para calentarme un poco. Total, había suficiente confianza entre nosotros para eso. Pero Fran era un caballero y se apostó en la puerta, seguramente imaginando las mil catástrofes en las que había podido verme envuelta queriendo o sin querer. Ahora bien, ¿de verdad me había dejado marchar sin hacer ningún comentario sobre mi nuevo peinado o mi nuevo vestido? La rabia se me comía por dentro mientras me alejaba de él con paso firme. No me extrañaba en absoluto que a treinta y siete años todavía no se hubiera casado. Ese hombre no tenía remedio. De hecho, ¡no había quien lo aguantara!

En la pequeña nave románica del templo Luisa me recibió con un cálido abrazo.

—Estás muy elegante, Carmín – aseguró cogiéndome de las manos—. A tu madre le habría gustado mucho verte tan guapa.

Le di las gracias como pude, porque ya estaba empezando a notar cómo volvía a subir la lenta pero implacable marea de lágrimas. Suerte que Mary me había metido en el bolso cuatro o cinco paquetes de pañuelos antes de salir. Mi previsión era que para cuando hubiera terminado la ceremonia ya no me quedaría ni uno.

Mamá llegó a las once en punto. Había logrado congregar en su despedida una cincuentena de personas, la mayoría vecinas del pueblo de su misma edad.

Me senté en un banco de la primera fila, junto con Luisa. Fran había preferido quedarse en un segundo plano, pero a un gesto de su madre acudió a su lado y se sentó con nosotras.

El cura empezó a contar su particular visión de la vida y de la muerte. Habló de la bondad de mamá como si estuviera considerando las virtudes de un detergente y mencionó lo buena feligresa que había sido en vida. Ahí sí que habló con propiedad, porque mamá, sin ser una beata nata, tenía la costumbre de santificar todos los días festivos asistiendo a la misa.

En un momento dado, el capellán hizo un gesto a Luisa y ésta se dirigió al púlpito con un papelito en la mano. Se aclaró la garganta y me miró. Tenía los ojos vidriosos pero se le veían extrañamente hermosos porque en las lágrimas que intentaba contener se

reflejaban los colores del vitral de la iglesia que tenía enfrente. Su emoción espoleó a la mía como un caballo tiraría de otro, de tal modo que cuando empezó a leer el texto, en que recordaba su amistad con mamá, tuve que agarrarme a la barandilla de madera del banco para controlar los sollozos.

En ese momento Fran, que se había mantenido de pie, a un metro escaso de mí, se acercó y pasó un brazo alrededor de mis hombros, atrayéndome hacia él con suavidad.

No sé si fue su consuelo o el hecho de pensar que acababa de convertirnos en la comidilla de todo el vecindario, pero la verdad es que su gesto distrajo mi dolor y me ayudó a normalizar la respiración. Me quedé junto a él, con la cabeza recostada sobre su pecho, que resonaba dentro de mi oreja como un tambor. ¡Se estaba tan bien, entre sus brazos, cuando permanecía calladito! Olía a romero. Seguramente Luisa ponía saquitos de esa planta en los armarios donde guardaban la ropa, igual que hacía mamá. Aunque mamá prefería el aroma de la lavanda, que encargaba en la floristería del pueblo y luego secaba ella misma en el cuartito de la caldera. Estaba convencida de que el romero lo cosechaba Fran durante sus horas de pastoreo. Era un perfume cercano, que evocaba los campos silvestres y las cálidas horas de sol veraniego.

De repente me sentí hambrienta como una oveja a la que acababan de abrir las puertas de su corral. Intuía el verdor de los pastos tiernos cerca de mí y esa proximidad me incitaba a recorrerlos. Me convencí mentalmente de que debía evitar por todos los medios quedarme abrazada a Fran estando a solas. No quería que un instinto buscón me jugara la mala pasada de acabar por desabrocharle la camisa para comprobar cuán apetecible estaba su interior. Estuvo sujetándome cariñosamente hasta que su madre terminó la lectura. Cuando Luisa regresó al banco hizo un ademán de soltarme, pero conseguí retenerle a mi lado cogiéndole del brazo. No opuso resistencia, así que traté de aprovechar al máximo aquella sensación de bienestar que me proporcionaba sentirme acogida en ese medio abrazo. Al cabo de un minuto, a una indicación del capellán, tuvimos que sentarnos. Ahí se rompió el hechizo. Se me pasó el hambre de golpe. Fran parecía ser una de aquellas personas a las que cuando más te acercas más ganas tienes de seguir acercándote, pero cuando empiezas a alejarte un poco de ella, nada te impide seguir alejándote hasta el infinito. No hay nada en su ser que aferre, no hace nada para secuestrarte. Al terminar la ceremonia salimos de la iglesia y vi que se había reunido un montón de gente en el exterior. Habría por lo menos doscientas personas. ¿De dónde habían salido y de qué conocían a mamá? Pude reconocer a algunos vecinos, pero había rostros que no había

visto en mi vida y gente ataviada como si viniera de la capital. Nada que ver con las prendas austeras de los campesinos. Incluso nada que ver con mi nuevo traje gris, serio y distinguido, eso sí, pero sin ningún elemento de fantasía como los que estaba contemplando delante de mí. Había mujeres que llevaban zapatos de charol, otra un tocado con plumas, collares brillantes, chaquetones con pedrería, guantes finísimos, medias enrejadas, bolsos con abalorios. ¡Parecían recién importadas de Milán!

Y luego estaban los peinados. Aquella mañana había llegado a la conclusión de que el mío podría haber entrado a formar parte de los top ten del estado. Pero de haber tenido que competir con los de algunas de aquellas mujeres que se habían congregado en la puerta de la iglesia, estaba claro que se habría quedado en la lista de espera eternamente. Gladys había acertado con su corte a capas, porque eso parecía ser lo que se llevaba fuera de los límites de la región. Pero me habría tenido que añadir una buena dosis de reflejos para haber podido entrar a competir en esa otra liga que se paseaba delante de mí. De un solo vistazo pude ver rizos, bucles, mechas de todos los tonos acaramelados posibles, un desastroso peinado que pretendía ocultar una porción de cráneo rapado debajo de una bonita onda como la mía, alguien que se había entretenido por lo menos diez días en llenarse la cabeza de pequeñas trenzas con brillantitos incrustados y no quise saber qué más.

—¿De dónde ha salido toda esta gente? –pregunté para mí.

—Vienen al funeral del dentista –aclaró Fran—. La ceremonia va a empezar ahora.

Claro. Me había olvidado completamente del dentista. Había muerto poco después que mamá y también la seguía en su entierro. Me sentí aliviada de no tener nada que ver con aquel gentío. La mayoría serían parientes suyos venidos de otra parte. Pasé de largo y cogí la ranchera para dirigirme al cementerio, que estaba a sólo un quilómetro de allí, en las afueras de la población.

Logré incorporarme a la marcha fúnebre y recorrí a diez por hora los mil metros más penosos de mi existencia. Mamá realizaba su último viaje en coche. Encabezaba el séquito dentro de aquel armario rodante adornado con coronas de flores. Le seguían un par de automóviles y luego iba yo, en tercer lugar. Una ojeada al retrovisor me confirmó que Fran y Luisa iban detrás. El pastor reposaba una mano en el volante. Debía tener la otra en el cambio de marchas. Conversaba con su madre. No se trataba de una charla animada, más bien daba la impresión de que se estuvieran pasando la misma frase con la boca una y otra vez, como una pelota de playa.

Tuve la sensación de que yo también tenía algo que decirle a

mamá. Era como si por el hecho de no haberla enterrado todavía, aún pudiera considerarse que no estaba muerta del todo. Como si la muerte sólo pudiera empezar a digerir sus presas tras haberlas metido en su nicho y haber bajado la persiana. Sin saber muy bien ni cómo ni por qué, noté cómo crecía en mí la ansiedad de tener que aprovechar aquellos últimos minutos con mamá. Pensé que hablaría con ella mentalmente. Traté de transmitirle algún mensaje, pero no me salía nada. ¿Qué tenía que hacer? ¿Decirle que era su hija Carmín y que me acordaría de ella lo que me quedaba de vida? Eso ya lo sabía. Además, ¿acaso presuponía que su espíritu estaba ciego? No hacía falta que me identificara con el DNI cada vez que quisiera hablar con ella.

Estábamos acercándonos peligrosamente al cementerio y no había sido capaz de articular ni una frase de recuerdo. Tenía la impresión de que Luisa había sabido despedirse de mamá mucho mejor que yo. Subió al púlpito y contó un par de anécdotas. Una de su infancia y otra de su vejez. Ambas las protagonizaba mamá y aquellas breves palabras fueron más que suficientes para homenajearla como era debido.

Eso lo había hecho su vecina. Y yo, que era su hija, la sangre de su sangre, era incapaz de formular una sola frase con sentido con la que despedirme de ella. El solo hecho de pensar que debía mandarle telepáticamente un mensaje tres coches más adelante me sumía en un abismo de absurdidad. Entonces me acordé de Gladys, que aquella misma mañana me había repetido por lo menos unas cien veces lo de que menos es más. Tuve una revelación. "Te quiero, mamá", pensé. Para ser exacta, se lo pensé. Y se lo estuve repitiendo como un mantra lo que quedaba de camino.

Tardamos una eternidad pero llegamos. Descargaron el ataúd y lo transportaron a través del cementerio hasta dejarlo enfrente del nicho familiar. Éramos una corte de unas veinte personas. Lo correcto sería decir que nos situamos en forma de media luna alrededor del féretro, pero la verdad es que tenía tanta hambre que sólo pude pensar que nos habíamos situado tomando la forma de un cruasán. Las tripas se me retorcían como las manos de un maníaco y prorrumpían en ruidos tan atroces que habrían podido despertar a cualquiera de los muertos que allí descansaban tranquilamente.

Abrí el bolso para ver si Mary también había pensado en meter chicles o caramelos en él. Rebusqué todo lo que el recato me permitió pero no pude encontrar nada. Se me ocurrió desmontar un cigarrillo y ponerme a mascar tabaco, pero la operación hubiera requerido demasiada discreción y habría acabado por vaciarme la mayor parte del cigarrillo en el bolso. No hay nada peor que llevar restos de algo naufragando por el forro del bolso. Ocurre cada vez

que guardas en él un paquete de galletas abierto o se te abre la cajetilla de cigarrillos sin querer. Luego te pasas meses sacando migas o picadura del billetero, eso si no se te incrusta debajo de las uñas cada vez que metes la mano en el bolso para sacar algo.

Pensé que lo mejor era dejarlo correr. Opté por acercarme al féretro y puse una mano sobre él. La última caricia. Fue precisamente entonces cuando caí en la cuenta de que había empezado a llover. Igualito que en el sueño que había tenido la noche anterior. Aquellas gotitas de agua posándose sobre la madera lacada me ponían nerviosa. Era consciente de que se trataba de una tontería, pero no quería que enterraran a mamá con restos de lluvia encima. Quería que su ataúd estuviera limpio y reluciente, como ella, y que fuera el paso de los días, y no un nubarrón esporádico y caprichoso, quien se ocupara de hacer mella en él.

Borré un par de gotas inocentemente con el dedo índice. Luego regresé a mi lugar porque, realmente, no había forma humana de luchar contra aquello. Entonces alguien puso su mano sobre mi hombro. Lo hizo con tanta propiedad que di un respingo. Me giré en redondo, esperando encontrar el fantasma de papá y lograr articular algo lo suficientemente coherente como para disimular su presencia al resto de la concurrencia. Pero lo que vi me dejó más perpleja incluso de lo que podría haberme dejado el esqueleto trajeado de mi propio progenitor. Se trataba de cuatro mujeres que Renoir hubiera podido añadir perfectamente a su retrato del "Moulin de la Galette". Vestían con la misma discreta elegancia que las bailarinas del famoso cuadro, pero a la vez poseían y reflejaban su misma actitud, aquella apertura sin reservas a la sensualidad de la vida que hacía que todo lo que las rodeaba se llenara repentinamente de sentido.

—No podíamos dejarte sola en este día –susurró Helen mientras lograba transmitirme un abrazo enorme con la sola presión de los dedos de la mano que mantenía sobre mi hombro.

Detrás suyo, Lena, Mary y Gladys esbozaron una sonrisa que me reconfortó más de lo que podría haber hecho un tazón de caldo hirviendo. —Lo decidimos nada más largarte –me informó Mary.

—Gracias –susurré a mi vez, devolviéndoles la sonrisa.

Pude escuchar cómo el diácono que presidía aquella segunda y breve ceremonia de despedida carraspeaba para redirigir la atención de los asistentes hacia su breve discurso. El cura había tenido que quedarse en la iglesia para oficiar la ceremonia del dentista y su ayudante no estaba dispuesto a que la hija de la difunta y sus nuevas amigas le chafaran el sermón. No pude evitar dirigir la mirada hacia Luisa y Fran. Ella me disculpó con una sonrisa parecida a la de mis acompañantes, pero su hijo se mantuvo ceñudo, como si censurara mi actitud, hasta que el diácono dio

permiso al sepulturero para iniciar la inhumación.

—Un segundito –dijo Gladys en aquel instante, adelantándose rápidamente hasta el ataúd.

Acto seguido sacó un pañuelito de algodón de su bolso y lo pasó con sumo cuidado por la superficie de madera.

—No podemos dejar que se vaya así –añadió.

No tardó ni un minuto en dejar el féretro impecable. Y lo mejor de todo fue que lo hizo con tanta naturalidad que a nadie le pareció que hubiera hecho algo extraño o que estuviera fuera de lugar. Estaba segura de que, de haberme atrevido a hacerlo yo, hubiera pasado tanta vergüenza y hubiera proyectado tanta inseguridad e incomodidad que mis propios vecinos podrían haberme apedreado por ello. Sin embargo, tanto la actitud como los actos de Gladys estaban tan llenos de convicción que no me cabía ninguna duda de que todo el mundo había lamentado por un momento no haberse tomado la molestia de hacer lo mismo un poco antes, en su lugar. En aquel momento juré interiormente que estaba doblemente en deuda con la peluquera. Nada podría hacerme más feliz que devolverle algún día el enorme favor que me había hecho. ¿Por qué narices yo no era capaz de minimizar el peso de las miradas de los demás y regir mis actos según los deseos de mi propio corazón? ¿Era eso lo que me faltaba para sentirme plenamente una mujer?

Tal vez había caído en el error de que para tomar las riendas de mi vida lo que tenía que hacer era dejarme guiar por los impulsos del momento, tomar grandes decisiones y trastocar los puntales sobre los que se sostenía mi vida. Había obrado así cuando decidí vender las vacas y cerrar mi negocio lechero. Pero si había sido capaz de hacer semejante locura, ¿qué me impidió sacar un pañuelo y limpiar el féretro de mamá? ¿El hecho de que buena parte de mis conocidos estaba allí presente para verlo y juzgarlo? Menuda tontería. La noticia de la disolución de mi estupenda vacada había salido publicada en la revista de la región, en el apartado de "La locura del mes". Y la verdad es que me había importado un comino. Estaba tan convencida de que necesitaba cambiar de rumbo, aunque fuera hacia lo desconocido, que no me importaba en absoluto lo que la gente opinara sobre ello.

Y, sin embargo, no me había atrevido a saltarme las convenciones para llevar a cabo algo tan insignificante y carente de consecuencias como dejar un ataúd tal y como creía que debía estar. Era alarmante darse cuenta de cómo, en ocasiones, las cosas más pequeñas concentraban una potente dosis de sentido en su interior. De no haber sido por la oportuna intervención de Gladys, una semilla de culpabilidad y de resentimiento hubiera empezado a crecer en algún lugar dentro de mí, dificultando mi propio

crecimiento como persona, como hija, como mujer.

Todo esto me vino a la cabeza mientras ofrecía un largo y fuerte abrazo de agradecimiento a Gladys, que se quedó algo perpleja con tanta efusividad.

Al abandonar el cementerio me sentía ligera como una paloma. Pensé que eso era debido a que ahora ya había ubicado a mamá en un emplazamiento definitivo. Cuando los vivos están con los vivos y los muertos con los muertos, todo está en su lugar. En cambio, durante aquellos dos o tres días que preceden al entierro o a la incineración, cuando los muertos permanecen todavía en el mundo de los vivos, sin vivirlo en realidad, o viviéndolo a través de la gente que sigue rodeándoles y que se ocupa de hacerlos transitar, hay algo que está terriblemente desencajado. Es como intentar meter por la fuerza una pieza de un puzle en blanco y negro en un hueco de un puzle a todo color.

¡Qué alivio, al darse cuenta de que aquella pieza no encaja y llevarla a otro sitio donde tal vez encaje mejor! ¡Qué alivio, al menos para los que quedan, librarse de tal distorsión! Lo que la muerte haga con los muertos poco importa. Lo que en realidad interesa a los vivos es sentir que se respetan ciertos límites. Sentir que a su puzle ni le faltan ni le sobran piezas, aunque luego la imagen resultante, vista con perspectiva, no tenga mucho que ver con la que ellos creían haber imaginado. —¿Quieres que te acompañemos a casa? –preguntó Lena al llegar al aparcamiento.

La verdad era que me apetecía estar con ellas. Su compañía resultaba de lo más entretenida y estimulante, pero recordé que Troy seguía encerrado en casa. Lo primero que tendría que hacer al llegar era recoger sus excrementos y fregar algunas meadas. No creía yo que aquella fuese a ser una de las actividades favoritas de las chicas de *Cómete a un irlandés*. Eso era algo que había que hacer a solas. Además, mi despensa no estaba pasando por sus mejores momentos. Lo único apetecible que habría podido ofrecerles era un café y las magdalenas de Fran recalentadas en el microondas.

—Mejor otro día –me excusé—. Me gustaría estar sola y ordenar un poco.

—Como quieras –dijo Helen— ¿Tienes comida?

Me apresuré a decir que sí, no fuera a ser que se enzarzaran en desarrollar un plan urgente de abastecimiento.

—En cuanto te sientas con ganas, me llamas un día y te hago las mechas ¿de acuerdo?

Gladys me dio por segunda vez una colorida tarjeta vintage con sus señas y número de teléfono.

En ese momento Luisa se acercó a nosotras para despedirse. Me llevó a un lado, me recordó que podía contar con ellos para

cualquier cosa que necesitara y acto seguido me invitó a detenerme a comer en su casa al regresar. Como toda mujer de la generación de mamá, no aceptaba un no como respuesta. Tras largas horas de negociaciones, logré dejarlo en que pasaría a recoger un par de fiambreras. Lo conseguí argumentando que seguramente Troy se había terminado el pienso que le había dejado y que ya llevaba demasiado tiempo encerrado dentro de casa. Necesitaba que le tocara el aire. Evidentemente, Luisa no me creyó, pero hizo como que sí y aceptó conformarse en prepararme no dos, sino media docena de fiambreras con cocido y un par de tarros de paté.

Fran se mantuvo a una distancia prudencial, rígido y sombrío como un poste. Podría haber llevado un cartel con la palabra "cementerio" escrita en la frente y no habría desentonado. Pensé que su cerebro estaría funcionando a cien por hora, tratando de averiguar de qué podía yo conocer a aquellas cuatro mujeres tan bien arregladas, a las que él no había visto nunca antes, con las que yo parecía tener una familiaridad desconcertante y que, exceptuando tal vez a Helen, no parecían en absoluto campesinas.

Le saludé con una mano tras despedirme de su madre y él me devolvió el saludo de forma minimalista antes de subirse al coche.

—¿Quién es ése? –saltó Gladys al instante.

La peluquera tenía los reflejos de una mangosta y la agilidad de una rana.

—Nadie. Mi vecino.

—¡Vaya con el vecino! –silbó Mary—. Si tuviéramos más de esos por Sartú no nos haría falta viajar a Irlanda tan a menudo.

No me podía creer que estuvieran hablando de Fran.

—¡Venga ya! –exclamé.

¿Me estaban tomando el pelo? —¿Cómo se llama? –preguntó Helen.

—Fran.

—¿No has intentado nada con él? –preguntó Gladys.

—¡Pero que estás diciendo! Este tío sólo tiene ovejas en la cabeza. —Lo que importa no es lo que tenga en la cabeza –insinuó Lena. Esa mujer era una caja de sorpresas.

—¡Antes me liaría con un muro de cemento!

—Bueno, tu vecino también parece estar muy duro –valoró Mary, que tenía buen ojo para calibrar el estado muscular de cuantos abdominales masculinos le pasaran por delante. —¡Basta! No quiero seguir hablando de él.

Hubo algunas protestas y bufidos de decepción, pero finalmente logré imponer mi deseo. Les agradecí que hubieran decidido acudir al entierro y me despedí de ellas, que se marcharon en el coche de Mary, dejando una estela de risas y complicidad en suspensión,

flotando en la nube de polvo que las ruedas habían levantado en el camino de acceso al cementerio.

Cuando aquella noche, finalmente, me tumbé en la cama, me invadió una sensación de irrealidad absoluta. Era como si yo fuera el eje de mi habitación y ésta hubiera decidido jugar a la peonza, arrastrando el resto de la casa, los campos contiguos y el mundo entero consigo. Todo giraba a mi alrededor. Lo único que podía hacer al respecto era intentar mantener el equilibrio para no caer al suelo. Traté de cerrar los ojos para escapar de aquella impresión, pero eso fue todavía peor. Me entraban náuseas.

Me agarré a la colcha con todas mis fuerzas, la vista clavada en el techo, brazos y piernas abiertos. Parecía el "Hombre de Vitruvio" de Leonardo da Vinci en su posición más extrema, sólo que yo había reinterpretado la mayoría de sus cánones sobre las proporciones humanas. La ventana oscilaba a izquierda y derecha, igual que el armario, el escritorio y la cómoda. Pero al menos la lámpara que colgaba del techo, justo por encima de mí, se mantenía quieta.

Centré mi visión en ella. Tenía la impresión de que me habían sucedido más cosas en las últimas setenta y dos horas que en toda mi vida anterior. Para empezar, mamá se había ido. Para siempre. Me parecía que había algo espantoso en los sucesos definitivos. Seguramente era la incapacidad para rebobinar, para volver hacia atrás y cambiar el curso de los acontecimientos. De todas formas, cada minuto que pasaba, cada latido de mi corazón, era algo definitivo. Instauraba un antes y un después. Un lugar donde ya nada podía ser alterado y otro que sí se dejaba modelar. ¿Por qué no intentaba centrar mis esfuerzos en proyectar algo bueno para mí? Tal vez así consiguiera encontrar la forma de escapar a la angustiosa turbación de los hechos consumados.

Imposible. En aquel momento aquello me parecía algo completamente fuera de mi alcance. La pena que me producía la muerte de mamá no podía ser aplacada por los hilos de felicidad que se habían ido entretejiendo, durante su proceso de fabricación, con los recuerdos que tenía de ella. Ése era un ejercicio para el futuro, no para el presente. El presente era un lecho de dolor en una habitación que no paraba de dar vueltas. Era como si yo fuera un cubo lleno de lágrimas suspendido por una cuerda dentro de un pozo. Giraba y giraba sobre mí misma pensando que, en realidad, quienes rodaban eran las paredes que me rodeaban. Y por si esto fuera poco, no parecía haber ninguna mano amiga allí arriba que tirara de la cuerda, me sacara del agujero y me aliviara la pesada carga de tristeza.

¿O sí la había?

Me acordé de las cuatro socias de *Cómete a un irlandés* y se me

escapó un asomo de sonrisa. Menuda tropa estaban hechas. Su inesperada aparición en el cementerio no sólo me había confortado, creía que había hecho nacer en mí un raro sentimiento que únicamente podría calificar como de orgullo. Me había sentido orgullosa de que hubiera algo que me uniera a ellas. Darme cuenta de eso me relajó. Las paredes ralentizaron su velocidad. Los muebles se desplazaron lentamente hasta posarse en su lugar habitual.

Inspiré y expiré a conciencia durante unos minutos. La pérdida de mamá y la incertidumbre acerca de mi futuro eran como dos gallos de pelea que habían empezado a liarse a picotazos en mi interior. Pero la verdad era que no me apetecía en absoluto presenciar semejante combate. Tenía que distraer mi atención de sus chillidos y aspavientos. ¿Pero cómo? El sueño no parecía tener la intención de aparecer por mi dormitorio ni de visita. Tal vez si me tomaba una copa me quedaba frita, pero si seguía bebiendo al ritmo de los últimos tres días acabaría por volverme alcohólica. Ni soñarlo. Mejor era bajar a la cocina y comer algo. Como mínimo los quilos de más eran inofensivos.

Me calcé las zapatillas, me envolví en una manta de cuadros y salí de la habitación. Troy, que hasta ese momento había estado tumbado en su cojín del descansillo, se levantó de un salto como si lo hubiera pillado desprevenido en una guardia y se apresuró a seguirme por las escaleras, meneando la cola y tratando de lamerme la mano. Igual se pensaba que iba a sacarlo de paseo.

—De eso nada —le advertí—. Hace demasiado frío y está demasiado oscuro allí afuera.

Fue decirlo y pensar que, en realidad, también hacía demasiado frío y estaba muy oscuro dentro de mí.

¡Qué horror! Tenía que añadir algo de luz a aquellos pensamientos tenebrosos, de lo contrario acabaría por volverme una bruja misántropa y solitaria. En tan sólo cinco o diez años, una muchedumbre sobrevolaría con aeroplanos mi granja destartalada con el único propósito de sacar una foto de mi sombra fantasmagórica tras la cortina ondeante de una ventana con el cristal roto. Ya podía verlo. Vendría gente de todas partes y alquilarían todoterrenos con barrotes de acero indeformable en las ventanillas, como en los safaris. Una empresa extranjera se instalaría en el pueblo para forrarse organizando tours que pasarían a veinte por hora por el exterior de mi alambrada electrificada. Troy, que para aquel entonces ya habría contraído la rabia a raíz de un mordisco que le habría propinado yo misma, se lanzaría con las fauces abiertas contra los parabrisas de aquellos vehículos, llenándolos de espuma. Era capaz de ver el terror en los ojos

petrificados de aquellos turistas. ¡Qué experiencia tan inolvidable, visitar la mansión de Carmín, la licántropa, la mamá de Norman Bates, el espíritu reencarnado de Margaret Jones, Dorothy Clutterbuck o cualquiera de las brujas de Salem! ¡Qué buena idea para hacer algo en familia la víspera de Halloween!

Abrí el frigorífico para alejar semejante tráiler de mi cabeza. La pobre nevera se encontraba en un estado de escasez tan lamentable que me extrañó no haberla escuchado rugir de hambre desde la habitación. Exceptuando las dos fiambreras de Luisa que se habían salvado del atracón que me había pegado para cenar, unos sobres con embutido algo pasado que engulló Troy y la bolsa de magdalenas de Fran, el resto era pasto para las telarañas.

Me decidí por las magdalenas. Estaban heladas, pero conservaban la buena pinta del primer día. Meterme algo dulce dentro era la mejor elección para sustituir el abrazo que necesitaba.

Herví un cazo de agua, sumergí en ella un puñado de hojas de tilo y calenté en el microondas cuatro de aquellos bollitos, los que me parecieron más apetecibles. Puse todo en una bandeja y me lo llevé al salón. Metí un tronco grueso sobre las brasas que todavía quedaban en la estufa de leña, abrí el tiro para que cogiera llama y me camuflé con una segunda manta entre los cojines del sofá de dos plazas que había delante de la tele. Sólo me sobresalía la cabeza y una mano, con la que me iba llevando a la boca pedacitos de magdalena y algún sorbo de infusión.

Como no pude encontrar el mando a distancia en la mesita auxiliar ni en la de la tele, donde debería haber estado, pedí a Troy, que se había tumbado a mis pies, que me lo trajera. Salió disparado. No era perro de perder un minuto. De hecho, creo que disfrutaba acatando órdenes como aquella. Era un rastreador nato. Volvió al cabo de unos segundos con el trofeo apresado en su dentadura. No quise saber de dónde lo había sacado. Supuse que se habría estado distrayendo con el juguete durante mi larga ausencia y que, al hartarse de él, o bien lo había dejado tirado por ahí o bien lo había guardado a buen recaudo en un agujero secreto. Sea como fuere, su buena memoria le permitió localizarlo al instante para devolvérmelo como nuevo.

Se lo agradecí con algunas muestras de cariño y me dispuse a hacer un poco de záping. Eran más de la una de la madrugada, así que mis esperanzas de dar con algo mínimamente interesante eran bastante exiguas. Tuve que quitarme de delante una emisión de teletienda que cantaba las alabanzas de unos calcetines que tenían la particularidad de aumentar el tamaño y la dureza de los glúteos masculinos sólo por llevarlos puestos. Los testimonios reales que salían voluntariamente en el anuncio —y que, dicho sea de paso, no

se quitaban los calcetines ni para cortarse las uñas de los pies—, resultaban tan ideales que daban ganas de llamar al número de teléfono que salía sobreimpreso en la pantalla sólo para pedirles una cita, aunque se viera a la legua que eran canadienses y mi nivel de inglés se hubiera quedado en el First Certificate que obtuve a través de una academia tras aprobar con nota el último curso de bachillerato.

Tras renunciar a entablar una relación a distancia con tíos con un culo de acero, cambié varias veces de canal. En todos y cada uno de ellos me dieron las buenas noches unas exóticas pitonisas vestidas como rajás y maquilladas como guacamayos que aseguraban tener poderes para devolverte el amor perdido –aunque éste estuviera ya casado en terceras nupcias y fuera papá de una docena de hijos—, conseguir que tu exjefe en bancarrota y al borde del suicidio te ofreciera un contrato indefinido o mandarte de vacaciones pagadas a Capri. A ésas sí que daba miedo llamarlas. Las omití, tratando de conseguir que mis pupilas tragaran el mínimo posible de fotogramas en que aparecían sus rostros de pesadilla. No estaba dispuesta a que más tarde eso me pasara factura en la cama.

"A ver si doy con una de esas películas de comerse a un irlandés", pensé para mis adentros. Era lo único que me apetecía ver. Sumergirme en una historia de amor azucarada mientras comía magdalenas. Una gran evasión y un gran consuelo.

Como no podía ser de otra forma, no ocurrió el milagro. "¡Qué rabia!", mastiqué mientras me tragaba una reemisión de "Italia desde el aire". Si al menos hubiera sido "Irlanda —y no Italia— desde el aire", tal vez me habría servido.

El tentempié me duró lo que el programa. Luego daban otro reportaje, esta vez sobre el monumento megalítico de Stonehenge, en el Reino Unido.

—Bueno, al menos nos vamos acercando —comenté a Troy.

Me levanté a por otra bebida y calenté las últimas magdalenas. Mientras esperaba a que hirviera el agua eché un vistazo por la ventana. Era curioso, pero justo ahora que mamá ya no estaba se ponían de manifiesto cuáles eran sus costumbres o manías y cuáles eran las mías. Hasta ese momento, cualquiera de los muchos actos que llevábamos a cabo a diario en casa era algo que implicaba a las dos. Actos aparentemente tan insignificantes como dejar las botas de trabajo en el portalón antes de entrar, tender la ropa en el patio cerrado, comer siempre en la cocina o tomar café invariablemente en el salón, parecían ser normas de la casa, algo consensuado entre las dos, mamá y yo. Algo que compartíamos y que nos hacía formar un equipo.

Pero no habían pasado ni tres días desde su muerte y ya se hacía

evidente que aquello no era exactamente así. La fuerza de la costumbre no era algo tan potente como podía parecer y pronto empecé a descubrirme haciendo algunas cosas de forma distinta a como siempre se habían hecho en casa. Era como si la ausencia de mamá hubiera ensanchado mi radio y aumentado mi libertad de acción. De repente, me sorprendía realizando las cosas más tontas a mi modo. Siendo, sin querer, yo misma.

En esos momentos no podía evitar sentir que, de alguna forma, estaba traicionando el recuerdo de mamá. Por ejemplo, ¿por qué no había cerrado todos los postigos de las ventanas antes de meterme en la cama? Eso era algo sagrado. Y yo, no es que me hubiera negado a propósito a hacerlo, es que me había olvidado por completo de ello. No podía poner como excusa el hecho de que ésa era una de las tareas que solía cumplir mamá, porque no era cierto. Mamá acostumbraba a cerrar los postigos de la cocina y los del descansillo del segundo piso y yo me encargaba de los del salón y el cuarto de baño. Los últimos eran los de nuestras habitaciones. Cada una se ocupaba de los suyos. Los cerrábamos por la noche y volvíamos a abrirlos por la mañana.

Habría podido admitir que me hubiera olvidado de atrancar los de la cocina y el descansillo, pero no sólo no me había ocupado de estos, sino que no había tocado ningún otro. ¡Ni siquiera los de mi habitación!

¿Qué iba a ser de mí? No tenía ni idea, pero ni tan sólo el hecho de caer en la cuenta de esa falta hizo que reaccionara para intentar solventarla. A ver ¿por qué narices había que blindar la casa de esa forma cada noche? ¿Por los bandidos? Hacía siglos que habían sido exterminados. ¿Por el frío? De día te congelabas igual. ¿Para que nadie pudiera verme desde el exterior? Bueno. Pero ¿quién? Mis vecinos más cercanos eran Luisa y Fran, y como también tenían la sana costumbre de tapiarse en su granja conforme se escondía el sol, pocas oportunidades tenían para espiarme. Además, suponiendo que hubiera un voyeur apostado en el altillo del cobertizo de enfrente, armado con un buen par de prismáticos, dispuesto a violar mi intimidad sin contemplaciones, apuesto a que a la mañana siguiente lo hubiera encontrado Troy hecho un cadáver. Normal. Mi suculenta vida privada lo habría matado de aburrimiento.

Total, que aproveché mi despiste y el hecho de que el agua del grifo que había puesto en el fogón tardaría como medio siglo en hervir para hacer algo completamente nuevo y excitante: mirar de noche por la ventana.

Me apoyé en la mesa e intenté vislumbrar las sombras de los cobertizos recortadas sobre los campos. No se veía nada. No es que estuviera oscuro, es que estaba completamente negro. Era como si

alguien hubiera arrancado la página de paisaje y ahora sólo quedara el vacío absoluto que había detrás. Parecía la entrada gigante de una ratonera. ¿Y la luna? Debía ser luna nueva. ¿Y las estrellas? El cielo debía estar de lo más nublado.

Vaya aburrimiento. Para eso podría haber cerrado perfectamente los postigos. Iba a abandonar mi posición cuando de repente se encendió una lucecita, allá a lo lejos. Como si un animal dormido hubiera abierto un ojo sin previo aviso.

Un rápido y aproximado cálculo de distancias me sugirió que allí debía estar la granja del pastor. ¿Y eso? ¿Alguien se había levantado para ir al baño? No. Sus contraventanas, bien afianzadas, no permitirían que escapase ni un solo rayo de luz.

Picada por la curiosidad, bajé al recibidor y estuve hurgando dentro de un enorme arcón que había arrimado contra la pared hasta que encontré lo que buscaba. No eran unos prismáticos, pero serviría.

Subí a la cocina, me parapeté descaradamente delante de la ventana y desplegué aquel artefacto de la era de los descubrimientos. El catalejo trataba de importar alguna imagen digna de interés desde aquel océano impenetrable. Pero no era capaz de encontrar nada. Revisé el artilugio, lo examiné del derecho y del revés, le limpié la lente con un paño que había sobre el mármol y volví a tratar de enfocar.

Mirar por aquel agujero era lo más parecido a haberse quedado ciega. Estaba todo negro. Sin embargo, al levantar la vista la lucecita seguía allí. Diría que hasta titilaba, como si la hubieran expulsado de casa por no cumplir lo suficientemente bien con su deber y se hubiera quedado temblando de frío en el exterior, a la espera de que pasara el enfado y alguien volviera a invitarla a entrar.

Aunque algo así era absurdo, aquel resplandor estaba empezando a darme lástima. Tenía que saber de dónde procedía exactamente, de lo contrario me vería obligada a irme a la cama con un sentimiento de abandono nada prometedor.

—Escucha, Troy, ¿tú sabes cómo funciona esto? A ver si es que tiene un tapón y no se lo he quitado.

Troy me miró con desinterés y dejó caer su cabeza sobre mis pies. A menudo disfrutaba del pequeño placer de confundir mis zapatillas con un almohadón.

Decidí barrer aquella ausencia de paisaje con el catalejo, de izquierda a derecha y de arriba abajo, segura de que así no se me iba a escapar detalle. Resultado de la primera pasada: nada. Segunda: nada. Tercera: nada. Cuarta: ¿cómo no lo había encontrado antes? La imagen, ampliada por una lente que debía

haber pertenecido a algún bisabuelo mío pero que podría haber salido del banco de pruebas de un observatorio espacial, era enorme. Encajaba perfectamente con el espacio de que disponía mi cristalino para enfocar, llenándome el cerebro con su contenido.

¡Menuda sorpresa me llevé! De haber estado Gladys conmigo me hubiera arrebatado el catalejo de un manotazo. ¡Pero si era ni más ni menos que el señor pastor, trasteando en su cocina con la luz abierta! Qué raro que no estuvieran encerrados a cal y canto. ¡Ah, no! Ahora empezaba a comprenderlo. Fran tenía la ventana completamente abierta, por eso podía verlo todo tan claramente. Vaya ganas, con el frío que hacía. Con toda seguridad el termómetro había bajado de cero grados. ¿Pero qué carajo estaba haciendo? Parecía estar cocinando, pero no podía creerlo. Una cosa era ser aficionado a la repostería, preparar tartas para los cumpleaños y llevarle una bolsa de magdalenas a la vecina que recién acababa de estrenar el luto. Pero de allí a pasarse las noches metido entre cacerolas iba un trecho. Un largo trecho. Además, ese hombre trabajaba todo el día como un buey, a esas horas de la madrugada debería estar metido en su cama, durmiendo como un tronco tras haber recontado mentalmente su rebaño de ovejas.

Me meneé en la silla, sentándome bien erguida y tratando de ajustar mejor la imagen con el catalejo. Aquello era de lo más interesante. El pastor me daba la espalda. Estaba fregando algunos cacharros en la pica. Luego los secó primorosamente. A un lado, encima de los fogones, había una fuente con lo que parecía ser un pastel de chocolate. ¡Caramba! Que lujo de chico. Luisa podía estar contenta de tenerlo en casa. En un momento dado Fran acercó su mano al pastel. Era como si estuviera tomándole la temperatura. Igual había abierto la ventana para que se enfriara antes. Luego lo cogió y… ¡lo tiró a la basura! ¿Cómo? A ver, el cubo de la basura quedaba fuera de mi campo de visión, pero había visto claramente como agarraba la fuente y la inclinaba hacia el suelo, dejando que el pastel se deslizara de ella y cayera. Dudaba de que lo hubiera dejado caer sobre las baldosas, eso no tenía sentido, así que sólo podía haberlo tirado a la basura. Pero ¿por qué?

Troy lanzó un suspiro. "Ya sé, Troy, esto no es asunto mío. Debería dejarlo correr e irme a dormir de una vez". Pero no me podía mover de allí. Estaba como hipnotizada. Nunca me había considerado alguien que gozara metiéndose en los asuntos de los demás. Es más, me repelían bastante las típicas abuelas que andaban todo el santo día cotilleando sobre la vida de sus vecinos. Pero aquella especie de travesura nocturna era tan emocionante que no me daba la gana renunciar a ella. Y, aunque podía sentir cómo el espíritu de mamá había bajado hacía un rato a reprobármelo, tenía

que ver cómo terminaba aquello.

Después de deshacerse del pastel, mi vecino puso manos a la obra y elaboró una segunda preparación. Cascó algunos huevos, mezcló varios ingredientes en un bol y acto seguido lo depositó todo en un molde y se agachó para hacer algo con él. Supuse que lo habría metido en el horno, aunque no pude apreciarlo bien. A continuación echó un vistazo a su reloj de pulsera y se quedó pensativo un par de segundos. ¿Estaría calculando el tiempo de cocción? Me llamó la atención lo concentrado que parecía, hasta que se giró hacia mí y me quedé patitiesa al ver que estaba sonriendo para sí. No era hombre de risa fácil, precisamente. ¿Qué podía parecerle tan gracioso como para reírse a solas? Con razón pensaba que era uno de los tipos más peculiares que había conocido.

Lo miré bien. Iba en mangas de camisa y se había atado a la cintura un delantal floreado que le daba un aire femenino con el que no encajaba por nada del mundo. Le sentaba como le sentaría una silla de montar a un gato o un collar de cuentas a un toro. Se veía raro, pero no podía evitar quedármelo mirando embobada. No comprendía cómo no se estaba congelando con el airecito helado que debía estar penetrando por aquella ventana abierta.

De repente, me miró. O al menos eso es lo que me pareció. La lente del catalejo parecía de última generación, pero había bastante distancia entre los dos y no me habría atrevido a jurarlo. Sin embargo, me sentí observada. Le enfoqué el rostro. Sus ojos parecían haberse percatado de mí, aunque eso no le había borrado la sonrisa de los labios. ¿Cómo le dio por fijarse en mi casa? No me hizo falta pensar mucho. "¡Mierda!", exclamé. Me había olvidado de apagar la luz de la cocina. Y, como era tan chula, tenía los postigos abiertos. Ése era un error de espía principiante. En aquel momento, mi silueta se dibujaba tan nítidamente en la ventana como si de una sombra chinesca se hubiera tratado.

¿Y ahora qué haría? Quería desaparecer, pero eso no era posible. Mi instinto de conservación me había inmovilizado en la silla. Era como si todas las células de mis músculos hubieran llegado a la conclusión de que lo mejor era quedarse quietecitas, a ver si así mi presencia pasaba desapercibida. Pero eso era algo que sucedía en los bosques en la era de los australopithecus. Maldecí interiormente mis impulsos prehomínidos mientras estrujaba mis neuronas para sacar de ellas alguna idea útil. La única solución que en aquel momento me parecía viable era tirarme de la silla y arrastrarme por el suelo como un reptil hasta salir de la cocina. Incorporarme en el pasillo y deslizar nuevamente una mano dentro hasta dar con el interruptor y apagar la luz. Después podía irme a la cama y

morirme de vergüenza definitivamente.

O mejor sería tirarme al suelo y pasar la noche directamente sobre las baldosas, junto a Troy. Siempre podría fingir que me había olvidado de apagar la luz antes de acostarme. Y cuando Fran me preguntara qué narices estaba haciendo a las dos de la madrugada mirando por un catalejo a través de la ventana, podría contestarle que se cerciorara bien de que el último cigarrillo del día que se fumaba era de tabaco y no de otro hierbajo y quedarme tan ancha.

Ya había empezado mi cuenta atrás antes del gran salto cuando Fran me saludó con una mano. Igual que había hecho aquella mañana en el cementerio. Desde luego, lo del pastoreo le sentaba maravillosamente bien al sentido de la vista. Podía llegar a aceptar que hubiera detectado mi sombra, pero ¿realmente se había dado cuenta de que lo había estado observando? ¿No sería que había levantado la mano para sacarse de encima a una mosca? ¿O tal vez un molesto mosquito? ¿Con el frío que hacía? No. Cualquier insecto volador había desaparecido de nuestro hábitat invernal hacía meses.

Vale. Tenía una décima de segundo para decidir si lo ignoraba y me hacía pasar por la sombra de un puchero o si le devolvía el saludo. En ese último caso, tenía todo lo que me quedaba de noche para pensar una excusa plausible. ¿Me veía capaz de hacerlo? La respuesta era que con mi nuevo peinado me veía capaz de hacer cualquier cosa. Así que alcé mi mano y saludé, a mi vez, sin dejar de mirar obsesivamente por el catalejo. Fran amplió lo suficientemente su sonrisa como para mostrarme buena parte de su dentadura, me guiñó un ojo – o eso me pareció – y luego me cerró los postigos en las narices.

La lucecita murió. Vaya. Era la primera vez que alguien me cerraba algo en las narices, aunque fuera a una distancia de trescientos metros. Pero me dolió como si me hubiera dado en plena cara. ¡Sería presuntuoso! Ahora me había quedado sin espectáculo. Entonces caí en la cuenta de que hacía un buen rato que había puesto agua a hervir. Miré hacia los fogones y vi que el cazo humeaba demasiado. Se había evaporado toda el agua y estaba empezando a quemarse el fondo. Apagué el gas, puse el cazo en remojo en el fregadero, desistí de mi idea inicial de prepararme otra infusión tranquilizante, me serví una copita de vino dulce, cogí la bolsa de magdalenas, donde sólo quedaban tres tristes ejemplares, y regresé a la guarida que me había montado en el sofá.

El reportaje sobre Stonehenge había terminado. Debía ser un minireportaje, porque la verdad es que no tenía la impresión de haber estado ausente más de veinte minutos. Pero luego empezaron a salir una serie de imágenes aéreas de París con una banda sonora de fondo que, de haber sabido tocar el acordeón, hubiera podido

interpretar de memoria. No se trataba de "Francia desde el aire", sino de "Francine se va de viaje". ¡Qué ilusión! Aunque la noche anterior, cuando había dado con ella al inspeccionar las otras cuatrocientas o quinientas películas que había en *Cómete a un irlandés*, la había desdeñado por haberla vista por lo menos cuatro veces al mes durante los últimos cuatro años, ahora no se me podía ocurrir un plan mejor.

—¡Troy! Tráeme el tabaco –le ordené subiéndome la manta hasta la barbilla.

El perro se me quedó mirando como si acabara de pedirle que me bajara la luna nueva para ponérmela a modo de cojín en la espalda. Claro. Hacía tiempo que se había acabado la temporada del tabaco. Y ahora que mamá ya no estaba, los reyes magos tampoco iban a traerme el encargo habitual.

—Tráeme el bolso, tonto – especifiqué.

Bolso era una palabra que todavía se encontraba operativa dentro de su vocabulario. Formaba parte del campo semántico de su trabajo.

En un abrir y cerrar de ojos volvía a estar frente a mí con el bolso colgando del cuello.

—Eres un sol –le agradecí—. Me encanta cómo te teletransportas. Ojalá yo supiera hacer lo mismo.

"De ser así, ahora mismo me iría a la cocina de Fran, a ver qué coño está haciendo", añadí para mí. ¿Acaso cocinar pasteles sin parar para luego tirarlos a la basura era su forma de calmar los nervios? Pero ¿qué nervios? Si ese hombre no tenía. Era la tranquilidad personificada. Habrían podido ponerlo en un estudio de yoga, sentado como un buda, y no habría hecho falta ningún instructor para conseguir que los alumnos alcanzaran el nirvana. Era como la postal de un anochecer en el desierto. Con sólo mirarlo se le iban a una las preocupaciones de la cabeza. Lástima que luego, cuando abría la boca para soltar uno de sus comentarios graciosillos, se te revolvía todo como si hubieras pisado un cardo. Evidente. Si alguna forma de vida vegetal había en los desiertos, ésa eran los cardos. En fin. Como también era un tipo generoso, esperaba que quedara algún cigarrillo en el paquete que me había pasado antes del funeral. ¿O se lo había quitado yo? Creía que había sido esto último.

Di con el paquete y me apresuré a hacer una comprobación. Estaba medio lleno. Me alegré interiormente de mi propio optimismo. Pero estaba segura de que eso era debido a la película que me disponía a ver. De haber pasado un reportaje acerca de las relaciones de parentesco entre diferentes familias de pingüinos, me habría puesto a llorar pensando que sólo me quedaba medio

paquete. Cogí un cigarrillo, lo aprisioné entre los labios y me dispuse a encenderlo con el mechero. No había dado ni una calada cuando caí en la cuenta de que estaba reincidiendo en un comportamiento inadecuado. De hecho, estaba volviendo a infringir una de las normas no escritas de la casa: fumar fuera del recinto de la cocina.

Ahuyenté el incipiente sentimiento de culpa que se estaba desarrollando dentro de mi conciencia como haría con un insecto molesto, con una superioridad y una impunidad total. "¿Qué más da?", pensé, "Mamá ya no está aquí para juzgarme. Y de venir de visita, estoy segura de que lo hará bajo la forma de un espíritu. ¿Acaso los espíritus conservan sus cinco sentidos?". La respuesta era de primero de primaria: no. Un poco más o menos de humo no iba a molestarla en absoluto. Di una larga calada al cigarrillo para asegurarme de que se había encendido bien y me dispuse a disfrutar de los acontecimientos que me obsequiaba la pantalla.

Las primeras escenas del film me sentaron como un bálsamo anestésico aplicado directamente sobre mi tristeza. Y aunque lo tenía todo para relajarme a gusto, la verdad era que me estresé pensando qué deseaba hacer primero. Ya tenía mi cigarrillo, pero lo quería todo. Había conseguido rodearme de mis placeres favoritos. Tenía una buena película, vino, dulces y más tabaco. Estaba en casa y calentita. Troy dormitaba acurrucado junto a mí. Su respiración era tan honda que parecía que podía absorber todo lo que había en casa con cada inspiración y volver a sacarlo suavemente para depositarlo en su sitio al espirar. Envidié su facilidad para pasar de un estado de máxima alerta al sueño más abismal. Esa capacidad para desconectar. Era como si en algún lugar, bajo su lanudo pelaje, hubiera una clavija de dos posiciones que sólo permitiera o mantenerlo enchufado a pleno rendimiento o tenerlo completamente apagado.

No ocurría lo mismo conmigo. O al menos no ocurría lo mismo desde que había vendido las vacas. Tenía la sensación de que pasaba la mayor parte del tiempo semiinconsciente, sumida en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia. Cuando intentaba pegar ojo era como si mi cuerpo ejecutara un papel que se sabía de memoria. Se hacía el dormido a la perfección. Sin embargo, dentro de mi cráneo, mi mente se debatía en mil y un problemas sin solución. Elaboraba pronósticos, ensayaba previsiones, preocupada de forma enfermiza por el futuro. Cuando caía en la cuenta de que ya sólo le quedaban unos pocos minutos de sueño, se autoinducía un letargo profundo.

Así se la encontraba el cuerpo, que empezaba el día agotándose tratando de tirar de ella para que lo siguiera adonde fuera que

tuviera que ir. A desayunar, a fingir delante de mamá que todo iba bien, que no pasaba nada y que lo tenía todo controlado. Por supuesto, nada estaba más lejos de la realidad. Y, ahora que mamá había muerto y que me encontraba sola en casa, mente y materia se hallaban totalmente descolocadas. Una intentaba mandar sobre la otra, pero esta otra se negaba a obedecer y se amotinaba contra la primera. El resultado de todo eso era que yo ya casi había olvidado cómo me llamaba, cómo se pensaba y qué era lo que deseaba. Allí estaba, en aquel diminuto oasis de dos por dos donde solamente cabíamos mi tele, mi sofá, mis chucherías, mi perro y yo. De haber podido eternizarme en aquel bocado de presente con el que no sólo pretendía llenarme la boca, sino también mi cuerpo y mi alma entera, lo habría hecho. ¿Pactar con el diablo para pasarme así todo lo que me quedaba de vida? ¿Dónde tenía que firmarlo? Le vendía mi propia persona, le vendía la casa, las hectáreas de terreno, hasta el alma de mi perro. Total, la subasta hacía tiempo que había empezado. Y la había empezado yo, vendiéndole las vacas. Traté de desconectar de mí centrándome en la película. Francine era una francesa con un cuerpazo de escándalo y un peinado monísimo. Al menos ahora nos parecíamos en el peinado. Le pegué un mordisco a la primera de las tres últimas magdalenas y la obligué a precipitarse por mi esófago con la ayuda de un sorbo de vino. Logré hacerlo sin atragantarme a pesar de haber encendido un segundo cigarrillo mientras tanto. ¡Qué bien me sentaban esa clase de estúpidos y absurdos logros! Podía sentir cómo las partículas de mi ego iban levantándose progresivamente de su sofá para obsequiarme con una entusiasta ola. Tal vez lo que me convenía era precisamente eso, irme de viaje, como la protagonista. Tenía suficientes ahorros como para sobrevivir tranquilamente un par o tres de años. ¿Por qué no darme una vuelta por el mundo? Sólo con pensarlo me entró una pereza tremenda. No. No hacía falta ir tan lejos. No tenía ganas de romperme los cuernos tratando de hacerle entender al dependiente de un tenderete asiático que no quería grillos ni gusanos fritos con el arroz. Tampoco estaba dispuesta a someterme a una batería de vacunas para no contraer la malaria, el dengue o a saber qué otra enfermedad tropical. Ni quería pillar una diarrea de catorce semanas en la India por haber cometido el fatal error de beberme una Coca-Cola sin embotellar, por más que uno de sus efectos secundarios fuera poder lucir por primera vez en mi vida una cintura de avispa.

Me bastaba con darme un garbeo por la vieja Europa. Con mi inglés de principiante aventajada y una tarjeta Visa tenía más que suficiente para recalar en todas y cada una de las capitales, sacar la entrada en cuantos museos se me pusieran por delante y pedirme la

crep de limón, la pizza napolitana, el fish and chips o el bradwurst con chucrut de turno. ¿Por qué no?

No sabía por qué, pero no lo veía nada claro. Podía suponer que me sentiría culpable dilapidando de esa forma la herencia de mamá. Aunque viajara haciendo autoestop, me alojara en los albergues más cutres que salieran en la guía, dejara el café y el tabaco, me alimentara una sola vez al día y apurara mi estancia dentro de los museos hasta el último minuto, seguiría sintiéndome culpable. Me pasaría el tiempo pensando en qué sería lo que haría a mi regreso.

Tenía que ahorrar hasta el último céntimo para empezar otro negocio o ponerme a trabajar en el pueblo como asalariada. Pero ¿quién querría contratar a la loca de Carmín, que había matado a su madre de un disgusto para poder perder la chaveta a su gusto por algún rincón de la Borgoña, el Véneto o la Baja Sajonia? Nadie, absolutamente nadie. Mis vecinos cerrarían filas frente a mí y no me querrían ni para secar cristales en el túnel de lavado.

¡Qué desesperación! Necesitaba otra magdalena.

Comí, bebí y fumé a consciencia para concentrar todas mis energías en la zona de seguridad que ofrecían mi estómago y mis pulmones. A ver si así le chupaban la energía al cerebro y podía dejar de imaginar sandeces. ¡Con lo bien que creía que pasaría la velada, mirando a Francine irse de viaje, y los malos derroteros por los que estaba empecinado a llevarme mi pensamiento!

Lo que debía hacer era convencerme de una vez por todas de que yo no tenía nada de heroína de película. A parte de doblar el tamaño de su culo, triplicar el de su vientre y dividir por cero el de su condenada suerte, la verdad era que no teníamos nada más en común que un triste corte de pelo. Y, encima, al mío le faltaban las mechas. Nunca tendría algo de más respecto a aquellas mujeres. Siempre algo de menos.

Pero, incluso así, se me licuaba el corazón cada vez que metían en su preciosa Samsonite salmón de tamaño fin de semana, y en tan sólo un minuto, ropa suficiente como para pasarse cuatro meses fuera de casa sin tener que lavar ni una prenda. Con qué ganas las seguía mientras sacaban con su manicura perfecta la tarjeta de embarque del bolso de Prada. No me perdía detalle de cómo una azafata que podría haber salido de un concurso de Miss Universo, pero que era mucho más fea que ellas, las guiaba hasta la butaca de clase business que la multinacional a la que prestaban sus espléndidamente remunerados servicios había reservado exclusivamente para ellas. ¡Cuánta satisfacción llegaba a producirme aquel estado de alienación momentáneo! Acabé con todas mis existencias de comida y bebida antes de que Francine aterrara en Irlanda. Faltaba más de media película y sólo me

quedaba el tabaco. Tendría que racionarlo, porque de lo contrario Troy corría el peligro de despertarse por la mañana con toda su mata de pelo trenzada a lo afro.

Me tomé mi tiempo para prender otro cigarrillo y… supongo que me quedé dormida.

8

Me despertó el perro. ¡Me estaba mordiendo una pierna!

Lo primero fue ajustarme las gafas. Sentí que aflojaba la presión de su mandíbula, pero aun así empecé a gritarle como una loca. Me desgañité hasta que vi que estaba saliendo humo del sofá.

¿Cómo? Miré el reloj. ¿Cuánto hacía que me había quedado dormida? Miré la tele. Francine se estaba peleando con el guapo y rudo irlandés. No haría ni diez minutos que había perdido la conciencia. ¿Y ese hilo de humo? ¡Ay, Dios! ¡Me había quedado dormida con el cigarrillo colgando de los labios! ¡Había prendido fuego al sofá! Mamá me iba a matar. ¡No! ¡Mamá estaba muerta!

Tenía que pensar rápido. Menudo chiste. A ver, tenía un extintor, pero estaba en el cobertizo. Al menos no había llama, únicamente un agujero en el forro del asiento del sofá. La espuma quemaba lentamente y expelía una estrecha columna de humo, densa y negra, que recordaba a las famosas señales que producían los indios navajos —¿o eran los cherokees?— para comunicarse entre ellos.

"Bueno, que no haya llama no significa que no pueda empezar a arder en cualquier momento", acertaron mis alarmadas neuronas. Me levanté de un salto para ir a buscar un cubo de agua a la cocina. Pero fue poner los pies en el suelo y mi pensamiento cambió de parecer por sí solo, en apenas un instante. Fui hasta el ventanal y lo abrí de par en par. Volví al sofá, agarré el enorme cojín, tratando de acercármelo lo menos posible al cuerpo, y lo tiré por el balcón.

En ese momento me pareció escuchar un ruido, algo así como un gemido. ¿Le habría dado a un gato? Qué raro. Hacía semanas que no merodeaban por la granja. Desde que me había librado de las vacas y, con ellas, de los sacos de pienso y grano con que las alimentaba, había bajado de forma astronómica el número roedores que habitaban permanentemente los bajos fondos de la casa. Y, junto con ellos, también había menguado la frecuencia de las incursiones relámpago de las más famosas pandillas de gatos salvajes de todo el oeste.

Aunque ya había pasado el peligro, quería asegurarme de que el fuego quedaba bien apagado. Así que bajé rápidamente a la planta baja, llené el cubo de la fregona en el grifo que había en el cuartito de la caldera, desatranqué el portalón, abrí la puerta y, sin pensármelo dos veces, eché toda el agua hacia afuera.

—¡Me cago en tus…!

La frase quedó sin terminar. Ay, ay.

Ay, ay, ay.

¿Era Fran? ¿Otra vez? Ese hombre ¿se había vuelto loco o qué?

Me hizo a un lado de un manotazo e invadió el recibidor. Bueno, más bien lo inundó, porque la verdad era que parecía estar empapado. ¡Había que ver lo que mojaban diez litros de agua!

—¿Pero tú te has vuelto loca o qué?

Justo lo que yo había pensado de él no hacía ni dos segundos. Con la única diferencia de que sus palabras sonaban como latigazos y las mías no.

Ignoro el motivo, pero me dio por ponerme a reír. Empecé bajito, con una risa que más bien parecía el inicio de un ataque de tos. Pero luego las carcajadas fueron creciendo en intensidad. Salían de mi boca como ciclones. Mis ojos expulsaban lágrimas que se me quedaban pegadas a los cristales de las gafas. Tuve que contorsionarme porque me dolían los abdominales de tanto contraerlos. Pero incluso así no podía parar de reír. Fran se quedó mudo e inmóvil. Mirándome absolutamente pasmado. Pensé que así sí que daba gusto tenerlo cerca. Y fue pensar eso y redoblárseme las ganas de reír. ¡No podía parar! —Estás loca.

No lo dijo, lo confirmó. Sus palabras sonaron como cuando un médico prepotente te confirma su diagnóstico. Con esa autoridad aplastante que hace que te sientas achicada hasta convertirte en un ser humano insignificante e ignorante. Paré en seco y me lo quedé mirando, supuse que muy seria. No dulcificó para nada su mirada, así que mantuvimos un pulso visual bastante tenso, hasta que Troy logró terminar con él saltando encima de la visita.

—Hola, pulgoso –le saludó Fran reduciéndolo al suelo y dándole algunas palmadas.

¿Cómo lo hacía para cambiar el tono de voz de forma tan radical en tan poco tiempo?

—¿No te gusta que te chorree encima, eh? –le preguntó cuando Troy escapó de su saludo para ir a sacudirse el agua que su antiguo dueño le había trasvasado—. La culpa es de tu dueña, que no sabe cómo ahuyentar a los pocos amigos que suben a visitarla.

Volvió a mirarme. Esta vez pude apreciar algo menos de furia y algo más de cariño muy por debajo de sus retinas.

Pero no lo suficiente como para ablandarme el corazón. ¿Quién se había creído que era? Acercándose a mi casa a esas horas intempestivas y, encima, echándome la bronca por haberle recibido con cubo de agua, cuando en realidad era él quien se había interpuesto en mi camino. ¡Que yo estaba intentando apagar un incendio! Me aferré a mi cubo como si hubiera intentado robármelo y volví a llenarlo.

—Quita de en medio –le advertí pasando a su lado al dirigirme nuevamente hacia fuera.

Pulsé el interruptor de la luz exterior y localicé mi pedazo chamuscado de sofá. Ya no humeaba. Seguramente el frío exterior había sofocado el fuego. De todas formas, decidí verterle el agua por encima para asegurarme. Lo dejaría allí y a la mañana siguiente me desharía de él. —¿Y qué clase de amigos son esos que llegan sin avisar a las tres de la madrugada? –pregunté al volver a meterme en casa.

Pero allí no había nadie. —¿Fran? –lo llamé alzando la voz.

"A lo mejor se ha largado aprovechando que estaba distraída regando el sofá", pensé.

Ojalá se hubiera largado. Ojalá todo hubiera sido un sueño. O una alucinación. Podría haber estado alucinando desde hacía más o menos tres meses. De esta forma bastaría con que me diera un cabezazo contra la pared para recuperar mi vida de antes. —¡Estoy aquí arriba!

Era su vozarrón. Estaba claro que no iba a tener tanta suerte. Después de todo, aquello no era un sueño. Me dispuse a cerrar el portalón, pero algo quedó atrapado entre las dos puertas. Lo miré de cerca. Era plástico, un plástico fino como el de las bolsas del súper. ¿Qué broma era aquella? Saqué la cabeza afuera y vi que, efectivamente, había una bolsa atada a una de las dos argollas que decoraban la madera. La desaté y me la llevé conmigo dentro de casa. A continuación cerré con llave, aseguré la tranca —¿para qué, si iba a repatriar a mi vecino tan pronto como se hubiera secado?— y guardé el cubo de la fregona en su sitio.

Estaba agotada. Me senté en el arcón del recibidor, con la bolsa sobre mis rodillas. ¿Qué sería? Palpé su contenido. Era como un sombrero sin ala, pero mucho más denso. Y estaba tibio. Pero no se movía, o sea que no era un ser vivo. Ni latía, o sea que no estaba dormido. Menos mal. Deshice un par de nudos y saqué un objeto algo blando que estaba envuelto en papel de aluminio. Desprendía bastante calor. Acerqué mi nariz e inspiré.

¡Mmmm! Qué bien. Olía a magdalena gigante. Aparté el papel y di con un bizcocho que decía cómeme. Estaba dorado y tierno como si acabara de llegar de unas vacaciones al Caribe. Miré a izquierda y derecha como por instinto y, sin poder reprimirme, le hinqué el diente. Los ojos se me cerraron de puro placer.

—¿Está rico?

Dale con el pastor. Con lo bien que íbamos.

—¿Lo has hecho tú? –le pregunté.

Fran estaba en lo alto de la escalera, en camiseta, secándose el pelo con la toalla de las manos que había en el baño. Tenía las

perneras de los pantalones algo mojadas, pero a Dios gracias no se los había quitado.

—Dijiste que te gustaría recibir una hornada fresca cada mañana, ¿te acuerdas?

Sentí cómo algo se me derretía por dentro. ¡Menuda flojera! Claro que me acordaba, pero había sido una forma de hablar, un comentario banal para expresar lo sabrosas que le habían quedado las magdalenas. ¿De veras se lo había tomado al pie de la letra? Muy a mi pesar, en ese momento le hubiera besado. Pero tenía que ser fuerte. No me podía permitir caer en según qué tentaciones. Ese hombre que se me había metido en casa, aunque en ocasiones podía llegar a ser encantador, no dejaba de ser mi vecino. El vecino al que tendría que ver el careto día tras día durante el resto de mi vida. El vecino que últimamente disfrutaba sacándome de mis casillas con sus comentarios insoportables. Por más que ésa fuera ya la segunda vez que sentía el impulso de saltarle encima y arrancarle la ropa, no podía consentir que eso ocurriera. Me arrepentiría de ello cada vez que me lo cruzara con la ranchera por un camino. Ni hablar. Empecé a subir las escaleras con la determinación de una novicia, pero a medio camino me di cuenta de que en realidad lo estaba haciendo a una velocidad anormalmente reducida. Y para más inri no dejaba de meterme pellizcos de bizcocho en la boca. ¿Por qué había empezado a actuar de aquella forma? Así lo único que conseguiría era precisamente aquello que quería evitar a toda costa. Pero no sabía qué me estaba pasando. Necesitaba sentirme un poco como Francine, ni que fuera por una vez. ¿No eran las locas de *Cómete a un irlandés* quienes habían dicho que Fran estaba como un queso? ¡Pues claro que lo estaba! ¡Era evidente que lo estaba! Lo había estado siempre. Y precisamente a mí había tenido que tocarme la mala pata de tenerlo como vecino. Tener un vecino en los Pirineos no era como tenerlo en el Montmartre. Aquí la gente nacía, vivía y moría invariablemente en el mismo lugar. Amparada por el anonimato de una gran ciudad, una podía tirarse tranquilamente al pianista del primero segunda o al jugador de waterpolo del quinto sexta sabiendo que al cabo de dos meses allí habría una familia paquistaní o un taller de costura clandestino dispuesto a facilitarte la ardua tarea del olvido.

Pero qué porras, ¿acaso no podía permitirme el lujo de disfrutar un poco, ni que fuera por una vez?

—¿Y pensabas dejar esta delicia allí colgada toda la noche? –pregunté refiriéndome al pastel—. Podría haber venido un zorro, atraído por el olor, y haberlo robado.

Le clavé la mirada. Me sentía arder.

—Los zorros están hibernando – contestó Fran, colgándose la

toalla de los hombros.

—Sabes perfectamente que los zorros no hibernan –le susurré a un palmo del oído al llegar a su altura. Me escabullí hasta el salón, bastante satisfecha con mi representación de Mata Hari. A Francine, que en ese momento debía estar acostándose con su anticristo, no le hubiera salido mejor. Pero ya estaba bien de jueguecitos.

Miré el sofá. La ausencia del cojín hacía que pareciera cojo. Fran había cerrado el ventanal, había apagado la tele y había añadido algunos leños en el hornillo de la estufa durante mi breve ausencia. "Veloz como el rayo y eficaz como un hada", pensé.

Noté que se me acercaba por la espalda. Tenía que salir de allí como fuera.

—¿Quieres que te preste unos pantalones viejos? Tengo un mono de trabajo bastante ancho con el que podrías llegar fácilmente a casa.

—¿Cómo?

Absurda. Estaba siendo absurda. Pero al menos funcionaba. Lo tenía descolocado.

—Quiero decir que creo que tengo un mono de trabajo que te iría bien. Así no te congelarías por el camino. Estos pantalones que llevas están mojados. Espera aquí.

Di un rodeo por detrás del tresillo para zafarme de aquella situación que yo misma había creado en menos de dos minutos.

Subí a mi habitación y abrí el armario. Quise fundirme con él. No sabía lo que estaba buscando.

"¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Soy una calientabraguetas, soy una zorra, soy horrible!". Estuve dedicándome flores parecidas un buen rato. De vez en cuando aguzaba el oído tratando de averiguar qué estaba haciendo Fran. No se escuchaba nada.

Cuando pensé que ya llevaba tanto tiempo allí que si no bajaba acabaría por subir él, cosa que quería evitar a toda costa, me puse a hurgar entre mi ropa. No sabía lo que buscaba hasta que di con un montón de trapos viejos. Entonces recordé que había subido a por un mono de trabajo para prestarle. Lo encontré y salí de mi habitación como una centella.

Entré en el salón con pies de plomo. ¡Ni que me esperara una emboscada! Sin embargo, enseguida vi que podía estar tranquila al respecto. Fran estaba sentado en el sillón, los codos sobre las rodillas, la cara entre sus manos. Me sentí fatal.

—Toma –le dije alargándole el mono—. Igual te queda corto, pero servirá.

—Creo que no hace falta.

Se levantó y me cogió la cara con las dos manos. Su piel olía a romero, como aquella mañana en la iglesia.

Se me disparó el corazón. Podía verlo de refilón, cómo quería salirse literalmente de mi pecho.

Cerré los ojos. No pasó nada. Los volví a abrir. Me miraba.

—Creo que será mejor que te deje tranquila durante un tiempo. Cobarde.

Quería un beso. Necesitaba un beso. Pero no se lo iba a dar yo. Necesitaba desesperadamente que fuera él quien me besara.

—¿No vas a traerme más pasteles?

Cómo me odié por aquel comentario. Había sonado infantil, totalmente egocéntrico, necio, disparatado. Me sentía tremendamente mofletuda, completamente perdida y anticipadamente sola. Por comentarios como aquel me merecía lo que ya estaba escrito.

Me soltó, sin dejar de mirarme con unos ojos donde no conseguía ver nada. Era como tratar de encontrar un anillo caído en el fondo de un lago. —Me voy, Carmín. Cuídate. Recogió sus cosas y se fue. Así de sencillo.

Por mi parte, no recogí nada de nada. Me senté en el sofá, donde él había estado esperándome. Todavía estaba tibio. Ésa era una sensación a la que tenía que empezar a desacostumbrarme. Cuando mamá estaba en casa solía pasar que me sentara en algún lugar y lo encontrara caliente. Era el rastro invisible de mamá. Aparecía incluso en la taza del váter. Era una tontería en la que no habría atinado de no haberme sentado en aquel momento sobre el recuerdo de Fran. A partir de aquel instante me había convertido oficialmente en una solitaria. Una solitaria de treinta y dos años. Y en paro. Qué bien.

Me acerqué el bizcocho a la nariz. Sentí un nudo tremendo en la garganta, como si fuera mi propio organismo quien se hubiera anudado a sí mismo. "Como cuando comes coliflor", pensé. Ahora que mamá no estaba no volvería a comer coliflor.

Y ahora que Fran se había ido se me habían quitado hasta las ganas de comer.

Ahora comprendía lo que había ocurrido en la cocina de Fran aquella noche. Se le había quemado un pastel. El primer bizcocho, el que había tirado a la basura, no era un bizcocho de chocolate, era un pastel quemado. Abrió la ventana de la cocina para que saliera el humo y se ventilara la estancia y preparó un segundo pastel. Eso fue lo que vi claramente con el catalejo. Cómo cocinaba el segundo bizcocho que me había traído a las tres de la madrugada para alegrarme el desayuno.

No merecía el cariño que me tenía. Era una idiota y una desagradecida. Además, acababa de darme cuenta de que la cobarde había sido yo. Si mamá levantara la cabeza me daría en la mía con

una sartén y luego se lamentaría de que hubiera quedado abollada. La sartén, claro.

Me tapé con la manta y me puse a llorar. Lloré hasta que volví a quedarme dormida.

Me desperté antes de las siete por no haber previsto que dejar los postigos abiertos podía tener efectos secundarios. La fría luz de la mañana me atravesaba los párpados y se me metía en los ojos como un cuchillo de cristal.

Me encontraba mal, muy mal. Si de repente hubiera aparecido una enfermera y me hubiera comunicado que me hallaba en la UCI de un hospital no me habría extrañado lo más mínimo. Era como si durante el sueño un tractor se hubiera dedicado a pasarme el arado por dentro.

Troy se me encaramó de un salto y se puso a lamerme la cara concienzudamente.

—Quita, baboso –le dije apartándole el morro con una mano. Mi voz estaba dotada de cualquier cosa menos de persuasión.

Intenté moverme, pero el más mínimo esfuerzo me provocaba un pinchazo de dolor que parecía nacer de la médula ósea y atravesar el hueso, seccionar los músculos y arañarme el alma mientras se abría paso en su camino hasta la cabeza, donde se alojaba definitivamente. Cada movimiento, por pequeño que fuera, originaba su propia dosis ascendente de dolor. Sólo permaneciendo inmóvil lograba minimizar el sufrimiento. Era como si por el hecho de mantenerme quieta pudiera evitar que éste rodara arriba y abajo, golpeándome el cráneo sin compasión.

Pero no podía pasarme el día allí tumbada. Como faltaba uno de los cojines del asiento tenía la espalda molida tras haber pasado las últimas cuatro o cinco horas recostada encima de la estructura de madera del sofá. Dormida no me había dado ni cuenta de ello, pero aquella postura ahora me parecía insoportable.

Me incorporé a cámara lenta hasta quedar sentada en el otro asiento. Parecía un oso perezoso, sólo me faltaba alargar una mano y llevarme un manojo de brotes tiernos a la boca.

En aquel momento, agradecí al universo que no hubiera vacas esperándome en los cobertizos. De haber sido así, habrían tenido que ordeñarse ellas mismas.

Una sola palabra iluminaba mi cerebro con sus destellos de neón: café. Necesitaba un café cuanto antes. Pero ¿tenía que hacérmelo yo misma? Cuando mamá vivía, el café del desayuno siempre lo preparaba ella. Miré a mi alrededor como si estuviera intentando localizar a un camarero.

Al fin di con uno.

—Troy, tráeme un tanque de café.

Tras mirarme con curiosidad casi se cae del asiento de la risa. —Está bien, viejo haragán. Iré yo.

Me di cuenta de que estaba empezando a hablar como una abuela. Peor aún, me di cuenta de que me estaba levantando del sofá apoyando las manos en los muslos, al más puro estilo centenaria. Aquello no era lo que había estado esperando de mi vida como treintañera. Tenía que ponerle freno como fuera.

Me erguí todo lo que pude obviando un crujido de espalda que hubiera podido salir de la escalera de madera de una casa abandonada y me encaminé como una zombi hasta la cocina. La cabeza me seguía dos pasos por detrás, como un globo atado a mi cuello con un cordel. Paradójicamente, no la notaba liviana, sino que era como si me la hubieran atiborrado de cemento durante la noche y todavía estuviera llena de esa masa pesada y pastosa.

Llegué a la cocina y le di al interruptor de la luz. Casi salgo catapultada hacia atrás por el destello. Lo apagué con las manos a modo de visera, protegiéndome la vista. Tendría que apañármelas con la claridad del alba que estaba empezando a colarse por las ventanas. No entendía esa repentina fotofobia. ¡Ni que me estuviera volviendo una vampira! Desde luego, el cóctel de tristeza y alcohol que me había venido sirviendo cada noche desde la muerte de mamá no les sentaba nada bien a mis sentidos.

Me costó trabajo desenroscar la cafetera, pero al fin lo logré. Llené el cubilete con un montón de café molido, lo aplasté bien con el dorso de la cuchara y añadí otra buena cantidad del polvo estimulante. Volví a enroscar el aparato y lo puse a calentar en un fogón. Luego emprendí una expedición a la nevera, de la que regresé desolada. No había nada para desayunar. Y me negaba a tomarme un plato del cocido de Luisa a las siete de la mañana.

Mi estómago rugía como si estuviera enjaulado. ¿Qué podía darle de comer?

Entonces me acordé del bizcocho de Fran. Me desplacé como pude hasta el salón y localicé la bolsa de plástico en el suelo, al lado del sofá. Me agaché tratando de no inclinar mucho la cabeza para evitar nuevas contusiones internas y me la apropié. Estaba vacía. Solamente quedaban algunas migajas resecas. ¿Había sido capaz de comérmelo entero? No me acordaba de haberlo hecho. Tal vez el culpable era Troy. Aprovechando mi coma nocturno podría haber metido el hocico allí dentro impunemente y haberse puesto morado con el pastel. Ni me habría enterado.

—¿Has sido tú quien se ha comido mi desayuno? –lo acosé.

Agitó la cola y se sentó, mirándome a través de su pelambrera. Tal vez esperaba alguna orden algo más precisa. Como todo buen perro, prefería los imperativos a los interrogatorios.

—Bueno, qué más da. Hoy es un día tan bueno como cualquier otro para empezar un régimen. ¿Por qué no? Dos meses más así y pronto me confundirán con Francine.

Fue decirlo y Troy se largó para el piso de abajo. "Debe ser su forma de comunicarme que no quiere convertirse en la mascota de una loca". Por mi propio bien, tenía que dejar de intentar dialogar con aquel animal.

Me había quedado sin desayuno, pero al menos tenía el café. Seguramente ya estaba hecho. Regresé a la cocina y me quedé estupefacta en el umbral. La cafetera soltaba un montón de humo, pero no olía a café. ¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿Acaso hasta los más insignificantes utensilios de cocina se habían puesto de acuerdo en sabotearme la mañana? ¿No tenían suficiente con presenciar cómo yo misma me estaba cargando mi propia vida?

Apagué el gas y abrí la tapa de la cafetera. No había nada. ¿Y el café? Así la cafetera por el mango y entonces caí en la cuenta de que apenas pesaba. ¡Me había olvidado de llenar el depósito de agua! Y, claro, me la había cargado.

Me dejé caer al suelo todavía con la cafetera chamuscada en la mano. No me salían ni las lágrimas. En menos de cinco horas había prendido fuego a dos objetos absolutamente vitales, al menos para mí: el sofá y la cafetera. ¿Qué narices podía significar aquello? Por primera vez en mi vida deseé que un psicólogo me aclarara algo.

Sabía que si no me tomaba un café pronto empezaría a dolerme la cabeza, incluso más de lo que ya me dolía. Era el síntoma más claro de esa clase de síndrome de abstinencia. Lo sabía por experiencia. Si alguna mañana se me había olvidado tomarme mi taza habitual, tenía que volver a por ella al cabo de media hora porque me estallaban las neuronas.

Por insólito que pueda parecer, tuve una idea. Debería haber felicitado a mi generador de ideas, porque la verdad era que había sido capaz de llevar a cabo su trabajo a pesar de las múltiples adversidades que le había impuesto. El sueño, la pseudodepresión, el agotamiento físico, la sobrecarga hepática y renal y un largo etcétera de contrariedades con las que me había ido adornando como un patético árbol de Navidad no prometían demasiado.

—¡Ya sé! –grité para mí—. Voy a ir a casa de Luisa, les devuelvo las fiambreras limpias, les agradezco toda la ayuda que me han prestado, me disculpo con Fran por mi inaceptable comportamiento de ayer y les imploro una taza de café.

Era un plan genial. Además, confiaba en el buen corazón del pastor. Estaba completamente convencida de que haríamos las paces en un santiamén. Me negaba a aceptar que quisiera mantenerse alejado de mí, como había anunciado antes de dejarme

plantada en mi propio salón para largarse con los pantalones mojados.

Algo más animada por esa doble perspectiva de reconciliación y de cafeína, conseguí subir a mi habitación, escoger un jersey y unos tejanos limpios, tomar una ducha, secarme el pelo en tan sólo diez minutos con unos resultados abrumadores, porque me quedó igualito que me lo había dejado Gladys el día anterior, y bajar otra vez al salón.

Había transcurrido sólo media hora. Teniendo en cuenta mis precarias condiciones físicas y mentales, aquello era todo un logro.

Entonces fui consciente de que la estancia olía horriblemente a chamusquina. No me había dado cuenta antes, pero al regresar del cuarto de baño, con la ropa limpia y el pelo oliendo a suavizante, el ambiente del salón me recibió como un guantazo.

Corrí hasta el ventanal y lo abrí de par en par para invitar a la mañana a oxigenar mi casa. Retiré los platos, las tazas y los vasos sucios. Vacié el cenicero, puse en orden los cojines que habían logrado sobrevivir a mi particular tortura con la colilla del cigarrillo y barrí el suelo de migas de bizcocho.

La cabeza estaba empezando a mostrar los primeros síntomas insoportables de la falta de café, así que me apresuré a vaciar en una olla el contenido de las fiambreras que todavía quedaban en la nevera, las fregué con abundante detergente y agua caliente, las sequé con un trapo limpio y estuve jugando a las matrioscas un rato con ellas, hasta conseguir que cupieran una dentro de la otra, ocupando el mínimo espacio posible. Junté las tapas, las aseguré con una goma elástica y metí todo en una bolsa de plástico antes de bajar a la planta baja.

En el recibidor me encontré de frente con una mujer que me sonaba vagamente, aunque no sabía exactamente de qué. Tendría mi estatura, aunque estaba bastante más delgada. Los pantalones le hacían bolsas a la altura de las ingles, dándole un aspecto algo descuidado. Sin embargo, lucía un bonito peinado parecido al mío y, a pesar de ostentar unas profundas ojeras moradas que más bien parecían manteles que le colgaban de los ojos, sonreía.

Lo primero que cruzó mi mente fue por qué narices Troy no me había avisado de su presencia. Aunque luego me eché a reír con cierta complacencia. Ya sabía quién era.

—Buenos días, Carmín –le dije a mi reflejo en el espejo.

El cúmulo de sucesos que me habían ocurrido en los últimos días me había afectado de tal forma que ya no reconocía mi propia imagen en un espejo. Y no era solamente un cambio físico, lo que veía al observarme detenidamente, sino también anímico, mental.

Era como haberme sometido a una edición de un programa

exprés de cambio radical. Había adelgazado por lo menos tres o cuatro quilos. ¡Uno por día! Eso era algo inconcebible, pero real. Nunca había notado mis pómulos tan salidos, aunque eso tal vez era debido al nuevo peinado. La piel de mi rostro pedía a gritos una base de maquillaje, pero ni tenía ni habría sabido cómo aplicármelo para que diera buen resultado. Aun así, y a pesar de que la pérdida de peso o la tristeza habían hecho florecer una serie de finas arrugas en mi frente y alrededor de mi boca, la expresión de mis ojos era bastante serena. Y mis labios sonreían sin saber muy bien por qué, como obedeciendo a una orden interna de la que yo no me consideraba responsable.

Vaya. Desconocía si aquél sería un cambio permanente o si, por el contrario, aquello solamente eran los síntomas pasajeros del momento que me estaba tocando vivir, pero por debajo de la sorpresa del instante en que no me reconocí, o en que tuve que aprender a reconocerme bajo otra forma, había una sensación agradable. Era como si el cambio que necesitaba hacer en mi vida hubiera empezado a notarse. La venta de las vacas había sido el primer paso que había dado y, muy a mi pesar, mamá había fallecido, abriendo con ello un abanico de posibilidades todavía mayor para mí. Ahora era la dueña absoluta de mi tiempo y de mi dinero. Podía disponer de mi vida según mis deseos. Nada me ataba a mi pasado. El futuro era como un campo fértil acabado de arar, podía hacer con él lo que quisiera. Era libre de sembrarlo con lo que me diera la gana porque sería yo quien recogiera sus frutos, y serían todos para mí.

De no ser porque necesitaba con urgencia mi taza de café, me hubiera besado en el espejo.

Salí, recogí el cojín chamuscado y húmedo que había tirado la noche anterior y lo cargué a la ranchera. Entonces me acordé de que debía haber entrado en casa el saco con los artículos del hipermercado que habían sobrevivido a la purga de hacía ya dos días. Mala suerte. Ya lo haría en otro momento.

Arranqué y puse rumbo a la casa del pastor.

Llegué en apenas dos minutos. Aparqué enfrente del portalón y me apeé de la ranchera, esperando ver salir a Jerusalén de algún rincón, dispuesto a convertirse en mi escolta personal hasta la entrada. Pero no apareció. La verdad era que se respiraba mucha calma, no había el típico ajetreo de una granja a las ocho de la mañana.

Agucé el oído. No se escuchaba balar ni a una oveja. ¡Qué cosa tan rara! A esa hora deberían estar todas ensayando como locas en su coro.

Me acerqué a la puerta. Estaba entornada, así que seguro que

habría alguien dentro. Llamé con la aldaba y pulsé el timbre, que lanzó un grito estridente, como si realmente hubiera notado la descarga de electricidad. —¡Fran! –grité metiendo la cabeza dentro de la casa.

No obtuve respuesta.

—¡¿Luisa?! –probé nuevamente. Nada.

¿Podía saberse qué había pasado? Me dirigí al cobertizo donde solían aparcar su todoterreno. No estaba. Vale. Eso significaba que habían ido a algún lugar. Pero, ¿por qué no habían dejado al perro suelto? Y, lo que era más curioso todavía, ¿dónde estaban las ovejas? ¿Y por qué no habían cerrado la puerta?

Aquel cúmulo de rarezas era tan inquietante que por un momento deseé haber traído a Troy conmigo. Pero, por otra parte, seguro que había una explicación de lo más plausible para todo aquello. Una explicación que haría que todas las piezas sueltas encajaran a la perfección, demostrándome que había sido una tonta al pensar que allí sucedía algo extraño.

De todas formas, decidí entrar en la casa y subir al primer piso a echar una ojeada, por si acaso.

Los goznes de la puerta principal me recibieron con un chirrido nada tranquilizador.

—¡Qué bien! –exclamé sin mucho entusiasmo.

Hablar en voz alta resultaba un buen ejercicio. Era lo más parecido a sentirse acompañada.

—¡Luisa! ¡Fran! –volví a llamarles para anunciar mi llegada.

Por más que la situación resultara insólita, no tenía ningún derecho a inmiscuirme en su vida privada de aquella manera. Lo último que hubiera querido era sorprenderlos o alarmarlos invadiendo su propiedad sin contemplaciones.

La planta baja era oscura y húmeda. Antiguamente había servido como establo para el ganado y todavía quedaban restos de olor animal que emanaban de aquellas gruesas paredes de piedra y se te metían en las fosas nasales.

Ahora no había allí más que unos cuantos aperos del campo aparcados desde hacía décadas, totalmente mohosos e inservibles. Un par de docenas de sacos de grano se amontonaban en un rincón. Parecían los cuerpos gordos y todavía calientes de un ejército derrotado de enanos.

—¡Carmín, por Dios! –tuve que reprenderme—. No des rienda suelta a tu imaginación, y menos antes de haberte tomado el primer café.

Justo al lado de la entrada había el doble de sacos vacíos atados con un cordel. "Pieles muertas", me susurró mi propio cerebro, a traición.

El suelo, de grandes losas de piedra cubiertas de arena, hacía unos bonitos dibujos parecidos a los que se podrían encontrar en la gravilla de cualquier jardín japonés. "Eso es que lo han barrido hace poco", me sopló un diminuto Hércules Poirot que tenía alojado temporalmente en el pabellón auditivo.

Como para corroborar mis suposiciones, una escoba de mijo yacía apoyada en la barandilla de metal, justo donde nacía la escalera que conducía al piso superior.

Pasé de largo de ella y subí un tramo largo de escalones, hasta llegar a un pequeño descansillo. Allí había una segunda puerta con cerrojo, que generalmente estaba abierta de par en par.

Como para desconcertarme un poco más, en esa ocasión se encontraba cerrada. Llamé con los nudillos.

—¿Hay alguien ahí? ¿Luisa?

Inmediatamente después escuché un rumor al otro lado, algo así como el arrullo de unas palomas.

Hice presión sobre el pomo de la puerta, pero no cedió. Estaba cerrado con llave.

—¿Luisa? ¿Estás ahí? Soy Carmín. ¿Te encuentras bien?

Golpeé la puerta insistentemente, algo alarmada por la situación. ¿Y si había alguien herido dentro? ¿O había pillado in fraganti a unos desvalijadores? ¿Pero qué clase de ladrones se encerraban bajo llave en casa ajena? Tantas suposiciones me sacaban de quicio. ¿Por qué no era capaz de mantener la calma y actuar con aplomo y sensatez?

—¡Voy a contar hasta tres y luego me voy! –amenacé como si estuviera tratando con un mocoso rebelde de tan sólo tres años.

Aunque me parecía de lo más ridícula la forma en que estaba convirtiendo aquella peculiar situación en algo completamente absurdo, no podía detenerme. Empecé a contar a pleno pulmón.

—¡Uno!, ¡dos!... –allí hice una pausa, como para dar un margen de tiempo para recapacitar a quien hubiera dentro de casa— … dos y medio…

Esperaba de todo corazón que no fueran unos asaltantes. Y, en caso de que fuera así, confiaba con todas mis fuerzas en que esperarían a que la loca del rellano terminara de contar y se marchara por donde había venido para acabar de saquear los armarios, o lo que fuera que estuvieran saqueando, y cruzar los Pirineos con su botín a cuestas para no volver nunca más.

—¡Y tres! –interpuse un silencio— ¡Me voy!

Justo cuando di media vuelta para descender la escalera escuché como alguien hacía girar una llave en la cerradura.

"Vete cagando leches", me ordenó el subconsciente, que ya se había encargado de insinuar al corazón la necesidad imperiosa de

empezar a bombear más sangre de la habitual.

Pero me quedé. No podía permitir que mi imaginación sin domar tomara el control de mi puente de mando.

La puerta se abrió un palmo y apareció el rostro amable y arrugado de Luisa.

—¿Carmín? ¿Tú por aquí?

Por un momento pensé que había alguien con barba de una semana escondido justo detrás de ella, amenazándola con la punta afilada de un cuchillo incrustada entre dos costillas. "Ahora viene cuando no me deja pasar y me insiste para que regrese a casa, dejando ir como quien no quiere una absurda frase aparentemente inocente con la que me está alertando en realidad del peligro que corremos", pensé. "¡Tengo que salir de aquí como alma que se lleva el diablo y llamar a la policía cuanto antes!".

Fue pensarlo y empezar a retroceder.

—¿Pero Carmín, adónde vas? Pasa, mujer.

Luisa había abierto la puerta completamente y me estaba invitando a entrar. Allí no se veía a nadie más. ¿Dónde estaba el truco? ¿Acaso aquella septuagenaria también se había unido a la banda de malhechores?

Con mi cerebro todavía lleno de escenas del crimen, me dispuse a negarme amablemente. Sin embargo, un intenso aroma procedente del interior hizo que relativizara la gravedad de verme envuelta en una película de gánsteres y que cambiara radicalmente de parecer.

—Pues claro –dije cruzando el umbral y llenándome los pulmones con fruición—, será un placer.

—Acabo de hacer una cafetera – confirmó mi amable anfitriona — ¿Te apetece una taza?

Casi lloro de la emoción. —Por supuesto, muchas gracias. ¡Cómo no! Si aquél era el principal motivo de mi visita.

Seguí a Luisa hasta la cocina y tomé asiento en un largo banco de madera que había frente a una mesa todavía mucho más larga, ya que uno de sus extremos no era apto para comer en él, sino que había sido habilitado por un hábil carpintero como pastera para preparar la masa del pan.

Mi anciana vecina sirvió dos tazas de la codiciada bebida y, a pesar de que estaba hirviendo, vacié la mía de un trago.

—¿Quieres otra? –preguntó al verme apurar las últimas gotas con un sonoro sorbo.

—Ya me la sirvo yo –contesté levantándome en el acto.

Vertí en mi taza el líquido que quedaba en la cafetera, le añadí un par de cucharadas colmadas de azúcar y removí el brebaje con auténtico frenesí. La primera taza me había servido para aplacar el

síndrome de abstinencia. La siguiente era la que me podía permitir disfrutar como si fuera en realidad la primera. Me apoyé en el mármol y di un sorbo que me hizo cerrar los ojos de placer.

Entonces me acordé de la extraña situación que había vivido al llegar a la granja. Luisa estaba allí, pero no era posible que Fran se hubiera marchado a pasturar el rebaño en coche. Ovejas y automóvil no eran algo compatible.

— ¿Dónde está Fran? –pregunté como quien no quiere la cosa.

Luisa fijó en mí una mirada de extrañeza.

— Mi hijo se ha vuelto loco – sentenció.

Acto seguido hundió su cabeza en la taza.

— Tu hijo siempre ha estado un poco loco –dije para sacar un poco de hierro a la seriedad con que ella había revestido sus palabras.

— Pues esta vez se ha pasado de la raya.

— Seguro que no hay para tanto – añadí tratando de tirarle de la lengua. — Sí hay para tanto, sí lo hay. Parecía algo enfadada y terminaba cada una de sus breves aseveraciones con largos sondeos en las oscuras aguas de su taza.

— ¿Puede saberse qué ha hecho? –pregunté, incapaz de seguir aguantando el equilibrio en aquella cuerda de misterio.

— ¿Quieres saber qué ha hecho? Aquella pregunta sonó como la cerilla que se enciende antes de prender la mecha de un cartucho de dinamita. Por mi parte, me limité a asentir arqueando levemente las cejas. No quería convertirme en un daño colateral de su furia.

— ¡El muy cabeza hueca se ha marchado a pasar el invierno en la cabaña de los pastos altos! –hizo una pausa— ¡Con todo el rebaño!

Casi derramo el precioso oro líquido que acababa de meterme en la boca.

— Pero ¿qué estás diciendo? Luisa asintió con la cabeza. Me di cuenta de que tenía las manos crispadas sobre la taza y de que una lágrima de rabia amenazaba con salir disparada de su ojo derecho.

— ¿Por qué motivo? –pregunté. Di con la respuesta al instante. Era evidente que aquella decisión había tomado a su madre totalmente desprevenida, pero yo conocía perfectamente el detonante de la situación.

— No tengo ni idea, no ha querido explicarme el por qué.

Saltaba a la vista que estaba anonadada.

— ¿No podrías intentar hablar con él, Carmín? Tú y él siempre os habéis llevado muy bien. Es que no le veo el sentido.

Me dio lástima. Aunque era evidente que yo era la persona menos indicada para hablar con el chiflado de su hijo. Si Fran se había marchado a los pastos altos en aquella época del año era para

huir de mí. Eso estaba más claro que el cristal.

—Igual necesitaba estar solo, pensar un poco… —aventuré, temiendo que mis razonamientos sonaran como que lo que quería Fran en realidad era alejarse de ella.

Luisa se levantó de un salto y puso a calentar una segunda cafetera, mientras negaba rotundamente con la cabeza.

—No, no se trata de eso. Me ha dicho que en cuanto tenga la cabaña en condiciones bajará a buscarme para que pase las Navidades y lo que queda de invierno con él. ¿Puedes creerlo? Como si no tuviéramos suficiente con las blancas Navidades de aquí para tener que pasarlas allí arriba. ¡Nos vamos a congelar! Y el rebaño no va a poder salir a pastar hasta dentro de tres o cuatro meses, como mínimo.

—¿Y cómo piensa alimentarlo? —Lo va a tener estabulado y le van a subir un cargamento de pienso cada quince días. Es lo que ha hecho hoy. Ha partido a pie, a primera hora del día, sin olvidar ni una oveja. El chico del almacén de piensos ha venido con un remolque de alfalfa que ha enganchado al todoterreno y ha cargado en el maletero a los corderos más pequeños. —¡Menuda mudanza!

—¡Y tan apresurada! –exclamó Luisa—. Ayer por la noche estaba tan tranquilo. No sé qué demonio ha venido a visitarle durante el sueño para meterle semejante idea en la cabeza.

Yo sí sabía qué demonio había sido. Uno muy rojo, casi carmín.

Me sentí fatal. ¿Tan mal me había portado con él, que necesitaba alejarse de mí de ese modo tan radical? No creía yo que hubiera para tanto, pero a la vista estaba que a él sí se lo parecía.

Acerqué mis labios a la taza y dejé que el vapor que todavía subía de ella me empañara los cristales de las gafas. Mi campo de visión se redujo a cero y sentí cómo una hoguera de rabia se encendía de repente dentro de mí. Fue todo tan rápido que era como si alguien me hubiera abierto al máximo la espita del gas y yo misma me hubiera acercado un mechero. ¡Estaba enfadada con Fran! Era injusto que me castigara de aquella forma y lo peor era que no sabía cómo actuar. Me había dejado completamente fuera de juego. Hacía días que necesitaba que el hombre que acababa de abandonarme a mi suerte me cogiera entre sus brazos, me besara largamente y me susurrara al oído que todo iría bien y que él permanecería a mi lado para ayudarme en todo lo que necesitara. Y en lugar de eso ¿qué era lo que había hecho? El muy egoísta me había dejado plantada con mi tristeza y mi incertidumbre en mi casa vacía y se había largado a pasar una temporada a las montañas, con su rebaño y su mamá. ¿Realmente acababa de ocurrirme esto? De no ser porque la cafeína me había bajado a la tierra en un santiamén, me habría costado creerlo.

Absolutamente ofuscada por la frustración y el terrible enojo que me había provocado aquella noticia, mi mente enferma tomó una decisión de lo más precipitada y absurda. Y para evitar cualquier maniobra de recapacitación hizo que la formulara en voz alta, de modo que una firma ante notario no la habría podido revestir de más validez. —Pues precisamente venía a comunicaros que yo también me marcho de viaje –anuncié inesperadamente a Luisa.

La pobre mujer me miró como si aquello se tratara de una terrible epidemia de la que ya no podría evitar contagiarse.

—¿De viaje? –preguntó sin poder dar crédito a lo que le estaba sucediendo aquella horrible mañana— ¿Vas a casa de un familiar?

Sabía de sobras que no me quedaba pariente alguno, como no fuera algún primo lejano o un tío segundo que ni yo misma había visto en toda mi vida, pero esa suposición era el único salvavidas al que ella podía agarrarse para tratar de mantener la apariencia de cordura que siempre había gobernado su mundo.

Aspiré profundamente y lancé mi bombazo.

—Me voy a Irlanda.

Fue escucharme y disparárseme el corazón. ¿En serio acababa de decidir que me largaba a otro país? Pues parecía ser que sí.

Por un momento temí que tuviera que agacharme para recoger los globos oculares de mi interlocutora, que parecía haberse quedado sin aliento. —¿Có-cómo? –tartamudeó tras una breve pausa— ¿Has dicho a Irlanda? —Sí, bueno, me marcho en dos o tres días –improvisé con más desenvoltura de la que me habría creído capaz—. Tengo pensado pasar allí sola las Navidades y luego, en enero, se reunirán conmigo unas cuantas amigas. Me asustaba la naturalidad con la iba contando mi plan, teniendo en cuenta que no habían pasado ni décimas de segundo entre su gestación y su exposición.

Creo que fue en ese momento cuando a Luisa se le desencajó la dentadura postiza, porque cerró la boca de sopetón y pareció reajustarse algo con un movimiento de mandíbulas que me recordó al que hacían las vacas cuando rumiaban.

Me miró con estudiada concentración mientras yo trataba de poner mi mejor cara de póquer y entonces noté cómo me agarraba de la muñeca, no como si pretendiera tomarme el pulso para verificar que realmente no estaba enferma, sino más bien como para evitar que me fugara tras haber oído lo que tenía que preguntarme. —A vosotros dos os pasa algo ¿verdad?

Muy a mi pesar, me descubrí mintiéndole en la cara a aquella encantadora mujer con un gesto de sorpresa con el que quería dar a entender que no tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

—Ya –repuso con una entonación que dejaba bien claro que no se tragaba mi farsa—. Y sois tan tontos que, en lugar de sentaros y hablar como gente adulta, os vais a refugiar uno en las montañas y la otra en la otra punta del mundo.

—Mujer, que no me voy a Australia. Irlanda está aquí al lado… —¿Vas a tener que subirte a un avión para llegar allí? –me cortó.

Ese comentario hizo que me acordara de Francine y eso me hizo sonreír. Aunque estaba atacada por la locura que acababa de anunciar y por el hecho de que no le veía marcha atrás a mi decisión, el solo hecho de mencionar el avión hizo que me entraran ganas de viajar. La mañana acababa de llenarse de ilusión.

—Claro que voy a ir en avión – repuse.

—Pues entonces qué más da que vayas a Irlanda o a las antípodas. Estarás igual de aislada en un sitio que en el otro.

Aquello no me sonaba mal del todo. Era cierto que habría preferido viajar al corazón de la vieja Europa, pero ni siquiera habría sabido cómo planearlo. Sin embargo, después de haber conocido a las chicas de Cómete a un irlandés, el viaje al país de los celtas parecía tan fácil… Solamente tenía que pedirles la dirección del cottage que pensaban ocupar en enero, anticipar mi reserva, coger un vuelo y personarme allí. ¿No había sido Lena quién se había ofrecido a reservarme un pasaje? Ni se me pasó por la cabeza la idea de que se opusieran a que me uniera a ellas en una de sus alocadas redadas irlandesas.

Sería la primera vez que estaría lejos, muy lejos de todo lo que había formado parte de mi vida hasta ese momento. Ni la granja, ni la gente del pueblo, ni el paisaje que había servido de fondo a cada uno de mis actos estarían allí. Tampoco mamá, ahora que había muerto, pero ni siquiera sus cosas, los distintos aromas de la casa que me recordaban a ella, como el jabón de manos o la lana del cuello vuelto de su chaqueta. Y, por supuesto, tampoco estaría Fran, ese entrometido que me atraía tanto como me incomodaba.

Abracé a Luisa con mi mano libre. Estaba segura de que había tomado una buena decisión. Me iría bien pasar unos cuantos días conmigo misma en un sitio distinto. Tal vez esa era la única forma de aclararme las ideas y decidir qué hacer con mi vida a la vuelta. Sólo tenía que tratar de aplicar la perspectiva del color que desarrolló Leonardo da Vinci en su "Tratado de la pintura" y mirar mi pasado desde la distancia. Lo que hasta el momento había sido un terrible embrollo del que no sabía cómo salir, con un poco de suerte se iría difuminando en una mancha de color hasta acabar por desaparecer. "Ojalá", deseé.

Luisa aflojó la presión que había estado ejerciendo sobre mi muñeca y me devolvió el abrazo. Luego se me quedó mirando con

cara de "estajuventud-no-hay-quien-la-entienda-estono-ocurría-en-nuestra-época" y poco a poco se le fueron humedeciendo los ojos.

—Te echaré de menos, Carmín – dijo.

—Yo también.

—Pero ¿sabes qué? Fran te va a echar mucho más de menos que yo. "Y yo a él", pensé.

—No creo –dije—. Seguro que va a echar más en falta venir a visitar a Troy.

Entonces caí en la cuenta de que no había pensado qué es lo que haría con mi perro. No podía llevármelo conmigo en el avión y, de haber podido, estaba segura de que él se hubiera opuesto a semejante idea con toda su cabezonería perruna.

Las dos tazas de café que ya había ingerido me facilitaron enormemente seguir con mi tarea de improvisación.

—Me gustaría saber si podríais quedaros con él mientras yo esté ausente. Supongo que no serán más de cuatro o cinco semanas…

—¡Por supuesto, faltaría más! – saltó sin dejarme acabar.

—Claro que no sabía que estaríais en la cabaña…

—¡Qué más da, aquí o allí! – volvió a cortarme—. En estos momentos Fran está conduciendo hasta allí un rebaño de quinientas ovejas, ¿tú crees que nos va a venir de un perro?

Era absurdo pensar que Troy iba a suponer una molestia. Al contrario, probablemente iba a serles de gran ayuda. Aunque llevara ya un tiempo jubilado del pastoreo, su instinto seguía siendo el de un laborioso perro pastor. Siempre que Fran supiera gestionar las relaciones de poder que iban a jugarse entre Jerusalén y su predecesor, cosa que no dudaba en absoluto que sabría sobrellevar sin problemas, todo iría bien.

—Bájamelo cuando tengas un momento y así ya lo tengo conmigo para cuando me traslade hasta allí.

—De acuerdo –asentí.

Nos despedimos en la puerta de abajo y subí a la ranchera.

De repente, tenía muchas cosas que hacer. Y muchas más en qué pensar. Lo primero era avisar a alguna de las mujeres del club. Recordé que Gladys me había dado una de sus tarjetas profesionales, en el cementerio. Todavía debía estar en mi bolso. La llamaría nada más llegar.

Conduje hasta casa y al aparcar volví a fijar mi vista en el saco con los productos del hipermercado que había quedado olvidado sobre el alféizar de una ventana. Lo subí a la cocina, preguntándome por qué no se me habría ocurrido comprar una cafetera de repuesto, en lugar de ya no recordaba qué clase de artículos absurdos.

Serré el cordel que sujetaba la saca con el cuchillo de cortar el

pan y vacié su contenido encima de la mesa. ¡Menudo lujazo! Allí estaba el bote de cacao en polvo, la bolsa de caramelos de menta, los paquetitos de fideos suecos, que más bien recordaban diminutas bolsas de cotillón y, cómo no, el tan necesario papel de váter.

Llevé los rollos de papel al baño y guardé el resto de cosas en lo alto de una estantería de la cocina, confiando en que el paso del tiempo las haría caducar en su propio abismo de silencio. En cuanto hube terminado, y a pesar de lo poco que había dormido, me sentí ligera como una pluma. Era como si al haber despachado la última muestra de la disparatada compra con la que había querido hacer emerger de las profundidades de mi ser el dolor y la tristeza por la muerte de mamá, hubiera dado carpetazo a los tres días de horror en los que me había sentido vivir en un limbo.

Eso no significaba que no siguiera estando apenada por la muerte de mamá, que me hubiera liberado de repente de las consecuencias del duelo o de la incertidumbre permanente en la que me había instalado a vivir desde que había vendido mis vacas. Esos sentimientos seguían estando ahí, en algún lugar inhóspito de mi interior, pero la verdad era que la perspectiva del viaje a Irlanda había conseguido desplazarlos a un segundo plano, situándose sobre ellos como el decorado de una nueva escena cayendo pesadamente por delante de un decorado anterior.

Movida por aquella sensación de levedad, volé hasta mi bolso y estuve rebuscando un buen rato dentro de él al más puro estilo dentista tratando de arrancar un molar. Al fin di con la tarjeta de Gladys.

Otro vuelo, esta vez hasta el teléfono. Marqué su número. Su voz me saludó amablemente desde el contestador automático, recordándome su horario de atención al público.

—¡Mierda! –exclamé antes de colgar.

Luego caí en la cuenta de que seguramente mi bonito saludo había quedado grabado en su contestador. La sola idea de que aquello fuera lo primero que escuchara aquella simpática mujer nada más encender el móvil por la mañana hizo que me entraran ganas de abofetearme.

Miré el reloj. Pasaban unos minutos de las ocho y media y, según la aterciopelada voz de Gladys, faltaba más de una hora para que atendiera llamadas, al menos en ese número. Traté de pasar el rato haciendo algo útil, como fregar la cafetera chamuscada con un estropajo de metal o desenredar el pelo a Troy con un cepillo nuevo y revolucionario que me había vendido Nicolás, asegurándome que con él podría destejer una alfombra persa de una sola pasada. Asombrosamente, ni lo uno ni lo otro pareció dar buen resultado, así que terminé tirando la cafetera a la basura y jurando a Troy que

a la vuelta le pasaría un cortacésped por encima.

A las nueve y cuarto, tras haber barrido la casa de arriba abajo y haber quitado el polvo de cada habitación por lo menos un par de veces, decidí que me desharía de todos los tapetes y los ramilletes azules de mamá, que habían estorbado enormemente mi tarea con el plumero.

Llené dos cajas de cartón con ellos y las precinté con cinta de embalar. Rotulé una de ellas con la palabra "flores" y la otra con "tapetes" y las subí al desván. No me parecía apropiado dejarlas en un contenedor, al menos de momento. No quería que sus cosas se juntaran con la basura de los vecinos, ni que pasaran la noche a la intemperie, a merced de las inclemencias. O, peor aún, que una alimaña hurgara entre ellas y se llevara un par de tapetes a su madriguera a modo de recuerdo. Para eso podían quedarse en el desván, que era enorme y estaba medio vacío.

Pensé que tal vez también sería buena idea embalar su ropa y sus pocas pertenencias personales, pero para cuando me decidí a hacerlo el reloj del salón dejó sonar la solitaria campanada que había estado esperando. Eran las nueve y media.

Me precipité hasta el teléfono como si estuviera participando en una descabellada competición y pulsé el botón de repetición de llamada.

Sonaron tres tonos, pero no saltó el contestador.

Tuve que esperar dos tonos más antes de que me recibiera una voz de chica que no tenía ni la calidez ni la amabilidad que había estado esperando. —¿Diga?

Aquella pregunta me sonó como la burbuja de un chicle.

—¿Está Gladys? –pregunté temiendo haberme equivocado de número.

—Se la paso.

Otra burbuja.

—Buenos días –dijo otra voz. Ésa sí que era Gladys. Su saludo le sentaba a una como un capuchino con doble de leche montada y cacao. De haberlo sabido antes hubiera podido grabarla en un MP3 y usarla a modo de sustituto cuando se me volviera a ocurrir destruir imprevisiblemente mi cafetera a primera hora de la mañana. —Buenos días, soy Carmín –me identifiqué— ¿Quién era ésa?

En ocasiones como aquella conseguía anteponer sin ningún reparo la curiosidad a la educación más básica. —¡Carmín! –la peluquera parecía realmente satisfecha de escucharme—. Era mi hija, que me ayuda en el trabajo. Estudia económicas en Barcelona, pero ya han terminado las clases… ¡No falta ni una semana para Navidad! Tengo la agenda llena, pero si quieres te busco un hueco

para hacerte las mechas.

Me quedé pasmada. Creía que las socias de Cómete a un irlandés eran todas solteronas o divorciadas despechadas, sin más cargas familiares que mascotas peludas como Rapunzel.

—¿Tienes una hija? –pregunté obviando su invitación.

—Pues vaya, hace ya veinte años. Pero ¿qué me dices? Si quieres puedo cogerte hoy al mediodía, que cierro una hora. Quedamos para comer a las dos en el café de la plaza y luego acabamos lo que empezamos ayer. ¿Te parece?

—Pues claro –acepté.

Se había ofrecido a peinarme fuera de su horario habitual, así que no tenía elección.

—¿Tienes el teléfono de Lena a mano? –pregunté antes de que colgara para apresurarse a seguir tocando con su varita mágica la cabeza de sus vecinas de Sartú.

Me lo apunté con un boli en el dorso de la mano y, tras despedirme de ella, llamé a la maestra.

—¿Sí?

La voz de Lena sonaba a recién levantada.

—Soy Carmín. ¿Te pillo en un mal momento?

—No, no, es que estoy haciendo estiramientos. Estas articulaciones me están matando. ¡Tengo unas ganas de marcharme a Irlanda!

—Creía que los climas fríos y lluviosos eran los peores para los huesos.

—Y lo son. Tienes toda la razón. Siempre me encuentro mejor en verano que en invierno. En Irlanda llueve casi constantemente y hace un frío que ni alicatando un iglú, pero la verdad es que allí a mí se me pasa todo. Créeme cuando te digo que he estado pensando seriamente en mudarme a esa isla permanentemente…

—¿De veras?

—Sí, pero estoy segura de que si me trasladara a vivir allí no serviría de nada, o lo pasaría incluso peor. Nuestras enfermedades empiezan en nuestra mente –añadió bajando el tono de voz— y lo de los viajes actúa como un bálsamo sobre la mía, de ahí que no me duela nada mientras viajo. Apuesto a que podría irme a seguir las rutas marítimas migratorias de los pingüinos subida en un iceberg durante seis meses y no me dolería nada.

Creí que exageraba un poco, pero no quise contradecirla. Al fin y al cabo, la había llamado para una cosa muy distinta.

—Mira Lena –le informé seriamente—, la verdad es que no lo he estado pensado demasiado, pero aun así he decidido que me gustaría viajar a Irlanda.

Mi interlocutora profirió lo que me pareció un grito de alegría,

aunque cualquiera hubiera podido confundirlo con la sirena frustrada de una ambulancia para pitufos.

—¿Estás bien? –pregunté. No descartaba que, en lugar de júbilo, lo que su exclamación mostrara fuera un ataque agudo y repentino de dolor.

—¡Pues claro que sí! –me tranquilizó—. Carmín, ¡eso es fantástico! Ya verás cómo lo pasamos en grande. Te va a sentar de maravilla salir de los Pirineos a tomar un poco el aire.

—Sí, ya, lo que pasa es que me gustaría marcharme ya. No quiero pasar las Navidades encerrada sola en casa. ¿Tú crees que sería posible encontrar un vuelo para dentro de dos o tres días? Si el cottage está libre, podría ocuparlo yo durante unas semanas, mientras espero a que lleguéis… Me iría bien estar sola un tiempo para aclararme las ideas… Ahora que lo pronunciaba en voz alta por segunda vez, empezaba a dudar de que realmente fuera tan buena idea. ¿Cómo se me había ocurrido semejante locura? No tenía ningún derecho a inmiscuirme sin más en los planes de aquellas mujeres, por más simpáticas y amables que se hubieran mostrado conmigo.

Si realmente quería irme de vacaciones a Irlanda, lo correcto habría sido contactar con una agencia de viajes y pedir que me lo tramitaran. O al menos eso es lo que habría hecho cualquier persona normal en mi situación. Eso o planificarlo personalmente a través de internet. Pero como lo más parecido a reservar un vuelo que había hecho yo desde el ordenador de casa había sido pedirme hora al médico, estaba claro que lo mejor era delegar los trámites del viaje a manos más expertas, no fuera a ser que luego me encontrara aterrizando en un aeródromo de Honolulu y con una lancha pneumática, y no una confortable cabaña, reservada en su lugar. Me habría quedado tiesa del susto y sin saber siquiera cómo narices hacerlo para regresar.

Pero Lena no era de la misma opinión.

—¡Es una idea estupenda! – volvió a exclamar.

Luego pareció ponerse en movimiento.

—Te llamo en quince minutos y te digo las opciones de vuelo que hay para ti y si el cottage estará disponible para estas fechas. ¡Adiós!

Y me dejó con la palabra colgando en la boca y el teléfono colgando de la mano.

Apostaba a que se le acababan de pasar los calambres matutinos.

Media hora más tarde me encontraba desvalijando mi propio armario en un intento realmente dramático de parecerme a Francine. Mi objetivo era meter dentro de una maleta vieja suficiente ropa como para poder sobrellevar sin agobios el crudo

invierno irlandés.

No se trataba de una glamurosa Samsonite de tamaño fin de semana, con su mágico doble fondo que le permitía engullir prendas y más prendas de ropa sin tener luego que jugarte el físico subiéndote de rodillas encima de ella y aplastarla lo suficiente como para conseguir cerrar la cremallera. Y seguramente ése era el motivo por el cual no había forma humana de embutir allí dentro mis cuatro jerséis de gruesa lana, tres tejanos, media docena de camisetas, un chándal, un montón de bragas, sujetadores y calcetines, dos pijamas, mi inseparable bata y unas zapatillas muy calentitas, el neceser, el imprescindible chubasquero amarillo, las botas, un paraguas plegable y guantes, gorro y bufanda de repuesto.

De haber podido reducir mi equipaje a la mitad habría podido cerrar la maleta sin problemas, pero eso no era posible. Necesitaba todo aquello. Y creía que ésa era ya una lista muy modesta. Era lo básico para sobrevivir durante un mes asumiendo que debería realizar, como mínimo, una lavadora semanal. ¿Dónde diablos se suponía que metía Francine los tres o cuatro enormes bolsos, la gabardina, el chaquetón, la ropa de deporte, el equipo de natación, los saltos de cama con zapatillas a juego y todo lo demás que le veíamos lucir cada vez que se iba de viaje? ¿Dónde?

Bajé la maleta de la cama al suelo y me senté, me tumbé, salté, troté y boté como un potro salvaje encima de ella algo más de un cuarto de hora. Al rendirme estaba chorreando. Y faltaban todavía unos siete centímetros para que las cremalleras de uno y otro lado llegaran a tocarse.

Cuanto más pensaba en Francine más rabia me daba. Si preparar el equipaje estaba resultando tan difícil no quería ni imaginar los problemas que tendría para facturarlo en el aeropuerto. Ni para recogerlo en Irlanda. Y eso teniendo en cuenta que llegara. Porque no era ningún secreto que, al menos en la vida real, la mitad de las valijas facturadas se extraviaban por el camino.

Tuve que claudicar y hacer algo que no me apetecía en absoluto. Me subí a una silla y saqué una segunda maleta del altillo del armario. Eso significaba abandonar mi ilusión de cruzar elegantemente la terminal con el bolso cómodamente colgado del hombro y arrastrando con un dedo una sola maleta y asumir que acabaría cargando como un asno con mi equipaje con el bolso cruzado en bandolera por encima del pecho. En fin.

Repartí mis pertenencias entre las dos maletas y entonces, claro, sobraba espacio. Daba igual, a lo mejor podía aprovecharlo a la vuelta para traerme a un irlandés.

Me reí de mi propio chiste mientras afianzaba la ropa con las correas elásticas y luego bajé todo el equipaje al recibidor. Troy me

seguía los pasos. Estaba segura de que sabía perfectamente que allí ocurría algo anormal.

—Vas a tener que portarte muy bien durante mi ausencia, amigo –le advertí haciendo una concesión a mi resolución de dejar de hablar con él como si fuera una abuela.

Di un último vistazo a la casa, entré en cada habitación para cerciorarme de que había asegurado bien todos los postigos, cerré la llave del agua y la espita del gas, cargué las maletas en la ranchera e hice salir a Troy afuera antes de meter la llave en la cerradura y dar la primera parte de mi sprint por finalizada.

Todo había empezado al recibir el telefonazo de Lena. Estábamos a diecinueve de diciembre y me contó que aquellas eran muy malas fechas para viajar, al menos a un precio razonable. Al parecer, medio mundo cogía el avión para desplazarse a pasar las Navidades en casa de la otra mitad.

—Tengo buenas y malas noticias para ti —me comunicó Lena nada más coger el aparato—. En esta ocasión viajamos a la península de Dingle, en la costa oeste de Irlanda. Son entre seis y diez horas en avión con escala, como mínimo, en Dublín.

—¿Es ésta la buena noticia? —No, tonta, la buena noticia es que el cottage está libre desde ya. La mala es que si quieres estar en Irlanda para la Nochebuena sólo tienes dos opciones.

—Dispara –dije preparándome para lo peor, aunque no se me ocurría en qué podía concretarse lo peor.

—Hay un vuelo el mismo día veinticuatro por la mañana.

—¿Y qué tiene de malo ese vuelo? –pregunté algo aliviada—. A mí me vale.

—Lo malo es que tienes siete horas de espera en el aeropuerto de Dublín. O sea que para cuando llegues a tu aeropuerto de destino será ya la hora de la cena y aún tendrás que desplazarte hasta Dingle, que está a una hora en coche de allí.

—De acuerdo, queda descartado. ¿Y la segunda opción?

Pude oír como Lena cogía aire al otro lado de la línea antes de soltarme la información.

—La segunda opción es darte prisa y partir esta misma tarde en un vuelo que hay a las tres cuarenta y cinco. También hace escala en Dublín, pero sin apenas tiempo de espera, así que hacia las ocho de la tarde ya estarías en el aeropuerto de Kerry. Habrá pasado la hora irlandesa de la cena, pero al menos no es un día festivo, con lo cual podrás encontrar taxi o alquilar un coche con facilidad.

Escruté mi reloj de pulsera. Eran casi las diez y cuarto de la mañana. Me quedé mirando fijamente las dos finas agujas que marcaban la hora, como si así pudiera hipnotizarlas y convencerlas de que se tomasen un merecido descanso.

Lena esperaba una respuesta. —No sé –sólo pude decir—, es tan precipitado.

—Supongo que siempre podré encontrarte algo entre Navidad y fin de año –añadió Lena para ayudarme, aunque su voz parecía haberse desinflado un tanto.

Aquello bastó para que tomara la decisión. La sola idea de pasar las fiestas encerrada en casa y sin mamá se me hacía insoportable.

—¡Ni hablar del peluquín! Me largo de aquí hoy mismo.

La maestra estalló en una carcajada y quedamos en que me mandaría los pasajes por correo electrónico en unos minutos, tan pronto como los hubiera tramitado.

—También avisaré a la propietaria del cottage. Cuando hablamos me dijo que ya lo tenía todo preparado. Como vas a llegar por la noche seguramente dejará la llave bajo el felpudo y mañana por la mañana pasará a verte.

—¿Para qué?

—Para saludarte, por supuesto – dijo Lena como si aquello fuese una obviedad—. No te vas a escapar tan fácilmente de la cálida y famosa bienvenida irlandesa.

—Qué bien –suspiré sin mucho ánimo.

No estaba segura de que tuviera ganas de ver a mucha gente, aunque fuesen desconocidos. Además, tenía mis dudas acerca de que mis conocimientos de inglés bastasen para hacerme entender con ellos. Sabía por experiencia que en las zonas rurales de cualquier país del mundo no se hablaba de la misma forma que en las grandes ciudades. Y mi inglés era de lo más estándar. No quería ni pensar a qué me sonaría el inglés de unos campesinos irlandeses de la costa oeste. Aunque por lo que respectaba a ellos sí tenía una cosa clara: tendrían que hacer verdaderos esfuerzos para comprenderme.

Me despedí de Lena y, tras avisar a una entusiasmada Gladys de que nuestros planes para comer y dejar mi melena de lo más chic debían posponerse por lo menos un mes, saqué el portátil y me conecté a internet.

La eficacia de Lena se me apareció instantáneamente en forma de correo electrónico con los pasajes, la dirección exacta del cottage y varias recomendaciones para el viaje.

Le di las gracias brevemente, apuntándome mentalmente que le debía, no solamente el importe de los pasajes, sino un magnífico regalo por todas las molestias que se había tomado conmigo. Luego subí a mi habitación a hacerme la que, en principio, sólo tenía que ser una maleta.

—Buenas, Luisa, te traigo a Troy y un saco de pienso –dije después de haber aparcado la ranchera, que había levantado una

gran polvareda, enfrente de su granja.

Bajé al perro del coche y se lo entregué a mi vecina debidamente atado a una correa. El pobre animal estaba de lo más molesto conmigo por haberme atrevido a engancharle semejante artefacto a su collar. Me miraba de reojo de tal forma que pensé que de haber sabido escribir hubiera presentado una queja a alguna asociación protectora.

—Te has dado mucha prisa – insinuó Luisa.

—Es que he tenido que adelantar la partida. ¿No te importa?

—¡Al contrario! Acabo de hablar con Fran y dice que mañana por la mañana va a bajar a recogerme. Troy me hará compañía hasta entonces. ¿No es así, peludo?

El perro pareció asentir sin remedio bajo los vigorosos arrumacos que le dedicaba su nueva ama de acogida.

Descargué el saco de pienso al suelo y lo arrastré hasta la entrada. Luego abracé a Luisa y le deseé mucha suerte.

—Ya verás cómo vas a estar muy bien en la cabaña –auguré para animarla.

—No sé, hija, no sé. Me siento como Heidi antes de que la subieran a la choza del abuelo.

Su comentario me hizo reír. —Creo que incluso el abuelo de

Heidi no era tan huraño como Fran. —Y tú que lo digas – contestó con resignación.

Entonces me cogió las dos manos y me clavó su mirada. Era tan nítida que me recordó la primera mañana soleada tras días de ventisca. —Espero que saques buen provecho de tu estancia en Irlanda –hizo una pausa—. Y espero que vuelvas.

Partirías el corazón a más de uno si no lo hicieras ¿de acuerdo?

Era la primera vez que Luisa lograba molestarme con sus palabras. Me deshice de su apretón con un gesto algo brusco y me agaché al lado de Troy. Le froté detrás de las orejas. —Sí –dije como para mí—, este bicho tiene un corazón de oro. No seré yo quien se lo rompa.

Lo que pretendía en realidad con aquellas palabras era devolverle a Luisa el golpe bajo que me acababa de propinar.

Aun así, a pesar de lo insólito y lo tenso de aquel momento, las dos tuvimos que hacer un gran esfuerzo para no soltar ni una lágrima al separarnos.

Conduje hasta Barcelona sin poder reflexionar apenas en la aventura que acababa de emprender. A medida que me alejaba de mi hogar la circulación se volvía más densa y la conducción más peligrosa. Estaba acostumbrada a ir casi sola por las carreteras estrechas y llenas de curvas de mi territorio, y las autopistas u otras vías rápidas lograban ponerme realmente nerviosa.

El tráfico me obligaba a ir más rápido de lo que habría deseado. Además, tenía que estar más pendiente de lo que hacían los otros vehículos que de mí misma, porque tan pronto me adelantaban por la izquierda como por la derecha, eso si no se me pegaban a la matrícula como un cerdo en celo y me hacían luces para que me apartara. ¡Cualquiera diría que conducía como una novata!

Pero eso no era lo peor. Lo que me sacaba realmente de quicio eran las señalizaciones. Cuanto más me acercaba al aeropuerto más paneles informativos, señales luminosas y balizas con todo tipo de formato y contenido me encontraba. Parecían lanzarse sobre mí como una bandada de extraños seres metálicos. Diez contra uno a que aquella noche tendría pesadillas parecidas a las que vivió Alicia en el País de las Maravillas al ser perseguida por un ejército de naipes, sólo que a mí me hostigarían patrullas de señales de tráfico con conos en la cabeza a modo de sombrero.

A pesar de todo, y tras haberme equivocado de salida en dos ocasiones, casi cuatro horas más tarde aparcaba finalmente la ranchera en el parquin del aeropuerto. Casi no me podía creer que hubiera llegado sana y salva y cumpliendo con el horario previsto. Sabía que tener el coche allí guardado durante un mes me costaría un dineral, pero no tenía otra opción. De haber dispuesto de algo más de tiempo para planearlo, habría podido pedir a algún vecino que me acercara a la estación de tren. De esta forma me hubiera ahorrado tanto el coste del aparcamiento como el estrés del trayecto, pero fue todo tan precipitado que, tras la llamada de Lena, la única opción de que disponía para llegar a tiempo a la terminal era ir en mi propio coche.

Me desplacé caminando hasta la terminal, arrastrando mis dos maletas y con el bolso cruzado sobre el pecho como la vaina para flechas de un arquero, tal y como mi bola de cristal había pronosticado que ocurriría. Era mi primera vez en un aeropuerto y aquello parecía un hormiguero. Me paré unos segundos en medio de aquella vorágine tan bien coordinada y di un vistazo a mi alrededor. ¡Nunca había estado rodeada de una multitud tan grande! Había gente de todo tipo y esto, en lugar de amilanarme, me hizo sentir terriblemente animada.

Creo que fue en aquel momento cuando comprendí que mi decisión de marcharme unas semanas a otro lugar había sido del todo acertada. Tuve hasta miedo de lo que podría haberme sucedido de haber decidido quedarme en casa. ¡Me habría perdido todo aquello! ¡Me habría perdido aquella sensación tan intensa de estar en el centro del mundo! Sólo por haber llegado hasta allí ya merecía la pena el viaje, pasara lo que pasara luego en Irlanda.

Me quedé algo pasmada durante un rato. Había algo raro en

toda aquella gente, hasta que caí en la cuenta de que todos los rostros en los que me fijaba eran desconocidos para mí. ¡Claro! Llevaba toda una vida cruzándome siempre con las mismas caras cuando salía a la calle, y ahora resultaba que me encontraba entre centenares de personas que eran completamente nuevas para mí. ¿Acaso eso no era fantástico?

Ni falta hace decir que tuve un subidón de adrenalina y endorfinas tan acusado que me sentó como si me hubiera tomado los cafés de toda una semana de un solo trago. Las maletas no me pesaban nada, tenía mi bolso, con el monedero y los pasajes dentro, bien controlado, y energía suficiente como para haber volado yo sola hasta Dublín, con toda la tripulación a cuestas. ¡Menuda locura!

Busqué un monitor y localicé el número de mi puerta de embarque. Bien. Sólo faltaba facturar el equipaje y podría respirar tranquila.

Llegué hasta mi cola. No supuso una experiencia muy novedosa, ya que me recordó bastante a las colas que había que hacer para pasar por caja en el hipermercado. Eché un vistazo a mis compañeros de vuelo. Había algunas familias con niños, cargadas hasta los topes como si fueran a hacer una mudanza. Me pareció de lo más curioso que facturaran incluso los cochecitos. También había una buena colección de jubilados de suave pelo blanco, mansos como corderos. Transportaban sus maletas en carritos de metal a velocidad de caracol. Me seguían en la cola un par de ejemplares de hombres trajeados con maletines de ruedas, nerviosos como antílopes. Estaban literalmente enganchados a sus teléfonos móviles y hablaban en un idioma que al principio no conseguí identificar, pero que al cabo de un rato me pareció que era inglés. Casi me arrodillo y le pido un favor a la Virgen. ¡No sabía que aquella lengua se hablara tan rápido! Esperaba, por mi propio bien, que el taxista cuyo destino estaba ya unido al mío en Kerry fuera, o de los que monopolizan las conversaciones y no te dejan decir ni pío, o de los que no abren el pico ni bajo amenaza. Valor.

La cola se movía lentamente, pero se movía. Cuando me llegó el turno logré facturar mi equipaje sin problemas. Tras pasar a formar parte pacientemente de una nueva cola, pasé con el corazón en un puño bajo el arco detector de metales y, tras matar minuto tras minuto media hora en una sala, por fin embarcamos.

Una azafata que parecía recién salida de un catálogo de viajes me indicó mi asiento. Junto a la ventanilla. ¡Perfecto! Me moría de ganas de ver la tierra desde el aire, como en los reportajes que me tragaba a las tantas de la noche.

Para mi sorpresa y regocijo, a mi lado se sentó la hermana

gemela de Francine. ¡Y yo que ya había llegado a la conclusión de que esa especie de mujeres no existía más que en las películas! Era tan perfecta que no podía sacarle el ojo de encima. Intenté no ser demasiado descarada, pero me resultaba imposible no dejar de admirar cada pequeño detalle de su cuidada puesta en escena. Lucía una melena rojiza suavemente ondulada. A su lado mi pelo parecía haber salido del relleno de un espantapájaros. Tras acomodarse en el asiento, sacó un pequeño frasco de un monedero acharolado y se aplicó unos toques de perfume en el cuello. ¡Olía a fragancia carísima!

A medio vuelo entendí perfectamente algo que Julia, la dependienta de la mercería del pueblo, nunca llegó a hacerme comprender, por más que me lo repetía cada vez que iba a comprar un frasco de Eau de Rochas para mamá.

—Las buenas fragancias se huelen en tres tiempos —me decía—. Notas de salida, corazón y base.

—¿Cómo?

—Es muy fácil –me susurraba abalanzando medio cuerpo por encima del mostrador, como si fuera a revelarme el contenido top secret de un dosier clasificado—. El primer tiempo corresponde al olor del perfume en los instantes que siguen tras aplicarlo sobre la piel. El corazón es el aroma que se percibe al cabo de unos minutos o incluso horas. Y la base son las notas que restan al finalizar el día.

Me la quedaba mirando como si aquella teoría no fuera más que el fruto pervertido de una imaginación desarrollada en exceso.

—¡Es verdad! –se indignaba ella.

—Y te creo, Julia, pero es que a mí la colonia de mamá me huele siempre igual.

—¡Por el amor de Dios, Carmín! No le llames colonia a una eau de toilette, ¡tiene una concentración mucho mayor de aceites esenciales!

Como no podía ser de otro modo, dado su disgusto, le pedía mil excusas y luego me quedaba pensando que la fragancia de mamá, fuera lo que fuera, siempre olía igual.

Sin embargo, gracias a mi compañera de vuelo, a quien para mi comodidad bauticé sin reparos como Francine, pude vivir la experiencia olfativa de conocer personalmente el primer y segundo tiempo de un perfume. Me hubiera gustado tener a Julia subida sobre el hombro como un mono para que me descifrara a qué correspondía aquel primer aroma tan intenso, las notas de salida, como diría ella. Olía a flores, pero a flores totalmente desconocidas. Exóticas, tal vez tropicales. La verdad es que no tenía ni idea.

Me acordé de la primera vez que me comí un mango. Era adolescente y había convencido a mamá de que comprara uno en el

súper. Parecía una fruta y olía como tal, aunque su aroma no recordara al de las frutas que acostumbraban a entrar en casa a lo largo del año: básicamente manzanas, naranjas y plátanos.

Esperé tres días hasta que el mango estuvo bien maduro, lo pelé cuidadosamente, le saqué un hueso sorprendentemente enorme y duro y corté la carne en daditos que fui metiendo en un pequeño bol. A continuación me lo llevé a la mesa y me lo fui comiendo con todos los sentidos en alerta y la conciencia bien despierta. ¡Cómo disfruté! Cogía un pedacito de aquella pulpa amarillenta con una cucharilla, lo paseaba por delante de mis gafas, me lo llevaba a la nariz y lo aspiraba para llevarme cada molécula de aroma hasta el fondo de los pulmones. Luego me lo metía en la boca y lo aplastaba contra el paladar para sacarle todo el jugo. ¡Qué dulzor, qué aterciopelada densidad, qué carga de exotismo había en cada diminuto pedacito de fruta! Me lo pasé en grande con aquella merienda. Cada bocado suponía un viaje al extranjero, a un país cálido y selvático donde seguramente las casas se cubrían con hojas de plátano o de palmera y, en vez de cucarachas, podías encontrarte culebras en pijama enrolladas al lado de la taza del váter.

Aunque aquella misma tarde mamá me comunicara que con una vez había habido bastante porque con lo que costaba un mango podíamos comprar quatro quilos de macarrones y comer durante dos semanas, la experiencia fue tan intensa y placentera que prometí interiormente que cuando fuera mayor siempre metería un mango en mi cesta de la compra. No hace falta decir que aquella promesa cayó en el olvido y que, si alguna vez tuve la tentación de coger una de aquellas delicias redondeadas de los bonitos cestos en las que descansaban en la frutería, mis acusados sentidos de la responsabilidad y el ahorro, bien entrenados por mamá, me abstenían de cometer semejante acto de despilfarro.

"Es curioso como asociamos algunos aromas a ciertos recuerdos", pensé mientras trataba de descifrar a qué olía exactamente mi vecina de al lado. No era a mango, aunque su fragancia habría podido proceder perfectamente de una carnosa y gigantesca flor de la misma familia que aquella fruta. Cuando Francine pulsó el aplicador hubo una primera explosión de aroma totalmente exótica que me evocó un exuberante jardín caribeño. Me sentí embriagada hasta tal punto que apenas me di cuenta de que el avión había empezado a moverse por la pista.

No fue hasta que ya había pasado la tremenda impresión del despegue y había logrado tranquilizarme y disfrutar de mi anhelado paisaje terráqueo, que básicamente se había visto reducido a montones de nubes que me recordaron la temporada de esquila de las ovejas, que me di cuenta de que Francine olía a otra cosa. Otra

cosa mezclada con un aroma reconocible para mí, pues Luisa tenía a montones en su jardín y a menudo nos traía algunas: rosas.

"¡Mira por dónde!", pensé, "así que el corazón de este perfume huele ni más ni menos que a incógnita con rosas". Tendría que contárselo a Julia a mi regreso. Estaba segura de que se alegraría de que sus lecciones hubieran hecho mella en alguien tan poco interesado en perfumería como yo. —¿Le importaría sacar el codo de mi reposabrazos para que recline el asiento? –preguntó Francine con una voz sedosa como una sábana.

Glups.

Si el sólo hecho de estar sentada al lado de aquel maniquí ya hacía que me sintiera como un patito feo, saber que había estado invadiendo impunemente su espacio personal sin darme cuenta siquiera hizo que enrojeciera todavía más que su reluciente melena.

—Disculpe –dije para adentro encogiéndome como un gusano.

Traté de ocupar el menor lugar posible dentro de los límites de mi, de por sí, ya restringido asiento, mientras Francine proseguía con su habilidad para ignorar mi humilde presencia, se cubría los ojos con un antifaz y se disponía a echar un sueñecito.

La única parte positiva de aquella dramática escena fue que entonces tuve la oportunidad de observarla de arriba abajo detenidamente.

Lucía un traje chaqueta rosado divino. Parecía muy ligero, aunque algo me decía que abrigaba mucho más que el jersey azul de punto grueso que yo llevaba puesto. Enmarcaba su escote el cuello de una blusa marfil, que se doblaba sobre su piel como un brote tierno. La falda le llegaba justo algo por encima de las rodillas. Estas últimas eran huesudas y sobresalientes, de lo más femeninas. Cubrían sus piernas unas medias tan finas que parecían casi transparentes. Y, por más que estuve mirándomelas con lupa, no pude apreciar ni una sola carrera en ellas. Ni tan siquiera un punto que se le hubiera enganchado con algo y que me sirviera de pretexto para pensar que su propietaria no era un aborrecible ser afectado de una grave perfección.

Mi atención bajó hasta sus zapatos que, a juego con el bolso, tenían un tacón de por lo menos quince centímetros. Me habría sido completamente imposible mantenerme siquiera en pie sobre ellos. Y no digamos ya andar unos cuantos pasos. Tuve una sensación curiosa.

Aunque en cierto modo encontraba su calzado admirable, me daba algo de lástima que una mujer aparentemente tan segura como ella tuviera que embutir sus propios pies en semejantes aparatos para andar de forma elegante.

Fuera como fuere, estaba claro que aquello no era para mí. Si

alguna vez había deseado parecerme un poco a Francine, por fuerza tenía que ser a una Francine algo más rural. Algo así como la guapa heredera de un rancho californiano, de los más encantadora con sus camisas con flequillos, faldas pantalón bien ajustadas a la cintura y unas botas de montar ricamente decoradas con coloridos abalorios apaches. Mi versión particular, en absoluto cinematográfica.

Me hallaba perdida en semejantes pensamientos cuando el capitán nos informó de que estábamos a punto de aterrizar en Dublín. Consulté el reloj. Faltaban unos minutos para las seis y media. Desalojé el avión sin querer prestar demasiada atención a Francine, que tras haberse retocado discretamente el maquillaje se había puesto a hablar por el móvil con una voz tan seductora que podría haber convencido a un usurero de pagar una docena de rondas en un pub. ¡Qué rabia había empezado a darme aquella mujer! Cada vez que la miraba me parecía que mi propio cuerpo engordaba doscientos cincuenta gramos y encogía un centímetro.

Tomé posesión de la terminal con la clara intención de apresurarme a encontrar la puerta de embarque de mi próximo vuelo hasta Kerry, que salía a las siete en punto. Di un vistazo a mi alrededor. Tuve que parpadear varias veces para creer que realmente no me había metido dentro de un libro de texto de inglés. Todos los paneles informativos estaban en ese idioma. Todo el mundo hablaba esa lengua. ¡Me sentí estar en la cima del cosmopolitismo! Pero al cabo de unos segundos de euforia me entró el pánico. Podía entender casi todo lo que leía en los carteles, pero no era capaz de traducir mentalmente nada de lo que llegaba a mis oídos. Podría haber aterrizado en Pequín y el resultado habría sido el mismo.

"Calma", pensé para mí. "Imagínate que eres sordomuda. Hay montones de sordomudos que se patean medio mundo sin problemas. Todo lo que necesitas saber puedes encontrarlo escrito en las pantallas luminosas".

A pesar de mis intentos para infundirme ánimos, creí entender por primera vez a los pobres corderos que mandaban al matadero.

Todavía estaba tratando de ubicarme cuando alguien me cogió con amabilidad por un codo.

—Los pasajeros en tránsito que deban embarcar en el vuelo hasta Kerry, diríjanse, por favor, hasta la puerta número trece.

Pegué un brinco. Me había sonado a deconstrucción de chino con reducción de anglosajón.

—¿Podría repetírmelo, por favor?

Eran mis primeras palabras en inglés y se me ocurrieron dignas de un aprendiz de nivel básico. Pero el azafato en cuestión pareció entenderme a la primera y volvió con su mantra, esta vez algo más

despacio.

Lo comprendí casi, casi, perfectamente. Me dejé orientar hacia la que debía ser la puerta número trece y caminé como una sonámbula hasta allí. "Qué suerte", dije para mí.

"Ojalá eso de la amabilidad irlandesa dure hasta llegar al cottage".

Embarqué sin más problemas y estuve todo el vuelo cotilleando entre las conversaciones de mis vecinos de al lado, tratando de acostumbrar mis oídos al nuevo idioma. Me di cuenta de que si trataba de no pensar demasiado en lo que me entraba por las orejas, si dejaba que cada frase fluyera por si sola dentro de mi cerebro, podía captar la idea general de lo que se estaba hablando. Eso me dejó algo más tranquila. Todo lo que tenía que hacer era tratar de no perder los nervios y no arrugarme ante la idea de pedir que me repitieran lo que fuera las veces que hiciera falta.

En apenas una hora llegamos a Kerry y, para mi sorpresa, pude recoger mis dos maletas intactas. El aeropuerto era mucho más pequeño y menos transitado que el de Barcelona o el de Dublín. Eso hizo que me sintiera a gusto. A pesar de que todo resultaba nuevo para mí, no hacía que me notara desplazada o fuera de lugar.

Me invadió una sensación muy extraña. Por una parte no hacía ni medio día que todavía me encontraba en casa eligiendo la ropa para hacer el equipaje. Y por la otra me sentía como si ya hubiera dado la vuelta al mundo, al menos un par de veces. La granja me quedaba cercana y lejana a la vez. Me acordé de Troy, de Luisa, de Fran, de mamá. Era como si todos ellos formaran parte de otra vida. Aunque, a decir verdad, mamá sí que había pasado ya a mejor vida.

"Qué cosa más rara", pensé. Luego suspiré y aproveché aquella oxigenación momentánea para armarme de valor. Tenía que encontrar la manera de llegar a Dingle. Era el único problema que tenía en aquellos momentos. "O el único reto", rectifiqué.

Me crucé el bolso en bandolera, cargué con una maleta en cada mano y empecé a andar.

9

Embutí mi equipaje en el maletero de un pequeño Nissan Micra rojo mientras la furia de algún dios celta caía sobre mí en forma de un aguacero de proporciones bíblicas. Luego me metí precipitadamente en el coche y cerré la puerta de un golpe tan fuerte que creí que iba a despegarse y caerse al suelo. Estaba acostumbrada a mi ranchera, un implacable diseño soviético que hasta para arrancar te pedía que la espolearas a gusto con los talones. De ahora en adelante tendría que poner mucho cuidado en cómo trataba a mi temporal adquisición.

Me sequé la cara con el jersey, que apenas había sufrido daños, y limpié las gafas con un borde de mi camiseta interior. Al fin recuperaba la vista, aunque apenas había farolas ahí afuera, así que el interior del Micra estaba bastante oscuro.

Me quité la chaqueta lo mejor que pude y la lancé al asiento trasero. Chorreaba como una fregona y lo peor de todo era que tenía un chubasquero enorme bien doblado dentro de una maleta. ¡Pero cómo iba a saber yo que de golpe y porrazo se pondría a diluviar de aquel modo, si al salir de la terminal no caía ni una gota!

Había estado un buen rato de pie frente a una de las salidas, dudando entre coger un taxi o alquilar un coche, y el cielo, a pesar de que ya había anochecido, parecía limpio de nubes. Hice un par de viajes entre la oficina de alquiler de automóviles y la parada de taxis para consultar y comparar los precios y, al darme cuenta de que un alquiler para cinco o seis semanas no salía tan caro como creía, me decidí por esta última opción. Además, tampoco quería quedarme aislada en Dingle. ¿Y si resultaba que luego el pueblo era mayor de lo que esperaba y tenía que recorrer más de un quilómetro cargada con las bolsas cada vez que me diera por salir a hacer la compra?

Tras rellenar un formulario con la ayuda inestimable del pequeño diccionario de inglés que usaba cuando era estudiante —y que metí en mi bolso en el último momento gracias a una iluminación repentina que en aquel momento atribuí al espíritu de mamá—, me dejé guiar por un joven del tamaño y la consistencia de un armario de los de antes hasta el que iba a ser mi auto durante mi estancia en la isla.

Cuando llegamos al aparcamiento y pude comprobar que el Micra sobrepasaba con mucho el honor que hacía a su nombre no

pude evitar pensar que los coches también deberían venderse por tallas, como la ropa o los zapatos. De lo contrario un hombre de las proporciones del que tenía enfrente, tendiéndome las llaves, nunca podría meterse en un vehículo como aquel.

Dejé las maletas sobre el asfalto, cogí las llaves, le di las gracias al chico, que me contestó con lo que pensé que sería un "buen-viaje-vayacon-cuidado-señora" y me lo quedé mirando mientras desaparecía de mi vista a pasos de gigante.

Entonces empezó a llover. Sin previo aviso. Sin soltar primero durante un par o tres de minutos algunas gotas de advertencia. Me habría bastado con este pequeño lapsus de tiempo para guardar precipitadamente el equipaje y refugiarme en el coche. Pero no lo tuve. Era como si de repente a un loco se le hubiera ocurrido empezar a vaciar cubos de agua desde lo alto. Quedé empapada desde el minuto cero.

Cuando por fin logré cerrar el maletero, abrir la puerta de delante y meterme en el pequeño cubículo, que olía a cítricos, parecía que acababan de sacarme vestida de una piscina. Estaba entre asombrada y eufórica. ¡Necesitaba un cigarrillo! No me había fumado uno desde que había salido de casa. Cuando podría haberlo hecho había estado demasiado concentrada intentando dirigir mis pasos hacia el lugar correcto, y al llegar a ése lugar y relajarme un poco resultaba que siempre había un cartelito que me lo prohibía.

Aunque en ese momento, dentro del coche, habría matado por una calada, no podía permitirme abrir la ventanilla ni dos dedos para que saliera el humo. ¡El coche se hubiera inundado!

Tras recolocarme las gafas y deshacerme de la chaqueta dejé caer la frente sobre el volante para tomarme un tiempo de recuperación. Primer error. Allí no había ningún volante. Miré hacia el asiento del copiloto y me acordé de Mary, que a pesar de conducir como una buena chica por la derecha, nunca se acordaba de coger las rotondas por el lado opuesto. Por supuesto, el volante estaba al otro lado. Esperaba que nadie me hubiera visto entrar por la puerta equivocada. ¡Me habría muerto de vergüenza! Claro que, con la que estaba cayendo, podía estar tranquila al respecto.

Como no tenía intención de calarme hasta los huesos y contraer una pulmonía el primer día de mi vida como turista, me cambié de asiento sin salir del coche. Fue una experiencia bastante desagradable. Me quedé atascada sobre el cambio de marchas, con el freno de mano clavado en el culo. Gracias a Dios que, además de estar diluviando, mi desesperada respiración había logrado empañar los cristales. Tuve que tragarme mi orgullo mientras lograba salir de aquel atolladero levantando una pierna más de lo que mis tejanos habrían querido permitir, con lo que casi me apunto un esquince

muscular en el abductor.

Conseguí arrancar el coche a la primera. Localicé las palancas de los faros y de los limpiaparabrisas, tuve buen cuidado de no equivocarme con las marchas y me dirigí hasta la salida a diez por hora. Si hacía falta, aquella sería mi velocidad de crucero hasta llegar a Dingle.

Pero no hizo falta. Del mismo modo que había empezado a diluviar sin aviso, la lluvia cesó de repente. Como si hubieran cerrado las compuertas de una presa o al loco que nos vertía cubos sobre la cabeza le hubiera dado un colapso.

Tenía que aprovechar aquella tregua como fuera. Saqué de la guantera el mapa que el chico de la oficina me había dicho que encontraría, seguí las escasas pero precisas señalizaciones que había metros antes de cada encrucijada y al cabo de una hora y media había llegado a mi destino. Sin ningún otro ataque de lluvia ni más sorpresas. Lo único que me supo mal fue no haber podido disfrutar del paisaje. Eran casi las once y a aquella hora de la noche Irlanda y los Pirineos no se diferenciaban en nada.

Como no tenía ni idea de dónde estaba el cottage, paré enfrente del único establecimiento del pueblo que parecía estar abierto. El pub.

Salí del coche y, tras mirar a derecha e izquierda, estuve dando unos cuantos saltos de avestruz para desentumecer las piernas. El frío se me metía dentro del cuerpo como si quisiera hacerme un reconocimiento, pero no habría servido de nada ponerme la chaqueta mojada. Cogí el bolso, cerré la portezuela y di una pequeña carrera hasta la entrada del pub. Allí me detuve un instante para rearmarme de valor, algo que ya veía venir que tendría que estar haciendo continuamente durante los próximos días.

Presioné la puerta maciza y una llamarada de denso calor humano salió a mi encuentro, abrasándome el pelo a modo de bienvenida. Pensé que habría sido buena idea coger la chaqueta, pues con un par de minutos allí dentro se hubiera secado.

Llevaba tanto rato rodeada de oscuridad, dejándome guiar solamente por los faros del coche, que aunque la iluminación del pub era bastante tenue tuve que reprimir las ganas de sacar las gafas de sol del bolso. En su defecto, parpadeé unas cuantas veces para acomodar la visión.

Gracias a Dios, mi presencia había pasado bastante inadvertida. Y yo que imaginaba que a mi entrada se pararía la música y cuantas caras hubiera allí dentro se girarían de repente hacia mí, nada amistosas. Eso es lo que acostumbraba a pasar en las películas, pero a la vista estaba que los guionistas no andaban muy bien

informados.

Localicé la barra y me dirigí hacia ella pasando entre mesas repletas de jarras de Guinness vacías. Las llenas estaban todas en la mano de sus propietarios que, sentados en apretados grupos, hablaban entre ellos, soltando risotadas de vez en cuando.

Había un barrigudo con un bigote de cerdas lo bastante duras como para fabricar un cepillo subido a una especie de tarima de madera, al fondo del local. Tocaba una melodía bastante alegre con un violín, aunque nadie se había prestado a seguirle el juego saliendo a bailar. "Que siga así", deseé, "al menos hasta que me largue". Lo último que quería era convertirme en una voluntaria forzosa de una conga irlandesa. Eso era algo que también sucedía en las películas y yo ya había sido muy afortunada librándome de un cliché nada más entrar. Estaba segura de que no tendría tanta suerte con el segundo.

Apoyé mis codos sobre la barra y traté de llamar la atención del camarero, que habría podido muy bien ser el dueño del establecimiento, al menos a juzgar por la forma en que acababa de invitar a una ronda a los cuatro solitarios que había allí sentados, impasibles como acantilados.

Tras varios intentos estériles, el hombre pareció percatarse de mi presencia y se plantó frente a mí con una tremenda pinta de Guinness en una mano. La dejó caer ruidosamente sobre la dura madera, de tal forma que se derramó algo de espuma. Entonces soltó tres o cuatro palabras que me sonaron a algo muy, pero que muy cerrado.

Ensayé la mejor de mis sonrisas de disculpa y le mostré el papelito donde tenía apuntada la dirección del cottage.

Me lo arrebató de la mano y huyó con él hacia algún lugar secreto que había detrás de una puerta lateral.

Aquello me puso el corazón a cien. Ese hombre acababa de largarse con la única copia que tenía de la dirección exacta del cottage. ¡Sin ella estaba completamente perdida! ¿Y si había ido a tirarla a la basura? "No seas estúpida", dije para mí. "Habrá ido a buscar las gafas de cerca", pensé para tranquilizarme.

Pero los minutos pasaban y el hombre no regresaba. Como no pensaba moverme de allí hasta que no me devolvieran lo que era mío y no tenía nada más que hacer, se me ocurrió que podría ser un buen momento para fumarme un cigarrillo.

Metí la mano en el bolso mientras miraba a mi alrededor, en busca de algún cartel que me lo impidiera. Las paredes, que también eran de madera, como el noventa por ciento de todo lo que estaba a la vista, estaban abarrotadas de cuadros y objetos de lo más extraño que supuse que serían herramientas antiguas

implicadas en el proceso de fabricación de la cerveza. Ni rastro de alguna prohibición. Aunque también me percaté de que nadie de los allí presentes estaba fumando.

Fijé mi vista en cada una de las mesas. No había ni un cenicero. "Estupendo", pensé soltando la cajetilla que mi mano por fin había logrado encontrar en un doble fondo del bolso.

La espera se eternizaba. Y no podía dejar de pensar que no había cerrado el coche con llave. Lo único que me consolaba era pensar que en algún momento aquel hombre tendría que regresar para atender a su clientela. Igual sólo hacía un minuto que se había marchado, aunque a mí me parecía que llevaba ya más de media hora fuera. Lástima no haber mirado el reloj.

Entonces me di cuenta de algo. No podía fumar, pero la verdad era que me habían puesto una pinta de campeonato delante y yo estaba sedienta. Pensé que unos pocos sorbos no afectarían a mi capacidad para la conducción, así que sin pensármelo mucho me llevé la bebida a la boca.

El primer trago me hizo estremecer. ¡Aquello no tenía nada que ver con la Guinness que de vez en cuando compraba en el súper! Sabía a madera tostada, a mueble viejo. Y encima amargaba. Menudo timo. Pero como aquello no había hecho más que avivar mi sed, pegué un segundo trago. Este me supo mejor. "Mal vamos", pensé divertida mientras vaciaba la jarra a buen ritmo. La última gota me dejó con ganas de más.

Justo en aquel momento se abrió la puerta por la que había desaparecido el que ya había decidido que era el propietario del pub y apareció un hombre algo mayor que yo, pero tan rubio y tan apuesto que ni en sueños habría imaginado que aquello fuera posible. Creí estar bebida. "Esto de la Guinness es la hostia", pensé, "en tan sólo unos minutos es capaz de transformarte un viejo barrigón en un príncipe".

En lugar de meterse tras la barra, el hombre se dirigió hacia mí. En ese instante comprendí perfectamente cuál era el sentido de un club como *Cómete a un irlandés*. Si era verdad que esa clase de tipos abundaba en aquella tierra de ovejas, dos viajes al año, o incluso cuatro, estaban más que justificados.

¿Cómo era posible que aquel tío no hubiera triunfado todavía en el cine? ¡Le pasaba la mano por la cara a cualquiera de los falsos irlandeses buenorros que salían por la tele!

—Venga conmigo –me ordenó pasando de largo de mi lado.

"Al fin del mundo", dije para mí mientras me apresuraba a sacar una moneda del billetero.

—Déjelo, invita la casa –me instó el dueño, que había vuelto a ocupar su lugar natural detrás de la barra—. Si es verdad que va a

hospedarse en casa de la viuda Ó Conaill por un tiempo, la vamos a ver muy a menudo por aquí.

¿Qué había querido decir con eso? Daba igual. Se lo agradecí mientras hacía lo mismo con Dios, por haberme guiado hasta un lugar donde la gente parecía hablar despacio. O al menos no tan rápido como mis compañeros en los vuelos hasta Dublín y Kerry.

Me pareció que afuera hacía mucho más frío que cuando había llegado. Tal vez sólo era un efecto de la acusada diferencia térmica entre el ambiente caldeado del pub y el gélido relente de Dingle, pero aun así me estremecí como si tuviera retortijones.

Mi nuevo contacto en el pueblo iba en mangas de camisa. Debía tener alguna rara enfermedad autoinmune, de ésas que vuelven a la persona insensible a ciertos estímulos. En su caso estaba de lo más claro que su cuerpo no reaccionaba normalmente a los efectos de las bajas temperaturas.

Aunque daba algo de rabia, el hecho es que me preocupaba más que todavía no me hubiera devuelto el papelito con la dirección anotada, aunque confiaba en que me había llevado afuera para darme más claramente las indicaciones para llegar al cottage.

—¿Es ése su coche? –preguntó señalando con un gesto de la cabeza al Micra.

Asentí sin permitir que me impresionaran sus dotes de adivinación. Aquel pueblucho no debía tener ni quinientos habitantes, seguro que se sabía el coche de cada vecino de memoria.

—Suba –mandó abriendo la portezuela del conductor e instalándose detrás del volante.

¿Qué? ¿Sería posible? ¿Y ahora que se suponía que tenía que hacer? Las cosas no deberían haber ido así. Lo correcto en mi casa y en cualquier otra parte del mundo habría sido darme cuatro indicaciones fáciles de seguir, devolverme el dichoso papelito y desearme suerte. Con eso me bastaba. Que el irlandés en cuestión fuera un Adonis no le daba ningún derecho a autoproclamarse mi niñera.

Pero resultaba que no estaba en mi territorio. Ahí yo era el equipo visitante. Y estaba claro que aquella isla no era cualquier parte del mundo. Era Irlanda. Y sus habitantes estaban empezando a demostrarme que allí las cosas funcionaban de un modo muy singular.

Me dirigí hasta la otra portezuela maldiciéndome interiormente por no tener la osadía suficiente como para echarlo de mi vehículo, exigirle el papelito y largarme de allí dejándolo envuelto en una nube de polvo. Era una bonita imagen, a pesar de que la calle estaba asfaltada y reluciente, recién fregada por una súbita tromba

de agua que debía haber caído mientras me encontraba dentro del pub.

Sin embargo, en caso de que dejara aquella monada allí plantada, ¿a dónde se suponía que iba a ir? ¿Estaría patrullando toda la noche como una loca por aquellas calles, hasta dar con la que buscaba? ¿Aparcaría al lado de la iglesia y me echaría a dormir sobre el asiento trasero? Eso era algo imposible, no me cabían las piernas ni dobladas en cuatro. ¿Y si llamaba a una puerta cualquiera, a ver si alguien podía ayudarme? ¿Y correr el riesgo de sacar de la cama a medianoche a un coloso irlandés? Eso era algo demasiado arriesgado.

Entré en el coche tiritando. —¿A dónde va a llevarme? –pregunté con una voz tan insegura que hubieran podido contratarme para hacer el papel de víctima en un capítulo de "Mentes criminales".

—A su nueva casa, en cuanto pueda arrancar el coche, claro –contestó él.

Entonces me miró y sonrió. Me sentí como un helado al que se han olvidado de meter en el congelador. Ya no tenía frío. Le entregué las llaves obedientemente y me dejé llevar, pensando tontamente que alguien con una sonrisa tan encantadora no podía ser mala persona.

Dejé de pensar semejante estupidez cuando salimos del pueblo y cogimos una especie de carretera sendero que discurría al lado del mar. O al menos eso señaló el piloto, porque la verdad era que podríamos estar atravesando el Kalahari y no me habría dado cuenta.

—¿El cottage no está en Dingle? –pregunté alarmada.

Había empezado a elaborar un plan de evacuación del Micra. Si su respuesta no me convencía abriría la puerta y me lanzaría rodando por la ladera verde que suponía que debía bajar hasta la playa. Eso si no chocaba antes contra un murito bajo de piedra, de esos que los irlandeses tienen tanta manía en colocar por todas partes, o terminaba abruptamente mi carrera precipitándome por un acantilado. En ese caso, siempre que tuviera la suerte de caer entre las rocas sin partirme la cabeza, podía llegar nadando hasta la orilla. Allí me encontraría con un abuelo de cien años que estaría ocupado cargando un manojo de redes en una chalupa para salir a hacer la habitual pesca nocturna del bacalao. Pasado el susto inicial, el pobre hombre me metería en una destartalada furgoneta, tapada con su grueso abrigo de pura lana virgen de oveja autóctona, y me llevaría a una agradable casucha donde su consorte centenaria me serviría un tazón de sopa hirviendo al amor de la lumbre. En ese caso estaría salvada.

Lo único que me preocupaba era la posibilidad de que, en lugar del abuelo, pudiera encontrarme con unos narcotraficantes armados desembarcando un alijo de metanfetaminas. Podían creer que era periodista o policía. En ambos casos estaba perdida. Pero ¿realmente había narcotráfico en Irlanda?

—Hemos llegado –anunció mi acompañante, deteniendo el coche en medio de la nada más oscura.

—¿Ya? –pregunté extrañada. No me había dado tiempo de llevar a cabo mi plan.

—Son sólo dos quilómetros desde el pueblo –apuntó.

Qué bien. Pues suerte que al final había decidido alquilar el coche, sino ya me veía andando y desandando aquel trayecto cada vez que se me acabara el tabaco.

Salimos del Micra. La proximidad del mar se hizo presente de repente en el ruido inconfundible del oleaje. Estaba lloviznando, pero apenas si se notaba. El desconocido cuyo nombre todavía era un misterio para mí había dejado los faros del coche encendidos. Iluminaban lo que parecía una sólida construcción bajita y blanca, con pequeñas ventanas verdes y un techo de paja oscura.

—¿Es aquí? –pregunté.

—Toda suya –contestó—. Las llaves deben estar bajo el felpudo.

Corrí hasta la puerta para comprobarlo. Efectivamente, había una pesada llave ahí debajo. Me giré para despedirme de aquel hombre y entonces me di cuenta de que él no tenía modo de volver al pueblo.

Mis neuronas trabajaron rápidamente.

—¿Quiere que le acerque al pueblo en coche? Creo que ya me he aprendido el camino. Sabré encontrar el cottage otra vez –aseguré riendo nerviosamente

No me lo creía ni yo.

El irlandés soltó un bufido que recordaba vagamente a una risa.

—Son dos quilómetros. Creo que puedo cubrirlos andando sin problemas.

¡Vaya! Hasta entonces había tenido la extraña impresión de que aquel tío era casi monosilábico. Pero me equivocaba. Aunque tampoco se trataba de un derroche de léxico, aquella era la frase más larga que había pronunciado hasta el momento. Me tomé mis cinco segundos para traducirla mentalmente.

—Sí, pero está oscuro y parece que va a llover. ¿Quiere que le preste un paraguas?

Entonces sí que se rio de verdad.

—Creo que no será necesario. Buenas noches, señora.

Y se largó. En la oscuridad más absoluta. En mangas de camisa. Cuan largo, ancho y guapo era.

Me quedé algo pasmada un momento. No podía creerlo. ¿De veras iba a regresar a Dingle andando por aquella carretera? ¿Completamente a oscuras? ¿Y con esa lluvia, que al menos por una vez parecía una lluvia normal y estaba ganando intensidad gradualmente?

Me consideraba una curtida mujer de campo, pero aquello sobrepasaba con mucho lo que habría considerado que era una actitud prudente. Me habría gustado ver qué era lo que habría hecho Fran en semejante situación. Bueno, seguramente él habría cogido su propio coche, hubiera conducido más despacio de lo habitual para que yo pudiera seguirle sin problemas, me habría ayudado a entrar las maletas en el cottage y no se hubiera largado hasta comprobar que todos los servicios de la casa funcionaban correctamente y que había algo para comer en la despensa. Él era así. Aparentemente rudo pero en el fondo muy servicial.

Me apresuré a sacar el equipaje del maletero antes de que arreciara el temporal y lo pegué a la puerta de entrada. La paja del techo bajaba hasta formar un pequeño alero que me resguardaba medio metro de la lluvia, que para cuanto metí la llave en la cerradura y pude abrir la puerta ya estaba ofreciéndome amablemente la segunda entrega del diluvio universal.

Lo primero que hice al entrar fue palpar las paredes, en busca de un interruptor. Rezaba para que la luz no estuviera cortada, en ese caso tendría que meter el Micra dentro del cottage como fuera y darme una vuelta por ahí para ver si encontraba el cuadro de luces. No era una idea descabellada. Estaba segura de que el coche pasaba por la puerta.

Pero no hizo falta probarlo. Mis dedos tropezaron con una clavija de plástico. La accioné y una preciosa lámpara emplomada que colgaba del techo hizo emerger como por arte de magia una amplia habitación sencillamente amueblada. Había un par de sillones de líneas muy simples frente a una chimenea llena de leños secos que gritaban "¡quémanos!", algunas estanterías vacías, una gran mesa redonda con media docena de sillas alrededor, una cocina americana de diseño bastante moderno y un largo sofá con chaise longue frente a un gran ventanal cerrado a cal y canto. Las paredes eran de un color gris claro bastante helado. O tal vez esa fue mi impresión inmediata. Me hubiera gustado tener a mano un termómetro para saber cuán cerca estábamos de los cero grados.

Lo primero que hice fue dirigirme hasta la chimenea. Recoloqué algunos troncos, añadí unas cuantas ramas finas que había en un enorme cesto allí al lado y estuve unos minutos asándome los dedos con el mechero, hasta que por fin conseguí que aquello empezara a arder.

Inmediatamente la sala se revistió de una luz más cálida. Las paredes ya no parecían grises, sino más bien del color de la arena y, sin saber muy bien cómo, descubrí una serie de detalles que me habían pasado desapercibidos. Las estanterías no estaban vacías. Había en ellas algunos objetos de decoración de estilo más bien marino, como una bonita caja de madera con un juego de pipas, la maqueta de un barco y un instrumento que recordaba vagamente a un sextante, aunque yo no era muy ducha en aquellos temas. También pude apreciar que alguien con mucha experiencia y sentido común había distribuido estratégicamente gruesas mantas de lana bien dobladas sobre los respaldos de los sofás. Con sólo mirarlas me entraban ganas de tumbarme allí bien arropada a disfrutar del calor del hogar.

Encima de la mesa había un plato tapado con una campana de cristal. Tenía aprisionadas por lo menos a una docena de lo que parecían deliciosas galletas de mantequilla. ¿Un detalle de mi casera? Apostaba a que sí. Bueno, al menos no iba a pasar hambre, porque la verdad era que ni se me había ocurrido llevar algo de comer.

Fui hasta la nevera. Estaba vacía y apagada. La enchufé y empezó a gruñir como un animal dormido al que hubieran obligado a ponerse en marcha. Afortunadamente, al cabo de unos minutos se dio por vencida y siguió cumpliendo con su trabajo silenciosamente.

Encima del mármol había un bote de café soluble, una caja llena hasta los topes de té negro, una azucarera y un hervidor. Bien. Tenía todo cuanto necesitaba para prepararme un tentempié antes de meterme en la cama. A propósito. ¿Dónde estaban las habitaciones?

Subí una estrecha escalera hasta el primer piso. Había un rellano con cuatro puertas. La primera daba a un baño completo equipado con una lavadora secadora de reducido tamaño y con lo que presentí que sería el lugar donde iba a pasarme buena parte de mi retiro. No se trataba de la taza del váter, sino de una bañera con capacidad para por lo menos tres personas. Estaba incrustada en la pared, debajo de una ventana. Sentía una enorme curiosidad por saber cómo serían las vistas. ¿Se vería el mar, aunque sólo fuera de lejos?

Las otras puertas comunicaban con tres habitaciones dobles. Llevé mis cosas hasta la más pequeña. Supuse que lo más natural sería que las chicas de *Cómete a un irlandés* durmiesen juntas, por parejas, como seguramente habían venido haciendo en sus viajes anteriores. Así que lo justo era que les cediera los mejores cuartos.

Incluso así, tenía una cama doble enteramente a mi disposición. Algo inaudito para mí, que estaba acostumbrada a la estrecha cama

de casa.

Me dejé caer sobre la colcha de patchwork, completamente exhausta. No quería ni mirar la hora, así que me quité el reloj con los ojos cerrados y lo metí en el cajón de la mesilla de noche.

Me quedé observando el techo. Lo cruzaban varias bigas de madera. "Si se me cae una encima, me parte por la mitad", me dije. Ya estaba otra vez pensando sandeces. Me incorporé para bajar a prepararme un té cuando caí en la cuenta de que corría un hilo de agradable calorcillo cerca de mí. ¿De dónde provenía? Miré a mi alrededor. Allí sólo había un robusto armario de dos cuerpos, una mesa escritorio frente a la ventana, una silla, una simbólica butaca, mis dos maletas y yo. ¡Ah! Y era cierto que detrás de la butaca había un pequeño radiador eléctrico. Pero estaba desenchufado.

Tras estar un rato husmeando el aire como un comanche con sinusitis, advertí que el calor llegaba a través de una falsa biga que cruzaba el techo de punta a punta, confundiéndose con las auténticas. ¡Pues claro! Por allí debía pasar un conducto que comunicaba directamente con la chimenea. Seguro que había conductos similares en todas las habitaciones. Era una forma inteligente de aprovechar el calor que generaba el fuego para calentar toda la casa.

Aquel descubrimiento me alentó a bajar al salón a alimentar la chimenea para que aguantara encendida toda la noche. Puse tres leños consistentes que llenaron la estancia de humo los primeros minutos pero que luego empezaron a quemar con alegría.

¡Qué bien me sentaba hacer un buen fuego! Ya me sentía como en casa. Por fin había llegado el momento de fumarme un cigarrillo.

Lo encendí mientras ponía el agua a calentar. Aspiré profundamente. Al soltar el humo me apliqué a fondo para sacar con él todos los nervios del viaje. Eché una cucharada de té en una taza y aproveché la espera para abrir dos ventanas y que la corriente de aire se llevara la humareda, tanto la de la chimenea como la del tabaco. El sonido portentoso del oleaje se coló en el cottage como el típico vecino cotilla. Ya me había parecido que estábamos cerca del mar al salir del coche, pero ahora el ruido era tan atronador que más bien daba la impresión de que me encontraba a bordo de un barco. Supuse que sería el viento, que soplaba hacia mi dirección, trayendo consigo la eterna canción marítima. Aseguré las ventanas en cuanto el ambiente se hubo despejado, apagué la colilla en el fregadero y me dispuse a disfrutar de mi té con galletas recostada en uno de los sillones, frente a la chimenea.

¡Y yo que había pensado que el hecho de estar lejos de casa haría que la echara en falta! Tenía el convencimiento de que así se

me ocurriría algo fácilmente. Algo lo suficientemente atractivo como para hacer que volviera pronto y con las ideas claras. Un negocio interesante, como por ejemplo la cría de caracoles. O la de champiñones. Hacía un tiempo que se había puesto de moda comer hongos shiitake. Esos no requerían tantos cuidados como una manada de vacas, no había que darles de comer a diario, no armaban alboroto y, por supuesto, no se cagaban encima. Estaba segura de que sería un negocio tranquilo y rentable que, además, no requería de unas instalaciones especialmente caras de mantener. Igual hasta me dejaba suficiente tiempo libre como para matricularme en un curso de arte. ¿Podía imaginarme a mí misma como una empresaria del shiitake? A mamá le hubiera dado algo. A mí sólo me daba risa.

Sin embargo, ¡se estaba tan bien lejos de todo! Había sido un viaje relativamente fácil. Aparte de haber contraído un complejo de patito feo gracias a la Francine que tuve sentada al lado en el primer vuelo, calarme hasta los huesos en Kerry y verme literalmente hecha picadillo cuando el guapo irlandés del pub me sacó del pueblo conduciendo mi propio coche y adentrándose por una carretera tan estrecha que llamarla carretera secundaria habría sido todo un honor, el resto había ido bastante bien.

El cottage era pequeño pero acogedor, el sofá era comodísimo, las pesadas mantas de lana que me había echado por encima me hacían sentir como un cordero al que su madre había arropado con su propio cuerpo antes de acostarse. Hasta la chimenea parecía feliz de albergar aquella buena fogata que le había preparado.

Dejé perder en ella mi mirada. La corteza reseca crepitaba de tal forma que de haber entrado alguien en aquel momento habría pensado que estaba haciendo palomitas. Las llamas subían como espíritus y eso hizo que me acordara de mamá. ¡Me quedaba tan lejos! Casi ni la sentía. Se me llenaron los ojos de lágrimas con semejantes pensamientos. Recordaba perfectamente su rostro, su manera de moverse, su voz. Por eso me extrañaba y me entristecía tanto percibir que la había perdido para siempre, que ya no estaba. Ni estaría.

Tuve que hacer la taza a un lado para poder llorar a gusto. No quería derramar aquel té tan oscuro por la moqueta. Entonces me di cuenta de que no tenía ningún pañuelo a mano. Hurgué en los bolsillos de mis pantalones, bajo la pirámide de mantas, pero estaban vacíos. ¡Y yo que ya me había hecho a la idea de estarme allí llorando hasta quedarme frita! De nada serviría intentar sorberme los mocos o apartarlos con el dorso de la mano. Ya lo había intentado y no funcionaba. Ahora tendría que levantar el culo de allí, subir hasta el baño, lavarme las manos y apoderarme de un

rollo de papel de váter. Era mucho más práctico que una caja de pañuelos, al menos cuando daban aquella clase de ataques.

Al salir del baño me dio tanta pereza volver a bajar hasta el salón que me fui directamente a mi cuarto, me desnudé por completo y me escondí bajo los edredones. No sabía qué me había inducido a meterme en el sobre de aquella forma, sin ropa. Nunca antes lo había hecho.

Las sábanas estaban heladas. Debería haber desecho la cama nada más llegar, al menos así se habría templado un poco. Me acurruqué como un feto. ¡Vaya! Tuve una visión en la que un psicoanalista explicaba condescendientemente que lo que en realidad estaba haciendo era simbolizar un nuevo nacimiento. Para él estaba clarísimo. Me había quedado huérfana. Había cambiado de país. Necesitaba renacer. Convertirme en otra persona.

Tenía tanto frío y me apetecía tan poco darle la razón a aquel sabelotodo de mentirijilla que me levanté para ponerme el pijama. Y encima del pijama me puse el chándal. Luego regresé a mi madriguera y pasé el resto de la noche durmiendo como un tronco.

Y habría seguido durmiendo durante buena parte del día siguiente si no fuera porque me despertaron unos sonoros golpes en la puerta.

Di un respingo. Primero pensaba que estaba en casa. ¿Habría alguien en el descansillo? Recordé que no hacía ni tres días que Fran me había despertado de ese modo, tras mi bochornosa noche de borrachera.

Me incorporé para saltar de la cama y me di de bruces contra una pared. La ley del rebote aplicó sobre mí su sentido más literal mandándome a tumbar de nuevo. Abrí bien los ojos y estuve unos eternos segundos palpando a derecha e izquierda, hasta que por fin encontré las gafas. Ponérmelas fue como sufrir un aterrizaje forzoso en la realidad.

Unos rayos de luz se filtraban a través de las cortinas. Gracias a ellos pude salir indemne de la habitación y verificar que el insistente repiqueteo procedía de abajo. Al menos por el momento me había librado del loco con el café con leche servido en un cuenco para perros.

Giré la llave y abrí. Una ráfaga de viento polar casi me estampa contra la pared opuesta. Habría sido el segundo mamporro en menos de cinco minutos. Demasiada violencia para mí, y menos a aquella hora del día.

—¡Buenos días! –gritó lo que parecía un bulto de ropa metiéndose briosamente dentro de casa.

Me quedé muda.

Tras desenrollarse una especie de bufanda quilométrica del

cuerpo, apareció una abuela menuda, redonda y blanca como una nuez de Macadamia.

—Tú debes ser Carmín. Encantada. Soy Fiona Ó Conaill, pero aquí todo el mundo me conoce como la viuda Ó Conaill. ¿Qué tal? ¿Cómo va todo? ¡Oh! Qué calorcito más agradable hace aquí. Ya veo que se te da bien eso de la chimenea. No creas, es todo un arte, no todo el mundo sabe… ¿Llegaste bien? ¿Está todo a tu gusto? ¿Necesitas algo? Hace muy buen día, hoy. Parece que va a haber un poco de temporal, pero nada del otro mundo. Estamos en diciembre, ya se sabe. A propósito, soy tu casera, como ya te habrás imaginado…

Y siguió con su perorata como una media hora más, aunque estaba segura de que aquella mujer tenía cuerda para mucho más rato.

Por mi parte, me limité a mantener una sonrisa en la boca. Entendía más o menos una tercera parte de lo que me decía. Los dos tercios restantes me los podía imaginar perfectamente, porque había un par de viudas semejantes en mi pueblo y la verdad era que siempre acababan contando lo mismo, con pequeñas e inapreciables variantes.

Cuando por fin pareció que empezaba a perder carrerilla, me presenté, le agradecí que me hubiera dejado galletas para cenar y le aseguré que todo funcionaba a la perfección y que no necesitaba nada.

—Te he traído esto –dijo sonriendo mientras sacaba una cesta de un repliegue de su delantal.

Movida por la curiosidad quise mirar adentro. Pero la mujer-centella se me adelantó y empezó a vaciarla con algo de pomposidad, anunciando en voz alta el nombre de cada uno de los productos que extraía y dejándolos seguidamente sobre la mesa. Parecía un mago sacando conejos de la chistera.

Cuando por fin hubo terminado me parecía imposible que todo aquello cupiera dentro de la cesta. Había un mapa de la península de Dingle, una tarta de manzana cuidadosamente envuelta con un trapo, una cazuela individual con pastel de carne, una bolsa de agua caliente, dos tarros de mermelada casera —uno de uvas y otro de fresas—, una hogaza de pan negro, media libra de mantequilla, unos cupones de descuento para el súper, una botella con un litro de leche fresca y un paquete de tiritas.

Me quedé algo desconcertada, sobre todo por lo de la bolsa de agua caliente y las tiritas, aunque le agradecí la molestia, recalcándole una vez más que no hacía falta que me llevara la compra a casa.

—¡Pero si eso no es nada! – exclamó quitándole importancia—.

Cuatro sobras que tenía por ahí.

¡Vaya por Dios! Había dado con otra Luisa. Ya me conocía yo la historia de las sobras. No era que me molestara que me trajeran comida, al contrario, nada me gustaba más que comer lo que otros habían cocinado. Sólo que, por algún motivo, esa clase de regalos me provocaban desazón. Tal vez era sólo la forma en la que yo me tomaba la vida, pero me costaba ver aquellos actos como algo puramente altruista. Independientemente de cuáles fueran las motivaciones de la abuela de turno, me tomaba aquellas situaciones como un intercambio en el que yo debía aportar algo a la otra persona. Daba igual si era conversación, cariño o simplemente reconocimiento. Cada vez que aceptaba un presente parecido sentía que acababa de contraer una especie de deuda con quien me lo había ofrecido. Y eso me generaba una sensación de extraña intranquilidad.

Sin embargo, ¿a quién se le hubiera ocurrido negarse a aceptar la tartera de la vecina o, en este caso, de la casera? Eso era algo que a las abuelas no les entraba en la mollera. Una vez que te habías convertido en el blanco de una de aquellas mujeres ya habías perdido uno de tus derechos fundamentales: el derecho a la libertad de expresión. Cualquier intento de evasión resultaba automáticamente reducido y aniquilado o por una verborrea devastadora o por un monosílabo más afilado que una guillotina recién salida de fábrica. Lo máximo a lo que podías aspirar era a negociar cuanto antes los términos de la rendición.

—Pues le agradezco que se haya tomado la molestia de traérmelas –añadí de corazón, tratando de aliviar mi incomodidad.

No sabía cómo había llegado la viuda Ó Conaill hasta el cottage, pero no me pareció ver ningún coche aparcado afuera, como no fuera el Micra, que aguantaba estoicamente los duros embates del viento helado. Si había venido andando desde ve tú a saber dónde cargada con la cesta, bien se merecía mi más sincero agradecimiento.

Estaba a punto de invitarla a tomar un té cuando volvió a enrollarse la bufanda.

—Bueno, pues nada. No quiero molestarte más. Sólo quería presentarme y darte la bienvenida al pueblo. Te dejo mi dirección y mi teléfono por si necesitas algo. Ya pasaré otro día por aquí, cuando lleguen las otras chicas…

—No será hasta bien entrado enero –intercalé.

—Lo sé, lo sé. Felices fiestas. ¡Nos vemos en enero!

Y dicho eso salió volando por la puerta, no sabía si debido a su propia energía o a que la había pillado una ráfaga de viento especialmente impetuosa.

Volví a cerrar con llave. No me fiaba ni un pelo de aquellos torbellinos. Entonces me sentí agotada. Y más sola que la una. ¡Si al menos hubiera tenido a Troy conmigo! Habría sido la excusa perfecta para salir a dar una vuelta, aunque fuera con los bolsillos cargados de plomo. Pero como no tenía nada urgente por hacer y encima acababan de traerme comida, merienda y cena, lo único que me apetecía era volver a la cama.

Me dirigí a la chimenea para avivar las brasas y meter algo más de leña. Si pensaba pasarme lo que quedaba de día durmiendo, al menos lo haría calentita.

Regresé a mi habitación y me refugié en la cama. Tras dar medio centenar de vueltas tuve que reconocer que se me había pasado el sueño. Además, no era verdad que no tenía nada que hacer. Debería darme vergüenza. Si el espíritu de mamá pudiera usar ni que fuera una mano, me hubiera sacado de la cama a tirones de orejas. ¿Qué había pasado con la Carmín que se moría de ganas de salir al extranjero y conocer sitios nuevos? Si había tenido la osadía de venderme el negocio familiar, lo menos que podía hacer era mover el culo tratando de perseguir un sueño, por alocado, incomprensible o hasta difuso que fuera.

Salí de la cama de un salto. Menos mal que alguna parte de mi cerebro todavía estaba en condiciones. Me dirigí al baño y llené la bañera de agua hirviendo. Luego me metí dentro a cocerme a fuego lento. A media cocción me acordé de que todavía no sabía cómo eran los alrededores del cottage. ¿No se suponía que me carcomía la curiosidad de ver el paisaje? Como los postigos estaban por dentro pude despegarlos sin apenas salir del agua y, lo que era más importante, sin tener que abrir la ventana. Me arrodillé en la bañera, descorrí la cortina y desatranqué las contraventanas. Entonces me quedé boquiabierta.

¡Pero si estaba a menos de cien metros de la playa!

¡Y menudo oleaje! El viento parecía empeñado en querer arrancarle la piel al mar. Las olas se levantaban como jirones antes de estallar en una lluvia de espuma que llegaba hasta mis cristales. O sea que aquello era "el poco de temporal" que había anunciado Fiona Ó Conaill. Dudaba acerca de querer conocer personalmente la vertiente auténticamente borrascosa de aquel clima de pesadilla.

Acerqué la nariz a la ventana para poder ampliar mi campo de visión. No había mucho más que ver. La playa, de arena bastante clara, se perdía sin ninguna novedad a mano izquierda. Por la derecha me pareció entrever la sombra de un peñasco o de un acantilado, no muy lejos. Pero el día era tan gris y la visibilidad tan mala que tampoco estaba muy segura. Lo mejor sería terminar mi baño antes de que se enfriara el agua, acabar de instalarme y

dedicarme a pensar en el futuro sentada frente a un buen fuego.

Era un plan sencillo, así que pude llevarlo a cabo sin mayor problema. Recalenté el pastel de carne en cuanto empecé a notar el gusanillo del hambre –que fue tras diez minutos de intentar idear algo fructífero— y entonces me dio por mirar la hora.

Dios. Eran ya las nueve de la noche. Claro. Como no me había tomado la molestia de abrir las contraventanas del salón ni me había dado cuenta de que había oscurecido por completo. A saber qué hora era cuando me visitó la casera. Me había parecido que era por la mañana, pero eso era debido a que me había sacado de la cama. Igual el estrés del viaje y de los días precedentes me había inducido un coma profundo. No resultaba desatinado pensar que tal vez había estado durmiendo hasta las tres de la tarde. Igual si no llega a ser por aquella interrupción hubiera estado planchándome la oreja hasta Navidad.

Tras dar buena cuenta de la cena me fui directamente a la cama. ¡Ni que estuviera bajo los efectos de un jet lag! Sea como fuere, quería volver a coger un ritmo normal. Levantarme temprano y aprovechar el día para salir a dar una vuelta, conocer el entorno, comprar algo de comida cuando ya no me quedara nada que llevarme a la boca y luego sentarme unas horas ante el escritorio y tratar de elaborar un detallado plan de actuación para cuando regresara a casa. No podía ser algo tan difícil.

Y no lo fue. Al menos durante los dos días siguientes. Aunque no pasaba ni media hora sin que cayera un chapuzón, salí a caminar por los alrededores del cottage a diario, siempre a primera hora del día y después de comer. Equipada con mi chubasquero amarillo y mis botas de trabajo recorrí todos los senderos imaginables a cinco quilómetros a la redonda. Me llamó la atención comprobar cómo los prados no eran del tono verde puro que había imaginado. Desconocía si era debido al frío o si era una particularidad de aquella península rocosa, pero la hierba tapizaba el paisaje con unas tonalidades que iban desde el verde apagado hasta el marrón oscuro, que fácilmente se degradaban en la distancia con el gris perpetuo del cielo, siempre cargado y bajo.

Por supuesto, también dediqué muchas horas a pasear por la playa. Como había vivido toda mi vida con los Pirineos instalados como un guardián entre el horizonte y yo, el hecho de poder dejar perder la vista sobre el mar me resultaba algo absolutamente nuevo y abrumador. Podía pasarme un buen rato sentada sobre la arena mojada, con las olas reptando como lenguas hacia mí mientras gozaba de la rara sensación de mareo que me provocaba mirar fijamente la línea del horizonte. Era algo agradable y molesto a la vez, algo que recordaba vagamente a la primera calada que se daba

a un cigarrillo tras un par de meses de haberlo dejado. A mí, sinceramente, esa emoción me tenía enganchada. Incluso más que el propio tabaco, pues la cajetilla que había comprado en el aeropuerto de Barcelona me duró lo que la tarta de manzana de la viuda Ó Conaill —o sea, una tarde— y, sin embargo, me olvidé por completo de comprar provisiones cuando tuve que acercarme a Dingle a por comida.

Ocurrió el martes veintitrés. Me había terminado lo último que me quedaba, la hogaza de pan. Era tan densa que una simple rebanada, untada generosamente con mantequilla y mermelada, había conseguido sustituir sin problemas cada una de mis comidas. La cena del lunes había acabado con mis existencias de mantequilla, así que el martes por la mañana ya sólo me quedaba un canto de pan tan duro que resultaba una seria amenaza para mi dentadura y un resto de mermelada de uva.

Resolví tomarme la mermelada con una cucharilla, a modo de puré, y hundir el pan en un tazón de café para que se ablandara. Tras una espera más dura que la de un parto vacuno, conseguí romper un pedazo de pan con la cucharilla y llevármelo a la boca. Casi lo devuelvo. El pan sabía a humedad y el café estaba frío. Dejé la taza en el fregadero, me forré con dos jerséis, la chaqueta y el chubasquero, me calcé las botas, que, exceptuando las zapatillas, habían resultado ser el único calzado inteligente que había traído conmigo, y salí afuera.

Caía una lluvia ligera pero no soplaba nada de viento. Me habría gustado ir a dar una vuelta. Llegarme al acantilado que se levantaba a medio quilómetro de allí, otear el horizonte, hacer unas cuantas cábalas e imaginar negocios de lo más insólito mientras trataba de no resbalar en mi descenso hasta la siguiente playa. Pero, fiel a su palabra y en contra de lo que yo había pronosticado, Fiona Ó Conaill no había vuelto a aparecer cargada con una nueva entrega de víveres, así que tenía que dirigirme al pueblo si no quería morir de inanición.

Palpé los bolsillos del impermeable. En uno había las llaves del coche, la del cottage y mi documentación. En el otro había metido los vales de descuento del que suponía que sería el único súper de Dingle y algo de dinero. Me encaminé hasta el coche y, tras corregir mi trayectoria en el último momento, esta vez entré por la puerta correcta. Desembragué, accioné la llave y el motor me recompensó cínicamente con un quejido de lo más escalofriante. Era el típico ruido del coche al que se le ha acabado la batería. No podía creerlo. Intenté volver a arrancarlo, pero fue en vano. El Micra se había convertido de repente en un anciano con neumonía al que una hija egoísta parecía querer obligar a andar.

¿Cómo era posible? Me entregaron el coche en perfectas condiciones. ¡Funcionaba estupendamente! Y no lo había vuelto a tocar desde aquel viernes por la noche. ¡Sólo hacía cuatro días! Una batería no se descargaba así como así en cuatro días, a no ser… ¡Mierda! A no ser que la listilla de turno se dejara las luces encendidas.

Rebobiné la cinta de mis recuerdos hasta dar con la escena en que abría la puerta del cottage. Me serví del haz de luz de los faros que el irlandés había dejado encendidos con ese propósito para meter la llave en la cerradura. Luego di con el interruptor del salón, entré con el equipaje y volví a cerrar la puerta con llave.

¡Felicidades! Acababa de ganar la medalla a tonta del bote del año. Por poco no se me desencaja la mandíbula. De haber sido las seis de la tarde me habría puesto a llorar inmediatamente. Pero eran tan sólo las nueve de la mañana. Tenía por delante unas cuantas horas de luz –y de lluvia, claro está– para llegar al pueblo a pie y pedir ayuda. Tenía que hacerlo. Aunque me viera perfectamente capaz de salir a hacer la compra andando cada tres días, no podía estar con el coche estropeado hasta que llegaran mis amigas de *Cómete a un irlandés* o, en el peor de los casos, hasta mi último día en la isla. Tarde o temprano tendría que solucionarlo. Y tenía que ser temprano.

Tras perder un minuto maldiciéndome, salí del coche y empecé a andar por el sendero que llevaba hasta la carretera. El pueblo estaba a sólo dos quilómetros, una distancia muy inferior a las que cubría con mis paseos habituales. Pero no era eso lo que me preocupaba, sino a quién coño pediría ayuda al llegar allí. ¿Iba a volver al mismo pub y entregarle al dueño un papelito con las palabras "coche estropeado" allí escritas? Apostaba a que Gladys habría sido capaz de hacerlo con el sólo propósito de volver a pasar un rato con el irlandés de bandera que tan amablemente se había prestado a ayudarme a mi llegada. Pero yo no era Gladys. Y aunque no me habría importado lo más mínimo volver a toparme con semejante escultura humana, no quería hacerlo en un contexto donde yo sería (1) la mujer, (2) extranjera, (3) que se había quedado sin batería, (4) hacía ya cuatro días. ¡Ni hablar!

Lo mejor que podía hacer era tratar de dar con un taller mecánico y aceptar sin rechistar que aquel descuido iba a costarme un ojo de la cara.

Había cubierto ya la mitad del camino y Dingle apareció de repente frente a mí, tras doblar un recodo. Menos mal que la lluvia no iba a más y que el paisaje me resultaba relajante. Había pequeños rebaños de ovejas esparcidos por todas partes, con las cabezas hundidas en la hierba. Brillaban como perlas. No tenían

nada que ver con las ovejas de Fran, de pelo más corto y terroso. Me hubiera gustado dar aquel paseo con él. Seguro que hubiera disfrutado comentándome cada pequeño detalle que diferenciaba una y otra raza.

Me descubrí sonriendo tontamente ante semejante pensamiento. ¡Pero bueno! ¿Ahora me daba por echar de menos al pastor? Pues sí que estaba aprovechando bien las vacaciones. Lo que tenía que hacer era solucionar lo del coche y planear alguna excursión por la península. Había estado consultando el mapa de Fiona detalladamente y había algunos sitios de interés destacados.

De repente escuché el motor de un vehículo a mis espaldas. Me aparté hasta el borde de la calzada para dejarlo pasar. Al llegar a mi altura, una camioneta azul redujo la velocidad y finalmente frenó, unos diez metros delante de mí.

Pensé que no me iba a escapar de la ya más que comprobada amabilidad irlandesa. Seguro que quién fuera que condujera se ofrecía a llevarme hasta Dingle. La carretera seguía la costa y pasaba por allí. "Se terminó el paseo", dije para mí mientras alcanzaba al vehículo. —¿Puedo llevarla a algún sitio? Me quedé tan pasmada que habría podido contestar con un balido.

—¿Otra vez usted? –preguntó el conductor al reconocer mi careto bajo la capucha del chubasquero.

¿Es que no había más vecinos por allí? Eso sólo sucedía en las películas. Además, ¿eran imaginaciones mías o ese tipo no parecía precisamente contento de verme?

—Encantada de saludarle, de nuevo.

Mi inglés de manual me estaba haciendo parecer mucho más educada y mucho menos inteligente de lo que habría querido.

—¡Suba! –ordenó el irlandés.

Justo lo mismo que me había dicho no hacía ni cuatro días, cuando decidió unilateralmente que me llevaría al cottage en mi propio coche —el que ahora estaba sin batería porque una servidora se había dejado los faros encendidos durante todo ese tiempo.

Como no me veía capaz de traducir al inglés la única excusa plausible que acababa de ocurrírseme para declinar la oferta —y que, resumiendo, vendría a ser algo así como que "Lo siento, pero sufro una extraña y peligrosa enfermedad mental que solamente puedo controlar caminando treinta quilómetros al día bajo la lluvia. Para eso y para nada más que eso he venido a Irlanda y ahora desearía seguir andando antes de que me dé un ataque y le reviente los neumáticos a mordiscos"—, subí a la camioneta y le di las gracias escuetamente.

El irlandés conducía en silencio. Lo miré de reojo. ¡Qué rabia! Su rostro ganaba con la luz del día. Eso era algo inaudito en la especie

humana.

Se sintió observado y me sonrió un segundo, mostrándome una colección de dientes que habrían hecho las delicias de un jurado.

Ese hombre me tenía confundida. Tan pronto parecía que le resultaba más bien molesta como me regalaba una de aquellas sonrisas encantadoras. ¿Sería el carácter irlandés? ¿Esa rudeza sazonada de sensibilidad de que hacían gala los irlandeses de las películas? Me costaba creerlo. En la tele parecía un rasgo curioso, hasta pintoresco, pero en la realidad era algo casi esquizofrénico. Me daba repelús. Aunque tenía que reconocer que era un repelús que desaparecía momentáneamente en cuanto se activaba una de aquellas sonrisas.

—¿Ha salido a pasear?

"¡Mira por dónde, me está dando conversación!", no pude evitar pensar.

"¡Ataca! ¡Ataca!", gritó el espíritu de Gladys dentro de mí.

—No. Necesito comprar algunas cosas.

Gladys estaba loca. Y yo estaba siendo de lo más prudente. No quería que aquel tipo se enterara de lo del coche.

—¿Su coche no funciona? ¿Me leía el pensamiento o qué? En ese caso sería mejor que dejara de pensar en cómo sabrían sus labios.

—No arranca. Creo que se ha quedado sin batería.

Detuvo la camioneta en seco, sin señalizar y en medio del asfalto.

Yo estaba atacada. Sin saber cómo mi cerebro no dejaba de procesar imágenes de revolcones con aquel tío. Iban pasando a una velocidad vertiginosa por mi imaginación: en el cottage, en mi cama, en la bañera, en la chaise longe…

—Haberlo dicho antes, eso tiene fácil arreglo.

—Ya.

Inició la maniobra de cambio de sentido.

…Encima del mármol de la cocina, frente a la chimenea, en su camioneta, en aquel mismo instante, o dentro del Micra, a lo contorsionista… Condujo hasta el cottage mientras yo no podía dejar de moverme imperceptiblemente en el asiento. Debía hacer demasiado tiempo que no me acostaba con nadie y mis pobres hormonas, confundidas por el festival que habían activado días antes las de

Cómete a un irlandés , habían reaccionado de forma desproporcionada ante aquel prototípico estímulo. Por decirlo brevemente: tenía los pezones como flechas y sentía tanta humedad en mi entrepierna que, de no haber llevado el chubasquero, habría estado sufriendo hasta bajarme del asiento y comprobar que no lo había manchado.

"Contrólate, Carmín", me ordené.

No podía ir así por el mundo, cayendo rendida ante los encantos de un hombre que había mostrado por mí el mismo interés que habría mostrado por su vecino octogenario, de encontrarse en mi misma situación.

Llegamos al cottage cuando ya no sabía literalmente cómo ponerme. Me tiré de la camioneta para evitar tirarme encima del irlandés y abrí el capó del Micra.

Mi acompañante le echó una ojeada por encima. Luego dispuso su camioneta de forma paralela al coche y los unió con un juego de pinzas que previamente se había sacado de la manga.

—Hay que asegurarse de apagar siempre los faros.

Vaya. Y yo que creía que me iba a ahorrar el sermón. Eso ya lo sabía. Pero cualquiera le contaba ahora que era la primera vez en la vida que me quedaba sin batería debido a un fallo mío.

—¿Cómo se llama? –le pregunté para cambiar de tema.

—Burke –hizo una pausa a lo James Bond—, Ryan Burke.

"Qué nombre tan común para un tipo tan fuera de ello", pensé. La protagonista de una de mis películas favoritas no lo hubiera pensado mejor. —Yo soy Carmín –dije tendiéndole la mano—. Carmín a secas – añadí en mi idioma.

Me importaba un pimiento si pensaba que "a secas" era mi apellido. Encajamos. Y la verdad es que me encantó. Tenía la mano grande y caliente. Ni huesuda ni carnosa. Su apretón desprendía fuerza controlada.

Algo que siempre me había parecido irresistible. Nos miramos. Ahora que lo tenía enfrente pude comprobar que era mucho más alto y ancho que yo. Llevaba puesta la misma camisa del primer día y unos tejanos que no dejaban de insistirme en que los desabrochara. Por mi parte, y adornada con el chubasquero, la capucha y las botas, a su lado más bien parecía un gnomo de jardín. "Pero un gnomo peligroso, irlandés de ojos verdes", pensé con malicia.

—Pruebe a arrancar el coche – dijo cortándome por lo sano un pensamiento extremadamente libidinoso. —Voy –murmuré algo frustrada. Acababa de decidir que me ligaría a Ryan. Sin saber cómo se me había contagiado el espíritu de *Cómete a un irlandés*. No podía dejar de pensar de qué forma me apetecía más hincarle el diente a aquel tipo. Lo deseaba. Ignoraba si eso no era en realidad una canalización de un deseo más profundo por otro hombre. Todavía recordaba con bochorno la forma en que me había insinuado a Fran, las ganas que había tenido de tocarle, de besarle, de meter mi mano bajo su camisa mientras hundía mis labios en el cuenco tenso de su cuello. Evoqué el aroma a romero que había

percibido cada vez que me había acercado demasiado a él. Reconocí mis sensaciones. Lo había deseado. Pero había algo que subyacía a ese deseo. Algo que me impedía avanzar. Era como una mano extraña que aparecía de repente, metiéndose entre los dos, y que me mantenía apartada de él.

Miré a Ryan. Se había subido a la camioneta y había apagado el motor. Me hizo una señal para que le diera a la llave.

El Micra arrancó a la primera. Lo mantuve unos minutos en marcha. Luego Ryan desconectó las pinzas y las metió en la parte de atrás de la camioneta.

Me encantaba ver cómo se movía. Era excitante lo mirase por donde lo mirase. Las mangas de la camisa se le ceñían a los bíceps durante pequeñas fracciones de segundo, en según qué movimientos. Tenía los dos bolsillos traseros de los tejanos medio rotos, pero incluso así se le ajustaban tan bien al culo que parecían haber redefinido un nuevo concepto de culo perfecto para el siglo veintiuno. Era duro, flexible, potente y, por encima de todo, genuinamente desaliñado. Increíble. ¡Acababa de descubrir que las pelis de irlandeses estaban basadas en personajes reales!

Varios argumentos salieron en mi defensa, nublándome de paso las neuronas. ¿No me había cortado el pelo a lo Francine? ¿No lo había dejado todo para irme hasta allí? Estaba en Irlanda. En una zona rural de la costa oeste. Sola. Tenía un cottage estupendo a mi disposición. El destino acababa de demostrarme que aquello era un vivero de buenas oportunidades. De ser atea podría haber empezado a creer en Dios en aquel mismo instante.

Ryan había llegado hasta mi ventanilla. La bajé rápidamente y apoyó sus antebrazos en ella, metiendo media cabeza dentro del coche.

Estaba acabando de ordenar las palabras para pedirle correctamente que entrara en el cottage a tomarse un café conmigo cuando me vació una jarra de agua fría por encima.

—No apague el motor. Lo ideal sería que diese una vuelta de veinte minutos por ahí.

¿Qué?

¿Y nuestra taza de café? ¿Y mi revolcón?

Le cogí del cogote con las dos manos, le metí la cabeza completamente dentro del coche y le planté un beso de campeonato en la boca.

Se echó para atrás inmediatamente. Parecía algo turbado, pero se recompuso a velocidad de héroe.

—¿Así dan las gracias en su país?

Sonreía. Yo no dejaba de hacer cálculos acerca de volúmenes y capacidades. Creía que si aguantaba la respiración un rato lograría

encogerme lo suficiente como para meterme debajo del pedal del embrague, que era justo el sitio donde más me apetecía dejarme morir de vergüenza.

—Recuerde –dijo mientras se largaba como si allí no hubiera ocurrido nada—, no menos de veinte minutos. Por lo menos.

No me lo podía creer. Aunque fuera bajo la capucha, llevaba puesto el que creía que era un infalible peinado.

Nunca me había sentido tan atractiva como entonces y… y ¡resultaba que me acababan de rechazar! A pesar de no tener un currículum amoroso de veinte páginas, esa había sido la primera vez que me había ocurrido algo semejante.

No solamente me sentía avergonzada, sino también enfadada, ofendida, traicionada y engañada. Sobre todo, engañada. No había un solo DVD en *Cómete a un irlandés* con una escena parecida. Ningún tío se zafaba de tal forma de un beso, aunque la chica en cuestión no fuera una Francine de carne y hueso. Me habían tomado un beso a risa, hasta habían hecho un chiste a su costa. ¿Cómo podía haberme sucedido algo tan humillante? Estaba lo suficientemente ruborizada como para ir y volver al polo norte sin perder un ápice de color.

Esperé hasta que hube perdido la camioneta de vista y salí a la carretera a dos por hora. Conduje en dirección opuesta a Dingle por lo menos treinta minutos, sin ver nada más que el océano a mi izquierda e impertérritas extensiones de campos ocres y verdes, jaspeados de lanudas ovejas, a mano derecha. El paisaje irlandés parecía una inmensa colcha. Era como si la abuelita de Dios hubiera estado entreteniéndose en tejer una buena manta para cubrir con ella la isla entera.

Cuando creí que si no regresaba pronto corría el riesgo de quedarme sin gasolina, me topé con una rara imagen, a lo lejos. Detuve el coche en la superficie de prado que podía ser interpretada como arcén y me apeé. Por un milagro pasajero no llovía. Anduve unos sesenta o setenta pasos por una especie de camino secundario que partía de allí cerca, hasta situarme encima de unos pedruscos que para los celtas podrían haber significado desde una tumba a un altar o un lugar de reunión, y entrecerré los ojos para ver mejor. Una miope haciendo de miope con las gafas puestas.

En medio de la nada, cerca de la playa, había cuatro furgonetas nuevas, bastante llamativas. Estaban aparcadas justo al lado de una especie de cottage primitivo. Se trataba de una caseta de piedra sin ventanas y con el techo como un colador. Una docena de personas, la mayoría hombres —aunque también pude apreciar a un par de mujeres que, por increíble que pudiera parecer, andaban jugándose el físico por ahí subidas encima de unos vertiginosos talones— iban

descargando bultos e instrumentos algo aparatosos de los vehículos y los dejaban tirados sobre la hierba o recostados contra las paredes del cottage.

El viento me trajo el ruido de unos gritos y de unas risas.

¿De qué iba todo aquello? Pude identificar unos grandes trípodes negros. ¿Estaba asistiendo a los preparativos para el rodaje de una película? Era la única explicación plausible. De ser así tendría que contárselo a las de *Cómete a un irlandés*. No había hablado con ellas desde el mismo día de mi partida y estaba segura de que aquello sería muy de su interés.

Como no había mucho más que hacer por allí, aparte de dejar que la brisa marina me dejara el cutis más tieso que un bacalao ahumado, volví al coche y me encaminé hacia Dingle. Quería llegar antes de que cerraran las tiendas. No sabía cómo serían sus habitantes, si tan charlatanes como mi casera o tan herméticos como Ryan, pero con que se mantuvieran en un comunicativo término medio me bastaba para cotillear un poco y tratar de averiguar si realmente se estaba rodando un film en su península. Llegué al pueblo algo más animada que cuando había salido del cottage tras haber hecho el ridículo más espantoso de mi vida. Aunque eso no significaba que no fuera a andarme con pies de plomo, y no precisamente para no salir despedida a causa de una ráfaga de viento, sino porque lo último que quería era encontrarme con Ryan en la cola de la panadería o al doblar una esquina.

Aparqué en una calle secundaria, aunque a aquellas alturas medio pueblo ya debía saber que aquel Micra rojo tan discreto pertenecía a la nueva inquilina de la viuda Ó Conaill, la loca extranjera que había llegado a pasar las Navidades sola en el cottage. Lo que rezaba para que no supieran era que esa misma loca había intentado violar a uno de sus vecinos más bien parecidos.

¿Sería capaz de no pillar una manía persecutoria cada vez que alguien me mirara de reojo? Respiré hondo. Sinceramente, creía que no. Aunque me esmeraría para que no ocurriera semejante desgracia. Suficiente tenía ya con los quebraderos de cabeza que me había traído desde casa. Sólo había querido jugar un poco a comerme a un irlandés. Al fin y al cabo, que no me hubiera salido bien a la primera tampoco era algo tan grave. Estaba segura de que las Navidades me brindarían alguna que otra oportunidad parecida. Aunque dudaba de que el objeto de mi próxima oportunidad estuviera al mismo nivel que Ryan. Pero bueno, tampoco parecía estarlo Fran y, sin embargo, le había bastado con atravesarme con su mirada oscura mientras me dejaba un cigarrillo entre los labios para ponerme a cien. Todavía podía sentir un escalofrío recorriéndome la espalda cada vez que me acordaba de aquel

desayuno.

El hilo de los recuerdos me llevó de Fran a Troy. ¡Cómo lo estaba echando de menos! Sobre todo por las noches, cuando cerraba la casa y me sentaba a tomar algo caliente frente a la chimenea. Una no se sentía tan sola cuando había un perro fiel con ella. El bueno de Troy. Seguro que se lo estaba pasando en grande correteando todo el santo día por la nieve, siguiendo rastros nuevos y recordando sus buenos tiempos como perro pastor junto al rebaño. Todavía no me había quitado a mi mejor amigo de la cabeza cuando di con la panadería. Entré y saludé en voz alta a la concurrencia. Me devolvieron el saludo media decena de caras de lo más amistosas. Se veía a la legua que sabían quién era. Era como si me hubieran estado esperando. La verdad es que me sentí como un ternero recién nacido.

Al llegar mi turno, la panadera, una chica algo mayor que yo, bastante guapa pero con una nariz aguileña que no pegaba mucho con su melena rojiza, me habló despacio y haciendo más hincapié en los sustantivos del que podía creer que era habitual por la zona. Podría haber sido logopeda. O pedagoga, ya que me explicó con sumo detalle cuáles eran las características básicas de cada uno de sus productos. Tras una larga conferencia de lo más instructiva, me decidí por una bolsa de galletas de coco finas como pergamino y una hogaza de pan muy parecida a la que me había traído Fiona. La había encontrado sorprendente. Seguramente usaban algo muy parecido para dar de comer a los astronautas que se largaban a reconocer el espacio durante un par de años. Con una veintena de hogazas tenían más que suficiente para aguantar el tipo y no pasar hambre durante la travesía.

Tras guardar la compra en el coche estuve andando un rato por las calles del centro. En cuanto a extensión, el pueblo en sí no era gran cosa. Unas cuantas calles céntricas con bonitas hileras de casas pintadas de vivos colores, las tiendas necesarias como para cubrir todas las necesidades de un núcleo de población tan reducido y unos parques preciosos que apostaba lo que fuera a que no necesitaban de un sofisticado sistema de riego para mantenerse eternamente frescos y verdes. La versión irlandesa de mi propio pueblo. Estaba segura de que también allí había un buen número de vecinos que vivían en zonas diseminadas como la mía.

Pasé de largo del pub y me metí en el súper, que estaba casi al lado. La cajera me saludó como si fuera clienta de toda la vida, sin recelos ni suspicacia alguna. Casi le di un abrazo. En su lugar, le devolví el saludo, me agarré a un carrito y empecé el circuito. ¡Qué novedad! No me sonaba el embalaje de ningún producto. Tenía que mirármelos todos con lupa para averiguar qué eran. Como tenía

todo lo que me quedaba de mañana por delante, me lo tomé como un juego. Anduve por los pasillos como habría ido un inspector de calidad, sopesando cada paquete, evaluando cada etiqueta, comprobando los precios. Me lo pasé en grande y, al llegar a la salida, tenía el carro lleno hasta los topes.

Salí cargada con cuatro bolsas de papel marrón. ¡Sin asas! Imprevisiblemente, para variar, se había puesto a llover a cántaros mientras yo estaba tan ricamente dentro del súper eligiendo el futuro contenido de mi estómago. Las bolsas me obligaban a andar de lado, pues me tapaban la visión frontal. Aunque eso poco importaba, ya que con la que estaba cayendo hubiera necesitado instalar unos buenos limpiaparabrisas en mis gafas para poder ver mínimamente bien. Pensé que si me pegaba de bruces contra un peatón y éste resultaba ser Ryan Burke, me marcharía de la isla aquella misma tarde. Pero contra todo pronóstico llegué sana y salva al coche.

Tenía todo lo que necesitaba para pasar tres o cuatro días. "¡Una bolsa por día!", calculó alguna de mis neuronas más autónomas. Pues parecía ser que sí, siempre me había gustado comer. Y en los cinco días que llevaba en Irlanda me había puesto las botas con las delicias cargadas de mantequilla que me había obsequiado la viuda Ó Conaill. Lo ajustado de mis pantalones vaqueros atestiguaba mejor que nada que había recuperado fácilmente los tres o cuatro quilos que había perdido en los días que siguieron a la muerte de mamá. "La muerte de mamá". Esas cuatro palabras se quedaron bailando dentro de mi cabeza durante el breve viaje de regreso. Hacía días que había dejado de pensar en su muerte. Pensaba en ella como alguien que ya no estaba. Como un espíritu visitador como los que salían en la serie "Entre fantasmas", antes de que se marcharan hacia esa potente luz radiante que tanto llamaba su atención.

El cuerpo de mamá ya no era nada más que un recuerdo. Preciso y reciente, sí, pero un recuerdo al fin y al cabo. Eso significaba que algún día acabaría por meterse en uno de los cajones de mi memoria, un emplazamiento tan seguro pero tan aislado como la caja fuerte de un banco suizo.

Al llegar al cottage tuve un instante de flaqueza. ¿Qué sería de mí sin mamá? Y peor que eso, ¿qué sería de mí sin mamá en Irlanda? No tenía ni idea. Me sentía completamente dejada de la mano de Dios. Suerte que el recuerdo del solomillo que me había comprado para celebrar a solas la cena de Nochebuena no estaba en una de las cámaras blindadas de mi cerebro. Saqué la compra del coche bajo una lluvia torrencial y me metí en casa como si fuera un caracol que se hubiera salido de la concha por accidente.

Encendí un buen fuego y puse la ropa a secar frente a la chimenea. Tenía que distribuir la compra entre los estantes de la nevera y los de la cocina, pero antes me apetecía fumarme un… ¡Mierda! Un cigarrillo. ¿Cómo se me había podido olvidar? Últimamente estaba de lo más despistada. O tenía un raro caso de Alzheimer temprano o es que mamá estaba intercediendo desde la otra fase para que dejara de fumar. Decidí pensar que lo más conveniente, al menos para mí, era eso último. Aunque ya podría mamá haber esperado un par de años, a que me calmara un poco. En aquellos instantes me encontraba en una encrucijada vital de lo más delicada. Tenía que tomar decisiones importantes, que marcarían el curso de mi vida futura. ¿Acaso mamá no lo sabía? Ahora que estaba muerta y que se había librado de todas sus enfermedades, por fuerza tenía que saber que no era el momento más indicado para que su amada hija dejara el tabaco. Además, fue ella misma quien me inició en semejante hábito con sus habituales regalitos de cumpleaños y de Navidad. Ese último pensamiento cayó encima de mi corazón como un velo negro. Aquellas iban a ser las primeras Navidades sin regalos. Seguro que Julia, la dependienta de la mercería, me iba a echar de menos. Era curioso cómo, a pesar de haber huido de la granja para ahorrarme el trance de tener que pasar allí las fiestas sin mamá, parecía que aquellas fechas no eran algo que estaba en un calendario o en los recuerdos asociados a una persona o a una casa, sino algo que llevaba dentro de mí.

Podía huir de casa, pero nunca podría huir de todo lo que llevaba conmigo, de lo que hacía que yo fuera Carmín y no otra persona.

Estaba claro que las Navidades sin mamá habían viajado conmigo a Irlanda. Tendría que aprender a soportarlo.

—Necesito un cigarrillo —murmuré—. Y lo necesito ya.

Pensé que podía volver al pueblo. Total, no estaba tan lejos. Era un paseo de cinco minutos en coche. Pero ya me la había jugado una vez aquel día, no quería tentar la suerte tan a menudo. Seguro que si me desplazaba hasta el estanco me encontraba allí a Ryan, sustituyendo temporalmente al dueño detrás del mostrador. Mejor sería volver al día siguiente. Las estadísticas me garantizaban muchos menos problemas. Me puse a ordenar la compra para levantarme un poco el estado de ánimo. Llenar estanterías con comida era algo que siempre me ponía de buen humor. Al terminar, tenía un armario surtido con toda clase de pasta, arroz, galletas y frutos secos. Revisé la nevera para comprobar que no me había dejado nada. Tenía un aspecto tremendo. Destacaba una bandeja con el enorme solomillo, aunque también había fruta y verdura fresca, salsa mahonesa, de mostaza y de mango –eso último había

sido un capricho—, un montón de yogures, natillas y cremas de chocolate, una barril de mantequilla cien por cien irlandesa, leche, media docena de huevos y otra media de cervezas, y un par de sobres con salchichas y filetes de cordero. El índice de colesterol era inaceptable, pero estaba en Irlanda y a dos días de la Navidad, así que tenía una doble excusa perfecta.

Había conseguido animarme un poco, pero lo que no se me quitaba de ningún modo era el mono de tabaco. Un pensamiento especialmente miserable me insinuó que si me llegaba donde el supuesto rodaje de la película, tenía muchas probabilidades de encontrar colillas aprovechables en el suelo. Aunque lo más seguro era que estuvieran mojadas. Pero siempre podría extraer la picadura y secarla delante de la chimenea, como hacía con la ropa. Aunque, entonces, ¿cómo iba a fumármela? ¿Enrollándola en los vales de descuento del súper que, por cierto, no había gastado?

Me contesté a mí misma con un bufido. ¿Por qué se me ocurrían semejantes ideas? ¿Aquello le pasaba a todo el mundo? Quería suponer que sí, pero que eso era algo que cada cual mantenía en secreto. Ojalá, porque de lo contrario me hubiera sentido terriblemente mezquina y desdichada. Era ya la hora de comer. Como tenía pensado pasarme la tarde cocinando la cena del día siguiente, decidí tomarme unas minivacaciones. Sintonicé una emisora tranquila en la pequeña radio de la cocina, me preparé un té y me lo llevé al sofá junto con la bolsa de galletas. Me repantingué a gusto, dispuesta a disfrutar un poco de la película de miedo que el temporal me ofrecía al otro lado de la ventana. El cottage estaba situado en el límite de seguridad aceptable que había entre los prados y la playa. Tenía un anexo bien impermeabilizado donde se guardaba la leña y un sendero pavimentado que lo rodeaba como un lazo y que luego se perdía unos metros más allá, entre la arena. Cuando el viento soplaba desde el océano, las olas subían hacia la casa como si alguien estuviera ahuyentándolas, hasta casi estrellarse contra el techo. Eso mismo era lo que estaba aconteciendo frente a mí mientras consumía a buen ritmo las tejas de coco que me había llevado de la panadería.

No fue hasta que hube acabado que el azúcar empezó a dar muestras de estar actuando. Un par de neuronas tuvieron la buena idea de hacer que me fijara en el bonito juego de pipas que había en una estantería.

Me levanté para cogerlo y lo dejé sobre la mesilla auxiliar. Se trataba de un estuche de madera noble con el apellido "Ó Conaill" grabado en una placa que en su momento debería haber sido dorada. Dentro había tres pipas muy parecidas, aunque de medidas distintas. A un lado había un utensilio de metal parecido a un

cortaúñas. Sobresalían de él varias aplicaciones, como en una navaja suiza. Supuse que servirían para meter y sacar el tabaco de la pipa. En una esquina había una cajita bruñida parecida a las antiguas cajitas de rapé. La saqué de su agujero y accioné un diminuto cierre de metal. La tapa se abrió, dejando al descubierto un montón de tabaco perfumado. De no ser porque creía no tener una nariz muy fina, hubiera jurado que olía a vainilla. —¡Vaya con el viejo! –se me escapó.

Era evidente que aquello había pertenecido al difunto marido de Fiona

Ó Conaill. Según me había contado Lena, el cottage había servido de caseta de pescadores hasta que, a la muerte de su propietario, la viuda había decidido reformarlo para sacarle un rendimiento alquilándolo a los turistas. Debía haber dejado aquellos objetos allí como decoración. Tal vez las pipas le recordaban demasiado a su esposo y no podía tolerar tenerlas en casa. O igual era que nunca había soportado el humo del tabaco y, en lugar de tirarlas, resolvió dejarlas allí, a ver si algún extranjero cleptómano se las llevaba de recuerdo.

Bueno, yo no tenía intención de llevármelas, pero la verdad era que por darles unas cuantas caladas no iba a pasar nada. Al contrario, igual hasta al espíritu del viejo Ó Conaill le parecía gracioso que alguien le rindiera un tributo de aquella forma. "Menuda tontería", me dije. El hecho era que estaba ansiosa, así que cualquier excusa me servía para tragarme un poco de humo.

Elegí la pipa que me pareció que tenía la boquilla menos usada. Era de tamaño mediano, de un marrón oscuro casi negro. Nunca antes había fumado valiéndome de un artefacto parecido, pero me había tragado docenas de películas de Sherlock Holmes y no parecía ser una operación tan difícil.

Vacié los restos de tabaco que quedaban en la cazoleta en la bolsa de las galletas, la rellené con un pellizco del tabaco con aroma a vainilla y presioné con un dedo para que quedara más compacto. Entonces la cogí con el cuenco de mi mano, como si estuviera sujetando a un pollito recién nacido, y me llevé la boquilla a los labios. Se me escapaba la risa.

Tras media hora de intentos infructuosos para encenderla, lo dejé correr. Había conseguido quemar tres tandas de tabaco, me ardían los pulmones de tanto aspirar, la cabeza me estallaba de humo y se me había gastado la yema del dedo gordo de tanto darle al mechero. Pero el temporal había amainado y me lo había pasado fenomenal.

Dejé la pipa a un lado, no sin prometerle una nueva cita, y caí en la cuenta de que me encontraba mucho mejor. ¿Era sólo que

necesitaba fumar? ¿Restablecer el equilibrio de mi viciada química interna? Tal vez. Pero mi química interna también tenía otras necesidades, eso había podido comprobarlo bien con Fran, primero, y con Ryan, después. Y en ningún caso habían sido satisfechas. Yo misma me había encargado de sabotearme una deseada noche de pasión con el pastor. Y el irlandés… Bueno. Pues no parecía muy interesado en mí, que digamos. Visto con perspectiva, resultaba de lo más curioso. Cuando todo me venía de cara, huía de allí como alma que se llevaba el diablo. Y cuando por fin me lanzaba, resultaba que mi objetivo me salía rana.

Había estado demasiado entregada a mi trabajo como para darme cuenta de que estaba harta de no estar con nadie. Lo mejor de mis dos únicas relaciones más o menos serias había sido el sexo. La vida de pareja no la quería para nada, pues más bien suponía un estorbo para una granjera atareada como yo. Pero ahora que tenía tiempo de sobras para aburrirme, mi propio cuerpo me había sacado la libreta de las cuentas pendientes. ¡Estaba hambriento de sexo! "Qué horror", pensé. Después de eso vendría lo del reloj biológico repiqueteándome en los ovarios. Babearía como una vaca en celo cada vez que viera un bebé y saldría a la caza nocturna de cuanto semental tuviera la dicha o la desdicha de pasarme por delante. ¿De veras quería verme en semejante fase de delirio? No. Pero a juzgar por el estado de receptividad sexual con que últimamente mi propio cuerpo me tenía subyugada, sabía que no podría oponerme a ello en el caso de que sucediera.

Entonces ocurrió algo inesperado, algo que me cogió completamente por sorpresa. Embravecido por la constatación de que no podría combatir sus deseos, un escuadrón especialmente intrépido de hormonas decidió que ya era hora de coger el móvil y llamar a Fran.

Lo hice casi sin darme cuenta, como algo tan natural.

—¡Diga!

La voz del pastor sonaba a portazo. Era como si para él "diga" fuera sinónimo de "¡fuera!" o "¡largo de aquí!". —Soy Carmín.

Me pareció oír que cogía aire. —¿Estás bien? –preguntó soltándolo.

Igual estaba fumando. Qué suerte la suya.

—Sí, muy bien.

Silencio al otro lado.

—Quería saber cómo está Troy. Si os está dando mucho trabajo o qué. —¿De ser así regresarías? ¿A qué venía aquella pregunta estúpida? Era evidente que Troy no daba trabajo, al contrario. Por consiguiente, era más que evidente que no iba a regresar hasta la fecha prevista de retorno, que era la misma que había impresa en

mi billete de avión.

—No creo –dije fingiendo una risa tímida.

Tuve que reconocer que lo más estúpido no había sido la pregunta de Fran, sino mi propia excusa para llamarle y escuchar su voz.

—Ya.

—¿Cómo está tu madre?

—Muy bien.

Aquello estaba resultando más difícil de lo que había creído. Si Fran ya era más bien partidario de las charlas austeras teniéndolo delante, acababa de darme cuenta de que por teléfono rayaba el nirvana lingüístico.

—¿Y tú? –me aventuré.

—También.

Cómo no. Tuve la impresión de estar participando en un partido de tenis a distancia, con la diferencia de que nosotros nos pasábamos monosílabos en lugar de pelotas. Pero ¿qué narices había esperado? ¿Qué me dijera "toma asiento que voy a leerte los preliminares del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, y luego ya seguiremos a capítulo por día"? ¿Estaba tonta o qué? —¿Ha nevado? –pregunté por decir algo.

—Está nevando.

¿Eran imaginaciones mías o la voz se le había dulcificado un poco al contestar? Igual estaba mirando caer la nieve, fumando recostado contra el marco de la puerta de la cabaña.

—Creo que Troy te echa de menos –añadió con lo que me pareció algo de melancolía.

Casi se me saltan las lágrimas. ¡Malditas hormonas del demonio! —Vaya –logré pronunciar tragando saliva—. Yo también.

—Oye, Carmín…

—¿Qué? –le corté.

"Si me pides que vuelva, vuelvo", pensé formulando un gran deseo.

—…Tengo que dejarte. Tú estarás de vacaciones, pero yo tengo mucho trabajo.

¡Al cuerno!

—Claro.

Colgué. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de pensar que me pediría que volviera? ¡Si era el egocéntrico número uno de todo el hemisferio norte! ¡Lo único que le preocupaban eran sus sucias ovejas! Estuve regañándome duramente durante unos minutos. Esperaba no ser tan inconsciente como para llevar a cabo una locura del tamaño de la que había imaginado. ¿Acaso me había visto yo misma pinta de perro?

—Si silbas, vengo corriendo – escarnecí imitando mi propia voz. Debería darme vergüenza. Una mujer hecha y derecha como yo pensando semejantes bobadas.

Me dejé caer en el sofá. Aquella charla me había dejado sin batería. Igualito que le había pasado al Micra. Lo que me hacía falta era un buen irlandés que me la cargara. ¡Ay! Sólo con pensarlo me ponía mala.

Afuera seguía el temporal, pero en el cottage la temperatura debería rondar los veintidós o veintitrés grados. Y eso usando solamente la chimenea. Ni en casa, con la calefacción, llegábamos a tal nivel de confortabilidad.

Me quité algo de ropa y deslicé una mano por debajo de la camiseta. La subí hasta el sujetador y aparté una copa para acariciarme un pecho. ¡Estaba ardiendo! ¿Tendría fiebre? Sí, la fiebre del sábado noche. Estuve jugando con el pezón hasta que me dolió de tanto como se había arrugado de placer. Sin ninguna prisa, crucé la calle para ofrecer a su vecino una visita parecida.

Mientras tanto, mi otra mano había decidido por su cuenta que no quería tomarse el día libre. Trató de escabullirse en vano por dentro de los pantalones. Se le clavaba el cinturón.

Tendría que hacerlo bien. Soltó la hebilla, desabrochó el botón de los vaqueros y luego bajó la cremallera con mucho cuidado. La goma elástica de las bragas no opuso ninguna resistencia. Si había creído que mis pechos ardían, mi entrepierna estaba directamente derretida. Me la recorrí de arriba abajo varias veces, entreteniéndome en dos o tres lugares de parada obligatoria. Notaba la viscosidad de mi deseo. Se agarraba a mis dedos y me los empujaba hacia dentro. Estuve haciéndole caso un buen rato. Había empezado a gemir tan fuerte que no pude evitar morder un cojín, a pesar de saber que estaba completamente sola.

Cuando finalmente terminé, lo único que eché de menos fue un cigarrillo.

10

Veintiséis de diciembre. Había logrado sobrevivir a la Navidad. Sola y sin tabaco, pues en un ataque de pereza había decidido que no me hacía falta desplazarme hasta Dingle. Me veía capaz de aprender a fumar en pipa. Podía ser mi pequeño milagro de Navidad.

Hice algunos avances, pero evidentemente no aprendí. Sin embargo, aquel luminoso viernes me levanté con el firme propósito de hacer las cosas bien. Me había zampado casi la mitad de mis provisiones en dos días, así que tendría que pasar por el súper. Luego me llegaría al estanco, desvalijaría las estanterías de paquetes de cigarrillos y también me llevaría una bolsa de picadura para pipa, pues no estaba dispuesta a dejarme ganar por una simple concha de madera con boquilla.

Me había pasado la tarde anterior elaborando listas mientras escuchaba villancicos por la radio. Tenía una "Lista de cosas que me apetecen", una "Lista de posibles negocios", otra "Lista de sitios donde me vería capaz de trabajar" y una última "Lista de cómo no me gustaría estar al cumplir los cincuenta".

La verdad era que estaban llenas de absurdidades, pero al menos tenía la impresión de haber estado cumpliendo con uno de los propósitos por los que me refugié en aquella isla. Tenía algunas ideas claras. Sabía, por ejemplo, que me apetecía que el hermano gemelo de Ryan Burke me invitara a cenar, que podía reformar mi propia granja y dedicarme al turismo rural, que me veía capaz de trabajar en un zoológico y que no me gustaría estar sola en casa a los cincuenta. Algo era algo.

Desayuné en un santiamén, me abrigué como un esquimal y salí afuera dispuesta a cumplir con mis recados. Aquella mañana alguien nos había enviado el sol equivocado. Brillaba en lo alto con fuerza helada, en un cielo totalmente despejado de nubes. A pesar de ello cogí el chubasquero. No me fiaba.

—¿Me llevas a Dingle? – pregunté al Micra mientras metía la llave en el contacto.

De haberme escuchado se hubiera partido de risa.

No arrancaba.

Insistí varias veces. Esta vez estaba segura de no haberme vuelto a olvidar los faros encendidos.

No sirvió de nada. Tosía como la última vez. Era como si se le hubiera vuelto a agotar la batería.

Golpeé el volante hasta hacerme daño mientras le dedicaba los tacos más obscenos que pude cosechar en la zona de mi memoria auditiva.

¿Por qué? ¿Por qué a mí?

Tras media hora de desespero logré calmarme y ponerme en camino. Andando. Al fin y al cabo, no podía tener tan mala suerte de volver a dar de nuevo con el tipo de la camioneta azul.

A pesar de haber empezado tan mal el día, había echado tanto de menos los rayos del sol que el paseo hasta Dingle fue de lo más agradable. Estaba tan acostumbrada a caminar siempre bajo una buena ducha que hasta se me hizo raro no tener que encoger la cabeza bajo la capucha para que el agua no me inutilizara las gafas.

En la panadería todo el mundo comentaba lo inusual de aquel tiempo. Tras aprovisionarme con mi hogaza habitual, aproveché las ganas de cháchara de la concurrencia para preguntar acerca de lo que me había parecido el rodaje de una película, en la costa, a más o menos a media hora de allí en coche.

—No se trata de una película – me aclaró una mujer de mejillas tan abultadas que parecía que se le hubiera atravesado en la boca un tarro entero de mermelada—. Están rodando un reality.

¡Vaya!

—¿Quién? –se me ocurrió preguntar con mi estilo macarrónico. —¡Quien va a ser! –contestó la mujer— ¡Los de Dublín!

Varios clientes asintieron como vacas enjauladas ante tamaña obviedad. —Los de la tele –me aclaró la dependienta.

—Vinieron por primera vez hace ya un par o tres de meses – informó alguien.

—A reconocer el territorio – apuntó un abuelo.

—Y ahora han vuelto y parece que ya están grabando –acabó la mujer del tarro en la boca.

—¿Y de qué trata? –me interesé—. ¿Es algo así como Gran Hermano?

Me constaba que aquél era un reality universal.

—Ni idea –contestó la mujer arqueando las cejas y bajando las comisuras de la boca.

Ése gesto hizo que las mejillas se le hundieran repentinamente para adentro unos segundos. Inmediatamente después volvieron a emerger a la superficie. Primero el carrillo derecho. A continuación el izquierdo. Sólo había faltado que hicieran ¡flop!

—¿Qué vamos a saber nosotros? –terció un abuelo.

—¿A quién le interesa eso? – reforzó otra.

Pues sí que eran poco dados al chismorreo. En mi pueblo habrían tenido que poner barricadas a medio quilómetro del lugar del rodaje para evitar tener que filmar por equivocación "La

invasión de los fisgones", basada en hechos reales y con personajes de lo más logrado.

—¿Alguien podría indicarme dónde puedo encontrar un taller mecánico? –pregunté aprovechando la ocasión.

Me entendieron a la primera. No hace falta decir que la pregunta me salió de manual. Era la típica frase que salía en el miniapartado de inglés para viajes que había en cualquier diccionario. En el mío, al menos, estaba tal cual.

—Al final de esta misma calle, a mano derecha –habló la dependienta en nombre de todos.

Le di las gracias y salí de la tienda. Era curioso, ya me pasaba como en casa. La mayoría de caras empezaban a sonarme de algo.

Encontré el taller fácilmente. No se diferenciaba en nada de cualquier otro taller mecánico en cualquier otra parte del mundo. Exceptuando, tal vez, que allí todos los coches llevaban el volante al otro lado. Eso sólo pasaba en cuatro países contados.

Había el típico desorden ordenado. Algunos coches abiertos en canal, otros con pinta de cansados o con alguna rueda amputada, carritos con herramientas, pirámides de neumáticos de todos los tamaños, trapos, aparatos hidráulicos, mucha grasa y nadie a quien preguntar.

Me dirigí a una especie de garita que parecía hacer las veces de guardarropa y oficina. Tampoco había nadie, pero me llegaba el murmullo de unas voces a través de una puerta entornada que debía comunicar con otra habitación.

—¡Hola! –grité.

—¡Un momento! –me respondió una voz desde dentro.

Al cabo de unos segundos entró una mujer que me cayó bien de inmediato. Tendría más o menos mi edad y vestía unos pantalones de pana bastante gastados y un grueso jersey de cuello vuelto con un chaleco butano encima. Tenía la cara algo más estrecha y pálida que yo, con unos labios que parecían pétalos de geranio y mirada intensa como la de una alimaña. Lo mejor era el peinado. Igualito al que había llevado yo durante toda mi vida antes de que Gladys me lo reformara. Le quedaba tan bien que por un momento hasta me dio pena habérmelo cortado. El moño se le tambaleaba peligrosamente sobre la cabeza cada vez que gesticulaba, que era constantemente, de forma que daba la impresión de que se movía tanto para lograr mantenerlo en equilibrio y que no se le cayera al suelo.

—Buenos días. Me llamo Carmín –me presenté—. He alquilado por un tiempo el cottage de Fiona Ó Conaill.

Mi interlocutora asintió con una sonrisa que daba a entender que sabía perfectamente quién era.

—El caso es que mi coche no arranca. Lo tengo aparcado en el cottage. Creo que es la batería.

Me hubiera gustado explicarlo mejor, pero mis nociones de inglés no daban para más. Rezaba para que con aquellos datos le bastara.

—Es un Nissan Micra, también de alquiler –se me ocurrió añadir—. Y no es la primera vez que le ocurre.

—¿Le corre prisa? –me preguntó ojeando una manoseada libreta y sin dejar de sonreír.

—La verdad es que no mucha – admití.

No podía dejar de ser sincera con una mujer que me recordaba a mí misma hacía menos de quince días.

—Espere un momento, por favor, llamaré a mi marido –dijo desapareciendo por donde había entrado.

Estupendo. Con un poco de suerte hasta me llevaban de vuelta a casa. Con que me dieran media hora para pasarme antes por el estanco y el súper me bastaba.

—Buenos días –saludó el marido.

¡Ay no!

¡Ay no! ¡Ay no! ¡Ay no!

¿Había guerra en Irlanda y yo no me había enterado? Parecía que sólo quedaba un hombre en edad fértil en todo el poblado.

—Buenos días, Mr. Burke –logré decir antes de que el suelo se me tragara por completo.

—Carmín Á Secas, ¿no es así? Me ha comentado mi esposa que parece que su coche no quiere llevarla de paseo.

La situación era increíble. Mi cara estaba pasando por toda la paleta de granates y Ryan estaba tan tranquilo. No me pellizqué porque aquello era demasiado irreal incluso como para ser un sueño.

¡Qué había hecho? ¡Dios! ¡Había besado a un hombre casado! ¡Casado con una mujer encantadora! Seguro que se lo había comentado. Durante la cena o antes de acostarse, mientras se ponían el pijama. ¡Qué vergüenza! Pero ¿no se suponía que aquel hombre trabajaba en el pub?

—Exactamente. Hace el mismo ruido que la otra vez –expliqué sin conseguir mirarle a los ojos.

—¿Hizo lo que le indiqué? ¿De qué me estaba hablando? —¿Condujo durante unos veinte minutos?

—Sí, claro. Casi una hora. —Tal vez haya que cambiar la batería –dijo dando a su voz la típica entonación de suposición que suelen dar todos los mecánicos—. Debería llamar a la oficina donde alquiló el coche. No le corresponde a usted pagar la reparación.

¿Cómo? Una cosa era llevar una conversación medianamente

sencilla con un vecino de Dingle, y otra muy distinta intentar contarle todo eso al encargado de la empresa de alquiler. Y encima por teléfono. El éxito de mis charlas con los irlandeses se basaba en gran parte en la interpretación del lenguaje corporal. ¿Cómo se suponía que tenía que hacerme entender con el tipo del Rent-a-car, por videoconferencia?

Aquellas noticias acabaron de hundirme un poco más en la miseria. Habían sido como el golpe de gracia de un martillo sobre mi cabeza. Penetré en el suelo de madera hasta el fondo.

Estaba a punto de anunciarle que pagaría la puñetera reparación pero que me pasara la factura, a ver si conseguía que me la reembolsaran al devolver el coche, cuando un ángel acudió en mi ayuda.

—Ya me ocupo yo de eso –dijo la mujer de Ryan echándolo de allí de un codazo—. Tú ve a preparar la grúa para llevar a esta chica al cottage.

Le hubiera besado las manos y los pies, pero me abstuve. Ya había hecho suficiente con besar a su marido en la boca sin su consentimiento.

Tras un par de minutos al teléfono, Erin Burke, que así se llamaba quien acababa de merecer mi eterno agradecimiento, solucionó mi gran problema.

—Puede estar tranquila. No tiene que preocuparse por nada –me tranquilizó amablemente—. Ryan la va a llevar a casa ahora mismo y traerá el coche al taller en la grúa. Seguramente mañana por la mañana ya estará arreglado. Podemos devolverle el coche o puede venir a buscarlo, como prefiera. Haga lo que haga, la factura se la pasaremos a la empresa por fax y ellos se encargarán de su pago. Usted no tiene que hacer nada al respecto. Aunque yo de usted se lo recordaría cuando vayan a cobrarle, igual consigue que le abonen un par de días.

Genial. Aquella mujer era tan buena en su negocio como había sido yo en el mío. ¿A ver si me había equivocado vendiendo las vacas y cerrando el chiringuito? ¿Y si resultaba que precisamente había abandonado lo único para lo que servía? El corazón se me disparó ante semejante amenaza de peligro. Necesitaba un cigarrillo. Me acordé de mi propósito de no regresar al cottage sin nuevas existencias.

—¿Podría pedirle a su marido que me recoja en el estanco? –le pregunté—. Me he quedado sin tabaco.

—Por supuesto –contestó Erin—. Y a ver si se pasa algún día por el pub. Mi padre creía que la iba a tener a usted como clienta habitual. No entiende cómo no se aburre de estar sola en el cottage día tras día.

Otro sol aún mayor salió de repente en algún lugar de mi interior. Se hizo la luz.

¡Ahora lo entendía todo! Si el dueño del pub era el padre de Erin, eso significaba que Ryan era su yerno. Así resultaba más fácil comprender por qué estaba en la trastienda del local la noche de mi llegada a Dingle. Igual hasta vivían allí. Seguramente su suegro le había mostrado el papelito con la dirección diciéndole: "Tengo en la barra a una mujer que no sabe cómo llegar al cottage del viejo Ó Conaill. Llévala tú que sino no llega". Posiblemente no era la primera vez que ocurría algo parecido.

Podía verlo. El bueno de Ryan había asentido con la cabeza y, tras acabar de bendecir la mesa y desear buen provecho a su amada esposa y a sus tres o cuatro hijos, había salido a la fría noche de diciembre a hacer la buena obra de la semana. Y mientras tanto yo no había podido dejar de pensar en lo macizo que estaba el irlandés en cuestión y en cuál podría ser la mejor forma de comérmelo. ¡Menudo gusanillo me habían metido dentro las locas de *Cómete a un irlandés*! La próxima vez que pensara lanzarme al ataque tendría que asegurarme bien de que la víctima estaba soltera y sin compromiso. No me apetecía para nada que luego me cayera encima la furia celta de una novia, esposa o madre de familia.

—A propósito –se me ocurrió antes de salir— ¿Sabe algo del rodaje de un reality, cerca de aquí?

—Pues claro –me sorprendió Erin—. Es un reality en tiempo real. Lo empezaron a pasar el lunes. Han enviado a un pobre periodista dublinés, totalmente urbanita, a vivir de forma autárquica en un cottage de la edad de piedra.

—¿Cómo?

Creía haberme perdido la mitad de la explicación. ¿Un reality con una sola persona? Eso no daba mucho juego, que digamos.

—Cada día, a las seis de la tarde, pasan veinte minutos de lo que le ha ocurrido a ese tipo el día anterior. Ryan y yo no nos perdemos ni un programa –confesó animadamente—. El pobre hombre lo está pasando fatal. Le han dejado unas cuantas gallinas para que al menos tenga huevos para comer, pero se le han escapado. ¿Puedes creerlo?

¿Sólo me lo parecía o se le había puesto cara de mala persona? Vaya.

—También tiene un par de ovejas —añadió—. Pero a mí me da que no van a sobrevivir a sus cuidados.

"Pobres animales", pensé. ¡Con lo dóciles que eran las ovejas! Y sino que se lo preguntaran a Fran. De no ser porque eran unas lecheras de primera y aceptaban gustosamente a huérfanos de cualquier raza y especie, no tendría ni una cabra, solamente ovejas.

Las cabras tenían muy mal genio. Y no hacían ni caso.

Era una lástima que no hubiera televisión en el cottage. La verdad era que me habría gustado verlo.

—¿Por qué no vienes esta tarde al pub? –preguntó Erin de repente—. Hemos quedado con algunos amigos para tomar unas cervezas y verlo en la pantalla grande. Será divertido.

Me quedé de piedra. Estaba segura de que ella sabía que había besado a Ryan. ¿De verdad que no me guardaba rencor por ello? Lo debía tener enamorado y enganchado hasta las trancas.

Me la quedé mirando unos segundos, calibrándola. Era una mujer abierta, segura de sí misma, capaz. Parecía sincera. Igual hasta se compadecía de mí por haber intentado ligarme a su marido. ¿Le daría lástima? Esperaba que no. Claro que la imagen de una mujer que se larga de su casa para pasar sola las Navidades en tierra extranjera era bastante patética. Se veía a la legua que necesitaba compañía. Compañía masculina, para ser exactas. Tal vez pensaba que había roto con el novio o que mi marido me había dejado por otra mujer con pechos como globos. ¡Qué rabia me daba! Hubiera querido que supiera que mi vida era mucho más interesante, que estaba allí porque para mí el futuro era como un lienzo en blanco y necesitaba un tiempo de reflexión para decidir cómo narices me apetecía colorearlo.

Eso no me lo creía ni yo, pero la idea sonaba tan bien que se me escapó una sonrisa.

—¿Eso es un sí? –interpretó

Erin.

¡Allá vamos!, dije para mí.

Igual hasta conocía a alguien interesante.

Si los amigotes de Ryan estaban ni que fuera la mitad de buenos que él, con uno me bastaba y me sobraba.

—Allí estaré –confirmé.

Entonces caí en la cuenta de que el Micra no iba a estar listo para aquella tarde.

—¿Quieres que te recoja con mi coche? –preguntó la pitonisasolucionadora de problemas.

—Venir, puedo venir andando… —empecé.

—Y si luego no te tienes en pie, ya saldrá algún voluntario que te lleve de vuelta –añadió haciéndome un guiño— ¿Qué te parece?

Perfecto.

Cuando Ryan me recogió en el estanco me sentía como la cuadrilla de los hermanos Dalton después de un gran atraco. Ya podía llover, nevar o levantarse un vendaval. Tenía tabaco por lo menos para lo que quedaba de década.

—¿Dónde vas tan cargada? – preguntó tan pronto subí a la

pequeña cabina cargada con media docena de bolsas.

—Que no te engañen las apariencias –bromeé—. La mitad de los cigarrillos son de chocolate.

Debió pensar que me faltaba un tornillo.

Llegamos al cottage sumidos en el silencio habitual. Desde luego, era hombre de pocas palabras. De hecho, en general allí el sexo masculino no era muy hablador.

"Me gustaría echar una ojeada al árbol genealógico de Fran", pensé. Seguro que tenía un tatarabuelo irlandés.

—Creo que te debo una disculpa por lo del otro día –dije antes de bajarme del asiento.

—¡Bah! –dijo quitándole importancia—. Me sabe mal por ti. Seguro que luego pasaste un mal rato. Ese hombre era adorable. Lástima que estuviera ocupado. Aunque me consolaba pensando que, al menos, estaba ocupado con alguien que se parecía un poco a mí.

Bueno, para ser exacta tenía que reconocer que Erin era una versión estéticamente bastante mejorada. Teníamos una complexión parecida. No éramos mujeres a las que gustara pasar hambre, pero ella tenía una gran ventaja sobre mí. Sus dos o tres tallas más de sujetador le iban de perlas para disimular una barriga tan bien surtida como la mía. ¡Todo lo que a ella le sobresalía el pecho a mí me sobresalía la barriga! Ella iba tan campante por ahí cuando a mí no me quedaba otra que usar sujetadores con relleno y bragas de gran altura para poder equilibrar un poco las medidas. ¿Qué íbamos a hacerle? En este mundo no todo estaba perfectamente distribuido. Pensándolo bien, que yo supiera ella sólo era dueña de un taller mecánico mientras que, en su lugar, yo tenía una granja con más de cuarenta hectáreas de terreno. No iba a ser yo quien me quejara.

Tras hurgar un poco en el motor del Micra, Ryan lo enganchó a la grúa y salió despedido hacia el hospital.

Entré en el cottage para guardar el pan y mis provisiones de tabaco. Me metí un par de cigarrillos en el bolsillo, encendí la pipa haciendo una tremenda humareda y salí a intentar fumármela afuera. No me podía permitir perder un día soleado como aquél.

Mis pasos me llevaron hasta la playa. Me senté en la arena, mirando las olas. Estaban de lo más tranquilas. Reptaban hasta mis pies con indolencia, como si tuvieran sueño. Cualquiera diría que aquello era un océano, más bien parecía un lago.

Mis pensamientos se entretuvieron en rememorar la charla que había mantenido con Erin. ¿De quién habría sido la idea de meter a un urbanita en la casucha medio derruida que había estado observando durante mi excursión forzada? ¿De verdad se le habían escapado las gallinas? Fuera quien fuera aquella persona, me daba

lástima. Con que fuera la mitad de aprensivo con los animales que los turistas de verano que de vez en cuando subían hasta la granja cargados con sus hijos para comprobar en primera persona que la leche salía de unos mamíferos llamados vacas y no de una fábrica de terta bricks, le pronosticaba un futuro de lo más negro.

Y luego estaban aquellas dos pobres ovejas. Ésas sí que iban a pasarlo mal. Esperaba por su propio bien que el dublinés en cuestión tuviera el mínimo de sensibilidad de ordeñarlas a diario, ni que fuera una sola vez. De lo contrario sufrirían lo indecible. A no ser que le hubieran dejado dos carneros, en ese caso se pasarían el día peleando. ¡Tenía que verlo!

Las horas me pasaron lentas como si estuviera esperando para una cita. "Quién sabe, igual sí que acabo consiguiendo una", pensé mientras decidía qué ropa iba a ponerme. No quería ir con mi habitual uniforme de jersey gastado y tejanos usados, pero tampoco había mucho más para elegir en el armario. ¿Cómo iba a saber yo al hacer las maletas que tendría ocasión de ir a tomar unas pintas con un grupo de irlandeses amantes de los realities frikies?

Opté por los vaqueros más nuevos y menos cómodos que tenía. Eran los que me hacían mejor culo. No podía permanecer más de media hora sentada con ellos, ya que me cortaban la circulación de las piernas de tal forma que si me descuidaba se me ponían los pies negros, pero en ocasiones especiales me permitía correr ciertos riesgos.

A continuación abrí el cajón de la ropa interior. No había ningún conjunto de sujetador y braga. Pero sí tenía piezas sueltas de color negro. Si uno no ponía mucha atención en ello, al menos no desentonaban. Escogí el sujetador con más relleno y las únicas bragas altas que no parecían ortopédicas. Luego añadí una camiseta de lycra y el jersey con menos bolas de lana que pude encontrar en el armario. Era morado, con un cuello de barca tan generoso que con sólo chascar los dedos se prestaba a dejar un hombro al descubierto.

Lo llevé todo al baño y me duché rápidamente. Al salir me di cuenta de que hacía siglos que no me depilaba las piernas. ¿Para qué iba a hacerlo? No tenía novio y, además, estábamos en invierno. Me las quedé mirando, evaluándolas. Los pelos medían ya más de un centímetro, pronto se podrían hacer rastas con ellos. Recé para que en su día hubiera metido al menos una cuchilla en el neceser. Habría jurado que lo había hecho, pero en ese momento no estaba del todo segura.

Me enrollé la toalla al cuerpo y salí disparada hasta mi cuarto. El neceser colgaba de un gancho, detrás de la puerta. Lo cacheé como si me fuera la vida en ello. Nada. Estaba vacío. Nueva carrera

hasta el baño. Uno a uno, abrí los diminutos cajones del mueble del lavabo. Parecía un agente secreto registrando un presunto piso franco para descartar que hubiera micros. Más me valía haberme llevado la dichosa cuchilla, sino ya me veía depilándome con el mechero.

En el último cajón encontré lo que buscaba. Tuve que volver a ducharme porque olía a sudor nerviosa. Me rasuré las axilas y las piernas hasta las ingles, apurándolas para que no se me saliera ni un pelo por debajo de la costura de las bragas. Luego me embadurné de arriba abajo con crema hidratante. En los lugares donde me había sacado la primera capa de dermis con la cuchilla la carne me escocía tanto que se me saltaron las lágrimas.

Me fumé un cigarrillo completamente desnuda, sentada en la taza del váter, mientras dejaba que la piel se me calmara. Luego me rocié con el desodorante y me vestí tratando de ajustar cada prenda a conciencia. Al mirarme en el espejo me pareció que el resultado era bastante aceptable. Afortunadamente, el pelo se me había secado solo y estaba impecable –esto último gracias a Gladys. Lo único que no tenía era perfume.

Daba igual. Bajé a la cocina y metí un dedo dentro del bote de la canela molida. Me espolvoreé un poco el cuello y luego lo froté bien con ambas manos, para que no quedaran restos visibles. Estaba lista.

Cuando por fin mi reloj marcó las seis menos veinte, me puse dos pares de calcetines, me calcé las botas más gruesas que tenía, cubrí mi estupendo look con otro par de jerséis, el abrigo y el impermeable y me puse en camino. Llevaba toda la vida andando por el campo y en llano avanzaba a buen ritmo. El sol había empezado a perderse en el horizonte y, aunque el frío no dejaba de insistir por colárseme por debajo del chubasquero, al menos no llovía. Llegué al pub a la hora indicada. Entrar allí era como hacerlo en la antesala del infierno. Hacía un calor casi insoportable. Empecé a sacarme capas de ropa de encima y a colgarlas en una especie de perchero al que le faltaban manos. Luego intenté localizar a Erin. Imposible. Se me habían empañado las gafas.

—¡Carmín!

Era Ryan. Había entrado detrás de mí. Me cogió de un brazo y me guio hasta una mesa del fondo. El pub estaba a reventar, por lo que me alegró pensar que en algún lugar había una silla reservada para mí. Le di las gracias a Dios por haberme desempañado parcialmente los cristales durante el atropellado trayecto, así que al llegar a nuestro destino parecía tan terrícola como cualquiera de los presentes. Erin me abrazó como si nos conociéramos de toda la vida, dio un beso rápido a Ryan y me presentó brevemente a los que

iban a ser mis compañeros de cerveza durante la velada.

—Chicos, os presento a Carmín. Saludos varios, diría que hasta en gaélico.

—Estos de aquí son Bridget y Mick…

Un rubiales bastante guapo con las medidas extragrandes de Ryan y una monada de chica con un corte a lo Cleopatra y unas curvas de escándalo… —…y aquí tenemos a Lorcan y Aileen.

…Un par de saludables campesinos irlandeses. Lo que vendríamos a ser Fran y yo en versión Atlántico Norte. Él alto, robusto y pelirrojo, con una prominente nariz que me recordaba vagamente a alguien que no supe precisar, algo retraído pero de maneras atractivas, y ella una mujer fuerte, de risa fácil y pelo alborotado. Dos hombres y dos mujeres. Y además estaba claro que estaban emparejados. Bueno. Empecé a pensar que lo más prudente sería no beber demasiado, por si luego tenía que regresar andando a casa.

—¿Dónde está Nigel? –preguntó Ryan.

—Ha salido a fumar a la terraza –contestaron Mick y Bridget al unísono antes de reírse la gracia y sellarla con un apasionado beso.

¡Qué envidia de compenetración! Estaba claro que no hacía más de uno o dos meses que salían juntos.

Pero gracias a ellos acababa de acceder a una información privilegiada. En primer lugar, había una zona para fumadores. A la intemperie, eso sí, pero como mínimo no hacía falta salir a la calle y hacer de portero mientras apurabas el pitillo.

Y, en segundo lugar, parecía que faltaba un miembro de la pandilla. No sabía qué tal estaba el tal Nigel, pero al menos iba solo. Si me caía bien, quizás aún tenía una posibilidad. Antes de que me diera tiempo de ir a pedir algo, alguien me sentó en una silla y me puso una pinta de Guinness enfrente. Era gigantesca, pero no deseaba otra cosa.

"Olvídate de lo de no beber más de la cuenta", me dije.

—¿Tienes hambre? –preguntó Erin.

Iba a contestarle que sí cuando Aileen nos cortó con un gesto de la mano.

—Sssshhhht! Callaos, que va a empezar. Tuve que golpearme la frente mentalmente. Con todos los preparativos de vestuario y la toilette que me había hecho, se me había olvidado por completo que nos habíamos reunido allí para ver el reality.

Casi tres cuartas partes de la concurrencia nos orientamos con precisión fotovoltaica hacia la gigantesca pantalla que colgaba del techo. El padre de Erin agitaba un mando a distancia con la mano desde su posición habitual detrás de la barra. Parecía que además de subir el volumen de la tele había conseguido reducir el del local.

Le bajé la espuma a la Guinness mientras salían las primeras imágenes. Se trataba de una vista aérea de la zona costera donde estaba situado el cottage. Luego vino una impactante sucesión de fotogramas, a modo de presentación del protagonista de tamaña cruzada.

Me quedé asombrada. Aquel tipo era el anti-irlandés. Sin saber muy bien por qué, había imaginado que el periodista dublinés sería algo así como Ryan, pero en una versión mucho más refinada y urbana. Un buen chico de ciudad, con un impecable tupé y un afeitado mucho más apurado que el de mis piernas, acostumbrado a las camisas lisas, a las corbatas un pelín extremadas, a fichar en el gimnasio cada dos días y a llevar los mocasines siempre bien lustrados.

En lugar de eso me encontré con un treintañero que parecía recién salido de una compañía de ballet de la postguerra. De estatura más bien mediocre, delgado –casi escuálido—, un flequillo oscuro que le comía media cara, gafas de intelectual, labios inexistentes, manos nerviosas y ropas o de mucho diseño o de muy poco gusto. O tal vez ambas cosas.

Todo daba a entender que le habían sacado directamente en helicóptero de su diáfano y lujosamente minimalista despacho de la televisión nacional para dejarlo caer en aquel lóbrego y destartalado cottage que, cómo bien había dicho Erin, parecía recién importado de la edad de piedra. La primera secuencia del programa me dejó tiesa. El dublinés, llamado Callum, hablaba directamente a la cámara al levantarse por la mañana. —¡Parece enfermo! –no pude evitar exclamar.

—Este tío no ha dormido en toda la noche –añadió alguien sentándose a mi lado.

Giré la cabeza y casi la meto dentro de la jarra de mi nuevo vecino. —Carmín, éste es Nigel –nos presentó Erin con un susurro.

Esa mujer no se perdía una. Vi como dedicaba a Ryan una mirada de complicidad. Él le devolvió el gesto guiñándole un ojo.

El tal Nigel levantó la pinta y tomó un trago a mi salud. No era ni tan grande, ni tan fuerte, ni tan rubio, ni tan guapo como Ryan. Pero tenía algo. Alcé mi pinta y le imité. La jarra era tan grande que entonces sí que tuve que meter toda la cara dentro para apurarla. Al sacarla Nigel estalló en una risa, al tiempo que me pasaba un dedo por la nariz.

—Te has puesto perdida –dijo secándose la espuma del dedo con el pantalón—. ¿Te pido otra?

Tenía los ojos algo rasgados, el pelo algo revuelto, la sonrisa algo triste. Sentí el mismo vértigo que si me hubiera asomado a un acantilado.

—Claro –contesté.

Tras preguntar a los otros, se levantó y fue hasta la barra. Le seguí disimuladamente con la mirada. Atravesaba el gentío como si estuviera desplazándose entre las piezas valiosas de un museo, diría que hasta casi con cuidado.

Volvió cargado con una enorme bandeja que depositó sobre la mesa. Cogió una pinta y me la entregó en mano. Le miré a los ojos. Me estaba mirando. ¿De verdad le gustaba? —Te lo estás perdiendo – susurré señalando la pantalla con la cabeza.

—Puedo asegurarte que no me estoy perdiendo nada –dijo inclinando un poco la cabeza. Glups. Realmente me estaba penetrando con sus ojos castaño claro. Me vino a la cabeza Richard Gere en alguna de sus mejores escenas, cuando se quedaba mirando a la pasmada chica de turno de tal forma que hasta a mí me daban ganas de levantar el culo del asiento y besarle, aunque fuera en la pantalla.

Sonreí por dentro y por fuera. Había llegado el momento de indicar a mi jersey que podía empezar a deslizarse discretamente hasta dejar un hombro al descubierto.

Dos horas y media y había perdido la cuenta de cuántas pintas más tarde, me había quitado el jersey y jugaba con Erin y Aileen a los dardos. La presencia de Nigel había conseguido que no me enterara ni de la mitad del reality, a pesar de que mis compañeros de mesa no dejaron de partirse de risa ni de hacer comentarios durante los veinte minutos que duró el programa.

Aunque era la primera vez que intentaba hacer diana con un proyectil tan sofisticado, la verdad era que no me iba del todo mal. Aileen ganaba de calle, pero ella ganaba siempre y Erin, que no era precisamente mala, me venía a la zaga. "Debe ser que me he pasado media infancia matando las horas compitiendo con Fran a tirar piedras contra los postes", supuse.

Hicimos un parón para sentarnos a comer. Nos sirvieron un estofado de carne con patatas delicioso y una nueva ronda de cerveza. Al levantarme de la mesa me sentía pesada como un mamut. Traté de meter la barriga para adentro. En ese momento eché de menos mis mejores bragas ortopédicas.

Nigel me invitó a fumar a la terraza. Salí sin haberme puesto el jersey. El frío de la noche me sentó como un sorbete de limón. Me hizo bajar la comida de golpe y quedé como nueva. Encendí mi cigarrillo y aspiré. Parecía que el cigarrillo también estaba helado. Lo sorprendente era que todavía no había empezado a tiritar. En realidad, me sentía muy a gusto, a pesar de que la temperatura debía rondar los cero grados. De hecho, cuando terminé de fumar seguí sacando humo por la boca sólo con hablar.

Me acordé del Ryan del primer día, cuando había salido del pub en mangas de camisa para llevarme hasta el cottage. Pensé que aquella insensibilidad al frío era el efecto de una mutación genética que debía afectar a casi el noventa y nueve por ciento de la población de Irlanda. Me puse a reír.

— ¿Qué te parece tan gracioso? – preguntó Nigel.

Tenía una risa tan tonta que me costó refrenarla lo suficiente como para responder.

— Me acabo de acordar de… — ¿cómo era? ¿Collum? ¿Callum? — …el dublinés del reality ése.

— ¿Qué le pasa?

— Pensaba que debe ser del uno por ciento de los irlandeses que se pelan de frío hasta en verano.

Mi acompañante puso una irónica cara de póquer. Yo me tronchaba de risa al más puro estilo borracha.

— Entremos antes de que cojas una pulmonía, valiente muchacha –dijo cogiéndome del brazo y metiéndome otra vez en el pub.

¡Menudo aguafiestas! Con lo bien que me estaba sentando a mí tomar el fresco.

Pero dentro había empezado una fiesta bastante entretenida. Un terceto de cuerda y acordeón lo daba todo en el pequeño escenario mientras el gentío se había lanzado a bailar algo completamente carente de sentido para mí.

— ¿Os apuntáis? –preguntó Erin arrastrándonos con ella.

Sólo recuerdo que me vi propulsada hacia una espiral de gente que rodaba y rodaba de una pared a otra. Desconocía qué había pasado con las mesas. Tenía la impresión de que estaban pasándoseme como una pelota de rugby. ¡Pero no podía parar! Era imposible salir de aquel bucle. Cuando ya creía que iba a perder el sentido, alguien tiró de mí y me abrazó contra una esquina.

La cabeza me daba vueltas, la sangre me hervía, la ropa me sobraba. Levanté la mirada y me encontré con Richard Gere. ¡Lo había conseguido! ¡Todo era como si estuviera dentro de una película! Entreabrí los labios para ofrecerle algo que ya hacía demasiado tiempo que tenía guardado. Fue el beso más húmedo de toda mi vida.

Por fin iba a comerme a un irlandés.

11

A la mañana siguiente no sabía dónde estaba. Una luz gris atravesaba la ventana. Pero o la cama o la ventana habían cambiado de lugar. Estiré los brazos y barrí el perímetro inmediato como si estuviera intentando dibujar un ángel sobre la nieve. Estaba sola, en una cama doble con sábanas y edredones blancos, desnuda.

Me palpé como si hubiera tenido la loca idea de que se me habían podido olvidar las gafas en alguna mesilla de noche de mi propio cuerpo. ¡¿Estaba completamente desnuda?! No. Llevaba puestas las bragas.

A pesar de lo insólito de la situación, esa última constatación hizo que me tranquilizara un poco. Me incorporé, tapándome los pechos con el plumón. De no ser porque tenía que mantener los ojos achinados para ver mejor, la escena habría sido de película.

"De película". Eso hizo que me acordara vagamente de algo. O más bien de alguien. Nigel. Mis labios recordaban haberlo besado. Aunque yo apenas recordaba nada.

Recorrí la estancia con mi miopía en su estado más puro. Había una mancha morada flotando en un rincón.

—¡Mi jersey! –grité como si alguien me lo hubiera robado.

Salté de la cama y agarré la prenda. Efectivamente, era mi ropa. Estaba sobre una butaca blanca que se confundía con la pintura también blanca de la pared. Me vestí en menos que canta un gallo y me dirigí hasta lo que parecía la puerta. La abrí con cuidado. ¡Vaya! Acababa de meterme en un armario.

Palpé las paredes hasta dar con otra puerta. Asomé la cabeza. Estaba bastante oscuro, aunque parecía que había un corredor. Iba a salir cuando escuché los típicos quejidos de una escalera de madera al ser pisada. Vacilé. Me agarré a algo que resultó ser el pomo de un cajón y me dispuse a sonreír aun sabiendo que no sería capaz de reconocer el rostro de la figura que ya se acercaba a mí hasta que no la tuviera a menos de diez centímetros.

—Buenos días –dijo Nigel besándome la mejilla.

Menos mal. Su contacto me sentó como la bajada de bandera a la inauguración del mundial de fórmula 1. Sentí cómo mi cuerpo se activaba a velocidad de vértigo.

—Buenos días –repuse.

Me moría de ganas de saber si realmente ya le había pegado

bocado a Richard Gere.

—Traigo el desayuno –informó Nigel poniéndome una bandeja bajo las narices.

Aspiré el aroma ya de por sí nutritivo de unos huevos con beicon.

—¿Dónde están mis gafas? –dije haciendo un inciso patético pero necesario.

—Las dejé en el cuarto de baño. Perdona.

Me dejé guiar de nuevo hasta la habitación. Me senté en la cama mientras Nigel dejaba la bandeja en algún lugar y desaparecía de mi risible campo de visión para reaparecer al cabo de un segundo con mi bien más preciado.

—¡Gracias! –suspiré al recuperar la visión.

Era como pasar de mirar la televisión en blanco y negro, con interferencias y desde otra habitación a plantarse a dos metros de una pantalla de cristal líquido y plena definición. Al ajustarme las gafas, el objeto más tonto se mostraba ante mí con el lujo de colores y detalles de un documental de National Geographic.

Di un vistazo a mi alrededor. Estaba en un cuarto monocromático. Paredes, cama, armario y hasta cortinas eran blancos. Pero todo tenía aquella densidad y aquel aplomo que suelen tener los artículos de lujo.

La decoración era casi inexistente. Había una mesa pequeña con un par de sillas tapizadas, un espejo de cuerpo entero que parecía estar montando guardia en su pared y una repisa con unas cuantas velas. Nada más.

—Son las diez de la mañana. Tendrás hambre ¿no? –preguntó Nigel.

Dirigí mi radar hasta la bandeja del desayuno. Los huevos con beicon humeaban. También había tostadas, un cuenco con frutos rojos, café y unos tubos de colores que no sabía muy bien qué contenían. ¿Quizás algún tipo de mermelada? La visita al súper me había dejado claro que las presentaciones de los alimentos podían llegar a cambiar mucho de un país a otro.

—En mi casa hay una norma… —empezó él.

—¿Sí?

Estaba más guapo de lo que recordaba. Y me lo veía venir.

—Se desayuna en la cama. Sonreía sin dejar de mirarme. Mi mente trabajaba sin descanso. ¿Me lo había tirado? De ser así me daba una rabia tremenda no acordarme lo más mínimo. Pero además, saberlo me habría ido de fábula para tener clara cuál debía ser mi pauta de comportamiento a partir de entonces. Tenía que saber si decantarme por el explosivo modelo "desayuno desinhibido" o por algo un poco más recatado.

Le miré. Los platos se estaban enfriando y yo me sentía cohibida. —Anoche te quedaste dormida en el coche.

Mi mente agradeció la información.

—¿Eso significa que tú me quitaste la ropa?

—Te dejé en la cama tal cual, pero al cabo de unos minutos te levantaste para informar al vecindario que tenías que ir a comerte no sé qué plato irlandés. Y por lo visto eso era algo que tenías que hacer desnuda, porque empezaste a tirar la ropa por ahí…

¡Horror!

—…Hasta que entré y te metí en la cama. Te quedaste frita al instante. Sin saber por qué, empecé a reírme.

—Bueno, al menos te quedaron las bragas.

Nos reímos los dos.

—¿Podemos saltarnos la norma por un día? –pregunté de repente. Meterme con él en la cama a comer huevos fritos me parecía algo forzado. Amén de incómodo. No era que no tuviera ganas de volver a besarle, todavía se me encendían los labios sólo con rememorar el beso que nos dimos en el pub. Pero recién levantada, sin haber pasado por la ducha, en aquella habitación tan blanca y a plena luz del día… "¡Y con la boca pastosa!", añadió alguien que no era yo desde mi interior. ¡Faltaba la carga de magia de la noche pasada!

—Te lo cambio por una cena. Esta noche, aquí en mi casa. Cocino yo.

Los hombros se me relajaron al instante.

—Trato hecho –dije reventando una yema medio cuajada con una tostada.

Media hora más tarde dejé a mi cita recogiendo los platos y fui hasta el taller mecánico. Era sábado, pero abrían hasta el mediodía. El Micra estaba aparcado como un buen chico en la acera de enfrente, con la llave en el contacto.

—Tienes muy buen aspecto – saludó Erin en cuanto entré en la pequeña oficina.

—Es que caí frita en el coche y he dormido de un tirón toda la noche – me apresuré a informarla para cortar de raíz cualquier conjetura.

—Nigel es muy amable –insinuó

Erin.

—Sí, mucho.

—Fíjate que ayer quería llevarte hasta el cottage –dijo controlando una sonrisa—. Pero, claro, tu insististe tanto en que querías ir a comer no sé qué en su casa…

Nunca antes había hecho tanto honor a mi nombre. Me cogí la cara con ambas manos mientras me moría de vergüenza.

—¡No! –exclamé mientras miraba a Erin como habría mirado a mi mejor amiga— ¿Sí? ¿De veras dije eso?

Erin asentía con todo convencimiento. Empezó a reír. Me dejé caer en una silla, sin poder parar de reír con ella.

—¡No es posible! –casi imploré. —Es un tipo muy agradable y parece buen cocinero. Yo te comprendo. Me dolían los abdominales de tanto reír.

—Para, Erin, para ya…

—Bueno, así ¿qué? ¿Nada? – inquirió en cuanto pudo calmarse un poco.

Negué con la cabeza.

—Pero me ha invitado a cenar esta noche.

—Eso significa que le gustas… Aunque tú no debes estar buscando algo serio, ¿verdad?

En aquel momento Ryan hizo ademán de entrar en la oficina desde el taller. Su mujer lo echó con un gesto.

—Largo de aquí. Ésta es una charla de chicas.

Desapareció como habría hecho Troy si no hubiera tenido cola.

—Nigel es un buen tipo –admitió Erin—. Aunque un poco rarito, por eso las novias no le duran nada.

Me quedé estupefacta. ¿Qué había querido decir con eso de rarito?

—¿A qué se dedica? –le pregunté para tener algo más de información.

Inmediatamente después caí en la cuenta de que había besado a un tío sobre el que no sabía nada, salvo su nombre de pila, su nacionalidad y el hecho de que fumaba.

—Es médico.

¡Corcho!

—Cirujano plástico –añadió Erin en tono confidencial.

¡Joder!

¿Por qué entre todos los millones de ocupaciones posibles que existían tenía que tocarme un cirujano plástico? ¿No podía haber sido mecánico, como Ryan? ¿O bombero, carcelero, callista, gladiador? Me habría importado un pimiento que fuera dependiente en una tienda de ropa para mascotas, o hasta fabricante de rulos y bigudíes. Pero ¿cirujano plástico? ¿De veras? ¿No podía por lo menos haber tenido la decencia de especializarse en neurocirugía? ¿O en cirugía del bajo vientre? ¿O de la Alta Sajonia?

¿Con qué careto se suponía que iba a desnudarme delante suyo? Eso era algo imposible. Seguro que padecía de deformación profesional congénita y analizaba cada centímetro de grasa de más que había en mi cuerpo. Era evidente que se daría cuenta de que uno de mis pezones estaba algo más arriba que el otro. Nadie se

había dado cuenta antes. Pero él sí lo haría. Igual hasta se pensaba que me había microtatuado los labios y que por eso no se me había corrido el pintalabios después de estar comiéndonos la boca un buen rato en aquella maldita esquina del pub.

Entonces recordé algo que me llevó a mecerme mi pobre melena hacia partes inauditas. ¡Pero si ya me había visto desnuda! Seguro que ya se había anotado mentalmente lo del pezón. Igual hasta había empezado a buscar un hueco en su agenda para practicarme una liposucción. O dos. O un montón.

¡Cielo santo!

—Dime que está en el paro – rogué a Erin—. O que lo echaron del colegio de médicos y le quemaron la licencia para ejercer porque todas sus novias pesaban más de ciento setenta quilos.

Erin me miraba como si no acabara de comprender.

—¡Ayúdame! –imploré.

—¡Estás loca de atar! –dijo levantando la voz incluso más que yo—. ¿Puede saberse qué te pasa?

—Que ¿qué me pasa? –no me lo podía creer—. ¿Tú te acostarías con un cirujano plástico? Eso sería como pedirle a un gusano que se acostara con una cigüeña. ¿Tengo que explicarte cómo acaba la historia?

—Ya lo he hecho.

En aquel momento era yo quien no comprendía nada.

—¿Qué has hecho?

—Acostarme con un cirujano plástico.

La cosa iba de mal en peor. —¿Nigel?

—Fue mi primer novio —asintió

Erin sin dejar de sonreír—. Aunque a decir verdad todavía no era cirujano. Estudiaba medicina en Dublín, pero siempre regresaba en vacaciones. Lo nuestro fue un romance de verano.

¡Ah!

—¿Y?

—Pues nada –dijo quitándole importancia al asunto—. Es un tipo bastante normal.

—Antes has dicho que era rarito –ataqué.

—Bueno, es que tiene algunas particularidades, pero nada muy fuera de lo común.

Ya.

—Y ¿dónde trabaja? Porque no he visto yo a mucha clientela potencial por aquí.

—Vive y trabaja en Cork, pero viene a menudo los fines de semana. Su madre todavía reside en el pueblo.

Claro. La casita de la habitación monocromática. Daba gracias por no haberme tropezado con la abuela en un pasillo.

Aquello significaba que no sólo tenía una cita con un cirujano plástico con particularidades, sino que encima la cita era en casa de su madre. ¿Qué iba a preparar mi anfitrión? ¿Una cena para tres? ¿O mandaría a su madre a encerrarse y estarse calladita en su habitación? ¿O se escucharía la cháchara de una tele de fondo o una voz al teléfono mientras él me quitaba el sujetador?

Aunque había algo que podía ser mucho peor. Algo catastrófico. Acababa de ocurrírseme el uso que pensaba dar el cirujano a aquellos tubos de mermelada que había subido a la habitación, junto con el desayuno. Ya podía verle untándome la piel con ese mejunje de la forma más inocente, en plan rotulador. Al fin y al cabo, se trataba de un juego erótico como cualquier otro. O al menos así solía ser en condiciones normales.

Seguro que me dibujaría un corazón por aquí y unas flechas por allá, luego unas alas de mariposa, unas rayas, medias lunas… Y cuando menos lo esperara me plantaría delante del tremendo espejo de pared —que para eso estaba allí colgado— y me mostraría todas las posibles mejoras que un poco de cirugía plástica podrían proporcionarme.

Habría mermelada de grosella alrededor del pezón desubicado, dos sonrisas de fresa justo por debajo de mis tetas, por donde seguramente tendrían que embutirme las dos pelotas de silicona que ya tenía encargadas, un poco más en el lugar exacto donde había desaparecido mi cintura, en la parte interna de los muslos o incluso hasta en el puente de la nariz, justo donde el doctor me había quitado los restos de espuma de la Guinness la noche anterior.

A eso debía estar refiriéndose Erin al mencionar que era rarito. Pues claro, ¿a qué, sino? Pensándolo bien, ¡menuda particularidad!

"Deja de imaginar gilipolleces", intercedió un atisbo de sensatez. Pero es que no podía evitarlo. Me sentía exactamente igual que el día de la muerte de mamá. Era como si mi auténtico yo fuera un planeador al que hubieran elevado cien quilómetros por encima de mí. Podía ver como descendía a cámara lenta, trazando disparatadas piruetas, intentando vencer su propio espíritu para caer en picado y estrellarse de una vez por todas.

"¿De veras quieres eso?", preguntaba la hija de mi madre dentro de mí. "¿Para eso has venido hasta aquí?". —¿Te encuentras bien? –preguntó Erin—. Te has puesto pálida.

Me la quedé mirando como si fuera una aparición. Me di cuenta de que aquella mujer era una completa desconocida para mí. En realidad, todo a mi alrededor era completamente desconocido. Una semana antes ni sabía que aquel pueblo de mala muerte figuraba en el mapa. Erin, Ryan, Nigel y sus amigos formaban parte de otro mundo, un mundo en el que me había colado como una mosca en

un rodaje.

Me sentía desubicada y había algo que no podía sacarme de la cabeza. Todo aquel cúmulo de pensamientos, ése cambio de rumbo de mis sensaciones, ¿todo eso era debido a que acababa de enterarme de que Nigel era cirujano plástico? Parecía increíble. Era algo incomprensible. Me daba miedo pensar que si hubiera sido verdulero en ese mismo instante me estaría anotando mentalmente que tenía que lavar a mano mis únicas bragas decentes para poder usarlas otra vez aquella noche. Eso parecía de un nivel de superficialidad de cinco estrellas. No me tenía por una mujer insegura, entonces ¿por qué mi cerebro acababa de decidir por mí que no acudiría a la cita? ¿Qué era lo que me estaba pasando?

—Creo que no me encuentro demasiado bien –me disculpé ante Erin—. Dile a Nigel que no cuente conmigo esta noche, por favor.

—¿Cómo?

Algo debía pasarle a mi inglés cada vez que pronunciaba una frase inesperada, porque siempre la tenía que volver a repetir.

—Me voy a casa –dije recogiendo mis cosas.

Atravesé el taller y salí a la calle. Me quedé parada en la acera, con la vista perdida más allá de las alegres fachadas de colores que había enfrente. No sabía lo que tenía que hacer.

—¡Puedes llevarte el coche! – me ayudó Erin desde la oficina—. ¡Ya está arreglado!

Abandoné el pueblo en un estado emocional bastante crítico. Conducía con las lágrimas pegadas a los ojos y el cigarrillo a los labios. No me lo sacaba ni para respirar. Me lo fumé de un tirón, como si alguien me hubiera pulsado el botón de la respiración continuada, y me sentó como un tiro en la garganta.

Llegué al cottage en el doble de tiempo habitual. Debía haber estado conduciendo agarrada al volante como a un salvavidas y con la cabeza incrustada al parabrisas, igual que un abuelo con cataratas. Aparqué el Micra en un socavón y me metí en casa.

Fue cerrar la puerta y empezar a llover. Otra vez. Empezaba a estar harta de tanta lluvia. Y encima parecía que me había mudado a vivir en una nevera. Pero al menos aquello me propinaba la excusa perfecta para hacer algo que no fuera pensar.

Preparé y encendí la chimenea y puse agua a calentar. Tenía que ir secándome las lágrimas con el antebrazo cada tres segundos. Llené dos tazas con varias cucharadas de café soluble y azúcar, les añadí agua hirviendo y me las llevé al baño. Allí abrí el grifo de la bañera y dejé que el nivel de agua alcanzara su máximo histórico antes de sumergirme en ella con tanta esperanza que de haber padecido la lepra creo que me habría podido sanar.

Me tomé los dos cafés, uno detrás del otro, y estuve fumando a

un ritmo mucho más aceptable que el del coche hasta que la temperatura del agua bajó tanto que se me puso la piel de gallina. Al salir casi me daba lástima. Tenía los dedos arrugados, los labios resecos, la cara hinchada. Parecía un pollo desplumado.

Me puse el pijama y bajé al salón. Añadí unos cuantos leños al hogar, calenté un vaso de leche, le obligué a aceptar medio paquete de galletas y me enrosqué en el sillón.

El fuego había cogido tal envergadura que al cabo de unos minutos ya me sentía arder. Alejé el sillón de un culazo y estuve comiendo y reflexionando largo rato. La lluvia ponía la banda sonora. ¡Lo que hubiera dado por tener a Troy a mis pies! Lo habría tolerado con gusto hasta en mi regazo. Cómo lo echaba de menos. Y también echaba de menos mi casa, mis cobertizos, mis tierras, mi paisaje. Hasta a mis vecinos. ¡Hasta a Fran!

Movida por un impulso del momento cogí el teléfono y lo llamé. Otra vez.

Saltó el contestador. ¡Maldición! La voz nasal de una operadora indicó que el teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura en aquellos momentos. Si quería podía dejar un mensaje tras escuchar la señal.

¿Lo quería?

Colgué.

Un segundo después lo volvía a llamar. Me tragué pacientemente el palique de la operadora y esperé hasta que dio la señal.

—Hola. Soy Carmín. Quería saber cómo está Troy –hice una breve pausa totalmente involuntaria—. Le echo mucho de menos –nueva pausa—. Llámame cuando puedas… o ya llamaré yo más tarde. Adiós.

Colgué pensando que aquel mensaje era lo más penoso que mi boca había formulado en mucho tiempo. Me sentía como si hubiera estado pidiendo caridad.

Para quitarme el mal cuerpo me llevé la pipa y una cerveza al sofá que había frente al ventanal. La lluvia caía como una catarata gris sobre el mar, removiendo y encrespando su superficie. Daba la impresión de que en lugar de penetrar en ella estuviera intentando arrancarle al alma a jirones. Había tan poca luz que parecían las seis de la tarde. Y encima allí estaba yo con mi pijama para corroborarlo.

Pero era sábado por la mañana. Llevaba en Irlanda algo más de una semana y todo lo que había conseguido era redactar unas cuantas listas llenas de despropósitos, intentarme ligar a un tío casado y ponerle mi cuerpo en bandeja a un cirujano plástico. Si al menos hubieran estado allí las chicas de Cómete a un irlandés, el

sólo hecho de poder compartirlo con ellas habría resultado hasta divertido. Pero ellas estaban donde debían estar por esas fechas, en sus casas, con sus familiares. ¿Qué podía hacer yo? Mi madre había muerto no hacía ni quince días. De no haberme marchado de allí, habría pasado las Navidades encerrada en casa, sola, sin ni tan siquiera animales que cuidar, excepto Troy.

"Eso es mentira", rectificó mi conciencia. Cierto. Lo más seguro era que Luisa no lo hubiera permitido. Habría enviado a Fran a buscarme para bajarme a rastras a comer con ellos cada día. Porque en un mundo ideal ni yo me habría largado a otro país ni ellos se habrían mudado a pasar el invierno en la cabaña del abuelito de los Alpes.

Había seguido mi insensato instinto y me había fugado a Irlanda. Por primera vez en mi vida estaba en otro país. Pero la verdad era que no habían cambiado muchas cosas. La gente parecía distinta, hablaban otro idioma, desayunaban el doble de lo que yo podía meterme dentro un mediodía cualquiera y bebían cerveza negra en lugar de vino tinto, pero en el fondo siempre acababan haciendo lo mismo que hacían mis propios vecinos. Tenían sus negocios, buscaban emparejarse, se juntaban con los amigos para divertirse… Había quienes incluso habían conseguido titularse como cirujanos plásticos.

Apoyé la frente en una mano y me escondí de mi propia mirada. Menuda vergüenza pasaría la próxima vez que me encontrara a Nigel por la calle. Con el carnaval de endorfinas que había activado en mi cuerpo su tórrido beso parecía una locura que ahora no tuviera ni ganas de verle. Pero no las tenía. Ya me había sentido rara al levantarme en su casa –en casa de su madre, para ser exacta – por la mañana. No podía negar que el hombre tenía su atractivo, pero en aquellos momentos la sola idea de acostarme con él me parecía inconcebible. Era como si los dos hubiéramos sido atraídos el uno hacia el otro por un imán interior de la medida de la Torre Eiffel y que de repente alguien hubiera puesto el mío del revés. Mi nuevo polo lo rechazaba hasta sin querer.

Apuré la botella de cerveza, rellené la pipa y me acerqué a los cristales. Estaba cayendo la del pulpo. Las olas se levantaban como sábanas para dejarse caer como avalanchas. Menudo temporal. Seguro que cada condenado irlandés estaba refugiado cómodamente en su casa, con su familia. O eso o con sus colegas en el pub, que seguía la política eclesiástica de acoger a cualquiera en su seno.

Me sentía la única pringada de la península de Dingle. A mi izquierda la playa se difuminaba en una mancha vaporosa parecida a la que dejaba un mago tras su desaparición. Al otro lado había una nube alargada incrustada en el acantilado. Parecía una avioneta

empotrada contra la roca.

De pronto me acordé de que no estaba sola en ese trance. Había otro pringado. De hecho, ése estaba incluso en peor situación que yo. Se llamaba Callum y dudaba mucho que su cottage tuviera circuito cerrado de calefacción. Además, según las explicaciones de Erin, que se empollaba de cabo a rabo toda la prensa cotilla de la nación, sábados y domingos no se emitía el programa. Los equipos de rodaje regresaban a Dublín a emborracharse y a dormir la mona. El pobre Callum se quedaba solo en su chabola y lo único que hacía era grabarse con un vídeo doméstico unos minutos por la mañana, al despertar, y luego otra vez por la noche, antes de meterse en la cama. Lo emitían en un pequeño resumen cada lunes.

Pobre hombre. Según radio macuto, ese exilio público era el castigo que le habían infligido instancias superiores por haber fracasado en algunas negociaciones. Por lo visto, había dejado escapar un fabuloso contrato para emitir una exitosa serie policíaca norteamericana que sí se llevó el canal de la competencia.

Después de eso, su jefa –a la que Erin describió como una especie de Meryl Streep en "El diablo se viste de Prada"— le había ofrecido tres opciones: la posibilidad de trasladarse a otro despacho más íntimo equipado con toda la tecnología necesaria para practicarse el harakiri, una patada en el culo junto con una carta de recomendación para que no volvieran a contratarle en la televisión ni para apagar los focos o la alternativa de mantenerse en plantilla con la única condición de protagonizar un nuevo formato de realities. Si lograba sobrevivir a los tres meses previstos de rodaje, podría recuperar su antiguo puesto de trabajo. Si abandonaba antes de tiempo, ya le tenían reservado un puesto de botones en el hall.

Aunque la primera opción era de lo más tentadora, finalmente Callum estampó su firma en la tercera columna sin pensar siquiera que aquello era como lanzarse a caminar sobre el tablón.

Et voilà. Ahora ese hombre se encontraba purgando sus terribles pecados a media hora hacia el oeste de mí. No estaba tan solo como yo, porque al menos tenía un par de ovejas y media docena de gallinas con él, pero sí más fastidiado. Aunque, pensándolo bien, seguramente a él le importarían un comino los animales. Estaba claro que le daban miedo. Si no se había atrevido a ordeñarlas, seguro que las ovejas ya le habían cogido mastitis. Les dolerían las ubres hasta un punto insoportable y se habrían liado a dar cabezazos a diestro y siniestro. Dado el lamentable estado del cottage, no me hubiera extrañado que hasta lo derribaran. Mientras no le cayera una pared encima al dublinés... Las piedras con las que estaban hechas aquellas construcciones eran tan duras como sus históricos moradores.

Una llamada entrante en el móvil me sacó de una sacudida de mis pensamientos. Me precipité sobre el aparato como si fuera una presa escurridiza a la que quisiera dar caza.

—¡Diga!

No me había dado tiempo ni de mirar quién era.

—¿Carmín? Soy Fran.

Me dejé caer en el sofá con un escalofrío de placer.

—Hola. ¿Qué tal va todo por el Reino de las Nieves?

Me pareció escuchar un atisbo de sonrisa.

—Hemos regresado a casa. No tenía sentido seguir allí arriba.

Me quedé patitiesa. ¡El orgulloso pastor había reconocido un error! Aquello suponía toda una novedad.

—Vaya. Pero supongo que si yo también regresara antes de lo previsto volverías a largarte, ¿no?

Qué mala era. ¿Por qué siempre le obligaba a sacar lo peor de sí mismo conmigo?

—Te equivocas. Supongo que me alegraría.

¡Diablos! No había picado el anzuelo. Y encima estaba mostrándose de una forma peligrosamente amable.

Sus últimas palabras me habían dejado turbada. Me erguí en el asiento, con las piernas cruzadas a lo indio, tratando de adivinar el porqué de semejante cambio de actitud. ¿Se había fumado la lana de las ovejas? ¿Había tenido una experiencia mística paseando en solitario por la cima de una montaña? ¿Había estado psicoanalizándose con el perro?

¡El perro!

—¿Cómo está Troy? –pregunté para escurrir el bulto.

—Igual que cuando lo dejaste —contestó tras un soplido que solamente podía ser de decepción.

—¿Y tu madre?

Estaba claro que mis preguntas no hacían más que alargar desesperadamente la agonía de una charla a la que yo misma había apuñalado.

—En la cama, con neumonía. —¿Qué? –exclamé alarmada. Me sentí como si acabara de anunciarme que la enferma era mi propia madre. Lo primero que me pasó por la cabeza fue que yo no estaba allí para poder ayudar con lo que hiciera falta. —Tranquila, el médico ha dicho que se va a recuperar, pero va a tener que hacer reposo unos días.

Me carcomía la impotencia, pero aun así sentí como si un tremendo nudo se acabara de aflojar en mi interior. Por primera vez conseguí empatizar con él y sacar mis palabras del corazón y no de la bolsa del sarcasmo o de las dobles intenciones. —¿Ha enfermado allí arriba? – pregunté sin ningún ápice de malicia en mi voz.

Conocía a Fran y me habría sabido fatal que se culpabilizara por ello.

—Sí.

Era el monosílabo más pesado de la historia.

—Lo siento.

No sabía qué más podía decirle. Me habría gustado abrazarlo un buen rato. Y si trataba de quitarle importancia al asunto acabaría colgándome el teléfono.

—He sido un egoísta —admitió—. Y un imbécil. Arrastrándola detrás de mí de aquella forma. Nunca podré perdonármelo.

¿Qué había pasado con el Fran que yo conocía? ¿El que me hacía hervir la sangre sólo con abrir la boca? Era como estar hablando con otra persona completamente distinta.

—No digas eso –le recriminé.

—Podría haberla matado. ¡A mi propia madre!

Parecía desolado.

—Pero no lo has hecho. Has actuado de la mejor manera regresando a casa. Ya verás como se va a recuperar enseguida. Luisa es una mujer muy fuerte.

Enlazaba frase tras frase casi sin pensar. Quería transmitirle la certeza que acababa de descubrir en mi interior de que todo volvería a ser como antes, de que todo se solucionaría y seguiría igual. ¿Acaso yo no deseaba eso mismo? Me hubiera tranquilizado saber que sí. Pero para mí las cosas ya nunca serían iguales. Había acabado con el negocio de la granja. Mi madre ya no estaba. Y ni tan siquiera huyendo a dos mil quilómetros de distancia conseguía tomar la perspectiva suficiente como para saber qué hacer con mi vida. —Gracias.

Titubeé unos instantes antes de añadir algo.

—Me gustaría estar aquí para ayudar.

—Ya.

Había algo de decepción y de abandono en su forma de decir "ya". Sólo con escucharlo se me marchitaban los glóbulos blancos.

—Te echo de menos –dije mientras mi corazón me daba un susto de muerte al poner en práctica su primera voltereta.

¡Me había salido solo!

A continuación hubo un silencio de cuatro tiempos. Creí que se había cortado la línea.

—¿A mí?

—A Troy también, por supuesto –añadí algo nerviosa, quitándole importancia al asunto.

Silencio.

Mi pecho parecía la fragua de Vulcano. Aspiré una bocanada de aire irlandés.

—Pero más a ti –aseguré al expirar.

Mi voz había sonado como un susurro. Inmediatamente se me inundaron los ojos y empezaron a rodarme por las mejillas unos lagrimones tan calientes que pensé que me abrirían surcos en la piel.

—Cuídate, Carmín.

Y colgó.

Me quedé petrificada. Creo que hasta se me pararon las lágrimas. ¿De verdad había tratado tan mal a ese hombre que aquella última confesión le había provocado un ataque agudo de indiferencia absoluta? En otro tiempo me habría enfadado con él, pero en aquel momento era incapaz de hacer tal cosa. La veracidad de mi revelación y la intensidad de mis sentimientos me habían sorprendido de tal forma que ni tan siquiera podía plantearme estar cabreada con él.

Me quedé ensimismada en el eco de mis propias palabras. Era cierto, lo echaba terriblemente de menos. Era como si llevara largo tiempo echándole de menos sin apenas haberme dado cuenta de ello y toda aquella añoranza se hubiera ido acumulando y compactando como en un bidón de nitroglicerina en algún recóndito lugar de mi interior. Sin saber exactamente por qué, ahora acababa de explotar. Mi cuerpo se vio sacudido por una multitud apabullante de sentimientos encontrados. Volvieron las lágrimas. Mi tristeza empezaba a parecerse demasiado a la caprichosa climatología irlandesa. Creo que estuve en el sofá por lo menos hasta media tarde, a ratos llorando, a ratos durmiendo, maldiciéndome constantemente por no haberme dado cuenta antes de la profundidad con que estaba arraigado en mi interior el cariño que le tenía a ese hombre.

¿Sólo cariño? ¡Sería mentecata! Me sentía como un oso saliendo de una larga hibernación. La luz de la tarde se me metía en los ojos como un alfiler. Tenía los miembros entumecidos, la boca seca, el estómago vacío. La cabeza me daba vueltas. Lo único que parecía haberse reiniciado a la vida con brío era mi corazón. Latía como el de un recién nacido, como si alguien le hubiera pisado el acelerador, y hacía que todos mis sentidos cosquillearan como si se hubieran visto atacados por un enjambre de avispas.

Me levanté del sofá movida por un deseo irrefrenable de moverme. ¡Tenía que hacer algo! Acababa de darme cuenta de que, a pesar de no saber exactamente lo que quería hacer con mi futuro, tenía muy clara una cosa: ¡quería hacerlo con Fran! Ese sólo pensamiento hacía que me saliera una risa nerviosa por la boca. ¿Me habría vuelto loca?

Me puse a ordenar los cojines del sofá. Doblé y desdoblé las

mantas varias veces. Limpié a fondo la pipa y reordené los cigarrillos en sus cajetillas. ¡No podía estarme quieta! ¿De verdad quería a ese hombre? Pues sí, parecía que lo quería. Era mi vecino de toda la vida. El pastor. Sus ropas olían a rebaño, pero su piel era como una mata de romero. No me apetecía pasar el rato con Ryans, Nigels o cualquier otro tipo, fuera o no irlandés. Quería regresar a casa, excusarme con Fran por haber sido tan tonta, por haberle hecho bailar la cabeza, por haberme comportado como un atolondrado petardo sin rumbo ni propósito.

Decidí llamarle otra vez. Cogí el móvil entre las manos y me lo llevé a la frente, como si estuviera preparándome para rezar. ¿Qué iba a decirle? Acababa de dejarle muy claro que lo echaba de menos. ¡Eso era toda una declaración! Pero se la había tomado como todas mis estériles insinuaciones, como otra de mis fantasmadas. Todavía podía recordar la última vez que nos habíamos visto, cómo me había contoneado como una cobra al subir las escaleras hacia él, para luego caer presa del pánico más absoluto y echarlo de casa casi a patadas. Me sofocaba con sólo rememorarlo.

No. Estaba claro que lo que tenía que decirle no podía hacerlo por teléfono. Debía ir a encontrarlo, mirarle a los ojos y hacer las cosas bien, al menos por una vez.

Pero no quería precipitarme. Luisa estaba enferma y yo me había comprometido conmigo mismo y con las chicas de Cómete a un irlandés a permanecer en Irlanda hasta la fecha de regreso que figuraba impresa en mi billete de avión. No era el momento de largarme.

Hubiera dado una pierna por regresar inmediatamente, pero había algo dentro de mí, una suerte de segunda conciencia, que me repetía segura y serenamente que si quería que todo saliera bien tenía que ser paciente. Debía esperar a que llegara el momento para dejar hablar a mi corazón. Creía que solamente así sería escuchado y comprendido.

Esa especie de certeza intuitiva me sentó como un ansiolítico. Sabía qué era lo que tenía que hacer, por dónde tirar. Que mi futuro laboral fuera más incierto que el lugar exacto donde caería la próxima granizada era algo que de repente había dejado de preocuparme. Seguro que a su debido tiempo ya se me ocurriría algo.

—¡Qué optimismo! –dije sin poder dejar de sorprenderme.

Mientras tanto, sabía lo que no haría. Lo que no quería hacer ningún otro día de mi vida: malgastarlo. Perderlo comiéndome el coco. Resolví que el resto de mis vacaciones en Irlanda lo aprovecharía haciendo cosas útiles. ¿Cómo? No tenía ni idea, pero

toda mi vida había sido una mujer de acción, una activa mujer de campo. Por fuerza tenía que haber algo que yo pudiera hacer en el país de los tréboles y de las ovejas.

Por de pronto, me vestiría y me llegaría a Dingle. Le debía una explicación a un cirujano plástico.

El pub me recibió esa tarde de sábado con su caluroso abrazo habitual. Estaba bullicioso y abarrotado, como casi siempre, pero aquella vez no me había pillado desprevenida. Fui deshaciéndome de capas y más capas de ropa hasta quedar con un ligero jersey de algodón.

Me llegué a la barra. Allí estaba el suegro de Ryan, tranquilo y perpetuo como siempre. Me saludó como a una paisana y le pedí una cerveza. Seguro que le reconfortaba comprobar cómo su vaticinio de que acabaría por volverme una clienta habitual se iba cumpliendo.

Barrí el local con la mirada mientras esperaba mi bebida. La mayoría de caras ya me eran conocidas, pero no había ni rastro de mis recientes amigos. Consulté mi reloj. Marcaba las siete y cuarto. Tal vez era sólo cuestión de esperar un poco. Me llevé la pinta a una mesa que acababa de quedar libre y traté de relajarme y de disfrutar de la música.

Aquella tarde había un guitarrista. Tomando en cuenta que me encontraba en el país de las flautas y los violines aquello representaba toda una novedad. Se trataba de un chico algo más joven que yo. Rondaría los treinta. Un buen ejemplar de candidato para entrar a formar parte de un club tan selecto como Cómete a un irlandés. De anchas espaldas, como la mayoría de sus vecinos, manos que parecían estar acariciando las cuerdas, pelo ensortijado y una interesante barba de una semana en un rostro que destacaba del resto de rostros pálidos por un atractivo bronceado. ¿Cómo lo haría? ¿Iría a los rayos UVA? No estaba segura de si me habría asombrado más que aquel tipo fuera a tomar el sol en un centro de estética o que la tecnología de los rayos UVA hubiera llegado hasta aquel remoto lugar de la costa oeste de Irlanda.

—Carmín, tienes un problema – me dije.

Empezaba a darme cuenta de que valoraba a los hombres con los mismos criterios con los que evaluaba a una cabeza de ganado. Y eso no podía ser algo bueno. Además, ¿no se suponía que por fin había tenido un acceso privilegiado a la cámara secreta de mis propios sentimientos? ¿No acababa de decidir que mi deseo de estar con Fran era el único de mis deseos sólidamente fundado? ¿La única seguridad sobre la que en aquellos momentos se sustentaba mi vida?

Sí. Lo creía. Pero también me daba cuenta de que las cosas se

veían muy distintas encerrada en un cottage, frente a una playa desierta y bajo los efectos de una tromba de agua, que en un animado pub lleno de caras amistosas, con una Guinness en una mano y un montón de nuevas posibilidades en la otra.

Vacié el vaso pensando que era la persona más inconsistente del planeta. ¿Cómo era capaz de producir semejantes pensamientos? ¿De veras creía eso? ¡Por supuesto que no! ¡No, no, no y mil veces no! De haber tenido a Fran allí enfrente me hubiera levantado de la silla como movida por un resorte y le hubiera saltado encima abrazándolo como un koala.

Se habían librado muchísimas batallas emocionales dentro de mí –y a escondidas de mi conciencia– antes de poder llegar a la conclusión de que lo que yo quería era estar con él. Entonces ¿a santo de qué aquel interés casi enfermizo por el sector de la población irlandesa de sexo masculino y menos de cuarenta años? ¿Acaso tenía planeado insinuarme a medio Dingle?

"No", pensé mientras cogía la chaqueta y me dirigía a la terraza a fumar un cigarrillo.

Pero la pura y dura realidad era que Fran no estaba. Y que tenía mis dudas acerca de que él quisiera realmente estar con alguien como yo. Le había demostrado ser una persona egoísta, una gruñona que sólo sabía comunicarse a base de sarcasmos, una hipócrita insensible que había acabado con el rentable negocio familiar, una cualquiera a quien no le importaba lo más mínimo jugar con los sentimientos, o hasta con los instintos, de los otros. ¿Quién querría estar con una mujer así? Al menos, aquel puñado de irlandeses que había allí reunidos no me conocían de nada. Para ellos yo era una página en blanco, alguien cuyas virtudes o defectos todavía estaban por descubrir. Y en aquella situación yo podía controlar cuál era la parte de mi iceberg mental que dejaba al descubierto y cuál la que escondía bajo las aguas oscuras de mi interior.

–Eres una bruja –me dediqué al salir al frío helado de la zona de fumadores.

Odiaba los derroteros por los que discurría sin encontrar ningún obstáculo mi propio pensamiento. Y para colmo allí afuera había una pareja pegándose el lote contra una pared.

Fantástico. Eso era justo lo que me faltaba para hacerme sentir mejor. Que me restregaran por la cara el hecho de que había gente normal, con pensamientos, deseos y actitudes normales, que eran capaces de encontrarse, enamorarse y comprometerse de una forma civilizada, educada y, sobre todo, normal. ¡Si precisamente lo fácil tendría que ser comportarse de forma normal! Desde el principio de los tiempos lo difícil, arriesgado, sancionable y, en ocasiones, hasta

mortal, había sido siempre salirse de la norma. ¿Por qué narices parecía yo tener tanta facilidad por conseguirlo?

Ni idea. Lo mejor que podía hacer era fumarme el pitillo de un tirón y volver para adentro. Tragué el humo con tanta fe en sus efectos terapéuticos sobre mí como si me lo hubiera recetado un médico y regresé a la mesa. Pedí otra cerveza. Se me habían esfumado casi por completo la ilusión y las ganas de hacer cosas que había descubierto en mí antes de abandonar el cottage. En realidad, me sentía mucho peor.

—Tienes muy mala cara, pero has venido al sitio indicado.

Levanté la vista del culo de mi cerveza. Erin sonreía, con la mano reposada sobre la rodilla de Ryan. Ni me había dado cuenta de que se habían sentado en mi mesa. Otra pareja feliz.

—No he tenido muy buen día – añadí con una sonrisa que intenté que no quedara demasiado triste—. Perdona por lo de esta mañana.

—¡Bah! Tonterías. Todos podemos tener un mal día. Lo malo es no poder pasarlo en buena compañía.

Aquella mujer me hacía gracia. Me recordaba a mí misma en mis buenos tiempos, cuando todavía no me había enterado de que una semilla de insatisfacción se estaba gestando en mi interior.

A una indicación suya, Ryan se levantó a pedir una ronda. Era curioso cómo, al lado de su mujer, aquel hombre, ya de por sí hermético, pasaba a un todavía más discreto segundo plano. Eran como los dos polos opuestos de una misma fuente de energía. Cada uno aportaba cosas muy distintas al idilio. Pero el invento parecía funcionarles a la perfección. Tal vez debería intentar plantearme una posible relación con Fran en ese sentido. Éramos personas muy distintas, pero incluso así parecía que nos atraíamos. ¿Podríamos intentar dar lo mejor de nosotros mismos para hacer que lo nuestro funcionara de una forma parecida?

Resoplé. Hacía tiempo que Fran daba lo mejor de sí. Y hacía también mucho tiempo que yo estaba empecinada en moler todas y cada una de sus muestras de cariño e intentos de acercamiento hasta reducirlos a polvo de fracaso. Era una lunática si creía que no se había cansado ya de mi estúpido comportamiento.

—¿Por qué viniste hasta aquí? –preguntó Erin de sopetón.

Levanté la vista inmediatamente. Ryan se había entretenido a conversar con unos conocidos. A pesar de la multitud, o más bien gracias a ella, estábamos solas.

—Creía que necesitaba estar sola para pensar en mi futuro, pero en realidad creo que estaba huyendo del presente.

Vaya. Tuve que admitir que aquella confesión me había sorprendido más a mí que a ella.

Y tenía razón. Acababa de decir algo con sentido. No hacía falta darle muchas vueltas a la frase para ver que era cierta.

—¿Y qué estás haciendo aquí?

Una de dos, o esa mujer se había graduado en psicología mientras su romance de verano lo hacía en cirugía plástica o asistía regularmente a las charlas sobre budismo que daban en el centro social y acababa de salir particularmente inspirada de una de ellas.

Intenté contestar lo más sinceramente posible.

—Básicamente fumo, como, duermo, bebo cerveza –añadí levantando mi jarra vacía–, le tiro la caña a cuanto irlandés se me acerca a menos de treinta metros y me torturo pensando por qué narices hago todo eso si lo que en realidad desearía es hacer otra cosa muy distinta en otro lugar también muy distinto.

¡Cuánto me alegraba de haber sabido expresar tan claramente lo que me ocurría! Por fin lo veía claro. En cuanto regresara al cottage tiraría a la basura todas las ridículas listas que había elaborado hasta el momento y escribiría con buena letra en un papel mi sencillo deseo.

—¿Sabes que intenté ligarme a tu marido? —agregué—. Antes de saber que era tu marido, por supuesto.

Erin prorrumpió en una carcajada.

—No eres la primera, créeme – dijo en cuanto pudo recuperar el aliento—. En verano hay turistas que estropean sus coches a propósito con tal de conseguir pasarse por el taller mecánico.

Después de haber conocido a las locas de Cómete a un irlandés me creía cualquier cosa.

Le expliqué mi historia a Erin. Brevemente, claro. La venta de mis amadas vacas, mi sueño de estudiar historia del arte, la muerte de mamá, mis desencuentros con el vecino, el casual encuentro con el misterioso y suculento club… Ryan interrumpió un segundo para dejar un par de pintas sobre la mesa. Dudaba seriamente de que en aquel local se sirviera otra cosa que no fueran Guinness, pero la verdad es que no me apetecía otra cosa. El pub era como un banco de cerveza a disposición de toda una población necesitada de por lo menos un par de transfusiones diarias. ¿Cuántas pintas habría servido el padre de Erin a lo largo de toda su vida? Mi cerebro se enzarzó imprudentemente en cálculos que excedían sus posibilidades.

—¿Qué es eso de Cómete a un irlandés? –preguntó Erin en cuanto hubo facturado a Ryan a charlar a otra mesa.

Le conté muy por encima la filosofía sobre la que se sustentaba aquel círculo tan fuera de lo común. Al terminar Erin estaba lo que podría llamarse "divertidamente escandalizada".

—Pues te garantizo que si éstas son las intenciones con las que

tus amigas van a venir a Dingle, van a ser muy bien recibidas por buena parte de la población masculina –dijo señalando a la concurrencia con un gesto de una mano–. Esto está lleno de solitarios cuarentones que no se han atrevido a pasar por la vicaría.

–¿De veras?

–Y algunos todavía están de muy buen ver –aseguró.

–Me consta.

–Ya me encargaré de mantener a Ryan bien amarrado.

Eso no lo dudaba.

–Y también pondré a papá sobre aviso –dijo bajando la voz–. Está divorciado.

–¿Y tu madre?

–Se volvió a casar. Las mujeres son más rápidas, menos perezosas y más listas.

Toda una declaración. Ya me hubiera gustado a mí poder decir algo idéntico de mi misma. Al paso que iba ya me veía a los sesenta compartiendo la cama con el perro y la mesa con una caja de cervezas.

Habíamos terminado con nuestra pinta. Para Erin era la primera, pero yo ya llevaba tres. A pesar de ello, me veía con fuerzas para tomarme otra. Aproveché la llegada de Lorcan y Aileen, los "saludables campesinos irlandeses", como ya los había bautizado, para escaparme al baño. ¡Tenía la vejiga más tirante que la panza de una vaca con gases!

Al pasar frente a la puerta de la terraza, ésta se abrió para servirme en bandeja a la tórrida pareja que había estado besándose apasionadamente ahí afuera hasta aquel momento.

–¡Hola, Carmín! –me saludó él. Era… Sí. Era Nigel.

¡Nigel!

No me meé encima porque Dios no quiso. Estaba claro que ya estaba al caso de que una servidora había decidido anular la cita.

Me quedé pasmada. Y lo peor fue que no supe disimularlo. Mis brazos colgaban, mi barbilla rozaba el suelo, mi lengua se desplegó como la alfombra roja en la ceremonia de entrega de los Oscar. Ese hombre sí que sabía adaptarse a los acontecimientos que le deparaba la vida. ¡No perdía un minuto! ¡Qué envidia! Y qué rabia. Creo que fue el momento de mi existencia en que menos especial y más vulgar me sentí. Me acordé de mamá. ¿Por qué narices había hecho de mí una persona tan bien educada? Lo que se merecía aquel papanatas era un buen puñetazo en la nariz. Uno que lo enviara directamente al quirófano de un colega para una reconstrucción.

En vez de eso sonreí tontamente como una colegiala de primer curso y falseé unas "buenas tardes" cargadas de estricnina.

Me encerré a cal y canto en el minúsculo cuarto de baño. Olía a orín, pero yo sólo podía oler el rancio aroma de la humillación. Aunque eso no era lo peor. Lo peor era que sabía que la única culpable de aquella situación era yo. Nigel había sido amable conmigo en todo momento, y no me había prometido nada, como no fuera una deliciosa cena con postres en casa de su madre. Que yo hubiera decidido suspenderla no le obligaba a contraer un duelo de siete semanas o a mantener un juramento de castidad indefinido. Entonces, ¿por qué narices su actitud me había sentado tan mal?

Me golpeaba la frente sin cesar sentada en la taza del váter. Estaba tan exaltada que no podía ni mear. Y me dolía horrores la vejiga. ¿Qué le pasaba a aquella nación? Se suponía que eran todos fervientes católicos. ¡No taoístas! Por lo que yo sabía, una de las premisas del catolicismo era no dañar al prójimo.

"O amar al prójimo como a ti mismo", me recordaron con ironía las pocas neuronas que debía haber tenido activadas cuando mamá me envió a las clases de catequesis.

¿Qué coño había sido lo que me había herido? ¿Saber que era alguien tan fácilmente sustituible? ¿Pensar que de haber llegado a depositar alguna clase de esperanza en una posible relación a largo plazo con aquel tipo me habrían estado engañando? ¿O tal vez era el hecho de que la chica que iba con él tenía mejor culo que yo y nada de barriga? Pero bueno, ¿de veras me había fijado en ese detalle? ¡Pues claro que me había fijado! Pensándolo bien, aquello era una soberana tontería. ¡Pero qué tontería más importante, al fin y al cabo!

Me puse a reír como una histérica. Lo único bueno de aquello fue que por fin pude relajar los esfínteres. Lo malo, que al salir había tras la puerta una cola de media docena de tíos que me miraron como si mi rostro estuviera entre las fotografías más difundidas de búsqueda y captura. ¿El motivo? Era evidente que me había fugado de un centro de reclusión psiquiátrico.

Al volver a la mesa, mis compañeros de cerveza estaban enzarzados en una animada discusión acerca del novedoso reality que se rodaba en la zona. Eché un vistazo alrededor. Ni rastro de Nigel y su nuevo ligue. Bueno, al menos así podía tomarme otra pinta sin temor a levantarme, dirigirme hacia la pareja dando bandazos y soltarles toda clase de improperios en mi propio idioma. Todavía estaba lo suficientemente sobria como para ver que aquello no me habría hecho ningún favor.

—Yo creo que va a morir de inanición –decía Lorcan.

Se refería a Callum, o al "pobre Callum", como todo el mundo lo llamaba.

—¿Os habéis fijado cómo tiene el tejado? –preguntaba Ryan—.

Tiene el cobertizo lleno de herramientas y materiales para repararlo, pero es que no sabe ni coger un alicate. ¿Qué demonios les enseñarán en Dublín? ¿Es que no hay escolarización obligatoria?

—¡Claro! Porque tú aprendiste a manejar las herramientas en la escuela – se reía su mujer.

—Pues sí. El profesor Campbell nos llevaba al taller del centro naviero una vez por semana.

—¡Vamos! ¡El profesor Campbell estaba chiflado! –refutó Aileen.

—¿Quieres hacerme creer que no hay ni un profesor chiflado en la capital? —Igual a Callum no le tocó ninguno.

La charla siguió aquella dinámica de sinsentidos por lo menos diez minutos. Hasta que de repente Aileen dijo algo que se me clavó en el corazón como una estaca, con tal ímpetu que agradecí no ser un vampiro.

—Como no le ayude alguien, este tipo va a acabar o en el hospital o en un manicomio.

—Eso si no se tira al mar – añadió Erin.

—¿Tan mal lo veis? –pregunté. —Ya se le ha muerto una oveja –informó Lorcan.

—Eso tú no lo sabes –apuntó Erin—. La versión oficial es que "la retiraron del programa debido a una infección que atentaba contra su vida".

Parecía que lo recitara de memoria. Pero yo sabía lo que había pasado. La condenada mastitis. A ese paso tal vez sí que la cosa acabara como el rosario de la aurora.

—Y él está con antibióticos – recordó Aileen.

—¿Y todo eso no formará parte del show? –inquirí—. Es decir, ¿cómo sabéis que es verdad? Igual es todo un montaje.

Se me abalanzaron encima de tal forma que casi me retracto. ¡Menuda inquisición montaron en un segundo!

—Eso es algo del todo im-po-sible –constató Lorcan.

—Tenemos pruebas –susurró su novia.

Erin y Ryan asentían divertidos. Por mi parte, no sabía muy bien qué cara poner. Mi cerebro nadaba en cerveza y no era del todo consciente del sentido de las frases. ¿Qué ocurría? ¿Habían estado jugando a los detectives? ¿Le estaban tomando el pelo a la turista, su nueva amiga? Me consideraba una persona con sentido del humor, pero aquella tarde no estaba yo para muchas bromas. Bastante había tenido ya con el repentino resurgimiento del Ave Fénix local, llamado también Nigel.

—¿Pruebas?

—Mi hermana sabe de primera mano que se ha pasado la mañana llorando –reveló Lorcan.

—¿Callum? –pregunté incrédula.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando.

Lorcan asintió generosamente con la cabeza.

—¿Y ella cómo lo sabe? ¿No se supone que ese hombre no puede tener contacto con el exterior? —pregunté—. Además, siempre debe haber gente por allí. Los cámaras, los de maquillaje, realizadores y ve a saber tú cuanta gente más. Los vi un día desde lejos. Aquello parecía un hormiguero.

—Sí, tienes razón –siguió Lorcan sin abandonar su halo de misterio—. Eso es así de lunes a viernes. Pero hoy es sábado.

—Los fines de semana todo el equipo regresa a Dublín y sólo queda allí una roulotte con un vigilante de seguridad –añadió Erin—. No tanto para ahuyentar a posibles curiosos, porque la verdad es que, aparte de que no ha transcendido la localización exacta del cottage, poco hay que ver por allí, sino para custodiar el material del equipo de rodaje, que vale un dineral.

Increíble.

—O sea que sigue siendo un lugar inaccesible –resolví.

—En teoría, sí –dijo Lorcan—. Pero ¿a qué no sabes tú dónde está ahora el vigilante de seguridad?

—Supongo que por contrato no debería moverse de allí ¿no?

Les seguía el juego, aunque estaba de lo más claro que aquello terminaría con una sorpresa.

—Exactamente –puntualizó mi enterado interlocutor—. Pero resulta que no es así. El tal Colin Smith, como se llama el segurata, se encuentra en estos momentos a menos de trescientos metros de aquí, poniendo a prueba un confortable colchón de agua con Elizabeth MacCleary, mi querida hermana.

Estaba escrito en algún lugar que aquella noche se me iba a desencajar la mandíbula. Pero de todas formas me sentía como una vecina privilegiada por haber tenido acceso a aquella información.

—Así que tu hermana te ha contado los secretos de su nuevo novio –supuse con retintín.

—Somos hermanos gemelos – admitió Lorcan—. Nos lo contamos todos.

Una idea había empezado a cobrar fuerza en mi cabeza.

—Vaya –admití con voz algo calculadora—. ¿Y cuándo se supone que va a regresar Mr. Smith a su puesto de trabajo?

Aileen y Lorcan estallaron en unas risas.

—Elizabeth lo va a tener secuestrado por lo menos hasta mañana por la tarde.

—Ten en cuenta que hace más de dos años que lo dejó con el que era su prometido –señaló Aileen—, y que se sepa no ha estado con nadie más. Yo, por lo menos, me quedaría a Mr. Smith hasta el lunes por la mañana. Le daría el tiempo justo para llegar al cottage

poco antes de que regresara la caravana del circo de Dublín.

La intrepidez de Aileen se vio recompensada por un sonoro beso de Lorcan.

Pero había algo que no acababa de comprender.

—Si sólo hace una semana que se está rodando el programa y éste es el primer fin de semana que Colin tiene que pasar recluido allí con Callum, ¿cómo narices se han conocido, él y tu hermana?

La sonrisa de Lorcan era la de quien tiene una respuesta evidente para todo.

—Colin no sólo está allí los fines de semana, sino que tiene un contrato a tiempo completo, mientras dure el rodaje –explicó pacientemente—. Lo que pasa es que, entre semana, sus tareas son más bien las de un chico de los recados. Lo mandan a aprovisionarse de víveres, a preparar bocadillos, a tener siempre llena la cafetera y cosas parecidas.

—Ya. ¿Y?

—Mi hermana trabaja en la panadería del pueblo.

¡Caramba! Ahora entendía por qué me había parecido tan familiar la cara de Lorcan, la tarde en que nos conocimos. Tenía la misma nariz aguileña que la dependienta de la panadería. Un rasgo nada común entre sus paisanos de narices más bien remangadas.

—El segurata ha sabido aprovechar bien sus incursiones en Dingle –apuntó Aileen con ironía. —¿Y no le da miedo de que alguien le robe el equipo? —pregunté—. Si se descubriera que no estaba en su puesto de trabajo se le caería el pelo. —Tienes razón –admitió Lorcan—. Pero, aunque parezca una sandez, en realidad el equipo no se queda en el cottage, regresa a Dublín cada fin de semana.

Ese despropósito parecía más bien propio de un país bananero. ¡Cuántas cosas me faltaban por aprender todavía!

—A eso se le llama aprovechar los recursos.

—A eso se le llama consecuencias de haber tenido que recortar gastos en la cadena echando a la calle a medio departamento de comunicación interna –corrigió Lorcan. ¡Ah!

—Pues si tan mal van de dinero no entiendo por qué le pagan el sueldo a un segurata que no tiene de qué cuidar – repuse.

—Están obligados a ello – informó Erin—. No pueden dejar solo a Callum.

—¿Tienen miedo de que lo asalten los espíritus celtas de la casa? —A juzgar por lo que cuenta Lorcan, creo que el peor enemigo que puede tener allí el pobre Callum es él mismo –apuntó Aileen.

—¿Cuánto tiempo va a tener que aguantar esa situación? –pregunté. —Unos meses –repuso Erin. Un silencio algo triste se instaló sobre la mesa.

—Creo que vamos a asistir a la destrucción física y emocional de un pobre hombre –anunció la voz de Aileen, hablando por todos.

Nos habíamos quedado bastante mustios.

—Con lo divertido que nos había parecido al principio –añadió Ryan, que abría la boca por primera vez. Me levanté de un salto.

—Me voy –dije como si acabara de acordarme de que tenía un pastel de riñones a punto de quemarse en el horno—. Tengo cosas que hacer.

—¿Un sábado por la noche? – preguntó extrañada Aileen.

—¿Dónde estarás mejor que aquí, tomando unas cervezas con nosotros? –intervino Lorcan.

—Podemos echar una partida de dardos –me tentó su novia.

Casi me emociona su insistencia, pero la verdad era que me acababa de caer encima un montón de trabajo. Me despedí de ellos y me encaminé hasta el perchero para recuperar las tres docenas de jerséis que tenía allí colgados.

—Te habrás enterado de lo de Nigel, ¿no? –me asustó Erin, que me había seguido discretamente hasta la puerta.

—Por supuesto, tranquila, lo que tengo que hacer no tiene nada que ver con él. Pero gracias por no haberlo aireado en la mesa.

—De nada. ¿Seguro que estás bien?

Me la quedé mirando con una sonrisa en los labios.

—Mejor que nunca –dije con una voz de lo más animada—. ¿Quedamos aquí el lunes a las seis, para ver el reality?

—Perfecto –asintió.

Su expresión era la de un divertido no-acabar-de-comprendernada-de-lo-que-estaba-pasando.

Me despedí de ella con un beso y salí a la fría oscuridad de la calle. Nunca me había sentido con tanta energía en Irlanda. Hasta había conseguido que mis preocupaciones acerca de mis recién descubiertos sentimientos hacia Fran y el hecho de pensar que tal vez era demasiado tarde para intentar construir con él algo parecido a una relación pasaran a un segundo lugar. Mi vecino pastor tenía paciencia, pero también tenía motivos de sobra para haberse hartado de mí. Y en aquellos momentos yo no podía hacer nada para intentar hacerme perdonar o encauzar de alguna forma la relación. Pensé que tal vez lo mejor sería dedicarme a otra cosa mientras estuviera allí. Dejar de comerme la cabeza y centrar mis esfuerzos en hacer algo útil. Igual hasta descubría que mi repentino interés por Fran no era más que un capricho pasajero. Eso hubiera supuesto un gran alivio.

¿Podría?

No estaba muy segura, pero al menos podía intentarlo.

Tenía un plan.

12

Llegué al cottage a eso de las nueve de la noche.

Se me había olvidado meter algunos leños en la chimenea antes de salir, así que el ambiente empezaba a estar destemplado. Pero no valía la pena volver a montar una hoguera. Encendí la calefacción y dejé el termostato al mínimo para que al menos no bajara más la temperatura y me dirigí a la cocina.

Herví una montaña de espaguetis que aderecé con una especie de salsa al pesto que había descubierto en el súper —y que más bien sabía como un revoltijo de alfalfa triturada— y me lo zampé de pie frente a la barra, mientras iba sacando queso y fiambres del frigorífico.

Corté en gruesas rebanadas el pan de centeno que ya me había habituado a comprarle a la hermana de Lorcan y monté varios bocadillos que luego envolví cuidadosamente con papel de aluminio.

Seguidamente saqueé mi modesta despensa. Fui depositando sobre el mármol un par de paquetes de galletas de soda, un tarro de foie-gras, otro de miel y media docena de latas de cerveza. Puse todo en una mochila junto con un par de plátanos y una caja de galletas danesas que tenía estratégicamente situada en una mesita al lado del sofá y la dejé apoyada contra la pared, junto a la puerta de entrada.

Luego dirigí mis ansiosos pasos hacia las escaleras. Subí los escalones de tres en tres y me metí en el baño. Me cepillé los dientes, me lavé la cara, me la froté con crema hidratante y salí disparada hacia la habitación. Me desnudé, me puse el pijama y volví a ponerme la ropa encima. La felpa del pijama se me pegaba al cuerpo como una segunda piel, asegurándome una protección extra contra el frío.

Bajé nuevamente al salón. Mi abrigo esperaba pacientemente colgado de una silla. Me lo puse, abrochándome hasta el último botón. Comprobé que tenía las llaves del Micra en el bolsillo, metí un paquete de pañuelos y uno de cigarrillos en el otro y me eché la capucha por encima. Estaba lista.

¡No! No lo estaba. ¿Dónde diablos había guardado el mapa de la península de Dingle que me había traído la viuda Ó Conaill?

Estuve rebuscando un rato por el salón hasta que lo encontré en un cajón de la cocina. Buen lugar. A saber qué tenía en la cabeza cuando había decidido meterlo ahí. Lo extendí sobre la mesa y me

aseguré del recorrido. Ya lo había hecho una vez, aunque no de noche, pero no había pérdida. Lo único que tenía que hacer era no despistarme con el kilometraje. Doblé el mapa y me lo puse bajo la axila. ¡Me estaba asando! No había nada tan insoportable como que algo te retuviera en casa en el último momento, cuando ya te habías abrigado como un esquimal para hacer frente a las bajas temperaturas del exterior.

Cogí la bolsa y salí del cottage. Aunque el cielo estaba algo nublado debía haber luna llena, porque pude divisar claramente la silueta del coche, a escasos metros de mí. Parecía estar esperándome como un Rocinante.

—Allá voy –me dije de lo más animada.

Arrancó a la primera, pero aun así decidí esperar un par de minutos para que se calentara el motor. Activé el limpiaparabrisas para deshacerme del relente que empezaba a helarse sobre el cristal y lo desempañé por dentro con la manga del abrigo. Volvió a empañarse al cabo de un instante.

—Será mejor que no respires – me dije.

Acto seguido me cogió una risa tonta, sin duda alguna el efecto secundario de las cinco o seis pintas que me había tomado aquella tarde. Sin embargo, últimamente mi cuerpo se había visto obligado a habituarse a concentraciones tan altas de alcohol que hasta me parecía que eso no afectaba mi capacidad para la conducción.

"¡Y un pimiento!", reconocí. Lo que sucedía era que las carreteras de Irlanda estaban menos transitadas que los seis carriles de una piscina descubierta en Groenlandia. Sólo había que intentar no salirse de la pista de asfalto. No existían los imprevistos. Ni tan siquiera las ovejas se acercaban al arcén. Debían estar modificadas genéticamente para evitar atropellos.

Me di cuenta de que ya estaba empezando a producir pensamientos raros. No había parado de hacer cosas desde que había salido del pub y aquel súbito alto dentro del coche me había pillado totalmente desprevenida.

Iba a meter primera para librarme de mí misma cuando caí en la cuenta de que no había mirado el móvil. —¡Mierda!

Era consciente de que no tenía por qué hacerlo. ¿Qué esperaba? ¿Una llamada de Fran, disculpándose por haberme colgado de aquella forma? Pues sí, ¿por qué no? O un breve mensaje de voz lo suficientemente cálido como para apaciguar la cordillera de dudas que me cruzaba de norte a sur. Con un "yo también te echo de menos" me habría bastado.

¡Qué situación más absurda! Habría apostado una nalga a que mi contestador estaba más vacío aún que mis dos cobertizos, pero ahora que ya lo había pensado no podía irme de allí sin

comprobarlo. ¡Maldición!

Dejé los faros encendidos, apuntando hacia el cottage, y salí del coche. Fenomenal, estaba empezando a lloviznar. Corrí hasta la puerta y me precipité sobre el salón como una bestia mitológica en busca de presa sobre un poblado de campesinos. ¿Había seres monstruosos en la mitología celta? Lo ignoraba.

Un vistazo rápido me reveló que el teléfono estaba donde lo había dejado: tirado sobre el sofá. Lo agarré y consulté la pequeña pantalla. Nada. Aquella tarde nadie se había acordado de mí. No había ningún mensaje en el contestador. Ni tan siquiera un triste "lo siento", un increíble "te quiero" o, en su defecto, un esperanzador "te llamo luego" escrito.

Casi atravieso el aparato con mi espada, como se hacía en la antigüedad con los portadores de malas noticias. Le hubiera estado bien empleado. Por pecar de reservado.

Lo solté de mala leche y regresé al coche. Ya no lloviznaba, llovía. Pero lo peor era que había conseguido volver a comerme el coco. ¡Con lo bien que me estaba sentando a mí aquella excursión nocturna! Ya podría haberme olvidado del maldito teléfono. Pero no. Allí estaba mi condenada buena memoria dispuesta a favorecerme, como siempre. Lástima que luego la realidad no acompañara.

Salí a la carretera y cogí la dirección opuesta a Dingle. Estuve todo el trayecto pensando que había llegado el momento de olvidarme de Fran de una vez por todas. Aquello estaba perdido. En realidad, era yo quien lo había echado a perder. Pero ¿qué podía hacer al respecto? Ya era demasiado tarde. Le había abierto mi corazón al pastor. ¿Qué más quería? ¿Que me lo arrancara del pecho y se lo enviara envuelto en papel de regalo?

Tras unos quilómetros de tragar lágrimas y mocos, por fin llegué a mi destino. O eso creía. Metí el coche por un camino secundario y recorrí unos centenares de metros. No estaba segura, pero me parecía haber dado con el buen camino. Al cabo de un minuto pude comprobar que había acertado. ¡Aleluya! Al menos no todo en mi vida iba de mal en peor. Debería empezar a pensar en positivo. Tenía que convencerme de que la vida ya me depararía más oportunidades. Lo único que tenía que hacer era seguir mis instintos. Y mis instintos eran los que me habían llevado hasta aquel lugar casi desierto. Un minúsculo punto en el mapa.

Me armé de valor y salí del coche aparentando dejar cualquier rastro de tristeza y desespero en su interior.

—¡Adiós, Fran! –murmuré al cerrar la portezuela.

Aquello sonaba tan falso que no me lo tragaba ni yo. Pero al menos podía intentarlo. Igual si seguía realizando aquel patético

ejercicio, con el tiempo acababa creyéndome mi propia mentira.

Debido a un milagro, allí sólo caían cuatro gotas. Me puse el chubasquero, cargué con la mochila y encendí la linterna que había descubierto en la guantera. ¡Menos mal! Porque no se me había ocurrido coger una.

—¿Ves cómo todo empieza a salir bien?

Me tronchaba de risa por dentro.

Caminar por el barro me sentó como una sesión de spa. Nunca había asistido a una, pero por lo que decían en la tele aquello debía ser lo más. Me encantaba el olor a tierra húmeda, notar cómo se hundían mis botas en el suelo y cómo debía tirar de ellas para sacarlas del fango a cada paso.

Levanté la cara para que aquella tímida lluvia se me posara encima. Sentía cómo la crema hidratante se disolvía a su contacto y me corría hasta el cuello formando regueros que debían ser blanquecinos. Me quité la capucha de un golpe de melena. El frío me penetró por las orejas y me congeló las ideas. Justo lo que necesitaba. Tenía el cuerpo calentito gracias, en parte, a la buena idea que había tenido de ponerme el pijama. Estaba en pleno campo. Aquél era mi territorio. Allí me sentía poderosa, ingeniosa, ocurrente, brillante. En una palabra: genial.

Pensé en Fran y acto seguido me arranqué el pensamiento de un manotazo. "Mala hierba", me dije. No había forma de exterminarle de mi mente. A la que me despistaba, allí estaba él asomando la cabeza.

Tras unos minutos de vigoroso paseo llegué a mi objetivo. El cottage parecía emerger de la tierra como una seta. Lo recorrí de izquierda a derecha con el haz de luz que proyectaba la linterna. Estaba a oscuras. Miré el reloj. Eran casi las once de la noche. ¿Qué esperaba? ¿Un recibimiento con fuegos artificiales?

Me fui acercando lentamente. Ignoraba donde estaba la puerta principal, si es que aquella construcción había gozado alguna vez de una. Igual había una trampilla en el tejado.

—Ya volvemos con las tonterías –me dije mientras dejaba una bota enterrada en el barro.

Volví a calzármela y tiré de ella con las manos empleando todas mis fuerzas. Salió haciendo un ruido parecido al que se producía al descorchar una botella.

—¡Quieto ahí! –gritó alguien desde algún lugar cercano a mí— ¡Tengo un rifle!

Pegué un bote que casi me precipita de cabeza en el fango. Pero aun así conseguí mantener un atisbo de calma.

—¡Tranquilo! ¡Soy una amiga! ¡Soy una amiga! –repetí levantando las manos—. ¡No quiero hacerte ningún daño!

Parecía haberme metido en un western. Sólo me había faltado añadir que venía en son de paz.

Pensaba que estaba preparada para cualquier cosa, pero desde luego no lo estaba para que me amenazaran con un arma. Aunque tampoco estaba muy segura de que aquella advertencia fuera real.

Como pasó medio minuto sin que ocurriera nada, decidí bajar las manos para dejar de sentirme ridícula e intenté dejar de parecer una amenaza identificándome y dando algunas credenciales.

—¡Me llamo Carmín! —grité—. ¡Soy amiga de Colin Smith!

"Mentirosa". Pero mi cerebro creyó oír cómo alguien bloqueaba el fiador del dichoso rifle. ¡Sería estúpida! Como descubriera que alguien me había estado encañonando me largaba de allí con todos mis bocadillos.

De repente un rectángulo de luz apareció a diez escasos metros de mí, dejándome momentáneamente deslumbrada.

—Disculpa. Puedes pasar. ¿Eso era todo?

Llegué hasta el umbral y me encontré con quien ya sabía.

—Soy Callum –dijo un hombre que más bien parecía el esqueleto forrado de mantas de un espantapájaros. —Ya. Yo soy Carmín. ¿De veras no me vas a volar el cerebro si meto un pie ahí dentro?

Hizo un gesto algo forzado con la boca, como si quisiera producir una sonrisa pero se le hubiera olvidado cómo se hacía.

—No tengo ningún rifle. Fue lo primero que se me ocurrió decir cuando te oí llegar. ¡Me diste un susto de muerte!

Debía ser verdad, ya que tenía las pupilas dilatadas y yo no iba precisamente vestida como para causar semejante efecto.

—¿Te envía Colin? –preguntó. —No exactamente –contesté metiéndome en su provisional vivienda—. ¡Qué frío hace aquí dentro! —Sí, lo siento, es que no consigo encender la chimenea.

Me lo quedé mirando más asombrada de lo que había creído que me lo iba a quedar mirando cuando lo tuviera delante. Parecía que se había disfrazado de alfombra enrollada. Debía estar envuelto por lo menos en tres o cuatro mantas. Por debajo sobresalían unas zapatillas forradas de borreguito y un par de calcetines a rayas. Parecían de un tejido de lo más delgado. Pero todavía lo eran más los dos tobillos que pretendían abrigar. Brazos y manos estaban ocultos de mi mirada bajo aquella tremenda bola de ropa. Y encima de todo había un rostro pálido que parecía haber sido dejado allí por descuido. Tal y como recordaba, un denso flequillo negro se le comía media cara, unas gafas enormes contribuían a su vez a esconderle los rasgos y sus labios estaban tan blancos que más bien daba la impresión de que carecía de ellos. Su voz algo tensa y sus gestos inquietos acababan de redondear la imagen de un hombre

que había llegado al límite de su resistencia física y nerviosa.

Menudo panorama. A pesar de que no me había gustado nada la farsa que había acompañado a su bienvenida, aquel pobre hombre me dio una lástima tremenda.

"Deja de pensar en él como un pobre hombre", pensé. "De otro modo nunca dejará de serlo".

Di un vistazo a mi alrededor. La sala era alargada y tendría unos veinticinco o treinta metros cuadrados. La iluminaba una lámpara de queroseno que había encima de la repisa de la chimenea, en el centro de la estancia. Mi primer reflejo fue hacer una rápida valoración estructural. Las paredes eran de piedra y parecían de lo más sólido. Seguramente eran lo único que quedaba de la construcción original, sin tener en cuenta el suelo de grandes losas pulidas, algo irregular y arenoso pero bien conservado al fin y al cabo.

Atravesaban el techo algunas bigas de madera sin tratar que no tendrían más de diez años y que estaban en bastante buen estado. La cubierta parecía de lata y estaba llena de agujeros, seguramente debido a las inclemencias de la zona. Debajo de cada agujero, en el suelo, había un cubo u otro recipiente dispuesto allí para recoger el agua de la lluvia que se filtraba por ellos. En total, habría más de quince cubos estratégicamente repartidos por ahí y eso había condicionado la distribución de los pocos muebles de que Callum disponía. Lo más cerca posible de la chimenea había una especie de colchón cubierto con varias almohadas y edredones y atravesado en el suelo sin ningún criterio, como no fuera el de evitar las goteras. Una especie de butaca sencilla parecía estar esperando a que alguien encendiera un buen fuego. Miré el hogar. Allí dentro había madera suficiente como para construir otra cabaña, pero estaba amontonada de cualquier modo y no había ni rastro de yesca para iniciar el fuego. ¡Desde luego! Lo que necesitaba aquel hombre era un manual de supervivencia.

Arrimados a la pared había una mesa con un par de sillas y unos cuantos muebles en los que supuse que el dublinés guardaría ropa y los enseres de cocina. En un rincón había lo que parecía un lavadero victoriano, una especie de peana de madera en la que se encajaba una palangana con una hermosa jarra de porcelana al lado. De un gancho en la pared colgaba una toalla.

Nada más. Aquello era más austero que la celda de un monje. Ni tan siquiera había ventanas, aunque en la pared del fondo había una segunda puerta. ¿Comunicaría con otra habitación? A juzgar por la vista aérea del cottage que salía en la presentación del reality, no lo creía posible. Lo que veía era todo lo que había.

— ¿A qué has venido? –preguntó Callum.

La verdad era que no tenía ni idea. No había ido hasta allí con un propósito claro. Había obedecido a mi instinto. Había hecho lo que hubiera hecho mi madre o cualquier otra mujer de mi vecindario ante semejante situación. Ayudar. Pero tenía miedo de que si se lo soltaba de forma tan directa me echara de allí.

—He venido a ver si puedo salvar la oveja que te queda.

¡Fue lo primero que se me ocurrió!

—¿Eres veterinaria?

—No exactamente. Soy granjera. Y extranjera, sí –añadí al ver que me miraba con sospecha—. ¿Importa eso? —¿Te envía Colin?

"Rollito de invierno" parecía atónito.

—Ya te he dicho que no, he venido por decisión propia.

Mi tono cortante hizo que le sumiera en una especie de profundo abismo interior. Me dio la espalda, sentándose en la butaca helada.

Me supo mal y quise arreglarlo enseguida.

—Antes de ver a la oveja, podríamos encender un buen fuego. ¿Qué te parece? Creo que incluso hace más frío aquí adentro que afuera.

Mi anfitrión no contestó.

Dejé la mochila en el suelo y me dirigí hasta la chimenea.

—¿Tienes un periódico? –le pregunté.

Lo insólito de la pregunta pareció sacarle de su ensimismamiento. —¿Tu qué crees? Estoy incomunicado –contestó con un deje de amargura.

—¿Y cartón? ¿Tienes algo de cartón por ahí?

—Hay unas cuantas cajas en el cobertizo.

Aquello no iba a ser fácil. En tan sólo una semana ese hombre se había abandonado completamente a un trágico destino.

—¿Dónde está el cobertizo? – volví a preguntar cargándome de paciencia.

—Ahí afuera.

—¡Pues levanta el culo de una vez y muévete si no quieres morir congelado!

Me miró unos instantes como si fuera su madre. Pude ver en sus ojos que estaba calculando si valía o no la pena hacerme caso, entrar en el juego que le estaba proponiendo.

Fueron unos segundos decisivos. Si me mandaba al cuerno no me quedaría más remedio que volver sobre mis pasos, regresar a casa y meter en el congelador todos y cada uno de los bocadillos que llevaba en la mochila. Eso si en un ataque de ansiedad no me los zampaba antes por el camino. Pero aquella noche la suerte estaba de mi lado. Al menos si tenía la delicadeza de obviar la humillación padecida en el pub por el hombre con mayor capacidad de recuperación tras un plantón de toda la isla.

—Está bien, ya voy –dijo levantándose a regañadientes y dirigiéndose hacia la puerta.

Ignoraba cómo pensaba llevar de vuelta los cartones, con las manos imposibilitadas por aquel fajo de ropa, pero con tal de que cumpliera con el encargo me daba igual.

Me quité el chubasquero y el abrigo y me arrodillé frente al hogar para sacar media tonelada de madera de allí y recolocar los leños que me podían ser más útiles para encender el primer fuego que seguramente había ardido en aquella casucha en años.

Callum regresó al cabo de unos minutos con un montón de cajas de cartón desmontadas bajo un brazo y arrastrando las mantas como un muñeco de trapo tras de sí.

—¡Muy bien! –exclamé reforzándole como a un niño.

¿Únicamente me lo pareció o brilló una pequeña chispa en sus ojos más bien apagados, detrás de aquella barricada de gafas y flequillo?

Le ordené romper los cartones en trozos pequeños y le enseñé cómo había que montar un buen fuego. La yesca, en ese caso los cartones, bien amontonada por debajo de la estructura de troncos, intentando siempre que el conjunto quedara bien aireado para no ahogar la llama.

Prendí un pedazo de cartón con el mechero y fui contagiando la llamarada al resto con algunos toques. Al cabo de poco, algunos de los maderos más delgados empezaron a arder por sí solos.

Callum asistía al milagro en cuclillas, a mi lado. Su cerebro parecía estar reproduciendo los mismos patrones que los del primer homínido que aprendió a controlar semejante fuerza natural.

—Es muy fácil –le animé—. Es sólo cuestión de práctica.

—He pasado una semana entera intentando hacer una fogata la mitad de grande que ésta y lo único que he conseguido ha sido quemarme las yemas de los dedos día sí, día también – admitió algo apabullado.

—Es normal, nunca te habían enseñado.

—Espero poder reproducirlo en cuanto te vayas —dijo—. ¡Ya sé!

Se levantó y se dirigió hasta uno de los aparadores. Sacó una libreta y un bolígrafo de uno de los cajones y apuntó cuidadosamente algo en ella. Luego la levantó en alto.

—Así no se me va a olvidar. —Buena idea. ¿Qué te parece si comemos algo mientras entramos en calor antes de visitar a tu mascota? Puso cara de no comprender lo que le estaba diciendo. Mi inglés no era para tirar cohetes, pero hasta el momento no había tenido muchos problemas para hacerme entender. —¿Comer? –repetí haciendo algo de mímica.

—Lo siento, no tengo nada que ofrecerte –dijo casi en un

susurro. Sus ojos se habían clavado en el suelo como si tiraran de ellos un par de pesadas anclas.

—No importa. He traído unos bocadillos y cuatro cosas más que había en la cocina.

Esta sola frase bastó para que su mirada se liberara de repente de su carga y me apuntara con interés renovado.

—Trae la mesa, por favor. Arrastró el mueble y un par de sillas obedientemente frente al hogar. Puse la mochila sobre una silla y fui depositando mi alijo alimentario en la mesa. Me sentía como Papá Noel repartiendo los regalos de Navidad. A Callum casi se le saltaban las lágrimas. Se apresuró a traer platos, cuchillos, servilletas de papel y un par de vasos.

Cuando nos sentamos a comer le temblaban las manos. Le serví una cerveza y le ofrecí un bocadillo. Cogió dos, uno con cada mano, y fue pegándoles bocados a ambos alternativamente. Le importaba un bledo que el queso no pegara con el atún en lata. Por mi parte, me dediqué a las galletas con paté y no me dejé tentar por otra cerveza. Bastante había bebido ya aquella noche. Además, tenía cosas importantes que hacer y quería estar en plena posesión de mis facultades. Cuando quince minutos más tarde hubimos terminado, Callum tenía las mejillas algo más coloradas y la tripa hinchada. Parecía una señal de stop a la que hubieran añadido una cabeza encima.

La chimenea tenía mucha capacidad y muy buen tiro y la temperatura del cottage había subido en picado. Por fin el hombre se había librado de su abrazo de mantas. Ahora solamente lucía un plumón térmico de exclusivo diseño y unos pantalones de forro polar bastante sucios.

—¿Dónde está la oveja? – pregunté levantándome y cogiendo el chubasquero. Señaló hacia la puerta del fondo.

—Será mejor que te pongas unos calcetines gruesos y unas botas.

—Estos son los calcetines más gruesos que tengo –se disculpó—. Y las botas están mojadas.

—¿Tienes botas de agua? —Sí.

—¡Pues deberías llevarlas puestas en lugar de estas zapatillas de juguete! –le regañé—. Póntelas y acerca las otras al fuego para que se sequen. Me obedeció al instante. Luego cogimos un par de linternas y salimos a la parte de atrás del cottage.

Aunque la luz era escasa, me pareció que aquello estaba bastante bien. Había un par de cercados delimitados por unos muros de piedra de metro y medio de altura. Uno estaba vacío. El otro tenía una especie de pequeño pesebre cerrado por una puerta de madera. Nos dirigimos hacia allí. El olor a oveja hizo que me

acordara de Fran al instante. A saber lo que pensaría de mí si pudiera verme por un agujero. Seguro que hasta se le ablandaba un poco el corazón.

—Yo te espero aquí afuera –me notificó Callum en cuanto llegamos—, no me gustan los animales.

Me lo quedé mirando en la oscuridad.

—Pues más te vale que empiecen a gustarte si quieres salir de aquí con vida –le amenacé.

Guardó un ofendido silencio. —Acércate, al menos, e ilumina el interior con tu linterna –le pedí. Me hizo caso con bastantes reservas. Parecía que iba a salir despedido hasta la relativa seguridad del cottage en cuanto asomara la cabeza de la oveja por ahí.

Abrí la portezuela y entré en el establo. El pobre animal no estaba para muchas fiestas. Permanecía tumbado en el suelo, resoplando, con las ubres hinchadas y duras como neumáticos. Se quejó al reconocerla con las manos. ¿Tendría arreglo? No estaba muy segura. Lo mío eran las vacas. Me hubiera gustado poder llamar a Fran en aquel momento, pero me había dejado el móvil en casa.

—¡Tráeme agua caliente y toallas! –grité.

—¿Va a tener un bebé? – preguntó alarmado.

Me dio por reír.

—Ni que fueras a ser el padre. Se quedó como petrificado, sin poder moverse.

—¡Vamos! –dije saliendo del corral y arrastrándolo conmigo hacia la casa.

Una vez adentro, su actitud mejoró por completo. Se apresuró a acercar una cacerola de acero con agua a las brasas y sacó un par de toallas limpias de un cajón.

—He oído decir que estás tomando antibiótico –le comenté como de pasada.

—Tengo dolor de oído.

—¿Y nada más? ¿Ningún otro síntoma? ¿Un catarro? ¿Dolor en el pecho al respirar?

Me miró como si estuviera loca.

—No. Nada más –dijo secamente— ¿Hace falta algo más para tomar antibiótico?

Bueno. En mi tierra el dolor de oído se pasaba tomando una infusión de tomillo y aplicando en la oreja unas gotas tibias de aceite de oliva al que se le habían dejado macerar unos ajos durante una noche. ¿Pero cómo le explicaba yo todo aquello en su idioma? Mi inglés no daba para tanto y, de haberlo hecho, se hubiera creído que era una bruja.

—Dame el medicamento. —¿Para qué?

—No para qué, sino para quién. Para tu amiga que está ahí fuera con las tetas duras como ruedas de molino. —¿Le vas a dar mis tabletas a la cabra? –preguntó incrédulo.

—No es una cabra, es una oveja, y si no me das las pastillas de una vez ya puedes empezar a despedirte de ella. Y de su leche –añadí intencionadamente. Muy a su pesar, me entregó la mercancía.

—Dime que también tienes una jeringuilla –le pedí.

—Pues no.

Bueno, pues me jugaría el físico con las pastillas.

Llevamos el material quirúrgico a la cuadra. Callum se quedó como una estatua donde antes. Apliqué agua caliente a las ubres del animal y se las estuve masajeando un buen rato. No sabía si el pobre bicho se retorcía de dolor o de alivio. O de las dos cosas a la vez. Luego se las tapé con una toalla humedecida y releí por encima el prospecto del medicamento. Lo tiré inmediatamente. No comprendía nada. Pero aquello no podía ser tan difícil. La oveja era mediana, pesaría unos setenta u ochenta quilos. Treinta más que Callum, por lo menos. Le daría la dosis de un adulto humano.

—Esto que vas a hacer no está bien –recordó Pepito Grillo—. ¿No sabes que es peligroso darle a un animal medicamentos especialmente formulados para personas?

Ni le contesté. Claro que lo sabía, pero había visto a Nicolás hacer la vista gorda con eso en más de una ocasión. Cuántas veces no me había mandado a rebuscar en mi propio botiquín cuando le faltaba cualquier crema antiséptica o fármaco en una visita de urgencias a la granja.

Saqué con un chasquido una de las pastillas de antibiótico del estuche y, todavía no sé cómo, se la metí a la oveja por la boca, hasta la garganta. Luego le sujeté el morro, apretándolo con mis dos manos como si en lugar de un simple borrego estuviera tratando de reducir a un perro rabioso. La paciente se revolvió como si estuviera tumbada encima de un hormiguero.

El dublinés asistía al espectáculo con dentera. Creo que el terror lo tenía paralizado.

—¿No muerden? –preguntó cuando el animal se hubo calmado un poco.

—Sí que muerden, pero sólo tienen incisivos en la encía inferior –le instruí—. Incluso así, pueden hacerte mucho daño. Ésta se ha dejado de puro milagro. Pero para la próxima dosis será mejor tener una jeringuilla a mano. Asintió con un murmullo. —Ven, entra –le invité—. Es más sumisa que un perro. No va a hacerte daño.

El pobre tenía sus dudas. —Necesito que me ayudes – imploré.

Era mentira, pero tenía que empezar a involucrarlo en el

cuidado del animal. Yo no tenía pensado quedarme allí a vivir con ellos eternamente. Ni quería ni podía. Además, tenía la impresión de que estaba transgrediendo alguna ley televisiva ayudando a aquel hombre a escondidas. Bastante raro les parecería ya a los del equipo encontrarse con que la dichosa oveja no había sucumbido durante el fin de semana. Cómo para que me pillasen. Igual hasta podía terminar en la cárcel.

Este pensamiento me hizo estremecer. Ya podía ver los titulares: "Turista encarcelada por atentar contra el código moral de la televisión nacional de Irlanda". ¿Fundarían mis vecinos una asociación en favor de mi repatriación? ¿Organizarían rifas para recaudar fondos para mi defensa? Seguro que Fran no participaba de aquello. A él le iba más lo de planear un rescate en solitario. Pero ¿cómo iba a rescatarme en Irlanda? Alguna vez me había dicho que antes preferiría pasar la noche en el estercolero que subirse a un avión. ¿Cómo iba a llegar a la isla? ¿A nado? No sabía nadar. ¿Por el Eurotúnel? No creía en su existencia. Del mismo modo que no creía en los fantasmas o en que el hombre hubiera llegado a pisar la luna. Además, de haberse convencido al más puro estilo Santo Tomás de que era posible cruzar el Canal de la Mancha por debajo del mar, al llegar al Reino Unido todavía habría tenido que coger un ferri para desplazarse hasta Irlanda. Antes hubiera preferido subirse a un avión. Pero eso no era posible, porque antes se hubiera quedado en casa, durmiendo en el estercolero.

Alejé de mi mente semejantes ideas. Estaba claro que lo último que quería Fran era tener algo que ver conmigo. Cuanto antes me mentalizara de ello, mucho mejor para mí.

—¡Te estoy esperando! –recordé a Don Miedoso.

Callum entró en el corral con pasitos tan cortos que, de no ser por el plumón, habría parecido una geisha.

—Arrodíllate junto a mí –dije haciéndole sitio.

—¿En la mierda? –preguntó incrédulo.

Vivir para ver.

—¡Manda huevos! –exclamé en mi propio idioma— ¡Pues lo mismo que yo! ¿Pero qué te pasa? ¿Tienes miedo de que se te pegue una brizna de heno a tus asquerosos pantalones?

Se dejó caer de rodillas a mi lado, ofendido.

—Bien –dije moderando el tono de voz—. Ahora te enseñaré a masajearle las ubres para que elimine la infección y la leche que se le ha quedado enquistada.

Se puso a reír. Era la primera vez que escuchaba su risa y me pareció bastante curiosa. Empezaba como el cloqueo de una gallina que no acabara de arrancar y terminaba como el chillido de un mono.

—No sabes el tiempo que hace que nadie me pide un masaje en las tetas.

Vaya con Callum. Creo que hasta enrojecí. Afortunadamente, aquello estaba demasiado oscuro como para que mi rubor fuera apreciable.

Estuvimos un buen rato vaciándole las ubres. De allí salió de todo. Grumos de leche cortada, pus, algo parecido a zumo de naranja. De todo. La oveja parecía haber notado que estaba en buenas manos y se dejaba tratar pacientemente. Al cabo de unos minutos aquello olía fatal y Callum tuvo que aguantarse las arcadas. Pero para mi asombro y satisfacción, lo consiguió. No todo estaba perdido. El hombre tenía posibilidades.

Media hora más tarde volvimos al cottage. Estábamos cansados y eufóricos a la vez. Pero lo más patente era que apestábamos. Parecía que acabáramos de salir de un baño en una fosa séptica.

—¿Hay ducha, aquí? –pregunté inocentemente.

Callum señaló hacia la peana con la palangana.

Nuestras ropas estaban impracticables y nosotros necesitábamos un lavado completo.

—¿A qué temperatura está el agua del mar en esta época del año? – pregunté.

—¿Estás loca? ¡Cogeríamos hipotermia!

Tenía que pensar con rapidez. Podía llevar a Callum a mi cottage. Allí podríamos tomar un baño caliente y lavar la ropa. Pero no quería ni pensar cómo quedaría la tapicería del Micra. Seguro que no me devolvían la fianza. Entonces tuve una idea. Una de aquellas ideas locas que solamente tienen éxito en las películas. Pero ¿acaso no había convertido ya mi vida en algo parecido a una película?

—Colin pasa toda la semana aquí. ¿Dónde se ducha?

—En su caravana. Tiene todas las comodidades y hasta diría que le pagan más que a mi. Pero está cerrada con llave.

—Eso no puede ser tan grave – dije dirigiéndome a la puerta—. Sígueme. Salimos afuera y nos encaminamos hacia la roulotte. Efectivamente, la puerta estaba cerrada. Comprobé cada una de las ventanas. Estaban selladas. Aquello era un búnker. Maldije interiormente haberme cortado el pelo. De haber tenido una horquilla a mano tal vez hubiera podido abrir la cerradura. Cuando era adolescente Fran me enseñó cómo hacerlo, aunque la verdad era que practicábamos con las puertas de los coches y habíamos roto más de un cierre en el intento. La de broncas que nos había costado el jueguecito.

—¿Sabes si hay un respiradero en el techo?

Era mi última carta.

—¿La vida contigo siempre es tan excitante? –me devolvió el dublinés. Pensé que la cena le había sentado de fábula. Era la primera ironía de la noche.

Tuve que reconocer definitivamente que la vida real no tenía nada que ver con la que nos vendían los productores de cine romántico. ¿De veras pensaba colarme en la roulotte de un segurata para tomar una ducha con un ex creativo de la televisión irlandesa? ¿Hasta ese punto de enajenación mental había llegado? Pronto no sería capaz ni de diferenciar la realidad de la ficción más barata.

—Está bien —resolví—. Te vienes a casa conmigo.

—¿Cómo?

—Bueno, Colin no va a llegar hasta mañana por la tarde –le informé—. Eso suponiendo que no llegue la madrugada del lunes, claro.

—¿Y tú cómo lo sabes?

El pobre no salía de su asombro.

—Es una historia muy larga. Si quieres te la cuento en el coche.

Le mandé a coger ropa limpia y me quité el impermeable. Luego lo coloqué sobre el asiento del copiloto del Micra, pero al revés, con la parte limpia cubriendo la tapicería. Entonces me acordé de que no había comprobado que la oveja tuviera suficiente comida y agua. A saber, si Callum no se había acercado a ella en toda la semana, igual tenía el pesebre vacío.

Corrí hasta la cuadra. La oveja me recibió con un belido. Se había levantado y estaba tragando grandes cantidades de agua de un bebedero de plástico con capacidad para cincuenta litros, como poco. Me alegré lo indecible. Igual hasta se recuperaba por completo. Si Callum vencía sus miedos y conseguía hacerle tragar el antibiótico con una jeringuilla y masajearle las ubres a diario, tal vez en una semana su leche sería aprovechable.

Saqué unos manojos de alfalfa de un rollo compacto que había en un rincón y se los distribuí por el comedero. Perfecto. La tenía arreglada hasta la mañana siguiente.

Me largué de ahí pensando en cómo me gustaba cuidar del ganado. En ocasiones pensaba que todo mi instinto maternal se iba por esa vía.

Cuando llegué al coche Callum estaba hecho un basilisco.

—¿Se supone que tengo que sentarme sobre este montón de mierda? Señalaba mi chubasquero. —El coche no es mío. Y tú también estás hecho un buen montón de mierda. ¿No lo ves?

Se miró de arriba abajo. Su exclusivo plumón estaba lleno de manchas, los pantalones tenían pegotes de estiércol. Había hebras de heno hasta en su pelo, que se le pegaba al cráneo como un patético gorro de piscina. La verdad era que daba más pena que

asco. Pero parecía que no se había percatado de ello hasta el momento. Entonces prorrumpió en una risa incontrolable. Casi histérica.

Tuve que darle un empujón para que entrara en el coche y puse rumbo a mi cottage.

A medio camino encontró mi paquete de cigarrillos mientras hacía el curioso por la guantera.

—Estaba buscando tu pasaporte —me confesó—. ¿Cómo sé yo que no eres una psicópata?

—¿Qué prefieres? –le ofrecí sin inmutarme siquiera—. ¿Pasaporte o tabaco?

—Tabaco, sin duda –dijo sin pensarlo—. Deja que me fume un par de esos y te garantizo que luego voy a dejar que hagas conmigo lo que quieras. "Qué más quisieras", pensé para mis adentros.

¡Sería creído el espantapájaros ese!

—Oye, podríamos bautizar a la ovejita, ¿no te parece? –preguntó tras una primera y larguísima calada. Lo que me faltaba. El estigma urbanita no desaparecía ni frotándolo con barro.

—¿Y cómo quieres llamarla? – pregunté con estoicismo.

—Me gusta Rose.

Casi me salgo de la carretera. Mamá se llamaba Rosa.

—Es un nombre muy bonito – dije tragándome una lágrima.

—¡Pues adjudicado! –exclamó animado.

Después de eso ya no pude quitarme a mamá de la cabeza en todo el camino.

13

¡Qué calentito se estaba en casa!

Mandé a Callum al baño, no sin antes recordarle que metiera la ropa en la lavadora. Por mi parte, me quité todos los trapos de encima hasta quedarme con el pijama. Estaba limpio, aunque toda yo olía a rebaño.

Encendí la chimenea, me lavé las manos en la cocina y puse agua a calentar. Enchufé la radio y consulté el reloj. ¡Eran más de las tres de la madrugada! Sin embargo, me encontraba con energía suficiente como para ir andando a Dingle e invitar a una ronda a todos los del pub.

Desde luego, el trabajo de campo me sentaba fenomenal. ¿Me habría equivocado vendiendo las vacas? Era la primera vez que me formulaba seriamente aquella pregunta. Siempre que me habían acechado las dudas había pensado que tal vez el error había sido dejar un trabajo que se me daba bien, el único que sabía realizar a la perfección, para el cual mi madre me había ido preparado desde el primer día. Asimismo, la incerteza del futuro era algo que también había conseguido sumirme en un pozo de angustia. ¿Hacia dónde orientaría mi vida? ¿A qué me dedicaría? Y lo que era más importante ¿qué haría si las cosas no me salían bien?

Preguntas semejantes eran las que merodeaban por mi cabeza cuando me cuestionaba si había sido o no un error tomar una decisión tan drástica. Pero lo que nunca llegó a pasar por mi intelecto era si realmente había podido ser tan estúpida como para darle la espalda al empleo de mi vida. El único trabajo que me hacía sentir viva, algo que me apasionaba, que hacía que las horas me pasaran volando y que me llenaba de satisfacción. Ése era un pensamiento de lo más peligroso. Y precisamente aquella noche, tras salvarle la vida a una pobre oveja irlandesa, mi privilegiada mente acababa de producirlo.

¿Y si realmente había cometido la peor equivocación de mi vida? Me pareció que el suelo temblaba bajo mis pies. ¿Sería capaz de volver a empezar desde cero? Recursos no me faltaban, pero ahora estaba sola, ya no podía contar con la ayuda de mamá. Y podía suponer que mi buen vecino pastor iba a limitarse en el futuro a mantener una cordial y distante relación conmigo. No quería tener que empezar a pedirle favores porque me ausentaba un par de días para ir a ojear un buen ejemplar de vacuno al otro lado de los Pirineos.

Tentada estuve de arrancarme el pelo a tirones.

Sin embargo, mis oscuras intenciones se vieron interrumpidas por la aparición en escena de un flamante Callum. Ya no parecía un espantapájaros. Ahora más bien recordaba a una gacela con peluquín. Sus inquietas pupilas no dejaban de moverse tras las gafas, tenía la manía de frotar las yemas de sus dedos sobre si mismas constantemente, era incapaz de mantener los dos pies a la vez sobre el suelo y emitía continuos ruiditos con la garganta, como si se le hubiera quedado una miga de pan tostado allí encallada y fuera incapaz de desatascarla.

—¡Huele a café! –exclamó animado.

—Y tú hueles como un bebé. Anda, sírvete lo que quieras, que yo me voy a dar un buen baño.

—¿Quieres que te frote la espalda?

¿Qué narices les pasaba a los irlandeses? Desde luego, los que no estaban pillados no era porque les faltaran ganas.

Decidí que lo mejor sería obviar el comentario.

—El fuego va a durar toda la noche. Puedes dormir en el sofá. Mantas tienes de sobra. Tras el baño me iré directamente a la cama. Buenas noches.

De repente estaba tan cansada que sólo me salían frases cortas. Había llegado al cottage en plena forma, pero tras tomarme la infusión mis niveles de energía habían bajado en picado. Me habría gustado hablar un poco con él, que me contara cosas sobre el reality y su vida allí, pero me veía totalmente incapaz de llevar una conversación en aquel estado. Mejor dejarlo para la mañana siguiente.

Callum pareció aceptar de buen grado mi ofrecimiento. Podría haber dormido en una de las camas de las otras dos habitaciones, pero tenía tan integrado en mi pensamiento que estaban reservadas para las chicas de *Cómete a un irlandés* que ni se me ocurrió la posibilidad de prepararle una. Además ¿por qué tenía yo que asumir semejante trabajo? Bastante había hecho ya con salvarle el culo a la única fuente de alimento que por el momento tenía en su destartalada chabola y llevándomelo luego a dormir en una casa decente, con comida en el refrigerador, calor de hogar, sin agujeros en el techo y a salvo de las corrientes de aire.

Tras el baño caí muerta en la cama. Hacía tiempo que no tenía aquella sensación tan agradable de cansancio físico. Últimamente parecía haberme especializado en otro tipo de agotamiento mucho más pernicioso, el mental.

Todo mi cuerpo cosquilleaba por dentro. Me recordó el agua de una olla segundos antes de la ebullición. Aquel bailoteo de diminutas burbujas que subían hacia la superficie como niños

saliendo al recreo o jóvenes acudiendo a una gran fiesta. ¡Una fiesta! ¿Cuánto tiempo hacía que no acudía a una? Ni me acordaba. Lo más parecido a una fiesta que tenía en mente era la cena improvisada en el garaje de *Cómete a un irlandés*, la noche anterior al entierro de mamá.

¡Quedaba todo tan lejos! Parecía como si la distancia física acrecentara mucho más la distancia temporal. Lo mejor de estar alejada de casa era que casi no echaba de menos a mamá. Era como si se hubiera quedado en la granja, esperándome. Podía suponer que al regresar se avivarían muchos recuerdos y retomaría mi duelo. ¿Estaba preparada para ello? No lo sabía. Pero todavía faltaba mucho para aquello. Llevaba poco más de una semana en Irlanda, aunque me habían sucedido muchas más cosas en ese poco tiempo que en los últimos diez años. Mi vida había sido siempre de lo más monótona. El mismo trabajo, los mismos horarios, la misma ropa, las mismas caras. Resultaba estimulante salir de aquella espiral tan conocida y ver un poco de mundo. Respirar otro aire. Aunque la verdad era que mi destino no era especialmente exótico o cosmopolita. En realidad, me había largado a un lugar muy parecido al de donde procedía. Lo único era que se encontraba en otro país. Había llegado a pensar que, en el fondo, la gente se parecía mucho fuera cual fuera su lugar de origen, pero incluso así cada día escondía dentro de su concha la perla de una sorpresa, algo que aprender. Si no fuera porque me había dado cuenta de que sí que echaba de menos a alguien, no me hubiera importado quedarme en Irlanda unos cuantos meses.

Pensé que lo mío no tenía remedio. ¿Por qué narices había sido incapaz de apercibirme de lo que sentía por Fran cuando estaba junto a él? ¡Por el amor de Dios! ¡Vivíamos a sólo trescientos metros de distancia! ¡Se podría decir que llevábamos pegados toda la vida! Y tenía que ser precisamente entonces que había interpuesto dos mil quilómetros de mar y tierra entre nosotros que me enteraba de que en realidad lo que deseaba era estar con él. Con el hombre al que había incordiado de mala manera hasta acabar por hacerle la vida imposible. Con un hombre que había llegado al punto de retirarse a pasar el duro invierno pirenaico en lo más alto de las montañas para no tener que soportar ni un minuto más mi presencia.

Fenomenal.

De pronto me vi sacudida por un ataque de llanto incontrolable. Enterré mi rostro en la almohada para que Callum no pudiera escucharme. Sólo me habría faltado que hubiera subido a consolarme. De todas formas, tuve que tragarme las lágrimas al salir a buscar un rollo de papel de váter al baño. De otro modo, lo que

hubiera acabado por tragarme eran los mocos.

Estaba sentada en la taza, vaciando mi vejiga a la vez que me peleaba con el plástico de un paquete nuevo de rollos de papel al que parecía que habían sellado con super glue, cuando escuché que sonaba mi móvil.

Mi primer pensamiento fue que estaba alucinando. ¡No podía ser! ¡Debían ser más de las cuatro de la madrugada! Agucé el oído. ¡Sí! ¡Era mi teléfono! Corté la meada lo mejor que pude, me subí las bragas sin contemplaciones y salí al rellano como si fuera la taza de váter quien me hubiera expulsado de allí por incompetencia.

Entonces ocurrió algo que me descuartizó por dentro. Me llegó la voz de Callum. Había contestado a la llamada.

Me precipité por las escaleras para llegar a tiempo de arrebatarle el móvil antes de que ocurriera un desastre irreversible.

—¿Carmín? Sí, sí, está aquí. Está durmiendo –decía hablando alto y muy despacio en su propio idioma—. Sí, Carmín. ¡Sí, Carmín! Está aquí, conmigo.

El salón estaba a oscuras. Aun así, avancé en línea recta hacia la pequeña luz que proyectaba la pantallita del móvil. Tuve que tragarme varios muebles en mi avance napoleónico, pero al fin llegué.

—¡Dame el móvil, pedazo de idiota! –grité saltando sobre él.

Callum pegó un brinco hacia atrás, posiblemente asustado por la ferocidad de mi ataque.

Caí encima de la mesilla auxiliar, golpeándome los dientes contra algo muy duro. Pero mi estado de excitación era tal que ni siquiera me dolió. Me arrastré hasta mi objetivo y forcejeé con él para arrebatarle el teléfono de las manos.

—¡Estás loca! –exclamó el dublinés, acorralado entre mis piernas.

—¡Lo sé! ¡Todo el mundo me dice lo mismo! ¡O sea que más te vale darme el teléfono de una puta vez o te mato!

Estaba completamente fuera de mí. Me daba hasta miedo. Pero había algo que me daba muchísimo más miedo. Creía saber quién estaba al otro lado de la línea. Era Fran. Estaba segura de ello. Y por nada del mundo podía permitir que sacara conclusiones equivocadas acerca de quién le había contestado al móvil.

—¡No lo tengo! ¡Se me ha caído! ¡No lo tengo! –gritaba Callum tratando de defenderse.

Mierda.

Abandoné la lucha y me puse a palpar el suelo con ambas manos. —¡Fran! ¿Estás ahí? ¡Soy Carmín! ¡Háblame! ¡Fran! ¡Di algo! Te estoy buscando… ¡Fran! Fran…

Mis súplicas murieron en un sollozo desgarrador.

Me ovillé en el suelo, llorando desconsoladamente.

Callum debió quedarse quieto un rato. Luego pude escuchar cómo se ponía en pie y se alejaba de mí.

Mucho mejor. Por mí como si se largaba de allí en pijama. Pero no tuve tal suerte. Tras unos segundos de búsqueda a ciegas dio con el interruptor que había en la pared, justo al lado de la puerta de entrada. Lo accionó. La cálida luz me sentó como un puñetazo en los ojos. A pesar de no llevar las gafas y de tener las pupilas del tamaño de un guion, enseguida di con el teléfono. ¡Por algo me lo había comprado de color rojo! Había ido a chocar contra el zócalo, bajo el ventanal.

Me abalancé sobre él y accioné la pantalla. Fuera quien fuera quien estuviera al otro lado ya había colgado. Me lo acerqué a medio centímetro de las retinas y busqué las últimas llamadas recibidas. A las cuatro y diecinueve había una de Fran.

¡Lo sabía!

¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! Miré a Callum con odio. El pobre no comprendía nada.

—¿Qué ocurre? –preguntó acercándose hacia mí.

Su voz parecía asustada y sus movimientos inseguros. Claro. Tampoco llevaba gafas. Éramos dos miopes tratando de enfocarse mutuamente. Siguiendo con mi recientemente descubierto estilo de histérica perdida me dio por soltar una risotada. Entonces noté que la boca me dolía horrores. —¡Au! –exclamé llevándome una mano a los labios.

—Tú estás muy mal, pero que muy mal –puntualizó mi compañero de penurias algo más relajado.

Llegó donde yo estaba y se arrodilló a mi lado con vocación de enfermera.

—No lo sabes bien –dije palpándome los dientes—. Creo que me he roto un incisivo.

Una vez más, no podía creerlo. Qué cierto era que en Irlanda cada día escondía una sorpresa. Realmente en aquel lugar me estaba ocurriendo de todo.

No sabía si quería seguir con tamaña relación de sucesos. A pesar de haber crecido en un entorno no exento de peligros, mi integridad física nunca se había visto tan amenazada como allí. ¡Nunca antes me había roto nada! Exceptuando una uña de vez en cuando, claro. ¡Y qué, si ahora había sido solamente un diente! Aquello era sólo el principio. Una advertencia de lo que iba a pasarme si decidía prorrogar más tiempo mi estancia en aquella isla.

—Déjame ver –dijo Callum poniéndose las gafas.

Abrí la boca como si me lo hubiera ordenado un dentista.

—Creo que tengo malas noticias –habló el doctor—. No te has roto uno, te has roto dos.

Por un instante me dio igual. Luego mi mente retomó el control y salí disparada hacia el cuarto de baño. Me puse las gafas. Abrí la boca frente al espejo.

¡Horror!

Aquello era abominable. ¡Mi dentadura había cambiado por completo! Estuve un buen rato contemplando los restos del naufragio. La risa se me había pasado de golpe pero tampoco disponía de muchas reservas de lágrimas para malgastar. Mis dos incisivos centrales superiores formaban una uve invertida en el lugar de su unión. Cuando cerraba la boca y mostraba la dentadura se veía un triangulito negro justo en el centro de mi sonrisa.

Me acordé de Frankenstein. Y del Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Yo era Mr. Hyde, por supuesto. También pasaron por mi mente otras dentaduras emblemáticas. La del jorobado de Notre Dame, la de la Momia, la del Hombre Lobo. Cualquiera de ellas me parecía mucho más atractiva que la mía. Y para colofón me vino a la memoria Jerry Lewis en el Profesor Chiflado. Mejor imposible.

Me tragué un par de ibuprofenos que había metido en mi neceser de pura casualidad, antes de salir de casa, y decidí que no volvería a hablar en público nunca jamás. Lástima que las promesas que me hacía a mi misma me duraran lo que un caramelo en la salida de una escuela.

Regresé al salón en un estado de semi shock. Callum había preparado té. Me acercó una taza.

—Bebe despacio –me recomendó.

Me senté en el sofá y di un sorbo de pajarito. Tenía la certeza de que el nervio dental había quedado de lo más sensible y me recompensaría con un latigazo.

Pero no ocurrió nada. Eso era un síntoma inequívoco de que mis nervios en general ya estaban completamente destrozados.

—Tendrán que sacarme los dientes y ponerme dos implantes –dije con el alma en pena—. O esto o asumir que voy a pasarme el resto de mi vida ahuyentando a los niños y a los hombres de mi lado. Sólo me comprenderán los abuelos.

—No seas tonta. Si se te han roto sólo un poquito. Esto te lo va a arreglar el dentista con algo de empaste en un periquete.

El tono de Callum resultaba conmovedor.

—¿A ver? –preguntó.

Le dediqué un ejemplar de mi nueva sonrisa.

—Pues yo creo que te da un toque muy interesante.

¡Y un cuerno!

—¿Sabes que acabas de pisotear la última esperanza que tenía

de retener a mi lado al hombre que quiero?

Se me quedó mirando perplejo. Asentí tristemente.

—¿Pretendes hacerme creer que te he alejado de alguien de quién tú misma pareces haber huido viniéndote a enterrar en un sitio como éste?

Tuve que darle cierto tiempo a mis neuronas para comprender toda la oración.

Bueno. Yo era buena persona y él tenía razón, así que dejé de odiarle. Por lo menos sólo un poco.

—¿Te da miedo el amor? – preguntó Don Sabihondo.

—No me vengas con psicología barata, que no estás tú en situación de dar muchos consejos –contesté poniéndome a la defensiva.

—Tienes razón –reconoció clavando la vista al suelo.

Apuramos nuestras tazas en silencio.

—Puedes llamarle mañana y se lo explicas todo –propuso—. Lo haría yo, pero no creo que me entendiera. No hablaba inglés.

Este último comentario me hizo gracia.

No, Fran no hablaba inglés. De hecho, creo que antes se tiraría un mes entero durmiendo en el estercolero que apuntarse a un cursillo de inglés. En realidad, siempre había tenido la impresión de que cualquier excusa le parecía buena para echarse a dormir en el estercolero.

—Déjalo –dije levantándome—. Me voy a la cama. Con un poco de suerte tal vez entro en coma y me despierto dentro de diez años en mi propia casa, con los dientes arreglados y el que tenía que ser mi novio durmiendo sin camiseta al lado. ¿Te parece? Asintió en silencio.

—Lo siento –se disculpó—. No debería haber cogido tu teléfono. Fue un acto reflejo. Aquí donde me ves, antes de mi destierro yo era alguien en el mundo de la televisión. Me llamaban a todas horas. Supongo que me pilló dormido y contesté mecánicamente. Se le veía realmente abatido. —¿Sabes qué? En realidad no importa. Lo mío con el tipo ése estaba ya absolutamente perdido.

—No digas eso –me riñó algo indignado—. ¿A santo de qué iba entonces a llamarte a estas horas de la madrugada?

No tenía ni idea. Con todo el altercado que yo misma había montado se me había olvidado formularme la pregunta central. ¿Para qué me llamaba Fran a esas horas? ¿Acaso le había ocurrido algo a Luisa? ¿Una agravación? ¿Una recaída? Contraer una neumonía a su edad no era moco de pavo. ¡Ahora sí que no iba a poder pegar ojo en lo que quedaba de noche!

Sin pensármelo dos veces cogí otra vez el móvil y pulsé su nombre. Fran. Una especie de calambre me recorrió por dentro al

verlo escrito en la pantalla. El contestador saltó enseguida. Era evidente que lo había apagado. Tal vez para siempre.

Quise dejar un mensaje, pero tenía tal nudo en la garganta que no me salió ni una palabra.

Tenía que empezar a hacerme a la idea de que mi vida había realizado un giro de ciento ochenta grados en poco más de unos meses. Y no me gustaba el resultado. Pero eso no era lo peor. Una vez más, lo peor era que había sido yo quien me había empujado hacia aquel lugar lleno de incertidumbres, sinsabores y oportunidades perdidas. —Buenas noches –susurré a Callum arrastrando mis cadenas hacia la escalera.

¡Qué rabia! A Callum sí que había podido dirigirle la palabra.

Como era de esperar, tras la doble dosis de antiinflamatorio y el cúmulo de intensos sucesos que había vivido en las últimas veinticuatro horas, me quedé frita nada más caer en la cama. ¡Con lo heroica y romántica que me había parecido la perspectiva de pasarme la noche lamiéndome las heridas! Pero eso era algo que solamente le habría ocurrido a Francine. Aunque mi vida estuviera hecha polvo, mi cuerpo estaba mucho peor y era él quien tomaba las riendas en los casos extremos. Me obligó a dormir a pata suelta hasta bien entrado domingo.

Me despertó Callum, llamando con suavidad en la puerta. Me costó una barbaridad centrar la cabeza, ordenar todo lo que había pasado la noche anterior y hacerme cargo de que tenía la obligación de devolver al dublinés a su humilde residencia.

Me tapé la cabeza con el edredón. No me apetecía en absoluto moverme.

Nuevos repiqueteos.

—¿Carmín?

No me iba a librar tan fácilmente de los deberes contraídos. —¡A-de-lan-te! –grité arrastrando cada sílaba.

Callum asomó la cabeza por el marco. Parecía otra persona. Se le veía fresco, casi alegre. Como recién salido de un anuncio de cosmética para hombres.

—Habría que darle la segunda dosis de antibiótico a Rose, ¿no crees?

Todas las células de mi cuerpo se sincronizaron para obsequiarme un tremendo brinco. ¡Tenía razón! ¡Cómo había madurado aquel chico en tan sólo unas horas! A la vista estaba que destrozarle la vida a los otros, aunque fuera sin querer, le hacía recapacitar.

Su interés por dar continuidad a la hazaña que habíamos logrado salvándole el pellejo a su mascota me hizo sentir una punta de orgullo.

—Gracias. Muchas gracias, de verdad –dije saliendo del sobre y dedicándole un abrazo.

Una oveja enferma era lo único que había en este mundo que habría podido sacarme de la cama.

Me vestí en un santiamén y bajé al salón. El desayuno estaba servido en la mesa. Había tostadas, mantequilla, compota de fruta y café. Muy continental. Pensé que últimamente no paraba de dar con hombres aficionados a prepararme la primera comida del día.

—Tenemos que darnos prisa – me recordó—. Pronto será mediodía.

—En media hora estamos en el coche –aseguré dándole una primera capa de pintura a mi tostada.

Comimos en silencio, como suelen hacer los que están o demasiado aburridos o demasiado hambrientos. Lo nuestro era lo segundo.

Todavía no habíamos acabado cuando escuché el ruido de un motor en el exterior. Era domingo. ¿Quién podía ser? ¿La viuda Ó Conaill viniendo a cobrar la semana tras la misa ritual? ¿Alguien que pretendía dar un paseo por la playa? El día había amanecido soleado y eso era todo un acontecimiento para la tribu de rostros pálidos de Dingle. Tenía comprobado que perdían la chaveta por una dosis extra de rayos UVA.

Fui hasta la ventana y husmeé a través de los visillos, en plan vecina cotilla.

El corazón me dio un vuelco tan grande que casi devuelvo el desayuno de la impresión. ¡Eran Erin y su pandilla! Uno a uno, fueron saliendo de la camioneta. Ryan, Lorcan, Aileen y… ¡Joder! ¡También estaba Nigel! Sólo faltaba la otra pareja del primer día. No recordaba sus nombres. La chica que parecía Cleopatra y su novio, el Marco Antonio rubiales.

Venían directos hacia el cottage.

Giré en redondo,

—¡Han llegado unos amigos! – anuncié con determinación—. No pueden encontrarte aquí. Escóndete en mi cuarto y no hagas ruido. Ya te avisaré en cuanto haya podido librarme de ellos. ¿De acuerdo?

Por la cuenta que le llevaba, Callum salió pitando a cumplir con mis órdenes, no sin antes cuadrarse como un soldado raso ante su sargento.

—Eres un amor –le agradecí. En realidad, el favor se lo estaba haciendo yo a él. Lo último que hubiera querido el dublinés era ser descubierto fuera de su campo de concentración. De haberse enterado de ello en la cadena de televisión, se le habría caído el pelo. A él y a su guardián, Mr. Colin Smith.

Fue desaparecer Callum de mi campo de visión y escuchar que llamaban en la puerta. Me dirigí hacia allí a paso de tortuga.

—¿Quién es? –pregunté en plan "abuela de Caperucita Roja".

—¡Venga Carmín, que te hemos pillado espiándonos por la ventana! – exclamó Erin divertida.

Me planché el pelo con las manos y abrí la puerta con una sonrisa amistosa.

—¡Joder! –soltó Aileen sin poder disimular su asombro— ¿Qué te ha pasado en la boca?

La cerré de inmediato. ¡Me había olvidado totalmente del triángulo de las Bermudas!

Entraron todos en troupe y se me amontonaron encima.

—¿Qué ocurre?

—¿A ver?

—Abre la boca, Carmín, por favor.

—¿Puedo mirar?

—¡Basta ya! –tuve que gritar, separándome de ellos—. Un momento, por favor. No seáis tan pesaditos que os hecho de aquí de una patada en el culo, ¿eh?

Se controlaron como unos colegiales ante la monja más permisiva del colegio.

—Me he roto un par de dientes, mirad.

Les obsequié con una falsa sonrisa.

Se quedaron mudos.

—Ya sé que parezco la novia de Frankenstein, pero tampoco hay para tanto. Vamos, digo yo.

—Estás un poco rara, la verdad –reconoció Erin.

—¿Tendrá arreglo, no? – preguntó Aileen.

Los chicos callaban.

Miré a Nigel instintivamente. ¿Era cirujano plástico, no? Al menos podría darme su opinión de experto. Gracias a Dios que se percató de ello. —Déjame ver –dijo acercándose hacia mí—. Siéntate en esta silla, bajo la luz.

Hice lo que me pedía y abrí la boca de par en par.

El rostro de Nigel se inclinó sobre mí como si fuera a besarme. Me encantaba su colonia. Cerré los ojos para deleitarme en el recuerdo del tórrido beso que nos habíamos dado en el pub. Pero en lugar de ello sólo pude pensar en Fran. Volví a abrirlos de inmediato.

"Mira que eres tonta del bote", pensé para mis adentros.

—Cierra la boca. Sonríe. Ábrela otra vez –iba diciendo el falso dentista. Yo obedecía sin rechistar. Me pidió que esperara un segundo y fue a lavarse las manos en el fregadero. El resto de rostros se abalanzó sobre mí con curiosidad. Les deleité

mostrándoles mi nueva dentadura desde todas las perspectivas posibles.

—¿Te pasa un cigarrillo por el agujero? –preguntó Ryan divertido.

Podría haber llorado, pero la pregunta tenía tanta gracia que empecé a desternillarme de risa.

—¡Serás idiota! –contestó su mujer propinándole una cariñosa colleja.

Lo único que hizo Nigel al regresar fue pasar un dedo por el canto de los dientes rotos.

—¿Has guardado los trozos? – preguntó.

—¿Qué?

—Cuando te los rompiste saltarían un par de fragmentos. ¿Pudiste encontrarlos?

—No los busqué.

Buena estaba yo la noche anterior como para ponerme a buscar pedacitos de dientes por los rincones. —¿Importa eso? –pregunté algo alarmada.

No había barrido el suelo, así que si era realmente importante recuperarlos lo veía factible.

—El corte es bastante limpio – informó Nigel—, podrían volver a pegarse. Claro que eso tiene que valorarlo un dentista. Pero de todas formas no te preocupes, con un poco de empaste te lo van a dejar perfecto. No va a notarse la diferencia.

Callum había dicho lo mismo. Y yo que pensaba que se lo había inventado para consolarme y evitar que me cortara las venas durante la noche. —¿Cómo te lo hiciste? – preguntó.

¿Y ahora que le contestaba?

—Sexo duro –dije saliendo del apuro con una sonrisa.

Era evidente que era una broma.

Me levanté de la silla para dar por finalizado el interrogatorio.

—Menudo desayuno –dijo Erin mirando la mesa— ¿Tienes compañía? Negué con la cabeza.

—Ya –contestó escaneando el salón con la mirada.

¿Qué buscaba? ¿Más indicios de una oculta presencia masculina? —Es que me he levantado con un hambre de lobo —inventé—. Y cuando estoy hambrienta como por dos.

—¿Ah, sí? En Irlanda sólo suelen comer por dos las embarazadas – apuntó Aileen.

—Qué mentirosa eres –la regañé—. Aquí todos coméis por dos, lo que pasa es que las embarazadas comen por cuatro, que me he fijado.

—Pues ya sabes lo que te toca, cielo –dijo Ryan besando a Erin en la frente. ¿Lo había oído bien?

Me quedé mirando a la pareja. Luego miré a los otros, uno por uno. Estaban todos radiantes.

—Veníamos a darte la noticia – dijo Erin—. Nos enteramos esta mañana.

Sacó un termómetro digital de su bolso.

—Mira –dijo mostrándomelo con orgullo.

Un análisis más cercano reveló que aquello no era un termómetro, sino un test de embarazo. Una línea rosa cruzaba una diminuta pantallita amarillenta en vertical.

—¿Si sale rosa es que va a ser niña? –pregunté con la inocencia de quien nunca se había planteado tener que usar semejante artefacto.

—¿Qué dices? –exclamó Erin—. Es demasiado pronto para saber el sexo. Esto sólo indica que los chicos de Ryan dieron en el blanco. ¡Estoy embarazada!

A continuación tuvo lugar una breve crisis de histeria colectiva de la que me vi obligada a participar con efusivos abrazos.

Sólo podía pensar que Callum estaba allí arriba escuchando toda aquella algarabía. Recé para que no lo confundiera con un atraco a mano armada y bajara a defender el honor de su salvadora.

—¿Te vienes con nosotros a la playa? –preguntó Aileen en cuanto los ánimos se hubieron calmado un poco—. Hemos preparado un picnic.

Imposible. Pero ¿cómo iba a decírselo?

Tras pensarlo detenidamente durante dos segundos —¡todo un récord! —, resolví que la única posibilidad que tenía de salir de aquel atolladero sin revelar la identidad de mi invitado era descubrir el cincuenta por cien de la verdad y tergiversar un poco la otra mitad.

—Bueno, teníais razón –confesé con un atisbo de falsa culpabilidad—. He pasado la noche acompañada. Él está arriba, en la ducha…

—¡Preséntanoslo! –soltaron las chicas a la vez.

—No puede ser –dije negándome en redondo—. Eso es imposible, de verdad.

—¿Por qué? –preguntaron todos. No tenía ni idea de qué responder.

—Es… es… —¿era qué?— Es fotosensible. ¡Eso!

Nigel tuvo un bajón de campeonato. Seguramente estaba tratando de comprender cómo pude plantarle por alguien con una tara que no podía ser solucionada fácilmente con un bisturí.

—¿Que es qué? –preguntó Lorcan.

—Fotosensible –contestó su novia—. Que le sienta mal la luz solar. —Exactamente —corroboré—. Si le toca el sol le salen una

especie de ronchas rojas en la piel, por todo el cuerpo. Le escuecen un montón pero incluso así no puede rascárselas, porque si no se le descaman y empiezan a sangrarle.

—¿Te has echado un novio vampiro? –preguntó Ryan con una media sonrisa que dejaba bien claro que no se creía nada de aquello.

—Podemos correr todas las cortinas y dejar sólo la luz de la cocina –propuso Aileen.

—Sí, podríamos –dije exprimiendo al máximo cada una de mis neuronas—, si no fuera porque también tiene sensibilidad química.

—¿Cómo? –volvió Lorcan. —Si prestaras la misma atención a los telediarios que a los partidos de rugby dejarías de parecer tan mentecato –lo riñó Aileen—. Eso significa que le sienta mal tocar o inhalar productos químicos, como los jabones, perfumes, el humo de los cigarrillos o los gases de los tubos de escape.

—¿De veras existe gente así?

—Pues sí, y lo pasan muy mal, para que lo sepas –contestó Aileen pidiendo auxilio al cielo.

—Oye –dijo Lorcan dirigiéndose a mí— ¿A tu ligue hay algo que le siente bien?

—Todo el resto –contesté sin mucha convicción.

De repente me sentía fatal. No debería haber puesto una excusa tan ridícula. No me parecía justo por toda la gente que realmente padecía enfermedades tan difíciles de tratar. Pero ¿qué podía hacer? Mi segundo yo había tomado el control de la situación y me había llevado hasta aquel punto de no retorno. Era como cuando no podía dejar de pensar bobadas el día que murió mamá. Sabía cuáles debían ser mis sentimientos, cuáles mis pensamientos y cuál era la forma correcta en la que debía comportarme. Y sin embargo, mi mente me traicionaba haciendo que imaginara sandeces, que me preocupara por soberanas tonterías y que decidiera coger la ranchera para ir a realizar una disparatada compra al hipermercado.

Por más que lo intentara, no conseguía sustraerme a mi propia y perniciosa influencia. Y ¿cómo terminaba todo? Pues metida en un cottage en una de las costas más inhóspitas de Irlanda, con el protagonista de un reality escondido en mi cuarto como si se tratara de un aviador británico y yo fuera una francesa de la resistencia, y una cuadrilla de agentes de las SS husmeando por todos los rincones a ver si daban con él. Había tenido que mentirles. ¡Pues claro! —Entonces será mejor que no te molestemos más –concluyó Erin—. Si os apetece venir más tarde, vamos a estar cerca del acantilado.

Le di las gracias de todo corazón. Erin era la persona más sensata que en aquellos momentos había en mi vida.

—Iba a acompañar a mi chico a su bed and breakfast –improvisé para dejar bien claro que era un extraño al que no había ninguna posibilidad de que conocieran de algo—, así que a la hora de comer ya estaré de vuelta. ¿Contáis conmigo?

Hubo un "por supuesto" general. Menos mal.

—¿Puedo subir un segundo al baño? –preguntó Lorcan antes de salir. —¡Ni lo sueñes! –acudió en mi ayuda Aileen—. A mear a fuera, ¿tienes miedo de que se te congele?

—¿Te daría miedo a ti, si se me congelara?

Salieron de mi casa sobándose el trasero. Les siguieron Nigel y Ryan. —¡Recoge los fragmentos! –me recordó Nigel antes de subirse al vehículo.

Tardé en comprender que se estaba refiriendo a los pedacitos de diente.

—Erin –la llamé antes de que se marchara—. Gracias.

—Tiene que ser alguien muy especial, para que lo escondas tanto. —Si tú supieras… te prometo que antes de regresar a mi país te lo cuento.

Se quedó algo sorprendida. —¿Le conozco?

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que aquí hay gato encerrado –dijo reflexivamente—. Pero de lo que estoy segura es de que con éste no te has enrollado. Es evidente que ha dormido en el sofá. Y habéis desayunado en la mesa, no en la cama, como sería natural tras una primera noche de pasión. No, no. Hay algo que no encaja.

—¡Qué miedo das! ¿Te ha poseído el espíritu de Sherlock Holmes o qué?

—Nada de eso. Es que el embarazo agudiza el olfato –hizo una pausa—, el olfato de sabueso.

Nos echamos a reír y nos despedimos con un abrazo.

Me quedé en la puerta hasta asegurarme de que la camioneta desaparecía por el camino de la playa y luego subí hasta mi habitación sin perder un minuto.

Callum estaba tumbado en mi cama. Había sacado la ropa de la secadora, la había doblado formando dos montones, la mía y la suya. Hasta había encontrado una jeringuilla en el botiquín del cuarto de baño y la había dejado encima de su ropa para que no nos la olvidáramos. Luego… ¡se había quedado dormido!

Aquel tío era como un bebé. Le dabas un poco de comer y se quedaba frito al instante. Tuve que zarandearlo para que reaccionara.

—¡Recoge, que nos vamos! –le grité a un palmo de la cara—. Pero antes tienes que ayudarme con algo.

Bajamos al salón y barrí el suelo a conciencia. A continuación

deposité todo lo que había conseguido reunir con la ayuda del recogedor encima de un papel de periódico y estuvimos un buen rato hurgando entre madejas de fibras de lana, bolas de polvo y restos deshidratados de comida. Había más de media docena de diminutas piezas blancas que fácilmente podrían haberse confundido con pedacitos de diente. ¿Cuál era su origen en realidad? ¿El canto roto de un plato de porcelana? ¿Los goterones de cera fría de una vela? Seguro que entre ellos estaban los restos de mi material genético, pero aunque me hubiera entretenido en desinfectarlos con lejía no podía llevárselos todos al dentista y que eligiera él los que encajaban mejor con mi agujero.

—¡A la basura! –dije haciendo una bola con la hoja de periódico y mandándola a la papelera junto con todo su contenido de desperdicio.

Ya habíamos perdido bastante tiempo con aquella locura. Que me arreglaran la dentadura con empaste, como se había hecho toda la vida. Mandé a Callum ponerse la capucha y mis gafas de sol graduadas antes de salir del cottage. A plena luz del día, todas las precauciones eran pocas.

—¡No veo nada! –se quejó en el camino hasta el coche— Eres mucho más miope que yo. ¿Por qué no te operas?

Después de las paranoias que había tenido con Nigel y de los dos dientes rotos, lo último en lo que quería pensar era en una operación, aunque fuera con láser y en los ojos.

Conduje despacio todo el camino. No quería tener ningún percance y me parecía que si controlaba la velocidad todo iría bien. Apenas nos cruzamos con un par de coches, pero no dejé que Callum se librara de mis gafas ni de la capucha.

—Tú cierra los ojos –le aconsejaba cada vez que se quejaba.

—No es sólo eso, es que tengo calor. ¿De veras no puedo quitarme el abrigo? ¡Voy tan tapado que parezco fotosensible!

Me reí por dentro, pero no quise dar mi brazo a torcer.

—¿Te apetece que alguien te reconozca y llame a la tele o a una de esas revistas cotillas para contárselo? —¿Pero quién va a reconocerme? ¡Aquí no hay nadie! ¡Sólo ovejas! ¡Y ni siquiera ellas se acercan a la carretera!

—¿Puedes dejar de gritar como una cotorra, que me duele el oído?

Realizamos el resto del viaje en silencio. Yo, a treinta por hora. Él, a cuarenta grados centígrados bajo su plumón térmico.

Lo primero que hicimos al llegar al cottage fue aparcar el coche en uno de los corrales de la parte trasera para evitar que se viera desde el camino e ir a comprobar el estado de la ovejita. Estaba estupenda. De pie, tragando alfalfa. Nos recibió con un largo balido.

Enseñé a Callum cómo había que disolver el antibiótico en agua y dárselo con la jeringuilla. Puso tanto empeño en aprender que le salió bien a la primera, aunque tuve que sujetarle el animal porque no conseguía vencer su miedo.

Luego comprobamos el estado de sus ubres. Se habían desinflamado casi por completo. La ordeñamos entre los dos. La leche todavía no era aprovechable, pero al menos parecía leche y ya no tenía grumos. Calculaba que en un par o tres de días ya sería apta para su consumo. Bien hervida, claro. Dedicamos el resto de la mañana a cortar leña con el hacha. Le mostré que había un truco para partir la madera sin partirse también la tibia y el peroné y estuvo practicando media hora, hasta que le salieron ampollas en las palmas de las manos.

Me las mostró con una mezcla de admiración y pavor en los ojos. —Mira qué me ha pasado. Su forma de hablar me hacía sentir como una maestra.

Me armé de paciencia para echarle un vistazo. Tenía la musculatura tan laxa y la piel tan suave que sus manos parecían haber sido diseñadas exclusivamente para empuñar lápices de punta fina.

—Dale gracias a tu jefa cabrona por haberte enviado aquí. Vas a acabar hecho un hombre. Garantizado.

—Yo no quiero cambiar – aseguró mirándome horrorizado.

Ni que le hubiera vaticinado que iba a convertirse en un escarabajo. —Era una forma de hablar. Pero ¿no se te ha ocurrido pensar que a lo mejor esta experiencia que a priori parece tan calamitosa, un castigo, va a servirte para crecer como persona? Podrías intentar verlo como una oportunidad para aprender, para adquirir nuevas destrezas y habilidades. De esta forma, podrías salir de aquí no aniquilado y hundido hasta la médula en el fango que te rodea sino fortalecido, victorioso. Transformado en un Callum mejor. Estarás preparado para plantarle cara hasta a tus propios demonios, a tus miedos. Incluso a tu gran jefa.

Mi discurso iba subiendo de tono. La cara de Callum iba atravesando toda una paleta de expresiones. Yo estaba que me salía. Parecía que acabara de tragarme un manual de psicología del desarrollo, otro de crecimiento personal y lo último en cómo convertir tu vida en un éxito. Al acabar estaba eufórica. Siguieron unos instantes de silencio. —¿Esto es lo que estás haciendo tú en Irlanda? –me preguntó de sopetón. Touché.

Me disculpé un momento y entré en el cottage. Me senté frente al hogar y encendí un cigarrillo. Aspiré el humo y lo solté con tanta intensidad como si quisiera sacarme un demonio de dentro. Frente a mí, el fuego hacía crepitar con fuerza la corteza de los troncos. Era

un ruido que sonaba igual allí que en mi propia casa, en una playa de las Bahamas o en un rincón perdido de la Patagonia. Un sonido universal. Me habría gustado que mi propia alma sonara también igual en cualquier sitio. Pero no ocurría así. No era lo mismo estar en Irlanda que en casa. El paisaje no era el mismo, las personas que me rodeaban no eran las mismas y eso hacía que mis propios sentimientos cambiaran. Era fácil querer a alguien cuando todo lo que se tenía de esa persona eran recuerdos. Cuando no era posible situarse frente a ella y relacionarse con ella más allá de lo que permitía una llamada telefónica.

Me moría de ganas de estar con Fran, pero aun así tenía el convencimiento de que cuando volviera a verle me daría cuenta de que había algo duro y denso instalado entre los dos, alejándonos, separándonos. Algo que siempre había estado ahí pero que la distancia había conseguido que relativizara hasta el punto de llegarle a confesar que realmente lo echaba de menos.

Yo no necesitaba irme a Irlanda para crecer como persona. No me hacía falta salir del fango en el que había ido enterrando mi propia vida, porque todo parecía indicar que me encontraba muy a gusto en él. Me había labrado la soledad piedra a piedra, palabra a palabra. Lo fácil habría sido dejarme seducir por mi vecino, caer bajo las redes de su amabilidad, su paciencia, su interés, su generosidad. ¿Para qué quería yo todo aquello? No lo necesitaba. Me había costado Dios y ayuda ganarme su rechazo. Cada palabra envenenada que había obligado a fabricar a mi corazón, cada sarcasmo y cada desfachatez que le había dedicado bien valían su recompensa.

Ahora lo tenía todo. Por fin había conseguido lo que parecía que era mi destino. Quedarme más sola que la una. Mamá no estaba. Fran me evitaba. Me había librado hasta de mis animales. No me quedaba más que un perro cojo que cuidar. Y encima ni tan siquiera había intentado averiguar si era posible llevármelo conmigo a mi destierro. Eso significaba que no debía necesitarlo tanto como creía.

Sí. Podía decirse que si aquello era lo que había deseado, regresaría victoriosa a casa. Entonces ¿por qué me sentía como si acabaran de derrotarme? Y ¿dónde estaba el enemigo?

No hacía falta ser muy lista para adivinar las respuestas. El fuego que ardía con fuerza en la chimenea de aquel cottage primitivo estaba harto de responder a preguntas como aquellas. "El peor enemigo es el que llevas dentro", crepitaba. "Tú misma te has derrotado".

Genial. Aquello sí que era de manual. Tenía la impresión de haberme convertido en un caso clínico. Y todo parecía indicar que volver a la normalidad iba a representar una ardua tarea. ¿Cómo

iba a hacerlo, si había conseguido alejar de mí la ayuda que más necesitaba? Y ¿por qué narices los humanos éramos tan hábiles y efectivos a la hora de destrozar nuestras propias vidas y luego parecía ser que necesitáramos a un héroe para tratar de arreglarlas?

Me sequé unas lágrimas de rabia e impotencia con la manga y salí al exterior. Había decidido hacer de héroe para Callum. Ya que no podía enderezar mi existencia, al menos ayudaría a otros con la suya. Eso parecía algo mucho más sencillo.

El dublinés se había vendado las manos y seguía partiendo leña, mordiéndose la lengua y con el ceño fruncido. Estaba tan flaco que ni sudaba. Su determinación me dio envidia. Que hubiera conseguido reunir tanta energía y fuerza de voluntad en un cuerpo tan poco preparado para los quehaceres a los que lo estaba sometiendo era admirable. De hecho, era algo inaudito. Un milagro. Pero el hombre había conseguido levantar cabeza y ahora no estaba dispuesto a que nada ni nadie volviera a hundirlo. Me olvidé de mí y me dispuse a seguir instruyéndole en las cuatro cosas básicas que lograrían sacarle de allí como el vencedor en el que ya se había convertido. Era lo único que podía hacer. Lo más importante ya lo había hecho él.

Fuimos al cobertizo y escogimos las mejores herramientas para arreglar el techo. Unas cuantas planchas onduladas, bastante ligeras y de fácil instalación, martillos, largos clavos y una escalera de mano. La verdad era que tenía todo lo que necesitaba para arreglar los desperfectos de la casa. Sólo le faltaban los conocimientos prácticos para hacerlo. De eso se habían aprovechado los realizadores del programa.

—Habrá que dar una lección a tus amigos de Dublín con todo esto –dije señalando a mi alrededor.

—Si lo crees posible, por mí que no quede –contestó quien en realidad era el héroe del día.

Estuvimos encaramados al tejado hasta bien entrada la tarde. Sólo paramos un rato para fumarnos un cigarrillo y para acabarnos los bocadillos del día anterior, que estaban húmedos y gomosos pero que nos supieron a gloria.

Descubrí que Callum tenía una pequeña despensa de supervivencia con la que los responsables del reality pretendían cubrirse las espaldas en caso de que su víctima sufriera las consecuencias de la falta de víveres o contrajera algún trastorno alimentario grave. Podía echar mano de ella libremente, pero sólo renovaban su contenido una vez por semana, así que dependía de él racionarla para no quedarse sin reservas. Constaba de unas cuantas cajas de galletas, un saco de té, un bote lleno de azúcar y unos paquetes de plástico cuyo diseño exterior me resultó muy familiar.

Saqué uno. ¡Vaya! ¡Eran los famosos fideos chinos made in Sweden que había adquirido en mi glamurosa compra en el hipermercado!

—¿Tú sabes cocinar esto? –le pregunté mostrándole el paquete.

—Creo que es lo único que sé hacer bien en esta casa –contestó con un punto de orgullo.

—Pues vas a tener que enseñarme.

El hombre no cabía en sí de alegría.

Cuando hubimos terminado con el tejado eran ya casi las siete y estábamos a oscuras. Me había olvidado por completo del picnic en la playa. "Pensarán que se me han complicado las cosas en casa de mi saldo de novio", pensé. La verdad era que no me preocupaba demasiado. Ya los vería en el pub el día siguiente.

—No ha sido tan difícil – admitió Callum al devolver las herramientas al cobertizo.

Tuve que admitir que no. Las planchas estaban bien cortadas y eran muy manejables. Los clavos habían penetrado en ellas como en un flan, dejándolas bien aseguradas en la estructura de madera que había debajo. No habíamos hecho un trabajo muy fino, ya que no nos habíamos entretenido en impermeabilizar las cabezas de los clavos y sólo habíamos cubierto las zonas de tejado con agujeros, de forma que el resultado final era bastante antiestético. Pero serviría para pasar unos cuantos meses. Al menos, ya se podía retirar la colección de cubos, cazos y recipientes para recoger el agua de la lluvia que había en el interior.

—Me voy –anuncié—. No quiero que Mr. Smith me pille aquí.

A Callum se le apagó la mirada.

—¿Volverás? –preguntó con esperanza.

—¡Claro que sí! Lo que no sé es cuando. Intentaré enterarme de cuáles son los horarios del segurata. A lo mejor tiene planeada una visita a la panadera entre semana.

Le dejé las instrucciones básicas para cuidar de Rose, le recordé que tenía que ordeñarla dos veces al día y, tras repetirle hasta la saciedad unos cuantos consejos para mantener el fuego siempre encendido, me alejé de allí sin dejar de mirar por el oscuro retrovisor. Me sentía como si hubiera dejado atrás a mi propio hijo indefenso. Rogaba a Dios para que no le ocurriera nada malo y tuviera el valor de sujetar a la temible oveja que se recuperaba en el establo para enchufarle un jeringazo de antibiótico por la boca. No era algo tan difícil. Sólo tenía que vencer a sus propios demonios. Y, por lo que había podido observar, el hombre estaba preparado para ello.

El lunes por la tarde, en el pub de Dingle, al igual que en el resto de pubs y salones particulares de Irlanda, tuvo lugar un escándalo.

Pude vivirlo en primera persona, sentada ante una mesa repleta de pintas de Guinness, rodeada de mis recientes amigos locales. Tras tener que volver a dar explicaciones a causa del revolucionario diseño de mi nueva sonrisa, al que parecía haberme acostumbrado con sorprendente facilidad, dio comienzo una nueva entrega del reality más seguido del país. Las primeras imágenes cayeron como una bomba en el local. ¡El pobre dublinés se había pasado el fin de semana arreglando el tejado! Y la verdad era que le había quedado bastante decente.

La gente no se lo creía. Pensaban que había tongo. Que le habían mandado un carpintero de Dublín y le había hecho el trabajo durante el fin de semana.

Ryan, Lorcan y Marco Antonio estaban indignados. Cleopatra y Aileen le daban un voto de confianza al programa. Erin callaba y no dejaba de lanzarme miradas cargadas de suspicacia. Yo me hacía la loca silbando a través de mi agujero triangular polivalente.

Las siguientes tomas nos mostraron a un Callum bastante más activo de lo que era habitual entrando leña en la cabaña y ordenando los troncos que ardían en la chimenea. Luego pudimos ver cómo se dirigía hacia el establo.

Yo tenía el corazón en un puño. Temblando.

Ni corto ni perezoso, el esperpéntico dublinés abrazó al animal por el cuello, como si quisiera estrangularlo, y le metió algo en la boca.

Hubo un clamor general. Algunos de los paisanos que había en el local hasta le aplaudieron.

—¿Alguien dudaba de que este tío fuera irlandés? –gritó una voz.

Ryan movía la cabeza de un lado para otro. No se lo podía creer.

—Nos han estado engañando durante una semana –afirmó.

Como para corroborarle, a continuación tuvo lugar una breve entrevista con Mr. Colin Smith.

—No me he movido de su lado en todo el fin de semana –decía el hombre.

Tenía un rostro rollizo y simpático, con un bigote cargado y unos grandes ojos celestes que recordaban a los de un niño. Sus maneras eran pausadas. Parecía un campesino al que le hubieran parado casualmente para preguntarle acerca del pronóstico del tiempo. Todo en él desprendía una calmada sinceridad.

—El chico se levantó el sábado muy temprano, decidido a poner un poco de orden por aquí. Dijo bien claro que estaba dispuesto a recuperar su puesto de trabajo. Fue como si se le hubiera aparecido la Virgen durante la noche. ¡La Virgen! Me desternillaba de risa por dentro. Pero lo más fuerte era que aquel hombre tenía tanta

credibilidad que no podía dejar de imaginar que realmente todo había sucedido tal cual lo contaba.

—Ya puedes ir avisando a Elizabeth para que esté al tanto con este tío –dijo Ryan dándole un codazo a Lorcan— Miente más que respira. —¡Y lo hace tan bien que antes me lo creería a él que a mi propia hermana! –exclamó Lorcan, que no lograba salir de su asombro.

—Todo esto es muy raro –dijo Aileen bajando hasta tal punto el tono de voz que tuvimos que reunir nuestras cabezas sobre la mesa —. Todos sabemos que Colin no ha estado en su puesto durante todo el fin de semana.

Lo sabíamos. Por eso nos la quedamos mirando, esperando a ver qué nueva información tenía que añadir. —Pero ¿acaso no lo veis? – preguntó abriendo desmesuradamente los ojos.

—¿Ver qué? –preguntamos al unísono.

—Si Colin hubiera estado allí podría haberle ayudado, pero sabemos con certeza que no ha sido así. ¡Eso significa que ha habido tongo!

—O no –terció Erin—. Es verdad que el dublinés no abulta mucho, que es un miedica y que no sabe ni empuñar un martillo. Pero cuando la necesidad aprieta hasta el más tonto encuentra la forma de conectar dos neuronas y salir adelante. Creo que es lo que le ha pasado a Callum.

Ya.

En aquel instante fui completamente consciente de que Erin conocía mi secreto. Estaba intentando ayudarme.

Le dirigí una mirada indescifrable, o al menos eso fue lo que sus propios ojos me devolvieron. Me pregunté si aquella mujer era tan sagaz de nacimiento o si era el embarazo, que la había vuelto más intuitiva de la cuenta. Nunca lo sabría.

Tras asistir al último milagro televisivo, el de un ordeño en toda regla que acabó con medio cubo de leche tirado al campo de al lado, la música celta con que se daba por finalizada la emisión nos sumió en una especie de silencio lleno de interrogantes.

Lo rompió Marco Antonio. —Este tío está majara. ¿Por qué narices ha tirado la leche?

—Igual es alérgico a la lactosa – apuntó su novia.

Los otros se encogieron de hombros. ¡Tanto irlandés y tanta oveja y a nadie se le ocurría pensar que la leche de una oveja enferma sabía a rayos! En fin.

—¿Cómo está tu hermana? – pregunté a Lorcan redirigiendo la conversación según mi conveniencia— ¿Está contenta?

—Parece una colegiala. No hace más que hablar de Colin todo el día. —Se ve que es un amante sumamente experto –confesó Aileen.

—Viéndole, quién lo diría – añadió Cleopatra.

—A veces los que parecen más mansos son luego los más salvajes en la cama –rio Erin.

A mí me dio por ponerme colorada ante semejante comentario. Me acordé de todas las posturas del Kama Sutra con las que me había imaginado con Ryan el día que se me había averiado el Micra y él me había recogido con su camioneta en la carretera.

—¿Y va a tener que esperar otra semana para volver a verle? –pregunté como quién no quiere la cosa.

Erin no me quitaba el ojo de encima.

—¡Qué va! –prorrumpió Lorcan—. Lo tiene atado bien corto. Mr. Colin va a venir a fichar cada noche. Eso seguro.

—¿Y los cámaras y la gente de realización? –disparé— ¿No van a enterarse? ¿Acaso no duermen allí? —No. A eso de las seis de la tarde salen de aquel agujero como alma que se lleva el diablo y se concentran en el bar de su hotel, en Tralee.

Puse cara de no saber de qué me estaba hablando.

—¡Que se van a dormir a la capital del condado! –aclaró Lorcan— A esos urbanitas les dan alergia los pueblos pequeños. Creen que no hay agua potable en las casas y que para ir al váter hay que salir al jardín y meterse en una caseta de chapa.

Increíble. Pero a mí me iba de perlas.

—Así que allí sólo quedan Callum y Mr. Smith –recapitulé.

—Digamos que mientras Colin se encuentre bajo la influencia arrolladora de mi hermana, por la noche allí sólo queda el pobre dublinés. Perfecto. Habría querido preguntar hacia qué hora regresaba el equipo por la mañana, pero eso ya habría sido demasiado. Me conformaba con saber que podía disponer tranquilamente de unas cuatro o cinco horas cada noche para ayudar a Callum a salir vencedor de su aprieto.

Me despedí temprano y fui a recoger mis capas de cebolla en el perchero.

—¿Cómo te va con tu nuevo ligue?

Giré en redondo. Erin me acechaba con una sonrisa divertida. —Tuvimos que dejarlo, desarrolló hipersensibilidad a mi pintalabios.

—¡Lástima! –exclamó siguiéndome el juego—. Me habría gustado conocerle. ¿Cómo se llamaba? Hice como que me lo pensaba unos segundos.

—Pues se me ha olvidado por completo su nombre. Sonaba a muy irlandés. De todas formas era un chico de Dublín. Sólo estaba aquí de paso. Erin asintió y me abrazó brevemente antes de salir.

—Ten cuidado –me susurró en la oreja.

—Por supuesto.

Ya tenía mis botas de plomo preparadas, al lado de la puerta.

14

Las dos noches siguientes acudí a mi autoimpuesta cita con Callum en su cottage, que cada día parecía más un hogar y menos una ruina.

El lunes por la mañana compré una lámpara de Campingaz bastante potente en una tienda de Dingle. Tenía pensado trabajar con Callum en el exterior del cottage y no podíamos permitirnos hacerlo con nuestras ridículas linternas atadas en la cabeza con cinta de celofán.

Llegué allí hacia las once de la noche, para evitar cruzarme por la carretera con Colin, que conducía con la ceguera pasajera de los recién enamorados, pisando a fondo el acelerador y saltándose las curvas campo a través.

Afortunadamente, al apearme del Micra no llovía. Recé para que el tiempo aguantara por lo menos un par de horas. Evidentemente, no lo hizo, pero estaba empezando a acostumbrarme a hacer cualquier cosa con el chubasquero puesto. Un día cualquiera me veía capaz de meterme en la cama con él.

Valiéndonos de un par de bidones vacíos, instalamos una especie de ducha en el exterior, a unos cuantos metros del cottage cuesta abajo, en dirección a la playa. Callum sólo debía tener la precaución de no exceder los dos minutos de baño, ya que de haberlo hecho seguramente habría cogido un buen catarro. Un sencillo dispositivo de mangueras permitía llenar uno de los depósitos con el agua caliente procedente de una enorme olla de acero que colgamos de unos ganchos en la chimenea. Seguramente en la antigüedad alguien habría sujetado allí una olla semejante para preparar una insulsa sopa de cordero. Pero a mi amigo yo el cordero se lo llevaba asado de casa, así que no había ninguna necesidad de jugar a los druidas con el caldero. Y una ducha caliente cada dos o tres días, aunque fuera a la intemperie, bien valía el esfuerzo de cargar hasta la casa, desde la cisterna que había junto al remolque de Colin, los cinco o seis cubos de agua que hacían falta para llenar la olla y luego mantener el fuego en llama viva durante un buen rato para calentarla.

Estos pequeños avances hacia la civilización, aunque costaran tremendos esfuerzos y hubiera que invertir un montón de tiempo en ellos, tenían a Callum completamente encandilado. Además, su ilusión y las ganas de aprender que mostraba repercutían positivamente sobre mí, recordándome aquello para lo que yo

servía y haciendo que apreciara y valorara mis propios conocimientos, que siempre había dado por sentados.

Pero incluso más importante que eso era que cuando me centraba en solucionar aquellos problemas de logística doméstica conseguía alejar de mi mente el recuerdo de Fran. De no ser así me habría pasado el día comiéndome el coco.

Lástima que no hubiera descubierto un método parecido para alejarlo también de mi corazón. Cuando me acostaba en la cama, de madrugada, a veces el pecho me dolía tanto que hasta llegué a preguntarme si, en lugar de amor, aquello no sería un coágulo.

El martes por la noche Callum me recibió con una taza azucarada de leche hirviendo. La cogí entre mis manos para calentármelas y di un sorbo. Estaba deliciosa. Tenía un sabor muy parecido a la leche de cabra que me guardaba Luisa para elaborar queso, pero ésta era mucho más suave.

Mi primer pensamiento fue que aquel hombre ya estaba salvado. El segundo, que qué narices sería de mí cuando ya no me necesitara. ¿Podría llegar a convencerle de que aquella casa necesitaba reformas y tirarme así tres meses dirigiendo las obras hasta dejarla como un palacio? Sospechaba que no.

—¿Qué vas a hacer mañana? – preguntó Callum mientras se servía una taza para él y se sentaba a compartir un paquete de cigarrillos conmigo frente al lugar más solicitado de la casa, la chimenea.

—¡Vaya pregunta! ¿Que qué voy a hacer? ¡Pues dormir! Esta noche me gustaría empezar la construcción del gallinero y vamos a aprovechar hasta el último minuto. Las gallinas andan sueltas por ahí. Puedo olerlas –dije bajando la voz—. Así que no va a ser difícil volver a reunirlas. Si te gustan los huevos, tu estómago me lo agradecerá.

—Me encantan los huevos revueltos –admitió con satisfacción.

Le gustarían revueltos, pero a la luz del hogar sus dos ojos parecían más bien dos huevos fritos.

—¿Ves qué bien? Lo difícil para ti va a ser tenerte en pie mañana cuando llegue todo el mundo, porque voy a dejarte todo el trabajo de montaje para ti.

Me miró como si lo estuviera estafando.

—No te preocupes, el montaje es lo más fácil. Lo difícil es el diseño y preparar los materiales. Ya sabes, cortar los tablones en su justa medida, presentar el enrejado… Pero los telespectadores necesitan verte en acción. No que de golpe y porrazo aparezca el techo arreglado o que la ducha y el gallinero nazcan de la tierra como setas.

—No me extraña que no se lo crean –dijo Callum con la voz

apagada. —Preocúpate sólo de seguir mis instrucciones, haz un poco de teatro y todo irá bien –lo animé.

—¿Teatro?

—¡Claro! Dales lo que necesitan y tendrás lo que quieres –aseguré descubriéndome a mí misma.

—Hablas como una experta en marketing –dijo Callum frunciendo el entrecejo—. Me gustas más cuando me metes el rollo de cómo hay que darle de comer a la oveja.

—Gracias, guapo. Pero eso ya te lo has aprendido. En lo que tienes que centrarte ahora es en no levantar la liebre.

—¿Qué? ¿A qué liebre te refieres?

¡Dios! ¿Por qué estúpida razón las frases hechas no podían tener una traducción literal?

—Quiero decir que tienes que concentrarte en simular que todo lo que está pasando aquí ha salido de tu linda cabecita. ¡Que nadie te ha estado ayudando! –añadí con énfasis—. Es decir, que aunque ahora dejemos todas las piezas del gallinero listas para su ensamblaje, mañana tienes que marear la perdiz…

—¿Qué perdiz? –me interrumpió.

¡Dale con lo mismo!

—…Tienes que perder tiempo y hacer que parezca que te está costando una barbaridad sacar el trabajo adelante. Tienes que hundirte. ¡Tira las herramientas por ahí! ¡Dale una patada al puto gallinero! Sin cargártelo, claro. ¡Siéntate en el suelo, grita, llora!… En una frase: dales lo que necesitan. —¿Eso es lo que necesitan? –preguntó algo asustado.

Me lo quedé mirando con perplejidad.

—¿Tú estás seguro de que trabajabas en la tele? ¿Salías alguna vez de tu despacho? ¿Estudiabas los índices de audiencia? —le ametrallé— ¡Pues claro que eso es lo que necesitan! ¡Lo que el público quiere es verte sufrir! Pero sobre todo, y eso nunca lo olvides, necesitan ver que sales adelante a pesar de las adversidades. Necesitan reafirmar su espíritu patriótico. Saber que hasta un dublinés de tres al cuarto sabe dar la talla cuando las circunstancias lo precisan, como haría cualquier irlandés.

Mi diatriba se vio recompensada por unos cuantos aplausos.

—Me ha gustado lo de "dublinés de tres al cuarto" –dijo con sorna—. Muy buena descripción.

Bueno. Me había salido sin pensar. Yo no me caracterizaba precisamente por mi esmero y sensibilidad a la hora de hablar.

Con las ideas un poco más claras, pusimos manos a la obra y pasamos toda la noche trabajando en el gallinero.

A las cuatro y media dejamos todo el decorado preparado para el día siguiente y me dispuse a recoger todas mis cosas para

marcharme.

—No te olvides la lámpara – advirtió Callum.

Por supuesto. Sólo faltaba que fuera dejando pistas de mi presencia repartidas por allí. La guardé en el maletero y me senté al volante.

—¿Qué vas a hacer mañana? – repitió el dublinés antes de que tuviera tiempo de cerrar la portezuela.

—Que pesadito con la preguntita –me quejé—. Ya te he dicho que me voy a pasar el día en la cama: dur-mien-do. Y más te valdría a ti aprovechar las pocas horas que te quedan antes de que llegue toda la tropa para hacer lo mismo.

—No te preocupes por eso, estoy seguro de que verme con unas ojeras más profundas que la fosa de las Marianas le va a sentar muy bien a la audiencia.

—¡Así me gusta! Ésta es la actitud –lo animé intentando cerrar la portezuela por segunda vez.

¡Ése tipo la tenía sujeta! —Te lo preguntaba porque mañana es Nochevieja –añadió con cara de perro abandonado.

¡Ahí va!

—Treinta y uno de diciembre – recalcó.

Tenía razón. Ni me acordaba. Había estado tan obsesionada en superar la Navidad sin cometer ningún atentado contra mí misma que me había olvidado por completo de la Nochevieja. Y encima, al día siguiente sería Año Nuevo. ¡Otra celebración más!

—¿Vas a quedar con tus amigos de Dingle? –preguntó con cautela. Era una posibilidad, aunque todavía nadie me había dicho nada al respecto. Pero eso no era algo raro, en aquel pueblo las cosas no se planeaban con demasiada antelación. La gente parecía disfrutar viviendo el momento. Su filosofía era algo así como un carpe diem bien organizado, con sólo tres paradas rituales: en casa, en el trabajo y en el pub.

De haber podido escoger, me hubiera gustado pasar la última noche del año con Fran. Me daba igual el lugar. De haberme quedado en la granja, seguramente Luisa hubiera intercedido sabiamente para suavizar las cosas entre nosotros dos y me hubieran invitado a comer las uvas con ellos, en su casa. El pastor se habría pasado la noche anterior en la cocina, preparando pollo relleno con ciruelas, espalda de cordero asada con tomillo y cebolletas y una tremenda tarta helada para el postre. Nos habríamos tomado las uvas viendo la televisión, con Troy durmiendo plácidamente a nuestros pies tras el memorable atracón de huesos que se habría metido bajo la mesa durante la cena.

Luego Luisa se habría retirado a descansar y yo me habría acurrucado junto a Fran en el sofá, dejando que los interesantísimos

primeros anuncios del año asistieran a mi cuidadoso plan de ataque. Primero, desabrocharle algunos botones de la camisa. Segundo, hundir mi cabeza por aquel hueco. —Mi imaginación era tan potente que hasta pude percibir el suave aroma a romero que desprendía su piel—. Tercero, montarme encima de él. Cuarto, apagar la televisión.

Hasta aquí pude contar. Un carraspeo de Callum me recordó que estaba esperando una respuesta. Bajo la lluvia, pues había vuelto a empezar a caer.

Me daba igual que en Dingle lo celebraran a lo grande, con fuegos artificiales o un striptease de mecánicos. No iba a dejar solo a Callum en una fecha en la que todo el mundo estaba acompañado.

—La verdad es que todavía tenemos mucho trabajo por hacer aquí – reconocí sacando el último cigarrillo del día—. Supongo que a las siete de la tarde esto va a estar completamente desierto. ¿Qué te parece si aprovechamos la tarde para intentar capturar unas cuantas gallinas y luego celebramos el fin de año juntos?

La cara de Callum resplandecía como un sol recién salido.

—Puedo traer algo de comida – añadí como si necesitara convencerle de algo.

Se metió dentro del coche para darme un abrazo.

—¡Yo pongo la leche! –me recordó a grito pelado cuando ya empezaba a alejarme en la oscuridad del camino.

Martes por la mañana. Último día de mi annus horribilis. Tras cinco horas de sueño me despertó una llamada al móvil. Me deslicé de la cama al suelo como si no tuviera huesos y repté por la alfombra hasta la escalera. Allí me dejé caer dando volteretas hasta que me planté en el salón. Mi teléfono estaba encima de la mesilla auxiliar, a pocos metros de mí. Me erguí como pude y me dejé caer sobre él como una foca.

A pesar de acabar de sufrir el equivalente a un corte de digestión en mi sueño, sonreía. Estaba segura de que era Fran.

—Diga.

No había podido leer el número, puesto que me había dejado las gafas arriba, pero sólo podía ser Fran.

—Buenos días, Carmín. Soy Erin.

Erin. Claro.

—¿Las embarazadas no os pasabais el día durmiendo?

—Sí, pero hoy no. Tenemos que preparar una fiesta.

Me lo temía. El famoso carpe diem irlandés.

—¿Una fiesta?

Intentaba ganar algo de tiempo haciéndome la sueca. Tenía medio cerebro todavía dormido y necesitaba preparar bien mi excusa para no sumarme al aquelarre que seguramente habían

planeado llevar a cabo en…

—¡Nochevieja! ¡Va a ser lo más! ...en…

—¿Dónde? –pregunté.

—En el pub, por supuesto. ¿Acaso lo dudaba?

—¿Y?

—Contamos contigo para la decoración.

Erin debía estar de broma. El cóctel hormonal que se gestaba en su interior estaba empezando a pasarle factura.

—¿Me has visto cara de decoradora? Soy pésima en todo lo que se refiere a adornos y combinar colores. ¿Nunca te has fijado en mi vestuario?

—¿Quedamos dentro de una hora en el estanco? –propuso haciendo caso omiso de mis comentarios.

—Si lo que quieres es adornar el local con ristras de cigarrillos tengo que confesarte que entonces sí que has dado con la persona adecuada.

—¿Eso es un sí? –preguntó animada.

—Allí estaré –me comprometí con un tono más condescendiente de lo que hubiera deseado.

Ya me habían liado. Tenía lo que quedaba de día para inventarme algo que justificara mi ausencia en la condenada fiesta.

La mañana pasó volando. Compramos todo tipo de farolillos, serpentinas, confeti y montones de bolsas de cotillón. Me agencié nuevas provisiones de tabaco y picadura para la pipa, pues las cuatro o cinco horas que transcurrían cada día entre que me levantaba y me largaba al pub a disfrutar del reality con los paisanos se me hacían eternas. La única forma que tenía de trampearlas sin caer en un pozo de desesperación o pasarme el rato intentando hipnotizar al móvil para que sonara era irme a fumar a la playa. ¡Me fundía casi una cajetilla diaria! Que el noventa y nueve por ciento de las veces estuviera lloviendo ya no me afectaba para nada. Había comprobado que la intensidad de la lluvia nunca era lo suficientemente fuerte como para apagarme el cigarrillo.

Engalanamos el pub lo mejor que pudimos. Al final, había tantas tiras de farolillos y banderillas cruzando el techo que sólo pude rezar para que a nadie se le ocurriera saltarse las normas y encender un cigarrillo. Aquello habría ardido como un pajar en verano.

Hacia mediodía el padre de Erin nos sirvió unos sándwiches fríos de ternera para comer y luego Ryan y yo le ayudamos a entrar como cincuenta barriles de cerveza y un número semejante de cajas repletas de botellas de whisky, que ordenamos en estricta fila india bajo la barra. ¡La noche prometía ser larga!

Como buena embarazada, Erin nos miraba complacida desde una mesa, tomando su café con leche. Ni aunque hubiera insistido

hubiéramos aceptado su ayuda.

—Necesito descansar. ¡Me voy a casa! –dije en cuanto hubimos terminado.

—¿No vas a quedarte para ver a Callum? –se extrañó Ryan.

—Lo tengo muy visto –se me escapó.

Erin levantó una ceja.

—Después de tanto trabajo te mereces por lo menos una buena cerveza –insistió él.

—Si no consigo dormir un par de horas, esta noche me van a dar las doce roncando junto al cubo de la basura –dije corriendo un tupido velo sobre mi última frase.

Pero lo cierto era que se me había ocurrido un plan. Fue al darme cuenta de la gran cantidad de alcohol que iba a consumirse en aquel recinto durante toda la velada. Estaba claro que a la mañana siguiente allí nadie iba a recordar nada de lo que hubiera visto u oído la noche anterior. Y eso me ponía las cosas muy fáciles para llevar a cabo mi propósito de celebrar la llegada del año nuevo por todo lo alto sin defraudar a nadie.

—¡A las once en punto quiero verte aquí! –recordó Erin antes de que me marchara.

—¡Prometido!

Salí del pub con la prisa pegada a los talones y me encaminé hacia la única tienda de ropa de segunda mano de la población. Husmeé por entre los percheros como un perdiguero en busca de presa. Revolví pilas de ropa que había amontonada en unos grandes cajones y finalmente encontré lo que buscaba. Unos tejanos completamente gastados, una camisa de franela a cuadros y un jersey azul marino de lana sin etiqueta. Seguro que lo había tejido una abuela hacía por lo menos un siglo.

Dejé mi modelito encima del mostrador, junto con un par de botas oscuras bastante usadas y una gruesa chaqueta de pana. Todo me venía, por lo menos, una talla pequeño. Era justo lo que necesitaba.

La cajera no dejó de mirarme fijamente durante toda la transacción de cobro. ¿A qué se debía tanto interés? Mi inglés había mejorado muchísimo en muy poco tiempo y, aunque seguía pareciendo una turista despistada, la noticia de mi estancia en el cottage de la viuda Ó Conaill ya había corrido por todo el pueblo. Pagué el importe indicado y me largué de allí corriendo. Pensaría que tenía prisa por ir a vestir a un espantapájaros. Pensándolo bien, no habría estado muy equivocada.

Al subir al coche y sacar la barra de cacao para untarme los labios caí en la cuenta de lo que había llamado tanto la atención a la cajera de la tienda. ¡El temible agujero que había entre mis

dientes! Yo ya me había acostumbrado a él. Pero estaba claro que ese new look era demasiado llamativo como para ser tendencia. Tenía que pedir hora al dentista del pueblo para que me lo arreglara. Pero es que cuando estaba sola, que era cuando disponía de tiempo para hacerlo, no me acordaba de ello. ¡Sólo me acordaba cuando alguien reaccionaba como la dichosa dependienta! Y en esos casos siempre me hallaba demasiado ocupada en algo. Menudo problema.

Salí a la carretera y pasé de largo del desvío que llevaba al cottage. Conduje media hora más. Eran ya las siete y cuarto de la tarde cuando llegué a la altura del camino que dirigía hasta el cottage de Callum. Había oscurecido por completo y no se veía ni una luz a mi alrededor. Rezaba para que Colin Smith hubiera salido ya a reunirse con su panadera.

Avancé a velocidad reducida por el pedregoso camino y detuve el Micra tras unos matorrales, a unos ciento cincuenta metros del primer remolque. Me apeé y cubrí la distancia que me quedaba andando. El coche de Colin no estaba allí. ¿De veras lo había dudado? Estaba convirtiéndome en una mujer increíblemente prudente. Mamá se hubiera alegrado de ello.

Este pensamiento me reconfortó por dentro. Envié un beso al cielo y regresé al coche. Conduje hasta llegar al cottage y llamé a la puerta. No contestó nadie.

—¡Callum! —grité— ¿Dónde estás? ¡Soy Carmín!

No obtuve respuesta.

Volví a aporrear la puerta. ¿A ver si el condenado había sufrido un accidente? Envalentonado por sus progresos como hombre de campo, igual le había dado por salir a pescar arenques en un bote de fabricación propia o se había decidido a ampliar la casa con un porche y se había cortado una pierna intentando serrar él sólo la madera.

Galopé hasta el cobertizo. Ya me lo imaginaba tirado sobre el serrín que cubría el suelo, completamente desangrado. Lo primero que pensé fue que al menos el serrín habría chupado los dos o tres litros de sangre que corría por las venas del pobre dublinés. Menos mal que su cuerpo no tenía capacidad suficiente para contener los cinco o seis litros de plasma que poseía una persona normal. De no haber sido así, la tarea de dejarlo todo bien limpio habría sido más fastidiosa.

"¡Serás boba!", me reñí. Ya estaban de vuelta los pensamientos idiotas. No me dejaban tranquila ni dos días seguidos.

Al llegar al cobertizo escuché un ruido extraño. Como de lucha. Procedía del interior.

Permanecí inmóvil, pegada a la pared, respirando por la boca

para no delatar mi presencia. ¿Y si Callum había sorprendido a un ladrón de material de bricolaje y se habían enzarzado en un combate cuerpo a cuerpo?

Eso era todo lo que se les ocurría suponer a mis neuróticas neuronas.

A pesar de saber que aquello era altamente improbable, aprisioné la linterna con los dientes —sorprendiéndome gratamente al comprobar que el reciente agujero de mi dentadura se adaptaba perfectamente a ella—, agarré una pala que había recostada junto a la puerta y entré en el cobertizo dispuesta a darle un palazo al primer desconocido que hallara.

—¡Manos arriba! –chillé. Sólo me había faltado añadir "¡tengo una pala!".

Hubo una especie de forcejeo agitado en un rincón. Enfoqué con la boca y pude ver cómo Callum se erguía y se me encaraba con una mano en alto, siguiendo a medias mis instrucciones, pero siempre hasta las últimas consecuencias.

—Casi me matas del susto –dijo acercándoseme lentamente.

Algo se revolvía a sus espaldas.

—¿Qué tienes ahí atrás? – pregunté en plan policía.

—Nada –repuso sin dejar de acercarse.

—¡Quieto ahí! —ordené—. Muéstrame lo que escondes en tu espalda.

¿Y si resultaba que aquel tío estaba loco? ¿Y si era un psicópata? Mi llegada, antes de lo previsto, podía haberle cogido desprevenido. ¿Lo habría pillado haciendo algo… algo malo? Pero ¿qué?

La situación era tan absurda que no sabía cómo sobrellevarla.

—No tendrás miedo de mí, ¿verdad? –preguntó Callum con una fría sonrisa.

Sus ojos brillaban como dos faros amarillos a la luz de mi linterna. La piel de su rostro se veía tan blanca que parecía casi transparente. Tenía un arañazo en una mejilla. Le cruzaba el pómulo hasta llegar al lugar donde, de haber tenido labios, hubiera habido su labio superior. Sangraba.

Mis nervios empezaron a mandarme retirada.

—¿De veras quieres ver lo que tengo escondido?

Aquella voz me ponía de punta hasta los incipientes pelos de las axilas que me había rasurado hacía solamente unos días.

Tentada estuve de salir de allí corriendo, pero tuve el buen juicio de no cometer semejante estupidez. Doblaba en fuerza y volumen a aquel mocoso. ¡Si se atrevía a ponerme una mano encima me veía capaz de hacerle picadillo hasta estando esposada!

De repente, y con una rapidez totalmente inaudita en él, trajo al frente la mano que tenía en la espalda. Mi rostro se comió un

amasijo ruidoso de plumas. No le di con la pala de milagro.

—¿Qué coño es esto? –pregunté pegando un salto para atrás.

Noté que se me habían pegado en la lengua restos fibrosos de algo. Tuve una arcada.

Callum estaba radiante.

—¿No lo ves? ¡Es una gallina!

Me dejé caer mentalmente al suelo y me revolqué por el serrín como una cerda hasta que conseguí quitarme de encima la sensación de haberme librado del ridículo más espantoso por los pelos.

El pobre animal estaba tan asustado que no podía ni cacarear. Trataba de zafarse del agarre del dublinés revolviéndose como si tuviera un ataque psicótico.

—¡Lo he hecho yo solo!

Era realmente admirable.

—¡Felicidades! Esto es todo un ritual de iniciación. Si pudiera te concedería el título oficial de granjero de la costa oeste.

El hombre estaba tan satisfecho que habría asegurado que hasta se había ensanchado unos centímetros.

—Creo que le estás torciendo un ala.

Me sabía mal estropearle el momento, pero aquella gallina estaba sufriendo lo indecible y se merecía un descanso.

Le enseñé cómo agarrar fácilmente al bicho sin peligro de lesionarle y salimos al exterior.

—Me ha llevado más de cuatro horas, pero por fin la he cogido.

—Así habrán podido grabarte persiguiéndola por ahí –supuse.

—Les he regalado unas tomas impagables. El programa del viernes va a causar sensación, te lo aseguro. Ya me siento más cerca de mi mesa de despacho –me miró—. Gracias.

—Como tú muy bien has dicho, lo has hecho tú solito. No tienes que agradecerme nada.

Encerramos a la gallina en el gallinero, le pusimos agua y un poco de grano molido y le deseamos las buenas noches.

—¿Vamos a por otra? –preguntó Callum. —Ya está bien por hoy. Tengo otra idea.

Me miró como un cachorro al que estuvieran a punto de proponerle un juego nuevo.

—Coge una muda y el abrigo y métete en el coche —ordené—. Por cierto, ¿has ordeñado a Rosa?

—¿Quieres decir a Rose? ¡Ay, sí! "Perdona, mamá".

—Pues claro que lo he hecho, y le he pedido a Colin que me guardara la leche en su nevera.

Su comentario me enterneció. Mi niño ya sabía espabilarse solo. ¡Estaba llegando a la mayoría de edad!

Ilusionado ante la perspectiva de pasar la Nochevieja fuera de su guarida, Callum recogió sus cosas en apenas unos segundos y se encerró conmigo en el Micra.

—¿Adónde me llevas? – preguntó entusiasmado.

Lo conduje directamente a mi casa. Llegamos poco antes de las nueve de la noche, así que teníamos tiempo de sobra. Lo primero que hice fue mandarlo a la ducha, entregándole el montón de ropa que había comprado por la tarde en la tienda de segunda mano.

—Cuando salgas, ponte esto. Me miró con extrañeza. Olfateó un poco las prendas por encima, arrugó la nariz como si realmente el aroma que desprendían le disgustara y luego las desdobló, contemplándolas en alto. —Estás loca si crees que voy a ponerme esto.

¿Con que ésas teníamos? Malditos adolescentes del demonio. —Tu bonito plumón de marca huele que apesta –afirmé levantando la voz—, o sea que no me vengas con tonterías.

—Pero es que esto no serviría ni para un capítulo de "La casa de la pradera", Carmín.

Tuvo lugar una breve pausa en la que estuve evaluando las posibilidades que tenía de vestirle por la fuerza.

—Compréndeme –insistió. —¡Qué comprensión ni que pollas en vinagre! –exclamé recuperando de repente una de las mejores expresiones que había oído en *Cómete a un irlandés*—. ¡Sin esta ropa no hay fiesta!

Se lo pensó un buen rato. Pero acabó subiendo de mala gana hasta el baño con el conjuntito bajo el brazo. Supuse que la palabra "fiesta" había tenido algo que ver con su decisión. Menos mal. De haberse negado me habría ido yo sola al bullicioso pub de Dingle y le habría dejado en el cottage muerto de asco.

Preparé algo de pasta y una ensalada con los restos de un asado y ya estaba sacando los platos cuando mi vedette bajó la escalera, deslizando su mano de damisela por la barandilla, posando seductoramente en cada escalón.

Los tejanos le arrastraban por el suelo, la camisa le sobresalía por todas partes. El jersey se le pegaba al cuerpo como sólo sabe hacerlo la pura lana virgen que ha recibido un doble tratamiento de lavadora y secadora. —¿Estoy guapa? –preguntó el dublinés—. ¿Te parezco atractiva? Me doblaba de la risa.

—Estás irresistible –conseguí decir—. Pero tienes que saber que ésta es la única forma posible de que vengas conmigo a celebrar la Nochevieja en Dingle.

Su actitud cambió por completo.

—¿De veras vas a presentarme a tus amigos? –preguntó entre ilusionado y preocupado.

—Sí. Pero antes voy a cortarte el pelo.

Se llevó las manos a la cabeza como para protegérselo.

—¡Este corte me ha costado más de cien euros!

—Pues deja que te diga que te han timado.

—¿Es estrictamente necesario que lo hagas?

Ya se había rendido. ¡Casi sin luchar!

—Voy a presentarte como Liam. Eres un pintor aficionado. De Dublín. Nos conocimos en la playa. Te albergas en un bed and breakfast de la zona norte de la península cuyo nombre no recuerdas.

—Los artistas de Dublín no visten así, bonita –dijo dándose aires de superioridad.

—Los aficionados, sí —zanjé—. Y tú eres uno de ellos. ¿Podrás soportarlo? —A base de whisky, sí.

—De acuerdo.

Cenamos en paz y luego le corté el flequillo de caballo que le caía como una cortina sobre la cara. Junto con las enormes gafas negras, era una de sus señas de identidad. No podía permitir que se expusiera así ante todo Dingle.

—¿Tienes muchas dioptrías? – pregunté mientras tomaba perspectiva para comprobar el resultado de mi sesión de peluquería.

Lástima que no hubiera estado Gladys allí. El pobre hombre parecía un senador romano vestido como el pastor de la oveja Shaun.

—Te veo venir –me advirtió—. ¿Qué quieres? ¿Que me libre de las gafas?

Se las quitó, las plegó y las dejó sobre el lavabo.

—Ya está. ¿Contenta?

Realmente parecía otra persona.

—Sería genial que pudieras ir así –expresé con algo de lástima—. Nadie te reconocería. Pero admito que aunque tengas poca graduación no vas a poder disfrutar de la noche sin ellas. Le devolví las gafas.

—No las necesito –dijo volviéndolas a dejar donde estaban. —¿Cómo que no?

—Como que no. No están graduadas –contestó muy serio—. Tengo la vista más aguda que un cazador siberiano.

Me estaba engañando. Tenía tantas ganas de asistir conmigo al cotillón que me estaba tomando el pelo. Como nos fuéramos de allí sin las gafas ya me veía haciéndole de lazarillo lo que quedaba de noche. ¡No me iba a poder despegar de él ni para mear! —¡Te digo que te pongas las dichosas gafas! –insistí algo exaltada—. Estás lo suficientemente cambiado como para que no te reconozcan con ellas. —Y yo te digo que no hace falta. ¡Que no están graduadas!

—recalcó—. Póntelas y verás. O más bien póntelas y no vas a ver nada de nada.

Con tal de hacerlo callar me quité las mías y me puse las suyas. ¡Vaya! No había ninguna diferencia entre llevarlas o no llevarlas puestas. Me aseguré de ello subiéndolas y bajándolas varias veces por encima de la línea de enfoque.

¿Sería verdad que aquél era un cristal de mentirijilla, como los que había en las monturas de exposición de las ópticas? No podía creerlo.

—¿Se puede saber por qué narices llevas gafas si no las necesitas? Lo que hubiera dado yo por no tener que llevarlas. Eran un fastidio. Y más en verano, que con el sudor se te resbalaban por la nariz cada vez que te agachabas para hacer algo, desde atarte una sandalia a coger un huevo fresco o comprobar que lo que ibas a pisar adrede era realmente una asquerosa cucaracha.

—Son un complemento como cualquier otro —explicó—. Me dan un toque de personalidad.

De haber sido eso cierto yo ya llevaba desarrollando la mía hacía más de veinte años. A esas alturas de la vida tendría que haberme sentido realmente arrolladora.

—¡Pero las gafas son un coñazo! —aduje—. Si lo que quieres es ir mono ponte una corbata. —¡Vade retro! –gritó apartándose de mí mientras me hacía una cruz con sus dos dedos índices—. ¡Antes muerto que ponerme semejante soga al cuello!

Increíble. Este tío estaba majara. Ignoraba si había más gente por ahí llevando gafas sin necesitarlas, pero de haberlos conocido hubiera pensado de ellos lo mismo que pensaba de Callum, que estaban locos de remate. Era como si yo fuera todo el santo día con muletas por ahí sin necesitarlas. Seguro que más de uno se hubiera sentido engañado al darse cuenta de que aquello era una farsa. "Es que me dan personalidad", aduciría en mi defensa. ¡Y un jamón! Lo que pasaba es que estaba como para que me ataran con una camisa de fuerza, me encerraran en un loquero y luego tiraran la llave al océano.

Me hubiera gustado llamar a Fran sólo para contárselo.

A propósito, era el último día del año, ¿qué estaría haciendo mi deseado pastor en ese momento? Seguro que todavía estaba acabando de acicalar a las ovejas. Luego subiría a calentar la cena y pondría la mesa como Dios manda, con el mantel de hilo blanco que sólo salía en las celebraciones, un candelabro con velas nuevecitas y unos aperitivos a base de queso de cabra. Esperaba que Luisa hubiera mejorado lo suficiente como para poder levantarse y comer en la mesa.

Suspiré. A pesar de que había gente que me esperaba en una

fiesta, habría preferido mil veces una cena tranquila en casa de mis vecinos, con Fran sentado a mi lado, acariciándome la rodilla de vez en cuando bajo el mantel.

Pero como llevaba tanto tiempo trabajando duro para licenciarme con matrícula de honor en estupidez humana aplicada a mí misma, ahora tenía que aprender a tragarme mis propias lágrimas cada vez que echara de menos al protagonista de mis sueños.

Iría a la fiesta, intentaría no emborracharme para no acabar delatando a Callum en un ataque repentino de sinceridad y desearía que al menos Fran pasara una agradable velada en buena compañía. ¿Qué más podía hacer?

De repente, noté un aguijón de celos clavado en mi corazón. Eso de la "agradable compañía" había hecho que me acordara de algo. O más bien de alguien. Laura, mi amiga de la infancia, la que trabajaba de enfermera en la consulta del médico. Con el tiempo nuestra relación se había ido enfriando, aunque todavía nos saludábamos amistosamente cuando nos encontrábamos por la calle o llamaba para pedir hora para una revisión. Era guapa. Bastante más que yo, a decir verdad. Y estaba soltera. Pero eso no me habría preocupado en absoluto de no haber recordado que entre sus labores como enfermera también se encontraba la atención domiciliaria.

Di un respingo. ¿Y si Fran la había contratado temporalmente para que cuidara de Luisa unas horas cada día, mientras él estaba afuera con el rebaño? Pensé un poco en esa posibilidad y tuve que reconocer que era de lo más probable. Sabía de vecinos que habían tenido a un abuelo o una abuela en cama durante meses a causa de una pierna rota o una gripe mal curada. Lo máximo que habían hecho por ellos era ponerles un televisor delante de las narices y llevarles la comida en una bandeja un par de veces al día.

Pero Fran no era esa clase de persona. Cierto que su impulsividad lo había conducido a llevarse a su madre a las montañas en pleno mes de diciembre, pero estaba convencida de que no lo hubiera hecho de haber sabido que la pobre mujer hubiera acabado enfermando. Fran era un buen hombre y un mejor hijo. Se preocupaba por Luisa. De haber podido permanecer junto a ella todo el día lo habría hecho. Seguro que a aquellas alturas ya le había regalado un libro de recetas y dedicaba todas las noches a cocinarle con amor las más apetecibles. Y, por supuesto, habría llamado a Laura para que hiciera compañía y atendiera a Luisa en todo mientras él estuviera atareado con las ovejas.

¡Mierda!

Laura. Era simpática y amable. "Además de guapísima", me

repetí. Seguro que Luisa se encariñaba con ella enseguida. Y Fran no podría evitar verla con buen ojo, claro. No sólo se cuidaba más que yo, sino que parecía tener una capacidad natural para atraer a los hombres. Lo único que me consolaba era pensar que ninguno de ellos le había durado más que unos meses. Lo que me preocupaba era que Fran tenía mucha paciencia. Sabía cómo capear un carácter caprichoso siempre y cuando valiera la pena. Y Laura podía valerla. Su preciosa melena parecía seda negra siempre bien planchada. El uniforme de enfermera, en lugar de afearla, no hacía más que potenciar sus bellas curvas y estimular la imaginación de cualquiera. Había comprobado más de una vez cómo los ojos de un paciente se salían de sus órbitas a la vista de los corchetes de la ajustada bata blanca, que aguantaban como podían la presión de su prominente escote.

¡Rabiaba sólo con imaginar las pupilas de Fran posándose sobre aquella piel tan bien hidratada!

¡Qué horror! A pesar de llevar ya unos días esforzándome para autoconvencerme de que tenía que abandonar la ilusión de pasar el resto de mi vida con Fran, la sola idea de pensar que tarde o temprano iba a verle con otra mujer se me hacía insoportable. Por un segundo, quise morir. —Las gafas se quedan aquí. ¿Puedo hacer algo más para mejorar mi aspecto?

Gracias a Dios, Callum había acudido en mi ayuda, sacándome de un tirón de la antesala del infierno.

—Ponte un poco de iodo en ese arañazo –le aconsejé señalándole la mejilla—. Las patas de las gallinas son un vivero de microbios.

"Igual que mis malditos pensamientos", añadí por dentro.

A las once menos cuarto de la noche el pastor de Shaun The Sheep y yo salimos de mi cottage cogidos del brazo. Éramos una extraña pareja. A él le sobraban metros de ropa. A mí me faltaban dos pedacitos de diente y el corazón de Fran. En fin.

Corrimos bajo la lluvia hasta el coche y pusimos rumbo al pub. Callum estaba histérico. Se había agudizado su tic nervioso que consistía en frotarse sin parar las yemas de los dedos y, en su lugar, había empezado a desgastar la tapicería del asiento.

Al cabo de tres minutos ya me había sacado de quicio.

—Para ya con los deditos, que como me hagas un agujero ahí no me van a devolver la fianza –le espeté cuando ya no pude más.

Guardó las manos en los bolsillos de la chaqueta. Estaba segura de que la había emprendido allí dentro con el forro.

A la hora indicada intentamos entrar en el pub. Si lo normal era que estuviera abarrotado, aquella noche estaba a reventar. Tuvimos que embutirnos entre la gente, las manos cogidas para que no nos

separaran. Al menos, no tan pronto.

Guie a Callum hasta el fondo, donde el local se ensanchaba un poco. Erin fue la primera en vernos. Se hallaba sentada en un banco, contra la pared. Enfrente suyo una larga mesa protegía a su delicada tripa de culazos y codazos.

—¡Carmín! –gritó agitando un brazo e invitándonos a sentarnos junto a ella.

Fuimos para allí y conseguimos hacernos un hueco en el banco que había al otro lado de la mesa.

—No os molestéis en ir hasta la barra, ahora va a venir Ryan con más bebida —informó—. ¿Me presentas a tu acompañante?

—Claro. Erin, éste es Liam, el fotosensible. Liam, ésta es Erin, la embarazada.

—Ya –contestó Erin con una sonrisa de punta a punta—. Encantada de conocerte, Liam.

—Lo mismo digo –contestó Callum—. Es la primera vez que me presentan a una embarazada.

El pobre hombre tenía menos dotes sociales que el poste de una valla, pero Erin se desternilló de risa.

—Menudo bicho raro has fichado –me susurró a la oreja en un momento de distracción—. Pero tengo que reconocer que gana mucho más al natural.

Pensé que el pobre hijito que crecía dentro de su barriga iba a tenerlo muy difícil para colarle alguna mentira a su futura mamá. Menos mal que luego tuvo el detalle de prometerme guardar el secreto cosiéndose la boca con un hilo imaginario.

Las presentaciones con Ryan y el resto del grupo fueron algo más diplomáticas.

—¿Pintas al óleo? –se interesó Aileen al comentar que Liam era un aficionado pintor paisajista.

—Acuarela –contestó Callum apurando su primera jarra de cerveza.

Al menos se había puesto en su papel. Exceptuando a Erin, nadie pareció sospechar nada. Además, se veía a la legua que el dublinés hervía en ganas de pasarlo bien. Pronto estarían todos tan borrachos que lo único que recordarían al día siguiente era que se habían tenido que turnar para salir a mear a la terraza. Y por lo que respectaba a mí, sólo tenía que limitarme a beber lo mismo que Erin —es decir, refrescos con gas y sin alcohol—, disfrutar del ambiente y no perder demasiado de vista a Callum, pues debía devolverlo sano y salvo a su cottage a la mañana siguiente.

Menos lo segundo, el resto fue muy fácil.

Apenas tuve tiempo de instalarme al lado de Erin que ya estaban dando las campanadas. La concurrencia al completo coreó una

cuenta atrás con tanto entusiasmo que parecía que de veras iba a pasar algo gordo al llegar a cero. Pero apenas pasó nada. Aumentó el volumen del griterío y la gente empezó a sacarse besos y abrazos de la manga. Erin se colgó de Ryan, que aterrizó sobre la mesa a tiempo para recibir el año nuevo con su esposa y su futuro retoño. Lorcan y Aileen se quedaron pegados. Marco Antonio mecía a Cleopatra en su regazo mientras le sobaba el trasero con una mano y le agarraba el pelo de la otra.

Yo sólo podía pensar en Fran. —¡Feliz año, Carmín!

Era Callum. Había aparecido de entre la muchedumbre con un sombrero de cartulina en la cabeza, una nariz postiza que hacía que su voz sonara acatarrada y una trompeta. Iba bastante bebido, pero con aquella facha no le hubiera reconocido ni su madre.

Se me abrazó y derramó un par de lágrimas sobre mi hombro.

—Está siendo la mejor Nochevieja de toda mi vida. Gracias.

Le besé la mejilla.

—Esta gente es maravillosa —declaró—. ¿Sabes que he hecho un montón de amigos?

Dado el estado de embriaguez general, no me cabía ninguna duda.

—Mira, éste es Colin –dijo tirando de una manga y plantándome enfrente a un simpático bigotudo.

¿De qué me sonaba su cara? —Y aquella de ahí es su novia Elizabeth –añadió señalando a una pelirroja de nariz aguileña que estaba simulando un striptease junto con otra chica encima del escenario.

¿Sería posible? ¡Era la hermana de Lorcan! ¡La panadera! Y el tío del mostacho al que acababa de saludar y cuya cara me sonaba era ni más ni menos que Mr. Colin Smith. ¡El segurata del reality!

Fulminé a Callum con la mirada.

—¿Pero tú te has vuelto loco o qué?

—¡Nunca había sido tan feliz! – proclamó guiñándome un ojo—. ¡Me gusta ser Liam! ¡Viva la fiesta!

Y se alejó de mí tarareando la melodía que atronaba el local, dejándome con la odiosa impresión de haber sido plantada.

Me sentí desfallecer. ¡Suerte que estaba sentada! En ningún momento había dudado acerca de la eficacia del disfraz con que había tratado de disimular su identidad, pero lo que nunca hubiera esperado de aquel dublinés miedica era que se atreviera a jugársela de tal forma, ¡haciendo migas con su propio enemigo!

Necesitaba calmarme los nervios, así que me fui estrujando entre la multitud y al fin logré salir a la terraza para fumarme un cigarrillo. Nunca había visto aquel espacio tan concurrido. Me situé en un rincón, al lado de un corro de gigantescos irlandeses que le

daban a sus pitillos con tanta fruición que más bien parecía que en lugar de ser los primeros del año fueran los últimos de su vida.

—¿Habéis visto al canijo ése? – comentó uno.

—¿El del arañazo en la cara? – preguntó otro—. Ya me ha deseado feliz año por lo menos media docena de veces.

Aquél era el susto que me faltaba para rematarme.

—O es un bocazas o es el más afortunado de todos los que hay aquí – dijo el primero.

Me arrimé a ellos un poco más. Tenía que saber de qué iba aquello.

—Me ha estado pegando el rollo sobre su novia —contó—. Por tal como hablaba de ella más le vale que no me la cruce por aquí porque se la levanto. Y no me costaría, podéis creerme. A ese tipo le corre horchata, en lugar de sangre, por las venas.

—¿Qué quieres decir?

—Se ve que a la tía le vuelve loca que le masajeen las tetas como mínimo un par de veces al día. Y por lo visto las tiene…

Hizo un gesto con las manos que manifestaba abiertamente que el tamaño de los pechos de la susodicha equivalía, por lo menos, al de dos barriles bien cargados.

Me quedé de piedra. Creo que hasta me vino hipo. ¿De veras Callum necesitaba llamar la atención de aquel modo? ¿Contando aquella sarta de mentiras?

—Podría ser una bola, pero no sería la primera vez que veo a una tía de escándalo al lado de uno de estos tipos paliduchos y escuálidos. Así que ¡ojo al dato!

Los otros asintieron apurando sus cigarrillos.

—¿Te dijo cómo se llamaba ella? –preguntó uno.

El informador lo sabía todo. —Se llama Rose.

Me sentí como si acabaran de zambullirme en una piscina de agua helada. Luego me vino una de las risas más histéricas de la raza humana. No podía sacarme de la cabeza la escena del inocente Callum contando las virtudes de su queridísima oveja a todo aquel que se le cruzaba por delante. Los irlandeses se apartaron de mi lado algo pasmados, no sin antes comprobar que mi delantera no correspondía ni por asomo con la descripción de la más buscada de la noche.

Tuve que fumarme un segundo cigarrillo antes de regresar a la mesa. Estaba claro que en aquel país las sorpresas ya podían bombardearte desde dentro como desde fuera. Eso era algo que en ocasiones hacía que pusiera en duda tanto el mundo que me rodeaba como a mí misma, pero también era algo que jamás me hubiera sucedido de haberme quedado en casa. Algo bueno que sentía que me hacía crecer.

Era una lástima haber tardado tanto en darme cuenta de quién era yo realmente y de lo que quería esa Carmín tan especial que habitaba dentro de mí. La que no tenía miedo de reconocer sus sentimientos. La que hallaba la paz en la identificación de sus propios deseos. ¡Había hecho oídos sordos durante tanto tiempo a los gritos con que mi corazón me reclamaba! ¿Podría perdonármelo alguna vez? Me había distanciado tanto de mí misma que había llegado a creer que era una persona completamente distinta. Y ahora me encontraba con que de golpe y porrazo tenía la certeza casi absoluta de lo que tenía que hacer con mi vida para ser feliz. Lo único que lamentaba era que aquello me hubiera pillado a dos mil quilómetros de distancia. Eso sin contar con que necesitaba cursar urgentemente un Máster en Gestión de Recursos Vitales. Sin ése título parecía como si todos mis intentos por encauzar las cosas y sentar las bases de la relación que quería tener con Fran estaban abocados al fracaso.

La impotencia me agujereaba por dentro con sus afilados incisivos de roedor.

Acababa de empezar el año. ¡Tenía que hacer algo!

Insistiría.

Me levanté del asiento como impulsada por un muelle. Crucé la multitud con la misma fe con la que Moisés se adentró en el Mar Rojo y llegué hasta el extremo norte de la barra. En aquel rincón había un teléfono público. Milagrosamente, estaba desocupado.

"Cómo no", pensé a continuación. Si todo el pueblo estaba allí congregado. ¿A quién iban a llamar, si cada uno de aquellos locos dinglenianos se había encerrado allí dentro con todos sus parientes de hasta tercer o cuarto grado?

Marqué los códigos internacionales que ya me sabía de memoria y a continuación el número de teléfono de casa de Fran.

Al cabo de dos intentos fallidos en los que se cortó la comunicación tras unos primeros tonos que más bien parecían códigos cifrados o apuntes para telegramas, conseguí un tono normal.

El teléfono debió sonar cuatro veces antes de que me respondieran. —¿Diga?

El ruido de fondo del pub era ensordecedor, pero me incrusté el aparato en una oreja y me blindé la otra metiéndome el dedo índice hasta el tímpano.

—¿Diga? –repitieron.

La voz tranquila de Luisa hizo que me acordara de mamá. Eso, sumado al hecho de que hacía tiempo que no escuchaba hablar en mi propio idioma y de que sabía que Fran tenía que estar al otro lado, muy cerca del aparato, hizo que se me hiciera un gran nudo

en la garganta. Se me anegaron los ojos casi inmediatamente.

—¡Luisa! –logré pronunciar—. Soy Carmín. ¡Feliz año nuevo!

Mi vecina parecía no caber en sí de gozo. Me comunicó lo mucho que me estaba echando de menos, me aseguró que ya estaba casi recuperada de la neumonía, que sólo se tomaba el antibiótico porque el médico había insistido mucho en ello, pero que se encontraba estupendamente.

—¿Ya te dan de comer, en Irlanda? –preguntó como si en lugar de haberme ido a enclaustrar yo solita en una cabaña hubiera ido a pasar las vacaciones en casa de unos familiares.

—Y de beber, por eso no sufras –la tranquilicé—. Creo que hasta he engordado un par de quilos.

"Y tres y cuatro", pensé para mí.

—¿Está Fran por ahí? –pregunté con el corazón bombeando a toda máquina—. Me gustaría desearle un feliz año a él también.

La voz al teléfono titubeó un poco.

En seguida tuve la impresión de que ahí pasaba algo. Luisa no había titubeado en su vida.

—Sí, está por aquí —dudó—, pero ahora mismo no puede ponerse al teléfono.

Mentía. ¿Por qué me mentiría? Luisa no había titubeado ni mentido en su vida. ¿Qué coño estaba pasando ahí? ¿Y por qué esa vaguedad en las respuestas? ¿Acaso trataba de esconderme algo?

Intenté tragar saliva y me asusté del ruido que hizo mi propia garganta al hacerla bajar. Tenía la impresión de tener una tremenda tiza allí clavada. —¿Alguna primeriza que se ha puesto de parto? –pregunté.

Tenía la boca seca. Mi lengua parecía una pala tratando de cavar en una pared de acero.

Pero peor que eso era que acababa de preguntar una estupidez. A diferencia de lo que pasaba con las vacas, muy raramente había que atender a una oveja durante el parto, aunque fuera su primera vez.

Luisa lo sabía, sin embargo contestó sin inmutarse.

—No, nada de eso. Pero ya le diré que has llamado –añadió dando a su voz la entonación propia de las despedidas.

¡No podía colgarme y dejarme de aquella forma!

—Ya sé que estoy muy lejos como para ayudar en algo –dije totalmente a la desesperada—, pero tu hijo no te habrá dejado sola, ¿verdad? —No, por Dios, no estoy sola. Laura está aquí en casa, con nosotros. Ya sabes… la enfermera. Es una gran chica, no sé qué hubiéramos hecho sin ella estos últimos días.

Hubo un silencio repentino. "Gracias, Luisa, por notificarme tan amablemente que en estos momentos Fran está montándoselo en su

cama con Laura".

Si en aquel instante alguien me hubiera atravesado el corazón con un cuchillo por equivocación, ni me habría enterado. Se me acababa de parar. Luego él mismo se pulverizó. Entonces un pulmón le mandó un poco de aire para esparcir sus cenizas.

Ni siquiera me despedí. ¿Para qué? Colgué y me dejé caer al suelo, allí mismo. Más de uno pensaría que estaba demasiado borracha como para permanecer en pie. Lo que hubiera dado por estarlo de veras. No podía ni llorar. Me quedé como un vegetal por lo menos hasta las siete de la mañana.

Fue Callum quien me sacó de mi estado catatónico, zarandeándome.

—Deberíamos irnos —dijo—. No sé a qué hora van a venir a rodar hoy, pero no quisiera que me pillaran con estas pintas.

Levanté la mirada hacia él. ¡Se había hecho mayor en tan poco tiempo! Ya sabía cómo cuidar de sí mismo.

"Mucho mejor", pensé. Yo ya no estaba en condiciones de ayudarle.

Activé el piloto automático para llevar a cabo lo último que pensaba hacer durante aquel año recién estrenado.

Salimos del pub pasando entre cuerpos dormidos y subimos al coche.

—Conduzco yo –dijo Callum al ver que me tiraba en el asiento del copiloto.

Cerré los ojos y me dejé llevar. Montar en coche con los ojos cerrados era lo más aproximado que debía haber a estar muerta. Mi cuerpo parecía haber quedado atrás. Sólo persistía algún fragmento insignificante de sensibilidad que se veía empujado hacia adelante, a toda velocidad. Hubiera permanecido allí eternamente. Me importaba todo tan poco que hasta tuve la espeluznante impresión de que lo que había perdido carecía de valor. Mi alma estaba tan desolada que parecía que hubieran ensayado sobre ella una nueva bomba nuclear.

—¡Despierta, marmota! Hemos llegado –dijo Callum maniobrando delante del cottage para dejarme el coche bien encarado—. Somos los primeros. ¿Te encuentras bien?

—Tengo resaca.

Le mentí para sacármelo de encima.

—¿Te ves capaz de conducir hasta casa?

—Por supuesto que sí –dije tratando de fabricar una sonrisa—. Voy a ir despacio y en cuanto llegue me meteré en la cama.

Cada palabra me dolía horrores, pero estuve lo suficientemente creíble como para que Callum me dejara marchar. Tampoco podía retenerme allí todo el día.

—Tómate una aspirina –me recomendó—. Y muchas gracias. De verdad, Carmín. Me has devuelto a la vida. Gracias.

Se me abrazó. Lo suyo eran los abrazos dentro del Micra.

Me pareció de lo más injusto haberle devuelto la vida a alguien y que a mí recién acabaran de quitármela. Pero la vida debía tratar de eso. No de recibir lo que se daba multiplicado por diez, por cien o por mil, como pretendían hacernos creer algunos, sino de equilibrar constantemente los platillos de la balanza.

Puta vida.

Y putos platillos.

Puse primera y salí a la carretera. Si en aquel momento hubiera visto venir un camión de frente no hubiera dudado en empotrarme contra él. Pero para variar aquello estaba más desierto que mi propio futuro.

Como para hundirme un poco más en la miseria empezó a llover. Al cabo de un minuto diluviaba. Activé el limpiaparabrisas y consulté el reloj. Eran las ocho y media de la mañana del primer día de enero. El año olía a matadero.

Al llegar al camino de acceso al cottage la lluvia disminuyó un poco. Lo que en otro momento habría bastado para alegrarme el día ni siquiera me inmutó. Conduje hasta el cottage, sin tratar siquiera de evitar los charcos de barro pastoso. Podría haberme quedado atascada en uno de ellos. "Mucho mejor", pensé. Así no habría tenido que tomarme la molestia de arrastrarme hasta la cama. Podía ovillarme perfectamente en aquel asiento y dejar que el paso de las estaciones hiciera mella sobre el coche y sobre mí.

Pero el Micra había empezado el año con buena rueda. Parecía tener espíritu de todoterreno. Salió airoso de todos los obstáculos y pronto pude vislumbrar la playa y el cottage, que desde lejos más bien parecía una sombrilla gigantesca olvidada sobre la arena. Poco antes de llegar solté un taco.

Lo que me faltaba. Tenía visita.

Un coche más pequeño incluso que el mío estaba aparcado frente a la puerta, en el mismo lugar donde yo solía estacionar el Micra. Mejor aún, donde a mí me gustaba estacionar el Micra.

"Hay que ser desgraciada para que te quiten el sitio incluso en este jodido y solitario rincón de mierda", pensé poniendo en práctica el agradable vocabulario que había decidido emplear durante todo el año.

Aparqué unos cien metros por detrás de aquel vehículo enano, bloqueándole el camino de salida con toda mi mala leche, y me apeé.

Justo entonces volvió a intensificarse la lluvia. Empezó a caer con tantas ganas que más que una putada aquello parecía una

repentina demostración de afecto.

No llevaba el chubasquero pero, como me era completamente indiferente pillar una pulmonía, ni siquiera me di prisa en dirigirme hasta el cottage.

Ojalá el del coche fuera uno de aquellos locos que disfrutaban tomando en el mar el primer baño del año. Así no tendría que verle ni el careto. Y si por casualidad lograba sobrevivir a las embravecidas olas de aquella mañana, luego disfrutaría haciéndome la sorda cuando viniera a aporrearme la puerta porque mi coche le impedía salir a la carretera. ¡Que se jugara los amortiguadores campo a través, que para algo estábamos en Irlanda!

Cuando todavía faltaban unos metros para llegar a aquella especie de juguete con ruedas, una bestia enorme surgió repentinamente de mi derecha, saltándome encima y tirándome al suelo. Bueno, más bien al fango.

Siempre me han gustado los animales, pero que me ataque el perro de otro no ha sido nunca uno de mis hobbies favoritos. Menos mal que al menos el bicho era inofensivo y que, en lugar de morderme el brazo que instintivamente ya me había llevado a la cara, se puso a gemir como un cachorro ansioso, llenándome de babas.

—¡Quita, bicho! –le grité en inglés.

¡Como si a los perros les interesaran los idiomas!

Me levanté como pude. No sólo estaba empapada, sino que de mí chorreaba lodo hasta de las pestañas. Me quité las gafas, que se habían puesto perdidas, y traté de frotarlas con la punta del abrigo. El resultado fue peor.

—¡Cómo se me hayan rayado los cristales te mato, chucho del demonio! El perro, al que no conseguía enfocar y que no dejaba de golpearme las piernas pasando y repasando entre ellas, me contestó con un ladrido. Entonces ocurrió algo raro.

Mi corazón, al que yo ya creía muerto e incinerado, casi me mata del susto dando un tremendo vuelco. Los pelos se me pusieron de punta. La miopía casi se me cura de milagro.

Me arrodillé sobre el charco y agarré al animal fuertemente por el cuello, con ambas manos. Me lo acerqué a un centímetro de la nariz.

—¡Vuelve a decir eso! —grité—. ¡Repítelo!

El perro lanzó un nuevo ladrido. Y luego otro. Y otro más. Lo abracé como si fuera un hijo al que hubiera perdido. Hundí mi rostro en su pelaje. Olía fatal, pero me daba absolutamente igual, seguí abrazándole. —¡Troy! –conseguí decir. El perro se dejaba querer. —Troy –repetí.

La lluvia caía sobre nosotros con tanta fuerza que no sabía si

estaba o no llorando. Sin embargo, me sentía como si realmente estuviera vaciándome por dentro.

Me dejé lamer la cara hasta quedar saciada. Entonces levanté la vista y me puse las gafas, que la lluvia había conseguido limpiar a medias. Alguien había salido de aquel coche ridículo y se había quedado apoyado contra la carrocería, mirándonos.

Mirándome.

Me levanté y me acerqué a él, despacio.

Reconocí su figura enjuta. Tenía el pelo revuelto empapado, pero sus dos ojos brillaban a través de la lluvia. De haber brotado un arco iris entre nosotros, no me hubiera extrañado lo más mínimo.

Lo tenía a veinte pasos.

Mi mente parecía un loquero de interrogantes innecesarios y exclamaciones vanas. ¿De veras se había subido a un avión? ¿Con Troy? ¿Por eso me había mentido Luisa? ¡Dios! ¿Cómo había podido ser tan estúpida? ¡Era él! ¡Pues claro que había venido! ¿Acaso no le había confesado que lo echaba terriblemente de menos? ¡Eso era como decirle que le quería! ¡Pues claro que le quería! Su recuerdo me había estado perforando insistentemente. ¡Como una ola a un acantilado! ¡Me sentía tan agujereada que se me habría podido instalar encima una colonia entera de pájaros! ¿De veras había cogido un avión? ¡Era increíble! ¿Y Laura? ¡Pobre enfermera! ¿Cómo había podido imaginar siquiera que…? ¡Estaba allí! ¡Había venido para estar conmigo! ¡Y yo que pensaba que Callum lo había alejado de mí para siempre! ¡Sería idiota! ¡Hasta había logrado alquilar un coche sin saber ni papa de inglés! ¡Y había llegado hasta el cottage! ¡Conduciendo por la izquierda! Pero ¿de veras se había subido a un avión? Eso último era algo que me tenía completamente asombrada.

Me detuve a un palmo de él. Mirándole a través de la intensa lluvia. Las voces que atronaban mi cabeza volvieron de repente a sus celdas de aislamiento.

—Pastor –dije.

—Campesina –contestó.

Era como si toda la fuerza de su ser se le hubiera concentrado en los ojos. No podía dejar de mirarle. Dejé de ser consciente de que estábamos en Irlanda. No notaba ni la lluvia.

Pasaron unos segundos. Entonces me agarró en un abrazo tan intenso que habría hecho saltar del diccionario cualquier otra definición de abrazo. Nos apretamos como un nudo. Olía a romero. Nuestras bocas se buscaron y se enzarzaron en una lucha por comerse la una a la otra. Podía notar todo su cuerpo pegado a su ropa. Su ropa pegada a la mía. Mi cuerpo llamándole a gritos.

Lo llevé hasta la casa. Abrí la puerta mientras él me desnudaba. Nos tiramos sobre la moqueta. De haber habido la chimenea encendida no habría calentado ni la mitad de lo que calentábamos nosotros.

Follamos, nos comimos, nos besamos y volvimos a follar hasta que se nos agotaron los músculos.

Lo conduje a mi cuarto y nos encerramos. Nos deseábamos tanto que habríamos podido seguir poseyéndonos hasta dormidos.

A la mañana siguiente desperté temprano. Mi cuerpo desnudo olía a sudor, almizcle y romero. Busqué sus ojos, primero. Mi rostro se vio reflejado en la oscuridad de cada uno de ellos. Pero allí no sólo estaba yo. Pude encontrar también el paisaje de mi infancia. Se proyectaba en ellos como un largometraje. Todo mi pasado estaba allí dentro.

Cerré los ojos y nos besamos. Mi futuro estaba en su boca. Me adentré en ella como si de ello dependiera mi existencia. Su cuerpo volvió a hundirse en mi cuerpo como si quisiera llegar a tocarle el alma.

Era el segundo día del año nuevo. Todavía faltaba un buen rato para que una escapada rápida al baño me revelara la terrible noticia de que ni siquiera iba depilada.

Un perro aburrido arañó la puerta de la habitación desde el rellano, soltando un ladrido que hizo que me pegara más a Fran. Su eco retumbó por toda la casa. Era lo único que necesitaba para estar segura de que aquél también era el primer día de mi nueva vida.

—A propósito –dijo entonces mi vecino—. ¿Qué coño te ha pasado en los dientes?

Glups.

Epílogo

Dos años después me ha dado por escribir un poco. No es que disponga de mucho tiempo libre. Entre las cabras y el trabajo en la quesería apenas me queda un rato cada noche.

Durante unos meses estuve dedicándolo a sacar adelante las asignaturas del primer curso de historia del arte, pero la verdad es que la mayoría de ellas resultaban bastante aburridas. A pesar de ser de lo más técnicas e instructivas, apenas tenían nada que ver con las fabulosas clases que recordaba del instituto, simples comentarios a diapositivas que me hacían soñar. Así que acabé por comprarme unos cuantos libros sobre arte, con poca teoría y muchas fotos, que disfruto ojeando de vez en cuando. Con eso tengo bastante. Bueno, con eso y con pasar una semana de vacaciones en Florencia, el próximo invierno. Ya tengo a Fran casi convencido. El año pasado fuimos a París y lo pasamos muy bien. De hecho, quedó asombrado con la gran cantidad de ovejas que había retratadas en el Louvre. Eso por no mencionar lo interesante que resultó vivir en primera persona lo que era desplazarse como un rebaño de una sala a otra del museo.

Tengo que confesar que regresé de Irlanda antes de lo previsto. No me quedé a esperar a las chicas de *Cómete a un irlandés*. Afortunadamente, la noticia de mi vuelta no les pilló desprevenidas. Desprevenida me pilló a mí al enterarme de que fue Fran quien había contactado con ellas a través de Nicolás, el veterinario, para saber dónde podía localizarme. La misma Lena fue quien se encargó de tramitarle el pasaje y de incluir a Troy en él. Ahora se está planteando abrir una agencia de viajes en Sartú que dé servicio a toda esta zona de los Pirineos.

Por lo que respecta a las otras socias, Mary y Gladys no volvieron muy satisfechas de Dingle. Tal y como Lena había pronosticado, aquel enero arrasó en la pequeña población de la costa oeste. Acabó por comerse, no sólo su ración de irlandés, sino también la de sus dos amigas. La artritis le ha mejorado mucho. Seguramente gracias a que consiguió llenar hasta los topes los depósitos de endorfinas.

La impulsiva Helen, en cambio, se lo tomó con algo más de calma. Empezó un romance muy casto con el dueño separado del pub y todavía se encuentra allí, haciendo de abuela adoptiva de

Aidan, el hijo de Erin y Ryan.

También os preguntaréis por Callum. No hace falta decir que salió vencedor de su cruzada. Regresó a Dublín convertido en el héroe de la sobremesa y recuperó su puesto de trabajo. Al día siguiente se tomó el gustazo de despedirse y fichó para la competencia. Ahora se dedica a presentar documentales de viajes —¡tiene una fiel audiencia!—. Me confesó que su estancia en el cottage le había hecho aborrecer para siempre los espacios cerrados, así que no sólo cambió su antiguo despacho por la carretera, sino que vendió su dúplex en el centro de la capital y se compró una casita con jardín en las afueras, donde ahora vive felizmente con Rose, a la que no ha dejado de ordeñar ni un solo día. ¡Incluso ha contratado a una canguro para que cuide de ella cuando tiene que ausentarse!

Reconozco que la influencia de Callum ha sido decisiva a la hora de consolidar mi negocio de exportación de quesos artesanos. No hay tienda de gourmet en Dublín que no tenga en su escaparate alguno de mis más tiernos ejemplares.

La cosa empezó casi por casualidad. Al llegar de Irlanda me instalé directamente en casa de Fran. La verdad es que tengo la mía cerrada a cal y canto. Subo cada día, pero me quedo en la quesería que hay en la planta baja. La he ampliado bastante y, debido a una estricta normativa, he tenido que hacer instalar un acceso exterior. Así que apenas he vuelto a poner los pies en casa.

Como mi ayuda no era necesaria para sacar adelante el negocio de las ovejas y Luisa se las hubiera seguido apañando la mar de bien aunque se hubiera instalado allí a vivir un regimiento, decidí que no quería convertirme en un medio estorbo y compré una veintena de buenas cabras lecheras. Mi pequeño rebaño.

Fue algo totalmente imprevisto. Espontáneo. Un día me encontraba preparando requesón con un poco de leche sobrante y de repente me di cuenta de que llevaba un buen rato tarareando una canción. Tengo muy mala voz y una peor capacidad de entonación, así que esto es algo completamente inusual en mí. Pero me sentía completamente en paz. Era feliz. Entonces supe que aquello era lo mío. No me cabía ninguna duda.

Puse manos a la obra. Elegí mis veinte cabras una a una, como había hecho años atrás con cada ejemplar de mi vacada. Al cabo de unos meses de invertir más de diez horas diarias en ellos, mis mejores quesos se distribuían en tiendas especializadas de Barcelona y de Dublín. De hecho, gracias al apoyo de Helen y de Erin, me consta que en las estanterías del súper de Dingle también pueden encontrarse ejemplares con mi denominación. Hasta en el pub han añadido a la carta la fabulosa Hamburguesa Aidan, la favorita del

hijo de Erin, rellena de mi última creación: un queso cremoso aromatizado con romero y sellado con parafina de color carmín. Una locura que no pude evitar llevar a cabo tan pronto como se me pasó por la cabeza.

Y hasta aquí. Me encantaría poder decir que la viuda Ó Conaill me regaló su precioso estuche de pipas, pero la verdad es que tuve poca relación con ella, así que lo dejé donde lo había encontrado, pensando que tal vez su destino era servir a futuros inquilinos del cottage.

Sólo tres cosas, para terminar. Una: no estoy embarazada. Ni deseo estarlo, por el momento. Dos: a pesar de la insistencia de Gladys, finalmente no me he hecho las mechas. En realidad, la necesidad ha hecho que acabara recuperando mi antiguo pero práctico peinado. ¡Resultaba imposible ordeñar debidamente a las cabras con aquella onda cayendo continuamente sobre mis gafas! Y tres: tampoco me he arreglado los dientes. Y no pienso hacerlo mientras no me duelan. No son un bonito recuerdo, pero sí que me recuerdan cosas importantes. Supongo que contribuye a esta decisión el hecho de vivir aislada en las montañas. Tras la sorpresa inicial, la gente del pueblo ya se ha acostumbrado a mi nueva imagen, así que no tengo que estar lidiando continuamente con miradas escandalizadas ni preguntas tediosas.

El dentista me recuerda lo fácil que sería devolverme mi antigua sonrisa cada vez que voy a hacerme una limpieza. Pero yo me pregunto: ¿de veras quiero volver a mi antigua sonrisa?

FIN

Agradecimientos

A mi mujer, Laia, por sus inestimables cocinitas y paseos por el parque con las niñas mientras yo me enclaustraba en mi cuartito a meterme en la piel de Carmín. Y por leer, corregir y releer sin rechistar cada capítulo.

A Josep, quién hace ya unos cuantos años me enseñó todo lo que sé sobre cabras y ovejas. Gracias por dejarme compartir el pastoreo, el ordeño, la esquila y hasta las pulgas. Y por los millones de anécdotas contadas mientras devorábamos salchichón con galletas.

A las simpatiquísimas monjas del Monasterio de Sant Daniel, de Gerona. ¡Menudo avance logré en sólo un fin de semana!

Y a mi tía Maica, que siempre es una fuente de inspiración para nuevos personajes. ¡Muchísimas gracias!